BIBLIOTECA ROMÁNICA HISPÁNICA

DIRIGIDA POR DÁMASO ALONSO

II. ESTUDIOS Y ENSAYOS

MIGUEL HERRERO GARCÍA

IDEAS DE LOS ESPAÑOLES DEL SIGLO XVII

BIBLIOTECA ROMÁNICA HISPÁNICA
EDITORIAL GREDOS, S. A.
MADRID

DP171 .H4 1966

© Miguel Herrero. 1966.

Editorial Gredos, S. A. Madrid. España.

N.º de Registro: 7774-65.—Depósito Legal: M. 4095-1966

Gráficas Cóndor, S. A. — Sánchez Pacheco, 83. — Madrid-2 2561-66

ADVERTENCIA PRELIMINAR A LA SEGUNDA EDICIÓN

Agotada hace tiempo la primera edición de esta obra, el autor aplazó repetidamente su reedición con el deseo de reelaborarla completamente, así como de insertarla dentro de un más amplio estudio sobre la ideología española del siglo XVII. La aparición de esta segunda edición, tres años después de la muerte de su autor, muestra la frustración de ambos deseos. Ello exige una breve explicación.

Cuando, en 1927, vio este libro la luz, aparecía como el primero de una serie de trabajos a través de los cuales debían reconstruirse de una forma sistemática los principales aspectos de la ideología dominante en la España del siglo XVII. En el prólogo que sigue a continuación el autor traza al respecto un esbozo general de sus proyectos, que, modificados más adelante, se articularon en un esquema tetrapartito, que abarcaba las ideas etnográficas, las ideas sobre instituciones, clases y tipos sociales, las ideas éticas y las ideas psicofísicas. Solamente la primera parte, referente a las ideas etnográficas, llegó a realizarse, y ello constituye el objeto de este volumen. Pero a través de numerosos trabajos monográficos, el autor dio parcial cumplimiento a sus promesas de investigación de otras facetas de la ideología española. Tal es el caso de algunas de las principales instituciones y clases sociales en cuanto a su proyección en la conciencia colectiva de la época, consideradas especialmente a la luz de la obra dramática de Lope de Vega [1],

[1] «La monarquía teorética de Lope de Vega», *Fénix*, 1935, págs. 117-124 y 303-362; «Ideología española del siglo XVII: la nobleza», *Revista de*

112471

de ciertos elementos de la ideología estética del siglo XVII español [2] y, respecto de las ideas psicofísicas, de algunas supersticiones y criterios fisiognómicos, zoológicos, físicos, etc., de cuya divulgación dan testimonio los textos literarios de la época [3].

El libro ahora reeditado, por lo tanto, si no es ya el eslabón de una cadena desgraciadamente interrumpida, sí constituye el núcleo central en torno al cual cobra sentido una obra dispersa.

Para la preparación de esta segunda edición se han tenido en cuenta las innovaciones introducidas por el autor en el texto primitivo. Ello da lugar a un notable aumento del material recogido y analizado. Así, el capítulo I se desdobla en esta segunda edición en dos, se añaden sendos capítulos referentes a *Ginebrinos* y *Gitanos* y en la mayoría de los restantes se incluyen importantes adiciones.

Obedeciendo al mismo imperativo de respetar la primitiva obra del autor en todo aquello que éste no hubiera modificado personalmente, se ha prescindido, en general, de la bibliografía posterior a 1927, lo que, aun constituyendo, sin duda, una importante limitación, no afecta esencialmente al valor de un libro que, ante todo, pretende ser un libro de *hechos*.

M. H. M.

Filología Española, 1927, págs. 35-58 y 161-175; «Una clase social del siglo XVII», *Homenaje a M. Artigas, Boletín de la Sociedad Menéndez Pelayo*, 1931, págs. 93-111; «Tipología social del siglo XVII: ensalmadores y saludadores», *Hispania*, 1955, págs. 173-190.

[2] *Estimaciones Literarias del siglo XVII*, Madrid, 1930: «Ideas estéticas del teatro clásico español», *Revista de Ideas Estéticas*, 1944, páginas 80-109. También la antología de fuentes literarias *Contribución de la literatura a la historia del arte*, Madrid, 1943.

[3] «Sobre los agüeros en la literatura española del Siglo de Oro», *Revista de Filología Española*, 1942, págs. 15-41; «Los rasgos físicos y el carácter según los textos españoles del siglo XVII», *Revista de Filología Española*, 1925, 157-177; «La fauna en Lope de Vega», *Fénix*, 1935, páginas 23-79, 263-278, 395-433; «El pozo Airón», *Estudios Geográficos*, 1941, páginas 567-573; «El mar en los libros clásicos», prólogo a *Ensayo de Bibliografía Marítima Española*, Barcelona, 1943, pág. LIII-LXIII.

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

El objeto de esta obra es reconstruir las principales facetas de la mentalidad española que en el siglo XVII informó el arte literario, determinó la política interior y exterior, dio carácter a las clases sociales y, en suma, dirigió la vida general de la nación.

Nuestro empeño tiene antecedentes de autoridad innegable. Cuando Marfil estudió las *Ideas políticas y sociales* de Pedro Simón Abril, y González de la Calle analizó las *Ideas político-morales* del padre Juan de Mariana; cuando Juderias reconstruía el pensamiento de Quevedo, y Castro el pensamiento de Cervantes, todos obraban de acuerdo en que, por encima de la historia externa y política, y aun por encima de la historia más íntima de las manifestaciones sociales o culturales, había otro campo, digno objeto de la historia: el campo de las ideas. Éstas son las que hace materia de estudio la presente obra. Su mérito, aunque modesto, consistirá en ampliar el área de estudio, elevándose desde las ideas aisladas de personalidades cumbres a todos los aspectos del pensamiento que nos parecen fundamentales en la vida de España dentro de esta época, y, además, ampliar el número y la diversidad de los materiales puestos a contribución, estableciendo un puente entre diversos campos o aspectos históricos que hasta ahora han permanecido aislados. De una parte, se han estudiado los libros de carácter científico; de otra parte, la literatura o arte popular; de otra, los hechos y acontecimientos sociales y políticos. El jurista, por ejemplo, monografía las ideas de los jesuitas sobre el poder de los reyes; el literato se da cuenta de que

en los dramas de Lope y de Calderón el pueblo se arroga a veces poderes reales para hacerse justicia de transgresiones cometidas por la nobleza; el historiador aprecia el hecho de que el verdugo quema en una plaza de París, por orden del Parlamento, el libro del padre Mariana.

¿Y no será hora de relacionar estos aspectos de una misma época, de una misma alma, y sorprender la mentalidad una, que plasma la teoría del sabio, la creación del artista y los sucesos de la historia?

Conforme a este propósito, nuestro trabajo abarcará múltiples campos de observación: el de las ideas organizadas en libros especiales, el de las ideas vertidas en diálogos teatrales o expuestas en otro cualquier género literario, bien poesía, bien novela, bien ensayo; el de los fenómenos históricos de cualquier clase que converjan a poner de relieve las ideas que estudiamos; el de la paremiología y el folklore, en cuyos mitos y axiomas cristaliza el pensamiento popular.

No tengo la pretensión de agotar todos los testimonios que una literatura tan vasta como la española puede ofrecer; pero sí aspiro a presentar reunidos y organizados tal número de materiales sobre cada aspecto ideológico que difícilmente puedan alterar las líneas que ahora quedan trazadas los nuevos hallazgos o futuras aportaciones de ulteriores lecturas.

Todavía conviene advertir que el citar pocos o muchos textos a propósito de cualquier idea no significa prurito de mera erudición ni procedimiento de azar, sino método de calcular el radio de extensión de una idea y signo de su estado de divulgación o de selección, según los autores que las sustenten.

El elenco de materias que este trabajo comprende es el siguiente: En la primera parte aparecerá la idea y concepto que los españoles tuvieron de sí mismos y de los demás tipos etnográficos que conocieron y trataron, por el orden siguiente: los españoles, los castellanos, los portugueses, los andaluces, los extremeños, los manchegos, los gallegos, los asturianos, los montañeses, los vascongados, los aragoneses, los catalanes, los valencianos y los indianos. Los extranjeros: los italianos, los fran-

ceses, los flamencos, los holandeses, los ingleses, los irlandeses, los alemanes, los turcos, los moriscos, los judíos. Esta primera parte es la que se contiene en el presente volumen.

La segunda parte contendrá las ideas acerca de los tipos y clases sociales siguientes: caballeros, hidalgos, escuderos, criados, dueñas, pajes, cocheros, despenseros, médicos, farmacéuticos, sastres, barberos, taberneros, venteros, poetas, músicos, arbitristas, astrólogos, ermitaños, disciplinantes, etc.

En el tercer volumen irá el estudio de las ideas acerca de las instituciones y conceptos capitales de la vida, a saber: el Rey, el Ejército, la Justicia, la Cultura, la Nobleza, el Honor, el Amor, la Mujer, la Familia, los Celos, etc.

El cuarto y último volumen comprenderá las ideas acerca del hombre y de la naturaleza. Los temas principales serán los siguientes: ideas psicofísicas, caracteres geográficos de algunos países, maravillas celestes, animales, plantas y piedras fantásticas, el simbolismo de la Naturaleza, etc.

El método que sigo es absolutamente empírico. Nada de hipótesis brillantes ni de teorías sorprendentes. Quiero llegar a la reconstrucción del pensamiento del siglo XVII por el riguroso y exclusivo conocimiento de los hechos. No ignoro que hay una Filosofía de la Historia. Pero yo he querido hacer historia y no filosofía. Si este libro cae en manos de hombres de otra cultura, de otra orientación y de otros gustos diferentes a los míos, es indudable que aquí hallarán elementos para basar sus juicios y sus construcciones crítico-filosóficas acerca del pueblo español del siglo XVII. Yo me felicitaré de que así sea, y mi trabajo no será por eso menos útil. En vano será, pues, venir a buscar aquí algo que yo conscientemente he excluido.

Este libro es, ante todo, un libro de hechos. Mi labor se reduce, pues, a acumular *casos* en que emerge una idea; eslabonar estos casos uniendo los textos que los expresan por su vértice de analogía, y convertir el hecho aislado y ocasional en materia común del pensar de la época. Mi responsabilidad va comprometida únicamente a la fidelidad de cada uno de los datos; pero el valor consecuencial de la suma no quiero que

dependa de mí, sino del valor de los sumandos y de la facultad de captación que el espíritu de cada lector posea.

La limitación que también he impuesto a mi trabajo merece dos palabras de explicación. Digo *ideas del siglo XVII* porque a esta centuria corresponde vida plena y madura de las ideas de toda una época. El reinado de Carlos V fue en la civilización española un período de acarreo y acumulación de materiales, de los que se puede afirmar, con el poeta:

Humida pugnabant callidis, humentia siccis.

En el reinado de Felipe II viene la selección, la asimilación nutritiva y el orden definitivo de la ideología española. El siglo XVII se encontró, pues, con una carta firmemente trazada del mundo intelectual en que las mentes españolas podían moverse. Todas las ideas traían el cuño del siglo anterior. En todos los órdenes de la actividad regía un canon inalterable de pensar. El siglo XVII aceptó, orgulloso, la herencia, y no se atrevió a variar una sola partida ni ambicionó acrecentar el haber en una sola idea. Gastó y vivió con opulencia los primeros lustros; pero llegó un día en que todos los lujos comenzaron a estar muy vistos, muy usados, y tras esto se inició la declarada vejez y la inevitable consunción. En este sentido es exacto que el siglo XVII es degeneración del anterior. Pero no es menos cierto que a una gran parte del XVII corresponde el apogeo, la edad madura, de todas las ideas del siglo XVI. Conforme a esto, utilizaré hechos y autores de los últimos años del reinado de Felipe II para entroncar las ideas que tienen su principal florecimiento en los reinados sucesivos.

PRIMERA PARTE

Capítulo I

AUTOCONCEPTO DE ESPAÑA

I.—EL DESTINO

Menéndez Pelayo expresó como nadie lo que los españoles pensaron de sí mismos en este siglo: «España —dice— se creyó, por decirlo así, el pueblo elegido por Dios, llamado por Él para ser brazo y espada suya como lo fue el pueblo de los judíos» [1]. Naturalmente, tal estado psicológico-social no se produjo al acaso, sino que fue resultado de una serie de factores externos e internos.

Dos fueron los hechos que determinaron principalmente la formación de la conciencia española sobre su papel en la Historia: la lucha con el protestantismo y la evangelización de América. Desde los primeros pasos del descubrimiento, los Reyes Católicos se sintieron comprometidos por la Providencia a velar por los indios y se declararon responsables de todos los medios conducentes a la salvación de sus almas. Puesta en marcha esta empresa, Carlos V echa otra sobre los hombros de España: oponer un valladar al protestantismo de Centro-Europa, identificando nuestra política exterior con los intereses del catolicismo, frente, incluso, al Pontífice Romano. En cuanto a su misión en el Nuevo Mundo, los españoles la comprendieron y

---

[1] *Calderón y su teatro*, Madrid, 1910, pág. 65.

aceptaron. De ello daremos pruebas suficientes en el curso de este capítulo. Baste ahora notar la influencia que tal coyuntura tuvo en la formación de lo que podríamos llamar complejo mesiánico de la España de los siglos XVI y XVII [2]. Por otra parte, es patente el carácter metapolítico de la acción desarrollada en Europa por la España de los Austrias, y que, como toda política moral, tuvo nefastas consecuencias materiales. El criterio de la conducta internacional española en aquella época claramente lo expresa Saavedra Fajardo, quien, después de exponer los perjuicios económicos que a España reporta la guerra en los Países Bajos, concluye: «Pero el amor a aquellos vasallos tan antiguos y tan buenos, y el deseo de verlos desengañados de la vil servidumbre que padecen, a título de libertad, y que se reduzcan al verdadero culto, puede más que la razón de Estado» [3].

Volcada materialmente la nación en estas dos misiones, consumida toda la potencia española en estas dos actividades, la reacción natural de la conciencia nacional fue poseerse de su papel, darse cuenta de su cometido, ejercer, en una palabra, conscientemente, el vicariato de Dios en el mundo. A ello contribuyó un tercer factor, esta vez de carácter endógeno: la propensión española al hacer descompasado con relación al resto de Occidente. Las concepciones supranacionales e imperiales de la Edad Media se habían agostado definitivamente en los primeros años del siglo XV. Durante el XVI, y menos el XVII, nadie se preocupaba en Europa de algo tanto tiempo atrás muerto. Pues bien: es en esta época cuando llega a su apogeo el espíritu cruzado, misionero, espiritualista y, por ello mismo, dominante, absorbente e incluso agresivo de España, por cuya realización, en gran parte conseguida, se luchó «con cuerpo, sangre, vida

---

[2] Un rumor lo bastante fuerte como para ocuparse de él ve en las Indias la Tierra prometida del Nuevo Israel. Vd. Fernández de Enciso, *Suma de Geografía*, Col. Joyas Bibliográficas, I, Madrid, 1948 (reproduce la edición de 1519), pág. 200 y sigs. También en C. D. I., I, pág. 441 y siguientes. El P. Vitoria se ocupa de esta tesis para refutarla, pero ello mismo es prueba de su difusión. Vd. *Relectio de Indiis*, II, 7.

[3] Saavedra Fajardo, *Empresas*, LXXXIII, Rivad., XXV, pág. 224-*b*.

y alma». El más característico de tantos *frutos tardíos* como produjo el hermoso Renacimiento español.

Evidentemente, la conciencia colectiva de una época aflora en el pensamiento de sus escritores, de sus artistas, de sus hombres representativos. Un pensamiento personal y señero no pasará de una genialidad, de una rareza o de una extravagancia; pero un pensamiento del dominio común, una idea compartida sin contradicción por una pléyade numerosa de escritores, será indicio innegable de una manera de pensar de la colectividad contemporánea. No hay otro modo de llegar hasta la conciencia colectiva, máxime tratándose de generaciones pasadas. Pero el modo de llegar es legítimo. Es, ni más ni menos, que el método de *encuestas* tan admitido como frecuentado en Psicología.

II.—ENCUESTA RETROSPECTIVA

La primera vez que aparece España vista en el desempeño de los designios universales de la Providencia es en el soneto de Hernando de Acuña a Carlos V. El triunfo del Emperador sobre las armas protestantes revela a los ojos del vate el cumplimiento de los anuncios proféticos de las Sagradas Escrituras. De España y del siglo XVI hablaron los profetas de Israel; pero el fundamento de esta interpretación está en las palabras del mismo Carlos V, identificando su causa con la de Dios. Palabras trascendentales, que ponen la clave de toda la política española. «El Emperador —refiere Sandoval—, con el mayor trote que podía sufrir gente de armas, seguía el camino que los enemigos llevaban, en el cual halló un crucifijo como suelen estar en los humilladeros, con un arcabuzazo por medio de los pechos. Ésta fue una vista para el Emperador de tanta compasión y piedad, que no pudo disimular la ira y lágrimas, y mirando al cielo, dicen que dijo: *Exurge Domine et judica causam tuam.* Y en nuestra lengua: *Señor, si vos queréis, poderoso sois para vengar vuestras injurias.* Y dichas estas palabras, que quebraron los corazones de los que las oyeron, prosiguió su camino, por aquella campaña tan ancha y rasa, que el polvo que la

vanguardia del Campo Imperial hacía, que era muy grande, el aire lo traía a dar en los ojos del Emperador y de los que con él venían»[4].

La asistencia de España a la sofocación de la hoguera luterana perdura desde Carlos V hasta el último Austria.

Ante la batalla de Vinfren, el año 1622, exclama un historiador español:

«¡Oh infelicísima Alemania! ¿Qué fuera ahora de tu imperio, qué de tu iglesia y religión, qué de las míseras reliquias de tu afligida cristiandad, si tal victoria por ventura los calvinistas alcanzaran? Mas no lo quiso el justo Dios. Su soberana providencia puso en los brazos poderosos de 700 españoles —el enemigo lo confiesa— la prevención de tanto daño»[5].

La soberana providencia de Dios mueve el brazo de un puñado de españoles y gana batallas a los luteranos para salvar los restos de la Iglesia en Alemania. ¡Se conserva íntegra la conciencia del Destino de España!

La oda de Hernando de Herrera a la victoria de Lepanto es un paso más en este camino. El poeta se apropia los acentos de la hermana de Moisés, y no ve deshechas las fuerzas del Turco, sino la *dura frente de Faraón, feroz guerrero.* España asume el papel del Pueblo de Dios; Dios es el que vence en Lepanto. El Mar Rojo, sepultando a los enemigos de Israel, es para el vate sevillano casi como la figura profética de esta proeza hispano-cristiana de los tiempos modernos.

La conquista del Nuevo Mundo contribuye a avivar este orgulloso misionalismo. Calderón pone en escena a Pizarro, tratando con sus compañeros de volverse del Perú y aplazar la conquista, dejando una señal que atestigüe su paso por aquellos lugares:

¿Qué más declaradas señas,
Pues es la propagación
De la fe causa primera,

---

[4] Fr. Prudencio de Sandoval, *Historia de Carlos V*, Madrid, 1625, II parte, pág. 544.

[5] Gonzalo de Céspedes y Meneses, *Primera parte de la historia de Felipe IV*, Lisboa, 1631, pág. 186-*a*.

Que una cruz en estos montes?
Pues nadie habrá que la vea
Que no diga: aquí llegaron
Españoles; que ésta es muestra
Del celo que los anima
Y la fe que los alienta[6].

Ya en el siglo XVII se hizo común entender de España las profecías bíblicas y ver cumplidos en las hazañas de los españoles los textos sagrados. No podía, pues, darse una divinización más alta de la patria, brazo de Dios e instrumento de su acción en el mundo. Vamos a leer algunos de estos interesantes documentos, testigos de tan curioso estado de opinión[7].

El pseudo doctor Carlos García, que en 1617 publicaba en París su libro sobre el carácter de franceses y españoles, se expresa así:

«Mil veces me han venido a la memoria las palabras de aquel versito de David que dice: *En toda la tierra se oyó su sonido, y hasta los confines del mundo se oyó su voz.* Las cuales, aunque los Doctores declaren de los Apóstoles y predicación evangélica, me permitirá el curioso aplicarlas a la singular virtud de esta noble nación (España), pues parece que sólo a este propósito fueron dichas»[8].

Y sigue el entusiasta escritor probando el alcance universal de las armas españolas, para justificar la aplicación de las palabras del real Profeta.

Poco más tarde, un consejero de Castilla, relacionado con los hombres de letras de la Corte, el doctor López Madera, publica un libro taraceado de erudición antigua y moderna, cuyo mero título dice mucho en orden a la idea que examinamos. Reza así:

6 Calderón, *Aurora en Copacabana*, I, Keil II, pág. 446-*a*.

7 Sobre lo muy extendido de esta idea en la literatura política de la época, véase mi estudio preliminar a la *Política española* de Fr. Juan de Salazar, 1609, edición del Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1945.

8 *La oposición y conjunción de los dos grandes luminares*, por el doctor Carlos García, París, 1617. Edic. Libros de Antaño, Madrid, 1877, página 221.

Excelencias de la Monarquía y Reino de España. En que de nuevo con grande aumento se trata de su origen, antigüedad, sucesiones, preeminencias y procedencias, nobleza, religión, gobierno, perfección de sus leyes, valor y doctrina de sus naturales, grandeza, potencia y riqueza de sus Reinos. Dignidades y títulos de sus vasallos, renombres de sus Reyes, y conservación de su antiquísima lengua hasta ahora.

En este libro volvemos a encontrar las Sagradas Escrituras, traídas a cuento de España, nada menos que parangonando la soberanía de los Reyes de España con la de Cristo.

«Declarando el Real Profeta, Rey soberano y alumbrado de Dios, la soberanía del reino de Cristo, a quien dedica aquel Salmo XLIV, en la primera cualidad, y, como digamos, la posesión de su reino dice aquellas notables palabras: Cíñete, oh Rey muy poderoso, *tu espada sobre tu muslo*, añadiendo que con aquella potestad entre a reinar prósperamente. Y hase de advertir que así se intitulan los Reyes de España; que ceñirse a sí mismo el estoque es símbolo del supremo poder en la tierra. Y en conformidad de esto ..., cuando después los demás Reyes sucesores entran en la posesión misma y hacen la ostentación y pompa de ello, no usan, como en otros Reinos, de coronas o cetros, sino que sólo el estoque desnudo, que les llevan delante; porque cuando dijo el Salmista que el Rey soberano saliese en público prósperamente a reinar, dio luego la razón, que había de ser por la justicia» [9].

El Licenciado don Antonio Cervera de la Torre, en el libro que escribió de la muerte de Felipe II, explica el capítulo LX de las Profecías de Isaías de esta forma:

«Esta profecía de Isaías se ha cumplido desde que los portugueses descubrieron las Indias Orientales y el Almirante Don Cristóbal Colón las Occidentales; porque los Reyes de Castilla y Portugal han enriquecido los templos y dádoles grandes rentas; pero ninguno de los Reyes pasados excedió en este particular al potentísimo Rey y Señor nuestro Don Felipe II...» [10].

[9] *Opus cit.*, fol. 57. Cito la edición de Madrid, 1625, que salió aumentada respecto de las dos anteriores.

[10] *Definiciones de la Orden de Calatrava*, Madrid, 1660, fol. 131.

En 1625, un canónigo de Toledo, Fernández Navarrete, publicaba un curiosísimo tratado político, en forma de comentario, de la consulta elevada al Trono en 1619 por el Consejo de Castilla, y en ese libro vemos aparecer nuevamente el tema de las profecías:

«Pues los españoles son, como dijo San Jerónimo, obedientísimos a la Santa Sede Romana, pueden estar ciertos que sus reyes serán los mayores del mundo, cumpliéndose en ellos lo que dijo Dios en los Proverbios: *Thronus ejus in aeternum firmabitur*, y lo que a David prometió, diciendo: *Firmabo regnum ejus et stabiliam thronum regni ejus usque in sempiternum.* Verificándose en la Serenísima Casa de Austria lo que de los romanos dijo Virgilio: *His ego nec metas rerum, nec tempora pono; imperium sine fine dedi*» [11].

Inmediatamente después aparecía en Pamplona otro libro no menos curioso, aunque no tan afortunado que haya merecido una moderna reimpresión, donde se volvía a exaltar la misión providencial de España. El autor, Fr. Benito de Peñalosa, benedictino de Nájera, desarrolla el pensamiento en un capítulo entero, bajo este título: *Cómo los españoles dilatan la fe católica, oficio y prerrogativa que tenía el pueblo de Dios escogido.* Trata primero de las misteriosas bendiciones que Dios prometió a Abraham en el capítulo 28 del Génesis. «Será tu descendencia como el polvo de la tierra y extenderse ha hasta el Oriente y Occidente, Septentrión y Mediodía», las cuales promesas nuestro autor benedictino las ve cumplidas, más y mejor que en la descendencia de Abraham, en las gentes hispanas:

«Con más ventaja vemos hoy la nación española ejercitando este ministerio y logrando las bendiciones que Dios echó a Abraham y Jacob, padres espirituales de su fe intensa y dilatada, pues en todos los reinos del mundo infinitos españoles están predicando el Evangelio y manifestando a la gentilidad la ley de gracia» [12].

11 Fernández Navarrete, *Conservación de Monarquías*, Madrid, 1625. Discurso II.

12 *Libro de las cinco excelencias del Español*, por Fr. Benito de Peñalosa, Pamplona, 1629, pág. 22.

Y es muy de notar que hasta la configuración geográfica y el régimen climatológico de España lo encontraba el sagaz benedictino obra especial de Dios, encaminada a estos altos fines históricos que desde el principio del mundo tenía asignados a la España del siglo XVII:

«Esta variedad de climas y naciones causó la Providencia Divina en España, para que los españoles que habrán de extenderse por todo el mundo, ya predicando la fe católica, ya señoreándolo con sus armas, nada admirasen y no les empeciesen climas contrarios» [13].

El sentido religioso y la voz de cruzada que las conquistas españolas tenían a juicio de aquellos hombres nos lo descubre otro escritor, profetizado en ciertas palabras bíblicas. El mercedario Fr. Francisco Enríquez es el autor de las siguientes líneas:

«Podemos, en sentido acomodaticio, entender de nuestros Reyes catolicísimos las palabras que la discreta Abigail dijo a David, en orden a serenar el justo enojo que había concebido contra su marido Nabal: *Faciens enim faciet dominus tibi Domino meo domum fidelem, quia proelia Domini, Domini mi, tu proeliaris.* Que la conservación de su dilatada Monarquía y la extensión de nuevos reinos tiene hipotecada en la justificación de sus armas y en que las juega diestro el brazo poderoso de la Fe. Y de la misma suerte que reñía allí David pendencias de Dios contra infieles, todos confinantes conforme el sentir de nuestro Abulense, aquí se juega la espada contra fronterizos también rebeldes a Dios» [14].

Cierra la serie de esta clase de libros el de otro monje bernardo, hijo de padre español y de madre flamenca, pero más fervoroso que los españoles castizos en defender la providencialidad de España. Su obra es verdaderamente obra de un loco, que maneja de un modo admirable la erudición hebrea, griega y latina, y sale y entra familiarmente por todos los es-

---

[13] *Opus cit.*, pág. 6.

[14] *Conservación de Monarquías, Religiosa y Política*, por Fr. Francisco Enríquez, de la Orden de la Merced, Madrid, 1648. Parte I, cap. V, pág. 3.

condrijos de la historia antigua. Éste es el Padre Juan de Caramuel y Lobkowitz. Su libro vio la luz en Bruselas en 1636.

Comienza el *Prólogo al lector* afirmando que «puso Dios en el principio del mundo la provincia de España, en testimonio de que en todo él no había otra más principal ni soberana» [15].

Prosigue explicando el sinnúmero de las perfecciones españolas, y llega a describir las armas o blasones de Castilla, de León, de Portugal, de Sicilia, etc., valiéndose de símbolos de la Sagrada Escritura, en la cual todo estaba visto y profetizado por Ezequiel. Hasta el Águila de Carlos V, hasta el Toisón de Oro que orla el escudo de España, todo lo descubre divinamente figurado en las Sagradas Letras. Para dar una idea de esta logomaquía, vamos a trasladar un esbozo de las armas de Castilla:

«Es Castilla madre de todas las demás coronas que ciñen la sien de nuestra victoriosa España, y así, con prevención contemplativa, me pareció justísimo explicar primero los blasones e insignias que fueron origen de los otros. Son las que tiene aquesta Monarquía, antiquísimas, y tanto que en tiempo de Ecequiel eran muy conocidas. Formábanse de aquesta suerte: un castillo de oro en campo carmesí, con puertas y ventanas azules, con tres torres, y en cada una tres almenas de oro. *Timbre* cuando se pone es un castillo de la misma manera».

«Llámase Castilla, en hebreo, "Adamuz". Era metrópolis la que conserva hoy el nombre, y está junto a Córdoba; que también este reino es parte de la antigua Castilla. En esta provincia es muy probable que formó Dios el primer hombre. En ella consistió lo más ilustre de todo el Paraíso. De ella salen aquellos cuatro ríos que pintó Moisés, y explican con curiosidad muchos autores. Pruébolo muy despacio en otra parte, y así pongo punto final» [16].

---

15 Página 1.

16 Timbre debe ser palabra hebraica: *Explicación mística de las Armas de España invictamente belicosa*, por el maestro Juan de Caramuel y profesor de Sagrada Theología y monje de nuestro P. San Bernardo. En Bruselas, 1636, pág. 114.

Dada semejante mentalidad, no es de extrañar que a cada momento se repitieran las intervenciones palpables de la Divinidad en favor de las armas y política españolas. Para los súbditos de los Austria, Dios cuida de su pueblo con especial solicitud:

«Acá, en España, cuando ha habido felicidad y ventura ha sido milagro, porque sólo Dios los ha obrado; pero no siempre los merecemos, porque quiere su magestad que nosotros nos animemos y hagamos lo que nos toca, concurriendo con las causas naturales» [17].

Y son legión los autores que aceptan este providencialismo a ultranza, citando en su aval innumerables prodigios:

«Antes de la Naval sobre Lepanto, miraron los turcos varias cruces en Constantinopla y por el aire; y otra que apareció en la India Oriental, año de 1510, y fue adorada de Alburquerque, verificó sus vencimientos y el fundamento memorable de nuestra Iglesia en aquel orbe» [18].

La cruz celestial que presidió la victoria de Las Navas, aunada al prodigio bíblico de Josué deteniendo la carrera del Sol, vuelven a contarse de Cisneros y de su victoria frente a los muros de Orán.

Un hecho milagroso de la batalla de Las Navas vuelve a reproducirse en pleno siglo XVII, en la batalla que Felipe IV libró con los franceses el año 1664, en la guerra de Cataluña. Ni el cambio de fecha ni la diferencia de circunstancias impidió que se verificase el prodigio:

«Sucedieron en esta batalla algunas particularidades notables, que será justo referir... Cayó también en este día (14 de mayo) la festividad de San Isidro Labrador, natural y patrono de la Corte de Madrid, y hubo muchos hombres dignos de fe en este ejército que vieron delante del escuadrón del regimiento de la guardia un muchacho vestido de labrador, con un bor-

---

17 Francisco Silvela, *Cartas de la Venerable Madre Sor María de Agreda y del Señor Rey Don Felipe IV*, Madrid, 1885, I, pág. 319.

18 Gonzalo de Céspedes y Meneses, *Primera parte de la Historia de Felipe IV*, Lisboa, 1631, pág. 173.

dón en la mano, caminando con nuestras huestes hacia el enemigo; y viéronle muchos, que lo certificaron y juraron» [19].

El milagro de Clavijo vuelve asimismo a renovarse en las montañas peruanas:

«Acosado nuestro ejército de una increíble multitud de bárbaros valientes y a pique de perecer sin remedio, levantó (un fraile) en el extremo de una pica un Cristo crucificado, y enarbolando este estandarte con que sujetó Dios todas las fuerzas del infierno, le asestaron los bárbaros fieramente con sus flechas, tan en su daño, como lo testificaron dos prodigios: uno, que se volviesen las armas contra los que las habían disparado, y el otro, haberse visto en el aire innumerables caballeros con escudos de la Merced en los pechos y en caballos blancos..., haciendo cruel estrago en los enemigos» [20].

En los *Avisos*, de Barrionuevo, que son la manifestación literaria más parecida a nuestra prensa informativa, hallaron acogida varios rumores de hechos sobrenaturales de los que se nutría la imaginación popular en aquellos días.

He aquí lo que un día corrió por Madrid, en ocasión que Francia mantenía sus armas contra Cataluña y los países españoles de Flandes e Italia:

«Es el caso que a la Reina madre le dio en París un paroxismo que le duró diez y ocho horas; otros dicen más. Avisaron al Rey, que estaba en caza, el cual llegó a tiempo que los médicos ponían mucha duda en su vida; pero apenas entró en el aposento, cuando como despertando de algún sueño, hechos sus ojos dos fuentes de lágrimas, comenzó en altas voces a decir: "¡Misericordia, Señor, misericordia!" Y conociendo a su hijo, le dijo: "¡Que nos condenamos, hijo mío, que nos condenamos!" Y asiéndole del brazo, le contó la habían llevado en aquel rapto a que viese las penas del infierno y los que en ellas estaban, que nombró algunos, por ocasión de las guerras, y que queriendo arrebatarla con muchos garfios que le echaron de

---

19 *Relación de la batalla de Lérida, el año 1644*, Codoin, XCV, pág. 383.

20 Fr. Marcos Salmerón, *Recuerdos históricos de la Orden de la Merced*, Valencia, 1646, pág. 328-*b*.

todas partes los ministros infernales, llegó la Virgen Santa, Madre de Dios, escuderándola San Dionisio y otros santos, y gran séquito de vírgenes y escuadrones angélicos, que con espadas de fuego en las manos encerraron a cuchilladas a tanto demonio que andaba suelto, y que le dijo Su Divina Majestad que hiciese luego las paces con España; y que si no, ella y su hijo y todos los que les aconsejaban a la guerra, se verían muy pronto como había visto a todos los demás» [21].

De idéntico espíritu está henchido este otro episodio milagroso, que refiere Pellicer:

«El domingo llegó también un correo del Prior de Guadalupe, despachado a S. M., en que avisaba como información hecha cómo sacando en procesión a Ntra. Sra. de Guadalupe, con rogativa para el buen suceso de las Guerras, un hidalgo colgó todos los retratos de los Reyes, para adorno de la calle. Y estando el Rey de Francia colgado al lado izquierdo del Rey Ntro. Sr., al llegar la procesión cayó de repente el del Francés a los pies de S. M. Y creyéndolo accidente casual, le clavaron por arriba y abajo con más cuidado. Y al llegar la imagen se volvió a caer segunda vez en la misma suerte que la primera. Volvieron a colgarle con seis clavos por todos los lados, y cuando llegaba el Preste, se desclavó y cayó por vez tercera a los pies. Reparóse en el caso; hízose información, y envió el Prior el aviso. Ahora dicen que en otra Procesión cayó el retrato de Enrique IV, en la parte misma, a los pies del de la Magestad de Felipe III, y poco después vino la nueva de la muerte del Rey de Francia» [22].

Otro día desembarcaba en Sevilla un embajador del Congo, e inmediatamente surgió en la Corte la leyenda de la intervención divina, de acuerdo con la misión confiada por Dios a España:

«Dice que un día les apareció al Rey y a todos los suyos en el aire la Madre de Dios con su Hijo en los brazos, en ocasión que estaban en un gran campo haciendo fiestas al sol y otros

---

21 *Avisos*, de Barrionuevo, 25 marzo 1655.

22 *Avisos*, de Pellicer, 20 agosto 1641.

ídolos que adoran, y que les dijo que sólo su Hijo era el Dios verdadero y que viesen lo que los suyos eran, haciéndose pedazos y reduciéndose a polvo luego que la vieron, y que acudiesen a España y llevasen de ella hombres blancos cristianos que los doctrinasen para que ellos lo fuesen en el alma y dejasen de ser negros; que si todo esto es así se conoce bien el patrocinio grande que en esta Señora tienen los hombres» [23].

Con un sobrenaturalismo que raya en la superstición se citan extraños presagios de guerras y... victorias:

«De Molina de Aragón avisan que allí se han oído en el aire a deshora varias voces, un estrépito y estruendo como de instrumentos de guerra, trompas, clarines y atambores, y esto lo contestan muchas personas de crédito» [24].

En fin, hasta los desaciertos y los fracasos llegaron a cohonestarse, explicándolos no ya por un cristiano y defendible providencialismo, sino por milagros patentes hechos por el Cielo en beneficio de nuestros intereses humanos. Dice Barrionuevo:

«El piloto de la nave del Callao, que varó, por cuya ocasión se ha detenido la flota, ha llegado allí a dar razón de sí, y dice públicamente que aquello fue cosa milagrosa el abrirse sin tocar en piedra ni en escollo, siendo en parte donde sondaba de trece a catorce brazas de fondo, cosa que, si no sucede así, hubiera dado infaliblemente en manos del enemigo. Todas nuestras dichas son a poder de milagros» [25].

Otras veces, la interpretación providencialista de los hechos es más conforme al espíritu cristiano, pero siempre de acuerdo con la idea central de creernos pueblo privilegiado. Así, vemos, por ejemplo, que un consejero anónimo explanaba estos pensamientos a un *privado de Felipe III, sobre los medios de remediar los males de la Monarquía española*:

«Mirando el infeliz y extraordinario suceso que fue Dios servido de dar a la armada poderosa de Inglaterra, siendo causa suya y de su fe comenzada y proseguida con tan santa inten-

23 *Avisos*, de Barrionuevo, 10 abril 1658.
24 *Avisos*, de Pellicer, 13 agosto 1641.
25 *Avisos*, de Barrionuevo, 10 julio 1655.

ción y a Dios tan encomendada en todos estos Reinos, tan deseada de toda la Iglesia Católica, procurada con tantas cosas, pedida con tantas lágrimas de siervos suyos; da mucho que pensar y hace temer que debieron concurrir graves causas por las cuales Dios nos envió este trabajo, el cual, sin duda, irá siempre adelante, mientras ellos duraren, pues Dios, en cuyas manos son los Reinos y potestades, no hace estas cosas acaso con el Rey Católico y Reino que solos en el mundo le obedecen y conservan su fe. Justo es que con sumo cuidado se ponderen y examinen las causas que puede haber para esto, para que se quiten, y con ellas cese la ira de Dios y los males que se pueden temer» [26].

Otro capítulo de política providencialista en este mismo sentido se lee en un manuscrito de la misma Biblioteca Nacional, titulado *Desengaño del Rey y apuntamientos para su Gobierno*, por don Mateo de Lisón y Viedma, gran arbitrista granadino del reinado de Felipe IV.

El capítulo aludido tiene el encabezamiento que sigue:

«De la tormenta, daños y pérdidas que padece el Reino y sobre no hacerse demostraciones de devoción para aplacar a Dios» [27].

«El sol mismo, como instrumento de Dios, también da la preferencia a España, pues alumbra continua e incesantemente sus tierras y dominios las veinticuatro horas de su curso de cada día. Véase si Francia o algún otro Monarca ha tenido o tiene esta calidad; y Dios, que es el Supremo y verdadero Juez, ha determinado esta causa en favor de España en muchas ocasiones, y así lo confesó el Duque de Guisa, diciendo que Dios se había declarado español, cuando el Duque de Alba le venció e hizo retirar en Nápoles» [28].

Mesianismo y providencialismo nacionalista, de una parte; dificultades para la Iglesia en el resto de Europa, de otra, contribuyeron a que España apareciese en la conciencia de sus hijos

---

[26] Ms. 13239, fol. 36, B. N. de Madrid.
[27] Ms. 10861, s. f., B. N. de Madrid.
[28] Gondomar, *Cartas*, Biblióf. Esp., IV, pág. 96.

como auténtico vaso de elección. Los autores se complacen en recargar las tintas oscuras en el cuadro de la Cristiandad, desgarrada por las herejías y ensangrentada por las guerras religiosas. Camos, en su estrambótica obra *Microscomía*, exclama:

«Inglaterra sin Dios, Alemania con cisma, Flandes con rebelión, Francia con todas esas cosas juntas» [29].

Más enfático todavía es el predicador Fr. Miguel Pérez de Heredia:

«¡Oh miserable Alemania! ¿Dónde te vuelves para buscar al Niño perdido? ¿Para dónde caminas, ciega Inglaterra, buscando a Dios? Desdichada Francia, ¿adónde te inclinas, habiéndole perdido en el camino? ¿Qué buscas, di, Escocia, en medio de tantas tinieblas? ¿Y qué buscáis, reinos desdichados?» [30].

Sobre esta tenebrosa escena destaca más luminosamente el Nuevo Israel.

Con lo dicho podemos dar por cerrada la encuesta. No me he propuesto agotar las manifestaciones que en los libros de la época se pueden hallar de un tan curioso estado de espíritu; pero por las citas hechas creo queda suficientemente claro cuál era la opinión general sobre este punto.

III.—ESPAÑA FRENTE A EUROPA

Frente a esta posición suya, España se dio cuenta exactamente de la actitud de Europa. Vio al enemigo que tenía en frente, y aceptó el combate con plena conciencia de su posición. No era una política secreta, acordada a espaldas de la nación; los predicadores voceaban en los púlpitos las líneas del mapa religioso de Europa, sobre el cual refulgía la directriz de la diplomacia española. Fray Alonso de la Cruz decía:

«Ya, amigos, vimos las banderas de la Fe en toda Grecia, en Alemania, Francia, Inglaterra; ya ahora la van estrechando los enemigos a este pedazo de tierra de España» [31].

[29] Fr. Marco Antonio de Camos, *Microscomía o Gobierno universal del hombre cristiano*, Barcelona, 1592, I, pág. 48.

[30] *Sermones*, de Fr. Miguel Pérez de Heredia, 1605, parte I, pág. 136.

[31] Alonso de la Cruz, *Discursos evangélicos*, 1599, pág. 369-*b*.

Francisco Enríquez apuntaba con el dedo a cada uno de los enemigos:

«Ya Alemania niega el debido feudo a tu común pastor; ya esos reinos del Norte se abrasan, en medio de sus mayores frialdades, con el fuego de la herejía; ya Inglaterra y gran parte de Francia se levantan contra tu santa obediencia; a nuestro infeliz Portugal también le cupo alguna parte en estas desdichas e infelicidades» [32].

Fray Diego de la Vega apostrofaba así al Divino Fundador de la Iglesia:

«Veo vuestra vestidura despedazada de mano de gente violenta y tirana: un pedazo han llevado en Alemania, otro en Inglaterra, otro en Flandes y otro en Francia» [33].

La posición señera de España aparecía clara; la diferencia entre su política y la del resto de Europa no admitía duda. La hidalguía de esta posición es evidente, y así lo comprendieron los protagonistas del drama. El catolicismo de Felipe II, por ejemplo, no se alaba sólo por su fervor, sino por el contraste que ofrecía con la conducta anticatólica de otros reinos. «El cual —dice un escritor—, en los tiempos en que Enrico VIII saqueó y asoló más de diez mil templos y monasterios en Inglaterra, y en tiempo que en Francia se quemaban las iglesias, Su Majestad, que Dios tiene, se mostró liberalísimo y magnificentísimo, fundando, construyendo y dotando el sacro y real convento de San Lorenzo» [34].

Gracián extiende a toda la Casa de Austria la política antiherética; pero bien sabida es la asistencia que en hombres y dinero prestaba España al Emperador. Gracián se queja del poco celo antiherético de los Príncipes de Europa, comparados con los de la Casa de Austria, y apela al juicio público:

«Y si no, decidme: ¿a qué otros reinos extraños los desterraron? ¿Qué Áfricas poblaron de herejes, como Filipo de los mo-

---

32 Francisco Enríquez, *Oraciones panegíricas*, Madrid, 1634, t. I, pág. 74.

33 Diego de la Vega, *Paraíso de la Gloria de los Santos*, 1607, t. II, página 384.

34 Don Antonio Cervera de la Torre, citado en las *Definiciones de la Orden de Calatrava*, Madrid, 1660, pág. 131.

riscos? ¿Qué tributos a millones perdieron, como Fernando? ¿Qué Ginebras han arrasado? ¿Qué Morabias despoblado, como hoy día el piadoso Ferdinando?» [35].

Quedaba abierta, bien claramente, entre la política española y la del resto de Europa una zanja profunda, en la que había de crecer lozanamente la venenosa planta del odio. Los españoles se dieron exacta cuenta de la sombra odiosa que su imagen proyectaba en la conciencia de Europa; y al aparecer, en el teatro o en la novela el tipo del extranjero, los escritores respetaron aquella conciencia y le permitieron expresar sus sentimientos hostiles a España.

En primer lugar, como quien sabía dónde teníamos la llaga, para poner el dedo en ella y lastimarnos más, los extranjeros cumplieron la consigna tácita de ridiculizar nuestra soberbia, tratándola de vana fanfarronería. Era un modo de sacarse la espina, una manifestación del despecho, de la humillación infligida a Europa por la arrogancia de un pueblo superior. Pruebas de este estado de conciencia existen en todas las literaturas europeas [36]. Pero lo que aquí nos interesa es ver el reflejo de esa conciencia extranjera en la literatura de España. He aquí una serie de textos que presentan la soberbia española, convertida por los extranjeros en fanfarronería y vana jactancia.

Cuando Marcos de Obregón jura de hacer y acontecer en Italia, uno del país pone a sus fieros esta acotación: «¡Bravata de español!» [37].

Tirso de Molina pone la misma frase despectiva en boca de otro italiano:

> *Bravatas son españolas;*
> *Pasen tempestad y truenos,*
> *Verás los cielos serenos*
> *Y el mar amansar sus olas* [38].

35 Gracián, *Criticón*, II, 2. Renac., I, pág. 228.

36 Tal es el caso de las fanfarronadas de Brantôme o del capitán bravucón de las comedias italianas. Vd. Hans Aage Paludan, «Traducciones de romances en Dinamarca e Islandia», *Homenaje a Menéndez Pidal*, Madrid, 1925, I, pág. 315.

37 Espinel, *Opus cit.*, III, 7. Clás. Cast., I, pág. 198.

38 Tirso, *Cómo han de ser los amigos*, II. N. B. A. E., IV, pág. 16-a.

Cristóbal de Villalón hace constar la opinión que el Gran Turco tenía formada de los españoles:

«Él sabía que los españoles éramos fantásticos» [39].

Matos Fragoso hace hablar a un capitán flamenco en estos términos:

¡Qué arrogancia,
Tan de español fanfarrón! [40]

Gracián nota con censura el tono elevado de voz propio de los españoles:

«Comenzó uno a hablar muy alto. Este, dijo Andrenio, es español» [41].

Y Guillén de Castro, presentando ante los muros de Tremecén a Don Tristán con un campanudo reto a los moros de la plaza, pone en boca de los sitiados este comentario:

HACEN. *¡Cómo habla el español!*
MUZARFE. *Es costumbre, no te espantes* [42].

Lope de Vega saca la cara por el honor de su patria, malparado en esta mala fama que los extranjeros nos daban de fanfarrones. Una francesa pregunta a un español, y éste responde:

FRANCESA. *¿Por qué os llaman fanfarrones?*
ESPAÑOL. *Porque todas las naciones,*
Unas de otras envidiosas,
Ofenden nuestras gloriosas
Empresas y altos blasones;
Sabemos decir y hacer;
Y porque se usó el retar
En España, que es poner
Con la ejecución del dar,
La gloria del prometer [43].

---

[39] *Viaje de Turquía*, Coloq. III. N. B. A. E., II, pág. 32-*b*.
[40] *Lorenzo me llamo*, III. Rivad., XLVII, pág. 236-*b*.
[41] Gracián, *El criticón*, I, 7. Renac., I, pág. 86.
[42] *El cerco de Tremecén*, I. Real Acad., I, pág. 297.
[43] Lope, *Carlos V en Francia*, I. Real Acad., XII, pág. 126-*b*.

Y en otra comedia se revuelve así contra los franceses:

ROLDÁN. *Gusto me dan tus bravatas.*
Mas ¿qué hacéis los españoles
Ordinariamente? Hablar.
BERNARDO. *Peores sois los franceses,*
Que habláis mucho y no hacéis nada [44].

No nos pagó Europa solamente en burlas nuestro afán de dominación: nos pagó además en odio, y los escritores españoles, que hemos visto cómo se hicieron eco de lo uno, vamos a ver cómo se percataron de lo otro.

Espinel lo supo apreciar y expresar claramente:

«Por la misma razón que pensamos ser señores del mundo, somos aborrecidos de todos» [45].

Mateo Alemán afirma el hecho y recata pudorosa o irónicamente la causa:

«Si eres, por ventura, español, dondequiera que llegues has de ser mal recebido, aunque te hagan buena cara, que aquesa ventaja les hacemos a todas las naciones del mundo: ser aborrecidos en todas y de todas; cúya sea la culpa, yo no lo sé» [46].

Y en otro lugar:

«Eres español, y, por nuestra soberbia siendo malquistos, en todas partes somos aborrecidos» [47].

Sancho de Moncada, el más xenófobo de nuestros escritores políticos, reconoce igualmente «el general odio de todas las naciones contra la española» [48].

Suárez de Figueroa reconoce que en Génova, como en todas partes, los españoles no cuentan con simpatías:

«La gente plebeya desta ciudad es grandemente vidriosa; y como los españoles, en tierras estrañas, son tan mal acariciados (efectos, sin duda, de envidia o temor, que uno y otro pro-

---

[44] Lope, *Bernardo del Carpio*, I. Acad. N. E., III, pág. 648-*a*.
[45] Espinel, *M. de Obregón*, III, 1. Clás. Cast., LI, pág. 142.
[46] *Guzmán de Alfarache*, II, II, 3. Rivad., III, pág. 294-*b*.
[47] Alemán, *Guzmán de Alfarache*, I, III, 3. Renac., I, pág. 284. Vd. *Cautiverio y trabajos*, de Diego Galán. Biblióf. Esp., XXXVII, pág. 366.
[48] *Restauración Política*, Madrid, 1746, pág. 4.

duce la monarquía), por ligerísima ocasión arman grescas peligrosas» [49].

En un opúsculo de hacia 1620, atribuido al Conde de Lemus, encontramos otro testimonio al mismo propósito:

«No me podréis negar que la nación española, de todas es la más aborrecida y odiada. No pienso que ignoráis la causa; pero de nuevo quiero referírosla de la manera que aquí veréis. De las partidas del mundo, la mejor es, sin duda, Europa, figurada por una piel de toro; y de Europa, la mejor provincia España, que es la cabeza del mismo toro... Desta ventaja que hace esta provincia a las demás del mundo, en temple, en valor, en riquezas, en dominio, que le tienen los naturales de ella, en la mayor parte de todas las demás; de la potestad con que las van señoreando, de la poca estimación que hacen de las demás naciones, del valor supremo que reconocen todas en ellos, de esto, pues, nace, como digo, este aborrecimiento de los españoles por todo este hemisferio» [50].

La perspicacia de Cervantes supo apreciar que allí donde los españoles deponían sus humos era el único sitio donde eran queridos. Hablando de Luca dice:

«Allí mejor que en otra parte ninguna son bien vistos y recebidos los españoles; y es la causa que en ella no mandan ellos, sino ruegan; y como en ella no hacen estancia de más de un día, no dan lugar a mostrar su condición, tenida por arrogante» [51].

Pero el ambiente general de Italia lo reflejó hablando de Roma, cuando dice que los condenados a la horca «van a pie y apenas los ve nadie, y así, apenas hay quien les rece una Ave María, especialmente si son españoles los que ahorcan» [52].

Cristóbal de Villalón, con el tono desgarrado de siempre, se expresa así:

---

49 Suárez de Figueroa, *El pasajero*, I. Renac., pág. 7.

50 *El Búho Gallego*, inserto en el opúsculo *Castellanos y Vascongados*, pág. 238.

51 Cervantes, *Persiles*, III, 19. Madrid, 1917, fol. 186.

52 Cervantes, *Persiles*, IV, 5. Madrid, 1917, fol. 202.

«Entre todas las naciones del mundo, somos los españoles los más mal quistos de todos, y con grandíssima razón, por la soberbia, que en dos días que servimos queremos luego ser amos» [53].

Lope de Vega, a quien ya hemos oído hablar de la envidia de las demás naciones, nos abre su conciencia en el siguiente pasaje:

«Las (voces) de la cuestión fueron tantas, que, acudiendo la justicia, se libró Felisardo de aquel peligro que el vulgo amenaza a los españoles en toda Europa» [54].

Tirso pone esta expresión en boca de una señora italiana:

Poderosos pretendientes,
¿Qué han de hacer, si ven que elijo
En su ofensa a un español
Hasta el nombre aborrecido? [55].

Encareciendo la maldad de una prostituta, dice que no cierra su puerta a nadie:

Ni aun al español tampoco,
Con ser tan aborrecido
En Nápoles [56].

Y en una tercera comedia introduce a un italiano, hablando de este modo:

¡Ah! Maldiga Dios a España
Y a quien bien quiere a su gente [57].

Mira de Amescua, queriendo hacer pasar por italiano un criado español, no tiene más que ponerle en los labios frases de odio contra los españoles:

---

53 *Viaje de Turquía.* N. B. A. E., II, pág. 17-*b*.
54 Lope, *El desdichado por la honra.* Rivad., XXXVIII, pág. 16-*b*.
55 Tirso, *Fingida Arcadia,* I. N. B. A. E., IV, pág. 439-*b*.
56 Tirso, *El condenado,* I. Rivad., V, pág. 186-*a*.
57 Tirso, *Palabras y plumas,* I. Rivad., V, pág. 6-*b*.

Con el español no hablo,
Que, aunque es galán como el sol,
Es en efecto español,
Y me parece al diablo [58].

Bances Candamo acentúa la misma idea por boca de una señora extranjera:

¡Oh qué arrogancia española,
Tan propia de aquel nativo
Soberbio espíritu que
Os hace a todos malquistos [59].

El pseudo Mateo Luján de Saavedra introduce un clérigo italiano, que se desahoga diciendo:

«¿Qué responderás a los vicios de tus españoles? Son soberbios, hinchados y, comúnmente, ignorantes.»

Y luego añade el autor, por su cuenta:

«Aquí reparé considerando lo que es malquista nuestra nación en donde quiera por la soberbia y licencia que tenemos en hablar y hacer grande pie de las alcuñas de los linajes. Perdóneme mi madre España, que estoy con enojo y digo contra ella verdades» [60].

Tal se presenta este aspecto, nada agradable, por cierto, pero de trascendental importancia, de la conciencia española en el siglo XVII. España conoció perfectamente, y aun es posible que exagerara lo poco favorables que le eran los demás pueblos de Europa. ¿Cuál es la reacción nacional frente a esta opinión adversa? De una parte, el desprecio a lo que, no sin razón, califican de calumnia dictada por la envidia. Tal es el criterio de Suárez de Figueroa:

«Descubren los escritores estranjeros la malicia de sus ánimos para con nuestra nación, al paso que desean sepultar en silencio las proezas de tanto invencible caballero como en todas

58 *Galán, valiente y discreto*, I. Rivad., XLV, pág. 27-*a*.

59 Bances Candamo, *Por su Rey y por su dama*, II. Rivad., XLIX, página 382-*b*.

60 Luján de Saavedra, *Guzmán*, parte II. Rivad., III, págs. 370-*a* y 380-*a*.

edades produjo España. Tantos Sertorios y Viriatos, tanto numantino tan prodigioso, tanto valor y lealtad saguntina, tantos reyes guerreros y fuertes sucesores de Pelayo, tantos Bernardos, Condes Fernán-González y Cides, ¿cederán por ventura a sus Marios, a sus Cipiones, a sus Césares? Pues en tiempos más modernos no han sido menos maravillosas sus hazañas en Flandes, Alemania, Francia, Italia, África, Indias, Oriental y Occidental, y en la misma España, contra infieles, quebrantando con la fortaleza de sus brazos la soberbia de tantas naciones, por su disciplina tan formidable a todos. Deja, pues (repitiendo las palabras de un docto), la grandeza de su esfuerzo con grande intervalo inferior al de más estruendo; y así, copiosos de tantas riquezas militares, desestiman y menosprecian los atributos de bárbaros que les aplican algunos autores, procediendo todos de mordaz envidia, que, como se sabe, es dolor y tristeza que proviene y nace de ajenas glorias» [61].

O de don Antonio Hurtado de Mendoza:

> *Honremos nuestra patria generosa*
> *que por tantas hazañas y blasones*
> *es la envidia común de las naciones* [62].

De otro lado, un sentimiento de hostilidad más o menos consciente, que contribuyó sin duda a desarrollar los gérmenes ancestrales de casticismo aislacionista conducente al estancamiento.

Todo este idearium se desglosa en el concepto que de cada uno de los grupos nacionales de la época tuvieron los españoles del siglo XVII, objeto de estudio en la segunda parte de este volumen.

---

61 Suárez de Figueroa, *El pasajero*, II. Renac., pág. 57.
62 *Cada loco con su tema*, I. Rivad., XLV, pág. 459-c.

IV.—EL PRECIO DE NUESTRO DESTINO: DECADENCIA MATERIAL

El desempeño de este divino mandato no anubló en la conciencia española lo que estaba costando a la nación. Existió una opinión alerta y clarividente que sopesaba los efectos de empobrecimiento y decadencia material producidos por aquel destino que España creía haber recibido del cielo. Destino alto y sobrenatural, pero costoso y duro de cumplir.

Esta decadencia material se concertaba, para el sentir de los españoles, en dos hechos unánimemente reconocidos: la despoblación del país y la pobreza del erario real. Lo que sí se discutían eran las causas de uno y otro hecho. Vamos a examinar estas afirmaciones y titubeos de la conciencia española.

El primer punto de unanimidad, como hemos dicho, era la despoblación del país.

Tirso de Molina hace asomar por los Pirineos unos extranjeros, y sus palabras transmiten la impresión de asolamiento que España producía en comparación de los países ultra-pirenaicos:

Dinos: ¿En qué tierra estamos,
qué Rey gobierna estos reinos
y cómo tan despoblados
tienen todos estos pueblos? [63].

Y Rojas Zorrilla alude al mismo hecho de la despoblación en estos versos:

Tal barba en mi vida vi.
¡Y qué bien poblada! Así
Vea yo a Castilla la Vieja [64].

Se ha discutido algo sobre las cifras de población que nos dan los escritores españoles de aquella época, y siempre será difícil llegar a saber la verdad exacta; pero es lo cierto que en el siglo XVII la densidad de población afectaba la misma forma

[63] Tirso. N. B. A. E., t. II, pág. 536-*b*.
[64] *El Caín de Cataluña*, II. Rivad., LIV, pág. 282-*b*.

de distribución que en la actualidad, proporcionalmente. Es decir, Madrid y las poblaciones periféricas estaban más nutridas, mientras que los campos de Castilla y de Andalucía estaban abandonados. El autor citado, Fray Benito de Peñalosa, hace estas afirmaciones:

«Algunas ciudades y villas, principalmente en las costas, por el gran comercio que España tiene con los muchos Reinos de esta gran Monarquía, están muy populosas, y con el mayor multiplico que jamás se ha visto está la Corte y Villa de Madrid» [65].

Y más adelante nos da la siguiente cifra, bastante desoladora: «En toda Castilla y Andalucía no hay millón y medio de vecinos» [66].

El Padre Pedro de Guzmán, en su libro *Bienes del honesto trabajo y daños de la ociosidad*, da una cifra de habitantes para toda España, que conviene exactamente con la anterior: «Contándose —dice— en Francia ... quince millones de personas, y en Italia ... diez, y otros tantos en Alemania, sin contar los Países Bajos, no hay cuatro en España» [67].

Alrededor de estas cifras desconsoladoras oscilan las que Sancho de Moncada anota en su *Restauración política de España*, donde dice:

«Si falta la tercera parte de la gente de España, donde dicen que solía haber seis millones de gente, faltan dos» [68].

Cervantes calculaba que las personas mayores de edad comprendidas en el precepto eclesiástico del ayuno, pasaban bien de tres millones [69].

En 1619, el Consejo Real advertía a Felipe III en esta forma:

«La despoblación y falta de gente es la mayor que se ha oído ni visto en estos Reinos después que los progenitores de Vuestra Majestad comenzaron a reinar en ellos» [70].

---

65 *Opus cit.*, pág. 2.

66 *Opus cit.*, pág. 106.

67 *Opus cit.*, ff. 125.

68 *Opus cit.*, Madrid, 1619. Cito por la edición de Madrid, 1746, pág. 47.

69 *Coloquio de los perros*, ed. de Amezúa, pág. 361.

70 Parecer que el Consejo de Castilla dio a Felipe III sobre el menoscabo del Reino. Ms. 2440, fol. 63. B. N. de Madrid.

Ya hacia la mitad del siglo, hace notar Barrionuevo que la situación era angustiosa:

«Tal es la necesidad que hay de gente, que no se halla un hombre por un ojo de la cara» [71].

«Hácense aquí levas de gente, pero no hay un hombre por un ojo de la cara» [72].

No era solamente el hecho de la despoblación, sino sus causas, además, lo que pesaba en la mente de los españoles. Mas hemos de advertir que no todos enjuiciaron el problema idénticamente. Por lo pronto, convenían todos en que las guerras exteriores eran una de las causas de la despoblación.

Suárez de Figueroa decía, en 1617:

«Espántame, por otra parte, ver los muchos españoles que militan en varias provincias.

Y aun esa es la causa de estar España tan desierta. Tantas y tan remotas empresas como se le ofrecen la van cada día enflaqueciendo, quedándose en las ciudades solamente las mujeres. Salen todos los años muchos millares de hombres en el verdor de la edad, para no volver de ciento diez, y de esos, casi los más, viejos y estropeados. Así viene a quedar la provincia no sólo huérfana de los mismos, sino también de los que pudieran nacer por su respeto» [73].

Existe un autor casi de los mismos días del anterior, que calculó el número de españoles que anualmente se expatriaba. Dice así Pedro Fernández Navarrete:

«Cosa cierta que salen cada año de España más de cuarenta mil personas» [74].

Otro escritor extranjero, pero cuyo pensamiento se embebió en el de España, por las repetidas ediciones que se hicieron de sus obras, afirmaba esta misma causa de la despoblación:

«Castilla, por las muchas y alejadas empresas que lleva juntamente entre manos, se va apocando de gentes y enflaquecien-

71 *Avisos*, de Barrionuevo, 17 noviembre 1655.

72 *Avisos*, de Barrionuevo, 15 abril 1656.

73 Suárez de Figueroa, *El pasajero*, I. Renac., pág. 24.

74 Pedro Fernández Navarrete, *Conservación de Monarquías*. Madrid, 1625. Discurso VIII.

do de tal suerte que apenas le quedan sino mujeres en las ciudades y pueblos» [75].

Lope de Vega culpa a las guerras del mal estado y esterilidad de los campos de España, que a su vez era causa de despoblación:

Bellas cosas tiene España:

Es rica, aunque por las guerras
No están fértiles las tierras
Que el mar en su margen baña [76].

Gracián, igualmente, achaca a las guerras la pobreza que aflige a la Península:

«Si España no hubiera tenido los desaguaderos de Flandes, las sangrías de Italia, los sumideros de Francia, las sanguijuelas de Génova, ¿no estuvieran hoy todas sus ciudades enladrilladas de oro y muradas de plata? ¿Qué duda hay en eso?» [77].

Bances Candamo entrevé el remedio de la despoblación, eximiendo a España del consumo de hombres y de dinero en su política de intervención europea:

... España eximida
Del consumo intolerable
De gentes y de tesoros,
Sería imposible enmendarse
Su despoblación, de quien
Sus mayores ruinas nacen;
Siendo en el reino la gente
Lo que en el cuerpo la sangre,
Que con ella todo vive
Y todo sin ella yace [78].

---

[75] *Descripción de todas las Provincias, Reinos, Estados y Ciudades principales del mundo, sacada de las Relaciones toscanas de Juan Botero Benes,* por Fr. Jaime Rebullosa, O. P., Gerona, 1748. Reproducción de la edición de 1602, pág. 29.

[76] Lope, *Caballero de Illescas,* II. Acad. N. E., IV, pág. 124-*b*.

[77] Gracián, *Criticón,* II, 3. Renac., I, pág. 245.

[78] *Por su Rey y por su dama,* I. Rivad., XLIX, pág. 370-*b*.

Mas afirmando y reconociendo que las guerras arruinaban a España, no cayeron en la lógica consecuencia de condenarlas. Los hemos visto enorgullecerse de ser brazo derecho de Dios; no sería ahora correcto mostrarse descontentos de las quiebras de la empresa. Se les ve naturalmente aceptarlas con altivez. El citado Fr. Francisco Enríquez explica en su obra tres capítulos sobre los siguientes temas, cuyo solo enunciado basta a nuestro propósito:

«Las batallas en que hoy está empeñada España son propiamente de Dios porque son por causa de la religión.

Enviar Dios las guerras que en estos tiempos fatigan a España no es bastante castigo de culpas, cuanto ejercicio de virtudes.

Por ser las presentes batallas por causa de religión, se pueden esperar con toda certeza grandes y gloriosas victorias»[79].

La segunda causa de la despoblación de España, en sentir de un buen número de autores que consideraban el problema, era el exceso de eclesiásticos. Pero sobre este punto, respecto del cual se ha hablado siempre a bulto por escritores, incluso tan eruditos como Amezúa[80], no hemos de confundir la admisión de la causa con su condenación.

Vayamos por orden analizando este curioso aspecto del pensamiento español y distinguiendo las varias posiciones que unos y otros escritores tomaron frente al problema. Coloquemos en primer término los que pensaron en el exceso de clero como en una cuestión de orden interno de la Iglesia, fijándose meramente en las consecuencias que del hecho se desprendían para el desinterés y pureza de las vocaciones y observancia de la disciplina. Representante de esta opinión es Gil González Dávila, capellán de Felipe III, en cuya historia dice así:

«En este año que iba escribiendo esta historia (1619), tenían las Órdenes de Santo Domingo y San Francisco treinta y dos mil religiosos, y los Obispados de Calahorra y Pamplona, veinte y cuatro mil clérigos. ¿Pues qué tendrán las demás religiones

---

79 *Opus cit.*, part. I, cáps. V, VI y VII.

80 Vd. *Comentario al Coloquio de los Perros*. Madrid, 1912, pág. 134.

y los demás Obispados?... Sacerdote soy: confieso que somos más que de los que son menester»[81].

A este grupo hay que alistar al obispo de Sosa, el padre Bricianos y otros religiosos.

La segunda corriente de opinión acerca del crecido número de conventos es la de los economistas, que estudian un modo de que los bienes eclesiásticos tributen, y nada más. Citaremos como cabeza de este partido a Jacinto de Alcázar Arriaza, el cual, después de arbitrar medios y expedientes para encauzar las crecidas rentas del Estado eclesiástico al exhausto erario real, acaba diciendo:

«En fin, lo contenido en este capítulo importará representarlo a Su Santidad, que no habrá duda, para cosa tan justificada, concederá Bula con jurisdicción para la cobranza»[82].

Vienen, por último, los que manifiestamente creyeron que la demasía de frailes era causa del despueblo de España, y pidieron remedio de ello. Oigamos por patrón de esta causa a Fernández Navarrete:

«Estando España tan falta de gente para la cultura de las tierras y para el ejercicio de las artes y oficios, tiene en doscientas leguas de latitud y longitud más de nueve mil conventos, y en ellos, más de setenta mil religiosos, sin los monasterios de monjas, que es otro grande número»[83].

A este grupo hay que sumar al arzobispo don Gaspar de Criales, que se expresa en estos términos, bastante curiosos:

«Resta lo último, Señor, que son los muchos frailes, clérigos y monjas, y eso ya se ve que no es dudable que, respectivamente por lo menos, impida la multiplicación, y que haya provenido de ahí la mayor parte de la mucha falta de gente que hay en ese Reino».

---

81 *Historia de Felipe III*. Madrid, 1771, pág. 215.

82 *Medios políticos para el remedio único y universal de España, librados en la ejecución de su práctica*, por Jacinto de Alcázar Arriaza. Madrid, 1646, pág. 6.

83 Fernández Navarrete, *Conservación de Monarquías*. Madrid, 1625. Discurso XLIII. Cita a Gil G. Dávila.

«... A que añado, Señor, la circunstancia y circunstancias siguientes, que a buen seguro que si no mudaren la especie, la agravarán grandemente dentro de la misma materia, que es de que en las religiones se entran los hombres más valientes, más sanos, más gallardos, los de mejores rostros, los de mejor ingenio y habilidad, sin haber entre tantos un cojo, ni apenas un pequeño, ni feo, torpe, ni ignorante, y casi es lo mismo de los clérigos, y que en el siglo restan todos éstos y, en efecto, la hez y horrura de los hombres... Y el que esto sea verdad, Señor, ellos mismos lo están diciendo a todos los que los vieren; no hay sino ver sus personas y rostros» [84].

Pero este partido halla, como era de esperar, sus contradictores. Hubo quien negó que el exceso de vocaciones para el celibato originase las consecuencias de la despoblación. Oigamos a don Sancho de Moncada refutar la tesis antifrailuna:

«La tercera causa (del despueblo de España) dicen que es haber la cuarta o la tercera parte del Reino de eclesiásticos y religiosos que cada día van en aumento, porque dicen que en lugares grandes hay muchas casas donde todos son eclesiásticos y pocas donde no haya alguno, y haciéndose tantos cada día y no casándose, se ve agotado el Reino. Pero las religiones y eclesiásticos son más antiguos que el daño, que es muy fresco. Lo segundo, porque muchos son eclesiásticos o religiosos por no poder pasar en el siglo, y, ansí, lo que causa la pobreza del Reino es lo que los obliga a ser religiosos y eclesiásticos, por no poder tomar otro estado, y eso es lo que tiene la culpa [85].

Hubo, además, quien no negó el hecho, sino que lo reconoció con todas sus consecuencias. El citado Fr. Benito de Peñalosa, en su citada obra: «En España hay más de nueve mil conventos de religiosos, otras tantas plazas de armas y presidios fortísimos de la fe católica» [86].

---

[84] *Carta que escribe a V. M. Don Gaspar de Criales y Arce, Arzobispo de Rijoles*, Rijoles, 1646, págs. 93 a 96. Téngase en cuenta que este Arzobispo tuvo muchos pleitos y querellas con el clero regular de Sicilia.

[85] Moncada, *Restauración política*, Madrid, 1746, pág. 48. *Vide etiam*, págs. 122 a 126.

[86] *Opus cit.*, pág. 25.

Y luego de establecer la cifra, se revuelve contra los que pensaban que tantos conventos eran parte en el despueblo de España, estableciendo un criterio que podemos llamar frailuno, pero que, a nuestro objeto, es interesantísimo conocerlo, ya que gran parte de la nación pensaba seguramente como los frailes:

«Si el salir tantos españoles a tantos Reinos a predicar la Fe católica ayuda a que se despueble España, dichosa ella y dichoso el Rey de tales obreros. Que si Francia, Alemania e Italia están más pobladas porque sus moradores no se ocupan en tales ministerios (sino por maravilla en estos tiempos), ténganos ellos envidia de nuestro despueblo, pues en esto imitamos el oficio de los Apóstoles» [87].

A este lado se hacía también el mercedario Enríquez cuando escribía aquel capítulo de su obra bajo este título:

«Las oraciones de los eclesiásticos, y en especial de los religiosos, están solicitando continuamente de Dios felices sucesos para la Monarquía católica» [88].

Tales fueron las distintas opiniones que en este problema banderizaron a los españoles del siglo XVII. Conociendo la época en que dichas opiniones se producen, fácil es deducir cuál sería la más popular y más seguida de todas.

El otro hecho que se imponía a la conciencia de todo el mundo era el empobrecimiento de la hacienda real; pero la unanimidad faltaba en apreciar las causas de este aspecto de la decadencia. Un reducido número de escritores buscó la razón de ello en la pobreza natural del suelo español. Esto sería una causa ajena a la política; y como el pensamiento político era el que dominaba en casi la totalidad de las mentes españolas, los partidarios de la tesis antedicha se pueden contar con los dedos, mientras que son innumerables los que creen en una España rica, fértil, colmada por Dios de todos los dones naturales. Generalmente, estos escritores veían a España a través de las lecturas de autores clásicos, y su visión resultaba fantasmagórica y nada de acuerdo con la realidad geográfica.

---

87 *Opus cit.*, pág. 33.

88 *Opus cit.* Part. I, cap. XVII, pág. 20.

En el curioso libro de Pedro de Medina, titulado *Grandezas y cosas notables de España*[89], hay un capítulo dedicado a las riquezas de toda especie que los escritores antiguos refieren de la Península.

Pedro Fernández Navarrete tiene otro discurso: «De la riqueza y fertilidad de España», donde se expresa en términos tan optimistas como éstos:

«Digo que España está injustamente desacreditada de pobre y estéril, y aunque a esta injusta nota que le quiso poner un ignorante estadista satisfice en la respuesta que di a sus descompuestas filípicas, quiero tocar este punto más exactamente, afirmando que ninguna provincia del mundo puede hacer ventaja y pocas hacen competencia a España, así en la fertilidad como en la riqueza»[90].

Siguen los fantásticos textos de Estrabón, de Tito Livio, de Julio Solino, de Trogo Pompeyo, de Latino Pacato, de Silio Itálico, de Plinio y hasta del Libro de los Macabeos.

Una de las *Cinco excelencias del Español* que forman el libro citado del benedictino Peñalosa es ésta:

«Los españoles han poseído y tienen más oro y plata que nación otra alguna, y son los más lustrosos, magnánimos y liberales de todo el mundo».

Tesis que desarrolla con los consabidos textos de Plinio, Posidonio, Celio, Rodiginio, Polibio, Aristóteles y Marcial[91].

Y no ya capítulos, hasta libros se escribieron en los últimos años del reinado de Felipe II, con estos títulos:

Diálogos de la fertilidad y abundancia de España[92].

---

[89] *Primera y Segunda Parte de las Grandezas y cosas notables de España, compuesta primeramente por el Maestro Pedro de Medina, vecino de Sevilla, y agora nuevamente corregida y muy ampliada por Diego Pérez de Mesa, catedrático de Matemáticas en la Universidad de Alcalá.* Alcalá de Henares, 1595.

[90] Pedro Fernández Navarrete, *Conservación de Monarquías.* Discurso XXI.

[91] *Opus cit.*, pág. 111.

[92] Madrid, 1578 y 1620.

Y *Despertador que trata de la gran fertilidad, riquezas, baratos, armas y caballos que España solia tener, y la causa de los daños y falta, con el remedio suficiente* [93].

El anónimo escritor acumula a los testimonios corrientes otras citas de Josepho, Justino Histórico, Diodoro Sículo, etc., y queda tan satisfecho.

Mas sin acudir a citas ni a nada, sino arrebatado de su optimismo patriótico, decía don Gonzalo de Céspedes estas palabras:

«Es cierto que, aun cuando se negara lo restante del orbe, España encierra en sí cuanto necesitan los hombres, sin haber menester las ayudas que ella hace a diversas provincias, que se aumentan y viven con las relieves de sus frutos y metales».

«... No hay parte en sus contornos, que son de 634 leguas, que igualmente no se muestre abundante en los frutos, próspera en las riquezas, sobrada en los metales, todo merced de sus benignas influencias, puros y saludables vientos, de su cielo y asiento felicísimo...» [94].

En este coro desentonaban algunas, aunque pocas, voces. Hombres que no podían cerrar los ojos a la realidad, confesaban la pobreza del erario público, pero se resistían a reconocer que el suelo de Castilla era pobre.

Entre éstos citaremos algunos arbitrios en que, sin negar que España es fértil y rica, se acepta el estado de postración actual. Decía así el Consejo de Mesta a Felipe III:

«Aunque estos Reinos han sido siempre muy celebrados por la grande abundancia, y fertilidad, y copiosas cosechas de los frutos de sus campos, y crianza de sus ganados, y caudalosos tratos, y comercios y riquezas de oro y plata y otros metales, y amplísimas poblaciones y vecindades, con lo cual se habían aumentado los públicos y particulares patrimonios..., como de todo constaba por las historias y anales de aquellos tiempos, pero que en los presentes todas estas cosas padecían notable quiebra y disminución, y, en particular, la tenía la labranza,

---

93 Madrid, 1581.

94 Céspedes y Meneses, *Historias peregrinas*. Madrid, 1906, pág. 19.

crianza y comercio, de cuyo reparo y remedio pendía el de otras muchas» [95].

Iguales conceptos exponía el arbitrista Arratia y Guevara:

«De mucha admiración debe ser a quien con atenta consideración pondera el miserable estado a que ha venido España... Porque siendo como es el reino más poderoso, fértil y rico de todo el orbe, así en plata, oro, piedras, perlas y otros metales de estima y en todos los frutos y cosas necesarias para el sustento de la vida humana, esté hoy tan pobre y necesitado de todo, y los vasallos de V. M. más afligidos y apretados que jamás lo han estado» [96].

Sancho de Moncada, antes citado, explica el mal excluyendo en absoluto la aridez de la tierra, antes afirmando su riqueza natural. Dice de esta manera:

«La segunda causa del daño general dicen otros que es esterilidad de frutos. Pero el mayor (daño) se conoce en estos años, y son abundantes, y los de 1606 y 1607 fueron estériles, y estaban todos ricos. Lo segundo, porque se despueblan muchos lugares de Castilla y otras partes, de pura abundancia de frutos, y vemos en ella el pan y uva en las heredades por segar, y es la razón la falta de gasto, que nace de falta de gentes y de dinero para comprar lo necesario» [97].

Pedro Hurtado de Alcocer, en su *Representación a Felipe III sobre las causas y remedios de la despoblación de España*, ratifica el mismo punto de vista:

«Viendo la gran cantidad de mercadurías extranjeras que a nuestra España entran, ruina total de estos reinos, he considerado atentamente si hay causa que obligue a ello de parte de la esterilidad de la tierra, y veo no sólo hay materiales y gente más de lo que sobra, sino que se navegan tantas lanas y aun a veces se saca seda del reino de Valencia» [98].

---

[95] Arbitrio presentado al Consejo Real en 1616 por la Mesta General del Reino. Ms. 13239, fol. 472, B. N. de Madrid.

[96] Arbitrio de Luis de Arratia y Guevara a Felipe III. Ms. 13239, folio 40, B. N. de Madrid.

[97] *Opus cit.*, pág. 8.

[98] Ms. 11031, pág. 204, B. N. de Madrid.

Y Alcázar Arriaza, con su malísimo estilo, expone la misma opinión de la riqueza natural de Castilla, cuyas rentas y contribuciones tantea detenidamente, y acaba diciendo:

«Es de notar: de las citadas rentas nada viene de fuera, que todas proceden en esta Corona y en ella se distribuyen; pero quién se lo lleva, sábelo Dios y pocos lo ignoran. Hágase reparo, Señor, cuánto importarán frutos de que proceden tan crecidas rentas, y qué valor tendrán haciendas que rinden estos frutos. Según esto, no parece justo dar nombre de flaqueza a la sobra de mala disposición» [99].

Un segundo grupo, más reducido, se inclinaba a la idea de la aridez y malas condiciones del suelo español.

Cristóbal de Villalón reconoce que la Península es *tierra mísera, sobre todo comparándola con Italia* [100].

Y el pseudodoctor Carlos García militaba contra la opinión vulgar de los españoles acerca de su riqueza natural:

«Todo el mundo sabe que España es mucho más estéril de mantenimientos que Francia, por razón de la grande sequedad y pocas lluvias que hay en ella» [101].

Pero el orgullo nacional no podía digerir verdades tan patentes. Lope de Vega acude a refutar el argumento de la aridez de España en este diálogo:

—Es pobre en aguas y ríos.
—¿Qué importa, si la acompañan
Fuentes de vino en bodegas
Que corren a partes varias?
—Por esta causa, no es
Tan general su abundancia,
Si bien de ninguna cosa
Puede decir que está falta [102].

Y Francisco Santos amplifica en prosa el mismo argumento de los versos de Lope. Presenta a un francés diciendo:

99 *Opus cit.*, pág. 3.
100 *Viaje de Turquía*, coloq. VII, N. B. A. E., II, pág. 91-*a*.
101 *Opus cit.*, pág. 237.
102 Lope, *El abanillo*, I. Ac. N. E., III, pág. 5-*a*.

«Como es vuestra tierra seca y montuosa, os viene la sequedad de condición y melancólica gravedad».

Y le responde un español:

«Lo que dices que en lo seco nos parecemos a la tierra, ¿hay otra más hermosa de frutas, aguas y saludables vientos? ¿Hay otros hijos de más vivo ingenio, pues tienen asombrados los tiempos sus escritos tan elegantes? Y cuando vosotros venís a España, sólo os avisan que os guardéis de tres cosas: de sus vinos, porque os calabrean los cascos...; de sus damas, que os enloquecen, y de sus soles, que os abrasan. Si te parece que en España hay pocas poblaciones, busca *pueblos en Francia.* Si te parece que está apartada del comercio de las otras provincias, pluguiese a Dios lo estuviera más, pues todos nos buscáis y nos quitáis llevando nuestros frutos. Hable Inglaterra, si acaso nuestros vinos la alegran. Mira si Holanda se aforra con nuestras lanas, que todos nos trasquiláis. Hasta Venecia se ha llevado nuestro vidrio, y nuestro azafrán Alemania. Y mira si Nápoles se hace con nuestras sedas y se paladea Génova con nuestra azúcar. Pues Francia, ¿no se ensoberbece con nuestros caballos? ¿Y todo el mundo con nuestra plata?» [103].

Algo había de verdad en todo esto, aun cuando ello no invalidara el hecho de la pobreza natural de la Península. Ese *algo* apareció un día gráficamente representado en Roma. Barrionuevo lo cuenta así:

«En Roma ha salido ahora un pasquín gracioso. Una vaca muy gruesa, con grande ubre, escrito en la frente *España.* Muchos becerrillos que la maman alrededor, con rótulos: Inglaterra, Flandes, Holanda, Francia, Alemania, Italia y otros enemigos nuestros» [104].

---

103 Francisco Santos, *La verdad en el potro.* Madrid, 1686, pág. 35.

104 *Avisos,* de Barrionuevo, 24 octubre 1654.

V.—LA CONTRAPARTIDA: FLORECIMIENTO ESPIRITUAL

Mas ni despueblo, ni pobreza natural, ni guerras exteriores apagaban la admiración que España despertaba en sus hijos. Su florecimiento espiritual, sus héroes y sus poetas embriagaban de orgullo a los españoles.

Vicente Espinel se expresaba en estos términos:

«Digo que yo he alcanzado la Monarquía de España tan llena y abundante de gallardos espíritus en armas y letras, que no creo que la romana los tuvo mayores, y me arrojo a decir que ni tantos ni tan grandes. Y no quiero tratar de las cosas que los españoles han hecho en Flandes, tan superiores a las antiguas..., sino de las que nuestros ojos han visto cada día y nuestras manos han tocado» [105].

Pedro de Medina y Diego Pérez de Mesa afirmaban la superioridad cultural de España sobre las demás naciones al finalizar el siglo XVI:

«Si tuviésemos lugar de cotejar las letras y sciencia de nuestros Españoles con la de las otras naciones..., bien se echaría de ver la ventaja que en todas facultades los Españoles hacen a los muy letrados de los otros reinos... Pues agora bien claro vemos las muchas Universidades que nuestra España tiene, pues casi no hay buen pueblo en ella que no tenga Universidad, o colegio, o escuelas públicas de letras» [106].

Lope de Vega dice, por boca de uno de sus personajes:

Dejé a Flandes por España,
Dulce patria, hermosa reina
De las letras y las armas [107].

Y el amigo y admirador de Lope, Pérez de Montalbán, repite idéntico concepto:

---

105 *Marcos de Obregón.* Prólogo. Clás. Cast., XLIII, pág. 37.
106 *Opus cit.*, cap. X, pág. 9-*b*.
107 *El valiente Juan de Heredia,* III. Ac. N. E., II, pág. 650-*a*.

¡Oh España, qué pechos crías!
Venturosa por tus hijos
Te puede llamar el mundo:
Díganlo espadas y libros [108].

Si a alguna nación reconoció Lope ventaja en el saber sobre España, era a Italia; pero reservando la supremacía en las armas para su patria:

Es su gente feroz, sabia y aguda;
Que es notable de España la agudeza:
Tan firme, que jamás su intento muda.
No es tanta como Italia su grandeza;
Pero tiene grandezas que la encumbran
Por su espaciosa y fértil aspereza.
Sus hombres más las armas acostumbran,
Que las letras, porque las de Roma
Desnudas siempre en su cerviz relumbran [109].

Cervantes, en el prólogo de la *Galatea*, reconoce la fertilidad en ingenios de su época, por estas palabras, dirigidas a los enemigos de escribir en lengua castellana:

«Entiendan que tienen campo abierto, fértil y espacioso, por el cual con facilidad y dulzura, con gravedad y elocuencia, puedan correr con libertad, descubriendo la diversidad de conceptos agudos, graves, sotiles y levantados, que en la fertilidad de los ingenios españoles la favorable influencia del cielo, con tal ventaja, en diversas partes ha producido y cada hora produce en la edad dichosa nuestra» [110].

Luego, Cervantes se hace cargo de la falta de recursos materiales que España sufría; él no se hacía ilusiones sobre riquezas que no parecían por ninguna parte; él reconocía que la cultura necesita del florecimiento material, como la luz de una lámpara necesita del aceite. Y, sin embargo, su alto concepto de la cultura de su época le conduce a buscar explicaciones y fórmulas

---

108 *Cumplir con su obligación*, III. Rivad., XLV, pág. 659-*a*.
109 Lope, *Roma abrasada*, I. R. Acad., VI, pág. 414-*a*.
110 Cervantes, *La Galatea*. Prólogo.

que hagan compatibles la carencia de protección económica a las letras y el esplendor de las letras mismas. Dice así al final del *Canto de Calíope:*

«Siempre ha estado y está, en opinión de todas las naciones extranjeras, que no son muchos, sino pocos, los espíritus que en la sciencia de la poesía en ella (en España) muestran que le tienen levantado; siendo tan al revés como se parece, pues cada uno de los que la ninfa ha nombrado, al más agudo extranjero se aventaja; y darían claras muestras de ello si en esta nuestra patria se estimase en tanto la poesía, como en otras Provincias se estima. Y así, por esta causa, los insignes y claros ingenios que en ella se aventajan, con la poca estimación que de ellos los Príncipes y el vulgo hacen, con solos sus entendimientos comunican sus altos y extraños conceptos, sin osar publicarlos al mundo; y tengo para mí que el cielo debe de ordenarlo de esta manera, porque no meresce el mundo, ni el mal considerado siglo nuestro, gozar de manjares al alma tan gustosos» [111].

El oculto autor continuador de Mateo Alemán, encubierto con el pseudónimo de Luján de Saavedra, se extasía ante la grandeza de España y le entona un himno, del cual son muestras las siguientes estrofas:

«Es... España, si valgo para cosmógrafo de cosa tan insigne, la yema del mundo, la cabeza de las armas, el compendio de las letras, la fuerza de los ingenios, la Monarquía más poderosa, el poder más extendido, el valor más arraigado, señora de las naciones, sujetadora de imperios, vencedora de cuantos se oponen a su grandeza, columna de la Iglesia, defensión y propugnáculo de la religión, y, en suma, por concluir en breves razones, la que no tiene superior y todas son sus inferiores» [112].

El quejumbroso y mal contento Suárez de Figueroa añora los tiempos de Carlos V, condenando la edad en que le tocó vivir bajo el cetro de Felipe III:

---

111 Cervantes, *La Galatea,* I, VI.

112 Luján de Saavedra, *Guzmán,* cap. III. Rivad., III, pág. 369-*a.*

«Fue, sin duda, siglo feliz el de nuestro invictísimo Emperador Carlos; fértil la cosecha entonces de valerosos capitanes, que no sólo con único esfuerzo, sino con incomparable prudencia y casi divino juicio, consiguieron prósperamente grandes intentos...

Todo para vergüenza desta edad, en que triunfan tanto los indignos, en que los vicios privan tanto, en que las costumbres padecen tanta corrupción y en que tantos se hallan excluidos del número de buenos».

Pero luego se refuta a sí mismo, entonando el siguiente himno a su siglo:

«Florecen hoy templos, sacerdotes, sacrificios. Deleita la división de grados, la distinción de sangre. Aventájase la forma de justicia y razón. Parece subieron hoy las artes al extremo de sutileza y a la mayor perfección los ingenios de los hombres, para enderezar con acierto los públicos negocios y lo más importante a la salud universal» [113].

Un canónigo de Granada, llamado Bermúdez de Pedraza, en un libro dedicado a Felipe IV, en 1637, exponía la idea de que «en España ha sido más válida la espada que la pluma, las armas que las letras, por natural inclinación de sus naturales, sujetos a influencias del signo belicoso de Sagitario; así, el premio de la pluma no ha sido tan magnífico como en Italia».

Sin embargo, no duda en afirmar en otro lugar de su libro el estado floreciente de la cultura de su siglo, y se alarga aun a preferirlo al siglo anterior, contra las voces vulgares que a cualquier tiempo pasado llaman mejor. Estas son sus palabras:

«No es, como dicen, este siglo estéril de virtuosos ingenios, que tan elocuentes y delgados los tiene como el pasado, y aun más cultos y sublimados, cuanto es mayor la diferencia de doctrina y letras del tiempo presente al de nuestros mayores» [114].

Don Antonio Hurtado de Mendoza forjó en defensa de este florecimiento espiritual de España un argumento que, si hoy

---

[113] Suárez de Figueroa, *El pasajero*, cap. I. Renac., págs. 25 y 26.

[114] *El secretario del Rey*, por D. Francisco Bermúdez de Pedraza. Granada, 1637, págs. 101 y 58.

nos hace sonreír, también nos hace ver la conciencia del escritor, que es lo interesante en este caso:

> *Escucha un argumento, en que conozcas*
> *Que está España en virtudes floreciente:*
> *Que pocas veces Dios a indignos reinos*
> *Dio bueno y santo rey de favor tanto.*
> *¿Qué más aprobación, si el nuestro es santo?* [115]

Años adelante, el novelista más fecundo del reinado de Carlos II, en cuyas páginas producen su última floración las rosas del huerto de Cervantes, de Quevedo y de Gracián, expone la misma idea. Me refiero a Francisco Santos, que dice así:

«Pesadísima carga es la pobreza, y un impedimento muy grande para el estudio, y me admiro que haya poetas pobres; pero hago reparo que sólo goza esta fecunda grandeza nuestra España, por tener tantos hijos de tan lucidos ingenios, que no los ataja la poca comodidad que para escribir tienen» [116].

Esta idea del gran valor de la cultura española fue la que inspiró aquel género literario tan monótono y tan repetido de *La Casa de la Memoria*, de Espinel; el *Canto de Turia*, de Gil Polo; el *Viaje del Parnaso*, de Cervantes; el *Canto de Calíope*, del mismo; el *Laurel de Apolo*, de Lope; el *Elogio de España y sus ingenios*, que Herrera Maldonado entremete en su *Sannazaro Español*, y otros libros por el estilo.

Como mi objeto es estudiar la conciencia de los españoles y no la realidad española del siglo XVII, me creo dispensado de entrar en averiguaciones sobre el valor positivo y real de la cultura de aquella época. Por lo que valiera, citaré este texto de Fernández Navarrete, que se pone en contra del gran número de escuelas que había en España:

«Estos inconvenientes y otros infinitos resultan de las cercanas comodidades que los labradores y oficiales mecánicos tienen para que sus hijos, dejando el arado y los instrumentos mecánicos, se apliquen a estudiar la gramática, y, así, parece

115 *Cada loco con su tema*, I. Rivad., XLV, pág. 459-c.
116 Francisco Santos, *Los gigantones*. Madrid, 1666, pág. 234.

conveniente lo que el Consejo propone de que se reformen muchos estudios. Y aunque parezca que tiene algo de rigor el quitar a la gente plebeya la ocasión de valer por medio de las letras, no lo es, considerada la necesidad que los reinos tienen de gente que acuda a los ministerios de las armas, a la labor de las tierras y al ejercicio de las artes y oficios. Y débese ponderar que en tan corta latitud como la que tiene España hay treinta y dos Universidades y más de cuatro mil estudios de gramática, daño que va cada día cundiendo más, habiéndose diversas veces pedido el remedio, y últimamente en las Cortes de Madrid del año 1619» [117].

Fray Benito de Peñalosa, que escribió su libro con la mira puesta en refutar el alegato de Fernández Navarrete, elogiaba con estas palabras el florecimiento de la Teología y de ambos Derechos:

«Casi todos (los españoles) las estudian ya; hasta el más pobre oficial y labrador, desde muy niños encaminan a sus hijos a los estudios de ellas; que quizá no pudieran si no hallaran tan a la mano tantos de Gramática, que hoy hay en España más de cuatro mil públicas de ella» [118].

Hay, sin embargo, un pasaje de Luján de Saavedra bastante contrario a la idea de un estado floreciente de cultura. Pero, afortunadamente, puedo demostrar que este pasaje del abogado valenciano es copia de un moralista del siglo XV, Alejo Venegas, cuyas opiniones, si eran exactas a principios del XVI, podían no serlo en el XVII. Dice así el continuador de Mateo Alemán:

«Pues otro vicio tienen (los españoles), que ni saben ni quieren saber, y por esto no sólo no buscan quien les aconseje lo que les cumple, mas al que por caridad quiere dar consejo de suyo, movido por lo que dice el Eclesiástico: a cada uno mandó Dios que tuviese cuidado sobre su prójimo, en lugar de agradecimiento, le dicen que mire sus duelos y no cure de los aje-

---

[117] Fernández Navarrete, *Conservación de Monarquías*. Madrid, 1625. Discurso XLVI.

[118] Peñalosa, *Opus cit.*, pág. 52.

nos, como si fuesen ajenos al pie los males de la cabeza; de donde nació el refrán castellano que no se halla en otra lengua: *Dadme dinero y no consejos.* De aquí les nacen grandes ocasiones de daños y pecados» [119].

Y Alejo Venegas:

«El cuarto vicio es que la gente española ni sabe ni quiere saber; por el cual vicio no solamente no buscan quien les aconseje lo que les cumple, mas al que por caridad quiere dar consejo de suyo, movido por lo que el Eclesiástico dice (*Eccles.*, XVII), a cada uno mandó Dios que tuviese cuidado sobre su prójimo, en lugar de agradecimiento le dicen que mire sus duelos y no se cure de los ajenos, como si fuesen ajenos al pie los males de la cabeza. Deste vicio nasció un refrán castellano, que en ninguna lengua del mundo se halla sino en la española, en donde solamente se usa, que dice: "Dadme dineros y no consejo", por donde nascen muchas ocasiones de muchos y grandes pecados» [120].

Permitamos a las musas de Tirso de Molina poner digno remate a este canto del entusiasmo patriótico que en un día feliz animó al pueblo español:

Partid con este presente:
veréis la mejor provincia
de Europa, donde la Iglesia
da a la fe segura silla;
donde las ciencias florecen,
donde la nobleza habita,
donde el valor tiene escuela
y donde el mundo se cifra [121].

119 Luján de Saavedra, *Guzmán*, I, VII. Rivad., III, pág. 380-*a*.
120 *Agonía del tránsito de la muerte*. N. B. A. E., XVI, pág. 174-*a*.
121 Tirso, *Caballero de Gracia*, II. N. B. A. E., IX, 102.

Capítulo II

LOS ESPAÑOLES

I. LOS ESPAÑOLES AL SERVICIO DE UN DESTINO

La expresión «moral de imperio» es un término que hoy día se presta a varios equívocos. Sin embargo, no cabe dejar de utilizarlo en esta ocasión. Los españoles del siglo XVII creyeron poseer semejante moral, y para comprenderlos es necesario delimitar previamente la idea imperial de que tratamos.

Ha quedado demostrado en el anterior capítulo que España se sintió llamada por Dios al cumplimiento de un destino: Cruzada permanente de fines espirituales. Por la intensidad y plenitud con que esta empresa se intentó realizar, España respondió a una clara vocación imperial, y, en cierta medida, fue verdadero imperio, entendiendo por tal, con independencia de la extensión del territorio o los atributos simbólicos de la potestad, el hecho de dejar sentir el poder del propio pensamiento en el pensamiento de otro, de penetrar y conquistar el alma ajena, de proyectar fuera de nosotros mismos nuestra personalidad y verla reflejada en la personalidad de los demás, de imprimir a la historia pensamientos y giros de acuerdo con nuestro propio genio.

Como ejecutores de esta misión, los españoles creyeron estar, y de hecho estuvieron poseídos durante cierta época de una serie de cualidades que los colocaron a la altura de las circuns-

tancias. Esto, solamente esto, es una moral de imperio, y su quiebra fue lamentada por Quevedo como causa de las desdichas nacionales.

II. INSTRUMENTOS DE DOMINACIÓN: CUALIDADES DE LOS ESPAÑOLES

Así como dice el refrán: *Dios que da la llaga, da la medicina* España se sintió en esta época asistida o dotada de ciertas cualidades de carácter, proporcionadas al desempeño de su destino en el mundo. Vamos a pasar revista a estas cualidades, aliadas fieles de la política exterior de España:

LA SOBRIEDAD

El primer instrumento de dominación que sentían en sí mismos los españoles era la austeridad de costumbres. He aquí cómo la describía el Maestro Medina:

«El vicio de glotonería menos ha tocado a España que a las otras provincias. Antes vemos en las más regiones españolas, aun entre los muy caballeros, y muy ricos, notable parsimonia y templanza, sin tocar en escasez ni avaricia... Principalmente, luce mucho en nuestra España la templanza del vino, pues la mayor parte son muy pocas las mujeres y mozos que lo beben; y sabemos que hay muchos hombres y mujeres de mucha edad y con achaques y enfermedades, y con todo eso, no lo beben. De aquí nace que tenemos en España por infamia e ignominia embriagarse las personas, que no es, por ventura, en otras naciones» [1].

Mateo Alemán señala la sobriedad característica del pueblo español:

«A los españoles poco les basta para entretener y sufrir mucho trabajo» [2].

---

1 Pedro de Medina, *Opus cit.*, cap. XI, parte I, pág. 10-*b*.

2 Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, parte I, lib. III, cap. X. Rivad., III, pág. 258-*b*.

Y confirma la misma idea el pseudodoctor Carlos García:

«Un español se entretendrá tres días enteros con un pedazo de pan sin perder el ánimo ni mostrarse más afeminado que si tuviese todas las vituallas del mundo» [3].

Luján de Saavedra, afirmando la sobriedad española en la bebida, no deja de apuntar que la regla comienza a tener sus excepciones:

«Los españoles tenemos por muy infames los borrachos». «... Aunque el beber demasiado se tiene por afrentoso en una nación tan política como la española, no faltan muchos que se desmandan» [4].

Quevedo continuó la observación de que la sobriedad típica de los españoles iba desapareciendo:

«Honrados eran los españoles cuando podían decir deshonestos y borrachos a los extranjeros; mas andan diciendo aquí malas lenguas que ya en España ni el vino se queja de mal bebido ni los hombres mueren de sed. En mi tiempo, no sabía el vino por dónde subía a las cabezas, y ahora parece que se sube hacia arriba» [5].

Sería cosa de creer que se dejaba Quevedo llevar de su humor satírico; pero contamos con el grave testimonio del jurista Castillo de Bobadilla, que se expresa en términos análogos:

«No dudo que si Séneca alcanzara estos tiempos, no loara tanto nuestra nación de la templanza en el beber, porque viera por las calles y por las casas más borrachos que nunca hubo en ella» [6].

Cristóbal de Villalón, o sea el que fuera autor de *El Escolástico*, comprueba donosamente esta degeneración de la austeridad española por estas palabras:

«Es venida a tal estado nuestra república, que el que de

---

[3] *Opus. cit.*, Libros de Antaño, VII, pág. 266.

[4] Luján de Saavedra, *Guzmán*, lib. II, cap. I. Rivad., III, pág. 382-*b*.

[5] Quevedo, *Visita de los chistes*. Clás. Cast., XXXI, pág. 239.

[6] Castillo de Bobadilla, *Política para Corregidores*, libro I, cap. III. Madrid, 1775, pág. 35-*b*.

fuera viniere a la ciudad a buscar vino, sin buscar el mojón público o pregonero que se lo escoja, hallará las calles llenas de mochachos de diez años que se lo enseñen; y esta información no la dan por oídas, sino de vista, habla y conversación, porque los han bien tratado»[7].

Para mí, en esto estriba la trascendental diferencia entre el siglo XVI y el siglo XVII españoles. El XVI tiene conciencia del destino de España en lo universal y posee una moral de imperio proporcional a la voluntad de imperio; el XVII, en cambio, conservando la conciencia y la voluntad del siglo anterior, no conserva la moral de imperio, y esta pérdida introduce el gran desequilibrio entre medios y fines, que vuelve caótica y enmarañada la política clara y rectilínea de Carlos V y de Felipe II.

La trascendencia de estos conceptos ha alcanzado su mayor valoración entre los estrategas modernos. No hay arma comparable con la resistencia física ni economía de guerra superior a la sobriedad del soldado. Esta moral de imperio fue el gran nervio de la política española durante el siglo XVI. El ascetismo del convento invadía el palacio y el cuartel. Pero el siglo XVII aflojó las riendas a esta tensión de vida. Semejante relajación la observaron los escritores seiscentistas, haciendo notar el cambio efectuado de un siglo a otro.

EL VALOR

La arrogancia española, ya señalada, y de la que trataremos más adelante, tenía una contraprueba inmediata de su autenticidad en el valor personal de los españoles. En esto partía lindes inequívocamente la arrogancia con la fanfarronería. El matamoros que fingió en su despecho la enemistad francesa, era un arrogante de palabra; pero nada más contrario a la realidad palpable e indiscutible en todos los campos de batalla del mundo. Nos dábamos cuenta de nuestra pequeña estatura, pero:

---

7 Cristóbal de Villalón, *El escolástico*, cap. XIV. Biblióf. Madril., V, página 187.

Advierte que españoles arrogantes,
Aunque el aspecto y cuerpo tienen chico,
Tienen los corazones de gigantes [8].

España se regodeaba en aceptar el homenaje que hasta sus propios enemigos rendían al valor de sus soldados. Fray Prudencio de Sandoval refiere el dicho de:

«Preguntándole cómo le había ido con los españoles de Italia, decía: Yo no sé qué diga, sino que cinco mil españoles son cinco mil hombres de armas, y cinco mil caballos ligeros, y cinco mil infantes, y cinco mil gastadores, y cinco mil diablos» [9].

No era éste un caso aislado. Existía sobre el valor de los españoles una especie de *consensus omnium*, que Castillo Solórzano formulaba de esta manera:

«Si hemos de dar crédito a las historias, es cierto que por ellas se sabe que nación ninguna ha alcanzado más nombre, por las grandes victorias que ha tenido, que la española; esta belicosa nación parece que nació sólo para aventajarse a todas las demás en el valor y en la bizarría; y la mayor señal de que esto que digo cierto es ver que todas las naciones, en poniéndose en competencia de otras, todas se dan a sí el primer lugar en el valor, porque es cierto que cada una se ha de alabar a sí, y luego, el segundo le dan a la española; de donde se infiere que, reconocida ésta por segunda de todas, viene con esto a ser la primera» [10].

Lo más característico del valor español era su generalización y extensión a todas las capas sociales. No era condición sólo de los nobles y de los caballeros. Los más bajos y miserables, en saliendo de España, eran un Cid. Las palabras de Sandoval son preciosas a este efecto:

«Habían venido, dice, los dos mil españoles tan pobres, que unos andaban sin zapatos, otros sin camisa, otros medio desnu-

---

[8] Lope, *Comedia de Bamba*, II. R. Acad., VII, pág. 56-*a*.

[9] Fr. Prudencio de Sandoval, *Historia del Emperador Carlos V*. Barcelona, 1625, pág. 517.

[10] Castillo Solórzano, *La inclinación española*. Rivad., XXXIII, página 235-*b*.

dos y tan consumidos y de un ruin color que parecían estar pasados de hambre, tanto que los llamaban los pobres, que con este pelo los envía de ordinario España, y fuera, salen los que todos saben» [11].

LA VERACIDAD ESPAÑOLA

Implica esta cualidad la verdad en las palabras, la firmeza en cumplirlas y, en fin, la sinceridad en las acciones, ajenas de dolo y engaño. Verdaderamente, estas cualidades son, como vamos a ver inmediatamente, privativas de los castellanos; pero a veces las encontramos atribuidas en general a todos los españoles. Ya hemos oído decir a Cervantes: «Español soy, que me obliga a ser cortés y a *ser verdadero*». Ahora oiremos a Lope afirmar la firmeza de la palabra empeñada:

Prometí como español,
Que bastaba esta fe sola,
De referirte, Isabela,
Su tragedia lastimosa [12].

Don Cristóbal de Monroy hace particular hincapié en la verdad del trato propia de los españoles:

Sin recelo el agua os pido;
Que, aunque puede en el cristal
Venir veneno mortal,
No vendrá en sus arreboles;
Que habréis de los españoles
Aprendido a ser leal [13].

Melchor de Santa Cruz recogió en su *Floresta Española* una anécdota de un célebre capitán español, que confirma esta idea:

---

11 Fr. Prudencio de Sandoval, *Opus cit.*, II, pág. 16.
12 Lope, *Valeroso catalán*, I. R. Ac., VIII, pág. 415-*a*.
13 Monroy y Silva, *Batalla de Pavía*. Rivad., XLIX, pág. 83-*c*.

«Diego García de Paredes decía que en las otras naciones hablaban con los labios y los españoles con el corazón» [14].

El autor del *Viaje de Turquía*, que ya hemos tachado de pesimista y refunfuñón, reconoce, no obstante, esta buena cualidad de los españoles. Trata de su estancia en Constantinopla al servicio del Gran Turco, y dice así:

«Cuando a lo que decían que era esclavo y no guardaría fidelidad, yo era cristiano y guardaría mejor mi fe que ellos su ley; desto era el Bajá buen testigo, y en la fe de Cristo tanto pecado era matarle a él como a un príncipe cristiano; y demás desto, los españoles guardamos más fidelidad en ley de hombres de bien que otras naciones» [15].

Concluiremos con un pasaje de Cubillo de Aragón, en donde campea la libertad de decir la verdad lisa y llanamente, y hallamos calificada de española tal libertad:

PEDRO. *Así me llamo,*
porque no sé mentir ni aun con mi amo.
JULIO. *¿Qué nación?*
PEDRO. *Español hasta la gola.*
JULIO. *Siempre la libertad nació española* [16].

Diré, para terminar, que éste es un punto donde generalmente nuestros escritores sacan a relucir la lealtad española, que hallaban muy alabada por los historiadores latinos, sin que ninguno deje de citar el hecho de Julio César, que formó de soldados de España su guardia personal [17].

LA PRESTANCIA

La autoestimación, de cuya corrupción, la soberbia, trataremos más adelante, daba generalmente a los españoles un empa-

[14] M. de Santa Cruz, *Floresta española*. Bibliót. Mad., III, pág. 32.
[15] Villalón, *Viaje de Turquía*, cap. IV. N. B. A. E., II, pág. 45-*b*.
[16] *El invisible Príncipe del Baúl*. Rivad., XLVII, pág. 180.
[17] Vd. Castillo de Bobadilla, *Política para Corregidores*. Ed. Madrid, 1775, t. I, págs. 52 y 63; t. II, pág. 391.

que señoril y una gravedad de modales que chocaba mucho a los ojos de los extranjeros, sobre todo puestos en contraste con la movilidad ardillesca de los franceses. Los viajeros y gentes de fuera explicaban este carácter español materialmente, por el *humor melancólico* predominante en nuestro temperamento. Citemos por todos las *Relaciones* de Juan Botero:

«La gente de España participa asaz de melancolía, la cual les hace graves en sus actos, lentos y espaciosos en sus empresas» [18].

La seriedad no era exclusiva de los hombres; se extendía también a las mujeres; bien que tal seriedad no dejaba de ocultar un carácter alegre y expansivo, como la cáscara del almendruco, áspera y amarga, encubre la leche de la pulpa. Pero la tal cáscara era dura de romper, estilo en que nuestras mujeres se diferenciaban de las francesas. Oigamos a Matos Fragoso:

Además que allá, en España,
Usan las nobles mujeres
Una hermosura afectada,
Que, como melancolía,
A la vergüenza acompaña,
Pues sólo en gravedad fundan
De su honestidad la gala,
Y no se alegran tan presto
Como aquí vuestras madamas.
Dejad que tome el estilo,
Porque después de tratadas,
Las españolas son otras,
Afables y cortesanas,
Y lo que en ceño comienza
En noble caricia acaba [19].

Lo maravilloso es que, al cabo de dos siglos, estos mismos versos del dramaturgo granadino los disolvió en su brillante

[18] *Relaciones Universales.* Valladolid, 1603, fol. 3-*a*. Farinelli trató de esta cualidad de los españoles en su estudio *La vita è un sogno.* Torino, 1916, t. I, pág. 247, y t. II, pág. 204 y sigs.

[19] *Lorenzo me llamo,* I. Rivad., XLVII, pág. 226-*b*.

prosa Teófilo Gautier, a propósito precisamente de las mujeres de Granada.

Y ya que de mujeres y de Gautier tratamos, hemos de sorprender otra notable identidad de pensamiento entre Calderón y el autor del *Viaje por España* acerca de la apostura y de la compostura de las españolas. Calderón mantuvo por boca del marqués de Brandemburg:

Grandes ventajas
En el brío y el aseo
A otras naciones les hacen
Las españolas [20].

Este concepto es el *leit motiv* de aquella magnífica serenata de España armonizada por Gautier, tan mal entendida y poco agradecida por los españoles.

LA CORTESÍA ESPAÑOLA

Otra de las condiciones características del tipo español en sentir de los escritores del siglo XVII es la cortesía con las damas. Aquella sociedad española conservaba mucho lastre medieval, estaba aún muy cerca del mundo de los Amadises, y rendía a la mujer un culto y un acatamiento muy resabiado de la idolatría caballeresca. Esta cualidad tenía dos manifestaciones: el amor y la galantería. De la primera, dijo Lope de Vega:

«Oigo decir y he leído que ninguna nación del mundo ama tan dulcemente las mujeres ni con mayor determinación pierde por ellas la vida» [21].

Y Tirso de Molina:

Hace gran ventaja España,
En amar, a otras naciones [22].

---

20 Calderón, *Postrer duelo de España*, I. Keil, II, pág. 247-*b*.
21 Lope, *El desdichado por la honra*. Rivad., XXXVIII, pág. 17-*b*.
22 Tirso, *El celoso prudente*, II. Rivad., V, pág. 623-*b*.

La galantería cuenta en su favor con valiosos testimonios de los primeros escritores de aquella época.

Cervantes hace hablar así a una dama de Italia:

«Por la cortesía que siempre suele reinar en los de vuestra nación, os suplico, señor español, que me saquéis de estas calles».

Y abundando en la misma idea, pone estas palabras en boca de un desterrado de la patria:

«Español soy, que me obliga a ser cortés y a ser verdadero» [23].

Lope hizo una comedia con el título y el tema de *La cortesía de España.* Allí leemos esta bella afirmación, que es el alma de toda la obra:

Soy español, y el amparar las damas
Desde la cuna lo aprendemos [24].

Es el caso de esta comedia que un galán español tiene que acompañar desde Italia a Toledo a una bella dama, de la cual está, además, enamorado. El criado, malicioso y soez, sugiere a su señor la idea de lograr la ocasión, y a este propósito se entabla este diálogo:

D. JUAN. *No hay que tratar; si me viese*
muerto entre una y otra ola,
la cortesía española,
aunque a mil naciones pese,
ha de quedar celebrada.
ZORRILLA. *Que nadie diga, a la fe,*
de esta agua no beberé,
y más si la fuente agrada.
D. JUAN. *Yo me dejaré morir;*
pero esta noble mujer,
Zorrilla, no ha de entender
que yo la intento servir
más que por la cortesía
que debo al ser español [25].

---

[23] Cervantes, *Persiles,* III, 18. Madrid, 1917, fol. 183.
[24] Lope, *Cortesía de España,* I. Ac. N. E., IV, pág. 343-*a.*
[25] Lope, *Cortesía de España,* II. Ac. N. E., IV, pág. 348-*b.*

Bances Candamo nos ofrece otra situación teatral donde brilla la misma idea:

UNAS DAMAS. *Vuestra clemencia nos valga.*
PORTOCARRERO. *Nadie ofenderos procura,*
Que nunca contra las damas
Los españoles aceros
Cortan[26].

Vicente Espinel hace confesar esta bella cualidad de los españoles a unos renegados de Argel, en cuyas bocas pone al mismo tiempo quejas de agravios recibidos en España:

«—¡Ay, padre mío —dijo la doncella—, y qué corteses son los españoles!

—Pueden —dijo el padre— enseñar cortesía a todas las naciones del mundo»[27].

El pseudodoctor Carlos García tuvo ocasión de observar la extrañeza con que los franceses miraban nuestras parsimoniosas ceremonias en el trato con las señoras. Su testimonio es de gran valor, porque establece netamente la diversidad de códigos sociales:

«Si preguntamos a un español qué le parece del modo y costumbre que los franceses tienen en saludar las damas besándoles en el rostro, allegándose a ellas y tocándoles con desenvoltura y libertad que se practica en Francia, verdaderamente perderá los estribos de la paciencia y será del todo imposible podelle persuadir que la tal ceremonia tenga algo de civil y cortés».

«Y, al juicio de un francés, la cortesía, urbanidad y recato de los españoles parecerá la cosa más bárbara y grosera del mundo. Particularmente, cuando, acompañando una dama por la calle, le dan el brazo cubierto con la capa, como si el escudero tuviere sarna o lepra en las manos»[28].

---

26 *Por su Rey y por su dama*, III. Rivad., XLIX, pág. 389-*a*.
27 Espinel, *M. de Obregón*, II, 8. Clásic. Cast., LI, pág. 70.
28 Dr. C. García, Libros de Antaño, VII, pág. 243.

La costumbre de besar a las damas era tan ajena de la cortesía española, que en nuestra patria fue designada con una frase especial: *Dar la paz de Francia*, dicen Lope y otros dramáticos, para que no quepa duda en que no es de España usar tales atrevimientos con las señoras. En general, todo el trato entre hombres y mujeres variaba de España al resto de Europa, y nuestros autores no descuidaron hacerlo notar. Dice Matos Fragoso, haciendo hablar a un galán francés:

Que aquí no es como en España,
Que, en hablándose dos veces,
Llaman traidores los hombres,
O fáciles las mujeres.
Cualquiera doncella noble
Ir a los festines puede
Con el galán que la sirve,
Y hablarle y favorecerle [29].

Y Bances Candamo:

CARRASCO. *¿Úsase en Francia el dejar*
A las madamas lugar
De que osados y rendidos
Podamos en sus oídos
Nuestra fineza engastar?
NISE. *No es ésta la austeridad*
De la española nación,
Que todo es recolección
Allá, y todo libertad
Aquí [30].

Y Calderón de la Barca:

(Aunque) en Francia se usan
Más esparcidas licencias
Que en España, y los prosistas
Tienen poéticas licencias
Para hablar con las damas [31].

29 *Lorenzo me llamo*, II. Rivad., XLVII, pág. 290-*b*.
30 *Por su Rey y por su dama*, I. Rivad., XLIX, pág. 372-*b*.
31 Calderón, *Basta callar*, II. Rivad., XII, pág. 265-*a*.

El mismo Calderón testificó la fama de corteses que los españoles gozaban en una escena dramática en que cierta dama flamenca, huyendo de la sitiada Breda, cae en manos de un caballero del ejército real, que, lejos de ofenderla, pone a su disposición dos caballos para que huya, y le dice:

Españoles son, no temas.

Y ella responde:

No me espantan;
Que pienso que cortesía
Saben los brutos de España[32]

El escritor italiano Juan Botero, cuyo testimonio hemos invocado antes, asociaba esta cualidad con la anterior:

«Enamóranse (los españoles) ardentísimamente, no reparando en gastos ni en cosa por los amigos»[33].

Y concluimos con unas palabras de Tirso, en opinión del cual nada era demasiado grande para una cualidad tal como ésta de los españoles. Dice así, ponderando una costosa acción:

Vamos, que esa hazaña sola
Es digna de aquese pecho;
Pero ¿qué hazañas no ha hecho
La cortesía española?[34].

ENAMORADIZOS

Si lo cortés no quita lo valiente, menos aún podía quitar algo que estaba muy cerca de esta ponderada cortesía: el enamoramiento.

La facilidad amorosa tenía acotado por reino propio a Portugal[35], pero también influía de manera especial en los espa-

[32] Calderón, *Sitio de Breda*, I. Keil, I, pág. 241-*a*.
[33] *Opus cit.*, fol. 3.
[34] Tirso, *Quien da luego da dos veces*, II. N. B. A. E., IX, pág. 556-*a*.
[35] Vd. capítulo IV.

ñoles. Hasta se podría intentar un capítulo de psicología comparada entre el amor a la manera lusitana y a la española, que tal vez nos condujera a la neta distinción conceptual de *amores* y *amoríos*. Pero ahora nos atendremos a fijar esta propensión erótica de la idiosincrasia española. Dice Tirso:

Hace gran ventaja España,
En amar, a otras naciones;
Que fértil es en varones [36].

El historiador Gómara notó esta facilidad de los españoles a mostrarse tiernos de ojos con las damas, condición que tantos celosos iba levantándoles a su paso por el Viejo y Nuevo Mundo. De uno de éstos afirma expresamente:

«Era celosísimo, e lo hacía por amor de los españoles, que luego miran y suspiran y hacen del enamorado» [37].

El vasallaje que el temperamento español pagaba al Amor lo cobraban en la irresistible fascinación que el mismo Amor ponía en sus palabras y en sus miradas, tratándolos como a hijos mimados. Todo esto lo da a entender Lope en cuatro palabras:

¿Qué nación?
—Es español.—
Amor, remediadme vos [38].

GRATITUD

Entre las virtudes características de sus compatriotas exaltaba Lope la gratitud, sentimiento muy compatible con la fiereza, según el cuento del león de Eliano, tan explotado en nuestra literatura. El texto de Lope dice así:

Hoy verás que el español
jamás tiene ingratitud,

36 *El celoso prudente*, I. Rivad., V, 623-*b*.
37 López de Gómara, *Hist. Gral. de Indias*. Ed. Calpe, t. I, pág. 233.
38 *Los locos de Valencia*, I. Ac. N. E., XII, pág. 417-*b*.

y que es oro en el crisol,
y que sigue la virtud
como la eclíptica el Sol[39].

LA HOSPITALIDAD ESPAÑOLA

Entre las notas características del tipo nacional descuellan la hospitalidad y buena acogida que España dispensaba a los extranjeros. La ola de odio de fuera se rompía en la seguridad, en el endiosamiento del pueblo español. No de otro modo se explica el anverso y reverso de esta medalla. Por eso también el autor que más pone de relieve esta cualidad es Lope de Vega, el patriota más exaltado, el español más compenetrado con su patria. La idea no es, sin embargo, exclusiva de Lope. El benedictino Peñalosa la afirma de este modo:

«El español... tiene el corazón anchuroso y magnánimo y a todas las naciones hace ventaja en grandeza y liberalidad, gasta opulentamente y en todas partes derrama plata, ostenta con magnificencia el lustre de su persona y, por su hidalgo trato, todas las naciones del mundo caben con él, siendo siempre España madre de extranjeros»[40].

Cervantes, en consonancia con el texto anterior, hizo hablar así a un individuo del *Persiles:*

«Soy extranjero, y de nación, polaco; muchacho salí de mi tierra y vine a España, como a centro de los extranjeros y a madre común de las naciones»[41].

El novelista Lugo y Dávila nos ofrece también su testimonio en idéntico sentido:

«España, madre universal y apacible acogimiento de extranjeros, más que de sus naturales»[42].

Lope de Vega, en su comedia *La cortesía de España,* de que ya hemos hablado, explana diferentes veces esta idea. Sirvan de muestra los siguientes versos:

---

[39] *La traición bien acertada,* III. Ac. N. E., X, pág. 70.
[40] Peñalosa, *Cinco excelencias,* pág. 149.
[41] Cervantes, *Persiles,* III, 6.
[42] Lugo y Dávila, *Teatro Popular.* Madrid, 1906, pág. 289.

Aunque es el español, por sus blasones,
En guerra y paz y por su gloria y fama,
Aborrecible a todas las naciones,
Él a todas las quiere, estima y ama,
Con todas trata en todas ocasiones,
Con todas casa y de su sangre llama;
Si riñe un extranjero, el caballero
Y el oficial acude al extranjero [43].

Lope parece mostrarse complacido de esta condición de su patria; pero desaprobó la inclinación española a preferir lo extranjero a lo nacional:

Celebrar a los extraños
Es muy propio de señores;
Que más quieren sus errores
Que los propios desengaños.
En siendo extranjero un hombre
Es oficial excelente;
Libro en lengua diferente
Siempre tiene mayor nombre [44].

Y hasta se mostró dolido y celoso de esta condición de su patria en los siguientes términos:

¡Ay dulce y cara España,
Madrastra de tus hijos verdaderos!
¡Y, con piedad extraña,
Piadosa madre y huésped de extranjeros!
Envidia en ti me mata,
Que toda patria suele ser ingrata [45].

Estas quejas infantiles de Lope eran tan conocidas de sus contemporáneos, que don Antonio Hurtado de Mendoza aludió a ellas en un entremés, al poner en escena a un médico italiano:

---

[43] *Opus cit.*, act. I. Ac. N. E., IV, pág. 345-*b*.
[44] Lope, *Del mal lo menos*, II. Ac. N. E., IV, pág. 462-*b*.
[45] Lope, *La Arcadia* (novela), II. Rivad., XXXVIII, pág. 65-*b*.

¡Oh! ¿Qué dijera vuestro insigne Lope
Sobre el ser celebrado un extranjero?
¡Qué Príncipe es Madrid tan novelero! [46].

Las sencillas quejas de Lope pasaron a graves resquemores en otros autores, que apreciaron el aspecto económico de esta tendencia xenófila de los españoles. Así, vemos que Suárez de Figueroa se duele de que los genoveses gozaran en España de los mismos privilegios que los mismos naturales, y ante un hecho que contrastaba con el trato que los españoles recibíamos en los países extraños, se expresa así:

«¡Oh España generosa, qué entrañas tan de madre tienes para todos, qué corazón tan magnánimo! No son menos altivas las naciones en tu distrito que en los propios suyos. ¡Cuántas amistades reciben, cuántas medras, cuántos aumentos sacan de tu caudal!» [47].

Sancho de Moncada, en su alegato formidable contra los extranjeros, anota las demasiadas ventajas económicas que hallaban en España; de modo que sus acusaciones dejan bien al descubierto esta inclinación del carácter español que vamos estudiando. Citemos algunos de sus innumerables lugares a este propósito:

«Extranjeros tienen en España, según se dice, más de un millón de juros, sin infinitos censos, toda la Cruzada, gran número de prebendas, encomiendas, beneficios y pensiones».

Y más adelante:

«Los extranjeros negocian en España, de seis partes, las cinco de cuanto se negocia en ella, y en las Indias, de diez partes, las nueve; de modo que las Indias son para ellos y el título de V. M., pues las flotas enteras les vienen consignadas» [48].

---

[46] Antonio Hurtado de Mendoza, *Entremés de Miser Palomo*, segunda parte. N. B. A. E., XVII, pág. 327-*b*.

[47] Suárez de Figueroa, *El pasajero*, I. Renac., pág. 7. Vid. cap. XIV.

[48] *Restauración política*. Madrid, 1746, pág. 10. Vid. ms. 1092, B. N. de Madrid, fol. 323, a mi parecer desglosado de la obra de Sancho de Moncada. Comp. con la tesis claramente mercantilista de Gondomar, *Cartas*, Biblióf. Esp., IV, págs. 60-61.

Madrid, en el siglo XVII, fue de una vez para siempre la capital de España, y la hospitalidad española quedó vinculada a esta simpática villa como uno de sus timbres más gloriosos. De tal modo extrema y singulariza esta condición general de España, que nuestros escritores tomaron en serio la etimología vulgar de su nombre: *Madrid, madre* de todos. Así lo da a entender el Doctor Sagredo, de Vicente Espinel:

«Por mi desgracia, salí de aquella reina del mundo, Madrid, o madre universal» [49].

Salas Barbadillo, en su libro de las *Coronas del Parnaso*, la llama:

Madrid, madre del mundo.

Y poco después vuelve a decir:

Esta corte, que es de todas
las naciones común patria,
noble original de cuanto
traslada el pincel al mapa [50].

En *El curioso y sabio Alejandro* le tributa el mismo elogio, envuelto en la censura o resentimiento que antes hemos visto en Lope de Vega. Dice así:

«Madrid, patria común y madre universal de los extranjeros, madrastra de sus propios hijos; de aquellos únicos ingenios hablo que mientras más clara y resplandeciente la hacen en el orbe con sus estudios, tanto más parece que procura oscurecerlos» [51].

Castillo Solórzano le reconoce la misma relevante condición, llamándola:

«Insigne villa, madre de tantas naciones, gomia de tantas sabandijas» [52].

---

[49] *Marcos de Obregón*, III, 19. Clás. Cast., LI, pág. 291.

[50] *Coronas del Parnaso*. Madrid, 1635, pág. 171.

[51] Salas Barbadillo, *Curioso y sabio Alejandro*. Rivad., XXXIII, página 13-*a*.

[52] Castillo Solórzano, *La niña de los embustes*. Madrid, 1906, pág. 19.

Idéntico lenguaje emplea Suárez de Figueroa refiriéndose a la corte:

«De contino es pródiga en favorecer a extranjeros y avarísima en beneficiar a sus naturales» [53].

Lope de Vega llama a Madrid «Patria común» [54], y Tirso, en tres lugares, le da los mismos títulos. Una vez la llama «patria y madre de extranjeros» [55], y otra vez afirma aquel trato de preferencia que los extranjeros hallaban en la corte:

En Madrid hay tribunales
Para todos, y también
Han de hallarle en él mis males;
A extranjeros trata bien,
Si mal a sus naturales.
Yo espero en Dios que ha de ser
Madre Madrid en mi honor [56].

Por último, canta este himno a su hospitalidad:

¡Oh madre de gente extraña,
madre, punto y excelencia
de la real circunferencia
con que te corona España! [57].

Vélez de Guevara repite la consabida alabanza:

Madrid, noble de dos mundos patria [58].

Francisco Santos, en su novela titulada *La verdad en el potro*, la llama «madre de todos» [59].

Calderón, con orgullo de madrileño:

Es Madrid, patria de todos,
Pues en su mundo pequeño

---

53 Suárez de Figueroa, *El pasajero*, introd. Renac., pág. XVI.
54 Lope, *Servir a señor discreto*, II. Real Acad., XV, pág. 593-*b*.
55 Tirso, *El castigo del Penseque*, I. Rivad., V, pág. 75-*c*.
56 Tirso, *La villana de Vallecas*, I. Rivad., V, pág. 47-*c*.
57 Tirso, *El Caballero de Gracia*, II. N. B. A. E., IX, pág. 371-*b*.
58 *El Hércules de Ocaña*, III. Ocho Comed. Desc., II, pág. 271.
59 *Opus cit.*, edición de 1686, pág. 1.

Son hijos de igual cariño
Naturales y extranjeros [60].

Sanz del Castillo la celebra por *confusa y dilatada villa*, «madre y amparo de todos» [61].

Y Estebanillo González repite la palabra sacramental: «Madrid, madre de todos» [62].

No es, pues, de extrañar que a Madrid acudieran un sinnúmero de extranjeros, que hacían de ella una metrópoli universal de todas las razas y de todas las lenguas. Desde el siglo anterior, Madrid presentaba este abigarrado aspecto cosmopolita:

«Está la corte, allende esto, llena de gentes extranjeras de diversas naciones; encontraréis por las calles unos que os saluden con: «Beso la mano de vuestra mercé». Otros os dicen: «Beso as maos a vosa mercé». Otros: «Agur, xaona orduan çagoçala». Otros: «Bon giorno, mi ricommendo a la signoria vostra». Otros: «Musieur, je me recommande a vostre bonne grace». Otros: «Got berliena huberlib den gudemdag». Otros: «Gut mara, gut boe» [63].

Ante este espectáculo, comparable al que hoy presentan las urbes cabezas del movimiento económico mundial, podía justamente exclamar Salas Barbadillo:

«Nobilísima admiración recibo cuando miro aquí tantas naciones diversas en lengua y traje, y aun opuestas por sus mismos climas, vivir en pacífica correspondencia. ¿Qué Orfeo canta en medio desta bellísima población, que tiene unidos en paz los lobos y los corderos? ¡Oh, epílogo del mundo! Quien sabe examinar tus maravillas y pasea tus calles como con los pies con el entendimiento, sin hacerse ridículo podrá decir que ha dado la vuelta a todo el orbe» [64].

---

60 Calderón, *El Maestro de Danzar*, I. Rivad., IX, pág. 77-*a*.
61 *La mojiganga del gusto*. Madrid,,1908, pág. 9.
62 *Opus cit.*, cap. IV. Rivad., XXXIII, pág. 303.
63 Eugenio Salazar, *Cartas*. Bibliót. Esp., I, pág. 3.
64 Salas Barbadillo, *Los mirones de la corte*. N. B. A. E., XVII, página 256-*a*.

Contamos con el testimonio de un hombre muy versado en el trato de gentes de ultrapuertos, que nos revela con cuánta simpatía era mirada la coronada villa y cómo era pagada su gentileza para con los extraños. Dice así Agustín de Rojas:

«Fuera desto, es el lugar más venturoso y de mejor estrella de quantos cubre el cielo.

SOL.—¿De qué manera?

RÍOS.—Porque no hallaréis en el mundo nación, por remota que sea, aunque nunca la haya visto si no es de oídas, que no le quiera bien, desee bien, diga dél bien y le pese entrañablemente de su mal.

RAM.—Verdaderamente que tenéis razón; que hasta hoy no he visto hombre ni mujer, natural ni extraño, que no le alabe» [65].

LAS FALLAS DEL CARÁCTER ESPAÑOL

Lo humano no podía dejar de poner su nota deslucida en la belleza de lo divino. La vocación y ensalzamiento de España a la categoría de pueblo elegido por Dios, al paso que producía una «santa» arrogancia en los pechos españoles, produjo también en la plebe y gente ruin una insufrible soberbia. Tergiversación natural y casi inevitable, de no suponer toda la masa española en un punto de perfección y de cultura humanamente imposible. ¿Pues no hubo en Israel una mayoría incomprensiva y equívoca, que de ordinario llamamos los *judíos carnales?* Y no es que trate yo de justificar, sino de exponer lo que España sentía de sí misma, incluso de sus propios defectos, entre los cuales sobresale la soberbia.

Empezaré citando un testimonio de gran significación. Hernán Cortés, flor de la política española, la mano mejor templada para imponer suave y llevadero el yugo español a pueblos indómitos, siente cerca de sí mismo a los impolíticos, de los cuales dice, generalizando: «Los españoles somos incomportables e

[65] Agustín de Rojas, *Viaje entretenido.* N. B. A. E., XXI, pág. 549-*b*.

importunos»[66]. No cabe mejor prueba de que semejante generalización es injusta que verla en labios de Hernán Cortés, cuyo apellido era en él consigna de conducta.

La misma realidad que sugirió en América a Cortés la antecedente observación, sugirió en Italia a Suárez de Figueroa esta otra:

«La humildad aplaca indignaciones, vence rebeldías, tiraniza voluntades y endulza las mayores asperezas. Desta tienen necesidad muchos españoles, cuyos ánimos, llenos de altivez, exceden de lo justo y honesto, *aun en casas ajenas*»[67].

A estas simples autoconfesiones de soberbia voy a adjuntar un testimonio harto significativo de que tal soberbia era un lunar en una faz hermosa, o como decíamos antes, lo feo que la humanidad añade de suyo a la obra divina. Dice así fray Alonso de la Cruz, en el panegírico de Santiago, Patrón de España: «Si sus virtudes son nuestro traslado, también lo son nuestras faltas, de las que él tuvo antes de estar confirmado en gracia; pues tuvo un pecado de ambición, amigo de adelantarse a todos; mas, al fin, España. Pero aprendamos en él los españoles el desengaño de nuestro engreimiento y soberbia»[68].

En general, la conciencia española siguió durante todo el siglo XVII acusándose del pecado de soberbia. Gracián recoge aquella conseja, tocante al Rey Alfonso X, para explicar esta presunción española. Dice estas palabras:

«Si aquel otro Rey aplaudido de sabio porque conoció cuatro estrellas se arrojó a decir que, si él hubiera asistido al lado del Divino Hacedor en la fábrica del Universo, muchas cosas se hubieran dispuesto de otro modo y otras mejorado, no fue tanto efecto de su saber cuanto defecto de su nación, que en este achaque del presumir aun con el mismo Dios no se modera»[69].

---

66 *Carta segunda de relación de la conquista de Méjico.* Ed. Calpe, página 80.

67 Suárez de Figueroa, *El pasajero*, I. Renac., pág. 15.

68 Alonso de la Cruz, *Discursos evangélicos*, 1599, pág. 642.

69 Gracián, *El criticón*, I, 3. Renac., I, pág. 33.

Del Rey salta Gracián a los más infelices tipos sociales, y en todos descubre los mismos humos de valer. Dice que pasaba un mochilero rumiando esta idea:

«Nosotros nacimos para mandar».

Un mal gorrón, paseando la mano por el pecho, «decía: "¡Qué Arzobispo de Toledo se cría aquí! ¡Qué Patriarca!"». «Yo seré un gran médico, decía otro, que tengo buen talle y mejor parola» [70].

Gracián fue machacón en repetir esta nota del carácter español. Sin embargo, no hay que desconocer que a veces no hizo más que amplificar el pensamiento de otro escritor. Así, por ejemplo, en este caso. Dijo Cristóbal de Castillejo:

Entremos primeramente
por España de rondón,
do soberbia y presunción
reina más que en otra gente [71].

Gracián se apoderó de la imagen, y escribió:

«La Soberbia, como primera en todo lo malo, cogió la delantera. Topó con España, primera provincia de la Europa. Parecióla tan de su genio, que se perpetuó en ella. Allí vive y allí reina con todos sus aliados; la estimación propia, el desprecio ajeno, el querer mandarlo todo y servir a nadie, hacer del Don Diego y vengo de los godos, el lucir, el campear, el alabarse, el hablar mucho, alto y hueco, la gravedad, el fausto, el brío, con todo género de presunción, y todo esto desde el noble hasta el más plebeyo» [72].

De Gracián pasó la idea a Francisco Santos. Se trasluce, indudablemente, su lectura en el párrafo siguiente:

«Notable es la estimación que tienen de sus personas, desprecio de las ajenas; querer cada uno ser Rey y mandarlo todo; poca sujeción, porque les parece que nacieron dioses, y cual-

[70] Gracián, *El criticón*, III, 7. Renac., II, pág. 254.

[71] Cristóbal de Castillejo, *Diálogo entre la Verdad y la Lisonja*. Alcalá, 1614. Rivad., XXXII, pág. 242-c.

[72] Gracián, *El criticón*, I, 13. Renac., I, pág. 178.

quiera cree que salió del tronco de Alarico, primer godo. El lucimiento es notable; el pulir las galas, sólo el español; alabarse no poco; hablar alto de modo que lo oigan los muchachos del Limbo, de ordinario. Notable gravedad, el brío en toda ocasión y cruel arrojo desde el enano hasta el gigante; el mundo lo confiesa, pues por cualquier niñería sale la hoja y se ensangrientan» [73].

Estos tres autores: Castillejo, Gracián, Santos, representan la transmisión de un pensamiento a través de tres generaciones, o sea el poder de las ideas para retransmitirse; lo cual resta en cierta medida valor real a los hechos. ¿Eran verdaderamente los españoles así de soberbios, o era pura sugestión literaria la que producía semejantes asertos? Para nuestro estudio, huelga la discusión. No exploramos cómo eran en realidad los españoles, sino cómo creían que eran. Es el hecho de conciencia, no el hecho real, lo que indagamos. Y el hecho psicológico está archiprobado. Hasta en las cosas de religión, los españoles pensaron de sí mismos que eran mayores que los demás. Léase esta curiosa aserción de fray Diego de la Vega:

«Podemos decir de nuestra España no es muy santera; pero los Santos que produce sonlo de veras y con grandes ventajas: un San Laurencio, un San Vicente, un San Eugenio, un San Isidoro, un San Antonio, un Santo Domingo, un San Ilefonso, y otros de aqueste jaez» [74].

No se puede negar que en la formación de este complejo de desestimación de su autoestimación influyó la crítica extranjera. Son varios los escritores que descubren la fuente:

«Apenas se encuentra quien no desee como premio de sus trabajos la gloria; pero, más que todos, los españoles, que, como dice Pedro Crinito, son inclinados al odio con cierta soberbia jactancia» [75].

El jurisconsulto Castillo de Bobadilla se apoya en Estrabón Capadocio para explicar el carácter altanero de los españoles.

[73] Francisco Santos, *Periquillo el de las gallineras*. Valencia, 1704, página 248.

[74] Diego de la Vega, *Paraíso de la Gloria*, 1607. Adiciones, pág. 35.

[75] Gracián Alderete. Vd. *Bol. R. Acad.*, XI, pág. 58.

Pudiera bastarle su experiencia de gobernante que ejerció diversas magistraturas en varias comarcas de España, para saber que éramos ingobernables; y, sin embargo, recurre al testimonio del autor extranjero. Señal evidente de lo que pesaba la autoridad de los extranjeros en la formación de semejante estado de conciencia. Dice así:

«Paréceme a mí, y creo que no me engaño, que así como la República Romana... encargaba a los mozos traviesos los cargos contra las gentes indómitas para los amansar y castigar, así la República española y Monarquía castellana debería encargar a los hombres recios y esforzados la gobernación de los pueblos sediciosos para los sosegar y pacificar, que, en la verdad, por dicho de Estrabón Capadocio, aprobado por naturales de esta nación española, los que son hijos de esta provincia, de su natural inclinación, por causa del clima y región occidental, que participa de complexión más caliente, colérica y seca, que es sanguínea, son bulliciosos y belicosos y no tan súbditos ni mansos que sin cosquillas de revés lleven el yugo de la obediencia» [76].

Un humanista flamenco nos atribuyó a los españoles *solemnidad asiática y entrecejo de cancerbero*. Sobre estas cuatro palabras explanó una glosa tan larga como puede verse un español, don Antonio López de Vega:

«El *fastus Tartareus, supercilium cerbereum*, que el juizio de Julio César Scalígero atribuye, entre otros defectos, a la nación española, sobresale y se manifiesta tanto en esta parte del entendimiento y del saber, que de suyo suele desvanecer a los demás hombres, que es por esto el más selecto concurso de los eruditos, no academia ni escuela, como en otras partes, sino un terrible campo de batalla, una perpetua herrería de estruendo de voces y controversias. La generosidad y valentía, aun los mismos enemigos no se la niegan a los españoles; pero la altivez y arrogancia, que tan de ordinario suele acompañar estas dos cualidades, se estiende en ellos con tanto excesso a todo lo que generalmente tratan, que en ninguna materia y en ningu-

[76] Castillo de Bobadilla, *Política para corregidores*. L. I, cap. VI. Madrid, 1775, pág. 84-*b*.

na conferencia saben arrimar la ambición de parecer mayores; y así, aun entre sí mismos, parece que, en orden a este fin, quieren también en las contiendas literarias exercitar y ostentar cada uno su valentía. Batallas son para ellos disputas, y acción quieren que sea de valor el no ceder en ellas también a nadie. Ningún proyecto entra allí seguro de las instancias, ni le vale la opinión de sus estudios, para que a sus aseveraciones se dée fe... En qualquiera punto que se ofrezca se halla razón de dudar. Raros son los que traten de investigar la verdad; de ostentar ingenio o erudición, todos».

Y añade poco después:

«... Inflación, contención y menosprecio ageno; que esta droga, siendo en los ordinarios humanistas casi infalible, raros son los españoles en quien no se halle con más abundancia» [77].

Por último, contribuían a dar pábulo a esta idea las traducciones de obras extranjeras, ordinariamente de gentes resentidas o desafectas a España, y que aquí se traducían con la despreocupación de quien se considera demasiado alto para que le alcancen los tiros de sus enemigos. Citaremos para ejemplo las palabras de un escritor italiano, cuyas obras se tradujeron y se editaron repetidamente entre nosotros:

«Son muy presuntuosos de sí mesmos; grandes encarecedores de sus cosas; reconocen con facilidad la ventaja y procuran cobrarla con gran cuidado» [78].

Todo esto vino a estereotipar en la conciencia española una imagen del tipo español, que Lope de Vega definía así:

El arrogante hispano [79].

Ésta era la raíz de la manía hidalguista y caballeresca que padecían las clases más ínfimas de España. El concepto del

---

77 Antonio López de Vega, *Paradojas racionales*, 1655. Ed. Madrid, 1935, páginas 20 y 27.

78 *Relaciones generales del mundo*, de Juan Botero. Valladolid, 1600, folio 3.

79 *El Rey por trueque*, I. Ac. N. E., II, pág. 531.

hidalgo y del caballero y la sátira que afligió a estos dos tipos sociales tienen en esta obra su especial capítulo; pero aquí haremos propia consideración del prurito de elevación y enseñoreamiento que inquietaba a los menestrales, a los soldados, a las mujerzuelas, a todas las clases bajas de aquella sociedad. Hoy, que todo el mundo es *Don*, no vemos a simple vista todo el alcance de este afán de *Don* que nos descubren nuestros escritores. Pero tengamos en cuenta la serie de pragmáticas emanadas del poder público durante los dos siglos XVI y XVII sobre títulos, tratamientos, cortesías, y algunas especialmente sobre el uso del *Don*.

Tengamos en cuenta igualmente la severidad que Felipe II ponía en la concesión de este dictado, al decir de su historiador Cabrera de Córdoba, en estas palabras:

«Firmando una venta para un *Don* Fulano de un lugar de behetría, dijo: "Vuélvase a hacer sin el *Don*, porque no puede haberle en lugar de behetría". En el traspaso de un oficio de uno de Toledo en su hijo, borró el *Don* y escribió: "No le tenga, pues no le tiene su padre"» [80].

Tengamos en cuenta, además, que fuera de Castilla no podía usarse *Don* que no estuviese sancionado por la antigüedad. Lo atestigua Fernández Navarrete en estas palabras:

«En el principado de Cataluña, reino de Valencia y Portugal, ninguno que no tenga antigua nobleza se puede llamar *Don*, sin particular licencia de Su Majestad».

Hagámonos cargo del rigor con que se llevaba esto en la Cancillería Real, por la siguiente nota que el Conde de Chinchón puso a una Consulta del Consejo de Aragón y por la misma Consulta, que ambas cosas son para considerar. El Consejo escribió lo que sigue:

«Advierte el Consejo el inconveniente que esto es, y cómo Su Majestad, por ningún respecto ni dinero, ha querido que se abra la puerta a que en Mallorca se den noblezas por justas causas, y así concurre en que se dé orden a los ministros, por

---

[80] Cabrera de Córdoba, *Historia de Felipe II*. L. XII, cap. III. Madrid, 1876, vol. II, pág. 451.

cuyas manos han pasado estas provisiones, y señaladamente la de Berard, las cobren y quiten el título de Don, en los que este Consejo les advertirá que no les compete».

Y el Conde de Chinchón anotó de este modo:

«Como en el Consejo de Guerra no les conocen y la mismas personas en sus memoriales se intitulan Don, póneseles en lo que por allí se despacha, y así convendrá que el de Aragón esté advertido para que los tales no sean habidos por nobles no lo siendo, y se ordenará a los Secretarios de la Guerra que tengan cuidado de no ponerlo» [81].

Después de todo esto, comprenderemos la significación de este apetito desordenado de *endonarse* que devoraba a los españoles del siglo XVII. Oigamos cómo habla de esto Suárez de Figueroa:

«Gran ventura alcanzan los plebeyos que, introduciéndose a pícaros (iba a decir a caballeros), les cupo en suerte nombre abultado y sobrenombre campanudo: *don Juan, don Sancho, don Alonso, don Gonzalo, don Rodrigo*, etc. Uno conocí (Dios le perdone) cuyo padre, siendo oficial de bien, un platero honrado como vos, granjeó media hacienda, con que se le metió al hijo en el cuerpo este demonio que llaman caballería. Vínole a pelo el nombre, de gentil sonido, aunque común; animóle una noche buenamente (pienso que muerta la luz) la primer primicia desta locura, y amaneció hecho un *don Pedro;* por quien, y no por *Pedro*, se dio a conocer a todos desde allí adelante, sin eclipsársele la vista ni temblarle la mano al formar las tres letras» [82].

Fernández Navarrete no olvidó tocar los males que acarreaba el malhadado endonamiento:

«Apenas se halla hijo de oficial mecánico que por este tan poco sustancial medio (del Don) no aspire a usurpar la estimación debida a la verdadera nobleza; de que resulta que, obligados e impedidos con las falsas apariencias de caballería, que-

---

81 Carlos Riba, *El Consejo Supremo de Aragón.* Publicación del Centro de Estudios Históricos. Madrid, 1914, pág. 287.

82 Suárez de Figueroa, *El pasajero*, I. Renac., pág. 36.

dan sin aptitud para comodarse a oficios y a ocupaciones incompatibles con la vana autoridad de un *Don*» [83].

El benedictino Peñalosa, que sigue al anterior autor como la sombra al cuerpo, se expresa así:

«De ser altivo el español y preciarse de señor le nació el apetecer llamarse *Don*, que es lo mismo que señor. Y es tanto el caudal que hace de esto, que no hay céfiro más regalado ni suave a sus oídos como el oírle; ni ama que no se le ponga desde la cuna al niño que cría, chillándole con él; ni criado que no haga lo mismo, lisonjeando a su señor, de que las demás se admiran» [84].

Esta vanidad provocó naturalmente la sátira, y por ella nos enteramos de todo el desarrollo de la epidemia. Polo de Medina censura el *Don* de un mercader:

¡El ver que ayer Juan de Vilches
De mercader tuvo tienda,
Y, haciendo linaje el trato,
Don Juan Mercader se mienta! [85].

Mateo Velázquez se burla del *Don* de un estudiante:

«Llamábase este estudiante Paulo en el Andalucía, y púsose Don Paulo en Castilla, porque no hay libra de fruta tan barata como la postura de un *Don;* aunque después, si se mira mejor, parece la comida de los dátiles, que con tan poca carne, aunque dulce, traen mucho hueco y jarrete, y un *Don* en el nombre con un mal vestido en el cuerpo desdice tanto en la boca de quien lo pronuncia, mirando a Don Fulano tan roto, que a los compasivos provoca a llorar y a los mofadores a reír» [86].

Francisco Santos, hollando sobre los pasos de Mateo Alemán [87] y de Vélez de Guevara [88], se burla del *Don* de las mujeres de vida irregular:

[83] Fernández Navarrete, *Conservación de monarquías.* Madrid, 1625. Discurso X.

[84] *Opus cit.,* pág. 107.

[85] Polo de Medina, *Poesías.* Rivad., XLII, pág. 182-*a.*

[86] B. Mateo Velázquez, *El filósofo de aldea.* Madrid, 1906, pág. 246.

[87] Vd. *Guzmán de Alfarache.* Rivad., III, pág. 195-*a.*

[88] Vd. *El Diablo Cojuelo.* Tranco III. Clás. Cast., XXXVIII, pág. 69.

«Esta desvanecida no se acuerda que su padre zurcía zapatos, y, extraña a toda buena razón, ha negado a sus padres, y llamándose Juana Gómez, se ha puesto Doña Fulana de Sandoval» [89].

Doña María de Zayas anota que hasta a los seres irracionales extendían ya el uso del *Don* algunas damas, lo cual, si no es verdad, es por sí mismo buena prueba de hasta dónde llegaba el abuso:

«Si tienen picaza, la llaman doña Urraca, y si papagayo, don Loro; hasta a una perrita llamó una doña Marquesa, y a una gata, doña Miza» [90].

No se trata de una simple ridiculez social, que excitaba la risa, como la moda de los guardainfantes. La ambición de *endonarse* entrañaba un profundo sentido de autoestimación y engreimiento característico de esta época, y se enlaza con fenómenos trascendentalísimos en la historia externa de España. Fray Benito de Peñalosa enlazó perspicazmente este hecho, al parecer efímero y ridículo, con la expansión española en Europa y América, y con el modo de actuar los españoles en el extranjero:

«Como consideran los españoles que la pobreza y deslustre les hace incapaces de llamarse *Don* y las riquezas los habilitan y proporcionan con tan altos señores, pasan a las Indias Orientales y Occidentales y a otros reinos ricos de esta Monarquía a buscarlas y adquirirlas. Y es cosa notable que, como llevan ese pensamiento, apenas han puesto el pie en ellos, cuando muchos se llaman *Don*, aunque en España hayan sido muy pobres y mecánicos, aunque no lleven oficio ni caudal, y, entrando la

89 Francisco Santos, *Los gigantones*. Madrid, 1666, pág. 77.

90 Doña María de Zayas, *Novelas Ejemplares*. Ed. París, 1847, pág. 296. Igualmente habla en la pág. 327. Omito otros muchos pasajes a este tenor, algunos de los cuales ya citó Rodríguez Marín para probar que no era inverosímil que Cervantes hubiera sido llamado Don, *El retrato de Cervantes. Estudio sobre la autenticidad de la tabla de Jáuregui*. Madrid, 1917, pág. 31 y sigs. Vd. también Castro, *El pensamiento de Cervantes*. Madrid, 1925, pág. 221 y sigs.

tierra adentro, no hay príncipes que los igualen; al punto se desenvuelven y dan ensanches a todo género de nobleza, arrastrando apellidos fantásticos y campanudos, soltando la presa del forzoso encogimiento que tenían en sus tierras, que, aun por el sólo desfogar en eso, dan por bien lograda la salida de ellas» [91].

Lope de Vega recogió asimismo el anhelo de caballería que los españoles manifestaban en tierras extrañas. Una dama francesa pregunta al criado de cierto galán si su amo es persona de calidad:

CRIADO. *¿No lo veis en los aceros?*
Sangre apurada en crisoles.
DAMA. *¡Que todos los españoles*
Decís que sois caballeros! [92].

El continuador de la obra de Mateo Alemán recogió una frase italiana que debía ser vulgar en la época:

«El zapatero de viejo, en llegando a Italia, todo es entono y hacerse su pariente de la casa de Guzmán, Don Juan, Don Diego o Don Francisco, y así, les decimos: *Se tutti siste cavalieri, chi guarda la pécora?*» [93].

Esta facecia fue a parar al fondo de lugares comunes formado por Gracián:

«No faltaba en Italia soldado español que no fuese luego Don Diego y Don Alonso, y decía un italiano:

¿Signori, en España quién guarda la pécora?

Andá, le respondió uno, que en España no hay bestias ni hay vulgo como en las demás naciones» [94].

Cristóbal de Villalón, escritor malhumorado y regañón en demasía, retrata del siguiente modo esta clase de aventureros españoles:

«Veréis en el campo del Rey y en Italia unos ropavejeruelos y oficiales mecánicos que se huyen por ladrones, o por deudas,

---

91 Peñalosa, *Cinco excelencias*, pág. 108.
92 Lope, *La francesilla*, I. Ac. N. E., V, pág. 676-*a*.
93 Luján de Saavedra, *Guzmán*, cap. III. Rivad., III, pág. 370-*a*.
94 Gracián, *El criticón*, III, 8. Renac., II, pág. 254.

con unas calzas de terciopelo y un jubón de raso, renegando y descreyendo a cada palabra, jurando de contino, puesta la mano sobre el lado del corazón, a fe de caballero; luego buscan diferencias de nombres: el uno, Basco de las Pallas; el otro, Ruidíaz de las Mendozas; el otro, que echando en el mesón de su padre paja a los machos de los mulateros desprendió, *bai y galagarre y goña*, luego se pone Machín Artiaga de Mendarozqueta (y dice que por la parte de Oriente es pariente del Rey de Francia Luis, y por la de Poniente, del conde Fernán-González, y acota con otro su primo Ochoa de Galarreta, y otros nombres así propios para los libros de Amadís). No ha cuatro meses que un amigo mío me hizo su testamentario, y traía fausto como cualquier capitán con tres caballos. Hizo un testamento conforme a lo que el vulgo estaba engañado de creer. Llamábase del nombre de una casa principal de España. Al cabo murió, y yo, para cumplir el testamento, hice inventario y abrí un cofrecico, donde pensé hallar joyas y dinero, y la mayor que hallé, entre otras semejantes, fue una carta que su padre de acá le había escrito, en la cual iba este capítulo: «En lo que decís, hijo, que habéis dejado el oficio de tundidor y tomado el de perfumero en Francia, yo huelgo mucho, pues debe de ser de más ganancia» [95].

Otro escritor expatriado y contagiado de espíritu anticlerical, como el autor anterior, vertía los mismos conceptos en 1620:

«El español morirá antes de hambre que ponerse a un oficio, y si se pone a aprender alguno, es con tal desaire que, o no trabajan o, si lo hacen, es tan mal que apenas se hallará un buen oficial en toda España. Acuérdome que en Salamanca había un remendón que, cuando le llevaban algo que remendar, hacía un soliloquio, quejándose de su fortuna, que le ponía en términos de trabajar en un tan bajo oficio, siendo descendiente de tal casa y de tales padres, que por su valor eran conocidos en España. Pregunté un día a un vecino suyo quiénes habían sido los padres de aquel fanfarrón; dijéronme que su padre había

[95] *Viaje de Turquía*. N. B. A. E., II, pág. 17-*b*.

sido pisador de uvas, y en invierno, mata puercos, y su madre, lavavientres, quiero decir, criada de mondonguera»[96].

Ordóñez de Ceballos, que viajó por la América española y vio con sus ojos el comportamiento de los españoles en aquellas tierras, hace este boceto del carácter que estamos describiendo:

«Los españoles, en las Indias, no aran ni cavan, como en España; antes tienen por presunción no servir en las Indias, donde se tratan como caballeros o hidalgos, y apenas se hallará un lacayo ni paje español, ni le ha podido sustentar ningún personaje, sino sólo el Virrey, por el oficio que tiene»[97].

Confirma esta entonación de los españoles expatriados su modo de pedir, o, digámoslo claro, de mendigar, cuando algún miserable se veía apretado a ello. Nuestro autor Peñalosa niega rotundamente que un español mendigue:

«A ninguno faltó jamás la comida y vestido, ni mendiga ni pide limosna en ellos, de que tanto la nación española se afrenta, lo que otras tienen por oficio y gusto el mendigar»[98].

Mateo Alemán, sin embargo, en las donosas *Ordenanzas Mendicativas*, nos revela que al mendigar los españoles se distinguían de las demás naciones:

«Las naciones todas tienen su método de pedir, y por él son diferenciadas y conocidas, como son los alemanes cantando en tropa, los franceses rezando, los flamencos reverenciando, los gitanos importunando, los portugueses llorando, los toscanos con arengas, los castellanos con fieros, haciéndose mal requisitos, respondones y más sufridos»[99].

Y el supuesto doctor Carlos García se detiene a explicarnos la graciosa manera de pedir de los españoles, contraponiéndola precisamente a la bajunería de los franceses:

«Es cosa notable la generosidad que un español muestra cuando pide limosna; porque jamás confesará que la pide por

---

96 H. Luna, *Lazarillo de Tormes*, parte II, cap. VI. Rivad., III, página 117-*a*.

97 *Viaje del Mundo*, cap. XXII. N. B. A. E., II, pág. 55-*a*.

98 Peñalosa, *Cinco excelencias*, pág. 110.

99 M. Alemán, *Guzmán*, I, III, 2. Rivad., III, pág. 241-*b*.

necesidad, sino por algún accidente o desgracia, la cual le forzó (por salvar su vida y honra) vestirse en traje de pobre y representar el serlo, pidiendo por la calle limosna. Y el tenor que tiene cuando la pide es desta manera: "Haga vuestra merced alguna amistad a un pobre caballero, salido por una desgracia de su tierra, tan forzosa, que le ha obligado a vestirse en el traje que ve; que cuando vuestra merced sepa quién es el que se la pide (que no pasará mucho tiempo sin saberse), se tendrá por muy dichoso de haber obligado a un hombre de mi condición y calidad". Y cuando el que le oyere, viendo tan cumplidas razones, determinare preguntalle quién es y qué fue su desgracia, dirá, después de habelle tomado juramento de no descubrillo, que es sobrino del Duque de Lerma, o primo hermano del Almirante de Castilla, y que habiéndose enamorado una Princesa de él, la sacó de casa de sus padres vestida en traje de hombre; lo cual, siendo descubierto por sus parientes, le fue forzoso ausentarse disfrazado, hasta que sus negocios se acomoden» [100].

No era a pedir a lo que salían de su tierra los españoles, sino a mandar, a exigir y a dominar. Ya lo decía Vicente Espinel:

«Los españoles, en estando fuera de su natural, se persuaden a entender que son señores absolutos» [101].

Y Peñalosa:

«Con decir: soy español y se me debe toda cortesía y respeto, basta para gran blasón; y no tienen necesidad de otro apellido para todo lo que intentare de honra».

Y Tirso de Molina:

Que a bisoños de España,
En Italia las más veces engaña
Pensar que son señores
Ya en casos de intereses, ya de amores [102].

Y don Cristóbal de Monroy puso también en boca de un francés la siguiente queja:

100 *Opus cit.*, Libros de Antaño, VII, pág. 266.
101 Espinel, *Marcos de Obregón*, III, 1. Clás. Cast., II, pág. 142.
102 Tirso, *Fingida Arcadia*, II. N. B. A. E., IV, pág. 446-*b*.

No dan pequeña ocasión
Los españoles en Francia;
Que es en ellos la arrogancia
Hija de su inclinación [103].

Y Pérez de Montalbán:

En saliendo un extranjero
De su patria, anda encogido
Y nos mira de gazapo;
Y al revés, el gorrioncillo
Más humilde, como España
Le haya dado el primer nido,
Se sorbe a todos, y más
Donde es menos conocido [104].

Y Lope de Vega:

BELAIDA. *¿De dónde eres?*
LUCINDA. *Española.*
BELAIDA. *No era la arrogancia en vano* [105].

Cervantes recogió las mismas notas literalmente, poniéndolas siempre en boca de extranjeros, como un reproche a la raza española, primero en una comedia:

Este español me atosiga;
Que siempre aquesta nación
Fue arrogante y porfiada [106].

Después, en el *Persiles:*

«Y este nuestro bárbaro español, en cuya arrogancia debe estar cifrada la valentía del orbe» [107].

Y algo por el estilo quería expresar Calderón, diciendo:

---

[103] *Las mocedades del duque de Osuna,* III. Rivad., XLIX, pág. 123-*b*.
[104] Pérez de Montalbán, *Cumplir con su obligación,* III. Rivad., XLV, página 569-*a*.
[105] Lope, *Esclavos libres,* I. Ac. N. E., V, pág. 404-*b*.
[106] *Casa de los celos,* I.
[107] Cervantes, *Persiles,* II, 5. Ed. Schevill, I, pág. 188.

La bizarría española,
Naturalmente *soberbia* [108].

Todo lo dicho lo recapituló el maestro Pedro de Medina en la siguiente semblanza del alma española:

«Los españoles son de su naturaleza generosos, de pechos hidalgos, con algunos humos de vanidad. Claramente lo muestran en siendo transplantados fuera de sus tierras y puestos en las ajenas; porque luego son todos godos y nacidos de sangre real, aunque vayan desgarrados. Y para sustentar esta vanidad hacen muy bien obras que corresponden con su jactancia fantástica» [109].

Después de documentar tan por completo la soberbia y arrogancia española, vamos a citar una autoridad que habla de la adulación propia de los españoles. Semejante paradoja tiene su explicación. Cristóbal de Castillejo vio a sus compatriotas en Roma, y pintó en sus versos el ambiente de la Corte Papal. Precisamente allí era el único lugar de la tierra donde no servían fieros ni desgarros. La nube de clérigos y solicitantes de prebendas que acudían a Roma iban en son de adular, desde luego. Castillejo hizo hablar a la Adulación conforme a la realidad:

En esta Corte romana
... todos son
casi de mi profesión;
y españoles, mayormente,
como pueblo inteligente,
me tiene gran devoción [110].

Como pueblo inteligente, se daban cuenta los españoles del terreno que pisaban, y aprendieron muy bien el adagio: *En Roma como romanos.*

---

108 Calderón, *Encanto sin encanto,* II. Rivad., XII, pág. 120-*b.*

109 Pedro de Medina, *Opus. cit.,* cap. XI, parte I, pág. 10-*b.*

110 Cristóbal de Castillejo, *Diálogo entre la Verdad y la Lisonja.* Alcalá, 1614. Rivad., XXXII, pág. 244-*b.*

COLÉRICOS

Por esta palabra entendían nuestros antepasados una característica española, que hoy expresamos de distinto modo. Actualmente decimos *nerviosidad, impulsividad,* o simplemente vehemencia. La observación está comprobada por bastantes autores; pero el juicio que unos y otros forman de esta cualidad de nuestro carácter es distinto. Lo que para unos es un defecto, para otros es una virtud.

El hecho, simplemente observado, aparece en este texto de Gomara, hablando de ciertos animales de carga peruanos:

«Andan muy despacio, cosa contra la impaciente cólera de los españoles» [111].

El Conde de Gondomar, hombre de gran diplomacia, arte o ciencia, en la que tanto vale saber esperar y no precipitarse, calificaba de desgracia esta nerviosidad española. Por cierto que el detalle que aduce a este propósito le acredita de minucioso observador:

«Ninguna nación sabemos, ni la francesa misma, que naturalmente pregunte: ¿cuántas da el reloj? Sin tener ningún sufrimiento para contarlo, si no es la española; prueba suficiente de su cólera, de que se pudieran traer otros muchos ejemplos. Confusión es esta infelicidad de nuestra patria» [112].

Por el contrario, a Jerónimo de Barrionuevo le parecía digna de encomio semejante impulsividad y arrojo, aun en circunstancias muy próximas al desacato. Refiere el curioso avisista que:

«... en la audiencia que dio el Rey, le habló un soldado de Flandes, de partes, puestos y servicios, representándoselos todos brevemente. Díjole el Rey: "Yo tendré cuidado". Y esto fue al ir a dar el memorial, que retiró de presto, diciendo: "No, señor: no es razón que cosas mías, ni heridas que tengo recibidas en servicio de V. M., le pongan en cuidado, que me basta

---

111 López de Gomara, *Historia Gral. de las Indias.* Ed. Calpe, t. II, página 71.

112 Gondomar, *Cartas.* Bibliof. Esp., IV, pág. 106.

por premio el que se las haya dicho a boca". Bizarría española, por cierto grande. Mandóle le dejase el memorial y papeles, y al día siguiente le dio todo cuanto pedía y más» [113].

¡Ya es antiguo que los desplantes hagan buen efecto en España!

Después de los textos aducidos, nos causa verdadera sorpresa un pasaje de Gracián, donde elogia precisamente *la española espera:*

«Por último primor de la cordura les encargó la española espera y la sagacidad italiana» [114].

Sin duda que es grande la capacidad de esperar que poseen los españoles, dada la lentitud tradicional del funcionamiento de los servicios públicos. Faltó decir a Gracián: los extremos se tocan.

MUTUA ANIMADVERSIÓN

Consecuencia también de la excesiva arrogancia era la animadversión que mutuamente se profesaban los españoles. El mundo le venía estrecho a cada uno; todo otro era considerado un estorbo. El conde de Gondomar, tratando del descuido de los españoles en el cultivo de su historia, dice:

«Puede también tener algún fundamento esta falta en la natural cólera nuestra, y en la acumulación e invidia que opuestamente los españoles tienen, pareciéndole a cada uno que se quita a sí propio lo que en alabanza y mérito de su vecino confiesa; de los pocos que nos inclinamos y ocupamos en beneficio público, ya se ve con qué gusto citamos y contamos los ejemplos romanos, cartagineses, lacedemonios y atenienses; otros inventamos y fingimos, pudiendo decir con verdad otro tanto de nuestros propios castellanos» [115].

Esta recíproca hostilidad de los españoles cesaba en cuanto salían fuera de la patria. «Nunca se ha visto, afirma un autor,

---

113 *Avisos*, de Barrionuevo, 28 noviembre 1657.
114 Gracián, *El criticón*, III, 7. Renac., II, pág. 235.
115 Gondomar, *Cartas*. Biblióf. Esp., IV, pág. 106.

que fuera de su casa llegasen a las manos unos con otros». Las mutuas querellas las dejaban para dentro de casa. En el extranjero se unían, haciendo un frente único contra el enemigo común. Esta táctica la aprobaba para sí Suárez de Figueroa cuando se dirigía a Nápoles:

«Junto al castillo pienso tomar posada, y dentro dél pasar todas las horas que pudiere robar a mis forzosas ocupaciones, con españoles a toda ley, cuyas voluntades es fuerza unirse en los casos así de recreación como de peligro. Los ánimos más opuestos en la patria, fuera se reconcilian y conforman para valerse; como la sangre, bien que repartida, acude en los sustos toda junta a socorrer el corazón, parte más flaca» [116].

De semejante confraternidad dan testimonio fehaciente algunas instituciones sociales, de incipiente mutualismo, como la Cofradía de Españoles en Roma [117].

Entre los vicios achacados a los españoles, hallo en la escritora doña María de Zayas uno que creo hijo exclusivo de su androfobia. Precisamente era rigurosa consigna de caballeros guardar en secreto los favores de las damas. ¿Y cuántos españoles de aquel tiempo renunciaban a ser caballeros? Así y todo, aquí está la acusación de la referida escritora:

«Si alguna cosa mala tenéis los españoles, es el no saber guardar secreto» [118].

LA OCIOSIDAD ESPAÑOLA

La aversión de los españoles a las ocupaciones manuales fue generalmente reconocida en el siglo XVII. Lo mismo que decíamos al tratar de la cortesía, tenemos que repetir ahora. España estaba aún empapada de espíritu medieval; los oficios mecánicos seguían siendo afrentosos. Vamos a ver a nuestros escritores intentar explicarse el fenómeno, cada cual a su manera. Una

---

116 Suárez de Figueroa, *El pasajero*, I. Renac., pág. 12.

117 *Carta del Marqués de Villena sobre la Cofradía de Españoles en Roma*. British Museum. Cat. de D. Pascual de Gayangos, t. IV, pág. 200.

118 Doña María de Zayas, *Novelas Ejemplares*. Ed. París, 1847, pág. 281.

de las explicaciones fue la psicología propia de los españoles. Oigamos al Maestro Medina:

«No son gente flemática, ni que pueden asistir mucho a niñerías ni a curiosidades mecánicas. Todo su negocio es desenvoltura, cólera y presteza, y, así, no se ven de ordinario en España los primores mecánicos que en algunas otras provincias» [119].

Se sumaba a esta teoría el escritor valenciano encubierto con el pseudónimo de Luján de Saavedra. Dice así, fingiendo una respuesta a un italiano:

«El no ser inventores no viene sino de no tener los entendimientos mecánicos, sino liberales; más aplicados a las armas que a ser ingenieros» [120].

Otro autor pseudónimo, el doctor Carlos García, coincide con los anteriores en atribuir el hecho a condiciones del entendimiento español:

«... Del todo especulativo, porque no pretende en todos sus actos otro, que la contemplación de las cosas, sin ordenarla a alguna obra servil o mecánica» [121].

Vienen en segundo lugar los que encuentran la explicación en el orgullo de los españoles. De éstos es Fray Benito de Peñalosa:

«(Hay) otros que reputan a mucha flema y bajeza aprender oficios mecánicos, y aunque sean otros mejores, que ya adjudican a los extranjeros» [122].

Fernández Navarrete, después de afirmar que en España «son pocos los que se aplican a las artes y oficios mecánicos» [123], al tratar de las minas, atribuye el hecho a la altivez española:

«Aunque las minas nuevamente descubiertas sean tan abundantes como afirman los que las han reconocido, recelo que por falta de trabajadores no ha de sacarse de ellas beneficio alguno,

---

119 Pedro de Medina, *Opus cit.*, parte I, cap. XI, pág. 10-*b*.
120 Luján de Saavedra, *Guzmán*, cap. III. Rivad., III, pág. 370-*a*.
121 *Opus cit.*, Libros de Antaño, VII, pág. 259.
122 Peñalosa, *Cinco excelencias*, pág. 153.
123 *Opus cit.* Discurso XVI.

por ser los españoles de tan altivo corazón, que no se acomodan a trabajo tan servil» [124].

A esta explicación se sumaba Saavedra Fajardo, cuyas palabras son eco de las del escritor anterior:

«Falta la cultura de los campos, el ejercicio de las artes mecánicas, el trato y comercio; a que no se aplica esta nación, cuyo espíritu altivo y glorioso, aun en la gente plebeya, no se quieta con el estado que le señaló la naturaleza, y aspira a los grados de nobleza, desestimando aquellas ocupaciones que son opuestas a ella» [125].

Los que así pensaban tienen en su apoyo una ley de 1682, que todas sus palabras revelan el menosprecio en que era tenido el trabajo mecánico, hasta el punto que la dicha misma ley que, al parecer, vuelve por sus fueros, a la postre viene a consagrar el estado de opinión de que hablamos. La lectura de este documento es en sumo grado instructiva:

«Habiéndonos informado que una de las causas que han ocasionado el descaecimiento de las fábricas en estos reinos... ha sido el haberse llegado a dudar de si el mantener fábricas de paños, sedas, telas y otros cualesquiera tejidos de oro o plata, seda, lana o lino contraviene a la nobleza que en estos reinos gozan los hijosdalgo de sangre, y calidad de ella, y que esta duda ha sido de embarazo para que muchos hombres nobles de estos reinos se hayan abstenido de mantener fábricas de los géneros referidos, y que otros que las han tenido las han dejado por esta razón; para que cese el inconveniente y los naturales de estos reinos se apliquen a la conservación y aumento de estas fábricas, visto por los del nuestro Consejo y con nos consultado, fue acordado dar esta nuestra carta que queremos tenga fuerza de ley y pragmática sanción, como si fuera hecha y promulgada en Cortes, por la cual declaramos: que el mantener ni haber mantenido fábricas de la calidad de las que van expresadas, no ha sido ni es contra la calidad de la Nobleza,

---

124 Fernández Navarrete, *Conservación de monarquías*. Madrid, 1625. Discurso XXI.

125 Saavedra Fajardo, *Empresas*, LXXI. Rivad., XXV, pág. 196-*a*.

inmunidades y prerrogativas de ella, y que el trato y negociación de las fábricas ha sido y es en todo igual al de la labranza y cría de frutos propios, como lo son la plata y oro, seda y lana en estos reinos; con tanto que los que hubieren mantenido, o en adelante mantuvieren, u de nuevo tuvieren fábricas, no hayan labrado ni labren en ellas por sus propias manos, sino por las de sus menestrales y oficiales» [126].

Hubo otra tercera explicación, que fue lisa y llanamente la impericia, falta de método, pereza, en suma, de los españoles. Leamos estas palabras de Bartolomé de Albornoz:

«Esta es una de las principales causas porque en España no hay tantos singulares artífices...; que en España, en uno se hallan siete u ocho oficios; que tan presto como es calcetero, cuando comienza a entender aquel oficio y tracto que le había de lucir, tan presto le deja y se hace mercader; y en siendo mercader (que, a su parecer, no consiste en más de traer capa larga y andar en mula con gualdrapa), héle que aspira para caballero» [127].

El xenófobo Sancho de Moncada echa la culpa de todo a la invasión de los extranjeros; mas, en contra de su propia teoría, deja escapar ciertas afirmaciones, que nosotros vamos a subrayar al citar sus palabras. Dice:

«*La ociosidad y holgazanería es vicio de los españoles*, bien conocido de extranjeros, y ellos entráronlos por aquí, aportillando el demonio este reino por donde le halló flaco. Traen todo lo necesario hecho, de modo que no hay ya en qué trabajar. Y no venir cortado y cosido ha sido ventura de los sastres, que han medrado, cuando el reino se remata... Y España está hoy tan haragana, ociosa y entumecida, y puedo decir que manca y baldada, que es menester ir a lo mismo (a aguzar una reja, hacha o hazadón) a otros reinos» [128].

Y, a otro propósito, repite lo mismo:

«*Los extranjeros, como más diligentes que los españoles*, usan en España casi todos los oficios, de modo que lo poco que ha

126 *Autos acordados*, libro V, tít. XII, aut. 2 (1682).
127 *Arte de los contratos*. Valencia, 1573, fol. 128.
128 *Opus cit.*, pág. 18.

quedado que trabajar lo trabajan ellos, y con su natural presteza han excluido de todo a los españoles, ocupando los puestos de ganar de comer que tenían los moriscos, antes que los nuestros se pudiesen entablar en ellos» [129].

Bien es verdad que Moncada afirma luego que las manufacturas españolas, aunque pocas, eran estimadas por su calidad. Es texto curioso:

«El primero (inconveniente) es que en España no labran las mercaderías tan bien como los extranjeros. Pero la experiencia, reconocida por ellos mismos, da la ventaja a las mercaderías de España, porque por más finas las llevan de acá, como llevan paños de Segovia, jerguillas y medias de Toledo, que yo vi enviar por ellas desde Francia al Duque de Guisa, y se ve en los tafetanes, mantos, terciopelos, lienzos, espadas, cuchillos y en muchas cosas, que sólo dejan de llevar por caras» [130].

Por último, existe un discurso político de 1687, atribuido a don Luis de Salazar y Castro, que abiertamente se declara contra la incuria española. Dice así:

«Finalmente, señalo por última causa del achaque la falta de ejercicio. Digo, nuestra ociosidad, impericia y desaplicación. Muchas de las mercancías referidas pudieran labrarse aquí con mejora; atribúyese a falta de gente lo que es pereza y flojedad. ¿Puede llegar a más nuestra torpeza, que a necesitar de franceses para fabricar las tejas, amolar los cuchillos, acomodar los vallados, traernos el agua, y amasarnos el pan? ¿Qué crédito daremos con esta experiencia a las demás disculpas?».

El severo político acaba resumiendo todas las causas alegadas por los anteriores autores, y en esto creo que acertaba:

«Falta que nuestro enfermo haga ejercicio; mal que, como dije, deriva de nuestra pereza: somos los españoles melancólicos; y como es propio de este humor, incuriosos y tardos.

«También es causa de nuestra ociosidad la misma introducción que desea evitarse: nuestra pereza llama la codicia extran-

---

129 *Opus cit.*, pág. 11.
130 *Opus cit.*, pág. 35.

jera, y su venida aumenta nuestra ociosidad con un círculo harto vicioso.

«Vanse olvidando las artes, deshaciendo las fábricas, desbaratando los telares, hasta la crianza de la seda se disminuye, y los maestros se aumentan. Si preguntamos la causa, dicen que procede de las mercancías extranjeras, que se venden más baratas que las nuestras: que no pueden darse a aquel precio por ser caros los víveres, altos los jornales y grandes los impuestos. Todo es verdad, y yo añado, nuestra vanidad, poco trabajo, e inexperiencia, y el ocio de todas las mujeres de las aldeas, que pudiendo buscar la vida en hilar lanas, y ejercer las demás, se están perezosas y ociosas todo el año» [131].

Vamos a cerrar este capítulo trasladando el juicio de Gracián sobre España y los españoles; cuanto llevamos dicho está resumido en esta substanciosa página:

«¿Qué te ha parecido de España?, dijo Andrenio.

Murmuremos un rato della, aquí donde no nos oyen.

Y aunque nos oyeran, ponderó Critilo, son tan galantes los españoles, que no hicieran crimen de nuestra civilidad. No son tan sospechosos como los franceses; más generosos corazones tienen.

Pues dime, ¿qué concepto has hecho de España?

No malo.

¿Luego bueno?

Tampoco.

¿Según eso, ni bueno ni malo?

No digo eso.

¿Pues qué?

Agridulce.

¿No te parece muy seca, y que de ahí les viene a los españoles aquella su sequedad de condición y melancólica gravedad?

Sí; pero también es sazonada en sus frutos y todas sus cosas son muy substanciales.

De tres cosas dicen se han de guardar mucho en ella, y más los extranjeros.

---

131 Vd. *Semanario Erudito*, vol. II, pág. 139.

¿De tres solas? ¿Y qué son?

De sus vinos, que dementan; de sus soles, que abrasan; y de sus femeniles lunas, que enloquecen. ¿No te parece que es muy montuosa y aun por eso poco fértil?

Así es; pero muy sana y templada. Que, si fuera llana, los veranos fuera inhabitable.

Está muy despoblada.

También vale una della por ciento de otras naciones.

Es poco amena.

No le faltan vegas muy deliciosas.

Está aislada entre ambos mares.

También está defendida y coronada de capaces puertos y muy regalada de pescados.

Parece que está muy apartada del comercio de las demás provincias y al cabo del mundo.

Aún había de estarlo más, pues todos la buscan y la chupan lo mejor que tiene: sus generosos vinos Inglaterra, sus finas lanas Holanda, su vidrio Venecia, su azafrán Alemania, sus sedas Nápoles, sus azúcares Génova, sus caballos Francia y sus patacones todo el mundo.

Dime, y de sus naturales, ¿qué juicio has hecho?

Ahí hay más que decir: que tienen tales virtudes, como si no tuviesen vicios, y tienen tales vicios, como si no tuviesen tan relevantes virtudes.

No me puedes negar que son los españoles muy bizarros.

Sí; pero de ahí les nace el ser altivos. Son muy juiciosos, no tan ingeniosos. Son valientes; pero tardos. Son leones; mas con cuartana. Muy generosos y aun perdidos. Parcos en el comer y sobrios en el beber; pero superfluos en el vestir. Abrazan todos los extranjeros; pero no estiman los propios. No son muy crecidos de cuerpo; pero de grande ánimo. Son poco apasionados por su patria y trasplantados son mejores. Son muy llegados a la razón; pero arrimados a su dictamen: No son muy devotos; pero tenaces de su religión y absolutamente es la primer nación de Europa odiada por tan envidiada.

Más dijeran, si no les interrumpiera su vulgar murmuración un otro pasajero, que con serlo y tan de priesa, tomaba muy de

veras el vivir. Veníase encaminando hacia ellos, y Critilo dijo:

Este es el primer francés que topamos. Notemos bien su genio, su hablar y su proceder, para saber cómo nos habemos de portar con los otros.

¿Pues qué, visto uno, estarán vistos todos?

Sí, que hay genio común en las naciones y más en ésta. Y la primera del trato es no vivir en Roma a lo húngaro, como algunos, que en todas partes viven al revés.

La primera pregunta que el francés les hizo, aun antes de saludarlos, viendo que iban de España, fue si había llegado la flota. Respondiéronle que sí y muy rica. Y cuando creyeron se había de desazonar mucho con la nueva, fue tan al contrario, que comenzó a dar saltos de placer, haciéndose son a sí mismo. Admirado Andrenio, le preguntó:

¿Pues deso te alegras tú, siendo francés?

Y él: ¿Por qué no, cuando las más remotas naciones la festejan?

¿Pues de qué provecho le es a Francia que enriquezca España y se le aumente su potencia?

¡Oh qué bueno está eso!, dijo el monsieur. ¿No sabéis vosotros que un año, que no vino la flota por cierto incidente, no le pudieron hacer guerra al Rey Católico ninguno de sus enemigos? Y ahora frescamente, cuando se ha alterado algo la plata del Perú, ¿no se han turbado todos los príncipes de la Europa y todos sus reinos con ellos? Creedme que los españoles brindan flotas de oro y plata a la sed de todo el mundo» [132].

---

132 Gracián, *El criticón*, II, 3. Renac., I, pág. 241.

Capítulo III

LOS CASTELLANOS

España ha tenido conciencia de la variedad de sus elementos integrantes, aun en los mismos días de su mayor apogeo imperial. El dicho deslumbrante del poeta unitarista,

Un altar, un imperio y una espada,

no anublaba en el pensamiento español los diversos matices de castellanos, andaluces, gallegos, catalanes, etc. El lenguaje de la época no se alarmaba de la palabra *naciones* con que eran designadas las que hoy apenas nos atrevemos a llamar regiones. El refranero y el cancionero popular atestiguaban de consumo que en casa éramos varios hermanos, cada cual con su temperamento, sus hábitos, sus defectos y sus virtudes. La literatura no se hizo sorda al sentir general de la época, y recogió amorosamente los rasgos peculiares de cada *nación* española, de cada una de sus gentes.

Vamos a procurar reconstruir las notas distintivas de cada una de estas gentes, según las percibía la conciencia española del siglo XVII.

PRIMOGENITURA DE CASTILLA

Apenas podemos encontrar en los escritores del Siglo de Oro afirmaciones de la primogenitura castellana respecto de las otras

regiones. Si a veces salta la idea, siempre es de soslayo y en plano secundario. Así, por ejemplo, en este caso en que la Orden de Calatrava decía a Felipe IV:

«Esta Orden, Señor, es la única entre todas las de España, natural y propia del Reino de Castilla..., el primero de la dilatada Corona de vuestra Magestad» [1].

Castilla, núcleo vital de la patria española, en cuyo centro se elaboraba la mentalidad que estudiamos, de tal modo se sentía compenetrada con sus elementos allegadizos, que hasta llega a olvidarse de su primacía y comparte de igual a igual el título de región con catalanes, portugueses, vascos, etc.

Algo, sin embargo, reservó para sí propia, apartándose en ello de los moldes históricos de todos los pueblos creadores de comunidades nacionales. Se reservó el pagar, el dar sangre y riqueza, hasta quedarse exhausta.

«Sólo Castilla —dice un político de aquel tiempo— ha seguido diverso modo de imperar, pues debiendo, como cabeza, ser la más privilegiada en la contribución de pechos y tributos, es la más pechera y la que más contribuye para la defensa y amparo de todo lo restante de la Monarquía; porque no sólo da para el sustento de la Casa Real y para asegurar las costas de España, sino también para presidiar a Italia, sustentar las fuerzas de Africa, reducir a Flandes y socorrer provincias y Príncipes extranjeros; que aunque el hacerlo es buena razón de Estado..., con todo eso parece justo que, repartiéndose las cargas en proporción, quedara por cuenta de Castilla el sustentar la Casa Real, guardar sus costas y la carrera de Indias, y que Portugal pagara sus presidios y las armadas de la India Oriental, como lo hacía cuando no estaba incorporado con Castilla; que Aragón e Italia defendieran sus costas y sustentaran para ello los bajeles y milicia necesaria; porque no parece puesto en razón que la cabeza se atenúe y enflaquezca, mientras que los

---

1 *Definiciones de la Orden y Caballería de Calatrava, conforme al capítulo general, celebrado en Madrid, año 1652.* Madrid, 1661, pág. 7 de la Dedicatoria.

demás miembros, que están muy poblados y ricos, miran las cargas que ella paga» [2].

Lo mismo afirma Baltasar de Álamos y Barrientos, en aquel tratado político que fingió escrito y presentado por Antonio Pérez a Felipe III. Dice así:

«Los reinos de Castilla, que son, sin duda, la cabeza de esta monarquía, como Roma, Constantinopla, Macedonia y Persia lo fueron de las antiguas..., siendo éstos los que dan más gente, más dineros y más substancia, es justo que considere V. M. cómo están y cómo los tienen las guerras extranjeras y los servicios propios; porque todos los demás reinos de V. M. tienen apariencia de señorío y hacen sombra de grandeza; pero dan poca gente y ningún dinero que salga de los mismos que lo contribuyen para éste o para los demás reinos de V. M.: y, así, o están ricos, o, a lo menos, no necesitados. Todo cuanto se gasta en ellos y en estos y en lo demás que es necesario en un imperio tan grande, para la conservación y aumento de él, todo sale de los tributos de Castilla» [3].

Y como resumen del anterior dictamen tenemos la opinión de Saavedra Fajardo:

«Es el reino de Castilla el que con su valor y fuerzas levanta la monarquía; triunfan los demás y él padece, sin acertar a valerse de los grandes tesoros que entran en él» [4].

A cambio de su heroica política y de su abnegación, poco y mal agradecida, logró un timbre glorioso que, sin ella quererlo

---

[2] Fernández Navarrete, *Conservación de monarquías*. Madrid, 1625. Discurso XXIII. Vd. Sandoval, *Historia del Emperador Carlos V*, II, pág. 328.

[3] Ms. 10856 de la B. N. de Madrid. Este tratado ha sido publicado en Inglaterra con traducción al inglés. En la Nacional de Madrid existen cuatro manuscritos. El 7650 se titula *Papel que Antonio Pérez puso en manos del Rey Phelipe III...*, y es idéntico a los otros tres: 10856, 983, 904, en que se titula *Discurso político a Phelipe III del estado que tienen sus reinos*, etc. Sánchez Alonso los da como obras diferentes. Vd. *Fuentes para la Historia Española*. Madrid, 1927, I, págs. 495-496, error subsanado en la tercera edición. Madrid, 1952, II, pág. 825.

[4] Saavedra Fajardo, *Empresas*, LXIX. Rivad., XXV, pág. 190-*a*.

ni buscarlo, delata su puesto de honor entre todos los elementos de España [5].

Las demás regiones se caracterizan por rasgos privativos, pero Castilla tiene por caracteres propios los mismos caracteres de la patria. Lo que se afirma de España, se afirma de Castilla. Este es el signo prodigioso de su alto rango en la comunidad de los pueblos hispanos.

Con lo dicho se entiende que los castellanos tenían, a juicio del siglo XVII, las siguientes cualidades:

Primera. Veracidad.

Segunda. Altivez.

Tercera. Generosidad hospitalaria.

Antes de explanar una por una estas cualidades, bueno será recoger la distinción que Pedro de Medina establece entre las dos categorías principales de castellanos. Dice así:

«Es la gente de estos reinos recia y belicosa, aplicada al trabajo, moderada en los gastos y comidas, y, como haya dos maneras de gentes, una de ciudadanos y otra de labradores o villanos, hay grande diferencia entre ellos. Los ciudadanos son muy afables, conversativos, fieles, de mucha discreción y de grandes ingenios; no arrogantes y vanagloriosos, como muchos de los extremeños y andaluces. Y son harto más aplicados y amigos de poner trabajo en las letras y estudios, que no los andaluces y extremeños en general, aunque a muchos de Castilla la Nueva se les pega harta parte del vicio de sus vecinos los extremeños. No es así en la otra gente de los labradores, porque son en Castilla toscos de ingenios, maliciosos y necios, siempre en su provecho en lenguaje y costumbres y todas sus cosas silvestres y muy rústicas» [6].

Con esta distinción preliminar podremos dar su valor correspondiente a las afirmaciones que siguen, dichas en sentido global, de todos los castellanos.

---

5 Así lo reconoció Felipe IV en su testamento. Vd. Maura, *Carlos II y su Corte*. Madrid, 1911, I, pág. 121.

6 Pedro de Medina, *Opus cit.*, parte II, cap. LXIX, pág. 190-*b*.

LA VERACIDAD CASTELLANA

La verdad en obras y palabras fue una virtud que Lope de Vega no se cansó de repetir de sus conterráneos. Léanse los siguientes textos:

a) «Leal como un castellano» [7].

b) «Es en Castilla la Vieja
La gente segura y llana» [8].

c) «Jamás se ha visto verdad
Por castellano rompida» [9].

d) «Que nunca tuvo Castilla
Traidores, sino leales» [10].

e) «Y no es razón que nombre de traidores
Puedan tener jamás los castellanos» [11].

f) «¡Oh qué nueva maravilla
Esta lealtad! Di, ¿se vio
En tu reino de Castilla?
Que se dice por acá
Que toda en ella se encierra» [12].

Cervantes coincide en la misma apreciación, escribiendo este diálogo entre la dama de Argel y el caballero cautivo:

«CONSTANZA *Gentil hombre, ¿sois de España?*
D. LOPE *Sí, señora, y de una tierra*
donde no se cría araña
ponzoñosa, ni se encierra
fraude, embuste ni maraña;
sino un limpio proceder,
y el cumplir y el prometer
es todo una misma cosa» [13].

---

7 *El blasón de los Chaves de Villalba*, I. R. Acad., XI, pág. 426-*a*.

8 *El enemigo engañado*, II. Ac. N. E. V, pág. 125-*b*.

9 Lope, *Hijo por engaño*, II. R. Acad., VIII, pág. 176-*a*.

10 Lope, *Varona castellana*, I. R. Acad., VIII, pág. 216-*a*.

11 *Labrador venturoso*, II. R. Acad., VIII, pág. 21-*b*.

12 Lope, *Capitán prodigioso*, II. Ocho comedias desc. Leipzig, 1887, tomo I, pág. 206.

13 Cervantes, *Los baños de Argel*, II. R. Acad., V, fol. 72.

Góngora discretea a propósito de la veracidad castellana, y de este modo confirma el carácter que vamos estudiando:

Oh, bien haya la bondad
De los castellanos viejos
Que al vecino de Alahejos
Hablan siempre en puridad
Y al Santo que la mitad
Partió con Dios de su manto
No echan agua, porque el Santo
Sin capa no habrá calor [14].

Gracián, en la repartición de tipos cualitativos en la Península, dice:

Los hombres de bien, a Castilla

Esta cualidad tenía en el idioma su frase o expresión sacramental. Se decía «los sanos de Castilla». La frase es antigua, pues se encuentra ya en el poeta del siglo xv don Iñigo de Mendoza:

Príncipe de lo sano castellano [15].

Cervantes usó tal denominación cuando Don Quijote llamó castellano al ventero:

«Pensó el huésped que el haberle llamado castellano había sido por haberle parecido de los sanos de Castilla» [16].

Suárez de Figueroa, hablando de un Captitán que iba a reclutar gente de guerra, dice:

«Tocóle a Zamora y Toro, en Castilla la Vieja, no mal partido, por ser de gente sana» [17].

Nótese hasta qué punto el antiguo reino de León había sido resorbido por Castilla. También, hablando de la diócesis de Segovia, dice el mismo autor:

14 Góngora, *Obras*. New-York, I, pág. 146.
15 Vd. N. B. A. E., XIX, pág. 52-*b*.
16 *Quijote*, I, 2.
17 Suárez de Figueroa, *El pasajero*, VI. Renac., pág. 247.

«Es la tierra pobre, y ...devota y sana su gente» [18].

Doña María de Zayas describe así uno de sus tipos:

«Era don Marcos de los sanos de Castilla y sencillo como un tafetán de la China» [19].

El pseudo Avellaneda la aplicó a Sancho Panza que, aunque no era castellano viejo, merecía serlo, por su llaneza y hombría de bien:

«En dejándole en la cárcel, se le llegaron tres o cuatro pícaros que allí había presos, con ciertos cañutillos de piojos en las manos; y como le vieron simple, pareciéndoles *sano de Castilla la Vieja*, y viendo por otra parte que a cada paso daba de ojos con los grillos, y que de ninguna manera sabía andar con ellos, le echaron por lo descubierto del pescuezo más de cuatrocientos piojos, con que le dieron bien de rascar» [20].

Y hasta Góngora jugó del vocablo con esta designación, que debía ser clara y corriente en su época:

Es de tal humor,
Que en salud se cría
Muy sano, aunque no
De los de Castilla [21].

La palabra *sano* tiene un sentido valorativo de *bueno*, y, así, se ve sustituido en este texto de Lope:

Un mancebo la miraba
De lo bueno de Castilla [22].

¿Habrá algún autor de la época que quisiera respondernos concretamente si este carácter corresponde a las dos Castillas o a una sola? Lo hay, afortunadamente. Salas Barbadillo nos dice así:

---

18 *Ibidem*, pág. 225.

19 Doña María de Zayas, *Novelas Ejemplares*. Ed. París, 1847, pág. 58.

20 *Quijote*, de Avellaneda, cap. XXIV. Rivad., XVIII, pág. 74-*a*.

21 Góngora, *Obras*. New-York, 1921, I, pág. 99.

22 Lope, *La niñez de San Isidro*. I. R. Acad., VIII, pág. 508-*a*.

«Los castellanos modernos no son tan sanos como los de la anciana Castilla» [23].

LA ALTIVEZ CASTELLANA

Sirviendo de claroscuro al cuadro de la honradez castellana, vienen ahora las observaciones sagaces de Gracián, el cual les señala los siguientes defectos:

a) Altivos:

«En viendo a cualquiera (el acertador) le atinaba la nación, y, así... dijo: De un altivo, castellano» [24].

b) Jactanciosos:

«A unos todas las cosas les parecen grandes, y más las propias, a lo castellano» [25].

c) Ingobernables:

«Ahora dice, ¿nunca se ha tratado de adobar el mundo?

Sí. Cada día lo tratan los necios.

¿Por qué necios?

Porque es tan imposible como concertar a Castilla y descomponer a Aragón» [26].

Esta vez podemos señalar la fuente del dicho de Gracián. Su sentencia es mera variante de otra que consta al fin del *Libro de Chistes*, de Luis Pinedo, que dice así:

«Ni Aragón se puede desordenar, ni Castilla ordenar» [27].

También otro autor del siglo XVII, cuyo nombre se discute, atinó a observar este rasgo del carácter castellano, aunque lo formuló en un insulso juego de palabras:

«Es el amor propio castellano de nación, siendo su nación muy castellana» [28].

---

23 *El caballero puntual*, VII. Col. Escrit. Cast. Madrid, 1909, pág. 262.
24 Gracián, *El criticón*, III, 3. Renac., II, pág. 154.
25 *El criticón*, I, 7. Renac., I, pág. 85.
26 Gracián, *El criticón*, I, 6. Renac., I, pág. 79.
27 Vd. *Sales españolas*, I. Col. Escrit. Cast. Madrid, 1890, pág. 316.
28 Sátira llamada *El zurriago*, erróneamente atribuida a Quevedo, inserta en el *Semanario Erudito*, t. I, pág. 227.

No hemos de terminar sin observar que, a fines del XVII, la grandeza de Castilla daba la impresión de cosa pasada a los mismos castellanos. El madrileño Francisco Santos escribe en tono de elegía esta página, que resume exactamente el ayer glorioso de Castilla y el triste estado de los días de Carlos II:

«Hoy, el afligirse los castellanos es razón; que no hay nación más postrada y abatida; pobres, humildes y leales; y lo leal sobrepuja; ya sólo son bultos sin forma, pero bultos como leones, que si los lamiese el aliento de su Rey y señor y los aliviase, habían de tomar tal forma, que se espantase el mundo de su valor. Pero es providencia del cielo el estar pobres, que, a no estarlo, ¿quién se había de averiguar con ellos? Y aun estando tan agobiados con las cargas, lo disimula su cordura y aliento. No hay nación que, apasionada y envidiosa, no diga mal de los castellanos» [29].

LA GENEROSIDAD CASTELLANA

El desconocido autor de *La Tía Fingida* expresó este carácter con precisión epigráfica:

«Los castellanos nuevos tenlos por nobles de pensamiento, y que si tienen, dan, y, por lo menos, si no dan, no piden» [30].

También Gracián, en la repartición que hace de tipos cualitativos entre las diversas regiones de España, dice así:

«Los generosos, a Castilla la Nueva» [31].

Pero Gracián era aragonés, y la tal generosidad debía parecerle despilfarro y prodigalidad. Así, le oímos decir en otra ocasión:

«Algún jugador, descuidado, gastador o castellano, gente toda de la cofradía del hijo pródigo» [32].

Un escritor catalán vio precisamente esta cualidad castellana, diciendo:

«Sin agravio de ninguna de las (naciones) de España, tengo experiencia que es la castellana la que no quisiera ser vencida

[29] Francisco Santos, *La verdad en el potro*. Madrid, 1686, pág. 22.
[30] *La tía fingida*. Ed. de Apráiz, pág. 135.
[31] *El criticón*, II, 13. Renac., II, pág. 90.
[32] *Ibid.*, II, 3. Renac., I, pág. 247.

en el amor y afecto de todas las demás. ¿Pero qué digo a las de España, cuando las extranjeras son en Madrid abrazadas y recibidas como naturales?» [33].

CIUDADES Y TIPOS CARACTERÍSTICOS DE CASTILLA

El carácter general de Castilla se matiza en sus ciudades más típicas con notas y tonalidades especiales. La ciudad que más descuella en la literatura por el espíritu personal de sus habitantes es Toledo, aquella de quien Calderón hizo el mayor elogio posible en un solo verso:

Porque es Toledo el corazón de España [34].

Y Lope de Vega, con no menor brío, aunque en más palabras:

Toledo, la inexpugnable,
A quien tiene España miedo,
Haciendo en ella el oficio
Que el corazón en el cuerpo [35].

Alguien atribuyó a la posición natural y al esplendor de Toledo una influencia directa sobre el carácter de sus habitantes. Dice Pero Mejía:

«Toledo, la cual ansí como es grande y poderosa y su sitio es naturalmente fuerte y arriscado, ansí produce los ánimos del pueblo y común della levantados y osados y acometedores de cualquier cosa rigurosa» [36].

La influencia del clima y aun de la topografía en los caracteres humanos es una idea general, que no podía dejar de con-

---

[33] Esteban Corbera, *Cataluña Ilustrada*. Nápoles, 1678. «Advertencias al lector».

[34] Calderón, *La Virgen del Sagrario*, II. Keil, I, pág. 411-*b*.

[35] Lope, *Hijo por engaño*, I. R. Acad., VIII, pág. 171-*b*.

[36] Pero Mejía, *Comunidades de Castilla*, cap. I. Rivad., XXI, pág. 368-*a*.

cretarse en una ciudad tan característica como Toledo. Lope dijo, refiriéndose al clima:

La parte de vuestro cielo
Infunde un temple divino [37].

Y Matos Fragoso, refiriéndose a la topografía:

Mi vida ofrezco, y con ella
Esta toledana espada,
Con este español orgullo,
Hijo de sus peñas altas [38].

Corría de muy antiguo una conseja referente a la fundación de la ciudad por un famoso astrólogo, que procedió con arreglo a un cuidadoso estudio de las constelaciones que dominaban aquella parte de la tierra. Puede leerse el cuento en el historiador de Toledo, Pedro de Alcocer, quien, en consecuencia, escribe lo siguiente:

«Es mucho de alabar y engrandecer en esta cibdad la forma de su asiento, su sanidad, fertileza y gran fortaleza, y su virtuosa y noble constelación, que inclina a sus moradores y ser de dulce y amigable conversación con todos, y mayormente con los extrangeros.

»... Es asimismo mucho de alabar en esta cibdad la gran fermosura de las mugeres juntamente con su castidad y honestidad, sin las cuales virtudes valdría muy poco; la industria y habilidad de los hombres y la gran devoción de los unos y de los otros» [39].

Y el anónimo autor de *Floresta Española,* compilada a comienzos del siglo XVII, dice en confirmación:

«El clima de Toledo con razón le podemos llamar bienaventurado, porque generalmente engendra hombres aptos para armas y letras y para todo género de contrataciones. Las muge-

37 Lope, *El misacantano.* R. Acad., II, pág. 259-*b.*

38 Matos Fragoso, *Lorenzo me llamo,* II. Rivad., XLVII, pág. 227-*b.*

39 Pedro de Alcocer, *Historia o descripción de la Imperial Ciudad de Toledo.* Toledo, 1554, libro II, cap. XLIV, fol. 125.

res son de suma gracia y hermosura, y aun de tanta discreción, que no pierden por esta parte cualquier negocio que emprendan».

«... Su gente es política, curiosa, rica y bien tratada; y en ella, más que en otra parte, se profesa la elegancia de la verdadera y propia lengua castellana» [40].

Ya acabamos de ver indicadas las principales cualidades de los habitantes de Toledo. Lope las encerró en la redondilla siguiente:

Caballeros toledanos,
Ilustres como corteses.
Si sabios para la paz,
Para las armas valientes [41].

El Doctor Jerónimo de Alcalá hace extensivas las cualidades de ilustre nobleza hasta sus mercaderes. Dice que son de admirar en Toledo:

«La riqueza de los mercaderes, sus grandiosas tiendas, su proceder y trato tan honrado y noble» [42].

Tirso subrayó el juicio de Lope respecto de los hombres de Toledo, en un diálogo entre una dama italiana y un galán toledano:

MARGAR. *Basta lo que habéis hablado*
y que con miedo os he oído.
LUIS. *¿Palabras miedo os han dado?*
MARGAR. *Siempre las de España han sido*
obras, según me han contado,
y no son recelos vanos,
porque acá los italianos
dicen, aunque no de miedo,
que tenéis los de Toledo
hasta en las palabras manos.
LUIS. *Allá el decir es hacer;*

40 *Revue Hispanique*, XXXIV, pág. 305.
41 Lope, *La Paloma de Toledo*, II. R. Acad., X, pág. 228-*b*.
42 Jerónimo de Alcalá, *El Donado hablador*, I, 4. Rivad., XVIII, página 503-*a*.

pero aunque este nombre cobran,
nunca saben ofender [43].

Doña María de Zayas exaltó la valentía toledana en la pintura de uno de sus personajes novelescos:

«Si no fuera por el valor con que Don Martín los animaba, el mismo miedo los acabara; mas era toledano, cuyos pechos no le conocen» [44].

Sin negar que los toledanos sean valientes para las armas, veremos que el rasgo predominante en ellos es la discreción, el ingenio, eso que Lope ha dicho «sabios para la paz».

El mismo Lope le da relieve al concepto en aquella escena en que dice Audalla el moro que da en el ardid de echar plomo derretido en la mano de Alfonso VI:

Es tu ingenio toledano.
Inventó como temió [45].

Gracián encarece la discreción toledana en estas hiperbólicas frases:

«¿Qué ciudad es aquélla, que tan en punta parece que amenaza al cielo?»

«Será Toledo, que a fianzas de sus discreciones aspira a taladrar las estrellas» [46].

El autor de *Estebanillo González* le tributa este elogio:

«La imperial Toledo, centro de la discreción» [47].

Y Melchor de Santa Cruz puso en circulación en su *Floresta* una anécdota del tiempo de Isabel la Católica, que confirma la idea que examinamos:

«Alabando el ingenio y habilidad que tienen los desta ciudad, deciendo que era la de más alto juicio que floreció en su

---

43 Tirso, *Quien da luego da dos veces*, I. N. B. A. E., IX, pág. 542-*a*.
44 Zayas, *Tarde llega el desengaño*. Rivad., XXXIII, pág. 574-*b*.
45 Lope, *Hijo por engaño*, II. R. Acad., VIII, pág. 187-*b*.
46 Gracián, *El criticón*, II, 2. Renac. I, pág. 221.
47 *Estebanillo González*, IV. Rivad., XXXIII, pág. 303-*b*.

tiempo, decía: Nunca me hallo necia, sino cuando estoy en Toledo» [48].

Gracián hizo suya esta anécdota y la engastó en el siguiente retrato de Toledo:

«Al fin fue preferida la imperial Toledo, a voto de la católica reina, cuando decía que nunca se hallaba necia, sino en esta oficina de personas, taller de la discreción, escuela del bien hablar, toda corte, ciudad toda, y más después que la esponja de Madrid le ha chupado las heces, donde, aunque entre, pero no duerme la villanía. En otras partes tienen el ingenio en las manos; aquí, en el pico. Si bien censuraron algunos que sin fondo, y que se conocen pocos ingenios toledanos de profundidad y de substancia» [49].

Salas Barbadillo expresó la misma opinión general de su época:

«Todos los que nacen debajo de aquel clima son agudísimos y sutiles» [50].

El autor y actor Agustín de Rojas conviene con todos los autores citados. Dice, alabando a Toledo:

«Tiene hombres de grande ingenio, y si no miradlo en nuestro oficio; que los famosos autores que le han ilustrado, y puesto en el punto que agora vemos, han sido todos naturales de Toledo; de donde se arguye que produce este lugar personas de peregrinos entendimientos y hábiles para todo género de artes ingeniosas y de habilidad» [51].

Lo que en los hombres era valor e ingenio, en las mujeres era belleza y discreción, y ambas cualidades son reiteradamente alabadas por los escritores contemporáneos [52]. Oigamos a Cervantes:

---

48 M. de Santa Cruz, *Floresta Española.* Bibliót. Mad., III, pág. 160.

49 Gracián, *El criticón,* I, 10. Renac., I, pág. 131.

50 Salas Barbadillo, *Corrección de vicios.* Col. Escrit. Cast. Madrid, 1907, pág. 14.

51 Agustín de Rojas, *Viaje entretenido.* N. B. A. E., XXI, pág. 540-*b*.

52 El elogio a las mujeres toledanas es muy antiguo, pues aparece ya en el Cancionero del siglo XV, en una poesía de Suero de Ribera. Vd. N. B. A. E., XIX, pág. 693-*a*.

«Antes mirarás hermosas que bobas en esta ciudad, que tiene fama de tener las más discretas mujeres de España, y que andan a una su discreción con su hermosura» [53].
Tirso destaca primeramente la cualidad de bellas:

Avecíndome en Toledo,
Que hay en él bellas vecinas [54].

Y luego une en una misma alabanza el ingenio femenil y el de los varones:

Sus damas siempre discretas,
Sus ingenios laureados,
Ya de Apolo por poetas,
Ya de Marte por soldados [55].

Idénticamente Lope restringe a veces el elogio a la belleza de las toledanas:

¡Bien haya Toledo, amén,
Que tales bellezas cría! [56].

Mas otras veces la belleza y la discreción se unen en un mismo elogio:

Vamos a la gran Toledo;
Que en nombrándola, no puedo
Ni tengo más que decir.
Gente noble, entendimientos
Raros, damas siempre hermosas [57].

Y en otra comedia lo sintetiza más aún:

En fin, a Toledo vas
Donde ya me pone miedo

---

53 Cervantes, *La Ilustre Fregona.* Clás. Cast., XXVII, pág. 277.
54 Tirso, *Doña Beatriz de Silva,* III. N. B. A. E., IV, pág. 517-*b*.
55 Tirso, *El amor médico,* I. Rivad., V, pág. 383-*a*.
56 Lope, *El loco por fuerza,* I. Ac. N. E., II, pág. 262-*b*.
57 Lope, *La Buena Guarda,* II. R. Acad., V, pág. 340-*b*.

La hermosura de Toledo
Y la discreción que es más [58].

Céspedes y Meneses cuenta entre las ventajas de Toledo sus «hermosísimas y discretas damas, y tantos y tan estimados sujetos, como han producido en todos tiempos y edades» [59].

Salas Barbadillo emite su opinión, sin alterar la fórmula consagrada:

«Los ingenios de Toledo, privilegiados del cielo entre los de España, como se ve hasta el sexo menos perfecto, cuya agudeza tanto mayor alabanza pide cuanto más lejos se halla de ser imitada» [60].

Calderón se hace eco de esta celebridad en las palabras que pone en boca de un galán, dirigidas a dos damas toledanas:

Señoras doñas tapadas,
Si el ingenio Toledano
Por burlas a un cortesano
Forastero, conjuradas
Os trae contra él... [61].

Asentado de manera tan cierta el ingenio de las gentes de Toledo, vamos a pasar a ver cuál era la manifestación más característica de dicha cualidad. A juicio de los mismos autores que acabamos de oír, la discreción toledana se revelaba en el bien hablar.

Tamayo de Vargas, cronista de Felipe IV, recoge la tradición referente a Alfonso X, y dice que «el señor Emperador Don Alonso, como sabio, quiso honrar... a Toledo, adonde ordenó que si dende en adelante, en alguna parte del reino hobiese diferencias en el entendimiento de algún vocablo castellano antiguo, recurriesen con él a la ciudad de Toledo, como a metro

---

58 Lope, *Los peligros de la ausencia*, II. Ac. N. E., XIII, pág. 187-*a*.

59 *Historias peregrinas*. Madrid, 1906, pág. 211.

60 Salas Barbadillo, *El caballero puntual*, VII. Col. Escrit. Cast. Madrid, 1909, pág. 258.

61 Calderón, *Cada uno para sí*, III. Rivad., XII, pág. 468-*c*.

de la lengua castellana, etc., y por tener en ella más perfección que en otra parte»[62].

Un escritor de últimos del XVI explicó así este privilegio natural de los toledanos:

«En lo que toca al estilo y propiedad con que se debe escribir, una cosa no me puede dejar de favorecer, y es el lugar donde lo escribo, cuya autoridad en las cosas que toca al común hablar es tanta, que las leyes del Reino disponen que cuando en alguna parte se dudare de algún vocablo castellano, lo determine el hombre toledano que allí se hallare. Lo cual, por justas causas, se mandó justamente: la primera, porque esta ciudad está en el centro de toda España, donde es necesario que, como en el corazón se producen más subtiles espíritus, por la sangre más delicada que allí se envía, así también el pueblo que es el corazón de alguna región está la habla y la conversación más aprobada que en otra parte de aquel reino.

»La segunda, por estar lejos del mar, no hay ocasión, por causa del puerto, a que gentes extrangeras hayan de hacer mucha morada en él; de donde se sigue corrupción de la lengua, y aun también de las costumbres.

»La tercera, por la habilidad y buen ingenio de los moradores que en ella hay, los cuales, o porque el aire con que respiran es el delgado, o porque el clima y constelación las ayuda, o porque ha sido lugar donde los Reyes han residido, están tan despiertos para notar cualquier impropiedad que se hable, que no es menester se descuide el que con ellos quisiere tratar desto...»[63].

Refiriéndose Menéndez Pelayo al texto transcrito, afirma que «nada puede decirse a ciencia cierta sobre esta fantástica ley»[64].

---

62 Tamayo de Vargas, *A los aficionados a la lengua española.* Rivad., LXII, pág. 66. Vd. Fernández de Oviedo, *Quincuagenas de la nobleza española.* Ed. Ac. de la Historia. Madrid, 1880, pág. 510.

63 Melchor de Santa Cruz, *Floresta Española.* Toledo, 1574, ed. cit.

64 Nada puede decirse a ciencia cierta sobre esta fantástica ley, tan traída y llevada por nuestros antiguos escritores. Acaso nació de una errada interpretación de esta cláusula de San Fernando en el Fuero General de Toledo: «Todos sus juicios dellos sean juzgados según el *Fuero-*

Mas si la ley es un infundio, la tradición que los textos siguientes autorizan es una realidad. Toledo gozó, en efecto, de ser escuela de bien hablar, no tanto en el sentido preciso que Santa Cruz afirma, sino en el sentido de lenguaje ingenioso, chispeante y agudo.

Ya en tiempo de los Reyes Católicos la leyenda estaba tan acreditada y extendida, que un leonés protestaba de ella en la siguiente forma:

«Yo trabajaré aquí en declarar y allanar esta materia por el más claro lenguaje castellano que yo pueda, y no será el de Toledo, aunque allí presumen que su habla es el dechado de Castilla, y tienen mucha ocasión de pensarlo así por la gran nobleza de caballeros y damas que allí viven. Mas deben considerar que en todas las naciones del mundo la habla del arte es la mejor de todas. Y en Castilla, los curiales no dicen "hacíen" por "hacían", ni "comíen" por "comían", y así en todos los otros verbos que son de esta conjugación; ni dicen "albaceha", ni "almutacén", ni "atayforico", ni otras palabras moriscas con que los toledanos ensucian y ofuscan la polideza y claridad de la lengua castellana. Esta disgresión he hecho aquí, aunque es fuera de propósito, porque las damas de Toledo no nos tengan de aquí adelante por zafios» [65].

La leyenda, no obstante, siguió haciendo camino. Un escritor del tiempo de Carlos V decía:

Juzgo ante diez de sus mejores e más nobles, e más sabios dellos que sean siempre con el alcalde de la cibdad; *e que a todos anteceden en testimonianzas en todo su regno*». (*Et ut praecedant omnes in testimoniis in universo regno illius*, dice el original latino). Claro es que en este singularísimo privilegio concedido a los toledanos no se trata de disputas sobre vocablos, sino de testimonios jurídicos; pero lo uno pudo conducir a la invención de lo otro. Esta idea se me ocurrió leyendo el eruditísimo *Informe de la imperial ciudad de Toledo sobre pesos y medidas* (1758), redactado, como es notorio, por el P. Andrés Marcos Burriel. Vid. *Informe de la Imperial...*, pág. 298. *Orígenes de la novela*, II. N. B. A. E., VII, página LXVI.

65 *Algunas obras de F. López de Villalobos*. Bibliót. Esp., XXIV, pág. 4.

«Hablaban castellano tan claro y limado que me pareció estaba en Toledo, escuela de la pulicia, así del habla como del vestir» [65].

Lope acoge el común sentir en esta glosa del texto de Santa Cruz:

Dicen que una ley dispone
Que si acaso se levanta
Sobre un vocablo porfía
De la lengua castellana,
Lo juzgue el que es de Toledo;
Y que otra ley promulgaba
Que en hablando de hermosura
Que entendimiento acompaña,
Sólo juzgarlo pudiera
Una dama toledana [67].

Después lo concreta en esta frase:

Esto de hablar toledano
Y picar en discreción,
Despierta, Inés, la afición [68].

Y Castillo Solórzano tampoco anduvo corto en la misma alabanza cuando dijo:

«El buen lenguaje de sus damas, que tan celebrado es en toda España» [69].

Salas Barbadillo, hablando de Toledo, encarece, sobre otras excelencias suyas, «la ingeniosísima belleza de sus damas y la bellísima ingeniosidad de tanto varón erudito. Ellas igualmente hieren con el pico y con los ojos: tanto son agudas, tanto hermosas; ellos, escribiendo y hablando siempre son maestros: tanto son doctos, tanto elegantes» [70].

---

66 *Cautiverio y trabajos de Diego Galán.* Biblióf. Esp., XXXVII, página 114.

67 Lope, *Amar sin saber a quién.* Ac. N. E., XI, pág. 286-*a.*

68 Lope, *El labrador venturoso,* II. R. Acad., VIII, pág. 18-*a.*

69 Castillo Solórzano, *La niña de los embustes.* Madrid, 1906, pág. 273.

70 *El curioso y sabio Alejandro.* Rivad., XXXII, pág. 17-*b.*

Agustín de Rojas, hablando de la hermosura de las toledanas, añade:

«Toledo tiene esa fama, por el gran donaire y pico que en las mujeres de ella se encierra» [71].

Francisco Santos habla de Toledo en estos términos:

«En esa segunda Roma, en esa madre de los mejores ingenios de España... en ese archivo de la más sutil verbosidad de las mujeres» [72].

Un texto bien curioso es el de Rojas Zorrilla, el dramaturgo toledano, que otorga el lauro del bello decir, no a Toledo, sino a otra ciudad de su reino, bien acreditada por sus escritores:

Y pues sois de Talavera,
Donde hablan tan bien, hablad
Un poco más vidriado,
Y pintado un poco más [73].

Para concluir diremos que Cervantes, que ya menciona el *lenguaje de Toledo* en el *Viaje del Parnaso* [74], parece que en el *Quijote* quiso romper con la tradición recibida y reducir la cualidad de que tratamos a la gente culta de Toledo, negando la ley general. Dice Sancho:

«No hay para qué obligar al sayagüés a que hable como el toledano, y toledanos puede haber que no las corten en el aire en esto del hablar polido.

»Así es —dijo el licenciado—, porque no pueden hablar tan bien los que se crían en las Tenerías y en Zocodover como los que se pasean casi todo el día por el claustro de la iglesia mayor, y todos son toledanos» [75].

---

71 Agustín de Rojas, *Viaje entretenido*. N. B. A. E., XXI, pág. 505-*b*. Vd. en el mismo sentido Cervantes, *La ilustre fregona*. Clás. Cast., XXVII, páginas 277-278, y *Persiles*, III, 11. Ed. Bonilla, II, pág. 114; Tirso, *No hay peor sordo*, I. Rivad., V, pág. 268-*a*.

72 Francisco Santos, *El vivo y el difunto*. Esp. X. Pamplona, 1692, página 140.

73 *Lo que son las mujeres*, II. Rivad., LIV, pág. 201-*b*.

74 Canto VI. Ed. R. Acad., fol. 52.

75 *Quijote*, II, 19.

A este disentimiento cervantino se acostó burlonamente, años después, aquel culto secretario del marqués de Algaba, D. Rodrigo Fernández de Ribera, cuando introdujo en su fábula del *Mesón del Mundo* dos tipos, uno cordobés y otro toledano, dibujados con los siguientes rasgos:

«Picábase —el cordobés— de caballero por parte de su patria, y aun de su padre; que en su tierra todos son buenos picadores. ¡Oh ciudad nobilísima, cuyos nombres pueden dar lustre a las oscuridades, y cuyas oscuridades pueden presumir de su lustre donde quiera! Era tratante en vino y recuero de haz y envés. Este comenzó a alabar los valientes de su tierra, y el otro los toledanos, que no era gente que se metía en las iglesias sino era para hacer regañar a la justicia, con que escapamos de la cuestión ordinaria; aunque el de Toledo sacó el artificio de su tierra y condenó los de la del cordobés. Ponderó los picos de sus mujeres, cosa necesarísima para romper murallas, o como si alabara pájaros» [76].

Todo esto no hará más que confirmar la opinión sobre la discreción y casticidad del lenguaje toledano, tan generalmente acatada, que bien pudo el agudísimo Jurado de Córdoba echar de menos que todo un Garcilaso no hubiera escrito la historia de tal ciudad: «Aquella, dice, imperial ciudad, cifra de las siete maravillas del mundo, segunda Roma y madre del divino Garcilaso: digna, por cierto, de que tal hijo la celebrara en historia particular, con la suavidad y alteza de su estilo» [77].

Y no solamente su divno Poeta, sino su suelo, su río y su vega, juntamente con sus habitantes, hacía en el siglo XVII que Toledo fuera insigne en la opinión de España. Todas las cualidades las reunió Navarrete y Ribera en este ditirambo:

«Toledo, pueblo insigne por quien le dio principio, que fue Ptolomeo, eminentisimo estrellero, por su suelo y cielo, por su sitio, como por su célebre río, sus dulces y melosos frutos, por su rico y suntuoso templo, por sus bellos rostros de mujeres del sol, esculpidos entre crepúsculos de nieve, por sus eternos

---

[76] *Mesón del mundo.* Madrid, 1632, f. 58.

[77] *Las seiscientas apotegmas,* de J. Rufo. Bibliót. Esp., pág. 108.

edificios, propios de sus ilustres vecinos, por el entendimiento de sus hijos, que son robo de los estudios, por el orgullo invencible de muchos que siguieron pendones, y con gusto oyeron el rumor del bélico instrumento, y en nombre de su rey rindieron fuertes, pendieron triunfos, y fueron dignos merecedores de mercedes y privilegios que hoy hinchen sus honorosos escudos» [78].

Madrid tiene por principal distintivo, según vimos, la hospitalidad; mas no le faltan otros timbres de honor, aunque no tan generalmente reconocidos. Alarcón, el poeta mejicano, depone en su favor, refiriéndose a la vulgar creencia de que el subsuelo de Madrid es de pedernal:

DOÑA MARÍA. *Fundado en fuego,*
a Venecia burla en agua,
y, así, los hijos que fragua,
con alto desasosiego
son centellas que en el sol
rayos se han visto volver.
PEDRO ALONSO. *Al fin, ¿qué intentáis hacer?*
DOÑA MARÍA. *Amigo, un hecho español* [79].

En otra obra alaba a los madrileños de fieles cumplidores de su palabra y de francos en manifestar sus sentimientos:

¿Pues de dónde puede ser,
Sino del lugar felice
En que el Rey de España nace,
Quien no diga lo que hace
Y quien haga lo que dice? [80].

Céspedes y Meneses es más largo, no sólo en enumerar los caracteres de los madrileños, sino aun en explicar las causas (el medio), que producen esos efectos:

---

78 Navarrete y Ribera, *Los tres hermanos*. Rivad., XXXIII, pág. 369-*a*.
79 Alarcón, *Tejedor de Segovia*, primera parte, II. Rivad., XX, pág. 382-*b*.
80 Alarcón, *La industria y la suerte*, I. Rivad., XX, pág. 28-*b*.

«Madrid, dice, no otra cosa significa, en su lengua, que lugar de *buenos aires*, y esto es tan cierto, que ni en lo restante de España ni aun de la mitad del orbe se conoce sitio más sano, cielo más benévolo y claro, terreno más fértil, abundancia más llena, aguas más puras, rostros más hermosos y genios más lucidos, corazones más valientes, ánimos generosos y, sobre todo, virtudes y excelencias más en superior grado. Todo merced de sus influyentes estrellas, de su cielo benigno y, finalmente, de sus incorruptibles y delicados vientos» [81].

Cualidad secundaria de los madrileños del siglo XVII era su destreza en las armas, lo cual no es de extrañar, ya que en cada encrucijada o plazoleta había maestros de esgrima.

Así se explica que Alarcón presente en escena a un galán que acaba de matar en riña a otro, hablando de este modo con su criado:

GALÁN. *Yo infiero,*
Tristán, que era forastero,
de que no era conocido.
CRIADO. *Al punto lo vi, señor.*
GALÁN. *¿Pues en qué?*
CRIADO. *En que fue vencido;*
que a ser en Madrid nacido
supiera reñir mejor [82].

Gracián tacha a Madrid de dos cosas que en su juicio la afean: de *Villa* y de *Corte*. Cuanto a lo primero, dice así:

«Tirábala después la coronada Madrid, centro de la monarquía, donde concurre todo lo bueno en eminencias; pero desagradábala otro tanto malo, causándola asco, no la inmundicia de sus calles, sino de los corazones. Aquel nunca haber podido perder los resabios de villa y el ser una Babilonia de naciones no bien alojadas» [83].

Oigámosle ahora, cuanto a lo segundo:

---

81 Céspedes y Meneses, *Historias peregrinas*. Madrid, 1906, pág. 343.
82 Alarcón, *Todo es ventura*, I. Rivad., XX, pág. 122-*a*.
83 Gracián, *El criticón*, I, 10. Renac., I, pág. 130.

«A vista estaba ya de la corte y mirando Andrenio a Madrid, con fruición grande preguntóle el Sabio:

¿Qué ves en cuanto miras?

Veo, dijo él, una real madre de tantas naciones, una corona de dos mundos, un centro de tantos reinos, un joyel de entrambas Indias, un nido del mismo fénix y una esfera del Sol católico, coronado de prendas en rayos y de blasones en luces.

Pues yo veo, dijo Critilo, una Babilonia de confusiones, una Lutecia de inmundicias, una Roma de mutaciones, un Palermo de volcanes, una Constantinopla de nieblas, un Londres de pestilencias y un Argel de cautiverios.

Yo veo, dijo el Sabio, a Madrid, madre de todo lo bueno, mirada por una parte, y madrastra, por la otra. Que así como a la corte acuden todas las perfecciones del mundo, mucho más todos los vicios, pues los que vienen a ella nunca traen lo bueno, sino lo malo de sus patrias» [84].

Los testimonios que podemos citar sobre otros caracteres de Madrid, a más de ser escasos, pertenecen a un madrileño muy encariñado con su patria. Son de Francisco Santos, que dice así:

«Madrid, la más noble y amada patria madre de los mejores ingenios del mundo» [85].

Y luego añade:

«Discreto mancebo; que para serlo basta el que hayas nacido en Madrid» [86].

Tirso, madrileño también, teje para su patria esta corona de elogios:

Si saber sus frutos quieres
Flora sus campos corona,
Su tributaria es Pomona,
Sus venteros Baco y Ceres.

---

[84] Gracián, *El criticón*, I, 11. Renac., I, pág. 152.

[85] Francisco Santos, *Periquillo el de las gallineras*. Valencia, 1704, página 35.

[86] *Ibid.*, pág. 133.

Dale en olivos Minerva
Oro puro y generoso,
Ganado, el monte, sabroso,
Tomillos el campo y hierba,
Las musas un Alcalá
Que llamar Atenas puedo;
La cortesía, un Toledo
Que doce leguas está.
Sus hechizos, la hermosura,
Sus hazañas, el valor;
Su mansedumbre, el amor;
Sus milagros, la ventura;
Nuestra religión su ley
De quien es seguro norte,
Dos mundos la dan su corte,
La corte la da su rey.
Goza del llano y montaña
Que sus términos incluye;
Valor, es centro de España [87].

Con no menos fervor se expresa el madrileñísimo don Agustín Moreto, sobre las cualidades de ingenio, liberalidad y bizarría de sus paisanos:

¿Quién pudiera
Sino Madrid, en su esfera
Haber un hijo tenido
Tan discreto, tan galán
Y airoso? Mas yo imagino
Que sus hijos de vecino
(El aire y clima lo harán)
Son en el mundo tenidos
Con razón, entre las gentes,
Por garbosos, por valientes,
Liberales y entendidos [88].

---

87 Tirso, *Fingida Arcadia*, I. N. B. A. E., IV, pág. 435-*a*.
88 Moreto, *Todo es enredos amor*, I. Rivad., XXXIX, pág. 447-*a*.

Y pondremos fin a este punto con el ditirambo arrebatado de doña María de Zayas a su pequeña patria:

«Madrid, Babilonia, madre, maravilla, jardín, archivo, escuela, progenitora, retrato y cielo, en fin, retiro de todas las grandezas del mundo» [89].

No dejaremos en silencio que los diestros, discretos, liberales, etc., hijos de Madrid, se llamaban por mote «gatos». Citemos para muestra el testimonio de Salas Barbadillo:

Por esto su noble trato
celebro, estimo y venero,
que, en Madrid, es el primero
que ha dejado de ser gato.
Amores perros me alientan,
porque otros con sus excesos
dejan a un hombre en los huesos,
y a éstos, huesos los sustentan [90].

Aseguro a vuestra Alteza
Que cría unos españoles
Como leones, y Soles
De lealtad, honra y nobleza [91].

Y el falso Avellaneda, ni más ni menos:

«... La ciudad de Avila, conocida y famosa en España por los graves sujetos con que la ha honrado y honra en letras, virtud, nobleza y armas, pues en todo ha tenido ilustres hijos» [92].

Valladolid se había alzado con la nombradía de la jefatura castellana sobre Burgos. Al dictado medieval de *Caput Castellae* reemplazó en el siglo XVII el refrán, que Lope sanciona y da por bueno: *Valladolid en Castilla* [93].

Y a este mismo concepto tiende la frase del Doctor Villalobos:

---

89 Doña María de Zayas, *Novelas Ejemplares*. Ed. París, 1847, pág. 293.
90 *Galán, tramposo y pobre*, II. Rivad., XLV, pág. 275-*c*.
91 Lope, *Vaquero de Moraña*, III. R. Acad., VII, pág. 586-*a*.
92 *Quijote*, de Avellaneda. Rivad., XVIII, pág. 42-*b*.
93 Lope, *La fortuna merecida*, I. R. Acad., IX, pág. 245-*a*.

«Valladolid, que es el riñón de vuestra patria...»[94].

Dejando a un lado la brava reputación, por esta época, de sus nieblas y sus lodos y el encomio de sus grandezas por no pocos autores, vamos a concretarnos al siguiente pasaje de Salas Barbadillo sobre el carácter de sus habitantes:

«Toda mi vida me ha corrido con hijos de vecino de Valladolid buena suerte, y cierto que tengo notado esto con cuidado; que es gente a quien más que a otra me inclino; no sé, en mis ojos, son las que con más gala se visten, hablan más a tiempo, corresponden con mejor trato; los más son tan bien entendidos que pueden aconsejar, y los que no, tan cuerdos que las cosas más fáciles no las intentan sin pedir consejo; no desconocen las caras de los amigos cuando los ven en trabajos y a los enemigos perdonan, cuando se humillan, las mayores injurias, considerando que es feo vicio el de la venganza. ¡Oh, Antonio, y cuántas virtudes te contaré de tus paisanos! ¡Labor tengo para muchos días!»[95].

A pesar de tantos encomios, yo no me explico por qué a los de Valladolid se les daba el mote de «cazoleros»; y así eran llamados, como se ve en este lugar de Tirso:

DOÑA INÉS. *¿De dónde es Vuesamerced?*
DOÑA JUANA. *En Valladolid nací.*
DOÑA INÉS. *¿Cazolero?*
DOÑA JUANA. *Tendré ansí*
Más sazón[96].

Segovia está hoy desconocida. El siglo XVII la conoció llena de telares, emporio de comerciantes, cuna de la moneda castellana, opulenta de mansiones señoriales, rica de todo género de bienes. Agustín de Rojas afirma que «es donde más limosnas se hacen de todas cuantas hay en Castilla, y en mucha parte de España»[97].

---

94 *Algunas obras de F. López de Villalobos.* Biblióf. Esp., XXIV, pág. 68.

95 Salas Barbadillo, *La hija de Celestina.* Bibliot. Román., núm. 149, página 26.

96 *Don Gil de las Calzas Verdes*, I. Rivad., V, pág. 406-*b*.

97 Agustín de Rojas, *Viaje entretenido.* N. B. A. E., XXI, pág. 563-*a*.

Y doña María de Zayas reúne en este retrato los principales rasgos de la faz que el tiempo ha desfigurado tanto:

«Segovia, ilustre ciudad de Castilla, tan adornada de edificios como de grandeza de caballeros, enriquecida de mercaderes, que con sus tratos extienden su nombre hasta las más remotas provincias de Italia» [98].

Pero otra cosa tenía Segovia más que todo esto: tenía carácter propio.

Todo lo antedicho sobre la hombría de bien, sencillez de intención y verdad del trato en los castellanos, sufría eclipse en ciertos individuos de Segovia, pues bien podían ser, por sus condiciones, del riñón de Andalucía. Oigamos a Castillo Solórzano pintar uno de estos tipos:

«Traía en su servicio un criado, natural de Segovia, de los refinos hijos que aquella ciudad cría. Era gran socarrón, alegre, decidor, con su poquito de músico; gran persona de ponerse a caballo sobre una jácara y durarle una jornada sin descansar. Sin esto era un diluvio de pullas, un torrente de chanzonetas y una sima de donaires. Queríale bien su amo, así por haber hallado en él fidelidad, como por verle siempre de buen humor» [99].

En el mapa picaresco trazado por Cervantes figura el *Azoguejo de Segovia* [100].

El Maestro Correas explica que para calificar a uno de bellaco era modo de decir proverbial llamarle *fino de Segovia*, aludiendo a una determinada clase de paño segoviano. Así lo confirma Lope en estos versos:

Que yo sé que por fino
me ha dado borla Segovia [101].

Que él no es fino de Segovia,
Sino muy bajo cinqueno [102].

98 Doña María de Zayas, *Novelas Ejemplares*. Ed. París, 1847, pág. 92.
99 Castillo Solórzano, *La niña de los embustes*. Madrid, 1906, pág. 13.
100 *Quijote*, I, 3.
101 *El bobo del colegio*, I. Ac. N. E., I, pág. 186.
102 Lope, *Comendadores de Córdoba*, I. R. Acad., XI, pág. 263-*b*.

Un chancero cortesano

Y Tirso de Molina:

Que a Santillana engañó,
Y por fino se vendió
Y era fino segoviano [103].

Salamanca, por último, gozó fama de amable, atrayente y celosa de su reputación. Cervantes escribió de ella estas palabras, que hoy campean en letras de bronce en el lugar más honroso de la ciudad del Tormes:

«Salamanca, que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado» [104].

Y como una glosa del texto cervantino, escribió doña María de Zayas:

«Salamanca, ciudad nobilísima y la más bella y amena que en la Castilla se conoce, donde la nobleza compite con la hermosura, las letras con las armas, y cada una de por sí piensa aventajarse y dejar atrás a cuantas hay en España» [105].

Sin embargo, el refranero no era muy favorable a los salmantinos. El Maestro Correas estudia y trabaja por dar la mejor explicación posible al refrán siguiente:

«Amigo salamanqués, ni le tomes ni le des».

«Así tengo relación que le escribió el Comendador, y al imprimir el impresor, que era de Salamanca, mudó salamanqués en cordobés; en uno y en otro no es regla cierta. Lo que yo sé es que no viene bien decirse de los naturales de Salamanca, porque siempre hallan en ellos amistad y buenas obras los estudiantes y forasteros. Por lo que se puede entender es por las amistades que se traban de estudiantes unos con otros de muy diferentes tierras, y en acabando los cursos, se van donde nunca más se ven, y muchas veces con ropa o dineros de los otros» [106].

---

103 Tirso, *Por el sótano y el torno*, II. Rivad., V, pág. 234-*c*.
104 Cervantes, *El Licenciado Vidriera*. Clás. Cast., XXXVI, pág. 12.
105 Doña María de Zayas, *Novelas Ejemplares*. Ed. París, 1847, pág. 141.
106 *Vocabulario de refranes*. R. Acad., pág. 43.

Puede ser que sea lo que Correas sugiere; pero hay en Lope algo que alude a cierta torcedura del carácter salmantino.

La frase de Lope es: «vengarse al uso de Salamanca», que por el contexto se saca que es burlarse de uno con sus mismas palabras [107].

Burgos, para algún literato, era aún la cabeza de Castilla; así, por ejemplo, Agustín de Rojas, que la estima por «uno de los mejores lugares que hay en Castilla, que bien puedo decillo, pues es cabeza de todo el reino» [108].

En la *Comedia Doleria* todavía suena la fama de «los banqueros, mercaderes gruesos o burgaleses, que francamente pagan las obras y jornaleros» [109].

Salas Barbadillo tributó este encomio a los burgaleses:

«Sus ciudadanos, varones por la mayor parte universales en letras y amigos estrechos de los estudiosos y virtuosas ocupaciones» [110].

Para Gracián, «León y Burgos estaban muy a la montaña, entre miseria y pobreza» [111].

Pero Rojas Zorrilla reconoce que en aquella pobreza ha levantado el arte algo maravilloso. Así habla una dama:

DOÑA ANA. *Es mi nombre Doña Ana de Alvarado,*
Burgos mi patria; Burgos, que ha intentado
Con sus agujas y sus torres bellas
Competir con la luz de las estrellas [112].

---

107 Vd. Lope, *Las ferias de Madrid*, I. Acad. N. E., V, pág. 590-*b*.

108 *Viaje entretenido*. N. B. A. E., XXI, pág. 595.

109 Pedro Hurtado, *Comedia Doleria*, III, 3. N. B. A. E., XIV, pág. 346-*a*.

110 Salas Barbadillo, *Corrección de vicios*. Col. Escrit. Cast. Madrid, 1907, pág. 10.

111 *El criticón*, I, 10. Renac., I, pág. 131.

112 *Donde hay agravios no hay celos*, I. Rivad., LIV, pág. 152-*a*.

Capítulo IV

LOS PORTUGUESES

Inmediatamente después de Castilla vamos a estudiar el carácter de Portugal, porque el siglo XVII, cuyo pensamiento indagamos, tenía muy aproximadas en su conciencia ambas familias de la raza hispana, y daba en la literatura casi tanto lugar a la una como a la otra. Además, las cualidades fundamentales de los portugueses son las mismas de los castellanos, cosa bien curiosa de ver y de notar tratándolas sucesiva e inmediatamente.

Todavía debemos preguntarnos, antes de entrar en la exposición de las cualidades del tipo portugués, cómo conocían la mayoría de los españoles a los portugueses, o sea en calidad de qué o con qué oficios solían presentarse los naturales de Lusitania a la observación de los demás españoles en esta época. Los textos literarios responden a esta cuestión, presentándonos a los portugueses casi siempre como mercaderes de paños, lienzos, hilo y quincalla.

Lope nos ofrece esta prueba:

Denme el hilo portugués;
que quiero hacer un garbín[1].

Cervantes, en *La guarda cuidadosa*, inserta a su propósito este pregón:

---

1 Lope, *Los locos de Valencia*, I. Ac. N. E., XII, pág. 421-*a*.

«Compran trenzaderas, randas de Flandes, Holanda, Cambray, hilo portugués» [2].

El vendedor de tales artículos solía llamarse simplemente «hilo portugués», según demuestra este texto de Moreto:

Yo puedo ser zapatero,
Sastre, hilo portugués,
O mujer que quita vello [3].

Ya en un libro de 1554 consta la reputación de finura que tenía en Castilla este artículo del comercio portugués:

«El hilo de la honra es más delgado que el de Portugal, con que tú labras», dice una doncella a otra [4].

Lope habla también de estas telas a las que, originarias de Holanda, el tráfico marítimo de los portugueses daba entrada por su tierra en la de Castilla:

Una pieza os he traído
De holanda rica, extremada,
Dentro en Portugal comprada [5].

Igualmente Argensola menciona la holanda que vendían los portugueses [6]. Tirso alude a estos merceros cuando dice:

Aquí mide la codicia
Lienzo, sin ser portugués [7].

Vicente Espinel presenta unos mercaderes portugueses que dejaron las ganancias de sus lienzos en manos de unos salteadores de la serranía de Ronda [8].

---

2 N. B. A. E., XVII, pág. 18-*b*.

3 Moreto, *No puede ser*, I. Rivad., XXXIX, pág. 191-*b*.

4 Juan Rodríguez Florián, *Comedia Florinea*. N. B. A. E., XIV, página 165-*a*. Véase sobre «hilo portugués», Morel-Fatio, *Études sur l'Espagne*. Quatrième série, Paris, 1925, pág. 321.

5 Lope, *El enemigo engañado*, II. Ac. N. E., V, pág. 126-*a*.

6 *Poesías de Argensola*. Rivad., XLII, pág. 271-*a*.

7 Tirso, *No le arriendo la ganancia*. Rivad., LVIII, pág. 279-*a*.

8 *Marcos de Obregón*, III, 22. Clás. Cast., LI, pág. 311.

Además de merceros, eran los portugueses perfumistas, como lo declaran estos testimonios. Dice Mira de Amescua:

Que, si va a decir verdad,
Creí que era, en el olor,
Portugués perfumador [9].

Y Lope:

Más liquidámbar y algalia
que hay en treinta Portugales [10].

Y Salas Barbadillo cuenta entre los regalos hechos a una dama:

«De Portugal... olores atractivos, costosos dulces y barros golosos» [11].

Lope deja entender lo mismo en estas palabras:

lo que me has de enviar es,
no regalos de la China,
oro y ámbar portugués [12].

Y lo mismo afirma Fonseca:

«Otro viene de Flandes con lienzos, otro con ámbares, almizcles, y porcelanas de la India de Portugal» [13].

Es natural que los portugueses vendiesen artículos de procedencia oriental, y, en efecto, no faltan testimonios en la literatura que hablan de «especias de Portugal» [14] y de «tabaquistas portugueses», que tenían sus comercios en la Puerta del Sol y en Palacio [15].

Algunos textos del siglo XVII nos autorizan a contar también, entre las mercancías manejadas por los portugueses, la bisute-

9 Mira de Amescua, *La Fénix de Salamanca*, I. Rivad., XLV, pág. 78-*b*.
10 Lope, *El acero de Madrid*, II. Ac. N. E., XI, pág. 194-*a*.
11 Salas Barbadillo, *La hija de Celestina*. Bibliot. Román., 149, pág. 76.
12 Lope, *La venganza venturosa*, III. Ac. N. E., X, pág. 225-*a*.
13 Cristóbal de Fonseca, *Tratado del Amor de Dios*. Toledo, 1598, página 353.
14 *Loa curiosa y de artificio*. N. B. A. E., XVIII, pág. 416-*a*.
15 *Avisos*, de Barrionuevo, 15 septiembre 1655.

ría, pues Fernán Xuárez, el castellanizador del *Coloquio de las damas,* habla de «una cadenilla portuguesa» [16], y luego citaremos un texto que habla de un *agnus Dei* de oro de Portugal.

Resumiendo, podemos decir que Portugal era en estos días lo que en el siglo pasado fue París para los españoles: el lugar de donde provenían todas las exquisiteces. Lope lo resume diciendo:

No habrá día sin que vengan
regalos de Portugal [17].

De todo este gremio, si vamos al decir de Rojas Zorrilla, habremos de creer que ninguno gozaba opinión de esplendidez. Sus palabras suenan así:

Y la noche se ha trocado
Más cerrada al parecer
Que un portugués mercader
Cuando le piden prestado [18].

Además de los comerciantes, había en Castilla portugueses de todas layas. Los había obreros y trabajadores, según esta noticia de Barrionuevo:

«De Castilla la Vieja se han pasado a Portugal infinidad de oficiales portugueses y demás gente que había» [19].

Los había pretendientes de cargos y prebendas, ejemplo de los cuales nos presenta Salas Barbadillo en «un clérigo portugués, que estaba (en Madrid) proveído en la India para un Obispado» [20].

Eran otros asentistas y banqueros, competidores de los genoveses en mangonear la hacienda pública y aun la privada, y casi todos descendientes de aquellos judíos expulsados por los Reyes Católicos y acogidos en Portugal. Su influencia en

16 *Opus cit.* N. B. A. E., XXI, pág. 272-*b*.
17 Lope, *La venganza venturosa,* III. Ac. N. E., X, pág. 225-*a*.
18 *Obligados y ofendidos,* II. Rivad., LIV, pág. 71-*b*.
19 *Avisos,* de Barrionuevo, diciembre 1657.
20 *El caballero puntual,* II. Col. Escrit. Cast. Madrid, 1909, pág. 29.

Madrid debía ser grande, pues habiendo publicado don José Pellicer, en los días de la sublevación, un papel defensivo de los derechos del Rey de España, mandó el Consejo de Castilla detener o recoger el tal impreso, y el mismo Pellicer comunica en sus *Avisos* lo que sigue:

«Los portugueses asentistas se quejan de que dicen los llaman *cristianos nuevos*, y que, para mantenerlos firmes en la Religión, se les han fiado todos los efectos de las rentas reales. Dará que decir esta detención, por cuanto es cosa tan pública que lo son que no ha menester probanza» [21].

Había, por último, una tercera clase de portugueses: eran los magnates de Portugal, que lucían y brillaban en la Corte del Rey de España. Durante toda la primera mitad del XVII se leen en relaciones de fiestas noticias como ésta:

«Hoy han corrido lanzas en la Priora, a la usanza de África, unos caballeros portugueses delante de Sus Majestades, y conforman todos en que ha sido espectáculo gustosísimo» [22].

El hábito o traza de estos hidalgos era uniforme y ha dejado hondo rastro en la literatura. En primer lugar, debían usar barba a guiarnos por Alarcón, que dice:

Portugués debe de ser.
—Pues ¿por qué?
—De lo prolijo
De la barba lo colijo [23].

En segundo lugar, debían llevar una larga capa de bayeta, pues por ella los muchachos apellidaban *ratiño* a cualquiera. Tal se desprende del texto que sigue:

Cuenta Lázaro que en la ropería de Valladolid compró «una capa larga de bayeta, que había sido de un portugués», por cuyo hábito los muchachos le gritaban: «¡Ah, señor *ratiño!* ¿Quiere sebo para sus botas?» [24].

---

[21] *Avisos*, de Pellicer, 12 febrero 1641.
[22] *Avisos*, de Pellicer, 21 agosto 1640.
[23] Alarcón, *No hay mal que por bien no venga*, I. Rivad., XX, pág. 182-*b*.
[24] H. Luna, *Lazarillo de Tormes*. P. II, cap. 13. Rivad., III, pág. 123-*a*.

Y Salas Barbadillo afirma también la nacionalidad de tal indumento cuando dice:

«Le echa al pobre Caballero Puntual a perder una miserable y portuguesa capa de bayeta, que aunque fue su nacimiento en Sevilla o Inglaterra, se celebra su fiesta en Portugal» [25].

Y en último lugar, y éste es el trazo más característico, llevaban unas botas altas enceradas, a que acaba de aludir el texto anterior de H. Luna.

Ya aparece en la *Tinellaria*, de Torres Naharro, el portugués con sus botas típicas [26]. Espinel, en un pasaje que después copiaremos, pinta a uno con sus botas arrugadas en las piernas.

Lo cual debió apuntarlo Espinel por excepcional, pues, según el testimonio de Salas Barbadillo, se podía decir:

«Concepto más justo en la copla, que bota en pierna de portugués» [27].

Góngora se fijó también en los «borceguíes de los portugueses» [28].

Tirso, para acabar, hace esta despedida a la ciudad de Lisboa, donde las botas y las bayetas alternan con lo más saliente de la capital portuguesa:

¡Adiós, fundación de Ulises!
¡Adiós, seboso Babel!
Castillo, Plaza, Rua Nova,
Palacio, San Gian, Belén,
Cruz de Cataquifaras,
Adiós, Chafari do Rey,
Bayeta, boas botas, luas,
Blancos y negros también [29].

Esta persistencia de la bayeta y de las botas, desde Torres Naharro hasta Calderón, permite creer en un notable apego de

---

25 *El caballero puntual*, VII. Col. Escrit. Cast. Madrid, 1909, pág. 91.

26 Vd. W. S. Hendrix, *Some Native Comic Types in the Early Spanish Drama*. Ohío, 1924, pág. 20.

27 *El caballero puntual*, VII. Col. Escrit. Cast. Madrid, 1909, pág. 84.

28 *Obras*. Ed. New-York, I, pág. 328.

29 Tirso, *Doña Beatriz de Silva*. I. N. B. A. E., IV, pág. 495-a.

los portugueses a sus prendas de vestir tradicionales, rasgo de carácter que se compagina muy bien con este cuentecillo popular, recogido por el autor de *La pícara Justina.* Un portugués se vistió para morir y dijo:

«Ahora máteme Deus, con condezaon que el día do juicio no me tire vestido o truque; que eo quiero que co o meo me faga Deus ben» [30].

Puestos a marcar diferencias entre las regiones españolas, no es de omitir el contraste que ofrece la cualidad antedicha de los portugueses con la volubilidad de los demás españoles en admitir y desechar los caprichos de la moda.

Volubilidad tan antigua como persistente, pues ya Alejo Venegas reprendía:

«En España sacan tantas ropas y ropas, que allende que hacen devanecer a los sastres, porque ninguno corta las ropas en que se examinó de maestro, creo yo que ni tuviera habilidad ni memoria Lázaro Baifio a que no se le fueran de número y nombre en el libro que escribió *De re vestiaria*» [31].

Y Lope de Vega seguía reconociendo lo mismo, a propósito de los neologismos de su época:

«Puesto que la peregrinidad sea vicio de los españoles, como refiere Crinito, y lo confirma la inconstancia de sus trajes, barbas y cabellos...» [32].

Y Fernández Navarrete delataba el mismo mal:

«Aunque el daño de hacerse costosos vestidos es tan grande como se ha dicho, es mayor el de la mutabilidad de los usos, no habiendo en los españoles traje fijo que dure un año... Y no dejaré de ponderar que está en manos de cuatro mancebos de los holgazanes de Corte el hacer que no sean de provecho todos los sombreros que en ella hay; porque en antojándoseles sacar una

---

[30] *Opus cit.*, IV, pág. 2. Rivad., XXXIII, pág. 158-*b*.

[31] Alejo Venegas, *Agonía del tránsito de la muerte.* N. B. A. E., XVI, página 174-*b*.

[32] *Lo cierto por lo dudoso.* Dedicat. R. Acad., IX, pág. 368.

nueva forma, se abroga y desecha la que dos días antes era la valida y estimada»[33].

Ésta era la materia inmediata sobre la cual recaía la observación española, para elaborar su juicio acerca de los portugueses. A la observación se sumaban, sin duda, reflejos de tradiciones históricas y conceptos irradiados del campo superior de la cultura. De todos estos sumandos, el producto estimativo que los españoles del siglo XVII tuvieron de los portugueses podemos reducirlo a estos extremos:

a) Unidad racial.
b) Antagonismo político.
c) Valor.
d) Arrogancia.
e) Cortesía.
f) Ingenio.
g) Amorosidad.

UNIDAD RACIAL

El primer aspecto del pensamiento de esta época acerca de los portugueses es su identidad racial con los demás españoles. No aludimos al decir esto a la unidad política que los hechos históricos produjeron desde Felipe II a Felipe IV, sino el concepto geo-etnológico que los autores del siglo XVII revelan a cada paso. Para ellos, el portugués era un español; tan español como el catalán o el andaluz; una *gente* más de las que componían la raza indígena de España. Vamos a recoger algunos destellos de esta idea entre nuestros escritores.

En una comedia del Licenciado Juan de Grajales habla así un tal Brito:

Soy portugués español[34].

En otra escena de Ruiz de Alarcón dice un caballero al Rey Don Pedro I de Portugal:

---

33 Fernández Navarrete, *Conservación de monarquías.* Madrid, 1625. Discurso XXXIII.

34 *El bastardo de Ceuta,* III. Rivad., XLIII, pág. 430-*b.*

Beso los pies a tu Alteza,
Mil veces, Rey español [35].

Espinel deja entender evidentemente en otro pasaje que los portugueses son españoles [36].

Cuando Lope de Vega introduce en escena las patrullas africanas, admiradas de ver llegar la armada del Rey Don Sebastián, pone en sus labios estas exclamaciones:

¡Oh, qué bellísima armada!
¡Bizarra gente española!
¡Qué bien el aire tremola
Tanta bandera cruzada! [37].

Y en otro lugar oímos estas palabras:

No temas, que en la ocasión
Serás Ester a sus pies
De este Jerjes portugués
Y deste español león [38].

Las comedias del maestro Tirso de Molina son las que más nos suministran lugares comprobantes a maravilla de que en la mente del pueblo español del siglo XVII, que aplaudía las obras del genial mercedario, vivía el mismo concepto de que España nos cobija a todos los peninsulares, y que los de allende el Miño se honraban por aquellas fechas, como nosotros, con el título de españoles.

En la comedia *Siempre ayuda la verdad*, que tiene por principal personaje al Rey Don Pedro de Portugal, contemporáneo de nuestro Don Pedro el Cruel y de Don Pedro de Aragón, llamado el Justiciero, se hallan estos versos:

Tres Reyes Pedros tiene agora España
Y todos los tres crueles, ¡cosa extraña! [39].

---

35 Alarcón, *Siempre ayuda la verdad*, I. Rivad., XX, pág. 229-*c*.
36 Vd. *Marcos de Obregón*, III, 8. Clás. Cast., LI, pág. 202.
37 Lope, *Tragedia del Rey Don Sebastián*, I. R. Acad., XII, pág. 531-*b*.
38 *El Duque de Viseo*, III. R. Acad., X, pág. 430-*a*.
39 Tirso, *Siempre ayuda la verdad*, I. N. B. A. E., IV, pág. 212-*a*.

E inmediatamente dice un Príncipe de Polonia al Rey:

Beso los pies de tu Alteza,
Mil veces Rey español,
Que bien te ilustran por sol
Rayos de tanta grandeza [40].

Y otro personaje, don Tristán de Silva, dice asimismo al Rey:

Quedarán tantas memorias
Con esta piadosa hazaña,
Que las historias de España
Cuenten eternas tus glorias [41].

En otra comedia, o, mejor dicho, tragedia, de las raras que tiene Tirso, *Escarmientos para el cuerdo*, donde se representan hazañas de los portugueses en la India, exclama un personaje en un larguísimo recuento de heroicidades y triunfos lusitanos:

... Osó la valentía
De Francisco de Gobea,
Capitán de Infantería,
Hacer una hazaña hasta hoy
Sin ejemplar e inaudita,
Española, temeraria;
Portuguesa, ejecutiva [42].

Por último, en la comedia titulada *Las Quinas de Portugal*, que trata precisamente de la institución del condado portugués en Monarquía, viniendo el mismo Jesucristo a dar al primer Rey Don Alfonso las cinco divinas llagas por armas del naciente reino, hallamos en la primera escena al Rey perdido entre ásperos cerros, sosteniendo con un pastor este diálogo:

---

40 N. B. A. E., IV, pág. 208-*a*.
41 N. B. A. E., IV, pág. 226-*a*.
42 Tirso, *Escarmientos para el cuerdo*. I. N. B. A. E., IX, pág. 58-*a*.

REY. *¿Qué sierra es ésta?*
BRITO. *La de Braga, hacia Galicia.*
REY. *¡Notables riscos!*
BRITO. *Se envicia*
hasta el cielo.
REY. *¡Extraña cuesta!*
BRITO. *Llámase Espantarruines.*
REY. *No sé yo que haya en España*
más escabrosa montaña.
BRITO. *Mala es para con chapines*[43].

Toda esta escena se halla repetida en otra comedia de Tirso, *Los lagos de San Vicente*, por uno de esos lastimosos autoplagios en que cayó repetidas veces el insigne comediógrafo.

Con estos textos por delante se comprende perfectamente aquel pasaje de *El burlador de Sevilla*, que tan oscuro ha sido para ciertos eruditos. Dice el Rey Don Alfonso XI:

¿Es buena tierra Lisboa?

Y le responde don Gonzalo de Ulloa:

La mayor ciudad de España[44].

Vélez de Guevara nos ofrece otro pasaje confirmativo de esta idea. Pregunta un moro a un soldado del Rey Don Sebastián:

Tú, cristiano, ¿de dónde eres?

Y responde el portugués:

Español y portugués[45].

---

[43] Tirso, *Quinas de Portugal*, I. N. B. A. E., IX, pág. 569-*a*.

[44] Tirso, *Burlador de Sevilla*, I. Clás. Cast., II, pág. 235.

[45] *Comedia del Rey Don Sebastián*, I. Ocho comed. desc. Leipzig, 1887, volumen II, pág. 166. Vd. F. Redón, *El mayor prodigio: Caso ejemplar, origen de las misas de San Vicente Ferrer*. Madrid, 1634, f. 16.

Y en boca del mismo Rey Don Sebastián pone las siguientes palabras:

Deseos de ir al Africa y dar muestras
Del valor que me dieron mis pasados
Y de ser portugués y español, tengo[46].

Este sentido de unidad racial se manifestaba por parte de los castellanos en el orgullo con que hablaban de la ciudad de Lisboa, como de cosa propia. Omitiré, por demasiado conocido, el largo elogio que Tirso hace de ella en la obra española por excelencia, *El burlador de Sevilla*, y citaré lo que dijo en otra de sus obras:

Todo el mundo está cifrado
en esta insigne ciudad;
de toda su variedad
la quinta esencia ha sacado
la bella naturaleza.
Bien la podéis alabar,
si por tanto variar
se conoce su grandeza.
¡Como grandes edificios,
adornan a las ciudades
riquezas y cantidades
de mercaderes y oficios!
¿No hay aquí Universidad?
En Coimbra está fundada,
donde se aumenta, adornada
de una y otra facultad[47].

Y en la misma pieza pone en boca de sus personajes este diálogo:

—¿Qué os parece la ciudad?
—Que aún es mayor que la fama
que por antigua la llama
su nobleza y calidad.

[46] *Opus cit.*, act. I, pág. 179.
[47] Tirso, *Siempre ayuda la verdad*, I. N. B. A. E., IV, pág.

Desde el Tajo por la orilla
del mar tendido se ve
que viene a besarla el pie
de los montes de Castilla [48].

Lope entona sus alabanzas en estos términos:

Tendida en las riberas
del mar de España dulcemente yace
la célebre Lisboa,
de las tierras Iberas
la más ilustre y de más alta loa,
que mira quando nace
la luz de Pythonicida,
alma del mundo, y de los hombres vida.
Miño la lisongea,
el Tajo la ennoblece,
el Duero la divide,
Mondego la passea,
toda nación la vive, o la desea,
la India la enriquece,
y el mar la trae quanto quiere y pide [49].

Con la simpatía de Tirso y Lope, conviene la inclinación que demostró a Lisboa el descontentadizo Gracián en este ditirambo:

«Inclinábase mucho ella a la dos veces buena Lisboa, no tanto por ser la mayor población de España, uno de los tres emporios de la Europa, que si a otras ciudades se les reparten los renombres, ella los tiene juntos, hidalga, rica, sana y abundante, cuanto porque jamás se halló portugués necio, en prueba de que fue su fundador el sagaz Ulises. Mas retardóla mucho, no su fantástica nacionalidad, sino su confusión, tan contraria a sus quietas especulaciones» [50].

---

[48] *Ibid.*, pág. 213-*a*.

[49] Lope, *Laurel de Apolo*, III. Rivad., XXXVIII, pág. 196-*b*.

[50] *El criticón*, I, 10. Ed. Renac., I, pág. 129. Los elogios literarios de la época a la capital portuguesa son numerosos. Vd. *No hay desdicha que no acabe*. Rivad., XXXIII, pág. 519-*a*. *Comedia de Eufrosina*, VI, N. B. A. E., XIV, pág. 83-*a-b*. Jerónimo de Alcalá, *El donado hablador*, II-VII.

«Lo familiares que eran a nuestros poetas las calles, plazas y lugares de Lisboa, dan de sobra fe de aquella compenetración hispano-lusitana (que después se perdió entre tantas cosas lastimosamente perdidas), lograda en la visión directa y en el contacto inmediato con el medio portugués. No son raras en la literatura de la época las descripciones de lugares lisboetas» [51].

El problema de la lengua, que hoy se estima como hecho diferencial de nacionalidad, entonces no obstaba al sentimiento de una unidad superior. Tirso, tan lusófilo, estima el portugués casi igual que el gallego:

No dice mal el portugués lenguaje
Pues se distingue poco
De la lengua gallega [52].

Y la verdad es que mucho más que el gallego sonó el lenguaje portugués en la escena española, sin miedo ninguno a que el público no lo entendiera. Lope tiene una tirada de más de sesenta versos en portugués en una obra [53], y otros cuatro versos portugueses en otra [54]. Para Lope, la lengua portuguesa era un elemento más de la riqueza patria, y la contaba entre el valenciano y el vasco. Dice la figura del juego:

Cusi voglio far anche io,
Y en omni lingua parlar.
En valenciano diré:
Cap de mi mateix, voleu
Que os nafre, giraus, per Deu
Que os trenque el cap, bo está aixó.

Rivad., XVIII, pág. 562. Alfonso de Alcalá y Herrera, *Varios efectos de amor*. Lisboa, 1641, f. 40. Cervantes, *Persiles y Segismunda*, III, 7. Zapata, *Miscelánea*. Mem. Hist. Esp., XI, pág. 54. En muchos de los lugares citados se trata de Lisboa como de ciudad española.

51 Vd. Rivad., XLVII, pág. 465-*b*; N. B. A. E., XVIII, pág. 398-*a*; Céspedes y Meneses, ed. Cotarelo, 1906, II, págs. 275 y 329.

52 Tirso, *La gallega Mari-Hernández*, I. Rivad., V, pág. 112-*c*.

53 *La portuguesa y dicha del forastero*, II. Ac. N. E., XIII, pág. 358-*b*.

54 *Los locos de Valencia*, III. Ac. N. E., XII, pág. 439-*a*.

En portugués: Miña dea,
Ollai que por vos me fino,
Morto sou, y en vizcaíno:
Agur Zuremecedea [55];

Pero con una categoría literaria superior a muchos otros idiomas peninsulares, afirmando que:

Ella es dulcísima, y para los versos
lo más suave [56].

Exponente, entre otros, de la suavidad y erotismo lusitano:

¡Galante cousa!
—¡Extremada!
—¡Qué donaire!
—Amor merece.
—¡Hasta la lengua parece
que es también enamorada!
—¡Oh, si hiciese en cuantas ves
una pragmática Amor,
que a nadie hiciese favor
si no hablase en portugués! [57].

Otra demostración del sentimiento de unidad dentro del mismo campo lingüístico nos la ofrece el concepto estimativo de Camoens (como representante de las letras portugesas) que tuvieron los escritores españoles. *Nuestro* le llama Lope, citando, como quien lo sabe de memoria, un verso suyo:

«*Se tan sublime preco cabe en verso*

Como dijo nuestro lusitano Camoens» [58].

---

55 *El hijo pródigo.* R. Acad., II, pág. 61-*a.*

56 Lope, *La Dorotea,* II. Renac., pág. 59.

57 Lope, *La venganza venturosa,* I. Ac. N. E., X, pág. 197-*b.*

58 Lope, *El divino africano,* dedicat. R. Acad., IV, pág. 231. Vd. *La bella malmaridada,* I. Ac. N. E., III, pág. 641-*b.*

Y Saavedra Fajardo [59] lo sitúa entre los escritores hispánicos, aunque haciendo notar su condición de portugués, igualmente destacada por Salas Barbadillo como especie dentro del género español:

«Entraron los divinos ingenios españoles, primeros padres de su poesía; que sacándola de paños rústicos, la vistieron con traje honesto y lucido, Garcilaso castellano y Camoens portugués» [60].

No se puede dudar, pues, de que los portugueses se clasificaban en la categoría superior de españoles, a juicio de los escritores de esta época.

ANTAGONISMO POLÍTICO

Paralela a esta corriente ideológica marchaba unánimemente reconocida y confesada otra de carácter sentimental, que la escritora doña María de Zayas denominó «antipatía que esta nación tiene con la nuestra; que con vivir entre nosotros, son nuestros enemigos» [61].

Enemistad explicada, a más de por razón de vecindad, por la razón general de que nos odiasen los no vecinos. Así lo dijo Salas Barbadillo:

«¿Por qué quieren tan mal los Portugueses a los Castellanos? Por lo mismo que las demás naciones; que es verlos en superior fortuna; y siempre el más poderoso es envidiado» [62].

Esta idiosincrasia del pueblo portugués, manifestada en choques y rozamientos durante todo el siglo XVI [63], tuvo su representante folklórico, que encarnaba el espíritu de rivalidad y malquerencia entre ambas naciones: tal es *a Forneira*, personaje anecdótico de la batalla de Aljubarrota.

---

59 *República Literaria*. Clás. Cast., t. XLVI, pág. 109.

60 Salas Barbadillo, *Coronas del Parnaso*. Madrid, 1635, fol. 6.

61 Doña María de Zayas, *Novelas Ejemplares*. Ed. París, 1847, pág. 407.

62 Salas Barbadillo, *La sabia Flora*. Col. Escrit. Cast. Madrid, 1907, página 377.

63 Vd. Pastells, «Competencia entre castellanos y portugueses en el siglo XVI», *Razón y Fe*, XIV, 1906, pág. 464 y sigs.

Los escritores españoles se dan por muy enterados del simbolismo anticastellanista de *a Forneira*, y cada una de las citas que siguen viene a ser un «enterados» que Castilla responde a la notificación del odio portugués. Lope, por ejemplo, cuando, en el *Auto del misacantano*, saca la representación alegórica de Portugal, pone en sus labios este apóstrofe:

Acordárseos ha de Leyra,
De Albriega, de Aljubarrota
E de a pala de Forneira [64].

Análogas citas podíamos hacer del mismo Lope en el acto II de *El milagro por los celos* [65]; de Tirso, en el acto I de *Doña Beatriz de Silva* [66], en el acto III de *Antona García* [67], y en el acto III de *La gallega Mari-Hernández* [68]; de Espinel, en la segunda parte de *Marcos de Obregón* [69]; de Quiñones de Benavente, en el *Entremés de las nueces* [70], y del entremés anónimo *La guarda del sargento* [71].

Otra manifestación del antagonismo que señalamos fue un enjambre de chistecillos y cuentos mordaces que los castellanos contaban de los portugueses. Ya don Diego Hurtado de Mendoza comentó donosamente con estas picantes especias el sermón que *se dice* que se predicaba cada año en Lisboa, el día de la batalla de Aljubarrota. No hay duda que el tal sermón es un amaño castellano, hecho sobre cierto fondo de verdad [72].

De la *Floresta* de Asensio podemos extraer también algunos datos para la reconstrucción de esta idea o sentimiento. Proce-

---

64 Lope, *El misacantano*. R. Acad., II, pág. 259-*b*.
65 R. Acad., X, pág. 200-*b*.
66 N. B. A. E., IV, pág. 491-*b*.
67 N. B. A. E., IV, pág. 635-*b*.
68 Rivad., V, pág. 120-*c*.
69 Clás. Cast., LI, pág. 311.
70 N. B. A. E., XVIII, pág. 817-*b*.
71 N. B. A. E., XVII, citado por Cotarelo en el prólogo.
72 Publicado por Paz y Meliá, en *Sales Españolas*. Vol. I, Col. Escrit. Cast. Madrid, 1890, pág. 103.

diendo con estrecho criterio selectivo, trasladamos estos tres casos:

«Predicando un fraile portugués, decía: "Os moros son proximos, y os judeos son proximos, y os castejaos ainda son proximos".»

«En una fiesta que se hace en Lisboa, víspera de Nuestra Señora de Agosto, de una victoria que hubieron los portugueses de los castellanos, predicando un fraile portugués, decía: "Estábamos os christianos de un cabo del río, y los castellanos de la otra parte".»

«Los portugueses suelen decir por afrenta: "Andad para castellano." Aconteció en Lisboa que un castellano de buena disposición, y traje, llegó a una tienda de joyería, y preguntó a una moza que guardaba la tienda si tenía una pieza de Holanda. La moza se paró a una puerta, que estaba dentro de la tienda, y llamó a su señora, diciendo: "Aquí está un castellano, que quiere comprar una pieza de Holanda." Saliendo la portuguesa, volvió muy enojada a la moza, y díjole: "Bellaca, mal criada: a un hombre honrado como éste no has vergüenza llamarle castellano".» [73].

Este divorcio espiritual entre ambos pueblos era tan conocido en Castilla que, a pesar de todos los medios empleados desde 1580 a 1640 para conquistar cordialmente a los portugueses, todavía en vísperas de la sublevación escribía Pellicer estas sospechosas palabras:

«Se dice que camina apriesa la unión de la corona de Portugal con la de Castilla, siendo común la naturaleza a ambas naciones... mucha empresa es para conseguirla así tan fácilmente, por el encontrado natural de castellanos y portugueses. El tiempo dirá el suceso» [74].

Y tampoco pasó inadvertido para los espíritus avisados que la plebe era la que más sentía en anticastellano. Cuando ya comenzaban a correr en Madrid los rumores del levantamiento portugués, apuntaba Pellicer en sus *Avisos*:

---

[73] Biblióf. Madril., III, pág. 118.

[74] Pellicer, *Avisos*, 19 julio 1639.

«No es creíble, porque yo tengo a los nobles de Portugal por finísimos, sobre vanos, en el servicio de su Rey» [75].

Pero otro autor de la época opone a esta confianza en la gente noble el odio de la gente plebeya. Damián Salustio del Poyo explica la antigua elección del Maestre de Avís por la actuación de «la gente plebeya, como enemigos eternos de la nación castellana» [76].

Estalló, al fin, en 1640, este volcán de odio que vamos describiendo, y todas las tentativas para soldar la quiebra fueron cosa de quimera.

Falta una bibliografía completa de tanto y tanto como sudaron las prensas por aquel entonces. Me remito a la bastante copiosa obra de Sánchez Alonso (*Fuentes de la Historia Española;* Madrid, 1927, pág. 527), y paro la atención exclusivamente en los impresos que nos dan idea del ambiente de la calle, infestada por obrillas como éstas:

«Carta hecha en Monterey, a siete de Agosto, donde se da noticia del saco, y quema de 16 lugares: también se da noticia de los estragos que han hecho en ellos, executados por los valerosos Portugueses.»

«Carta de un Sargento Portuguez al Marquez da Caracena sobre la perdida de su exercito.»

«Carta de un Sargento Portuguez de un Tercio de la Guarnición de Lisboa al Marquez de Caracena sobre su voto al Rey de Castilla.»

Más aún que el huracán libelista soplaban la hoguera del odio los rumores callejeros, más insolventes todavía que las hojas anónimas. Los dícese... que siempre han cultivado con deleite los madrileños. Barrionuevo nos transmite algunos de estos *dícese* envenenadores:

«En Ebora, lugar de la raya de Portugal, Ciudad-Rodrigo, se dice se asomaron 300 caballos de portugués, diciendo a voces: "Castesaos, aunque se nos ha muerto noso Señor é noso Rey,

---

75 *Avisos*, de Pellicer, 16 octubre 1640.

76 *Próspera fortuna del famoso Ruy López de Avalos*, I. Rivad., XLIII, página 438-c.

ya a su hijo le hemos coronado, y cuando faltara de la sangre real quien lo fuera, trujéramos de Guinea un negro con una jeta de un palmo para que lo fuese, primero que sujetarnos a vuestro Rey".» [77].

«Dicen los portugueses, o que todos los suyos son traidores, o los castellanos locos, emprendiendo una conquista tan imposible à su parecer» [78].

«Dícese que el Gobernador de Braganza prendió a un soldado nuestro, y que después de haberse informado muy bien de las muchas prevenciones de guerra que por todas partes le amenazan á aquel reino, le dijo muy hinchado: "Eu penso que tudo ha de parar en medo por acá é por alá".» [79].

«Dícese que el día del Corpus no hubo en Lisboa procesión en público, sino sólo estuvo el Santísimo descubierto en todas las iglesias, haciendo en cada una el pueblo mil plegarias à Dios porque los librase de los castellanos» [80].

Y para que no se quedara todo en plumas y palabras, no faltaron acá mocitos patrioteros, que se echaran a la calle a *sustituir* a la autoridad, y desgarrar la brecha lastimosísima abierta en la unidad de la Patria. Oído a Pellicer:

«Estas noches dicen que se han oído no sé qué tropas de *Portugueses*. Banderillas que van a deshora diciendo a voces: *Viva Don Juan, Rey de Portugal.* Y si es así, me parece, que presto tendrán el castigo merecido, pues cuando no encuentren las justicias, algunos Caballeros mozos han tomado el buscarlos por su devoción.»

«Hase confirmado lo que escribí de que había *Portugueses* que de noche vitoreaban al Duque de Braganza; están presos algunos, todos gente ordinaria y baxa, y también castellanos de los que salieron en su busca, que se ha averiguado iban matando los Portugueses que encontraban, aunque fuesen seguros y sin hablar palabra» [81].

77 *Avisos*, de Barrionuevo, 29 noviembre 1654.
78 *Avisos*, de Barrionuevo, 11 abril 1657.
79 *Avisos*, de Barrionuevo, 5 mayo 1657.
80 *Avisos*, de Barrionuevo, 4 julio 1657.
81 *Avisos*, de Pellicer.

Demos fin a este lamentable capítulo con el epitafio que se dice existía en la catedral de Lisboa:

«Aquí fica a melhor cosa de Castela, o Sennor Bispo, natural de Merida, D. Gonzalo Afonso. Nao quiso ser castesao per nao cair en disgraça de noso Senhor Jesucristo» [82].

LA ARROGANCIA

Los testigos que inmediatamente van a deponer en este atestado no hablan de memoria. Aquellos comerciantes y hacendistas que poblaban la corte daban a sus ojos este espectáculo:

«No es creíble la soberbia con que procede en Madrid esta gente portuguesa que trata y contrata, pues los que en Portugal no se atrevieran a mirar a los caballeros, aquí no sólo quieren igualarlos, pero excederlos» [83].

El maestro Pedro de Medina, después de prodigarles notables alabanzas, añade lo que sigue:

«Solamente les sopla un poco de viento de vanidad en las cabezas, con que todos son algo fantásticos, fidalgos y llenos que no caben por las calles. De aquí les nace ser determinados y arrojados y aun temerarios en algunos hechos» [84].

¡Qué portuguesa arrogancia!

dice un caballero de Calderón en la misma obra donde prodiga a los lusitanos las antedichas alabanzas [85].

Y Lope de Vega hace hablar así a dos de sus personajes:

C. *Ella por lo menos es*
Nación grave y belicosa.

---

[82] Paz y Meliá, *Sales Españolas*, I, pág. 395. De sentido análogo, Lope, *Epistola XIX a D. Juan de Arguijo*, Sancha, I, pág. 502.

[83] *Avisos*, de Pellicer, 25 junio 1641. Vd. Gonçalves Cerejeira, *O humanismo em Portugal: Clenardo*, Coimbra, 1926. Especialmente el cap. III, «Clenardo e a Sociedade Portuguesa», pág. 145.

[84] *Opus cit.*, parte II, cap. LV, pág. 176-*a*.

[85] *A secreto agravio*, II. Keil, I, pág. 486-*b*.

D. *Añade presuntuosa*
De la cabeza a los pies.
Muriéndose un portugués
Este testamento hacia:
«Deijo miña fantasía
A meu fillo mor, que seu
A cosa millor que eu
En miña casa tenía» [86].

Y en un auto sacramental, donde sale Portugal en alegoría, le hace hablar así:

Sou el mayor
Señor que oje el mundo pisa;
Sou o más que puede ser,
Sou cifra de cuanto he bono,
Sou grande e de gran poder,
Sou cetro, corona e trono
Que terra e mar fas tremer.
Sou aquel que a o profundo
Chega con fama inmortal
E finalmente me fundo
En que be sou Portugal
Que sou más que todo el mundo [87].

Espinel los llama «gente idólatra de sí propia, que no estima en nada el resto del mundo» [88].

Y cuenta en comprobación la siguiente historieta que le sucedió en Venecia:

«Yendo yo a pasar por una puentecilla pequeña que llaman del Bragadín, me detuve porque venía un Magnífico detrás de mí; túvele respeto porque ellos quieren que se le tengan, y de la otra parte de la puente venía un portugués de razonable talle mirando hacia el horizonte, con unos guantes de nutria en las manos y unas botas arrugadas en las piernas, muy tieso, de suer-

86 Lope, *Limpieza no manchada*, III. R. Acad., V, pág. 422-*b*.
87 Lope, *El misacantano*. R. Acad., II, pág. 259-*a*.
88 *Marcos de Obregón*, III, 8. Clás. Cast., LI, pág. 200.

te que, llegando al medio de la puentecilla, el Magnífico entendió que el portugués le hiciera la cortesía que era de razón por estar en su tierra, y el portugués quería lo mismo estando en la ajena. Sucedió que, llegando al medio de la puente, ambos, con mucha majestad, chocaron, y por no caer en el agua, el portugués apretó, y el Magnífico no se osó ladear; cayeron los dos: el Magnífico, de espaldas, que era delgado de piernas, y el portugués, de pechos, que por poco no dieran ambos en la mar. Levantóse el portugués de presto, limpióse el polvo con los guantes de nutria, y el Magnífico las calzas de lacre, limpiándose las espaldas, y después de limpios, paráronse a mirar el uno al otro, y habiéndose estado un rato en suspenso, dijo el Magnífico al portugués: «E vu sabi che mi sono veneciano, gentil huomo patricio?» Y el portugués, al mismo tono, respondió o preguntó: «E vos sabedes que eu saon portugués fidalgo evorense?» El veneciano, con mucho desprecio, le dijo: «Ande el bordel. beco cornuto.» Y el portugués, dando con el pie, le respondió: Tiraivus la, patife.» Fue cada uno su camino, volviendo el rostro atrás, el Magnífico señalando con el dedo al portugués y diciendo con mucha risa: «Non va il pazzon.» Y el portugués, al mismo modo, decía: «Ollay, o parvo.» De suerte que yo no pude averiguar cuál fue más fantástico y loco de los dos, aunque está la presunción por el portugués» [89].

Melchor de Santa Cruz no anduvo corto en coleccionar anécdotas sobre la vanidad de los portugueses, de entre las cuales citaremos para muestra dos: la primera, a la nota de arrogantes junta la de estimarse superiores a los castellanos:

«Entrando por Ceuta unos Portugueses a hacer una cavalgata en un lugar de Moros, iba entre ellos un Castellano. Y como fuese de noche, para no ser sentidos, requería ir callando. Hablando el Castellano, enojóse un Portugués, diciendo, que por que hablaba que pensarían los Moros, que eran todos Castejaos, y nan fincaría home vivo» [90].

---

[89] *Marcos de Obregón*, III, 8. Clás. Cast., LI, pág. 200.

[90] M. de Santa Cruz, *Floresta Española*. Biblióf. Madril., III, pág. 38.

«Un caballero portuguez entró en Castilla bien acompañado. Preguntando a uno de sus criados: ¿Quién es este caballero? Respondió: Nan e cabaleiro. Djéronle: ¿Quién es este fidalgo? Respondió: Nan e fidalgo. Dijéronle: ¿Quién es este hombre? Respondió: Nan e home, senan parente de o Rey de Portugal» [91].

Análogamente, el Duque de Frías admitió en su *Deleite de la Discreción* algunos rasgos, como el siguiente:

«Diciéndole al mismo (de quien ha hablado antes) que los de su nación eran presuntuosos y vanos, respondía: Huve é multo fogo é multo fumo» [92].

En cierta *Loa* anónima encontramos una parodia del modo de hablar afanfarronado de los portugueses:

¿También no fuí a Portugal
cuando estuvo allá la corte,
adonde serví una dama
en compañía de un conde?
¿Non fiz dar muitas panzadas
en la rua Nova a un home?
Consagro a Deus que le di
fasta que lanzou os bofes.
Castillaos, ninguen me fale,
si naom quere que me enoje,
y paresca caga fogo
deitando balas de bronce [93].

Sobre la vanidad genealógica de los portugueses y su exagerado hidalguismo fisgaron una y otra vez los ingenios españoles. Don Francisco Asensio nos transmite la siguiente jocosidad:

«Porfiaban un Portugués y un Castellano sobre pasar un río, y díjole el castellano: Pues pase primero el que fuere cristiano más viejo. Y dijo el portugués: Eu pasu, que sou parente de Christu. Replicóle el castellano: ¿Luego usted es judío? Naon (respondió el portugués), que o parentescu e por parte da Divinitade» [94].

91 M. de Santa Cruz, *Floresta Española. Biblióf.* Madril., III, pág. 165.
92 Vd. Biblióf. Madril., IV, pág. 226.
93 *Loa*, anónima. N. B. A. E., XVIII, pág. 398-*a*.
94 *Floresta Española.* Biblióf. Madril., III, pág. 230.

Secuela de la manía hidalguista era en los portugueses la rigurosidad en los tratamientos, sobre lo cual hallamos en la misma colección de graciosidades esta burla:

«Llamó el contador Morales de Merced a un Conde portugués, que siempre andaba en un caballo rucio muy desmedrado. Enfadóse el conde, y díjole que le haría besar el rabo a su caballo. Respondióle el Contador: Por Dios, que si es el rucio, que no lo merezco.»

Otro de sus flacos eran los desafíos por puntos de honra, sobre lo cual cayó el dardo de la sátira.

Don Agustín Moreto cuenta este donoso cuentecillo:

Desafió a otro un portugués,
Y le esperaba en un monte,
Que el subir a su horizonte,
Cansara a un gato montés.
Llegó allá el desafiado,
Muerto del paso prolijo,
Y en viendo al contrario, dijo,
Molido y desalentado:
«Yo no me puedo mover;
¿Para qué me llamó aquí?»
Y él respondió: «Porque así
Teño menos que facer» [95].

Recuérdese el capítulo anterior de la soberbia española y castellana, léase el presente de la arrogancia portuguesa, y se deducirá que las relaciones de ambos pueblos tenían que ser tan cordiales (!) como demuestra el hecho que sigue:

Cuenta Pellicer que el Arzobispo de Braga, que vino a Madrid a negocios de la política, se empeñó en levantar su cruz como primado de las Españas, contra el derecho de Toledo. No sólo se le estorbó su pretensión, sino que a su vuelta a Portugal, el Rey le puso un juez que le impidiera levantar la Cruz hasta su jurisdicción; y pone Pellicer este epifonema: «Que no es poca ceniza para la vanidad del portugués» [96].

---

[95] *El caballero*, II. Rivad., XXXIX, pág. 296-*c*.

[96] *Avisos*, de Pellicer, 24 mayo 1639.

EL VALOR

Esta cualidad del carácter portugués fue reconocida de dos modos por los escritores del siglo XVII. Primeramente confesándola y admirándola; en segundo lugar, haciéndola tema de burlas y sátiras, que es otro modo de reconocer las cosas. Empezando por los testimonios de la primera clase, hay que advertir que la reintegración política de Lusitania a la Corona de Castilla desató entre nuestros escritores una fuerte corriente de simpatía hacia los portugueses. Lope puso en labios de la figura alegórica del Brasil estas ideas:

Aquí las alegres salvas
De estas dos fuertes naciones,
Que por nueva unión hermanas,
La emulación de sus glorias
Hace parecer contrarias,
Fué, con notable alegría;
Porque fuera Lusitania
Unica, a no haber Castilla,
Por las letras y las armas.
Y si Portugal no hubiera,
Castilla, por fénix rara
Se celebrara en el mundo;
Pero juntándose entrambas,
No digo yo mi conquista,
Pero aquella piedra santa
Que fue sepulcro de Cristo,
Fuera victoria de España[97].

Entre la simpatía de que hablábamos y la confianza que el valor portugués inspiraba, llegamos a extremos que hasta los disparates más ridículos hallaron indulgencia en Tirso de Molina, tan criticón de suyo y tan mordicante. Véase qué esfuerzos hace para que resulte sublime lo ridículo:

[97] *El Brasil restituido*, I. R. Acad., XIII, pág. 90-*b*.

Sólo digo que hubo esfuerzo
(El ánimo desatina),
De portugués que, faltando
La munición, se derriba
Los dientes con el cañón
(Es loca la valentía),
Matando a turco por diente [98].

Sin tener que echar mano de tales fanfarronadas, la historia heroica de Portugal causaba en los españoles la satisfacción de algo propio, y Calderón expresó por todos ese sentimiento en estos versos:

Dejo esta alabanza a quien
Pueda con más dulce voz
Contar los famosos hechos
De esta invencible nación [99].

Mas no fue todo simpatía de familia. Hubo franqueza y desinterés objetivo. Rotas las hostilidades, contaba Barrionuevo un choque entre portugueses y holandeses, y les tributaba este sincero homenaje:

«Gente, por cierto, varonil y animosa, pues sin atender al peligro y riesgo en que están metidos con Castilla, procuran deshacer ejércitos de enemigos en partes tan remotas» [100].

Durante todo el curso de la guerra o del estado de guerra con Castilla, el fiel gacetillero no les negó su aplauso. Decía en 1654:

«Valiente gente, por cierto, y arriscada, no conociendo al temor, aventurando a cada paso la vida por la honra» [101].

Y en 1655:

«No se le puede negar a esta nación el valor y la política grande que tiene en los gastos, y el modo de tener siempre dinero pronto, que es el nervio más principal de la guerra» [102].

98 Tirso, *Escarmientos para el cuerdo*, I. N. B. A. E., IX, pág. 58-*b*.
99 Calderón, *A secreto agravio...*, I. Keil, I, pág. 475-*a*.
100 *Avisos*, de Barrionuevo, 17 abril 1655.
101 *Avisos*, de Barrionuevo, 21 octubre 1654.
102 *Avisos*, de Barrionuevo, 24 abril 1655.

Y en 1657:

«No se puede negar ser esta gente valerosísima» [103].

Tanto valor tenía que provocar la sátira popular, y, efectivamente, éste fue, como decíamos, el segundo modo de reconocer la cualidad del temperamento portugués. Aguzando la mirada, llegamos a ver que lo que se satiriza no es el valor, sino la jactancia de ese valor. En la *Floresta* de Asensio leemos a este propósito la siguiente anécdota:

«Cuando el Rey Don Fernando estaba sobre la ciudad de Granada, un fidalgo portugués entró corriendo a caballo por la puerta de Granada, y clavó con su puñal un escrito que decía: Aquí chegó Vasco Fernández. Sabiéndolo un criado del Rey, pasó mucho más adelante, y puso con su puñal un escrito, que decía: Aquí nan chegó Vasco Fernández» [104].

Tirso presenta esta cómica situación, que alude a las exageraciones del valor portugués:

TELLO. *Sólo un broquel,*
y esta hoja, que con ella
he muerto diez castellanos;
y esto a vista del de Acuña,
y otros tantos por la uña
se escaparon *de mis manos.*
REY. *¿Diez castellanos? Mirad*
lo que decís.
TELLO. *¿Esto admira?*
REY. *Pocos son para mentira*
y muchos para verdad [105].

Don Jerónimo de Cáncer hace hablar muy donosamente a un portugués, según este humor de valentía que los dominaba:

PRIMERO. *¿Han sabido aqueste caso*
que ayer sucedió?
PORT. *Y ¿qué foy?*

103 *Avisos*, de Barrionuevo, 4 julio 1657.
104 Biblióf. Madril., III, pág. 118.
105 Tirso, *Siempre ayuda la verdad*, I. N. B. A. E., IV, pág. 214-*a*.

PRIMERO. *Salieron desafiados*
dos hombres; y el uno al otro
se mataron en el campo.
Y, encomendándose a Dios,
resucitaron entrambos.
PORT. *Señor, ¿qué mortes son istas*
que facen os castejaos?
¡Cátao morto, cátao vivo!
¿Hasta oje ha resucitado
morto de home portugués?
PRIMERO. *¿Pues no veis que fue milagro?*
PORT. *¡Oh, señor, que no va en iso!*
PRIMERO. *¿En qué?*
PORT. *En que no apretan a mao* [106].

De broma, pues, o de veras, los portugueses tenían fama de valerosos, y era lo menos que se podía otorgar a unos hombres que dominaron los mares.

LA CORTESÍA PORTUGUESA

La condición arrogante y jactanciosa no empecía la reputación de corteses que simultáneamente sostenían los lusitanos. Cervantes vio cierta antinomia entre ambas cualidades y se adelantó a resolverla: «*La cortesía* no deja que se le llegue la arrogancia» [107], dijo, hablando de los de Lisboa.

Tirso columbró dos veces este lado del carácter portugués:

Que hasta la envidia confiesa
En términos de hidalguía,
Que, a tener la cortesía
Patria, fuera portuguesa [108].

---

[106] Cáncer, *El portugués*. Pasaje citado por Cotarelo en N. B. A. E., XVII, prólogo.
[107] *Persiles*, III, 1.
[108] Tirso, *Por el sótano y el torno*, III. Rivad., V, pág. 245-*c*.

Y refiriéndose al célebre D. Cristóbal de Moura, pone estas palabras en labios del Caballero de Gracia:

¡Qué cortesía!
Mas basta ser portugués [109].

Presenta Salas Barbadillo en una novela un clérigo, y lo describe así:

«Era el clérigo tan cortés, como aquel que había nacido noble en Portugal» [110].

Esta cualidad portuguesa, bien que claramente establecida, no cuenta en su favor con el sinnúmero de textos que las otras cualidades que anteceden y siguen.

LA INGENIOSIDAD PORTUGUESA

El Maestro Medina les reconoce esta ventaja, diciendo así de ellos:

«Son muy ingeniosos, y salen de ellos grandes letrados en todas facultades, como se echa bien de ver en las Universidades de Coimbra y de Salamanca. Son muy aplicados comúnmente al trabajo, honestidad y virtud. No son alborotadores ni sediciosos. Produce este reino hombres muy enteros, de mucho juicio, prudencia y gobierno» [111].

Gracián, en la repartición de tipos cualitativos por toda la Península, coloca «los buenos ingenios a Portugal» [112].

Y en la misma obra, dice:

«Jamás se halló portugués necio, en prueba de que fue su fundador el sagaz Ulises» [113].

En un examen de los ingenios españoles, italianos y franceses, ninguno de los cuales sale bien parado, dice Gracián:

---

109 Tirso, *El Caballero de Gracia*, II. N. B. A. E., IX, pág. 371-*b*.
110 *El caballero puntual*, II. Colec. Escrit. Cast. Madrid, 1909, pág. 29.
111 *Opus cit.*, parte II, cap. LV, pág. 176-*a*.
112 *El criticón*, II, 13. Renac., II, pág. 90.
113 Se refiere a Lisboa. *El criticón*, I, 10. Renac., I, pág. 129.

«Pero notó Critilo que por maravilla desechaba obra alguna de autor portugués.

Estos, decía, han sido grandes ingenios; todos son cuerpos con alma» [114].

Vicente Espinel fue también panegirista de «la presteza en las agudezas del ingenio» en los portugueses, y refiere al propósito varias anécdotas curiosas. Dice así:

«En este espacio vinieron [115] algunos portugueses de los que en Africa se habían hallado en aquel desdichado conflicto del Rey Sebastián, muchos de los cuales rescató Felipe Segundo. Trabé amistad con algunos dellos, y como tienen tanta presteza en las agudezas del ingenio, pasé con ellos bonísimos ratos.

»Estaba un caballero portugués, amigo mío, haciéndose la barba con un mal oficial, que, con mala mano y peor navaja, le rapaba de manera que le llevaba los cueros del rostro. Alzó el suyo el portugués y le dijo: «Senhor barbero, si desfollades, desfollades dulcemente; mais si rapades, rapades muito mal.» Estando un amigo mío y yo a la puerta de una iglesia que se llama *Omnium Sanctorum*, pasó un caballero portugués con seis pajes y dos lacayos muy bien vestidos a la castellana, y quitándose la gorra a la iglesia, quitámosela nosotros a él, usando de cortesía. Volvió como afrentado, y me dijo: «Ollai, senhor castillano, non vos tirei a vos a barreta, se naon a o Santísimo Sacramento.» Dije yo: «Pues yo se la quité a vuesa merced.» Compungido desta respuesta, dijo el portugués: «Ainda vos a tirei a vos, senhor castillano.» Venía por la calle del Atambor un portugués con un castellano, y como el portugués iba enamorando las ventanas, no vio un hoyo, donde metió los pies, y se tendió de bruzas. Díjole el castellano: «Dios os ayude». Y respondió el portugués: «Xa naon pode.» Estando jugando tres castellanos con un portugués a la primera, los engañó agudísimamente; que habiéndole dado después de quinoleada la baraja cincuenta y cinco, dijo, con desprecio del naipe, entre sí, como lo pudiesen oir: «Os anhos de Mafoma.» Los demás, que estaban

[114] *El criticón*, III, 8. Renac., II, pág. 272.

[115] A Sevilla.

bien puestos y lo vieron pasar, envidaron su resto; él quiso, y echando el uno cincuenta y los demás lo que tenían, arrojó el portugués sus cincuenta y cinco puntos y arrebatóles el resto. Dijo el uno dellos: «¿Cómo dijo vuesa merced que tenía los de Mahoma, que son cuarenta y ocho años, si tenía cincuenta y cinco?» Respondió el portugués: «Eu cudei que Mafoma era mais vello.» (Y yo pensé que Mahoma era más viejo.)

«Otros excelentísimos cuentos y agudezas pudiera traer, que por evitar prolijidad los dejo» [116].

No era solamente de conversación la ingeniosidad de los portugueses; se revelaba además en la poesía, en la música y en los negocios.

En cuanto a poetas, dice Pedro de Medina:

«Tienen también naturalmente los de esta nación furor fantástico y poético» [117].

Y como las musas son hermanas, los portugueses disfrutaban renombre de filarmónicos desde todo el siglo XVI [118], y todavía en el XVII Lope probaba donosamente que la música nació en Portugal. Son un cura y un sacristán los que hablan en el siguiente pasaje:

CURA. *¿Eso qué tiene que ver?*
SACRISTÁN. *¿Qué tiene? Aquí lo verá:*
Estaba en una azotea
en invierno un portugués,
y otro en la calle, de pies
por falta de chimenea.
Pues para decir si allá
hacía sol *que el frío cesa,*
en su lengua portuguesa
dijo al otro: ¿Fa sol la?
«Sol fa», respondió también;
y así el cantar se inventó
y en Portugal se encontró
por siempre jamás, amén.

116 Espinel, *Marcos de Obregón*, II, 6. Clás. Cast., LI, pág. 45.
117 *Opus cit.*, parte II, cap. LV, pág. 176-a.
118 Vd. W. S. Hendrix, *Opus. cit.*, págs. 20-22.

CURA. *Con eso, ¿músicos son*
todos cuantos allá nacen?
SACRISTÁN. *Y muy poco en serlo hacen;*
su misma lengua es canción [119].

Tirso refunde esta aptitud musical con otra cualidad que después veremos, la amorosidad, y forma la siguiente escena:

(Llégase LEONOR *al* REY, *muy afable.)*

LEONOR. *¡Mi rey!*
ISMAEL. *¡Soberano Alá,*
que a oir tal he merecido
al sol que el alma ofrecí!
BRITO. *¿Mi rey dijo? Hételo mí;*
soberano Alá te ha oído,
hétele también el la,
sol la llamaste después;
hétele a amor portugués
con su re, mi, fa, sol, la [120].

Hagamos también notar que el *Búho Gallego* [121], sañudo y mordaz contra casi todas las demás regiones de España, se amansa tratando de los portugueses, como reconociéndose deudo en mayor grado de ellos que de los demás españoles, y alabando su inclinación al arte de Apolo:

«El Silguero portugués es mi vecino; y los finos salieron de mi patria; y antes dél recibo gusto que daño alguno, porque me entretiene con sonoros pasos de garganta; es músico, y los tales antes deleitan que enfadan» [122].

Como tenía que suceder, también estas aptitudes musicales debían hallar su remoquete satírico, y, así, vemos en escena un tipo portugués, que habla de esta manera:

---

[119] Lope, *El serafín humano*, I. R. Acad., IV, pág. 281-*a*.
[120] Tirso, *Las Quinas de Portugal*, II. N. B. A. E., IX, pág. 581-*a*.
[121] Vd. el capítulo de los gallegos.
[122] *Opus cit.*, pág. 255. Vd. además Salas Barbadillo, *La sabia Flora*. Col. Escrit. Cast. Madrid, 1907, pág. 387.

Una noite a la Porta de la Vega
pasmó la gente de escuitarme cega;
a las mis gorgoriñas celestiales
vieron los pedernales
elevados, sedientos,
feitos almíbar todos os cimientos,
dejando los encajes
se fundió la muralla de los pajes [123].

La última manifestación del talento portugués era su habilidad hacendista y política, que el escritor más descontentadizo del siglo XVII se la reconocía superior a los mismos genoveses y a cualquiera otro pueblo extranjero:

«Los portugueses llevan conocidas ventajas a todos los hombres de negocios que residen en España; y si se cumpliese con ellos, no tiene duda, sino que parecerían superfluas las inteligencias de cualesquier estraños, con utilidad, por lo menos, de que todo el dinero se quedaría en nuestra patria» [124].

Su pericia política la confesaba de un modo tan palmario como puede verse el gacetillero Barrionuevo, en los *Avisos* de 26 de septiembre de 1654:

«Diablos son los portugueses. Dícese que envían a Constantinopla embajador... Ellos se van zanjando por todas partes para establecer su reino. Solos nosotros somos los que no sabemos vivir en el mundo, ni conservar lo que Dios nos ha dado en él con mano tan liberal.»

LA AMOROSIDAD PORTUGUESA

La otra cualidad que los portugueses tienen en grado característico la describe de este modo el Maestro Medina:

«Es la gente de Portugal afable y amorosa en el trato, fiel, sin dobleces ni malicias. Quieren mucho y muy apasionada-

123 *La Junta de los Doctores.* Pasaje citado por Cotarelo en N. B. A. E., XVIII, prólogo. La muralla de la Casa de los Pajes del Rey venía a caer donde hoy se alza la fachada de la Catedral en construcción.

124 Suárez de Figueroa, *El pasajero*, I. Renac., pág. 10.

mente; pero también son demasiados en el aborrecer pertinazmente. Ablándanse fácilmente con halagos y blandura más que con violencia...

»Son de su naturaleza gente algo libidinosa, de donde les nace también ser fácilmente enamoradizos e imaginarios, y algo viciosos por esta parte» [125].

El teatro español del siglo XVI explotó mucho esta nota del alma portuguesa [126], y toda la literatura del XVII hizo de ella un verdadero tópico.

Una imitación portuguesa de *La Celestina*, puesta en circulación entre nosotros por una versión española, describe por comparación este tipo de amor portugués, amor refinado y quintaesenciado por el alambique platónico. Es página muy de considerar:

«Reíos de los muy enamorados, si bien es la principal inclinación portuguesa, y de tenerla y estimar a las mujeres más que todos le vino la caballerosa opinión en que se aventaja a las demás naciones; porque el ingenioso italiano disimula el amor, alaba a su dama con versos; si la alcanza, luego la incierra *(sic)* y la tiene como cautiva; si desespera de alcanzarla, dice mal de ella y la aborrece. El alegre francés trabaja por contentarla y procura agradarla con servicios, músicas y fiestas; si se ve sujeto, llora; si alcanza, desprecia y busca otra; si no la puede rendir, la amenaza; se venga si halla ocasión. El frío alemán ama templadamente, pretende con engaños y dádivas, y si desea, no sosiega; en consiguiendo su intento, se enfría; si halla resistencia prolija, se olvida y desestima. Sólo el portugués, timbre de los españoles y arbitrio de todas las naciones, como discreto, galán y noble, incluye en sí todos los efectos del amor puro, estima a su dama, no sufre el verse ausente della, solicita de noche y de día ocasiones dónde y cómo la pueda ver, querría estar siempre en su presencia, los cuidados y fatigas lo enflaquecen, muda toda mala condición en buena, abrásase interiormente en pensamientos, que representa

125 *Opus cit., locus cit.*

126 Vd. W. S. Hendrix, *Opus et locus cit.*

humilde con lágrimas y suspiros, señales de verdadero dolor; tiene su voluntad regresada en la de quien bien quiere; es constante en su fe; defiende a su dama de quien la pretende ofender; si la alcanza, no se aparta della hasta la muerte, y así la hace señora de sí mismo; no pretende otro provecho sino el de ella, y así acomete atrevido todos los peligros, no pierde su memoria aun durmiendo; antes en eso se deleita, determinado de vivir o morir con ella; si desespera de alcanzarla, mátase o hace extremos mortales. Todo esto y mucho más se halla por natural constelación en el portugués, verdadero enamorado, como lo fue el Rey Don Pedro, que aun después de muerta su amada Doña Inés quiso confirmar su afición con efectos públicos de ella» [127].

Todo este magnífico escrutinio psicológico lo resume así una frase de la *Floresta*, de Asensio:

«Decía un portugués: Os finos amores, nan es sino saltar, y festejar; que lo demás, os asnos lo facen» [128].

Tirso de Molina sabe distinguir, como Ferreira, entre el amor castellano y el portugués, dándole a éste la ventaja:

Nuestra nación portuguesa
Esta ventaja ha de hacer
A todas; que porque asista
Aquí amor, que es su interés,
Ha de amar en su conquista
De oídas el portugués,
Y el castellano de vista [129].

Así era el amor portugués, y así hay que entender otros textos que se contentan con llamarlos enamoradizos a secas.

En la obra maestra de Vélez de Guevara, el criado del Príncipe exclama viendo la exaltación amorosa de su señor:

---

127 *Comedia de Eufrosina*, por Jorge Ferreira, traducida por D. Fernando de Ballesteros. N. B. A. E., XIV, pág. 139-*a*.

128 Biblióf. Madril., III, pág. 118. Consta también en *Sales Españolas*, t. I, pág. 397.

129 Tirso, *El vergonzoso en palacio*, I. Rivad., V, pág. 209-*b*.

—¡Qué amor tan de Portugal! [130]

Doña María de Zayas presenta un portugués contando sus galanteos con cierta dama, a la cual estuvo, por confesión propia, «paseándola y galanteándola de lo ternísimo y cuidadoso, como tiene fama nuestra nación» [131].

De estos textos se desprende que portugués y enamorado llegaron a ser, en el siglo XVII, términos sinónimos. Así, dice Calderón de un florentino muy enamorado:

En toda mi vida he visto
Florentín más portugués [132].

Y Pérez de Montalbán, en una frase nada limpia:

Estoy rabiando por verme
Arrimado a la pared;
Porque temo que mi amo,
Según está portugués,
Se engañe con mil demonios,
Puesto que claros estén [133].

Otro pasaje a este tenor leemos en una comedia de los hermanos Figueroa y Córdoba. Dice el galán:

Ved que se queda
con vos el alma.

Y acota el criado:

Ella está
guisada a la portuguesa [134]

---

130 Luis Vélez de Guevara, *Reinar después de morir*, III. Rivad., XLV, página 120-*b*.

131 Doña María de Zayas, *Novelas Ejemplares*. Ed. París, 1847, páginas 414 y 415.

132 Calderón, *La banda y la flor*, II. Rivad., IX, pág. 163-*c*.

133 *No hay vida como la honra*, II. Rivad., XLV, pág. 485-*a*.

134 D. D. y D. J. de Figueroa, *Mentir y mudarse a un tiempo*, I. Rivad., XLVII, pág. 407-*a*.

Bastaba mostrarse galante, rondar la calle o hacer cualquier gesto de inclinación a las damas para pasar por oriundo de Portugal.

La pícara Justina, cuando estafa al fullero el *agnus Dei* de oro de Portugal, añade:

«Y aun el platero pienso yo que era algo de allá; que sus fumeciños daba de muito galante» [135].

Esta excesiva condición erótica mereció tan severa censura del autor de *La Tía Fingida,* y su juicio desentona tanto dentro del general humorismo con que todos los escritores de la época acogen el tal carácter portugués, que sólo por este rasgo queda la novela excluida de la posibilidad de ser obra de Cervantes. Dice así el desconocido autor:

«Los portugueses, es cosa larga de describirte y pintarte sus condiciones y propiedades; porque como son gente enjuta de cerebro, cada loco con su tema; mas la de todos, por la mayor parte, es que puedes hacer cuenta que el mismo amor vive en ellos envuelto en lacería» [136].

De intento hemos diferido para este lugar dos valiosos textos que resumen y compendian cuanto llevamos dicho de los portugueses. Pero aunque ambos dicen lo mismo, hay notable diferencia de acento, a tenor de los espíritus de donde proceden, totalmente diversos. Cervantes, comprensivo, benévolo, entusiasta en la alabanza e indulgente en la crítica; Gracián, severo, mordaz, que aceda y envenena cuanto toca con su pluma.

Dice Cervantes:

«Aquí el amor y la honestidad se dan las manos y se pasean juntos; la cortesía no deja que se le llegue la arrogancia, y la braveza no consiente que se le llegue la cobardía; todos sus moradores son agradables, son corteses, son liberales y son enamorados, porque son discretos» [137].

Y dice Gracián:

---

135 *La pícara Justina,* I, 4. Rivad., XXXIII, pág. 108-*a.*

136 Ed. de Apráiz, pág. 136.

137 Cervantes, *Persiles,* III, 1.

«Los fidalgos portugueses: Cierto que serían famosos si no fuesen fumosos; pero responden ellos que no puede dejar de haber mucho humo donde hay mucho fuego. Llámanles sebosos vulgarmente; pero ellos échanlo a crueles en sus memorables batallas. Tomaron mucho de su fundador Ulises, con que no se topa jamás portugués, ni bobo, ni cobarde.

Pésame que no entrásedes allá, dijo el Holgón, porque hubiéradeis visto estremados pasajes de fantasía. Que, como en otras partes se fijó el *non plus ultra* del valor, aquí el de la presunción. Allí hubiéradeis topado hidalguías de a par de Deus, solares de antes de Adán, enamorados perenales, poetas atronados, aunque ninguno aturdido; músicos de quita allá, ángeles, ingenios prodigiosos sin rastro de juicio. Y, en una palabra, cuando las demás naciones de España, aun los mismos castellanos, alaban sus cosas con algún recelo, por excelentes que sean, yendo con tiento en celebrarlas: ¿esto vale algo?, ¿es así?, ¿parece bueno?, los portugueses alaban sus cosas a todo hipérbole, a superlativa satisfacción: ¡cosa famosa, cosa grande, la primera del mundo, no se hallará otra como ella en todo el orbe, que eso de Castela es poca cosa!» [138].

Así como el anticastellanismo tuvo su personaje folklórico que lo representara, así también el erotismo tuvo su encarnación simbólica en la figura de *Macías*, el enamorado víctima de su pasión. En España se le pueden seguir los pasos a Macías a través de toda la literatura, desde Juan de Mena [139], desde el Marqués de Santillana [140] y desde casi todos los poetas de cancionero [141], hasta los novelistas y dramaturgos del siglo XVII: En *El donado hablador* sale tres veces a relucir el almibarado y lagrimoso Macías [142]; Quevedo se acuerda de él en *La visita de*

---

138 Gracián, *El criticón*, III, 8. Renac., II, pág. 256.

139 Vd. *Obras de Juan de Mena*. N. B. A. E., XIX, pág. 163-*a*.

140 Vd. *Obras del M. de Santillana*. N. B. A. E., XIX, pág. 550-*b*.

141 Vd., entre otros, *Poesías de Iñigo de Mendoza*, en N. B. A. E., XIX, página 46-*b*.

142 Vd. Rivad., XXXIII, págs. 526, 557 y 558.

los chistes [143]; Tirso le nombra en *Amor y celos* [144]; Lope cuenta su historia en el *Auto del Nacimiento* [145] y le escoge por argumento de su comedia *Porfiar hasta morir;* Calderón lo cita [146], y, en una palabra, Macías llega a ser sinónimo de enamorado, como demuestra el siguiente texto:

Bien hago el enamorado
Para apurar un cuidado;
No hay Macías tan llorón
Y de tan tierna pechuga [147].

LA EXPRESIÓN DEL AMOR PORTUGUÉS

No quedaría exactamente expuesta la idea del erotismo portugués, ni explicado todo el círculo de extensión que tal idea desarrolla en la literatura, si no diéramos cabida en este capítulo a determinadas formas expresivas que creó el lenguaje de la época para revestir el concepto que estudiamos.

La primera de estas formas metafóricas fue el azúcar, la melcocha y otras materias dulces. Tengo para mí que a la creación de este modo de expresión contribuyó la importación de azúcar del Brasil, que era uno de los principales artículos del comercio portugués.

«¿Qué no chupa Portugal en sus azúcares, lienzos y especias?», preguntaba indignado Salazar y Castro en el *Discurso político* que dejamos citado [148]. Este elemento material y la suavidad del amor portugués dieron origen a estas metáforas: Espinel dice que en Sevilla se dio a enamorar cuantas mujeres

143 Vd. Clás. Cast., XXXI, pág. 221.
144 Vd. Rivad., V, pág. 152-*c*.
145 Vd. R. Acad., II, pág. 455-*a*.
146 Vd. *Cuál es mayor perfección*, I. Rivad., VII, pág. 73-*b*; *El monstruo de la fortuna*, I. Rivad., XIV, pág. 454-*c*.
147 Ricardo de Turia, *La burladora burlada*, II. Rivad., XLIII, página 229-*b*.
148 Vd. *Semanario Erudito*, vol. II, pág. 139.

encontraba, «de manera que no había portugués más azucarado que yo» [149].

Don Juan de la Hoz y Mota se burlaba así de este azucaramiento:

LUCÍA. *¡Jesús, qué amante tan dulce!*
MOCHUELO. *Soy natural de Lisboa,*
nací en un pilón de azúcar,
fué mi cuna una toronja,
envolviéronme en jalea,
y, así, respiro melcochas [150].

Andrés de Claramonte ofrece una frase que no deja lugar a duda de que los dulces materiales de Portugal anduvieron de medianeros en la creación de esta forma metafórica. Dice así un galán portugués:

Supla la miseria mía
El ánimo liberal,
A vuestra grandeza igual;
Que no será maravilla
Que lisonjee a Castilla
Con sus dulces Portugal [151].

A la dulzura acompañaba la terneza, si ya no es una misma cosa. Dice Pérez de Montalbán:

Parecióme a los principios
Muy fino en el bien querer,
Que el año del noviciado
El amante más infiel
Puede apostar en ternura
Con cualquiera portugués [152].

---

[149] Espinel, *Marcos de Obregón*, II, 3. Clás. Cast., LI, pág. 22. Vd. Lope, *La mocedad de Roldán*, II. R. Acad., XIII, pág. 223-*a*.
[150] *El montañés Juan Pascual*, II. Rivad., XLIX, pág. 229-*b*.
[151] *De esta agua no beberé*, I. Rivad., XVIII, pág. 513-*a*.
[152] *La doncella de labor*, III. Rivad., XLV, pág. 602-*c*.

Y don Jerónimo de Villaizán:

Está Enrique a tu señora
Hablando en cosas de amor,
Y desde que los oí,
Me emportuguesé, y sentí
Tiernísimo [153].

Y Polo de Medina:

Diferentes se contemplan,
Si unánimes en lo culto,
Él tierno a lo portugués,
Ella arrogante a lo turco [154].

Y Hurtado de Mendoza:

Este hombre es el Montañés.
¡Qué pulido y agraciado!
Será en blandura y agrado
Un serón de portugués [155].

Además del azúcar y la terneza, vino el *sebo*, por su suavidad, a servir de vehículo al mismo concepto. Don Agustín de Salazar y Torres asocia ambas expresiones, sebo y ternura, en el siguiente discreteo:

Item, dos pares de guantes,
aunque rotos por los dedos,
y es, que en mis manos estaban,
de favorecidos, tiernos.
IRENE. *¿Serían guantes portugueses?*
ESTELA. *Si no lo eran, por lo menos*
parecíanlo en tener...
IRENE. *¿Qué?*
ESTELA. *Su poquitico de sebo* [156].

153 *Aprender con las finezas*, I. Rivad., XLV, pág. 368-*c*.
154 Polo de Medina, *Poesías*. Rivad., XLII, pág. 204-*b*.
155 Don Antonio Hurtado de Mendoza, *Cada loco con su tema*, II. Rivad., XLV, pág. 464-*a*.
156 *Elegir al enemigo*, II. Rivad., XLIX, pág. 271-*b*.

Tirso fue, sin duda, quien acudió y dio validez a esta metáfora, según el copioso número de veces que la emplea, y lo raro que es hallarla en otros autores, y éstos siempre posteriores a él.

Sebosa llama una villana a la portuguesa doña Beatriz de Noroña en el acto II de *La gallega Mari-Hernández* [157].

Y en *La celosa de sí misma*:

¿De una mano te enamoras,
Por el sebo portuguesa? [158].

Y en *Cautela contra cautela*:

Luz te traeré portuguesa.
—¿De qué suerte?
—Vendrá en sebo [159].

Y cuatro veces en *Antona García*, de las cuales citaré solamente una:

Pues Isabel y Fernando
Reinarán en Toro hoy;
Que a pesar de desleales
Y sebosos, sobro yo [160].

Del azucaramiento, la ternura y el sebo surgió el *derretirse*, que fue usado no menos que las expresiones anteriores y por mayor número de autores.

Don Francisco de Rojas nos ofrece un texto donde aparecen asociados el *derretirse* y el *sebo*:

Que haya marido que llore
Porque perdió a su mujer;
Y no que con la congoja,
Portugués de más valor,
Derretido de su amor
Lágrimas de sebo arroja.

---

157 Tirso, Rivad., V, pág. 119-*a*.
158 Tirso, *La celosa de sí misma*, I. Rivad., V, pág. 130-*a*.
159 Tirso, *Cautela contra cautela*, II. Rivad., V, pág. 510-*a*.
160 Tirso, *Antona García*, I. N. B. A. E., IV, pág. 624-*b*.

Mas si conmigo lo hicieran,
Llorara, aunque me agraviaran,
No que a mí me la quitaran,
Sino que a mí me la dieran [161].

Estebanillo González dice:

«Me fuí a decirle adiós a mi querida Belerma y a derretirme con ella como si fuera portugués» [162].

Lope de Vega:

DAMA. *¡Qué lisonjero venís!*
GALÁN. *No es lisonja; que amor es.*
DAMA. *Debéis de ser portugués,*
pues tan pronto os derretís [163].

Castillo Solórzano:

«¿Es el señor don Cosme? A cuya voz nuestro Macías, más derretido que todo Portugal, dijo» [164].

Jerónimo de Alcalá:

«Mostréme el rato que con mi viuda estuve más elocuente que el griego Demóstenes, más amoroso que Macías y más derretido que un portugués» [165].

Quevedo:

«La muerte de amores estaba con muy poquito seso. Tenía, por estar acompañada, porque no se le corrompiese por la antigüedad, a Píramo y Tisbe, embalsamados, y a Leandro y Hero y a *Macías*, en cecina, y algunos portugueses derretidos» [166].

Terminaremos este capítulo con el epitafio que Cervantes dice que vio en una iglesia de Lisboa, que es la prueba más fuerte del amor de los portugueses:

---

161 *También la afrenta es veneno*, III. Rivad., LIV, pág. 599-*b*.
162 *Estebanillo González*, cap. IX. Rivad., XXXIII, pág. 341-*b*.
163 Lope, *Santo Negro Rosambuco*, I. R. Acad., IV, pág. 363-*b*.
164 Castillo Solórzano, *Tardes entretenidas*. Madrid, 1908, pág. 174.
165 Jerónimo de Alcalá, *Donado hablador*, II, 5. Rivad., XXXIII, página 557-*b*.
166 Quevedo, *Visita de los chistes*. Clás. Cast., XXXI, pág. 220.

«Aquí yace viva la memoria del ya muerto Manuel de Sosa Cuytiño, Caballero portugués, que a no ser portugués, aún fuera vivo. No murió a las manos de ningún castellano, sino a las de amor, que todo lo puede. Procura saber su vida y envidiarás su muerte, pasagero» [167].

[167] *Persiles*, II, 1.

Capítulo V

LOS ANDALUCES

Los naturales de Andalucía convienen con los castellanos en la condición fundamental de su carácter y ofrecen otras genuinas y propias suyas. Desde muy antiguo comenzó a despuntar la fisonomía regional, pues ya el cartujano don Juan de Padilla afirma que a los andaluces se les conoce en el habla [1]. (Siglo XV.)

En el siglo XVII, el tal rasgo andaluz lo hallamos plenamente comprobado. En una obra de Lope, entra un viejo de Sevilla en una posada madrileña, y dice el criado del mesonero:

Aqueste viejo
Es en el habla andaluz [2].

Más adelante, en el mismo siglo, nos ofrece su testimonio Gracián:

«Ceceaba uno tanto, que hacía rechinar los dientes, y todos convinieron en que era andaluz o gitano» [3].

Castillo Solórzano advierte que el ceceo se extendía hasta Canarias [4-5].

---

1 *Los doce triunfos de los doce Apóstoles.* N. B. A. E., XIX, pág. 311-*a.*

2 Lope, *Mesón de la Corte*, III. Ac. N. E., I, pág. 302-*a.*

3 Gracián, *El criticón*, I, 7. Renac., I, pág. 86.

4 Vd. *El Bachiller Trapaza.* Ed. de 1733, pág. 18.

5 El ceceo se reprueba como falta. Vd. F. de la Torre Farfán, *Templo panegírico.* Sevilla, 1663, pág. 197.

Además del ceceo, se caracterizaban los plebeyos de Andalucía por la fuerte pronunciación de las jotas, o, mejor dicho, por aspirar las haches hasta convertirlas en jotas. Dice a este propósito don Antonio de Zamora:

¿Qué negocio? Pues acaso
Porque es de los que recalcan
Las jotas, y tuvo en Cádiz
El barco de la aduana[6].

Los escritores del siglo XVII contribuyeron con nuevas pinceladas a reflejar la opinión que en España tenían los naturales de la antigua Bética, y, atentos a sus datos, podemos enumerar así las cualidades del tipo andaluz:

a) Arrogancia.
b) Sagacidad.
c) Locuacidad.
d) Exaltación amorosa.

Todos estos caracteres generales, y aun otros secundarios que veremos después, se encuentran claramente consignados en los textos que aquí presentamos; pero hemos de reconocer que tales textos no abundan en la proporción que sobre las otras regiones de España.

ARROGANCIA ANDALUZA

La arrogancia nacional, que vamos viendo la hacían suya castellanos y portugueses, la hallamos también vinculada en el carácter andaluz. El Maestro Medina lo atestigua discretamente en estos términos:

«(Los andaluces), en gran parte, pican un poco de vanagloria y arrogancia»[7].

---

[6] *No hay plazo que no se cumpla*, I. Rivad., XLIX, pág. 412-*a*.
[7] *Opus cit.*, parte II, cap. I, pág. 99.

Tirso de Molina observa la misma condición más explícitamente, si cabe, en estos versos:

Ya sé vuestra condición,
Soberbia y presuntuosa;
También sois de Andalucía,
Y tenéis por bizarría
No sufrir ninguna cosa
Los andaluces [8].

Después, el granadino Cubillo de Aragón, describiendo un caballo, apunta la misma idea:

Sobre un alazán tostado,
Arábigo en nombre y sangre,
Castellano en la lealtad,
Andaluz en lo arrogante [9].

En la sátira política titulada *El búho gallego*, el andaluz está representado por el pavo, presuntuoso y vano.

Hay, asimismo, un verso en la *Mosquea*, de Villaviciosa, que dice bien a nuestro intento:

La soberbia andaluza, *hecha una pella,*
Por ser primera en el romper trabaja [10].

Jerónimo de Barrionuevo, dando noticia de una revuelta popular «en el Andalucía, en un lugar llamado Palma», acaba su relato con este juicio: «Es gente mal sufrida, del mismo diablo» [11].

Esta arrogante condición de ánimo granjeaba a los andaluces fama de valientes, o, mejor dicho, de *avalentados*, que es ya un grado de la valentonería o matonismo de que hacían profesión especial los sevillanos. Así, vemos que en *El examen de maridos*, de Alarcón, al exponer el secretario de la dama exami-

8 Tirso, *Próspera fortuna de Don Alvaro*, II. N. B. A. E., IV, pág. 269-*b*.
9 *El Conde de Saldaña*, I. Rivad., XLVII, pág. 81-*c*.
10 *Opus cit.*, canto XI, estrofa 46.
11 *Avisos*, de Barrionuevo, 31 octubre 1654.

nadora las condiciones de un pretendiente, ella la explica o atenúa con la naturaleza del caballero. Dice el secretario:

Es «avalentado»,

Y acota Doña Inés:

Es «andaluz» [12].

Carácter de bravuconería a la que se refiere Lope diciendo:

es bravo de Andalucía
y desto(s) de presunción
de treta de conclusión [13].

Dejando para cuando tratemos particularmente de Sevilla el punto de la *valentonería*, preguntémonos ahora sobre la *valentía* de los andaluces. El Maestro Medina unió en una misma página, sobre el carácter andaluz, la arrogancia y la aptitud bélica. Creemos, en efecto, que entrambas condiciones se dan la mano y se correlacionan estrechamente.

Oigamos al viejo Maestro Medina:

«Son los andaluces de buenas estaturas, muy cortesanos y graves, nada serviles, sino altivos, de grandes ánimos, muy generosos...

Son grandes amigos de todo ejercicio de armas, y dánseles muy bien. Son gente muy briosa y belicosa, de grandes fuerzas y maña; muy puntuosos en leyes del duelo y cosas de honra mundana; y cuanto son de cortesanos y afables tratados con buen término, tanto son cuando se encienden en cólera, furiosos, indomables y vengativos» [14].

Tirso no disentía de la fama que Andalucía gozaba de belicosa, y la llama:

---

[12] *El examen de maridos*, II. Rivad., XX, pág. 480-*b*.

[13] Lope, *Los yerros por amor*, I. Ac. N. E., X, pág. 542-*b*. Vd., respecto de los sevillanos, Castillo Solórzano, *La Garduña de Sevilla*, I. Clás. Cast., XLII, pág. 42.

[14] *Opus cit.*, parte II, cap. I, pág. 99.

De Marte y Minerva madre [15].

Y en una comedia impresa siempre, aunque equivocadamente, a nombre de Lope, se afirma como don del clima bético la aptitud para la guerra. Habla Reinaldos así:

Rey de España, Ferraguto,
Si el Betis te dió en su margen
El valor con que sus hijos
Nacen fuego y rayos nacen,
Sal a batalla conmigo,
Y ansí la deidad no agravies
Española; pero tienes
Más que de español, de alarbe [16].

Y el mismo Lope pone en boca de uno de sus personajes:

Tengo nombre de valiente,
que gente de rumbo y juncia
lo que con erres pronuncia
tiene por más excelente [17].

Texto en que es clara la alusión a la característica fonética antes señalada.

¿En qué grado convenían los hechos históricos con estos juicios de los escritores literarios? No en grado sumo precisamente. Por testimonio de Andrés Muñoz, cronista del viaje de Felipe II a Inglaterra, sabemos algo muy interesante: que los andaluces se ataviaban para el ejercicio de las armas con más pulcritud que los castellanos:

«Va de infantería (que en el Andalucía y Castilla se hizo), número de doce mil soldados, toda gente muy lucida, hermosamente aderezados de muy buenos atavíos, especialmente los andaluces, según paresció» [18].

15 *Quien da luego, da dos veces*, I. N. B. A. E., IX, pág. 542-*a*.

16 Lope, *Un pastoral albergue*, II. R. Acad., XIII, pág. 346-*a*.

17 Lope, *La venganza venturosa*, II. Ac. N. E., X, pág. 208.

18 Andrés Muñoz, *Viaje de Felipe II a Inglaterra*. Bibliót. Esp., XV, página 59.

Este rasgo parece dar a entender, no una aptitud, pero sí una jactancia o estimación de la aptitud militar. En cambio, los hechos mancharon repetidas veces la hoja de servicio de los soldados sevillanos. Primeramente, el historiador de la *Guerra de Granada*, D. Diego Hurtado de Mendoza, consignó la mala cuenta que dieron de sí los voluntarios de Sevilla en la guerra con los moriscos de la Alpujarra; y más tarde, D. Luis Cabrera de Córdoba, contando la segunda expedición a las Azores, tuvo que hacer constar análoga defección y explicarla con las mismas palabras del de Mendoza.

En los *Avisos* de Barrionuevo leemos una frase que, aun rebajando mucho su alcance, deja todavía al descubierto la mala fama de los soldados andaluces:

«Se dice vienen del Andalucía las milicias, en particular de Sevilla, dos mil hombres que, al parecer de todos, se desharán presto, *volviéndose a su casa, como lo hacen siempre;* que nadie por fuerza obra bien» [19].

Sin embargo, no faltan testigos en contra. El marqués de Villafranca, gobernador de Milán, escribía a Felipe IV estas palabras:

«Que de Andalucía me traigan navíos cuatro mil hombres, porque de los valencianos y catalanes hago poco caso» [20].

EL INGENIO ANDALUZ

La segunda cualidad de los andaluces la describía así el Maestro Medina:

«Entre ellos florecen los mejores ingenios de España; cosa que de su nativo parece que lo lleva esta provincia. Tienen los andaluces los ingenios naturalmente inclinados a poesía y cosas de mucho ingenio» [21].

---

[19] *Avisos*, de Barrionuevo, 7 noviembre 1657.

[20] *Carta del Marqués de Villafranca al Rey*, año 1616. Codoin, XCVI, página 153.

[21] *Opus cit.*, parte II, cap. I, pág. 99. Vd. J. Feliz Girón, *Orígenes y primeras poblaciones de España*. Córdoba, 1686, pág. 110.

Pero esta sagacidad y agudeza andaluza, nadie la afirmó tan paladinamente como el autor de *La tía fingida*, cuyas son estas palabras:

«Para los andaluces, hija, hay necesidad de tener quince sentidos, no que cinco; porque son agudos y perspicaces de ingenio, astutos, sagaces y no nada miserables, y esto y más tienen si son cordobeses» [22].

El concepto del ingenio andaluz lo veremos ampliamente expuesto al tratar de los ciudadanos de las localidades más importantes.

LOCUACIDAD ANDALUZA

La locuacidad andaluza la hallamos atestiguada en un romance jocoso de una comedia de Lope, donde dice:

Lengua de gitano,
Labia de Andaluz,
Pecho de Alcabala
Y alma de Tahur [23].

Esta *labia de Andaluz* quiere decir algo más que abundancia de palabras, pues de habladores estaba España llena, al decir del mismo Lope, como puede verse.

Un criado de los tiempos mitológicos se jacta de su poder oratorio y dice:

Verdad es que las moví
Con tan ilustre parola,
Como si fuera española
La provincia en que nací;
Porque dicen que hay en ella,
Y escriben graves autores,
Los mayores habladores
Que la verdad atropella [24].

22 *La tía fingida*. Ed. de Apraiz, pág. 135.
23 Lope, *Rey Don Pedro en Madrid*, II. R. Acad., IX, pág. 501-*b*.
24 Lope, *Laberinto de Creta*, II. R. Acad., VI, pág. 123-*b*.

Contra los habladores, en general, esgrimió su sátira Cervantes, o el autor del *Entremés famoso* [25], y Espinel, que en forma novelesca presenta un caso notablemente parecido al del *Entremés* [26]. De modo que algo más que locuacidad había en esta *labia andaluza*, y que no era otra cosa que dolo, falsía, arte de hacer lo blanco negro.

Gracián no acertó a presentar este matiz propio de la retórica andaluza cuando, al pintar un palabrero insustancial, lo califica así:

«Este, pues, o andaluz por lo locuaz, o valenciano por lo fácil..., los comenzó a conducir, sin pararle un punto la taravilla de necedades» [27].

Y más adelante insiste Gracián en la necedad de la palabrería andaluza:

«Dejadlo —dice, presentando un tipo de necio—, que es andaluz... Ya tiene licencia» [28].

No podían ser necias las palabras que tiraban a embaucar y captar el asentimiento. En cambio, Gracián anduvo acertado al notar en la palabrería de los andaluces una insinceridad que ahora, como en el siglo XVII, suele atribuírseles. Dice que en Andalucía, «de cuatro partes, las cinco son palabras» [29].

Y en una gacetilla de Barrionuevo se da a entender esto mismo, contrastando las obras de Castilla con las buenas razones de Andalucía:

«Habiendo escrito D. Antonio de Contreras a todas las ciudades del remo pidiendo limosnas para la fábrica de San Isidro, las de Andalucía se han excusado con buenas palabras, gastando mucha retórica, y sólo en Castilla la Vieja han dado mucho» [30].

El historiador Luis del Mármol Carvajal tomó de los escritores árabes un juicio que entre ellos corría acerca de esta insinceridad andaluza. Dice así:

---

[25] Vd. N. B. A. E., XVII.
[26] Vd. *Marcos de Obregón*, I, 18. Clás. Cast., XLIII, pág. 229.
[27] Gracián, *Criticón*, III, 2. Renac., II, pág. 135.
[28] Gracián, *Criticón*, III, 7. Renac., II, pág. 250.
[29] *Criticón*, II, 3. Renac., I, pág. 237.
[30] *Avisos*, de Barrionuevo, 31 octubre 1657.

«No dejaré de decir en este lugar cómo algunos escritores árabes llaman por oprobio a los vándalos nindelez, nombre derivado de *delez*, que en su latinidad árabe significa cosa de poca confianza o falsa, imputándolos de falsos, y, si bien se considera, las grandísimas crueldades, la poca fe y sobra de malicia que los vándalos usaron en Francia, en España y en Africa, sin respetar cosa divina ni humana, parecerá haberles aplicado los árabes, tan satíricos, aquel nombre con alguna manera de razón, siendo poco diferente del proprio» [31].

El autor de *El pasajero* extiende el valor de la facundia andaluza hasta el terreno literario y le concede notable influencia en el enriquecimiento del idioma patrio:

«Son casi todos de abundosas lenguas, y, como de sutiles imaginativas, prontos en el decir. No perdió el lenguaje español algo de su fineza, aunque en parte desviada [32] del lugar que viene a ser centro y corte de toda la provincia. Hombres tuvo estudiosos en él, y que en su tiempo añadieron particulares riquezas al idioma, que poco a poco descubrió después mayores tesoros. Débeseles, con todo, mucho, por haber sido los que abrieron camino a las primeras elegancias» [33].

Vélez de Guevara hace notar en los versos de Alvaro Cubillo una cualidad general de la facundia andaluza. Habla así del poeta granadino:

«Excelente cómico y grande versificador, con aquel fuego andaluz que todos los que nacen en aquel clima tienen» [34].

AMOROSIDAD ANDALUZA

La finura romántica de los andaluces en materia amorosa la observó perspicazmente Alarcón y la puso de contraste con la tosquedad sensual de los madrileños. Alarcón era mejicano

31 *Rebelión y castigo de los moriscos de Granada*, cap. I. Rivad., XXI, página 127-*a*.

32 Habla de Sevilla.

33 Suárez de Figueroa, *El pasajero*, ed. citada, pág. 279.

34 *El Diablo Cojuelo*, IX. Clás. Cast., XXXVIII, pág. 244.

y podía apreciar y contrastar entrambas psicologías. Habla así un amigo a otro:

¿En Madrid os tiene Amor
Tan triste y desesperado?
¡Qué bien se ve que venís
Al uso de Andalucía,
Donde viven todavía
Las finezas de Amadís! [35].

Góngora entona un himno a la condición amorosa de los andaluces, celebra sus triunfos en las lides de Venus, ensalza su arte de galantear, lo mismo al pie de la ventana, en el secreto de la noche, que en el salón del sarao y en la plaza de los toros. El soneto que sigue es la ejecutoria del tipo de Don Juan, el eterno amador de la mujer, de todas las mujeres:

Hermosas damas: si la pasión ciega
No os arma de desdén, no os arma de ira,
¿Quién con piedad al andaluz no mira,
Y quién al andaluz su favor niega?
¿En el terrero quién humilde ruega,
Fiel adora, idólatra suspira,
Quién en la plaza los bohordos tira,
Mata los toros y las cañas juega?
¿En los saraos, quién lleva las más veces
Los dulcísimos ojos de la sala
Sino galanes del Andalucía?
A ellos les dan siempre los jueces
En la sortija el premio de la gala,
En el torneo, de la valentía [36].

LOS SEVILLANOS

Vengamos ahora a los particulares. Dos ciudades descollaban por su personalidad en la vasta región andaluza: Sevilla y Cór-

[35] Alarcón, *Mudarse por mejorarse*, I. Rivad., XX, pág. 103-*a*.
[36] Góngora, I, pág. 234.

doba. La primera subía de quilates en la psicología de sus habitantes, las cualidades genuinas de los andaluces, y, además, criaba, o por lo menos albergaba, un tipo especial de gente que servía de troquel y patrón a la del mismo jaez que se producía en otras partes. Desde muy antiguo puesto que lo anotó el Cartujano en su Poema [37], los sevillanos tenían fama de *sutiles*.

Durante el siglo XVII, la fisonomía de Sevilla cambió por completo, debido a la heterogeneidad de elementos que la comunicación con América ocasionaba. Una frase recogida en la *Floresta* de Santa Cruz da idea de tan extraordinaria amalgama:

«De Sevilla dijo Alonso Carrillo que parecía a los trebejos del ajedrez, tantos prietos, como blancos, por los muchos esclavos que hay en aquella ciudad» [38].

Los historiadores y los poetas se cuidaron de distinguir entre los naturales de Sevilla y los forasteros y allegadizos. Así, vemos que D. Diego Hurtado de Mendoza clasifica en tres clases de gente la que Sevilla encerraba:

«Porque parece que en la gente de Sevilla se pone mácula, siendo de las más calificadas ciudades que hay en el mundo, hase de entender que en ella, como en todas las otras, se juntan tres suertes de personas: unas naturales, y estos cuasi así la nobleza como el pueblo son discretos, animosos, ricos, atienden a vivir con sus haciendas o de sus manos; pocos salen a buscar su vida fuera, por estar en casa bien acomodados; hay también extranjeros, a quienes el trato de las Indias, la grandeza de la ciudad, la ocasión de ganancia, ha hecho naturales, bien ocupados en sus negocios, sin salir a otros; mas los hombres forasteros que de otras partes se juntan al nombre de las armadas, al concurso de las riquezas, gente ociosa, corrillera, pendenciera, tahura, hacen de las mujeres públicas ganancia particular, movida por el humo de las viandas; éstos, como se mueven por el dinero que se da de mano a mano, por el sonido de las cajas, listas de las banderas, así fácilmente las desamparan con el

---

37 Vd. N. B. A. E., XIX, pág. 362-*a*.

38 M. de Santa Cruz, *Floresta Española*. Bibliót. Madril., III, pág. 161.

temor dellas en cualquier necesidad apretada, y a veces por voluntad» [39].

Luis Cabrera de Córdoba calcó las frases del historiador de la Guerra de Moriscos para explicar la diferencia de castas que convivían en Sevilla [40].

De este amontonamiento se originaba el desorden y el descuido en la administración de la cosa pública. Así lo viene a decir el presidente del Consejo de Castilla al Rey Felipe IV:

«La ciudad está tan llena de portugueses y extranjeros, y naturales, tan sin prevención y aliento, que tienen por cierto los prácticos y celosos de la tierra la entrará el portugués, si se determina a ello» [41].

Parece que también Gracián atribuía a la mezcolanza de blancos y negros el que estuvieran agudizadas en Sevilla las cualidades generales de Andalucía. Creo que esto significa el texto siguiente:

«De Sevilla no había que tratar, por estar apoderado della la vil ganancia, su gran contraria, estómago indigesto de la plata, cuyos moradores ni bien son blancos ni bien negros, donde se habla mucho y se obra poco, achaque de toda Andalucía» [42].

Lope de Vega repara asimismo en que la libertad y licencia de la vida sevillana procedía de la confusión de gentes extrañas que allá aportaban:

¡Pardiez, vamos a Sevilla!
FÉLIX. *¡Oh, qué famosa ciudad!*
CARRIZO. *Y de mayor libertad*
que las que tiene Castilla,
porque la gran confusión
de grandeza y forasteros,
de naves y de extranjeros
causa de tenerla son [43].

[39] *Guerra de Granada*, lib. IV. Rivad., XXI, pág. 114-*a*.
[40] Vd. Rodríguez Marín, *Rinconete y Cortadillo*. Madrid, 1920, pág. 71.
[41] Consulta del Presidente del Consejo al Rey, 1644. Codoin, XCV, página 150.
[42] Gracián, *Criticón*, I, 10. Renac., I, pág. 130.
[43] Lope, *La Buena Guarda*, II. R. Acad., V, pág. 340-*b*.

Algo por el estilo venía a decir Castillo Solórzano:

... Sevilla ampara varias gentes
Y abunda de valientes [44].

Mas, a pesar de que mucho mal venía indudablemente de fuera, el clima de aquella ciudad tiene también un indudable poder debilitador de voluntades, aflojador de propósitos, disolvente de actividades. Y esto lo notó mejor que nadie Santa Teresa en los días que habitó a la sombra de la Giralda, y de esto no se escapaban propios ni extraños:

«No sé si la misma clima de la tierra, que he oído siempre decir los demonios tienen más mano allí para tentar; que se la debe de dar Dios, y en esto me apretaron a mí, que nunca me vi más pusilánime y cobarde en mi vida que allí me hallé; yo, cierto, a mí mesma no me conocía» [45].

En el siglo XVII, la división entre malos y buenos estaba completamente incorporada y embebida en la mentalidad de todo el mundo, y los sevillanos se distinguían por su rumbo, por su buen aire, por su bello decir, y la escoria de Sevilla adquirió nombres privativos por los que era conocida en toda España.

De los primeros, decía Tirso:

Sevilla
Da si averiguallo quieres,
Porque de oíllo te asombres,
Si fuertes y airosos hombres,
También gallardas mujeres [46].

Y Cervantes, en *El retablo de las maravillas,* emplea esta frase para calificar a una dama:

Señora del rumbo sevillano [47].

---

44 *El Marqués del Cigarral,* II. Rivad., XLV, pág. 319-*b.*
45 Santa Teresa, *Libro de las Fundaciones,* cap. XXV.
46 Tirso, *Burlador de Sevilla,* II. N. B. A. E., IX, pág. 636-*a.*
47 Vd. N. B. A. E., XVII, pág. 28-*a.*

Este rumbo lo confirma el siguiente pasaje de Salas Barbadillo:

«Los poderosos ciudadanos de Sevilla, que cada uno de ellos tiene (esto es lo más general) un mar en el ánimo, que siempre está de creciente y jamás de menguante» [48].

Y Suárez de Figueroa, además de confirmarla, la contrapone a la dureza de los villanos de Castilla:

«Son grandemente esparcidos y liberales los andaluces; que parece que heredan sus ánimos, cuanto a generosidad, lo fecundo y magnífico de su patria. Aman a los forasteros; y si alguno llega en ocasión de comida, como si el conocimiento fuera de muchos años, le convidan y agasajan con largo corazón. No así en los moradores de ambas Castillas, por la mayor parte gente encogida, huraña y silvestre» [49].

Y Gracián, en el reparto de buenas cualidades españolas, dice:

«¿Adónde van a parar tantos buenos? ¿Dónde?... Las hermosas, a Granada; los bellos decidores, a Sevilla» [50].

En predicamento muy distinto eran tenidos los rufianes, pícaros, jaques y bellacos de toda laya, que ya hemos visto y hemos de ver en los textos aducidos, nacían en Bilbao, en Valladolid, en Segovia, en Madrid, en Toledo y en Córdoba; pero que todos venían a doctorarse y calificarse en sus malas artes a Sevilla y a la playa de Sanlúcar. De todos nos da testimonio Cervantes en diferentes lugares de sus obras, desde el capítulo III del *Quijote*, donde traza el llamado «mapa picaresco de España», hasta *La Ilustre Fregona* y *Rinconete y Cortadillo*. Don Francisco de Lugo y Dávila pone de relieve la importancia de la capital andaluza en el mundo picaresco:

«Sevilla, centro común, donde se terminan las líneas de la rufianería (a quien ellos llaman *hermanía*), donde asiste su Macareno o Prioste» [51].

---

[48] Salas Barbadillo, *La hija de Celestina*. Bibliot. Románica, LXVIII, página 70.

[49] *El pasajero*, ed. cit., pág. 280.

[50] Gracián, *Criticón*, II, 13. Renac., II, pág. 90.

[51] Lugo y Dávila, *Teatro Popular*. Madrid, 1906, pág. 130.

Espinel, que vivió la vida libre en Sevilla por unos meses, nos da en concreto la esencia de la valentonería que profesaban estas gentes. Escribe en 1617, y se refiere a hechos de 1580:

«Había entonces (en Sevilla), y aún creo que agora hay, una especie de gentes que ni parecen cristianos, ni moros, ni gentiles; sino su religión es adorar en la diosa valentía, porque les parece que estando en esta cofradía los tendrán y respetarán por valientes, no cuanto a serlo, sino a parecerlo» [52].

Suárez de Figueroa distingue en esto de la valentonería entre los sevillanos altos y bajos:

«Sus hijos son despejados, y no tan revoltosos como es fama. Puede vivir en ella un forastero con quietud, si su condición aborrece rencillas. La gente menuda es algo atraidora, valiéndose por instantes del que llaman *antubión*, con jiferos. Es gusto verlos reventar de valientes, hechos figuras, de hombros, de gestos, de bocas torcidas, pendiente el cuello del herreruelo de la mitad de la espada. Denota bravosidad quitar letras a las palabras, como: *Erez, arro*, por *jarro* y *Jerez*, sin otras muchas. Frecuéntase entre los plebeyos el regodeo de la taza, sin quien no hay festividad ni alegría. Entre ellos es éste el mejor aderezo de reñir; ya que pocas veces usan sacar ayunos las espadas. Admira la facilidad con que se embarcan, sin más recámara y provisión que una camisa, para tan largo viaje como es el de Indias. Apenas se despiden de sus casas; pues con decir: «Ahí me llego...», parten a *Tierrafirme*. Enriquece la plebe poco, sea por sus gastos excesivos o por hallarse ya disminuidos mucho los intereses indianos» [53].

De esta gente fue, sin duda, de la que Lope de Rueda dijo:

«Tienen bellaquísima fama los andaluces, porque en decir andaluz, luego lo tienen por ladrón; si de Castilla la Vieja, por hombre sano y sin doblez de malicia» [54].

Tal era el concepto que España tenía de este linaje de gente. Su filiación por barrios en Macarenos, Madalenos, de la Heria

52 *Marcos de Obregón*, II, 2. Clás. Cast., LI, pág. 17.

53 *El pasajero*, ed. citada, pág. 279.

54 Lope de Rueda, *Registro de Representantes*, paso segundo.

y de San Román, y la descripción de sus costumbres y vicios, pertenece completamente a la historia de la picaresca.

LOS CORDOBESES

La otra ciudad que gozaba de personalidad en Andalucía era Córdoba. No tenía, ciertamente, la opulencia, la popularidad cosmopolita, de Sevilla, tan ponderada por los poetas contemporáneos [55], sino más bien conservaba su carácter de ciudad agrícola y rudimentaria. Una frase del tiempo de Isabel I, recogida en la antología de Santa Cruz, retrata el aspecto característico de Córdoba:

«Preguntó la Reina Doña Isabel a Alonso Carrillo qué le parecía de la ciudad de Córdoba. Respondió: "Muchas aldeas juntas a Concejo"» [56].

Los naturales de esta aldea grande, como hemos oído al autor de *La tía fingida*, despuntaban por su agudeza entre los ya agudos andaluces. Un historiador italiano, cuyas obras fueron traducidas, refundidas y varias veces impresas en España, Juan Botero, dice así:

«Sus ciudadanos viven con mucha urbanidad y policía y son de felicísimo ingenio» [57].

Céspedes y Meneses pone de relieve principalmente la nobleza de los moradores de Córdoba:

«Y así parece que desde aquellos memorables principios ha conservado generosamente aqueste maravilloso pundonor; pues hoy es cierto que no hay ciudad ni población en toda la Europa de más limpia y apurada nobleza, ni en su tanto de más caballeros de sangre y mayorazgos riquísimos» [58].

---

[55] Vd. Rodríguez Marín, edic. de *Rinconete y Cortadillo*. Madrid, 1920, prólogo, pág. 10 y sigs.

[56] M. de Santa Cruz, *Floresta Española*. Bibliót. Madril., III, pág. 161.

[57] J. Botero, *Descripción de todas las provincias*. Traducción y edición citada, pág. 20.

[58] *Historias peregrinas*. Madrid, 1906, pág. 166.

Suárez de Figueroa une en un mismo reconocimiento la nobleza y el ingenio:

«Pasé por Córdoba, madre antigua de floridísimos ingenios y de nobleza no menos acrisolada, cuyos pies besa humilde el soberbio Guadalquivir» [59].

Conforme a esto, tuvo razón Gracián para asignar a Córdoba, como propiedad suya, «los varones eminentes» [60].

Mateo Alemán, para ponderar los ardides e ingeniosidades de un mendigo, maestro en el oficio, dice:

«Era natural cordobés; dígolo para que sepáis que era tinto en lana» [61], que es como decir extrafino [62].

Salas Barbadillo nos ofrece varios pasajes muy interesantes sobre esta perspicacia de los cordobeses. El primero consta en la fábula titulada *La peregrinación sabia*, y dice así:

«Entonces le preguntó al zorro viejo de dónde era natural, y como le respondiese que de los campos de Córdoba, meneando la cabeza dijo:

»—¿Cordobesito sois, y zorro? Por mi fe que no sois bobo.

»Rióse entonces el zorrazo, y, replicándole, preguntó en qué se fundaba, a quien él satisfizo con esta respuesta:

»—La constelación de Córdoba es ingeniosísima, como se ha verificado en tantos varones doctos y sabios, y si respectivamente hace el mismo efecto con los animales, siendo vos zorro y nacido debajo de tan ilustre constelación, ¿quién duda que seréis sapientísimo?» [63].

En otra de sus novelas expone el mismo concepto:

En la patria de Séneca, a quien baña
Guadalquivir soberbio y arrogante,
Ciudad en los ingenios felicísima
Que con razón blasonan de sutiles [64].

---

59 Suárez de Figueroa, *El pasajero*, VIII. Renac., pág. 278.

60 *Criticón*, II, 13. Renac., II, pág. 90.

61 *Guzmán de Alfarache*, I, III, 3. Rivad., III, pág. 243-*a*.

62 Recuérdese lo que hemos dicho del *fino segoviano*.

63 *Opus cit.*, ed. Clás. Cast., LVII, pág. 51.

64 Salas Barbadillo, *Corrección de vicios*. Col. Escritores Castellanos. Madrid, 1907, pág. 133. Vd. págs. 60 y 188 insistiendo sobre este aspecto.

Otro pasaje trata de un vagabundo de malas mañas, que fue a parar a Córdoba, y, con esta ocasión, dice lo siguiente:

«Fuése a Córdoba: mala elección, por ser en aquella ciudad todos ingeniosos y entendidos; lo gracioso pareció frío, con ser el temple de aquella tierra calurosísima; por lo maldiciente tampoco fue admitido, por haber allá excelentísimos artífices, y. así, le miraron con desprecio; pues atreverse a las tercerías de amor, ni aun le pasó por el pensamiento, porque en aquella nobilísima república los hombres viven muy atentos y advertidos en orden al decoro y honestidad de las mujeres. Con esto se vió suspenso de todos sus oficios, y así buscó otro no menos infame y más peligroso. Quiso seguir la disciplina de Caco, de que halló en aquella ciudad insignes maestros» [65].

Ya en este texto, el elogio de la ingeniosidad cordobesa va casado con insinuaciones de otras cualidades menos estimables. No fue sólo en la acusación Salas Barbadillo. El mismo Maestro Pedro de Medina une la alabanza y la recriminación en estas palabras:

«Todo lo tiene bueno, si no es ser algo malsana de pechos» [66].

El mismo Mateo Alemán, que consigna su agudeza, consigna también su doblez y la insinceridad de sus palabras:

«Ofrecíase a lo cordobés: ya vuesa merced habrá comido, no habrá de menester algo» [67].

Asimismo, Gracián establece una antítesis entre la sinceridad castellana y la doblez andaluza, y encarna entrambas cualidades en Valladolid y en Córdoba:

«Ahora todo está maleado, todo mudado, hasta los climas, y, según van las cosas, dentro de pocos años será Alemania otra Italia y Valladolid otra Córdoba» [68].

Con razón, pues, se formó un refrán castellano que, prescindiendo de todas las buenas prendas andaluzas, servía de consigna general entre los demás habitantes de España:

---

[65] Salas Barbadillo, *Curioso y sabio Alejandro*. Rivad. XXXIII, página 15-*b*.

[66] Pedro de Medina, *Opus cit.*, parte II, cap. XXIV, pág. 133-*b*.

[67] M. Alemán, *Guzmán*, part. II, t. II, cap. I. Rivad., III, pág. 287-*a*.

[68] *Criticón*, III, 6. Renac., II, pág. 219.

«Al andaluz, hacerle la cruz»[69].

El Maestro Correas trae completos los refranes en esta forma:

«Al andaluz, hacelle la cruz; al cordobés, hacelle tres. Algunos dicen: Al sevillano, con toda la mano; al burgalés, con el envés.

»Al andaluz, hacelle la cruz; al sevillano, con toda la mano; al cordobés, con el envés, o con manos y pies.

»Al andaluz, muéstrale la cruz; al extremeño, el leño.»

[69] *Estebanillo González*, cap. V. Rivad., XXXIII, pág. 311.

Capítulo VI

EXTREMEÑOS Y MANCHEGOS

Entre Castilla, Portugal y Andalucía existen dos núcleos reducidos de gente con personalidad definida y caracteres propios. Tan saliente era esta personalidad en una de ellas, los manchegos, que en ciertos medios casi llegó a suplantar a Castilla la Nueva el nombre de la Mancha. Tal sucedía en la Universidad de Salamanca, donde los estudiantes provenientes desde el Guadarrama hasta Andalucía formaban el grupo denominado *Mancha*, que se oponía al grupo castellano, formado por los de la parte allá del Guadarrama [1]. Manchegos y extremeños eran notados en el siglo XVII de tosquedad, braveza y falta de aquella finura de andaluces y portugueses. Empezando por los manchegos, la literatura no los conoció sino como carreteros, llenos de vinazo y pródigos en votos y reniegos [2].

Bances Candamo se hace eco de la fama vulgar de los carreteros manchegos:

Yo vengo tan disfrazado,
Que al verme con esta traza,
No dirán sino que soy
Carretero de la Mancha [3].

---

[1] Vd. D. Antonio de Zamora, *El hechizado por fuerza*, acto I. Rivad., XLIX, pág. 436-*a*, y varias escenas de D. Francisco de Rojas Zorrilla, *Obligados y ofendidos*.

[2] Vd. *La pícara Justina*. Rivad., XXXIII, pág. 60-*a*.

[3] *Por su Rey y por su dama*, III. Rivad., XLIX, pág. 387-*b*.

El autor de *La tía fingida* les atribuyó los mismos caracteres de zafiedad:

«Los manchegos es gente avalentonada, de los de "Cristo me lleve", y llevan ellos el amor a mojicones»[4].

Salas Barbadillo se hizo cargo de las ideas comunes acerca de los manchegos y compuso con ellas una *Epístola*, que es la mejor semblanza que aquel siglo forjó del carácter de dicha región. Es como sigue:

«Juras con tanta insolencia, oh Testarudo, que con tus juros va echando censos sobre ti el Infierno. Carretero eres, y de la Mancha, que es, como si dijéramos, carretero de tu conciencia; porque yo no sé que pueda haber cosa más manchada. Si aquella tierra nobilísima y feraz de los mejores frutos no tuviera nombre, por haber tú nacido en ella se le dieran todos. Con sólo tu aliento manchas los más saludables aires y les dejas impreso el tufo con tanto fuego, que en la tierra donde estás, en los mayores fríos del Diciembre, corren los vientos calientes y abochornados. Todos te admiran como a prodigio, porque mezclar el agua con el vino muchos lo han hecho y hacen; más mezclar el vino con el aire, tú solo... De aquí se sigue que todos los que habitan en tu pueblo respiran aire envinado, y algunos aficionados a esta sustancial respiración abren la boca y son unos camaleones vinosos... Al fin, tu boca se ocupa siempre en infernales ejercicios, ya sea dando, ya recibiendo; porque lo que recibe es vino y lo que da son blasfemias y juramentos, siendo ocasión el mal recibido de tan mala dádiva. Con estas costumbres bien podemos decir de ti que te vas al Infierno por el camino carretero»[5].

Gracián unía a manchegos y extremeños bajo el mismo epígrafe de valientes:

«Los valientes —dice—, a Extremadura y la Mancha»[6].

Los demás autores hacen diferencia entre unos y otros. He aquí el retrato moral de los extremeños. El Maestro Pedro de Medina los pintó así:

[4] *Opus cit.*, ed. Apráiz, pág. 199.

[5] Salas Barbadillo, *Coronas del Parnaso*. Madrid, 1635, pág. 235.

[6] *El criticón*, II, 13.

«Los extremeños sabe todo el mundo que son gente muy recia, de doblados miembros y grandes fuerzas, muy belicosos y feroces, bastos en la disposición de los miembros. Son muy ricos y bien hacendados, sufridores de trabajos, muy ejercitados en su labor del campo y agricultura. Son gente de buen trato y amistad, pero altivos y arrogantes; précianse de sus fuerzas; son en extremo jactanciosos y ostentativos, de donde suelen emprender cosas temerarias y que parece que exceden al ser natural de los hombres; menosprecian a los otros que no son de su nación, porque piensan que no hay fuerzas en el mundo sino las suyas, ni valientes en el mundo sino ellos» [7].

Tirso los tacha de celosos, pero con una observación más general, de extremados en todo:

Sí, mas los de Extremadura
Somos en todo extremados,
Y en semejantes desvelos
Hay quien afirma, y no mal,
Que amor nació en Portugal
Y en nuestra patria los celos [8].

De acuerdo con el texto anterior, existe este otro de Salas Barbadillo:

«Los que nacimos en Extremadura... aun retamos de alevosos a los rayos del sol, si acaso hieren los ojos de nuestras damas» [9].

El juicio de *La tía fingida* les es contrario, pues los declara incapaces de perfectibilidad y refractarios al progreso (si es que es esto lo que quieren decir estas palabras):

«Los extremeños tienen de todo, como boticarios, y son como la alquimia, que si llega a plata, lo es, y si al cobre, cobre se queda» [10].

---

[7] Pedro de Medina, *Opus cit.*, parte II, cap. LXV, pág. 184-*a*.

[8] Tirso, *Lealtad contra la envidia*. I. N. B. A. E., IV, pág. 585-*a*.

[9] Salas Barbadillo, *La Sabia Flora*. Col. Escrit. Cast. Madrid, 1907, página 337.

[10] *La tía fingida*, ed. de Apráiz, pág. 135.

El refranero popular no era muy favorable a los extremeños. Véanse los proverbios que el Maestro Correas nos transmite:

«Badajoz, tierra de Dios, échase uno y se levantan dos, y andan los cornudos de dos en dos.

»Badajoz, tierra de Dios, que andan las putas de dos en dos».

Capítulo VII

LOS GALLEGOS

ANTIGALLEGUISMO

El tipo del gallego ha sido uno de los tópicos satíricos de la literatura española más llevados y abusivamente traídos. Tal posición antigallega tenía un fundamento en la realidad histórica. La servidumbre toda de Madrid se alimentaba de Galicia. Un ejército de lacayos, esportilleros, aguadores, ganapanes y fregonas trasponía anualmente la *Cruz del Ferro* y desembocaba en la corte. Y en la corte se fraguaba la literatura principalmente, y cortesanos eran más o menos los que fuera de Madrid escribían, y el ambiente engendrado al contacto de unos gallegos de la más baja clase y con los cuales, por virtud de sus oficios domésticos, tenían las clases más elevadas que luchar esa eterna y menuda lucha del señor y del criado, se difundió por las páginas de novelas y de comedias y acabó por cristalizar en verdadero estado de opinión. Conforme a esta idea genética del antigalleguismo, vamos a hacer desfilar primeramente los casos particulares de gallegos menguados y ridículos, y después examinaremos los juicios generales sobre los caracteres de Galicia.

LOS LACAYOS GALLEGOS

Este oficio de lacayo era el típico y genuino del gallego, y el que no era lacayo, entretenía el tiempo en la granjería de esportillero. Decía Quiñones de Benavente:

No salen tantas flores en diez mayos
como en Galicia mozas y lacayos.

Lope de Vega encarece la antigüedad de la villa de Madrid con esta donosa referencia:

Fundación fuiste de griegos,
En ganar el mundo rayos,
Antes que hubiese lacayos
Y esportilleros gallegos [1].

Prueba de que Galicia era la tierra donde se daba naturalmente el lacayo, son estos versos de Rojas Zorrilla. Habla un criado español, viendo allá en Marruecos a un mozo de su mismo oficio:

Hasta hoy no supe que había
Lacayos de algarabía.
¿Hay Galicia en vuestra ley?

En tal grado se correspondían oficio y nacionalidad, que Cervantes, al introducir un lacayo de otra provincia, se cree en la necesidad de advertirlo:

Hermanos, yo soy Ocaña,
Lacayo, mas no gallego;
Sé brindar y sé gastar
Con amigos cuanto tengo [2].

Acaba de aparecer una de las tachas atribuidas a los de Galicia: la escasez, contraria a la liberalidad característica de los andaluces.

Esta condición tuvo en la literatura del siglo XVII su modo anecdótico de expresión. El gallego era representado siempre descalzo y con los zapatos colgados del cinto, para ahorrarlos

1 Lope, *Justa Poética.* Rivad., XXXVIII, pág. 269-*b*.
2 Cervantes, *La entretenida,* III. R. Acad., t. V, fol. 190.

de tropezones [3]. Mira de Amescua pone en boca de un francés, que cuenta sus andanzas por España, este tipo de gallego:

De un lugar a otro pasaba
Y un español encontré;
Gallego pienso que fue,
Pues descalzo caminaba [4].

Castillo Solórzano saca de Ponferrada a dos personajes de una de sus novelas, «con los zapatos en la pretina y los pies en el camino» [5].

Tirso construyó sobre este rasgo galleguil el siguiente diálogo:

—¿Los zapatos
a la cintura colgáis
y descalzo camináis?
GALLEGO. *No valen allá baratos.*
Dime ayer un tropezón;
que aunque un dedo me quebré,
por ir así me ahorré
un cuartillo de tacón.
—¡Extraño modo de ahorro!
—Allá, cuando caminamos,
a la cinta los llevamos [6].

La descalcez y la miseria codiciosa se complican en el siguiente cuentecillo de la *Floresta Española*:

«Venía de su tierra un gallego descalzo y a pie; viéndolo un arriero, que traía su recua de vacío, movido a compasión le dijo: "Gallego, súbete en un macho de esos, y irás mejor." Respondió: "En subir, subirei; pero ¿busté quantu ma de dar porque suba?" [7].

---

[3] Vd. Núñez Alba, *Diálogos*. Libros de Antaño, t. XIII, págs. 2-3.
[4] *Galán, valiente y discreto*, I. Rivad., XLV, pág. 26-*b*.
[5] *Tardes entretenidas*. Ed. Madrid, 1908, pág. 154.
[6] Tirso, *Gallega Mari-Hernández*, III. Rivad., V, pág. 123-*b*.
[7] F. Asensio, *Floresta Española*. Bibliófi. Madril., III, pág. 290.

La segunda tacha de los lacayos originarios de Galicia era su incapacidad de guardar secreto, condición que los distinguía de los vizcaínos.

Lope de Vega habla a este propósito lo que sigue:

Porque han de ser los criados,
Salvo en todo los gallegos,
Obedientes como ciegos,
Y como mudos callados [8].

Tirso corea la opinión de Lope en el pasaje que sigue:

Si sois gallego, no dudo
Publiquéis cualquier secreto
En viéndoos en aprieto.
Ninguno allá nace mudo [9].

Calderón, en el mismo sentido, introduce un lacayo enredador en plan de sonsacar ciertos secretos a una moza, a la que jura discreción «a fe de gallego», que es un sarcasmo, conociendo las intenciones que lleva en la averiguación [10].

Esta falta de discreción tenía, naturalmente, su complemento en la falta de verdad, aquello que caracterizaba a los castellanos. He aquí un texto interesante:

D. ALFONSO. *¡Ah, lo que un lacayo miente!*
GALAPAGAR. *Cuando el lacayo es gallego,*
tiene vuseasté razón;
mas de Asturias o León,
no lo habrá hallado escrito,
y el probar esto remito
a la primera ocasión [11].

El texto siguiente de Tirso acusa a los lacayuelos de Galicia de poco constantes en el servicio, pues a la mejor ocasión des-

8 *La paloma de Toledo*, III. R. Acad., X, pág. 238-*a*.
9 Tirso, *Escarmientos para el cuerdo*, II. N. B. A. E., IX, pág. 67-*a*.
10 *El astrólogo fingido*, I. Keil, I, pág. 500-*a*.
11 *El caballero de Olmedo*. Comedia de tres ingenios, acto I. Ocho comedias descon., Leipzig, 1887, t. I, pág. 269.

aparecen y abandonan a su amo. En un diálogo en el que Inés está disfrazada de mozuelo, se expresa así:

DON PEDRO. *¿Sois de Toledo?*
DOÑA INÉS. *No soy,*
sino gallego.
LINARDO. *¿Gallego?*
Para enviar un recado
será muy lindo criado,
que volverá con él luego.
DON PEDRO. *¿Y qué buscáis por aquí?*
DOÑA INÉS. *A un señor que quiera ser*
mi amo.
DON PEDRO. (Ap. a Linardo. *Buen parecer*
tiene el rapaz.) Pues vení,
que yo os quiero por mi paje.
DOÑA INÉS. *Dame los pies, o la mano,*
por lo que en servirte gano.
LINARDO. *¡Muy gentil matalotaje*
llevamos! ¡Mozo gallego!
¿Sabes cuán chancero es,
que sirve un año, y después
toma las de Villadiego?
DOÑA INÉS. *Oye, señor gentilhombre,*
trate a los gallegos bien,
que no los conoce [12].

La tercera cualidad que afeaba este retrato moral del gallego de baja ralea era su afición al vino, en lo cual se hermanaban con los naturales de Vizcaya.

Lope de Vega pinta así uno de ellos:

Yo soy, aunque pese a Mahomilla,
Un buen gallego honrado,
De aquellos bebedores de Castilla,
Que con una castaña
Se beberán de vino una montaña [13].

---

[12] Tirso, *La villana de la Sagra*, II. Rivad., V, pág. 314-*b*.
[13] Lope, *Santa Casilda*, III. Ac. N. E., II, pág. 584-*b*.

Este pasaje alude a los *bebedores de Castilla* como a prototipos de hidalgos, ya que el beber vino estaba prohibido a los moros.

Salas Barbadillo confirma de bebedores a los sirvientes galaicos en una de sus novelas, donde leemos estas líneas:

«Mi padre se llamó Alonso Rodríguez, gallego en la sangre, y en el oficio lacayo, hombre muy agradecido al ingenio de Noé por la invención del sarmiento» [14].

Cervantes apostrofa llamándole borracho a un criado, en una de sus comedias:

Bodegón con pies, camine,
Que aquí no le conocemos;
Calle o pase, porque olisca
A lacayo y a gallego [15].

El olor que las palabras de Cervantes achacan a los gallegos lo hallamos especificado en otro texto de la época, el entremés de *La cárcel de Sevilla*, que algún tiempo pasó por obra cervantina. Allí dice un condenado a muerte, viendo que se acercan los clérigos y gente pía que acompaña a los reos en su última hora:

Venme aquí cercado de grajos gallegos [16].

El llamar *grajos* a tales gentes se explica por su condición de acudir al olor de la muerte; pero el llamar a los grajos *gallegos* no tiene otra explicación que la de estar tachados los de Galicia de despedir cierto tufillo grajuno.

Calderón también menciona el mal olor típico del gallego [17].

Prototipo del criado gallego, enredador, socarrón e interesado es el que tenemos en un entremés inédito [18], que se titula

---

14 Salas Barbadillo, *La hija de Celestina*. Bibliot. Román., núm. 149, página 38.

15 Cervantes, *La entretenida*, III. R. Acad., V, fol. 189.

16 Vd. N. B. A. E., XVII, pág. 103-*b*.

17 Calderón, *El mejor amigo, el muerto*, I. Rivad., XIV, pág. 475-*c*.

18 Ms. 14.514[32], B. N. de Madrid.

La cuenta del montañés con el gallego, del cual traslado el siguiente diálogo:

GALL. *¿Qué quiere vosté?*
MONT. *¿Qué hacías?*
GALL. *Durmir, señur.*
MONT. *Diez de vaca.*
GALL. *Dez y ocho.*
MONT. *¿De vaca?*
GALL. *Y ainda más seis.*
MONT. *De tocino, ocho.*
GALL. *Cinconta.*
MONT. *Ocho de pan.*
GALL. *Dez también.*
MONT. *Seis de vino.*
GALL. *Ochenta y nove.*
MONT. *¿Catorce?*
GALL. *Sin el pastel.*
MONT. *¿Ochenta y nueve no dices?*
GALL. *No, señor; cinconta y cien.*
MONT. *¿Ciento y cincuenta? ¡Jesús!*
GALL. *Ainda faltan treinta y dez.*
MONT. *¿Qué diez?*
GALL. *Dez y luego treinta.*
MONT. *Yo me desesperaré.*
Dame la cuenta despacio.
GALL. *Tómemela su mercé.*
Mais si no quiere entendella,
¿qué teño yo de facer?
MONT. *Ve diciendo. Di, de vaca,*
¿no son quince?
GALL. *Ainda más tres.*
MONT. *Quince y tres son diez y ocho.*
GALL. *Ainda más catorce y dez.*
MONT. *¿De la vaca?*
GALL. *Y de la carne.*
MONT. *Carne y vaca, lo mismo es.*
GALL. *Non, miu señor.*
MONT. *¿Cómo no?*
GALL. *Yo se lo diré a vosté;*
mire vosté: de tucino

cinconta; de vino, dez;
del tucino y de pan, ocho,
sun carenta y luego ciens.
e mais cien, que sun ducientos,
sin entrar los veinte y dez.

MONT. *¿Qué veinte y diez?*

GALL. *Dez y veinte.*
Ben claro está de entender.

MONT. *Yo no lo entiendo.*

GALL. *Si nu,*
¿qué yo teño de facer?

MONT. *¿Cuánto has gastado?*

GALL *Cien cartos,*
y ainmas luego otros cien,
que sun ducientos.

MONT. *¡Jesús!*

GALL. *Y no entran los veinte y dez.*

MONT. *¿Qué diez y veinte, demonio?*

GALL. *Veinte y cuatro, luego seis.*

MONT. *¿Treinta cuartos?*

GALL. *Si, señur,*
que es mediu real e mais tres.

MONT. *Tres reales y medio son*
treinta cuartos, ya se ve.

GALL. *Gracias a San Turibiu*
que me ha entendido vosté.

LAS MOZAS GALLEGAS

A este desfile de lacayos y domésticos tan maltratados por los literatos del siglo XVII sigue la grey de fregonas, lavanderas, mondongueras, etc., vistas con los mismos cristales, ya humorísticos, ya antipáticos, que sus congéneres del sexo fuerte.

Sobre la venida a Madrid de una moza gallega me remito a la sangrienta pintura que Castillo Solórzano hizo en *La niña de los embustes,* cuando describe aquel paso por la Cruz del Ferro y aquellas jornadas con el arriero y aquel aposentarse en la Cava de San Francisco, todo lo cual está escrito con acíbar

antigalaico [19]. El lector puede regocijarse en el cuadro naturalista que yo omito, y voy a reunir aquí los textos rociados en diversos autores sobre las criadas gallegas, especialmente en las posadas [20].

Polo de Medina las acusa de ladronas:

Una gallega me sirve
(Y sirve como gallega),
Cirineo de mi bolsa,
Pues que la mitad me lleva [21].

Don Francisco de Leiva las zahiere de feas, bien que poniendo la terrible acusación en boca de un lacayo, para los que no regía la ley de la cortesía:

Un Diocleciano con las damas eres,
Pues no es muy hombre el que huye de mujeres;
Y tú con ellas tan feroz blasonas,
Que aunque llovieran sobre ti amazonas,
Porcias romanas y aun Elenas griegas,
Fuera lo mismo que llover gallegas [22].

Tirso se mofa de sus pies deformes:

También hay Juana y Lucía,
Marina, Aldonza y Quiteria,
De quien despedirse el hombre;
Que llevo de una gallega
En el alma atravesados
Trece puntos de chinela
Que, a estar en un facistol,

---

[19] El juramento de la Cruz del Ferro era muy conocido en la literatura de la época. Entre otros textos, Vd. Tirso, *La gallega Mari-Hernández*. Rivad., V, pág. 115-*b*; F. Santos, *Día y noche de Madrid*. Rivad., XXXIII, página 411-*a*.

[20] Vd. Cervantes, *El casamiento engañoso*. Ed. Schevill y Bonilla. Nov. ejem., III, pág. 206; Salazar y Torres, *Cytara de Apolo*. Madrid, 1694, página 96.

[21] Polo de Medina, *Poesías varias*. Rivad., XLII, pág. 186-*a*.

[22] *El socorro de los mantos*, II. Rivad., XLVII, pág. 394-*a*.

Pudieran cantar por ellas
Un motete, porque anduvo,
Según la apariencia enseña,
Con esta nación de pies
Pródiga naturaleza [23].

Alarcón recogió el mismo lugar común, él, que tan dado era a reaccionar contra lugares comunes:

(Un león llega a Salomón. Él se vuelve y tira coces.)

Muerto soy. A mí se llega.
¿No tuviera Salomón,
¡Cielo!, en tan fuerte ocasión
Patas de moza gallega? [24].

Idéntica anotación leemos en Castillo Solórzano:

«Usó poco el calzarse, aunque tal vez se traen botas en aquella tierra; fue la causa desto el verse de pequeños pies, ajeno de las mozas de aquel país, que todas los tienen grandes» [25].

En esto las gallegas no se diferenciaban mucho de sus congéneres masculinos, pues de ellos sabemos, por un lugar de Moreto, que tampoco se quedaban atrás en el tamaño de los pies. Dice así un señor:

¡Que cuantos criados hallo
Tengan los pies de gallegos!
Si hallara uno con pies chicos
Me estrenara por lo menos
Los zapatos, y me ahorrara
El afán del zapatero [26].

Quevedo las trata de borrachas, y de paso nos deja ver que Galicia surtía de amas de leche a la corte:

---

23 Tirso, *Romera de Santiago*, I. N. B. A. E., IX, pág. 391-*b*.
24 Alarcón, *Manganilla de Melilla*, II. Rivad., XX, pág. 313-*b*.
25 Castillo Solórzano, *La niña de los embustes*. Madrid, 1906, pág. 11.
26 Moreto, *San Franco de Sena*, I. Rivad., XXXIX, pág. 123-*c*.

Un ama,
Galleguísima taberna,
Que suspirando cuartillos,
Si a mamar el niño llega,
Le da aguardiente por leche
Y un alambique por teta [27].

El Maestro León corrobora el juicio de Quevedo, sumando la falta de la embriaguez a la de feas:

Yo he de traer bien compuesta
De gallegas una danza.
—Es verdad que las gallegas
Todas son como unas Venus.
Decís bien, pues todas prueban
Que son hijas de la espuma
Que hace el vino que trasiegan [28].

El autor del falso *Quijote* hizo esta desgarrada pintura de las mozas de mesón oriundas de Galicia:

«Si quiere posada, entre; que le daremos buena cena y mejor cama, y aun, si fuere menester, no le faltará una moza gallega que le quite los zapatos; que aunque tiene las tetas grandes, es ya cerrada de años; y como vuesa merced no cierre la bolsa, no haya miedo que cierre los brazos ni deje de recibirle en ellos» [29].

Matos Fragoso se echa por terrible maldición morir a manos de uno de aquellos guisotes que en bodegones y plazuelas vendían en la corte las mujeres de Galicia:

Plegue a Dios que una gallega
Me dé en mondongo veneno [30].

---

[27] Quevedo, *Entremés del Caballero de la Tenaza. Flor de Entremeses.* Madrid, 1903, pág. 167.

[28] León, *Mojiganga de la Manzana. Floresta de Entremeses*, 1691, pág. 64.

[29] *Quijote*, de Avellaneda. Rivad., XVIII, pág. 14-*a*.

[30] *El yerro del entendido*, III. Rivad., XLVII, pág. 275-*c*.

Por último, Calderón recrimina a las domésticas galicianas de regañonas, tardonas y maliciosas:

Esto hacen las gallegas:
Tardar y reñir después [31].

E idéntico cargo en otra comedia:

Esto es lo que cada día
Las mozas gallegas hacen:
Reñir porque no las riñan [32].

Y por tercera vez, para mayor prueba de la fama que las tales fámulas disfrutaban:

Esto mismo
Hacen las mozas gallegas:
Entrar riñendo al principio
Porque no las riñan [33].

VISIÓN DE GALICIA

Estos eran los gallegos que venían a la corte y a las principales ciudades castellanas; y si alguien remontaba el Duero y visitaba Galicia, la impresión subjetiva de la tierra no contribuyó a mejorar la imagen de tan linda región en el resto de España. Góngora la vio, y en su temperamento andaluz no halló gracia la visión de égloga que Galicia le presentara. El soneto que compuso en esta ocasión debió de ser, como todas las obras del poeta, leído y releído en toda España, y probablemente Galicia, para muchísimos españoles, no sería más que este rosario de miseriucas y rusticidades:

Pálido sol en cielo encapotado,
Mozas rollizas de anchos culiseos,

31 Calderón, *Fuego de Dios en el querer bien*, III. Rivad., XII, pág. 329-*b*.
32 Calderón, *Cada uno para sí*, II. Rivad., XII, pág. 462-*c*.
33 Calderón, *No hay cosa como callar*, II. Rivad., VII, pág. 563-*b*.

Tetas de vacas, piernas de correos,
Suelo menos barrido que regado;
Campo todo de tojos matizado,
Berzas gigantes, nabos filisteos,
Gallos del Cairo, búcaros pigmeos,
Traje tosco y estilo mal limado.
Cuestas que llegan a la ardiente esfera,
Pan de Guinea, techos ahumados,
Candelas de resina con tericia,
Papas de mijo en concas de madera,
Cuevas profundas, ásperos collados,
Es lo que llaman Reino de Galicia[34].

Esta desmedrada visión de Galicia tuvo prosapia literaria. En la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional, de Madrid, en el Ms. 10.912, folio 121, hay una insulsa y ofensiva sátira que se titula *Descripción del Reino de Galicia*, la cual comienza con el soneto de Góngora y sigue explanando prosaicamente todos sus detalles. Además, saltan acá y allá en la literatura conceptos alusivos a la pobreza de Galicia. Cuando vino el almirante de Inglaterra, Carlos Hobard, de embajador a la corte de Felipe III, como desembarcara en La Coruña, dice la *Relación* del suceso que se le enviaron de Valladolid «más de mil cabalgaduras de silla y carga y con mucha provisión de los regalos que faltan en Galicia y en la esterilidad de las montañas»[35].

Lope de Vega dice tres veces que Galicia es *tierra de nabos*[36] y le secunda el P. Valentín de Céspedes en una de sus comedias conocidas[37].

Céspedes y Meneses afirma que «no sólo las casas de Santiago, empero casi todas las de Galicia son por la mayor parte de madera»[38].

Por vía de comparación, Galicia sale igualmente malparada en el siguiente pasaje:

---

[34] Góngora, III, pág. 33.
[35] Ed. de Narciso Alonso Cortés. Valladolid, pág. 33.
[36] Vid. Ac. N. E., II, págs. 295-*a*, 574-*b* y 575-*a*.
[37] *Las glorias del mejor siglo*, III. Rivad., XLIX, pág. 153-*a*.
[38] *Historias peregrinas*. Madrid, 1906, pág. 65.

«Lugar miserable y pobre, como lo es casi toda aquella tierra de la Bulgaria, que es muy semejante a la parte que de España comúnmente se llama Galicia» [39].

Moreto divulga una conseja que cifraba cuanto se puede decir de pobre y miserable:

Allá en España, en Galicia,
Dicen que se pone a un tiempo
Una mujer con un bruto
Para arar [40].

Hasta esos mismos brutos, por ser de Galicia, eran los más maliciosos y falsos de España.

La mulas de Galicia tenían fama de ser falsas y coceadoras más que ninguna otra. Véase el testimonio del Maestro Correas, en este lugar de su utilísimo libro de refranes:

«A jueces galicianos, con los pies en las manos.

»Entiéndese con el presente de aves asidas por los pies con las manos; es muy usado en Galicia y en otras partes, los pobres labradores presentar de lo que tienen a los superiores, y, si tienen pleito, a los jueces. Del uso de aquella tierra nació el refrán, y a los jueces que se dejan sobornar se llamarán galicianos, por falsos, como las mulas de Galicia, que son más que las de otra parte» [41].

Toda mula, pues, resabiada y coceadora era llamada por antonomasia *galiciana* [42].

Y toda mala acción inesperada y recibida a traición era llamada «coz galiciana». Así, *Estebanillo González,* cuando robó los vestidos a su ama y huyó de su casa, dice que iba «teniendo el corazón lleno de pesares, y los ojos llenos de ternezas de ver la *coz galiciana* que le había dado a mi ama, en satisfacción del buen tratamiento que me había hecho» [43].

---

39 *Cautiverio y trabajos, de Diego* Galán. Bibliót. Esp., XXXVII, página 149.

40 *San Franco de Sena,* I. Rivad., XXXIX, pág. 125-*a.*

41 *Vocabulario de refranes.* Ed. R. Acad.

42 Vd. Sanz del Castillo, *La mojiganga del gusto.* Madrid, 1908, pág. 194.

43 *Estebanillo González,* V. Rivad., XXXIII, pág. 309-*a.*

Espinel, Lope y A. Enríquez Gómez, hablan de «coz gallega»[44], todo lo cual me hace sospechar que las *hacas galicianas* de *Don Quijote*[45] son simplemente *jacas falsas*, como de arrieros, y no lo que Clemencín y los demás cervantistas han creído.

Tirso añade una nota más lúgubre aún al paisaje gallego:

Gigantes vienen a pares
y me dicen que esta tierra
es tan fértil en dar brujas
como nabos. Dios me tenga
de su mano o de su pie[46].

Para dar una pincelada de color a este negro retrato que la literatura forjó de la bella región gallega, trasladaré este cuentecillo que trae Lucas Hidalgo:

«Había un oficial andaluz que tenía mala costumbre de jurar, y para corregirse deste vicio estaba concertado con otro compañero suyo, gallego, que siempre que jurase le advirtiese que besase la tierra.

»Un día los dos estaban altercando sobre cuál era mejor tierra: la de Andalucía o Galicia, y como se acordase el andaluz que Galicia estaba tan llena de establos y suciedad, dijo muy enojado al gallego: "¿Qué diablos alabáis la tierra de Galicia, que juro a Dios toda ella es tierra de mierda?" Respondió el gallego: "Mirad, Pedro, que jurastes besar la tierra."»[47].

CONCEPTO DE LOS GALLEGOS

A tan pobre visión fue correlativo el juicio general que España tuvo del tipo gallego. Cervantes, fiel intérprete en esto del pensar de su época, estampó en *La señora Cornelia* una frase que ha dado mucho que decir. Dice de los gallegos «que es otra

[44] *Marcos de Obregón*, I, 16. Clás. Cast., XLIII, pág. 248; Lope, Real Academia, IX, pág. 123-*b*, y Ac. N. E., IV, pág. 464-*b*; A. Enríquez Gómez, *Vida de Don Gregorio Guadaña*, III. Rivad., XXXIII, pág. 263-*b*.

[45] Vd. *Quijote*, I, 15.

[46] Tirso, *La gallega Mari-Hernández*, III. Rivad., V, pág. 124-*a*. Vd. Lope, R. Acad., VIII, pág. 324-*b*.

[47] *Diálogos de apacible entretenimiento*. Rivad., XXXVI, pág. 299-*a*.

nación, según es fama, algo menos puntual y bien mirada que la vizcaína» [48].

Y Gracián afirma «que al ver *un cuitado* se acierta un gallego» [49].

Salas Barbadillo habla de una esclava morisca que hizo voto a Mahoma de no juntarse con cristianos, «exceptando los gallegos, por parecelle que entre ellos y los moriscos la diferencia no es considerable» [50].

Lope cita el refrán popular: «Ni perro negro ni mozo gallego» [51].

El juicio de *La tía fingida* es todavía más severo:

«Los gallegos no se colocan en predicamento, porque no son alguien» [52].

De aquí arrancan una serie de frases mortificantes en la apariencia, humorísticas en el fondo, acerca de los hijos de Galicia. Don Francisco de Rojas antepone a la palabra gallego el «con licencia» que se decía al nombrar cuerno, cochino, etc.:

Yo, señora, soy soldado,
Pluguiera a Dios no lo fuera,
Español, por mi fortuna,
Y gallego, con licencia [53].

Tirso les concede la honradez por excepción:

—Eres honrado.
—Y noble, aunque gallego [54].

Y sobre los pasos de Tirso camina Monroy y Silva:

---

48 Rivad., I, pág. 217-*b*.
49 *Criticón*, III, 3. Ed. Renac., II, pág. 154.
50 Salas Barbadillo, *La hija de Celestina*. Bibliot. Román., núm. 149, página 38.
51 *La Dorotea*, IV. Renac., pág. 234.
52 Ed. de Apráiz, pág. 135.
53 *El desafío de Carlos V*, I. Rivad., LIV, pág. 409-*a*.
54 Tirso, *Amantes de Teruel*, I. Rivad., V, pág. 693-*b*.

SOLDADO. *¿Quién va?*
LOBÓN. *Un alemán gallego,*
que, aunque gallego, es honrado [55].

Don Antonio de Zamora hace remoquete de la honradez gallega:

PINCHAÚVAS. *Yo soy un gallego honrado,*
y pudiera en toda España
vender honra.
DON CLAUDIO. *¿Y a esos precios,*
quién quiere que la comprara? [56].

Don Álvaro Cubillo de Aragón se burla del poco valer y poder de los gallegos:

Puedes con el Can-Cerbero
Darte, Señor, dos caídas;
Puedes hacer nacer berros
En una artesa, y podrás
Ser, a pesar de gallegos,
Potente Rey de romanos [57].

La división burocrática moderna de las provincias de España ha sustraído de Galicia un pedazo de terreno que en el siglo XVII era gallego, y que, por testimonio de Castillo Solórzano, era conceptuado lo peorcito de la región, y sus habitantes tildados de amigos de lo ajeno. Dice así una vez:

«Sus padres fueron gallegos, de la jerarquía que en Galicia llaman maragatos, que es la más ínfima de aquella provincia, cumpliendo también con la mitad del nombre, que nunca se ha oído que degeneren de esta profesión» [58].

Y otra vez, aún más explícito y más cruel en la descripción:

«Mi abuelo no era bien tinto en gallego, sino de los asomados al reino, quiero decir, de los ratiños, que ni son de Dios ni

[55] *La batalla de Pavía*, I. Rivad., XLIX, pág. 79-*b*.
[56] *El hechizado por fuerza*, I. Rivad., XLIX, pág. 437-*a*.
[57] *El invisible Príncipe del Baúl*, II. Rivad., XLVII, pág. 190-*b*.
[58] Castillo Solórzano, *Tardes entretenidas*. Madrid, 1908, pág. 151.

del diablo; que como en los vizcos está dudoso el saber a qué parte miran, así él, ni bien era cristiano ni dejaba de serlo; tan bárbaros hombres se hallan tal vez en aquella tierra. A los de aquel paraje les dan nombre de *maragatos*, y ellos cumplen bien con la mitad del nombre cuando se ofrece ocasión» [59].

Como síntesis de todas las ideas despreciativas de Galicia, surgió el refrán, que encontramos en *Estebanillo González*:

Antes puto que gallego [60].

Lope o sus editores lo modificaron de este otro modo:

GALLEGO. *No quiero nada con vos,*
que no entiendo vuestro juego.
FRANCÉS. *Antes moro que gallego.*
GALLEGO. *Y vos lo sois, juro a Dios* [61].

Y así lo leemos también en Tirso:

Si el refrán miras
De «antes moro que gallego» [62].

Pero la forma popular era la otra, sin eufemismo, y su alcance lo explica muy bien el autor del célebre folleto *El Búho Gallego*, que habla así a las demás aves de España:

«Algunas de vosotras, sin tiento hablando, imitando a los moros en aquel su adagio antiguo (que es harto de llorar permanezca en vuestras tierras semilla que en ella sembró aquella pestífera secta), soléis decir con ellos: *Antes puto que gallego.* En que dais a entender que aborrecéis menos este vicio que la nación gallega» [63].

Tras los refranes venían los cuentos vulgares, tachando a los gallegos de torpones y negados de juicio. Las dos *Florestas Es-*

59 Castillo Solórzano, *La niña de los embustes*. Madrid, 1906, pág. 9.
60 Rivad., XXXIII, pág. 304-*a*.
61 Lope, *Bernardo del Carpio*, I. Ac. N. E., III, pág. 631-*a*.
62 Tirso, *La gallega Mari-Hernández*, II. Rivad., V, pág. 117-*b*.
63 *Opus cit.*, edición citada, pág. 238.

pañolas recogieron facecias típicas de este carácter. De Melchor de Santa Cruz trasladamos el siguiente:

«Un gallego fué a la guerra de Granada, e hiriéndole en la cabeza una saeta, viéndole un cirujano, dijo: "No escapará, porque la saeta entra por el seso." El gallego le dijo: "Eso non pode ser." Replicó el cirujano: " Yo lo veo." Respondió el gallego: "Digo que non pode ser eso, porque non he seso, que si seso tuviera non viniera yo a la guerra."» [64].

De Francisco Asensio es este otro cuento:

«Llegó un gallego a la tienda de un librero a comprar un libro con el título de *Conceptos espirituales*, y como se lo sacaran y leyese el librero "Conceptos espirituales del padre Ledesma", dijo el gallego: "Nu es eso lo qui buscu." "¿Cómo no —replicó el librero—, si dice aquí "Conceptos espirituales?". Respondió el gallego: "Mire su mercé; en cuanto a ser Conceptos Espirituales, yo se la concedo; mais eso de la Ladiesma, me lleve el diablo si lu entiendu."» [65].

DEFENSA DE GALICIA

Hubo ya en el siglo XVII conatos de reparar la triste fama de Galicia. Al soneto de Góngora respondió un gallego poniendo de oro y azul a Andalucía, y a las acusaciones de todas clases salió a responder un folleto titulado *El Búho Gallego*, atribuido al conde de Lemus, escrito indudablemente por un amigo de su bandería, contrario al de Uceda, último privado de Felipe III. *El Búho Gallego* apela al método de *más eres tú*, y, en vez de defender a Galicia, lo que hizo fue denostar a las demás regiones, con lo cual granjeó odio a su causa. Este opúsculo dióle a conocer Gallardo, y ha sido modernamente varias veces reimpreso; pero a mí me cabe demostrar que en el siglo XVII no tuvo gran éxito; antes mereció expresas repulsas de varios escritores. El anónimo autor de *Castellanos y Vascongados* lo enjuicia así:

[64] M. de Santa Cruz, *Floresta Española*. Bibliót. Madril., III, pág. 100.
[65] Bibliót. Madril., IV, pág. 50.

«Yo en lo menos que puedo sigo al Búho, el cual, si no es en lo que conforma conmigo y con mis autores, en lo demás que dice suyo mira más a decir que a probar; y así, de él no saco nada, porque os le tengo por sospechoso.»

Gracián lo condenó con no menor acritud en estas palabras: «Valía allí un tesoro un cuarto de hierro, porque decían ser vizcaíno, a pesar del Búho gallego, frío, infausto y de mal pico» [66].

Francisco Santos, ya en tiempos de Carlos II, se acuerda todavía del maldiciente Búho, para negar importancia a sus afirmaciones:

«Otro llegó dando grandes voces, diciendo que, a pesar del Búho Gallego, él era vizcaíno, descendiente de la casa del Cid» [67].

El juicio más sereno que en aquella época se escribió de Galicia fue el del Maestro Pedro de Medina, que halló eco después en Lope de Vega y Tirso. Dice así el autor de *Las Grandezas de España*:

«La gente de Galicia es muy ingeniosa y de muy lindos y claros entendimientos. Son hombres muy fáciles para aprender letras y cualquier doctrina y arte que les sea enseñada. Son hombres piadosos y amorosos llevados por buen término. Pero de otra manera son coléricos, furiosos, vengativos e implacables. Son fáciles de aplicarse o a la virtud y (*sic*) al vicio. Son tenaces y perseveran mucho en el vicio o en la virtud a que una vez se aplican y acostumbran. Es gente muy belicosa y fiera, y aún les dura algo de los griegos, sus progenitores y antepasados; porque tienen tretas, cautelas, cavilaciones y dobleces» [68].

Poetas de alto e independiente espíritu como los que hemos nombrado supieron a veces sobreponerse a la vulgaridad y reconocer las buenas prendas del carácter gallego. Tirso les tributa este elogio:

Caldeira, ésta es Galicia;
No vive en estas sierras la malicia

66 Gracián, *Criticón*, III, 7. Renac., II, pág. 245.
67 Francisco Santos, *La verdad en el potro*. Madrid, 1686, pág. 276.
68 Pedro de Medina, *Opus cit.*, part. II, cap. CXXV, pág. 268-*b*.

De envidias y traiciones,
De lisonjas, engaños y ambiciones [69].

Lope, ya pensara en el Conde de Lemus, ya procediera por razones objetivas, marcó dos veces la diferencia entre la plebe gallega que dejamos descrita y la gente educada de Galicia. Dice en *El Abanillo*:

—Gallego, sí. Gente non sancta.
—Esto el vulgo, que los nobles
Es de lo mejor de España [70].

Y otra vez en *Bernardo del Carpio*:

Que eres leído no niego,
Por ver lo que has referido.
—¿No ves que, si es bien nacido,
Que sabe mucho un gallego? [71].

Todavía, en *El Laurel de Apolo*, negó a Galicia la aptitud para la poesía (¡a Galicia, cuna de la poesía española!), si bien afirmando la alcurnia de muchos de sus linajes:

Galicia, nunca fértil de poetas,
Mas sí de casas nobles,
Ilustres Capitanes y Letrados [72].

Tanto Lope como Tirso confirmaron sus juicios, favorables a los gallegos, osando presentarlos en escena con orgullo regional y condenando a los que, por miedo al ambiente antigalleguil, negaban su pequeña patria. Dice así Tirso:

ANG. *¿De dónde sois?*
DON LUIS. *Soy gallego.*
CRIADO. *Y yo, hablando con perdón.*
ANG. *Por cierto, buena nación.*

[69] Tirso, *La gallega Mari-Hernández*, I. Rivad., V, pág. 112-*b*.
[70] Lope, *El abanillo*, I. Ac. N. E., III, pág. 5-*a*.
[71] Lope, *Bernardo del Carpio*, I. Ac. N. E., III, pág. 645-*b*.
[72] Lope, *Laurel de Apolo*. Silva, III. Rivad., XXXVIII, pág. 198-*b*.

DON LUIS. *Jamás yo mi patria niego.*
Galicia es mi natural.
ANG. *Pues no es poca maravilla;*
que el gallego, acá en Castilla,
dice que es de Portugal [73].

Y Lope, cuyas palabras son éstas:

REY. *¿En efecto, eres gallego?*
CAL. *¡Pesia tal! Es mi blasón;*
y aunque muchos que lo son
lo niegan, yo no lo niego [74].

También Rojas Zorrilla y Moreto presentan varios casos de lacayos que sirven a sus dueños en lejanas tierras, jactándose de ser fieles y leales. Uno de Moreto habla así:

Aunque me aprieta
El achaque de la ijada,
La tos, la gota y la piedra,
Como tu pan, soy gallego,
Y he de seguirte, aunque fueras
Al Cairo o las Filipinas [75].

Rojas Zorrilla introduce otro no menos atrevido que leal:

SERRALONGA. *¿Tendrás ánimo?*
ALCARAVÁN. *Sí, tengo.*
SERRALONGA. *Para ir...*
ALCARAVÁN. *Doime por ido.*
SERRALONGA. *¡Qué leal!*
ALCARAVÁN. *Nací gallego.*
¿Adónde quieres que vaya?
SERRALONGA. *A Barcelona.*
ALCARAVÁN. *Esto es hecho* [76].

---

73 Tirso, *Villana de la Sagra*, II. Rivad., V, pág. 315-*b*.
74 Lope, *Santa Casilda*, II. Ac. N. E., II, pág. 585-*a*.
75 Moreto, *Todo es enredos amor*, I. Rivad., XXXIX, pág. 443-*a*.
76 *El catalán Serralonga y bandos de Barcelona*, II. Rivad., LIV, página 574-*b*.

Y en otra obra introduce a un criado que blasona así de su patria y de su proceder:

Por mandado de mi suerte
Vine a servir a Viena
Para dar honor a todos
Los lacayos de mi tierra[77].

Vamos a ver, por último, cómo reaccionó Cervantes contra el tópico vulgar antigalleguista. Sabido es que los yangüeses de la primera parte del *Quijote* eran *gallegos* en la edición príncipe. Y el muchacho *asturiano* que informó sobre el oficio de esportillero a Rincón y Cortado era *gallego* en el original de la novela. Estas transformaciones han hecho sospechar a Rodríguez Marín «que hay en lo uno y en lo otro algún intríngulis, quizá relacionado con lo de ser gallega, por los apellidos *Cervantes, Saavedra, Sotomayor* y *Figueroa*, la ascendencia remota del egregio novelista»[78].

Mas después de los textos alegados de Lope y de Tirso, se ve la intención de Cervantes, sin duda alguna. Cervantes reacciona contra el tópico vulgar; escribe al correr de la pluma pensando con el vulgo, y después se repone e impone su espíritu independiente. Es decir, Cervantes piensa con su época y como los mejores de su época.

Un hecho real e histórico recogido por Barrionuevo prueba que la realidad desmentía la mala opinión de los gallegos:

«Dícese que los nuestros han entrado en Francia talándolo todo, con 30.000 infantes y 8.000 caballos, y que van sobre San Quintín. Contaré una cosa particular de nuestra gente: que entre ella hay 4.000 gallegos, de quien se hace más caso que de todos los demás, que están *enseñados* a comer un pedazo de pan y una cebolla y resistir más las incomodidades y necesidad que los otros y el Sr. D. Juan en lo de Valencianas los tuvo siempre consigo y lo hicieron valerosamente»[79].

---

[77] Rojas Zorrilla, *El desafío de Carlos V*, I. Rivad., LIV, pág. 409-*a*.
[78] *Rinconete y Cortadillo*. Madrid, 1920, notas.
[79] *Avisos*, de Barrionuevo, 13 septiembre 1656.

Al paso del tópico infamante salió el agustino Fr. Felipe de la Gándara, en su libro *Armas y triunfos, hechos heroicos de los hijos de Galicia*[80]. Dedica el capítulo primero a la puntuación de las cualidades de los gallegos, valor, sobriedad, bizarría; pero no acude para probarlo al testimonio de sus contemporáneos, sino que apoya sus ditirámbicos elogios en textos de Trogo Pompeyo, de Publio Silio, de Estrabón y otros autores de la docta antigüedad.

La voluminosa y farragosa obra de Gándara tenía trazado el plano, desde 1614, en la docta y donosa carta del primer conde de Gondomar, que escribió desde Londres, donde era embajador español, al *Secretario Andrés de Prada, en defensa de los Gallegos.*

Dejando aparte los muchos ejemplos de valor y nobleza de hijos de Galicia, citaremos algunos casos de buen humor que testifican cómo los gallegos se daban cuenta de la pícara fama que tenían, y, al mismo tiempo, cómo se burlaban de ella. Dice Gondomar:

«A propósito de lo que voy diciendo, pondré un cuento y dicho gracioso que se atribuye al marqués de Sarriá, bisabuelo del conde de Lemus, que hoy es. Pidiéndole limosna un pobre de Galicia delante de muchos, le respondió con mucho donaire: "Pues eres gallego, ¿por qué no furtas?" El pobre debía también tener buen gusto, y así dicen que respondió: *Ya eu quixera, mais non acho geito.* Buena prueba de la seguridad y confianza hablar de esta manera.

»Asimismo, que haciéndose en su presencia una comedia en que se fingía un traidor y se decía que era gallego, llamó el marqués después al autor de la farsa, y le preguntó qué le había movido a dar aquel ahijado a Galicia. Respondióle que, para la buena traza de la comedia, había convenido fingir aquellas traiciones, y que, andando buscando nación que por su verdadera e inmaculada fidelidad menos se pudiera sentir de aquello, había puesto a Galicia» [81].

---

80 Madrid, 1662.

81 Bibliót. Esp., IV, pág. 11.

Capítulo VIII

MONTAÑESES Y ASTURIANOS

LOS MONTAÑESES

El antiguo Reino de León apenas existía ya en el siglo XVII. Zamora, Salamanca, Palencia y Valladolid eran ciudades castellanísimas. La comarca de León propiamente dicha pertenecía en parte a Galicia y en parte a Asturias. Esta parte, que los textos clásicos apellidan *montañas de León*, formaba, con parte de Galicia, las Asturias de Oviedo y las Asturias de Santillana, una región con fisonomía propia y nombre específico: la Montaña.

Luis Cabrera de Córdoba, tratando de cómo escogía Felipe II los Obispos, acomodados a las necesidades de cada país, dice: «A los de las Montañas, Asturias, Galicia y Castilla, menesterosos de doctrina, teólogos»[1].

Y Lope las reúne a Vizcaya, en cuanto a la hidalguía:

Para noble nacimiento
Hay en España tres partes:
Galicia, Vizcaya, Asturias,
O (ya) las Montañas se llamen[2].

---

[1] *Historia de Felipe II.* Madrid, 1876, vol. II, pág. 355.
[2] Lope, *El premio del bien hablar*, I. Ac. N. E., XIII, pág. 374-*a*.

Idénticamente procedió Vélez de Guevara en este pasaje en que D. Cleofás declara dónde habría que buscar sus títulos de hidalguía:

«Entre Salicio y Nemoroso se habían de hacer mis diligencias...; que allí tengo mi Montaña, mi Galicia, mi Vizcaya y mis Asturias» [3].

Para Lope no había duda de que la Montaña era el archivo perenne de los buenos linajes:

«La hermosura —dice—, ¿es pilar de iglesia o solar de la Montaña, que se resiste al tiempo?» [4].

Y Cervantes, de acuerdo con la opinión de sus contemporáneos:

«Hidalgo como el rey, porque era montañés» [5].

En los dominios de la erudición moderna, Menéndez Pelayo ha reconocido como nadie este carácter de sus paisanos y lo ha descrito en esta brillante página, que pondremos por cimiento de nuestra explanación del tema. Dice así el gran Maestro [6]:

«Hay en la historia y en el carácter de los montañeses, aun en los más humildes, cierto sentimiento nobiliario; un apego a la familia, al solar, al blasón que, persistiendo hasta los tiempos de la decadencia, en contraste con la pobreza de la tierra y con el olvido en que nuestros Monarcas la tenían, vino a degenerar en superstición algo ridícula y nos valió de los poetas cómicos zumbas y caricaturas, como aquel *Dómine Lucas*, de Cañizares, que sale a un desafío cargado con su ejecutoria. Eran los montañeses los primeros en reírse con estas farsas, y ya en el siglo XVII, un ingenioso poeta de Castro-Urdiales, D. Antonio Hurtado de Mendoza, en su comedia *Cada loco con su tema*, rasguñó la figura del mocetón entre linajudo y necio,

Que con su halcón y su perro
Vive en el monte y no en casa,
Y a la noche vuelve y pasa

3 *Diablo Cojuelo*, III. Clás. Cast., XXXVIII, pág. 85.
4 Lope, *La Dorotea*, I. Renac., pág. 7.
5 *Quijote*, II, 48.
6 Menéndez Pelayo, *Estudios de crítica literaria*. Cuarta serie, pág. 239.

Todo el libro del Becerro...
Muy puesto en que su Montaña
Vale más que mil tesoros,
Y pensando que es de moros
Todo lo demás de España.

Estos sueños heráldicos tenían, sin embargo, muy noble y autorizado principio. El más grande de los oriundos de nuestra comarca y el más clásico de los escritores nacidos en ella van acordes en esta parte con el sentir tradicional del vulgo. «En aquellos solares no reconocemos superior a nadie», decía don Francisco de Quevedo [7]. «A los que somos montañeses —escribe hiperbólicamente Fr. Antonio de Guevara— no nos pueden negar los castellanos que, cuando España se perdió, no se hayan salvado en solas las montañas todos los hombres buenos, y que después, acá, no hayan salido de allí todos los nobles. Decía el buen Iñigo López de Santillana que en esta nuestra España, que era muy peregrino o muy nuevo el linaje que en la Montaña no tenía solar conocido» [8].

Éste era el carácter típico de los montañeses. Allá no había llegado la mezcla de sangre judía o mora; allí se conservaba, juntamente con la fe antigua, la sangre antigua y la vida imperturbada de los antiguos godos.

Este apego a la tradición de los montañeses era significado en el siglo XVII por su religioso cuidado en conservar las armaduras de la edad pasada. Cervantes los describió, diciendo:

«Los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda» [9].

Los de hierro vestidos no hace alusión al mucho hierro que se saca de Vizcaya, sino a la fama que los montañeses tenían de conservar sus viejas armaduras y arreos guerreros. Alarcón recogió esta especie en los versos que cita:

---

7 Rivad., XXIII, pág. 202.
8 *Epistolas familiares*, de Guevara, la epístola 34 de la primera serie.
9 *Quijote*, I, 18.
10 Alarcón, *Empeños de un engaño*, III. Rivad., XX, pág. 262-*a*.

Vivas, Marqués, más edades
Que una sisa, y que un pavés
En casa de un montañés
Preciado de antigüedades [10].

Y Calderón enumera todas las piezas de la recámara de un montañés de solar conocido:

Hasta un rocín y dos galgos,
Tres paveses y un lanzón,
Una adarga y tres o cuatro
Sillas de brida y jineta,
Un peto fuerte y dos cascos,
Un lampeón en el portal
Y una alcándara en el patio,
Sin otras ruinas de noble;
Que son los preciosos trastos
De una casa solariega [11].

Y vuelve a insistir sobre este punto diciendo:

Goces la supervivencia
De un lanzón en el zaguán
De una casa solariega [12].

Y antes, Eugenio de Salazar había descrito humorísticamente un montañés en esta forma:

«Un fidalgo de solar conocido con una espada al lado y un broquel al rabo, un puñal pendiente, lanza y azcona al hombro y una ballesta en la mano con cinco o seis saetas espetadas entre el collar del sayo y gorjal de la camisa» [13].

Bien sé yo que todos los comentadores del *Quijote*, desde Clemencín a Rodríguez Marín, han entendido el pasaje cervantino refiriéndolo a los vascos; pero, aparte de los textos transcritos, existen aún las razones siguientes para demostrar que fue a los montañeses a quienes Cervantes se refirió. En primer

11 Calderón, *Agradecer y no amar*, II. Rivad., IX, pág. 603-*a*.
12 Calderón, *El Gran Príncipe de Fez*, II. Rivad., IX, pág. 338-*b*.
13 Eugenio de Salazar, *Cartas*. Bibliót. Esp., I, pág. 82.

lugar, los vascos no tenían nada que ver con los godos, según demostraremos cuando tratemos de ellos. En segundo lugar, hay algunos textos que identifican a los montañeses con las reliquias de los godos. En el *Quijote* de Avellaneda hallamos este pasaje:

«Don Quijote, volviendo las riendas a "Rocinante" hacia la gente que le tenía cercado en corrillo, dijo a todos con voz reposada y grave, sin reparar en lo que el alcalde le había dicho: "Valerosos leoneses, reliquias de aquella ilustre sangre de los godos."» [14].

A esto parece también inducir un texto de Lope, de la primera parte de *Los Tellos de Meneses*, donde, describiendo las montañas de León, dice:

Todas son casas que albergan
Hombres ricos montañeses,
Que se quedaron en ellas
Desde el tiempo de los godos.

Y la comedia acaba con estos versos:

Porque aquí la historia acaba
De los Tellos de Meneses,
Godos de la antigua España [15].

Y Tirso, concretándose a Oviedo, construye este diálogo:

—¿Es de mucha calidad
Lo noble della?
—¡Pues no!
Las reliquias de los godos,
De quien descendemos todos,
De aquí su origen tomó [16].

Venir de los godos, que en España era frase proverbial para significar noble alcurnia, era, pues, análogo a descender de solar

[14] *Quijote*, de Avellaneda, cap. XXIII. Rivad., XVIII, pág. 71-*a*.
[15] *Opus cit.* R. Acad., págs. 300-*b* y 327-*b*.
[16] Tirso, *Habladme en entrando*, III. N. B. A. E., IX, pág. 508-*b*.

montañés [17]. Por eso Salas Barbadillo puso como excentricidad propia de un loco esta opinión de un montañés ridículo:

«Me dice infinitas veces esta vanidad, que la Casa de Austria deja de ser la más ilustre de todas cuantas hay hoy en el mundo, solamente por no haber tenido sus principios en las montañas de León» [18].

Descender, pues, de la Montaña era cosa muy seria todavía en el siglo XVII. Lope de Vega decía con su ordinaria intención autobiográfica:

Lope me llamo, y ¡pardiez!
Que me ha dado la Montaña
Sangre que puede servir
A más de dos, si la salas [19].

Y en otro lugar:

Honrado montañés soy;
Nací en el solar de Vega [20].

Y con el mismo valor autobiográfico, decía Espinel:

«Yo soy montañés, de junto a Santander, del valle de Cayón, aunque nací en Andalucía» [21].

La literatura creó sobre el troquel de estas proclamaciones de oriundez montañesa muchísimos personajes que acreditan la densidad de esta opinión de nobleza con sus jactanciosas palabras. He aquí cómo habla un tal Beltrán, de don Gaspar de Ávila:

En llegándome a lo vivo
Del honor (nací en Oviedo,

17 Vd. Carlos Clavería, «Reflejos del Goticismo español en la fraseología del Siglo de Oro». *Homenaje a Dámaso Alonso.* Madrid, 1960, I, páginas 357-372.

18 Salas Barbadillo, *La hija de Celestina.* Bibliót. Román., núm. 149. página 29.

19 Lope, *Amistad y obligación,* III. Ac. N. E., III, pág. 354-*a.*

20 *El bastardo Mudarra,* I. R. Acad., VII, pág. 484-*a.*

21 *Marcos de Obregón,* II, 8. Clás. Cast., LI, pág. 66.

De padres que en la virtud
Lo pudieran ser del yermo,
Y en la pureza y lo limpio
Dos lunas de dos espejos
De cristal inmaculado),
Y por la espada reviento,
Como otros por los ijares [22].

Y otro llamado Cortés, del mismo autor:

En Medellín, gran Señor,
Nací de padres hidalgos,
Cuyo origen se deriva
De los montes asturianos,
Y dél ha tomado el suyo
Mi espíritu levantado;
Que en heredarse en la sangre
Son bienes de mayorazgo [23].

Y el españolizador del Aretino, Fernán Xuárez, se burla del fingido abolengo de las rameras:

«Publican luego que en las Montañas o en Asturias tienen solar conocido» [24]

La literatura no podía perder la ocasión de satirizar un prurito de nobleza que tantas veces se prestaría realmente a ello. Esta sátira tuvo dos lados: se satirizó la vida que los montañeses llevaban allá en su Montaña, y se satirizaron los tipos de montañeses que venían a la corte.

Toquemos el primer aspecto. Espinel, nacido y criado en Andalucía, describe con este humorismo la vida de la Montaña:

«La nobleza de las Montañas fue ganada por armas y conservada con servicios hechos a los reyes; y no se han de manchar con hacer oficios bajos; que allá, con lo poco que tienen, se sustentan, pasando lo peor que pueden, conservando las leyes

---

[22] *El iris de las pendencias*, I. Rivad., XLIII, pág. 551-*b*.
[23] *El valeroso español y primero de su casa*, II. Rivad., XLIII, pág. 572-*c*.
[24] Fernán Xuárez, *Coloquio de las damas*. N. B. A. E., XXI, pág. 270-*a*.

de hidalguía, que es andar rotos y descosidos con guantes y calzas atacadas» [25].

Don Antonio Hurtado de Mendoza pinta de mano maestra la vida del montañés, sus ocupaciones, sus pujos nobiliarios, sus pretensiones sociales, etc. Habla una señorita de la corte, refiriéndose al candidato que le proponen para casarse:

Pero ¿qué talle o qué gusto
Tendrá un mocetón muy recio,
Entre linajudo y necio,
Entre pesado y robusto,
Vestido de paño azul,
Que el negro, aunque menos vale,
No más de las Pascuas sale
De la cárcel del baúl;
Que con su halcón y su perro
Vive en el monte, y no en casa,
Y a la noche vuelve y pasa
Todo el libro del becerro,
Creyendo de sí después
Que aún es más claro que Apolo,
Dando a Dios gracias de sólo
Que le hizo montañés;
Y en la iglesia muy profundo,
Y en las bodas placentero,
Querer sentarse el primero,
Y no beber el segundo?
Muy puesto en que su montaña
Vale más que mil tesoros,
Y pensando que es de moros
Todo lo demás de España [26].

El Doctor Jerónimo de Alcalá llega al extremo de la burla en el siguiente cuentecillo, que pone en boca de su donado:

«Paréceme, le dije, que vuesa merced hace conmigo lo que un montañés hidalgo con sus hijos. Llegábase la hora de comer o cenar, y no habían pan en casa, y para acallarlos abría un

25 *Marcos de Obregón*, II, 8. Clás. Cast., LI, pág. 66.
26 *Cada loco con su tema*, I. Rivad., XLV, pág. 458-*a*.

arca y sacaba della un gran libro, donde tenía escrita toda su descendencia, desde sus tatarabuelos, así por línea recta como por transversal, refiriendo más parentela que tuvo nuestro primer padre. Y habiéndoles quebrado la cabeza con su genealogía, decíales: "Gracias a Dios, hijos míos, que tenéis buen padre y que sois hidalgos; ninguno os podrá decir que es mejor que vosotros."» [27].

Y en la pobreza material de la región se vuelve a insistir en estos versos:

Salió de casa de sus padres
El montañesito fiel
Roto y descalzo, que así
Sale cualquier montañés [28].

El segundo aspecto de la sátira antimontañesa es la que descargaba sobre los hidalgotes hinchados de presunción que venían a Madrid. Calderón, en su comedia *Guárdate del agua mansa*, pone en ridículo a un montañés que no sabe más que hablar de su ejecutoria y de sus limpios antepasados. Todo su lenguaje de amor con la prima a quien viene a tomar por esposa, es éste:

Si vierais mi ejecutoria,
Primas mías, os prometo
Que se os quitaran mil canas.
¡Vestida de terciopelo
Carmesí!, y allí pintados
Mis padres y mis abuelos,
Como unos Santicos de Horas [29].

La absurda meticulosidad de analizar y aquilatar apellidos la pone en caricatura D. Melchor Fernández de León en este diálogo:

---

[27] Jerónimo de Alcalá, *Donado hablador*. Rivad., XXXIII, pág. 509-*b*.
[28] Jerónimo de Cáncer, *Obras varias*. Madrid, 1651, pág. 47.
[29] Calderón, *Guárdate del agua mansa*, I. Rivad., IX, pág. 382-*c*.

DON VALERIO. *El señor Suero de Llanos...*
DON SUERO. *Ahí es algún echa-cuervos.*
Esperad, porque no daña
la claridad a su tiempo.
DON VALERIO. *¿Qué me queréis?*
DON SUERO. *Advertiros*
no son mis Llanos de aquellos
del valle bajo.
BUSTOS. *Ya se sabe,*
mi amo, sois Llanos de cerros.
DON SUERO. *Es que en un propio apellido*
hay de lo malo y lo bueno[30].

La ridícula preocupación de guardar el tono caballeresco la clavó en la picota el anónimo autor del entremés antes citado, en el que un montañés hambriento es invitado a comer en un figón de la corte, y pone estos reparos al lugar impropio de su alcurnia:

EL INVITANTE. *Ya hemos llegado al figón.*
MONTAÑÉS. *¿Figón dijo? ¡Juro a diez*[31]
que abandono la hidalguía
si aquí metido me ven!
¡Ah, señores cortesanos,
por San Juan pido esta vez,
no sepa aquesta flaqueza
otro hidalgo montañés,
que lo dirá en la Montaña
y el ser noble perderé,
porque ajo así la hidalguía!
INVITANTE. *No repare vuesaced,*
que aquí es mayor caballero
quien más tiene que comer[32].

Por último, Quevedo se hizo cargo de la cantidad de falsos montañeses que cundían en la corte y del infinito número de

30 *El sordo y el montañés*, I. Rivad., XLIX, pág. 394-*a*.
31 El Ms. dice *Dios*, rompiendo la asonancia.
32 *La cuenta del montañés con el gallego*. Ms. 14514[32]. B. N. Madrid.

blasones usurpados con que cada cual engalanaba su fachada. Contra éstos asestó el tiro, describiendo aquella *Hora* en que las cosas aparecieron como son en realidad y no como ordinariamente se presentan:

«Las armas de la portada partieron, como rayos, a restituirse *a la montaña*, a una casa de solar, a quien este maldito había achacado su pícaro nacimiento» [33].

Y en la *Vida del Buscón* afila el dardo nuevamente:

«Heme aquí vuestra merced, un hidalgo hecho y derecho, de casa y solar montañés, que, como sustento la nobleza, me sustentara, no hubiera más que pedir» [34].

Mas a pesar de la sátira popular que parecía amenguar el valor objetivo de la nobleza de la Montaña, éste era reconocido y estimado, porque entrañaba ciertas cualidades morales y genuinas de aquella tierra. En un pasaje de Lope hallamos el reconocimiento de lo que decimos. He aquí cómo discute un montañés con el Rey:

—Que antes de vos tengáis duda
que de mi pecho leal.
—¿De dónde eres?
—Montañés [35].

Y el autor de *La pícara Justina*, que tan mal trato dio a los asturianos, acaba por hacer esta confesión:

«Verdaderamente parecía noble, y sin duda lo sería, que aquella tierra *tiene las nobleças a segunda azadonada*, dado que los nobles de aquella tierra son ilustre y heroica gente» [36].

LOS ASTURIANOS

Mas he aquí un contraste inesperado. Del corazón de la cuna de la nobleza española, de las Asturias de Oviedo, salía una casta

---

33 Quevedo, *La hora de todos*. Clás. Cast., XXXIV, pág. 86.

34 Quevedo, *El Buscón*, cap. XII. Clás. Cast., V, pág. 154.

35 Lope, *Los Ramírez de Arellano*. R. Acad., IX, pág. 562-*b*.

36 *Opus cit.* Rivad., XXXIII, pág. 144-*b*. (Entre los eruditos que, de un modo o de otro, han reconocido este lugar común de la literatura del si-

de hombres que podían hombrearse con los gallegos en punto al menosprecio con que fue conceptuada por los demás españoles. El siglo XVII dio nombre especial a esta gente, y los conoció por *coritos*, sin que hasta ahora sepamos el origen de esta palabra. Ya un escritor del siglo XVII aventuraba todas estas hipótesis:

«Yo encontré unos asturianos, a los cuales por aquella tierra de León unos les llamaban los guañinos, porque van gruarando como grullas en bandadas, o quizá porque siempre van con las guadañas insertas en los hombros; otros les llaman coritos, porque en tiempos pasados su vestido y gala eran cueros; alguno dijo ser la causa otra. La verdad es que la falta de artificio, la necesidad del tiempo, la simplicidad del ánimo y la necesidad de su defensa les hizo andar de este traje, y no como algunos maldicientes dicen, el haber salido de Asturias los que inventaron los cueros para el vino y las coronas para Baco; mas no por eso niego que el Baco tenga allí y haya tenido jurisdicción y gran parte de su real patrimonio, no digo en vivos, sino en vinos. Ahora ya no se visten de cuero, si no es algunos que le traen de parte de dentro, y para esto tienen comercio de por mar con las Indias de Ribadavia, que engendra vino de color oro. Otros llaman a estos coritos hijos de la Pernina, maldicientes quieren decir; venía esta denominación de una gran hechicera, que allí traía los diablos al retortero, y se llamaba la Pernina; pero no es por eso, sino que por denotar que sus piernas andan vestidas de las calzas de aguja que sus madres les labraron en los moldes de sus tripas» [37].

Sea cual sea el origen de esta voz, lo cierto es que, pese a la interpretación de Covarrubias y del *Diccionario de Autoridades*, en el siglo XVII se dijo corito por asturiano, indistintamen-

---

glo XVII, figuran Morel-Fatio, en *Bulletin Hispanique*, 1905, pág. 44; Bonilla San Martín, edición de *El Diablo Cojuelo*, y Buchanan, edición de *Amar sin saber a quién*, pág. 166.)

[37] *La pícara Justina*. Rivad., XXXIII, pág. 143-*b*. Covarrubias, *Diccionario de Autoridades*, y el señor Puyol, que ha debatido el caso en sus notas a *La pícara Justina*, no adelantan un paso en el esclarecimiento de la cuestión.

te. A los naturales del Principado aplican este nombre: Lope [38], León Marchante [39], A. Pantaleón de Ribera [40], Sota [41]. Por otra parte, las veces que autores como Tirso hablan de coritos [42] sin que el contexto nos autorice a entender asturianos, tampoco nos da fundamento para entender otra cosa.

Un rasgo físico distinguía por entonces a los coritos entre los demás españoles [43]. Cervantes pintó a Maritornes, que era «moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote» [44].

Esta llaneza de cogote era la marca regional de los asturianos. Por eso dijo Quevedo:

«Minerva, hija del cogote de Júpiter, diosa que, si Júpiter fuera corito, estuviera por nacer» [45].

Eugenio de Salazar anota por su cuenta la misma observación de las asturianas:

«Son, pues, estas damas mal sacadas de cuerpo, levantadas de hombros, cortas de cuello» [46].

Y en *La pícara Justina* leemos este donoso lugar:

«Mil gracias me dijo el asturiano. Preguntéle por qué los de su tierra no tenían *cocote*. Y díjome: "Señora, en Asturias entre dos hombres tienen una cabeza partida por medio; y para que se junten como medias naranjas, están así sin cocote para estar lisas y juntas."» [47].

---

38 Lope, *La venganza venturosa*, II. Ac. N. E., X, pág. 213.

39 León Marchante, *Obras poéticas postumas*. Madrid, 1722, I, pág. 109.

40 A. Pantaleón de Ribera, *Obras*. Madrid, 1634,, fol. 15.

41 Sota, *Crónica de los Príncipes de Asturias y Cantabria*. Madrid, 1681, pág. 133.

42 Una vez en *El cobarde más valiente*, I. N. B. A. E., IX, pág. 422-*b*; otra vez en *El colmenero divino*. Rivad., LVIII, pág. 289-*b*; otra en *Palabras y plumas*. Rivad., V, pág. 10-*b*; otra en *Don Gil de las Calzas Verdes*. Rivad., V, pág. 412-*b*.

43 El que este rasgo se atribuya indistintamente a coritos y asturianos, como resulta de los textos seguidamente citados, es otra prueba de la identificación de ambos.

44 *Quijote*, I, 16.

45 Quevedo, *La hora de todos*. Clás. Cast., XXXIV, pág. 279.

46 Salazar, *Cartas*. Biblióf. Esp., I, pág. 85.

47 *Opus cit*. Rivad., XXXIII, pág. 144-*b*.

A este lugar común se refería Lope al decir:

Párate a ver sombreritos
por gravedad sustentados
con bigotes engomados
y cogotes de coritos [48].

E igualmente estas coplas al nacimiento del Príncipe de España:

Con ser cortos de cuello
Los asturianos
Con su Príncipe quedan
Muy descollados [49].

Además del físico, la literatura anotó su indumentaria andrajosa y su desaseo personal, que caracterizaba en este siglo a los asturianos. Quiñones de Benavente nos da este dato respecto del tipo con que llegaban a la corte:

Quédense para pícaros cuitados,
Más andrajosos y despedazados
Que corito en Madrid recién venido [50].

También Moreto alude a sus abarcas de madera, enterizas y rígidas:

Has servido más entero
Que zapato de corito [51].

De su aspecto zafio y desaseado tenemos rastro en este pasaje del Doctor Godínez:

Algún villano de Asturias,
A quien jamás la tijera

---

48 Lope, *La ventura sin buscarla*, I. Ac. N. E., X, pág. 262-*a*. En el mismo sentido, vd. *Obras en verso*, del Príncipe de Esquilache. Amberes, 1654, pág. 558-*b*.

49 Ms. 16.291, B. N. de Madrid, pág. 33.

50 Quiñones de Benavente, *Entremés de la hechicera*. N. B. A. E., XVIII, pág. 684-*a*.

51 Moreto, *Mejor amigo, el Rey*, II. Rivad., XXXIX, pág. 612-*c*.

Llegó a enmendar con el arte
La desmelenada greña [52].

Eugenio de Salazar describe su indumentaria bastante miserablemente:

«Habitan esta lustrosa ciudad ilustres hidalgos de lanza mohosa, cuchillo cachi-cuerno, abarca peluda, pierna desnuda, capotín de dos faldas, caperuceta antigua sobre largas coletas» [53].

El autor de *La pícara Justina* nos los presenta así:

«Va de cuento: Estos asturianos encontré en diversas tropas o piaras, con tales figuras, que parecían soldados del rey Longaniza o mensajeros de la muerte de hambre, lo cual creyera cualquiera que los viera flacos, largos, desnudos y estrujados y con guadañas al hombro; vi también que llevaban unas espaditas de madera en la cinta. Miren si es por ahí la gente corita, pues llevan armas incomprensibles que agotan el entendimiento; los que iban, sin sombreros y casi desnudos; los que venían traían dos sombreros y mucho paño enrollado. No te he dicho el traje de las asturianas. Oye: unas traían unos tocados redondos que parecían reburujón de trapos en empujo de melecina; otras los traían que parecían turbantes de moros; otras, las más galanas, azafranadas como cabeza de pito; otras, de tanto volumen y de tal hechura, que parecía tejado lleno de nieve; vi tantas diferencias de ellos como hechuras de pan de ofrenda. En aquella sazón traían todos luto por una persona de la casa real, y era cosa de risa ver los lutos de las asturianas. Una vi que por luto traía una soleta de calza parda, presa con dos alfileres sobre el tocado. Puramente me pareció que las ánimas de aquellas asturianas debían de ser de casta de truchas empanadas en pan de centeno, porque quien viera un rostro negro, una mantilla atrás y otra adelante, no podía pensar sino que allí vivían empanadas las ánimas no encorporadas ni humanadas. Pues ¿las diferencias de los calzados no eran donosas? Unas traían unos zapatos de madera, que llamaban abarcas, con unas

52 *Aun de noche alumbra el sol*, II. Rivad., XLV, pág. 207-*b*.
53 Eugenio de Salazar, *Cartas*. Bibliót. Esp., I, pág. 85.

puntas de madero que parecían cola de ternero retozón. Si aquellas mujeres supieran escribir, con los pies pudieran firmar, que aquel pico sirviera de pluma. Otras usan unas sandalias, que llaman zapato de apóstol; éstas son de cuero o pellejo, y las traen atadas con un cordel tan fuertemente, que después de calzadas pueden en las soplantes hacer son como pandero; y creo lo hacen a veces a falta de témpano. Otras traen unos zapatos de vaca, no cosidos, sino clavados con tan fuerte clavazón como si fuera postigo de fortaleza, y aun algunas, para vestir tan al propio como al provecho, traen echados tacones de herraduras viejas. Una cosa vi en que juzgué que los asturianos deben ser volteadores de inclinación y aves de caza, porque sus madres los crían en el aire. Y es que van camino ocho o diez leguas, y llevan los muchachos en unos cestos o banastas sobre las cabezas; si como los traen en el aire, fuera en el agua, según razón, habían de ser pescados, y cerca andan ellos de ello, pues no suelen tener casi nada de carne. Verdad es que a ellas les sobra.

Todas estas visiones llevara en paz y en haz mi gusto si encontrara alguna de buena cara; pero teníanla todas tan mala, tan negra y abominable, que yo imaginé que eran salvajes escamados, y que quitados los pelos y cerdas, habían quedado así las caras sin barbas. Yo no sé cómo, siendo aquella tierra fría, son aquellas mujeres negras, porque el color negro es efecto de mucho calor, como se ve en el cuervo; mas debe de ser que con el frío se queman y se enegrecen como los naranjos cuando se hielan, o se deben de afeitar con color de guinea, o las paren sus madres en los cañones de las chimeneas, o las ponen al humo que se acecinen, o cualque cosi» [54].

Y poco después repara en su desnudez de piernas:

«Preguntéle que por qué *andaban en piernas* los asturianos; dijo que porque hay una profecía de Pero Grullo, que fue asturiano, de que en Asturias ha de venir por el río una avenida de oro y toneles de vino de Ribadavia, y por estar prevenidos para la pesca, andan siempre descalzos.»

[54] *Opus cit.* Rivad., XXXIII, págs. 144-145.

Veamos qué oficios eran en Madrid los ordinarios de los asturianos, como antecedente estrechamente aliado con el concepto que de ellos se formó en aquella época. Estos oficios eran variadísimos y todos ellos de poca monta. Echamos de ver, desde luego, que el carácter asturiano es de una adaptabilidad extraordinaria y multiforme. Ellos eran lacayos y esportilleros como los gallegos, amoladores de cuchillos y tijeras como los franceses, comerciantes como los catalanes, y ejercían aun otros privativos de su región, como barquilleros, demandaderos, escuderos, etc. De todo hay huellas en la literatura dramática. Empecemos por los lacayos.

Véase en cuán poco estimaba D. Antonio Hurtado de Mendoza tener un lacayo asturiano:

Que un lacayo muy corito
Adelante, y luego atrás
Un paje andrajoso, más
Que familia es sambenito [55].

Estos lacayos de Asturias no iban en zaga a los de Galicia en su afición al vino: la opinión de Mira de Amescua los igualaba en esto, según aparece en este diálogo de despedida entre dos individuos, cada uno de su región respectiva:

MONGANA. *Sin cumplimientos ni ruegos*
nos iremos, dos mosquitos.
CARRASCO. *Adiós, honra de coritos.*
MONGANA. *Adiós, honor de gallegos* [56].

Otro testimonio contemporáneo nos presenta a estos lacayos cortejando a las lavanderas gallegas en las proximidades del Manzanares, lugar frecuentadísimo por la gente de tal laya en el siglo XVII. En el entremés de *La Puente Segoviana*, dice Quiñones de Benavente:

---

[55] Don Antonio Hurtado de Mendoza, *Cada loco con su tema*, I. Rivad., XLV, pág. 461-*a*.

[56] Mira de Amescua, *No hay dicha ni desdicha hasta la muerte*, I. Rivad., XLV, pág. 40-*a*.

A armar a Manzanares
Los ríos entran;
Despejen los coritos
Y toda lavandera
De gallega persona [57].

El mismo asunto del entremés de Quiñones lo trató en prosa, a modo de fábula, Castillo Solórzano, y volvemos a encontrar rastros de esta categoría de asturianos. Se trata de las bodas del Manzanares con la Puente Segoviana, y dice:

«Vino su esposa, acompañada de lavanderas y asturianos aliviadores de sus cansancios; aquéllas, la mayor parte gallegas, y éstos, gente que para profesar el Orden de Juan de Dios sólo les faltaba el traer el hábito más largo, porque del sayal y la espuerta no carecían» [58].

Y en la misma obra leemos idéntico lugar:

Margenado Manzanares,
Pareces plana de niño,
Con manchas de lavanderas
Y borrones de coritos [59].

Su oficio de esportilleros aparece ya señalado por Salas Barbadillo en estas palabras:

«Todo esportillero corito y todo aguador gabacho» [60].

Y Vélez de Guevara, en *El Diablo Cojuelo*, los hace asimismo aguadores, cuando describe la fuente de la Puerta del Sol:

«Aquella bellísima fuente de lapislázuli y alabastro es la del Buen Suceso, adonde, como en pleito de acreedores, están los aguadores gallegos y coritos gozando de sus antelaciones para llenar de agua sus cántaros» [61].

Aguadores los presenta Lope en este diálogo de *La Dorotea*:

57 *Opus cit.* N. B. A. E., XVIII, pág. 533-*b*.
58 Castillo Solórzano, *Jornadas alegres*, I. Madrid, 1909, pág. 350.
59 Castillo Solórzano, *Jornadas alegres*, I. Madrid, 1909, pág. 20.
60 Salas Barbadillo, *Curioso y sabio Alejandro*. Rivad., XXXIII, pág. 5-*a*.
61 *Opus cit.* Clás. Cast., XXXVIII, pág. 230.

GERARDA.—*Montañés será tu marido...*
CEL.—*¿Cosa que sea destos que venden agua?*
GER.—*¿Pues qué querías? ¿Que tuviese solar, pendón y caldera?* [62].

Sus aptitudes comerciales en negocios al menudeo descuellan ya en este pasaje de Francisco Santos:

«Una tienda de aceite y vinagre que la administra un corito, que tiene más de seis mil ducados, y no ha seis años que vino a Madrid y aun para comprar una esportilla no acaudaló en más de seis meses» [63].

A este lugar pertenece también su profesión de vendedores de barquillos, que Calderón nos atestigua, llamando a un hombre de poca monta «barquillero asturiano de quite y desquite» [64].

Eran también los únicos de los españoles que competían con los franceses en el arte de afilar herramientas. Quiñones de Benavente saca a escena un «amolador, con su muela y martillo», y su texto nos comprueba que era asturiano:

AMOLADOR. *Dios sea en esta casa.*
BEATRIZ. *¡Ah, buen corito!*
Amuela esas tijeras y cuchillo [65].

Citaré, por último, un pasaje de Moreto, que nos revela otra de las actividades que los asturianos desarrollaban en la corte. Parece que solían ellos salir por las calles el día de la ejecución de un reo de muerte a pedir limosna para sufragios espirituales por el alma del ajusticiado. Y parece también que no eran muy escrupulosos en la inversión de dichas limosnas. Los siguientes versos están en boca de un condenado a la horca y que se burla de su propia muerte:

Mañana, en fin, por mí anda
La campanilla y los gritos.

---

[62] Lope, *La Dorotea*, II. Renac., pág. 99.
[63] Francisco Santos, *Los gigantones en Madrid*. Madrid, 1666, pág. 124.
[64] *Guárdate del agua mansa*, II. Rivad., IX, pág. 389-*b*.
[65] *Entremés del amolador*. N. B. A. E., XVIII, pág. 753-*a*.

¡Qué gran día de coritos,
Si les toca la demanda!
Que todo el día es tragar
Lo que juntan en su nombre:
«Para hacer bien por el hombre
Que mandan ajusticiar» [66].

Otra de sus ocupaciones, relacionada con su carácter nobiliario, era la de servir de escuderos para acompañar las literas o sillas de mano de las linajudas señoras. Alarcón tiene al propósito este lugar:

MAYORDOMO. *¿Quién ha de acompañarte?*
CONDESA. *Seis coritos*
con espadas y chuzos, que me agrada
andar con novedad y andar guardada.
MAYORDOMO. *¿Seis escuderos?*
CONDESA. *Sí, porque en Castilla*
parece entierro las andas de una silla [67].

Las asturianas no salían de su tierra, como las gallegas, a oficios serviles. Maritornes pudo bien ser una reacción consciente de Cervantes, que de primera intención la hubiera hecho gallega, como su pareja la delineada por el pseudo Avellaneda. Pero desde su tierra montuosa enviaban a Castilla fama de sus sortilegios y brujerías. Por eso, en el falso *Quijote*, dice Sancho a su amo:

«Mire vuesa merced, señor, lo que hace, y no la desate, porque esta ánima me parece pintiparada a la ánima de una tía mía que murió habrá dos años, de sarna y mal de ojos, en mi lugar; y nos importa a todos los de mi linaje no verla más que a la landre, porque era la más maldita vieja que hayan tenido todas las Asturias de Oviedo que hay en todo el mundo» [68].

En cambio, si las gallegas abastecían los fregaderos de la corte, las asturianas infectaban los estrados señoriles en calidad

66 Moreto, *El valiente justiciero*, III. Rivad., XXXIX, pág. 345-*c*.
67 Alarcón, *Entremés de la Condesa*. N. B. A. E., XVII, pág. 240-*a*.
68 *Quijote*, de Avellaneda, cap. XXII. Rivad., XVIII, pág. 68-*a*.

de dueñas. Estas eran las que hacían juego con los nombrados escuderos. Cervantes notó expresamente que la Rodríguez del *Quijote* era asturiana. Los otros autores que nos dan materiales para la reconstrucción del tipo de la dueña nos dejan adivinar su oriundez en los pujos de hidalguía montañesa que infunden en todas ellas. Esto nos introduce en la condición sobresaliente del carácter asturiano, a juicio del siglo XVII.

CUALIDADES DE LOS ASTURIANOS

Nada bueno podemos decir de los asturianos según los conceptuaban en este siglo. Un anónimo contemporáneo los tacha de pobres:

Di la vuelta por Vizcaya
Y desde allí me fui luego,
Aunque con gran menoscabo,
A las Asturias de Oviedo.
Como es la tierra tan triste
Y tan falta de dinero,
No ganábamos un cuarto [69].

Eugenio de Salazar, que tan mala y miserable encontró aquella tierra, no tuvo mejor opinión del alma de sus habitantes. Léanse las siguientes frases de su interesante *Carta:*

«Los asturianos tiraban lanzas al cielo, porque le tienen tan cerca de sus casas, cuanto lejos de sus corazones» [70].

Las casas son redondas... «para que quepa la ruindad de los moradores» [71].

«Todas las casas son insulanas, ninguna se pega con la otra: así son las voluntades de los vecinos» [72].

«Aunque no son muchos, son muy mal avenidos» [73].

---

[69] *Loa,* anónima. N. B. A. E., XVIII, pág. 450-*b*.
[70] Eugenio de Salazar, *Cartas.* Bibl. Esp., I, pág. 81.
[71] Eugenio de Salazar, *Cartas.* Bibl. Esp., I, pág. 82.
[72] Eugenio de Salazar, *Cartas.* Bibl. Esp., I, pág. 83.
[73] Eugenio de Salazar, *Cartas.* Bibl. Esp., I, pág. 85.

La paremiología tampoco les favorece. El maestro Correas nos da estos refranes de asturianos:

«Asturiano ni mulo, ninguno.»

«Al asturiano, vino puro y lanza en mano.»

«Entiende darle, o le agrada, porque son amigos del vino, por ser la tierra fría y fragosa, y por los pundonores de su nobleza y puertos de mar, con belicosos y prevenidos; extiéndese esto a Vizcaya y toda la costa septentrional» [74].

Hemos de ver, en efecto, que la tacha de bebedores fue muy de los vascongados; pero en lo tocante a los asturianos, el testimonio del Maestro Correas conviene con el de *La pícara Justina* antes copiado, y con lo que pone Mira de Amescua en boca de un montañés:

Mas soy montañés, hermano;
Y como la tierra es fría,
En naciendo nos dan vino,
Y con esto y con tocino
Medra el muchacho y se cría [75].

Otro testimonio nos dio el autor de *La pícara Justina* acerca de la fama de incultos que tenían los de Asturias, de acuerdo con lo que vimos decía Luis Cabrera. Ahora habla Justina con un asturiano:

«Preguntéle que por qué *hablaban siempre en tonillo de pregunta*, y dijo que como tienen fama de que yerran mucho, preguntando siempre puedan decir que quien pregunta no yerra, si no es que pregunte lo otro, que ya me entiendes; también dijo que hablaban en tono de pregunta, porque como están lejos de corte, siempre llevan de acarreo respuestas» [76].

Hubo, no obstante, quien trató de rehabilitarlos un poco, poniendo de relieve sus buenas cualidades, que tampoco les faltaban. El Maestro Pedro de Medina dijo del Principado de Asturias lo siguiente:

---

74 *Vocabulario de refranes.* R. Acad., pág. 24.

75 Mira de Amescua, *La Fénix de Salamanca,* II. Rivad., XLV, pág. 80-*b*.

76 *Opus cit.* Rivad., XXXIII, pág. 144-*b*.

«Son los de aquella tierra de más apacible trato y conversación que las otras gentes de España. Son amigables y muy liberales, alegres, muy regocijados, ligeros y sueltos, recios y belicosos y muy determinados» [77].

[77] Pedro de Medina, *Opus cit.*, parte II, cap. CXXXI, pág. 275-*a*.

Capítulo IX

LOS VASCONGADOS

Los escritores de esta época comprendían bajo el nombre de vizcaínos a todos los naturales de dominio vascuence, y autor hay que los cobija a todos con el dictado de navarros.

Las notas constitutivas del tipo vizcaíno son las siguientes:

1.ª Nobleza de linaje.
2.ª Sencillez de espíritu.
3.ª Cortedad de carácter.
4.ª Aptitud profesional para secretarios.
5.ª Aptitud para la marinería.
6.ª Afición desmedida al vino.
7.ª Humor colérico.

La nobleza de los vizcaínos

En el siglo XVI empieza a tomar cuerpo la idea de los vizcaínos en las frecuentes apariciones que hacen en el teatro. El Doctor William Samuel Hendrix ha contado estas apariciones: en la *Tinellaria*, de Torres Naharro; en la *Salmantina*, de Bartolomé Palau; en la *Tercera Parte de la Celestina;* en la *Farsa de los lenguages;* en la *Vidriana*, de Jaime de Güete; en la *Aurelia*, de Timoneda[1]. El carácter más saliente en todos estos pasajes es la hidalguía.

[1] *Some Native Comic Types in the Early Spanish Drama.* Ohio, 1924.

Esta nota fue durante todo el siglo XVII la que más distinguió al tipo vasco en el concepto que de él se formaron los demás españoles.

La cuestión, histórica y cancillerescamente discutida, halló modo de penetrar en un libro de amena literatura, en la continuación de la *Vida de Guzmán de Alfarache*, por el pseudo Luján de Saavedra, lo cual nos da la medida de lo divulgado y asimilado que estuvo en la mentalidad de la época el concepto de la hidalguía vascongada.

Del género polémico, expresión de rivalidades interregionales, que siempre han existido, son dos folletos del siglo XVII. Titúlase uno de ellos *Castellanos y Vascongados. Tratado breve de una disputa y diferencia que hubo entre dos amigos: el uno castellano, de Burgos, y el otro vascongado, en la villa de Potosí, reino del Perú.*

Este documento, que permaneció inédito hasta 1876 [2], niega a los de Vizcaya las dos principales razones en que se cimentaba su hidalguía: la antigüedad y la incontaminación de parte de moros o judíos. El problema de los aborígenes vascos está resuelto en este opúsculo por la cita de un curioso texto de Paulo Jovio, que entronca a los vizcaínos con los judíos expulsados de Jerusalén por Tito y Vespasiano. De aquí claramente explicada la etimología de la palabra *vizcaínos*, que quiere decir *Bis-Caínes*, dos veces Caínes, una con Abel y otra con Jesucristo. Igualmente hace al caso de la misma tesis la etimología de Fuente Rabía.

«Fuente-Rabía es Fuente y Puerto de Rabinos, o Fuente y Puerto a donde asistía el Rabí principal y se bañaba cada día a su usanza, como Fuente del Maestre, en Extremadura» [3].

La incontaminación de los habitantes de Vizcaya con los moros invasores de España también la redujo a mito el formidable etimologista en estas tres líneas, que harán estremecer los manes de Bopp:

---

[2] De un ejemplar que he visto con dedicatoria firmada por el erudito editor y anotador Z., consta que fue D. Justo Zaragoza.

[3] *Opus cit.*, pág. 35.

«Que en vuestra tierra hubo moros con su mezquita, pruébalo en que ahí quedó el lugar de Amezqueta, donde estaba la mezquita».

La otra obrilla, titulada *El Búho Gallego*, atribuida al conde de Lemos (el de 1620), y escrita seguramente por uno de sus amigos, contrario al bando de Uceda, cita y traduce el mismo sustancioso párrafo de Paulo Jovio, y pone en boca del Búho Gallego contra el Tordo Vizcaíno las mismas objeciones que ya conocemos acerca de su nobleza.

A este insulso librejo salió a responder otro, titulado *El Tordo Vizcaíno*, sin más indicación de autor ni de impresor, aunque la opinión de los contemporáneos lo atribuye al historiador Garibay. Aunque está impreso en el *Semanario Erudito*, t. XXII, página 110, mis citas corresponden al manuscrito 10.449 de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Dice el autor de *El Tordo Vizcaíno* que Felipe II dio origen a la frase «el vizcaíno, en naciendo noble», en cierta ocasión que dijo estas palabras: *Honrad a los vizcaínos, que son nobles en naciendo.* Y dice más: que escribió al Señorío de Vizcaya una carta consolándolos de lo que su Fiscal Juan García escribió de ofensivo para la nobleza vizcaína [4].

Frente a estos ridículos combates en pro o en contra de la nobleza de los vascos, ¿cuál era la actitud de la opinión vulgar? Creo acertar describiéndola así: En España era proverbial el aferramiento de la gente de Vizcaya a sus pretensiones nobiliarias. Eran también proverbiales las razones que alegaban de antigüedad e incontaminación. Por último, sin meterse a discutir dichas razones, y aun aceptándolas, el tipo del hidalgo vizcaíno fue blanco de la sátira popular en la literatura recreativa. A estos tres puntos se reducen los textos siguientes.

Que el aferramiento de los vascos a su hidalguismo era proverbial en toda España lo prueban estas palabras del Maestro Pedro de Medina:

---

[4] *Opus cit.*, pág. 18.

«Son muy amigos de la honra y reputación. Hacen mucha estimación con jactancia de sus hidalguías y noblezas» [5].

Conforme a este pensamiento hizo hablar el autor de *Castellanos y Vascongados* a uno de sus dialogantes:

«Nuestra hidalguía y antigüedad es desde el principio del mundo. Lo primero, se prueba con la pública voz y fama de ser vizcaínos hidalgos. Lo segundo, nosotros somos los primeros habitadores de la España; porque viniendo Túbal, nieto de Noé, desde el Oriente a Occidente, a poblar a España, aunque era fuerza dar primero en las costas de Valencia, Andalucía y Portugal, rodeó toda España y se fué a nuestra tierra. Y la razón que hay entre nosotros es que, como para coger trigo les era preciso sembrar y esperar de un año a otro, no podía esperar su necesidad, sino que les era necesario buscar tierra que tuviese frutales, aunque silvestres; y siendo de este género nuestras provincias tan abundantes, se pasaron a ellas para poder sustentarse» [6].

Lope de Vega presentó en escena otro vizcaíno, jactándose de su condición noble y leal, cual correspondía al patrón vulgar de vasco que el público tenía en la conciencia:

Si yo te fuere traidor,
Pártame un rayo del cielo.
A Guipúzcoa no han llegado
Ni aun señas de la traición;
Nobles y hidalgos son [7].

Por lo que toca a la antigüedad de la raza vasca, Tirso se hacía eco de la opinión vulgar de su siglo, enlazando la idea de nobleza con la representación del árbol de Guernica:

Mas si no fuese tan limpia
Como tu sangre merece,

---

[5] Autor citado, *Libro de las grandezas de España*, pág. 281-*b*.

[6] *Opus cit.*, pág. 32.

[7] Lope, *Castigo del discreto*, II. Ac. N. E., IV, pág. 200-*a*. En el mismo sentido, *El premio del bien hablar*, I. Ac. N. E., XIII, pág. 378-*b*, insistiendo en la fidelidad vizcaína.

Envidiada por antigua,
O ya que fuese tan noble
Como el árbol de Garnica[8].

Villaviciosa y Avellaneda asocian la nobleza vasca a la producción más típica de sus montañas:

Si usté es noble, yo también,
Pues que tengo para serlo
También mi casa en Vizcaya,
Más antigua que sus hierros[9].

De otros textos se sugiere la valiosidad que ordinariamente se atribuía al abolengo vasco. Así, cuando la figura alegórica de *El Pecado* declara su nombre, hay quien acota diciendo:

¡El Pecado! ¡Linda cosa!
¿No le dice con empacho?
¡Qué apellido solariego
Montañés o Guipuzcoano![10].

La otra razón de la incontaminación de Vasconia la confesaba Lope en aquellos versos de *El Peregrino*, donde dice:

En las partes adonde,
Sin haber entrado ofensa
De sangre bárbara o vil,
Guardó España su nobleza,
Nací de tan nobles padres,
Que si tengo alguna queja
Del cielo en mis desventuras,
Con esto pude perderla.

---

8 Tirso, *La celosa de sí misma*, II. Rivad., V, pág. 136-*b*. Y en *La prudencia en la mujer*, I. Rivad., V, pág. 287-*b*. Otra mención del Árbol de Guernica hay en Lope, *Coloquio entre un portugués, un castellano, un vizcaíno*, etc. R. Ac., II, pág. 96.

9 Villaviciosa y Avellaneda, *Cuantas veo, tantas quiero*, III. Rivad., XLVII, pág. 458-*a*.

10 Lope, *Limpieza no manchada*, II. R. Ac., V, pág. 415-*b*. Igualmente Salas Barbadillo, *Corrección de vicios*. Madrid, 1907, pág. 45.

En fin, en Vizcaya, archivo
Del valor que España encierra [11].

Y Tirso, en este pasaje:

¿Quién sois?
—Moro vizcaíno.
—Eso no, que no hay allá
Moros; todos son hidalgos [12].

Justo será advertir que esta idea de la incontaminación llegó a veces al terreno cancilleresco y motivó la intervención del poder público. Consérvanse dos autos del Consejo Real que nos ayudan a comprender lo muy arraigada que estaba en el alma vasca esta pretensión. Se expresaba así dicho Consejo, en Madrid, en 1561:

«Cerca de lo pedido por el Condado de Vizcaya, que en ejecución de ciertas provisiones que presentan, en que se provee que en el Condado no haya judío, ni moro, ni descendiente de ellos, y los que hubiere salgan; se acordó que no convenía tratarse de esto ni ejecutar lo dispuesto en las dichas provisiones, atentas muchas causas que obligan y conviene considerarse para esto.

»En 1665 volvió el Señorío de Vizcaya a pedir provisión contra los confesos, para que salieran del país, y el Consejo volvió a desestimar sus pretensiones» [13].

El aspecto satírico que este carácter dejaba ver a los literatos contemporáneos dejó huellas en cuentos y chistes de tradición oral y escrita y en novelas y en comedias. A la tradición oral debe pertenecer esta facecia que recogió D. Justo Zaragoza en sus notas al *Diálogo entre el burgalés y el vizcaíno*:

«En satisfacción de esta vanidad se inventó aquella conocida anécdota del Montmorency, que decía a un vasco: "Debéis saber

---

[11] Lope, *El peregrino*. Lib. V. Rivad., XXXVIII, pág. 246-*a*.

[12] Tirso, *El cobarde más valiente*, III. N. B. A. E., IX, pág. 435-*b*. También en *La villana de Vallecas*, II. Rivad., V, pág. 55-*b*.

[13] *Autos acordados*. Lib. VIII, tít. II, aut. 1 y 2.

que nosotros datamos de mil años atrás." A cuyo arranque respondió... el éuscaro: "Nosotros no datamos."» [14].

De la tradición erudita citaremos un cuentecillo de la *Floresta Española*, de Francisco Asensio, que pone en ridículo el apego de los vascos a su hidalguía:

«Tenían preso a un vizcaíno por un delito que había cometido. Tomáronle juramento si era verdad lo que le preguntaban; juró que no. Diéronle dos tormentos, y no confesó. Quitado del tormento, preguntándole el alcalde: "A fe de hidalgo, ¿hiciste esto que te pido?" Respondió: "Sí."» [15].

Como muestra de la sátira teatral, merece puesto de honor la comedia de Solís *Un bobo hace ciento*, que toda ella es en mofa del tipo que describe en estos versos:

Yo confieso que es extraño
Majadero el tal Don Cosme,
Y que es recién trasplantado
Vizcaíno; hombre, en efecto,
De los del duelo en la mano
Y la razón en el pie,
Muy señor de un mayorazgo,
Y que trae lo presumido
Junto a lo desconfiado [16].

Nos queda todavía un cabo por atar respecto de la nobleza de los vascos; éste es su relación con los godos.

Digamos en primer lugar que en el siglo XVII fue corriente la idea de que los de Vizcaya no tuvieron cruce con los invasores godos. El autor de *Castellanos y Vascongados*, atacando la hidalguía de éstos, les decía:

«No sois hijos de godos..., y hace prueba desto que no hay entre vosotros nombres godos, como Pelayo, Payo, Fernando, Nuño, Rodrigo, Toribio, Mendo, Gonzalo, García, Ramiro, Bermudo, Alonso, ni otros».

---

14 *Opus cit.*, nota 15, pág. 232.

15 F. Asensio, *Floresta Española.* Biblióf. Madril., IV, pág. 82

16 Don Antonio de Solís, *Un bobo hace ciento*, I. Rivad., XLVII, página 25-*a*.

Mas he aquí que no faltó quien convirtiera la acusación en elogio. Este es el Benedictino de Nájera, que refuta de propósito la opinión de que los vascones antiguos se hubieran mezclado nunca con los godos, a los cuales coloca en la misma línea que a los moros. La gloria de vizcaínos y navarros, en sentir de Fr. Benito de Peñalosa, consiste en haberse conservado incontaminados, lo mismo de los romanos, que de los godos, que de los árabes, y, la verdad sea dicha, el buen fraile tenía razón en indignarse con los que, haciéndose de los godos, perdían tres mil años de antigüedad de una mano a otra. Oigamos su razonamiento:

«Después del Diluvio Universal hasta el tiempo que entraron los godos en España pasaron cerca de tres mil años, y los godos ha que vinieron a ella mil y doscientos. Pues, ¿por qué, haciéndonos de los godos, habemos de perder tres mil años de antigüedad?» [17].

No quiero omitir que hay un autor que defiende la existencia en Vasconia de *reliquias de los antiguos godos*. ¡Pero qué reliquias! Tales son los Agotes de Navarra, unos parias que «habitan en chozas, apartados de los otros, como gente infecta y apestada; no tienen cabida en los oficios y cargos comunes de la república; jamás se asientan en una mesa con los naturales; beber en copa tocada de sus labios sería como beber tóxico; en la iglesia no pueden pasar de la pila del agua bendita adelante... Les imponen defectos naturales notoriamente falsos, como que a todos huele mal el aliento, que ninguno tiene purgación de narices, que todos padecen flujo de sangre y simiente, que todos nacen con un palmo de cola, y otros dislates así» [18].

---

[17] Peñalosa, *Cinco excelencias del español*. Madrid, 1629, pág. 79. Esta opinión de Peñalosa es bastante frecuente.

[18] Don Martín de Vizcay, *Derecho de naturaleza que los naturales de la Merindad de San Juan del Pie del Puerto tienen en los reinos de la Corona de Castilla*. Zaragoza, 1621, pág. 126.

LA SENCILLEZ VIZCAÍNA

Como consecuencia de la hidalguía se atribuía a los vizcaínos cierta bondad de carácter y llaneza de intenciones, que venía a ser una como exageración de la hombría de bien característica de los castellanos.

Vicente Espinel expresa más exactamente que ningún otro escritor esta cualidad:

«Quien dice en Castilla *vizcaíno*, dice hombre sencillo, bien intencionado» [19].

Cervantes acentúa el mismo carácter, ya en sentido circunspectamente despectivo:

«Son unos benditos, como no estén enojados, y en esto parecen vizcaínos, como ellos dicen que lo son» [20].

Gracián presenta un tipo de acertador, que descubre la naturaleza de cada cual por sus rasgos dominantes de carácter, y al ver *un sencillo*, declaró que era vizcaíno. El Maestro Pedro de Medina formula de la nación navarro-vascongada este juicio:

«Son muy sencillos y fuera de dobleces» [21].

Lope escribió también estos versos:

—Palabra te doy
Que en toda mi vida vi
Hombre menos malicioso.
Es vizcaíno [22].

Mas como no hay regla sin excepción, Bilbao era, en opinión de Espinel, la que rompía esta regla. Dice así:

«Yo creo que Bilbao, como cabeza de reino y frontera o costa, tiene y cría algunos sujetos vagamundos, que tienen algo de bellaquería de Valladolid, y aun de Sevilla» [23].

19 *Marcos de Obregón*, I, 21. Clás. Cast., XLIII, pág. 296.
20 Cervantes, *La señora Cornelia*. Rivad., I, pág. 217-*b*.
21 *Opus cit.*, pág. 281-*b*.
22 Lope, *El castigo del discreto*, III. Ac. N. E., IV, pág. 210-*b*.
23 Espinel, *Obregón*, I, 21. Clás. Cast., XLIII, pág. 296.

LA CORTEDAD DE LOS VIZCAÍNOS

Abundan los textos que atribuyen a la raza vasca una cortedad general, que luego se va especificando en cortedades de diferentes clases: cortedad de ingenio, de razones, de palabra y de modales.

Vamos a ver, primeramente, los textos que hablan de la cortedad vizcaína en general, y después veremos especificarse la idea en las variedades dichas.

El poeta Polo de Medina identifica las palabras *corto* y *vizcaíno*, y emplea ésta por aquélla:

Sabéis, Tirso, que imagino
Que el sastre quiso ser galgo,
Y os hizo como a hidalgo
Ferreruelo vizcaíno [24].

Gracián, refiriéndose a una parte de la familia vasca, dice: «Verás hombres más cortos que los mismos navarros» [25].

Y más adelante, concretándose a Pamplona:

«De Pamplona no se hizo mención, por tener más de corta que de corte, y, como es un punto, toda es puntos y puntillos Navarra» [26].

El poeta valenciano Gaspar de Ávila nos ofrece otro lugar a este propósito:

Un ferreruelo esclavino,
Más corto que un vizcaíno
Y con más ser que un letrado [27].

Y el sevillano Monroy y Silva, jugando del vocablo, dice así:

---

[24] Polo de Medina, *Poesías*. Rivad., XLII, pág. 199-*a*.

[25] Gracián, *Criticón*, I, 4. Renac., I, pág. 39.

[26] Gracián, *Criticón*, I, 10. Renac., I, pág. 131.

[27] Gaspar de Ávila, *El valeroso español y primero de su casa*, II. Rivad., XLIII, pág. 575-*c*. Vd. también F. Cascales, *Tablas poéticas*. Murcia, 1617. *Tabla cuarta de la comedia*, pág. 385.

SOLDADO. *Alárguese.*
LOBÓN. *Vizcaíno*
Soy, y es fuerza que sea corto [28].

Don Antonio de Solís introduce un criado, llamado Juancho, que, por evitar medio real de gasto, echa del zaguán a dos mozas bien ataviadas, cortedad que hace exclamar a su amo:

¡Qué vizcainito te estás! [29].

Lope, empleando el recurso conceptista de expresar las ideas por medio de versos muy conocidos de romances populares, acomodó a la cortedad vizcaína los dos últimos versos de la siguiente redondilla:

Muy vizcaíno se halla
Amor en vuestro lugar,
Que quisiérades cortalla [30].
Pues os da mano a besar

Concretemos ya esta cortedad. El citado Maestro Medina dijo que los vasco-navarros eran «no de muy grandes y vivos ingenios, hasta que son cultivados».

Salas Barbadillo los considera ineptos para las obras de ingenio:

«Los vizcaínos —dice— son hombres de más manos que mañas...; tan fuertes de manos como el hierro» [31].

Y en otra obra, hablando de los poetas de Castilla, dice «que había tantos, que se pudieran hacer a sus tiempos sacas de ellos para Vizcaya, atento a ser tierra que no los lleva, y para tenellos es fuerza que los traiga de fuera del Reyno» [32].

---

28 *La batalla de Pavía*, I. Rivad., XLIX, pág. 79-*b*.

29 *Un bobo hace ciento*, II. Rivad., XLVII, pág. 31-*a*. Vd. en el mismo sentido, Alonso de la Cruz, *Discursos Evangélicos*. Madrid, 1599, pág. 46-*b*.

30 Lope, *Los bandos de Sena*, II. Ac. N. E., III, pág. 550-*b*.

31 Salas Barbadillo, *Curioso y sabio Alejandro*. Rivad., XXXIII, página 18-*a*.

32 Salas Barbadillo, *La hija de Celestina*. Bibliot. Román., núm. 149, página 21.

Polo de Medina admite el juicio, aunque contraponiéndoles una atenuante muy verdadera:

Fue el tercero que arrogante
Entró al examen Domingo;
Un hombre muy importante,
Si es hombre, el que es vizcaíno.
Gramático en mal romance
De montañés traducido;
Que si hay tontos en vascuence,
También hay asnos latinos [33].

El continuador de la *Vida de Guzmán de Alfarache* pretendió explicar el hecho de la siguiente manera:

«La razón por qué a los vizcaínos les llaman burros es porque, cuando salen de su tierra, como son gente noble e hidalga, salen sin doblez ni malicia, muy llanos, benignos, simples y pacíficos, que son calidades del pecho noble. Y porque la lengua vizcaína no se puede trocar fácilmente, por ser intrincada, y suelen tropezar y hablar cortamente en la castellana, paréceles que no alcanzan más que lo que dicen; y engáñanse, porque más ingenio arguye el darse a entender, aun en la lengua ajena, con menos palabras, y en sabiéndola, no hay vizcaíno que no pruebe muy bien en toda cosa» [34].

Pedro Espinosa nota la testarudez, que hasta los refranes atribuyen a los de Vizcaya, en unas décimas a San Ignacio de Loyola:

Para tan largo camino
Tomáis el Norte en la diestra,
Para salir con la vuestra,
Como hidalgo vizcaíno [35].

---

[33] Polo de Medina, *Poesías*. Rivad., XLII, pág. 196-*a*.
[34] Luján de Saavedra. Rivad., III, pág. 395-*a*.
[35] Pedro Espinosa, *Obras*. Madrid, 1909, pág. 56.

Ahora se comprende que Cervantes, queriendo hacer pasar a uno por vizcaíno, diga de él esto: «Él es un poco burro y tiene algo de mentecato» [36].

Y que el autor de *La Lena* diga o haga decir a Damasio:

Ni ha salido de Vizcaya mayor asno que tú [37].

Y *La pícara Justina* trae un refrán que enhila bien con las citas anteriores:

Soy vizcaíno, alavés, linda res [38].

Esta idea es la raíz de innumerables cuentecillos que, en compilaciones anecdóticas y en comedias populares, presentan a los vizcaínos torpones y obtusos de mente. Leeremos algunos de estos documentos:

«Caminando un vizcaíno en tiempo de caniculares, llevaba puesto un papahigo. Díjole un escudero: "Buen hábito es ése para este tiempo." Respondió el vizcaíno: «Dinero tuviésemos, que invención tan bien sabríamos hacer como en corte."» [39].

A Lope de Vega pertenece el siguiente cuento del vizcaíno y el albéitar:

Eres como el vizcaíno
Que dejó el macho enfrenado,
Y viendo que no comía,
Regalándoles las clines,
Un Galeno de rocines
Trujo a ver lo que tenía;
El cual, viéndole con freno,
Fuera al vizcaíno echó;
Quitóles, y cuando volvió,
De todo el pesebre lleno
Apenas un grano había,
Porque, con gentil despacho,

36 *El vizcaíno fingido.* N. B. A. E., XVII, pág. 28-*b.*
37 Alfonso Velázquez de Velasco, *La Lena.* N. B. A. E., XIV, pág. 396-*a.*
38 *Opus cit.* Rivad., XXXIII, pág. 157-*a*, y Lope, R. Acad., II, pág. 145.
39 F. Asensio, *Floresta Española.* Bibliót. Madril., IV, pág. 83.

Después de la paja, el macho
Hasta el pesebre comía.
Albéitar, juras a Dios,
Dijo, es mejor que dotora,
Y yo y macho desde agora
Queremos curar con vos [40].

También Alarcón se permitió burlas a costa del menguado ingenio vizcaíno en el pasaje que sigue:

CRIADO. *¿Sabes lo del vizcaíno?*
AMO. *Dilo, pues lo has comenzado.*
CRIADO. *Tomó un arcabuz cargado*
Y apuntóle a un su vecino.
Dijo el otro, dando un grito:
«¡Mira que me matarás!»
Y él respondió: «Queda estás,
Que yo tirarás quedito» [41]

En la *Floresta Española* se lee una discreción del conde de Oñate, de la cual se burla Lope muy finamente en una de sus novelas:

«Hallé una vez en un librito gracioso, que llaman *Floresta Española*, una sentencia que había dicho un cierto Conde: "Que Vizcaya era pobre de pan y rica de manzanas"; y tenía puesto a la margen algún hombre de buen gusto, cuyo había sido el libro: «"Sí diría", que me pareció notable donaire» [42].

El repertorio de estos cuentos es bastante extenso. Acabemos recordando que el pseudo Guzmán de Alfarache aprendió «muchos cuentos de vizcaínos del libro de los *Apotegmas*, para sacar de quicio a un lacayo de Vizcaya».

Intermedia entre la cortedad de ingenio y el laconismo o cortedad de palabras, viene la cortedad de razones.

---

[40] Lope, *Castigo sin venganza*, III. R. Acad., XV, pág. 262-*a*. Referencia al mismo cuento en *La pícara Justina*, II, III, 2. Rivad., XXXIII, pág. 134.
[41] Alarcón, *Todo es ventura*, I. Rivad., XX, pág., 122-*a*.
[42] Lope, *El desdichado por la honra*. Rivad., XXXVIII, pág. 19-*a*.

El autor de *La tía fingida* expresó este juicio:

Los vizcaínos es gente corta de razones.

El autor anónimo del *Entremés de las viudas* encarece la pequeñez del pie de una dama, diciendo:

Aqueste pie en el mundo peregrino,
¿No parece razón de vizcaíno? [43].

Francisco Asensio recogió en su *Floresta* algo a este propósito:

«Pasando uno por una mancebía, vió una moza muy hermosa. Preguntó de dónde era. Dijéronle que de Vizcaya. Respondió: "Con eso aprendió oficio tan corto de razones."» [44].

El interlocutor del citado *Diálogo entre un castellano y un vascongado,* dice sin empacho:

«Yo, como soy vizcaíno, soy corto de razones» [45].

La cortedad de palabras fue tan de antiguo atribuida a los vascos, que ya en el siglo xv el poeta Fernán Pérez de Guzmán los llamó «medio mudos» [46].

El Maestro Pedro de Medina los calificó de esta manera:

«Son de poco hablar y no muy propio ni muy concertado, que muchas veces sienten dificultad en poderse dar a entender y declarar sus conceptos» [47].

El continuador de Mateo Alemán recoge el hecho y quiere explicarlo del modo que vimos anteriormente:

«Viendo los vizcaínos lo mucho que se significa con pocos vocablos en su lengua, pensando que es así en la castellana, quieren hablar tan conciso y abreviado que los llaman *cortos como vizcaínos,* y se ha tomado en proverbio» [48].

---

43 N. B. A. E., XVII, pág. 187-*b*.

44 F. Asensio, *Floresta Española.* Biblióf. Madril., IV, pág. 84.

45 *Opus cit.*, pág. 48.

46 N. B. A. E., XIX, pág. 727-*b*.

47 *Opus cit.*, part. II, cap. 140, pág. 281-*b*. Vd. Gracián, *Criticón*, I, 7, Renac., I, pág. 87.

48 Luján de Saavedra Rivad., III, pág. 395-*a*.

Tirso dice que el amor no ha de ser retórico ni palabrero, y expresa su idea en esta forma:

Más tiene de vizcaíno
El amor que de elocuente[49].

La frase de Tirso hizo fortuna en la lira del toledano Rojas Zorrilla, que la explotó tres veces, por lo menos, en los siguientes lugares:

1.º *Es la mesma*
Verdad, si he de andar puntual,
La que dice esa doncella;
Sino que soy vizcaíno,
Y así tengo corta estrella
En hablar, luego me turbo[50].
2.º *El amor ha de ser, para ser fino,*
Portugués envainado en vizcaíno[51].
3.º *Yo me quiero desasnar,*
Que no han de ser vizcaínas
Las novias; si Dios me da
Una mujer que me diga
Su amor tan de par en par...[52].

Don Antonio de Solís sigue explotando el mismo concepto:

No niega
El vizcaíno su patria,
Muy largo de porfiar
Y muy corto de palabras[53].

Y en la *Comedia de Eufrosina,* admirado uno de ver cuán derecho va al grano cierto escolar, exclama:

---

49 Tirso, *Cautela contra cautela,* I. Rivad., V, pág. 502-*c.*

50 *Primero es la honra que el gusto,* II. Rivad., LIV, pág. 448-*b.*

51 Rojas Zorrilla, *Primero es la honra que el gusto,* II. Rivad., LIV, página 445-*c.*

52 *Donde hay agravios no hay celos,* II. Rivad., LIV, pág. 158-*b.*

53 Don Antonio de Solís, *Un bobo hace ciento,* III. Rivad., XLVII, página 36-*b.*

«Vizcaíno es el estudiante, sí por sí y no por no; con pies de lana quiere cogerla» [54].

Mas también hay aquí su excepción, y bien curiosa. Cristóbal de Villalón, hablando de los griegos de la Grecia del siglo XVI, consigna esta observación:

«Son tan habladores, que con el huevo o la taza en la mano contará uno un cuento y escuchará cuatro.

MATA.—¿Parleros son al comer como vizcaínos?

PEDRO.—Con mucha más crianza, que esos parlan siempre a troche moche y ninguno calla, sino todos hablan; mas los griegos, en hablando uno, todos callan, y le están escuchando con tanta atención que ternían por muy mala crianza comer entre tanto» [55].

El autor de *El Tordo Vizcaíno* se hace cargo de la acusación y replica en esta forma:

«Algunos llaman a la lengua vizcaína lengua cortada, y consiguientemente, a los vizcaínos, de la lengua cortada..., por la cortedad de la lengua y defecto de vocablos. Verdad es que no es tan abundante como la griega, pero muy sucinta y sentenciosa, llena de adagios y refranes» [56].

Todas estas cortedades se complementan con cierto empacho vergonzoso que los vizcaínos sentían en el trato social o cortesano.

Quevedo propone, para corrección de los desvergonzados y entremetidos, que «se repartan por las montañas entre rústicos, y por las Asturias, Navarra y Vizcaya, para que éstos pierdan alguna parte de su cortedad» [57].

Este arbitrio fue seguido por Salas Barbadillo, que lo puso en boca de su pesquisidor del siguiente modo:

---

54 *Comedia de Eufrosina*, escena III. N. B. A. E., XIV, pág. 88-*a*. Vd. también Fr. Luis de León, *Prólogo a la traducción literal del «Cantar de los cantares»*. Salamanca, 1798, pág. 12. Muy expresivo es Salazar, *Floresta Española*. Biblióf. Madril., III, pág. 82, núm. 393.

55 Villalón, *Viaje de Turquía*, VI. N. B. A. E., II, pág. 80-*b*.

56 *Opus cit.*, pág. 33.

57 Quevedo, *Premáticas y aranceles*. Clás. Cast., LVI, pág. 59.

«También ordena que se repartan algunos destos por Asturias, Navarra y Vizcaya, porque los naturales destas provincias, viendo destos la confianza y osadía tan sin fundamento, pierdan alguna parte de su cortedad, y los otros aprendan de la moderación destos templanza, aunque de lo uno y lo otro espera poca enmienda, porque donde ha echado tan hondas las raíces naturaleza, inútiles son las diligencias del arte» [58].

Tirso llamó a esta cortedad vergüenza y temor, presentando una señora que escribe una carta sumamente lacónica, y da de ello esta explicación:

Que vaya así determino,
Porque vergüenza y temor,
Cuando comienza el amor,
Le notan de vizcaíno [59].

Y el mismo Tirso, en otra comedia:

Mas como de mí imagino
Lo poco que al mundo importo,
No sé ni me determino
A pretender; que en lo corto
Tengo algo de vizcaíno [60].

Un texto de Monroy y Silva pondrá fin a esta pintura puntillista del carácter vasco:

Torpe bruto, ¿ese error te han enseñado,
Que en los pies y las manos traes clavado;
Que de Vizcaya vino, y hoy ensaya
La cortedad que trajo de Vizcaya? [61].

Cerrados de cabeza y de palabras, no faltaba sino que también lo fueran de bolsillo, y, malhadadamente, no faltó autor

---

58 Salas Barbadillo, *El sagaz Estacio*. Clás. Cast., LVII, pág. 129.
59 Tirso, *Peña de Francia*, I. N. B. A. E., IV, pág. 648.
60 Tirso, *Don Gil de las calzas verdes*, III. Rivad., V, pág. 416-*b*.
61 *Las mocedades del Duque de Osuna*, I. Rivad., XLIX, pág. 111-*a*.

que, contradiciendo al de *La tía fingida* [62] y al mismo Cervantes, que pintó a su vizcaíno pródigo y despilfarrado [63], notó a los de Vizcaya algo miserables. Véase el siguiente lugar de D. Juan de Ayala:

Apenas a Madrid llegas,
Cuando, sin disponer cama
Y cena, que un vizcaíno,
Con ser gente más cerrada
De boca, bolsa y cabeza
Que en todo el mundo se halla,
Es lo primero que ordena
En entrando en la posada [64].

APTITUDES SECRETARIALES DE LOS VIZCAÍNOS

Esta inclinación natural a guardar la lengua dotaba maravillosamente a la raza vasca del don preciadísimo de saber guardar un secreto, condición contraria a la de los gallegos. Y, en efecto, Alarcón se hace eco de la fama que los vizcaínos gozaban en este punto:

Señora, por San Estacio,
Que de un pecho vizcaíno
No podéis mejor fiarlo [65].

También un pasaje de Solís les otorga el don de la fidelidad administrativa:

¡Lo que hacen unos doblones!
Este es muy fiel vizcaíno,
No sisaría; ¡Jesús!
Jurara por él a Cristo [66].

---

62 Vd. la edición de Apráiz, pág. 198.

63 Vd. N. B. A. E., XVII, pág. 24-*b*.

64 Don Juan de Ayala, *Cinco venganzas en una*, I. Parte 44 de Comedias. Madrid, 1678, pág. 110-*a*.

65 Alarcón, *La industria y la suerte*, III. Rivad., XX, pág. 38-*a*.

66 Don Antonio de Solís, *Un bobo hace ciento*, II. Rivad., XLVII, página 31-*b*.

Luján de Saavedra les da por prendas de carácter «gran lealtad, fidelidad y buena ley» [67].

Coincidía esta cualidad con otra aptitud especial: la aptitud caligráfica, que a través de los tiempos destaca Ortega y Gasset en el arte pictórico de los hermanos Zubiaurre. Don Alonso de Castillo Solórzano encarece esta habilidad de los vascos:

¿Debéis de ser vizcaíno?
DON ANTONIO. *Sí, señor.*
FUENCARRAL. *Yo lo jurara.*
DON COSME. *Parece que ha merecido*
sólo la pluma esta gente [68].

Y el mismo autor, en otra de sus obras:

«Le rogué me mostrase (un papel) para ver qué letra hacía.»

«Eso, como de molde —dijo Oquendo—, no hay vizcaíno que la iguale» [69].

Como el siglo XVII era época que todo se lo explicaba, hubo también quien dio con la clave de esta aptitud. El autor de *Castellanos y Vascongados* dice así:

«Por lo que tenéis de *escribas*, que siempre traían el cartapacio y pluma consigo, en la plaza de Jerusalén, que por eso sois tan grandes escribientes y plumarios» [70].

Callados, fieles y con buena letra, lógicamente debían parar en secretarios. Así lo testifica Gracián. Dice, ponderando el valor de la cultura, que puede hacer cosas imposibles, y cita estos casos:

«De un montañés hizo un gentilhombre, que fue también gran primor del arte, y no menor, hacer de un vizcaíno un elocuente secretario» [71].

He aquí cómo pinta Castillo Solórzano a los muchachos de Vizcaya que iban a la corte a hacer fortuna:

---

67 Rivad., III, pág. 395-*a*.
68 *El Marqués del Cigarral*, I. Rivad., XLV, pág. 311-*a*.
69 Castillo Solórzano, *Tardes entretenidas*. Madrid, 1908, pág. 120.
70 *Opus cit.*, pág. 42.
71 Gracián, *Criticón*, I, 8. Renac., I, pág. 103.

«Vínole a servir al Conde un paje de la villa de Oñate, hijo de un vasallo suyo. Venía el vizcaíno como los suelen enviar sus padres a esta corte a valerse por su pico con un sayo azul, unos calzones negros, un sombrero puntiagudo, una capa muy vieja y muy corta de contray, y medias de paño, zapatos de ramplón, cuellecico muy grueso y muy pequeño y las escribanías en la pretina, que éstas son en los más su remedio, y por ellas vienen a ocupar grandes lugares» [72].

Esta orientación profesional nativa en los hijos de Vizcaya estaba perfectamente de acuerdo con la mentalidad de la época, que concedía gran importancia para ser buen secretario a haber nacido en esta o aquella tierra. Así, leemos en el libro que Bermúdez de Pedraza escribió, con el título de *El Secretario del Rey*, estas palabras:

«Pues la patria no es poco considerable ser nacido uno en buena o en mala tierra, acatando primero que sea de buen lugar. Una provincia cría vasallos fieles; otra, desleales; ésta, valientes; aquélla, cobardes; los nacidos en tierras frescas, cielo claro, aires puros, son (dicen los filósofos) afables, blandos y de gallardos ingenios.

... Y, así, la primera regla de esta elección será, Señor, inquirir primero los padres del pretendiente, su calidad, ocupación y costumbres, herencia de que pocas veces se abstienen los hijos; y también saber de la patria, la calidad de ella, sus influencias y clima» [73].

Y como en confirmación de esta doctrina, cita el caso de «don Juan de Idiáquez, honor de Guipúzcoa y heredero de su padre en la gracia del Rey y en el oficio de Secretario».

Y luego añade estas noticias:

«Aunque nacido en Madrid, era vasco de raza, y después de haber muerto santamente, fué llevado a su entierro en el mag-

---

72 Castillo Solórzano, *Tardes entretenidas*. Madrid, 1908, pág. 161.

73 Bermúdez de Pedraza, *El secretario del Rey*. Granada, 1637, páginas 28-29.

nífico templo de San Telmo, en la villa de San Sebastián, ilustre memoria y fundación de sus pasados» [74].

Luján de Saavedra atestigua el hecho, diciendo:

«Vemos que muchos son secretarios de Príncipes y de Su Majestad, y de grande entereza y confianza; y otros contadores, y tienen a su cargo la administración de hacienda, y no se puede negar que la opinión que dellos se tiene es de muy leales» [75].

En aras de esta vocación profesional, sacrificaban los vizcaínos hasta sus pujos de nobleza, tan arraigados en su alma. Castillo Solórzano observa este detalle en la comedia antes citada, cuando dice:

EL MARQUÉS. *Raer el don es preciso*
si os hago mi secretario.
DON ANTONIO. *Dadle, señor, por raído* [76].

La reputación de secretarios que los vizcaínos gozaban hizo decir a Ruiz de Alarcón que era difícil creer que, sin ser de Vizcaya, se pudiese llegar a una secretaría:

Y a fe que es del tiempo vario
Efeto bien peregrino,
Que no siendo vizcaíno
Llegase a ser secretario [77].

APTITUDES PARA LA MARINERÍA

Mentira parece que al lado de una cualidad tan fuertemente señalada como la anterior, apenas aparezcan rasgos de otra que en los siglos XVI y XVII era tan característica de los vascos. Me refiero a la marinería. En los *Avisos* de Barrionuevo hallamos un testimonio de la fama que en esto gozaban:

---

[74] Bermúdez de Pedraza, *El secretario del Rey*. Granada, 1637, pág. 12.
[75] Luján de Saavedra. Rivad., III, pág. 395-*a*.
[76] *El Marqués del Cigarral*, I. Rivad., XLV, pág. 311-*a*.
[77] Alarcón, *El examen de maridos*, I. Rivad., XX, pág. 471-*b*.

«Cogió el Inglés una fragata vizcaína de 12 piezas y 100 hombres, y se teme no los haya echado, como suele, al mar, que está con ellos a matar, porque en el corsear es gente valiente» [78].

La literatura anduvo muy parca en hablar de esta aptitud. Sin embargo, Salas Barbadillo no se la dejó en el tintero, pues describiendo una armada que los malos poetas hicieron contra el reino de Apolo, menciona esta cualidad de los de Vizcaya, como puede verse:

«No les pareció a los versificantes manchegos y vizcaínos que se podía hacer esta empresa sin ellos. Los manchegos trujeron de aquella tierra gruesa y fértil mucho bastimento para la armada. Los vizcaínos se ofrecieron para labralla, y después a rejilla, como los que son eminentísimos marineros» [79].

Nótese que no es ningún elogio el que tributa a los vizcaínos, asociándolos con los brutales manchegos para combatir al dios de la poesía. Y este sentido denigrante del oficio de marinero queda más de resalto en el pasaje siguiente de la obrecilla *Castellanos y Vascongados:*

«Los *Hábitos* que hay entre vosotros..., los más son dados por servicios hechos por los que los tienen, en el arte de la mar, o porque hablemos claro, por ser marineros, arte reputada por baja» [80].

En efecto, la literatura clásica abunda en diatribas contra la gente de mar, y esto explica la parquedad en reconocer a los vizcaínos una aptitud que constituía una ofensa.

OTROS CARACTERES

Algo más largos fueron nuestros autores en tacharlos de bebedores y aun de borrachos, falta que tal vez sería más perdona-

78 *Avisos*, de Barrionuevo, 10 enero 1657. Vd. Calvete, *Viaje del Príncipe D. Felipe...* Bibliót. Esp., pág. 331. Camos, *Microscomia.* Barcelona, 1592, I, pág. 202. Cano y Urreta, *Días de jardín.* Madrid, 1619, pág. 7, dedicatoria.

79 Salas Barbadillo, *Coronas del Parnaso.* Madrid, 1635, fol. 16.

80 *Opus cit.*, pág. 42.

ble que la de ser marineros. En el siglo XVI, Cristóbal de Castillejo describió larga y jocosamente la transformación en mosquito de un vizcaíno, por su demasiado amor a vivir entre los toneles [81].

Cervantes, en la descripción de su *Vizcaíno fingido*, no olvidó esta nota, que daba verosimilitud al tipo:

«Y añádesele a esto una tacha que es lástima decirla, cuanto más tenerla, y es que se toma algún tanto, un si es no es, del vino; pero no de manera que de todo en todo pierda el juicio, puesto que se le turba; y cuando está asomado y aun casi todo el cuerpo fuera de la ventana, es cosa maravillosa su alegría y liberalidad» [82].

Ésta es la raíz de dos cuentecillos que trae Francisco Asensio en su *Floresta*. El primero de ellos, tomado de la colección de Santa Cruz. Dicen así:

Primero. «Pasando un vizcaíno por un camino a tiempo que estaba un hombre podando sus viñas, viendo que cortaba los sarmientos, sacó muy colérico la espada y, dándole una gran cuchillada al podador, decía: "Villano, si tú no las cortaras, ellas llegaran a Vizcaya."».

Segundo. «Caminando un vizcaíno, pasó cerca de una fuente que parecía que se reía. Pasó delante, diciendo: "Aunque más te rías, no entrarás acá."» [83].

Haremos, sin embargo, a los vascos el honor de hacer constar que anteponían el amor a sus fueros a su amor a Baco, pues sabemos por Barrionuevo que trajeron a Felipe IV «un testimonio de un acuerdo que le han hecho los de la provincia de Vizcaya: que ninguno saque vino de Castilla, pena de la vida, porque no quieren por ningún modo pagar los derechos, ni que se diga en tiempo alguno que llegaron a pechar» [84].

Por último, notaron algunos escritores que los vascos eran acometidos de asaltos de cólera. El anónimo autor de *Castella-*

---

81 Vd. *Obras de Castillejo*. Rivad., XXXII, págs. 173 y 243.
82 Cervantes, *El vizcaíno fingido*. N. B. A. E., XVII, pág. 24-*b*.
83 F. Asensio, *Floresta Española*. Biblióf. Madril., IV, pág. 83.
84 *Avisos*, de Barrionuevo, año 1658.

nos y Vascongados se contentó con afirmar en esto que «los vizcaínos son de sí más coléricos que los castellanos» [85].

Pero el Maestro Medina se alargó a decir:

«Tienen súbita y extraña cólera, llevándoles por mal en cualquier cosa» [86].

A esto se atenía Cervantes, al decir que eran unos benditos «si no están enojados», y este enojo y cólera fue la que infundió en el alma de aquel vizcaíno que peleó con Don Quijote.

Sirva de final a este capítulo de psicología vasca dos textos importantes: uno de Pedro de Medina, que trata de diseñar la figura del natural de Navarra, en cuya denominación comprende a todos los del dominio vascuence:

«Son los navarros ordinariamente bien hechos y proporcionados, no de grande estatura, sino medianos; alegres, afables, conversables, de grandes fuerzas y ligereza, algo jactanciosos deso, fieles... Trabajan mucho en aquellas cosas a que se aplican. Son muy aplicados a virtud, en general muy amigos de sus costumbres, y casi todos inclinados a unas mismas cosas» [87].

Otro de Garibay o del autor de *El Tordo Vizcaíno*, que señala una característica de la unidad racial de los vascos. Dice así:

«No hay nación en el orbe adonde campee más la unión, el afecto, el amor, el favorecerse unos a otros, el estimarse, no como paisanos, sino alimentados a unos mismos pechos. Aquella inclinación a la lengua, a la patria; aquella piedad, aquel agasajo, aquella hermandad, aquella prontitud en darse la mano unos a otros, fundada en la identidad de sangre sin mixtura; y el que es castizo vizcaíno, aunque vea al otro descaído, no le desprecia; antes le ampara, favorece, le da la mano, le ayuda, le apadrina, le acredita y asegura su proceder» [88].

Por último, la proverbial religiosidad de los vascos aparece ya en esta época. Fray Andrés Salazar alaba su devoción navarra:

---

85 *Opus cit.*, pág. 17.
86 *Opus cit.*, pág. 281-*b*.
87 *Opus cit.*, pág. 281-*b*.
88 *Opus cit.*, pág. 20.

«Siendo reconocidos por tales en toda España, y si no son los primeros en devoción entre los de ella, es sin duda que a ningunos otros son segundos» [89].

[89] Fr. Andrés Salazar, *Historia de San Gregorio*. Pamplona, 1624, página 12. La misma idea en Pineda, *Agricultura cristiana*. Salamanca, 1589, II, página 207-*a*.

Capítulo X

LOS ARAGONESES

Muy poco nos dejaron dicho los escritores del siglo XVII de los aragoneses. Pero esto poco es coherente y unánime. Notamos, además, que por esta época aún no aparece el tipo cómico del *baturro*, tal como actualmente le conocemos.

Las notas características del aragonés que la literatura nos ha transmitido se reducen a dos: la testarudez y la cordura.

Lope de Vega, en una enumeración de cualidades distintivas de casi todos los pueblos de Europa, cuenta «el tesón aragonés» [1].

Y en otro pasaje análogo dice así:

Como un aragonés fuerte [2].

En el libro del *Estebanillo González*, se lee también:

Cabezudo como aragonés [3].

TESTARUDEZ

La palabra *tesón*, eufemismo que actualmente emplean los de Aragón para enunciar su carácter, la sustituyó Ruiz de Alarcón

1 *La mocedad de Roldán*, II. R. Acad., XIII, pág. 223-*a*.
2 Lope, *El blasón de los Chaves de Villalba*, I. R. Acad., XI, pág. 426-*a*.
3 *Opus cit.*, cap. VII. Rivad., XXXIII, pág. 324.

por la palabra vulgar y peyorativa con que ordinariamente designamos esta cualidad aragonesa. Dice así un criado:

Yo soy, aunque me ves
En lo demás tan humano,
Un católico cristiano
Testarudo aragonés [4].

Aún hay otro término sinónimo que Gracián gustó de emplear para significar el carácter de su región. Dice que el Acertador, viendo *un tozudo*, reconocía en él un aragonés [5].

Y, por último, pintó a Aragón, diciendo que era «donde clavan el clavo por la cabeza, nunca cediendo al ajeno dictamen, aun del más acertado amigo» [6].

El refranero no olvidó esta característica aragonesa. De dos maneras consigna el Maestro Correas el proverbio atañedero al asunto:

«Aragonés tozudo, mete el clavo en la peña por la cabeza, y dale en la punta con el puño y jura que ha de entrar».

«Aragonés tozudo, mete el clavo en la peña, y dale, para que entre, en la punta con su cabeza» [7].

A fuer de testarudos, los aragoneses lo eran hasta en la venganza. Salas Barbadillo mantiene este criterio diciendo:

«Cumplieron los Agüeros sus amenazas, porque los malos agüeros son naturales del Reino de Aragón, y antes olvidaran su Dios que su enojo» [8].

CORDURA

La otra cualidad idiosincrásica aragonesa es la cordura. No la encuentro afirmada sino en Gracián; pero no una, sino va-

---

[4] Alarcón, *Quien mal anda, mal acaba*, I. Rivad., XX, pág. 216-*a*.
[5] Gracián, *El criticón*, III, 3. Renac., II, pág. 154.
[6] *Criticón*, II, 3. Renac., I, pág. 238.
[7] *Vocabulario de refranes*. R. Acad., pág. 64.
[8] Salas Barbadillo, *El necio bien afortunado*. Bibliót. Esp., XXXVI, página 254.

rias veces, como artículo muy del fondo de su ideario. En el reparto de caracteres morales que hizo entre todas las regiones peninsulares, dice que van a parar «los cuerdos a Aragón» [9].

En otro lugar cuenta entre las cosas increíbles y milagrosas hallar «uno de Calatayud en el limbo».

Y, sobre todo, cuando describe el palacio de la transformación, dice así:

«Ésta es la transformación de la edad. Advertid que en tan poca distancia como hay de una puerta a la otra, hay treinta leguas de diferencia, no menos, que de ser mozo a ser hombre. Éste es el pasadizo de la juventud a la varonil edad».

«En aquella primera puerta dejan la locura, la liviandad, la ligereza, la facilidad, la inquietud, la risa, la desatención, el descuido con la mocedad. Y en esta otra cobran el seso, la gravedad, la severidad, el sosiego, la pausa, la espera, la atención y los cuidados con la virilidad».

Establecida esta transformación, va describiendo los tipos como entran y como salen, y una de sus observaciones es ésta:

«¿No veis cuántos valencianos entran y qué de aragoneses salen?» [10].

Un autor italiano, que debía conocerlos por sus andanzas guerreras en Italia, sintetizó su juicio diciendo:

«Sus ciudadanos hacen particular profesión de gentileza y caballería» [11].

Esta gentileza debíanla manifestar en la buena acogida que dispensaban a los extranjeros, entre los cuales gozaban de buena fama:

«Aragón —dice Gracián—, que los extranjeros llaman la buena España» [12].

El andaluz Vicente Espinel cuenta esto de sí mismo:

«Al fin me valí por Navarra y Aragón de manera que adquirí muchos amigos. Y en llegando a Zaragoza, ciudad y cabeza del

---

9 *Criticón*, II, 13. Renac., II, pág. 90.
10 Gracián, *Criticón*, II, 1. Renac., I, pág. 208.
11 J. Botero, *Descripción de todas las provincias*, pás. 14.
12 Gracián, *Criticón*, II, 1. Renac., I, pág. 200.

antiguo Reino de Aragón, que entonces tenía no tan buena fama como mereciera, hallé tantos amigos y tan buenos que más parecí natural que forastero en el amor que me tenían» [13].

También Barrionuevo acredita en sus *Avisos* a los aragoneses, y, en general, a los levantinos, de acogedores y hospitalarios. Tal se deduce de esta noticia:

«Dos hijos de un Gobernador de Holanda, muy afecto al Rey, se volvían a su tierra queriendo ver primero a Aragón, Cataluña, Valencia y otras partes que, como Vm. sabe, gustan mucho de ver los extranjeros» [14].

Lo de que Zaragoza «entonces no tenía tan buena fama como mereciera», se explica por las circunstancias a que Espinel se refiere.

Aunque Espinel escribía hacia 1616, según mis cálculos, el párrafo transcrito alude a hechos de 1580, y por aquel entonces los sucesos de Antonio Pérez justifican esas palabras. Aquello pasó, y durante la guerra con Cataluña, en 1640, Pellicer hizo constar varias veces en sus *Avisos* el concepto que en Madrid se tenía de los aragoneses, de buenos y leales vasallos, y de Zaragoza en particular la pusieron por las nubes, Mateo Alemán en *Guzmán de Alfarache*, Lope de Vega en su comedia *La mayor desgracia de Carlos V*, el doctor Jerónimo de Alcalá en *El Donado Hablador*, etc. Recogeremos únicamente aquellos textos que entremeten en el elogio de la ciudad algún rasgo del carácter de sus vecinos. Por ejemplo, éste de Tirso, que dice así:

Aquesta ciudad,
Cuyos nobles edificios,
Hermosura de sus calles,
Riqueza de sus vecinos,
Valor de sus caballeros,
Claro cielo y bello sitio,
Se aventaja al nombre y fama
Que sus grandezas ha escrito [15].

---

[13] *Marcos de Obregón*, I, 22. Clás. Cast., XLIII, pág. 303.
[14] *Avisos*, de Barrionuevo, 26 junio 1655.
[15] *Cómo han de ser los amigos*, III. N. B. A. E., IV, pág. 27-a.

Y este otro de Lope:

Esta ciudad
Es bellísima, Guzmán,
De antigüedad y edificios.
—No son pequeños indicios
Los nobles que en ella están[16].

Más que nadie sintetizó Gracián en los zaragozanos las condiciones de los aragoneses por estas palabras:

«La abundante Zaragoza, cabeza de Aragón, madre de insignes reyes, base de la mayor columna y columna de la fe católica en santuarios y hermosa en edificios, poblada de buenos, así como todo Aragón de gente sin embeleco, parecíale muy bien; pero echaba mucho de menos la grandeza de los corazones y espantábala aquel proseguir en la primera necedad»[17].

Parece ser que, cuando la guerra de Cataluña, un extranjero fue a Zaragoza a hablar con un fraile descalzo en el mayor secreto, y le comunicó que Aragón preparaba una sublevación contra la Corona de Castilla. El fraile dio cuenta de tan grave confidencia al presidente del Consejo, y éste la puso en conocimiento del Rey, a lo cual respondió Felipe IV:

«Quedo advertido y se estará con todo cuidado; aunque he hallado en muy buena disposición los ánimos de los naturales y espero cumplirán con sus obligaciones»[18].

TACHAS DEL CARÁCTER ARAGONÉS

Para terminar, hemos de consignar algunas tachas que al carácter aragonés se le pusieron, aunque esporádicamente. En primer lugar, Espinel los califica de muy celosos:

«Yo fuí siempre —dice— con cuidado de no mirar a ventana, que son celosísimos los de aquel reino»[19].

16 Lope, *El amante agradecido*, I. Ac. N. E., III, pág. 100-*b*.
17 Gracián, *Criticón*, I, 10. Renac., I, pág. 130.
18 Codoin, XCV, pág. 93.
19 Espinel, *Obregón*, I, 22. Clás. Cast., XLIII, pág. 303.

Tal vez esta condición celosa se relacione con el régimen que Mateo Alemán reprende, de las leyes de la herencia, que impedían en Aragón las segundas nupcias de la mujer viuda. Estos serían celos póstumos, como los del Gran Tetrarca, de Calderón. Oigamos a *Guzmán:*

«Desta manera caminé por aquella tierra toda, hasta venir a dar en Zaragoza con mi persona, que no me dió pequeño contento aportar en aquella ciudad tan principal y generosa. Como la mocedad estimulaba y el dinero sobraba, y las damas della incitaban, me fuí deteniendo allí algunos días, que todos y muchos más fueron muy pocos para considerar y gozar de su grandeza. Tan hermosos y fuertes edificios, tan buen gobierno, tanta provisión, tan de buen precio todo, que casi daba de sí un olor de Italia. En sólo una cosa la hallé muy extraña, y a mi parecer, por entonces, a la primera vista muy terrible. Hízoseme dura de digerir, y más de poderse sufrir, porque no sabía la causa. Y fue ver cómo conociendo los hombres la condición de las mujeres, que muy pequeña ocasión les basta para hacer de sus antojos leyes, formando de sombras cuerpos, las quisiesen obligar a que, perdiendo el decoro y respeto que a sus defuntos maridos deben, las dejen ellos puestas de pies en la ocasión o en el despeñadero, de donde a muchas les hacen saltar por fuerza.

Íbame paseando por una espaciosa calle que llaman el Coso, no mal puesto ni poco picado de una hermosa viuda, moza y, al parecer, de calidad rica. Fuime a la posada, y preguntéle al huésped al descuido y dándole señas, quién sería, o si la conocía, y respondióme: "Aquesa señora es una viuda, no una, sino muchas veces, muy hermosa." Quise saber en qué modo, y díjome: "Tiene muchas hermosuras, que cualquiera bastaba en otra. Es hermosa de su rostro, como por él se deja ver; eslo también de linaje, por ser de lo mejor de aquesta ciudad; también lo es en riqueza, por haberle quedado mucha suya y de su marido, y sobre toda hermosura, es la de su discreción." Vi tan llena la medida, que luego temí había de verter, y dije al huésped: "¿Cómo sus deudos consienten, si tan principal es,

que una señora, y tal, esté con tanto riesgo? Porque juventud, hermosura, riqueza y libertad nunca la podrían llevar por buenas estaciones. ¿Cuánto mejor sería hacerla volver a casar, que consentirle viudez en estado tan peligroso?" Y díjome: "No lo puede hacer sin grande pérdida; pues el día que segundare su matrimonio, perderá la hacienda que de su marido goza, que no es poca; y siendo viuda, será siempre usufructuaria de toda."

Entonces dije: "¡Oh duro gravamen! ¡Oh rigurosa cláusula! Cuánto mejor le fuera hacer con esa señora y otras tales lo que algunos y muchos acostumbran en Italia; que, cuando mueren, les dejan una manda generosa, disponiendo que aquélla se dé a su mujer el día que se casare, que para eso se lo deja, sólo a fin que, codiciosas della, tomen estado y saquen su honor de peligro." Fuilo apretando más en esto, y díjome: "Señor caballero, ¿no ha oído decir vuesa merced en cada tierra su uso? Aquesto corre aquí como esotro en Italia. *Cada loco en su casa sabe más que el cuerdo en la ajena.*" Volvíle a decir: "Si acá no hay más ley de aquesa, y se dejan gobernar de las de yo me entiendo, no las apruebo, que por eso también se dijo: *Al mal uso, quebrarle la pierna.* La ley santa, buena y justa se debe fundar sobre razón." "Esa me parece a mí que la diera muy bien quien supiera della más que yo —me respondió el huésped—; empero, la que a mí me parece tener alguna fuerza, y que debió de mover los ánimos, no fué que la viuda no se casase; mas que siendo viuda, no viviese necesitada, y quitarles la ocasión que por el no tener faltasen a su obligación, y el usar mal de lo que se instituyó para bien, la culpa es dellas y la pena dellos."» [20].

Además de celosos, el citado *Búho Gallego* tildó a los aragoneses de holgazanes, bien que la razón que aduce es un encantador primor filológico. Dice así:

«Aragón y haragán no difieren en nada..., porque esta nación, por perezosos y haraganes, en su patria consintieron los árabes

---

20 M. Alemán, *Guzmán de Alfarache*, II, III, cap. I. Rivad., III, página 322-*b*.

y africanas aves en sus perniciosos ritos, más de ochocientos años» [21].

También se encuentran autores que achacan a los aragoneses un carácter violento en exceso [22].

Extremoso en su antiaragonesismo se muestra Francisco de Figueroa, que estando en Monzón durante las Cortes allí celebradas en 1585, escribió una *epístola* en tercetos, contraponiendo los caracteres de Aragón y de Castilla, cargando la mano a los de Aragón en tantos vicios y defectos, cuantas virtudes asigna a los de Castilla. No creo que se haya escrito de los aragoneses con tintas más negras. Algo influirían en el humor de Figueroa las dificultades que las Cortes ponían siempre a la concesión de *servicios* pecuniarios al Rey:

Aquí ponen al Rey cien mil embargos,
y para lo que él pide, si algo pide,
les sobran a millones los descargos.
... En fin, señor, su principal empresa
es atenerse a fueros tan malditos,
que traen la vida en alfileres presa.

Todavía las acusaciones se concretan y especifican del modo siguiente:

La traición alevosa aquí se embarca
con que despachan almas tan apriesa,
que Carón teme de anegar su barca.
... Aquí se meterán en el abismo
por matar a quienquiera, si los pagan,
y si el otro da más, matan al mismo.
No hay mal imaginado que no hagan,
y son, si han de ser hombres, tan cobardes,
que en vez de acuchillaros os halagan.
¡Oh mala tierra! ¿Cómo no te ardes?
¡Enciende fuego Satanás, de presto!
Mas tú le encenderás, aunque te tardes.

[21] *Opus cit.*, pág. 253.

[22] Vd. el mencionado texto de Salas Barbadillo; Tirso, *El celoso prudente*, III, Rivad., V, pág. 631-*a*.

Si reñís con un hombre, cuando el gesto
del rojo Apolo puede ser testigo,
es como dama, y más que dama, honesto.
Procurará quedar por vuestro amigo,
y él mismo os da cien mil satisfacciones
y hace cumplimientos que no digo.
Pero guardaos, señor, de los cantones;
porque en anocheciendo, con rodancho
y cargados de hierro, son leones;
y no os aguardarán al paso ancho,
ni vernán por delante; mas si pueden,
os matarán del arte que a Don Sancho [23].

De modo que cobardes de día y traidores de noche, eran los dos colores con que se representaban los aragoneses a la imaginación de Figueroa.

El descoco de las mujeres de Aragón y su liviandad corrían parejas con la solapada alevosía de los hombres:

Las damas solamente les exceden
en que hacen su hecho al descubierto
sin mirar a si pueden o no pueden.
Muestran al castellano el pecho abierto,
danle la entrada franca en la posada
y tiénenle ocho días encubierto.
La más altiva y más desamorada
que no conoce amor, al castellano
rinde la libertad inmaculada;
la que de corazón más inhumano,
en tratando con hombre de Castilla,
sabe luego herir de golpe humano;
hasta la repulgada fregoncilla
acude con el lienzo o con el cuello
y, a veces, el pernil por la trailla.
No se escapa el gallardo y libre cuello,
que en siendo de Castilla o su Corona,
gustan al dulce yugo sometello.

23 Menéndez Pidal, «Observaciones sobre las poesías de Francisco de Figueroa». *Bol. R. Acad.*, II, 1915, págs. 460-461.

La más mirlada, se convierte en mona
y está tan encendida por el hombre
que le haréis hacer el buzcorona.
De los aragoneses, aun el nombre
les enfada, les cansa y amohina
y no hay hembra que de ellos no se asombre.

Sigue pintando las mujeres de Monzón, allí venidas con motivo de las Cortes, «mujeres de regentes y letrados», que daban a la pequeña ciudad aires de harén para los caballeros de Castilla [24].

Por último, el Maestro Correas nos suministra estos refranes:

«Aragonés, ¡ay de la casa en que está un mes, y si está un año, es con daño!»

«Aragonés, falso y cortés».

«Aragonés, por excusar, deja de gastar» [25].

---

[24] Menéndez Pidal, «Observaciones sobre las poesías de Francisco de Figueroa». *Bol. R. Acad.*, II, 1915, págs. 461-462.

[25] Correas, *Vocabulario de refranes*, antes citado.

Capítulo XI

LOS CATALANES

FUERISMO CATALÁN Y COMPRENSIÓN DE CASTILLA

La gente de Cataluña se fisonomizaba en la mente del siglo XVII por tres cualidades netamente definidas y exaltadamente manifestadas, a saber:

a) Amor a sus libertades.

b) Firmeza en la amistad.

c) Violencia en la venganza de sus agravios.

El boceto del carácter catalán visto en conjunto que nos ofrece el autor italiano Juan Botero, puede servir de prólogo al estudio de cada una de esas tres cualidades. Dice así:

«La gente es sagaz, liberal en ocasiones de honor, a su Señor fidelísima, estimadora sobremanera de sus fueros, más pronta de manos que de lengua, nada ambiciosa ni soberbia, enemiga de novedades, celosa de la limpieza de su sangre, y en quien resplandece grandemente la tercera y más principal parte de la prudencia, que es ser próvidos y mirar siempre en lo por venir, sin saber ser superfluos desperdiciadores» [1].

Causa verdadera satisfacción leer en un autor extranjero discretamente reunidas estas dos cualidades de Cataluña: «A su Señor fidelísima; estimadora sobremanera de sus fueros», y

---

[1] Juan Botero, *Descripción de todas las provincias*, cit., pág. 9.

admira al mismo tiempo que esos conceptos estampados en una obra de divulgación histórico-geográfica sean los mismos que informan una consulta secreta del Virrey de Cataluña, Don Manrique de Lara, a Felipe II, en 1587, donde, entre otras cosas, afirma lo siguiente:

«En trece meses que ha que me hallo sirviendo a V. M. en este cargo, he procurado con la mayor vigilancia y cuidado que me ha sido posible entender los humores de la gente que gobierno para echarles conforme a ello el freno con que estuviesen a rienda y tras esto traerles la boca lo más fresca que pudiese, y realmente que cada día suceden cosas nuevas que me admiran, porque como son gente tan libre que no hay sufrir la silla de la Justicia..., el administrar justicia muy recta y el no hacer agravio a ninguno y tomar con grande entereza las contenciones es lo que tengo por el mejor gobierno para esta gente, la cual directamente es fidelísima a V. M., no se les puede dejar de dar esta alabanza, pero ocasionalmente la tengo por la más vidriosa y fácil de revolverse por semejantes contenciones de cuantas naciones yo he andado; porque si el alguacil hizo o dijo, o el Consejo proveyó, o el virrey mandó algo que no contentase a uno solo de los que intervienen en la casa de la ciudad o de la diputación, como tienen en su mano el juntarse tan gran número de gente y la tendrán más dándoseles el nuevo Redrezo, y el más desvergonzado es el que más loores lleva, y están vezados a quedarse con ello; es cosa que me tiene espantado de lo que por accidente no sucede cada día de estas Juntas» [2].

El historiador Melo insiste en esta nota del alma catalana, el amor a su libertad:

«Son los catalanes por la mayor parte hombres de durísimo natural; sus palabras, pocas, a que parece les inclina también su propio lenguaje, cuyas cláusulas y dicciones son brevísimas; en las injurias muestran gran sentimiento, y por eso son inclinados a venganza; estiman mucho su honor y su palabra; no

[2] Carlos Riba, *El Consejo Supremo de Aragón*. Publicación del Centro de Estudios Históricos. Madrid, 1914, pág. 126.

menos su exención, por lo que entre las más naciones de España son amantes de su libertad»[3].

Lope nos revela hasta qué punto era vulgar en España esta modalidad del alma catalana:

«Las finas damas son como los catalanes, que perderán mil vidas por guardar sus fueros»[4].

Este apego de los catalanes a sus fueros constituía para ellos mismos una pesada carga y una ocasión de graves trastornos. Era pesada carga, dado el crecido número de exenciones, privilegios y leyes privativas que los Reyes habían ido depositando en la garantía de su fidelidad. Los graves trastornos no se dejaron esperar; llegaron, dolorosos y sangrientos, en 1640.

No es mi intento historiar los episodios del levantamiento de Cataluña, ni siquiera hacerme cargo de los conceptos que los escritos ocasionales de Madrid vertieron acerca de los catalanes en respuesta a los manifiestos de allende el Ebro. Lo anecdótico no debe perturbar lo categórico; Castilla tenía a los catalanes en predicamento de leales en la misma medida que celosos de sus fueros, como hemos visto. Observar, pues, cómo asoma ese pensamiento categórico y de siempre por entre el estruendo de lo anecdótico y pasajero será el objeto propio de nuestro trabajo.

Revolviendo los *Avisos* de Pellicer, que reflejan el estado de opinión del Gobierno y de la Corte, echamos de ver cuánto tardó Madrid en creer en la sedición catalana. No desconocía el grave analista que los catalanes es «gente amiga de que se les guarden sus fueros». Así lo escribía en mayo de 1639. Mas a pesar de todo, cuando comenzaron a sonar los primeros rumores de las inteligencias entre Cataluña y Francia, Pellicer sentía orgullo en recoger esta especia halagüeña al patriotismo:

«Los catalanes han acudido en esta ocasión, como se esperaba, a su lealtad»[5].

---

[3] Melo, *Guerra de Cataluña*, I. Rivad., XXI, pág. 468-*b*.

[4] Lope, *La Dorotea*, IV. Renac., pág. 202.

[5] *Avisos*, de Pellicer, 28 junio 1639.

Y cuando llega el triste momento de tener que creer en la sedición, todo es buscar excusas al error catalanista y poner de relieve la magnanimidad del Rey en perdonar, y contrastar los descaros de los manifiestos catalanes con la moderación de los manifiestos castellanos, en los que hablaban los Ministros del Rey «como pudiera un padre de un hijo, o un galán de su dama» [6].

Otro gacetillero de aquellos días, don Jerónimo de Barrionuevo, se regocija del rumor que corre por Madrid de que los catalanes han roto con los franceses, y dice:

«Dios les abra los ojos para que conozcan que esto es lo que les conviene, y venguen maldades tantas» [7].

Y otro testimonio leemos en el mismo Barrionuevo, que vale por un volumen que se pudiera escribir sobre la opinión de la España oficial acerca de Cataluña. Dice así:

«Una carta grande y con vivísimas razones y sumisiones grandes han escrito los catalanes a S. M. Soy testigo de habérselo oído decir a los Oidores del Consejo de Aragón, y que era un pasmo. Si viene a mis manos, la remitiré, porque no quieren dar licencia para poderla imprimir, diciendo que, si se hace, sería un manifiesto en su abono. Así lo salían diciendo ayer, viernes, de que soy testigo de habérselo oído al salir del Consejo. Tengo por cierto que no son tan malos como los hacemos, que muchas veces las insolencias de los Ministros irritan a los hombres a que hagan lo que no han de hacer» [8].

Pellicer no deja de confiar en la fidelidad de Cataluña en los días agudos de la crisis:

«Este último dijo que el mejor modo de sosegarlos era que S. M. se apareciese en Barcelona con pocos criados y a la ligera, mostrando hacía confianza de aquella nación, como lo hizo Carlos V con los Flamencos, y a mi vista no era mala traza» [9].

En aquella misma época los escritores catalanistas que defendían abiertamente la rebelión no dejaban de elogiar, siquie-

6 *Avisos*, de Pellicer, 23 octubre 1640.
7 *Avisos*, de Barrionuevo, 3 enero 1655.
8 *Avisos*, de Barrionuevo, 12 septiembre 1654.
9 *Avisos*, de Pellicer, 31 julio 1640.

ra fuese como disculpa y justificación, la secular lealtad catalana a sus príncipes-condes, y difícilmente se encontrarán en la multitud de libelos entonces publicados, ataques directos a la persona de Felipe IV.

Cerrado aquel triste paréntesis de la guerra de Cataluña, el concepto de sus gentes quedó restablecido por sentencia del veraz historiador de aquellos sucesos, que reproduce fielmente el pensamiento general de España:

«Es Cataluña y los catalanes una de las provincias y gentes de más primor, reputación y estima que se halla en la grande congregación de estados y reinos de que se formó la monarquía española» [10].

Otra prueba de la complacencia con que los españoles miraban en esta época como cosa propia, las ventajas de Cataluña, la tenemos en los elogios que nuestros escritores han hecho repetidamente de Barcelona. ¿Quién no recuerda las palabras de Cervantes?:

«Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única» [11].

Y para demostrar que no era idea que pasaba de vuelo por su espíritu, sino que estaba muy de asiento en él, la expresó en otra ocasión, llamando a Barcelona:

«Flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, temor y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, regalo y delicia de sus moradores, amparo de los extranjeros, escuela de caballería, ejemplo de lealtad y satisfacción de todo aquello que de una grande, famosa, rica y bien fundada ciudad puede pedir un discreto y curioso deseo» [12].

Estos encomios de la metrópoli catalana valen, además del ánimo que en los escritores descubren, por las notas morales

---

10 Melo, *Guerra de Cataluña*, I. Rivad., XXI, pág. 469-*a*.
11 *Quijote*, II, 72.
12 Cervantes, *Las dos doncellas*. Rivad., I, pág. 206-*a*.

y psicológicas que añaden al carácter de los barceloneses. Por eso seguiremos trasladando alguno de los más significativos.

Castillo Solórzano sigue las huellas trazadas por Cervantes, y dice:

«Barcelona, insigne y antiquísima ciudad, metrópoli del Principado de Cataluña, ilustre por sus suntuosos y ricos edificios, célebre por sus nobles y claras familias, estimada por sus agudos y sutiles ingenios y, finalmente, aplaudida de todo el orbe por sus hermosas y bizarras damas» [13].

El Doctor Jerónimo de Alcalá se alargó en las mismas alabanzas, diciendo:

«Barcelona, cabeza del reino de Cataluña, insigne y famosa por sus grandes riquezas, de quien por epíteto comúnmente se suele decir: *Barcelona la rica...*, grandiosa, por su iglesia mayor, casas obispales, lonja de mercaderes, playa agradable, cuyas márgenes tocan las orillas del mar, combatiendo con su muelle; puerto a donde jamás faltó embarcación para cualquier parte» [14].

Lope de Vega da a Barcelona carácter de puerta ornamental de España, lo cual explica su *grandeza y suntuosidad*:

CELIO. *¿Y qué decís de esta bella ciudad?*
ROBERTO. *Que como levanta*
el valor de un edificio
una espléndida fachada,
así la gran Barcelona
está a la entrada de España,
sirviendo de arquitectura
para su famosa entrada.
CELIO. *¡Qué edificios tan hermosos!*
FABIO. *¡Lindas torres la acompañan!* [15].

Y en otra obra compara el carácter catalán con el vidrio, principal manufactura de Barcelona en aquellos días:

---

[13] *Noches de placer.* Madrid, 1906, pág. 7.

[14] Jerónimo de Alcalá, *El Donado hablador,* II, 13. Rivad., XVIII, página 579-*a.*

[15] Lope, *El Abanillo,* I. Ac. N. E., III, pág. 4-*b.*

L. *Ya por lo menos no engaña*
la fama que la corona.
D. J. *Esta llaman Barcelona,*
primera ciudad de España.
Z. *Compiten ella y Venecia;*
mas labrando de mil suertes
vidrios, hay hombres tan fuertes
que la tierra y mar los precia [16].

Y no puedo omitir un pasaje de Espinel, porque testifica que en Barcelona resonaba la lengua española:

«Llegamos a España, desembarcando en Barcelona, ciudad hermosa en tierra y en mar, abundante de mantenimientos y regalos, *que con oír hablar en lengua española*, parecían más suaves y sustanciosos» [17].

Interesante también es el testimonio de Aldrete respecto de la progresiva extensión del castellano:

«En Cataluña, y más en el reino de Valencia, todos los sermones se hacen en Romance, el cual saben y hablan todas las personas que son de alguna suerte, si bien la gente ordinaria usa de la suya natural catalana, diversa de la nuestra».

«Y si en aquellos reinos no se admitiera en los tribunales y juzgados otra lengua que la Castellana, más en breve se acabara de introducir, pero sin eso va cada día en crecimiento» [18].

Esto no quiere decir que el siglo XVII negara al vulgo castellano la existencia de la lengua catalana. Cervantes se refiere al idioma como distintivo de aquella región [19]. Rojas Zorrilla y Calderón, en sus comedias, introducen varias estrofas de un romancillo en catalán, que debió resonar desde los corrales de Madrid hasta el Coliseo de Sevilla [20].

16 Lope, *La cortesía de España*, II. Ac. N. E., IV, pág. 347-*a*. Vd. además *La buena guarda*, II. R. Acad., V, pág. 341-*a*, y *El caballero del Sacramento*, I. R. Acad., VIII, pág. 451-*a*, donde hay otros elogios de Barcelona.

17 Espinel, *Marcos de Obregón*, III, 11. Clás. Cast., LI, pág. 226.

18 Aldrete, *Origen... de la lengua castellana*. Roma, 1606, pág. 100.

19 Cervantes, *La Galatea*, V, ed. Schevill y Bonilla, II, pág. 130.

20 En la comedia *El catalán Serralonga y bandos de Barcelona*, actos I y II. Rivad., LIV, págs. 570 y 574.

LA AMISTAD CATALANA

Veamos qué han dicho los escritores castellanos de la amistad de los catalanes. Empecemos por Espinel.

Hablando de Barcelona, dice:

«Aunque los vecinos tienen nombre de ser un poco ásperos, vi que a quien procede bien le son apacibles, liberales, acariciadores de los forasteros» [21].

Y el muy sensato escritor y discreto novelista Mateo Velázquez se expresa así:

«Aquella nación y provincia tiene esto por excelencia: que el que llega a ser amigo de otro, lo es de veras. Y también al contrario, si hay razón para ello» [22].

Gracián se adueñó este pensamiento, y tratando de en dónde podría hallar la amistad, desecha una a una todas las regiones de España para venir a parar a Cataluña, de la cual habla así:

«—¿Y en Cataluña, señor mío?— repliqué yo.

—Ahí aún podría ser: que los catalanes saben ser amigos de sus amigos.

—También son malos para enemigos.

—Bien se ve: piénsanlo mucho antes de comenzar una amistad; pero, una vez confirmada, hasta las aras.

—¿Cómo puede ser eso —instó un forastero—, si allí se hereda la enemistad y llega más allá del caducar la venganza, siendo fruta de la tierra la bandolina?

—Y aun por eso —respondió—: que quien no tiene enemigos tampoco suele tener amigos» [23].

En este saliente del carácter catalán se basan aquellas frases que oímos antes: «Amparo de los extranjeros», «archivo de la cortesía», etc., con que Cervantes celebraba a la capital del Principado.

---

[21] Espinel, *Marcos de Obregón*, III, 11. Clás. Cast., LI, pág. 226.

[22] B. Mateo Velázquez, *El filósofo de aldea* (1628). Madrid, 1906, pág. 282.

[23] *El criticón*, II, 3. Renac., I, pág. 238.

Lope de Vega se refiere a los catalanes que iban como estudiantes a la Universidad de Salamanca, y testifica la buena opinión que allí se granjeaban, alabando:

La fama y la opinión
Tan liberal, noble y franca
Que llevan a Salamanca
Los que van de esta nación [24].

Voy a terminar con una anécdota que el duque de Frías recogió sobre el carácter de los catalanes, y que sintetiza su ponderada cortesía, su practicismo, su gran sentido utilitario:

«Díjole un caballero francés a otro catalán: "Los de vuestra nación son fáciles de engañar?" Respondió: "Somos fáciles de dejarnos engañar cuando nos conviene; y pensad, amigo, que es gran triunfo, que vais vos engañado, con discurrir que yo lo quedo."» [25].

LA VENGANZA CATALANA

El sentimiento que en el alma del catalán hacía cualquier agravio era algo patológico, algo fuera de los límites de lo racional. Cervantes reunió la nota de su firmeza en la amistad con la del encono terrible en la enemistad y en la venganza. Antes de citar las palabras de Cervantes y otros textos de autores coetáneos, vamos a oír despacio la explicación de esta especie de vesania que se apoderaba del ánimo de los catalanes. A la luz de esta explicación tienen sentido las otras citas.

Contando Moncada la venganza que los catalanes tomaron de los vecinos de Rodesto por la muerte de sus embajadores, escribe esto que sigue:

«Por este hecho primeramente, y por los demás que fueron sucediendo, quedó entre los griegos hasta nuestros días por refrán: "La venganza de los catalanes te alcance." Esta es la mayor maldición que entre ellos tienen agora la ira y el aborre-

24 Lope, *El enemigo engañado*, II. Ac. N. E., V, pág. 124-*b*.
25 Biblióf. Madril., IV, 217.

cimiento; tan viva se les representa siempre la memoria de aquel estrago»[26].

Oigamos ahora al historiador Melo:

«La tierra, abundante de asperezas, ayuda y dispone su ánimo vengativo a terribles efectos con pequeña ocasión; el quejoso o agraviado deja los pueblos y se entra a vivir en los bosques, donde en continuos asaltos fatigan los caminos; otros, sin más ocasión que su propia insolencia, siguen a estotros; éstos y aquéllos se mantienen por la industria de sus insultos. Llaman comúnmente andar en trabajo aquel espacio de tiempo que gastan en este modo de vivir, como en señal de que le conocen por desconcierto; no es acción entre ellos reputada por afrentosa; antes al ofendido ayudan siempre sus deudos y amigos. Algunos han tenido por cosa política fomentar sus parcialidades por hallarse poderosos en los acontecimientos civiles; con este motivo han conservado siempre entre sí los dos famosos bandos de narros y cadells, no menos celebrados y dañosos a su patria que los güelfos y gibelinos de Milán, los pafos y Médicis de Florencia, los beamonteses y agramonteses de Navarra, y los gamboínos y oñasinos de la antigua Vizcaya.

Todavía se conservan en Cataluña aquellas diferentes voces, bien que espantosamente unidas y conformes en el fin de su defensa: cosa asaz digna de notar que, siendo ellos entre sí tan varios en las opiniones y sentimientos, se hayan ajustado de tal suerte en un propósito, que jamás esta diversidad y antigua contienda les dió ocasión de dividirse; buen ejemplo para ense-

---

[26] *Expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*, capítulo XXXVIII. Clás. Cast., LIV, pág. 223. El erudito señor Gili, en la edición citada, anota así este pasaje: «En Tracia se conserva todavía esta maldición: *La venganza de los catalanes te alcance.* El señor Rubió y Lluch, en su trabajo tantas veces citado, *La expedición y dominación de los catalanes en Oriente, juzgados por los griegos*, trata de las obras que se han inspirado en este tema en la literatura neogriega; entre ellas, *El último conde de Salona*, de Espiridión P. Lambros (1870), y *El señor del Olimpo, Juan el Catalán*, por Marino Koutoubali (1873). De los recuerdos de la dominación catalana en la tradición popular griega trata Epaminondas Samatiades en su libro *Los catalanes en la Anatolia.* Atenas, 1869».

ñar o confundir el orgullo y disparidad de otras naciones en aquellas obras cuyo acierto pende de la unión de los ánimos.

Habitan los quejosos por los boscajes y espesuras, y entre sus cuadrillas hay uno que gobierna, a quien obedecen los demás. Ya de este pernicioso mando han salido para mejores empleos Roque Guinart, Pedraza y algunos famosos capitanes de bandoleros, y últimamente don Pedro de Santa Cilia y Paz, caballero de nación mallorquín, hombre cuya vida hicieron notable en Europa las muertes de trescientas y veinticinco personas, que por sus manos o industria hizo morir violentamente, caminando veinte y cinco años tras la venganza de la injusta muerte de un hermano. Ocúpase estos tiempos don Pedro sirviendo al Rey Católico en honrados puestos de la guerra, en que ahora le da al mundo satisfación del escándalo pasado.

Es el hábito común acomodado a su ejercicio: acompáñanse siempre de arcabuces cortos, llamados pedreñales, colgados de una ancha faja de cuero, que dicen charpa, atravesada desde el hombro al lado opuesto. Los más desprecian las espadas como cosa embarazosa a sus caminos; tampoco se acomodan a sombreros; mas en su lugar usan bonetes de estambre listados de diferentes colores, cosa que algunas veces traen como para señal, diferenciándose unos de otros por las listas; visten larguísimas capas de jerga blanca, resistiendo gallardamente al trabajo, con que se reparan y disimulan; sus calzados son de cáñamo tejido, a que llaman sandalias; usan poco el vino, y con agua mantienen los muchos días que gastan sin acudir a los pueblos.

Los labradores y gente del campo, a quien su ejercicio en todas provincias ha hecho llanos y pacíficos, también son oprimidos de esta costumbre; de tal suerte, que unos y otros todos viven ocasionados a la venganza y discordia por su natural, por su habitación y por el ejemplo. El uso antiguo facilitó tanto el escándalo común que, templando el rigor de la justicia, o por menos atenta o por menos poderosa, tácitamente permite su

entrada y conservación en los lugares comarcanos, donde ya los reciben como vecinos» [27].

Difícilmente podemos hallar nada tan original y tan genuino en ninguna otra raza como esta cualidad que la docta pluma de Melo acaba de exponer. Ahora se ve todo el sentido de las palabras de Cervantes:

«Los corteses catalanes, gente enojada terrible, y pacífica suave; gente que con facilidad da la vida por la honra, y por defenderlas entrambas se adelantan a sí mismos, que es como adelantarse a todas las naciones del mundo» [28].

Esta forma de desagravio revestía a veces caracteres de verdadera tragedia:

«Si acaso entre los poderosos hay agravios, se vengan juntándose muchos y cercando la casa del enemigo, matan todos sus criados y amigos juntamente con él a fuer de Cataluña» [29].

A esta cualidad aludía también Salas Barbadillo cuando dijo:

«Más resuelta que un catalán agraviado» [30].

Y así se comprende que Gracián dijera que el *Acertador* deducía «de un bárbaro, (que era) catalán» [31].

Y concretándose a los naturales de Barcelona, remacha el mismo concepto:

«Barcelona, aunque rica cuando Dios quería, escala de Italia, paradero del oro, regida de sabios, entre tanta barbaridad no la juzgó por segura, porque siempre se ha de caminar por ella con la barba sobre el hombro» [32].

Y no de gente extraña, sino de autores catalanes, muy enamorados de sus cosas, tenemos la expresión de igual concepto

---

27 Melo, *Guerra de Cataluña*, I. Rivad., XXI, págs. 468-469.

28 Cervantes, *Persiles*, III, 12. Madrid, 1919, fol. 167.

29 *Cautiverio y trabajos de Diego Galán*. Bibliót. Esp., XXXVII, pág. 299.

30 Salas Barbadillo, *Corrección de vicios*. Col. Escrit. Cast. Madrid, 1907, pág. 253.

31 *El criticón*, III, 3. Renac., II, pág. 154.

32 Gracián, *Criticón*, I, 10. Renac., I, pág. 130. Vd. Ricardo de Turia, *La burladora burlada*, I. Rivad., XLIII, pág. 215-*b*.

que el que acaban de exponer los escritores castellanos y aragoneses. Tomamos de Esteban Corbera estas palabras:

«Con dificultad se hallará un catalán asaz fino, con ser todos inclinados a pendencias y venganzas, porque la pasión del odio y de la venganza es como natural en ellos. Esto causa los bandos y discordias en que se encienden. No saben disimular injurias. Hónranse de no hacer ni sufrir agravios y que no ha de quedar ofensa sin castigo» [33].

Es natural que estas ordinarias inquietudes en el estado social de Cataluña, muy sabidas y conocidas en toda España, debieron influir en la formación de un concepto infamativo de los catalanes. No en balde Cervantes, en el *Quijote*, y Lope, en *La doncella Teodor* y en *El peregrino en su patria*, habían sacado a escena aquellos bandidos, salteadores de caminos y de caminantes; no en balde otros dramáticos de menor cuantía habían divulgado con sus producciones escénicas la idea que Francisco de la Torre concretó en estos versos:

Los montes de Cataluña
Son pueblos de salteadores [34].

Que la mala opinión existía nos lo hace verdadero, en primer lugar, la etimología que *El Búho Gallego* da de Cataluña. En la junta de todas las aves de España, el milano representó a los catalanes, «y al salir de todas las demás aves, el milano se la juró al búho, y alzando el pie derecho y tendiendo la garra, le dijo solamente: *Cata la uña.* Con la mesma brevedad le respondió el búho en su lenguaje gallego: *Catala an.* Y así, sin pensar, por los dos fué declarada la etimología del milano, de Cataluña y de sus catalanes» [35].

En segundo lugar tenemos la refutación que un escritor catalán trae muy de propósito de la opinión de ladrones que pesaba

---

33 Corbera, *Cataluña ilustrada.* Nápoles, 1678, I, 7, pág. 32.

34 Don Francisco de la Torre, *La confesión con el demonio,* III, parte XLIV. Madrid, 1678, pág. 233-*b.*

35 *Opus cit.,* pág. 250.

sobre ellos. Vamos a citar meramente la indicación de sus argumentos:

«El Principado de Cataluña es tierra por la mayor parte montuosa y quebrada, pobre de ciudades populosas, pero muy poblada de cacerías, confina con el mar y Francia, límites de enemigos.

... Siendo este territorio de Cataluña montuoso y áspero, de necesidad ha de producir los hombres fuertes; si fuertes, animosos; si animosos, atrevidos; si atrevidos, valientes; si valientes, celosos de reputación y honra.

Ayuda a estas calidades el criarse en caserías puestas entre bosques y breñas, pues con esto no se comunican unas gentes con otras con continuación, lo que produce fiereza. Gozan el ámbito de sus heredades con un absoluto dominio, lo que les hace mal sufridos. No ven agravios ajenos por vivir solos, lo que causa no consolarse de los propios. Pues para fomentar esta pasión no es de poco momento el confinar con el mar y Francia, a cuya causa es forzoso estén algo peritos en las armas, por las diversas veces que por ocasión de estos vecinos ha sido forzoso tomarlas: ocasiones bastantes para levantar un ánimo rendido, cuanto más el de su naturaleza robusta. De estas causas vemos tan al ojo los efectos de este Principado, que los naturales no pueden negarlas, ni los extranjeros, advirtiéndoles, dejar de concederlas.

Es uno de ellos las bandosidades que en él de ordinario hay, efectos propios de ánimos fuertes y celadores de su honor. Que esto sea verdad, adviértase que no hay bandosidad que no tenga sus principios en agravio personal o de cosa muy propia. Bien sé que los poco pláticos en la naturaleza de esta nación me negarán este principio de celadores de su honor, valiéndose para esforzallo de la facilidad con que el catalán se inclina a robar, acto contrario al punto de honra. Pero satisfaciendo a esto, digo que ninguna cosa está más remota de la naturaleza del catalán que el ser ladrón, si las consecuencias valen. Pues los naturales tienen por muy ciertas en el ladrón las de

mentiroso, falso, astuto, disimulado, doble y cobarde; que siendo así, pocas o ninguna de éstas se hallarán en el catalán.

Pruébase lo primero de no ser mentiroso por lo que dice Pineda en la primera parte de la *Monarquía Eclesiástica*...

Menos le cuadra el epíteto de falso, pues es común refrán entre otras naciones, cuando tratan de una verdadera amistad, decir amistad de catalán; y tienen razón, pues sin duda debe ser la nación que con más entereza la hace...

Menos le cuadra la astucia y disimulación, pues ésta consiste en saber disimular y encubrir odio o amor; lo que trae imposibilidad en el catalán, pues le dan por epíteto declarado amigo o enemigo, y el que esto no hace está en esta nación tenido por afeminado.

Pues el epíteto de doble no creo se lo dé alguno que lo trate; sí de libre en el decir lo que entiende...» [36].

Bien que el bandolerismo catalán no implicase la tacha de afición a lo ajeno, no se puede negar que revelaba una nota especial de su idiosincrasia, aceptada y confesada por todos los escritores: esa nota es la *dureza* de carácter.

Lope de Vega dijo:

Duro como catalán [37].

Cascales los califica de «Arriscados y montaraces» [38].

Y hemos oído decir a Melo:

«Son los catalanes por la mayor parte hombres de durísimo natural».

Tal dureza de condición cristalizó en una fórmula vulgar que el lenguaje español incorporó a su acervo: *Justicia catalana*. El dramaturgo valenciano Gaspar de Avila va a explicarnos en qué consistía la tal justicia:

Justicia de catalanes
Es ésta, según yo sé:

---

36 Francisco Gilabert, *Discurso sobre la calidad del Principado de Cataluña*. Lérida, 1609, pág. 5.

37 *El blasón de los Chaves de Villalba*, I. R. Acad., XI, pág. 426-a.

38 *Tablas Poéticas*. Murcia, 1617: *Tabla Cuarta de la comedia*, pág. 385.

Ahorcan al delincuente,
Y cuando ya está pendiente
De tres clavos y un cordel,
Hacen la causa con él
Misericordiosamente [39].

Otra consecuencia de esa dureza fue en el lenguaje vulgar el *juramento catalán.*

El juramento catalán era algo así como el de los dioses cuando juraban por la laguna Estigia. Lope puso por argumento de su comedia *El valeroso catalán* esa irreductibilidad entre caballeresca y salvaje, que está cifrada en estas palabras:

Tenemos los catalanes
Firmeza en nuestros intentos [40].

De esta firmeza nació la frase proverbial que aparece en esta cita de Tirso:

Juró como un catalán,
No saber quién ocultó
A aquel Conde entremetido
De nuestra paz Galalón [41].

Esta dureza, rayana en salvajismo, se manifestó de diversas maneras en la vida interior de Cataluña, y los hechos repercutían en el resto de España, creándoles o aumentándoles la nada buena reputación de ferocidad. Sirva de ejemplo el caso de las brujas de que nos dan cuenta algunos documentos de hacia 1619. Un anónimo consultor del Virrey contaba en los términos siguientes las atroces justicias de los catalanes:

«Este Principado de Cataluña y sus Condados, por ser la justicia tan poco favorecida y desvalida y falta de poder, junto con la libertad que por sus leyes gozan los que habitan en él,

---

[39] *El valeroso español y primero de su casa,* II. Rivad., XLIII, página 571-*a.*

[40] Lope, *Valeroso catalán,* I. R. Acad., VIII, pág. 409-*b.*

[41] Tirso, *Los balcones de Madrid,* II. Rivad., V, pág. 564-*b.*

muchos de los cuales son franceses por la vecindad grande que con aquel reino tienen, es ocasión que está la tierra de ordinario afligida de delitos; los cuales se van perpetuando de todas suertes, si bien un tiempo prevalecen más unos que otros, y es ocasión que está ordinariamente afligido con tanta abundancia, que a veces tiene oprimidos a todos los de la tierra; y están tan habituados a ello, que cuando está muy crecido el mal de una especie de delitos y se procura el remedio para ellos, ya se van entonces fraguando otros mayores en diferente especie; como se vio pocos años ha, de cuán acabada estaba esta tierra de cercenadores de moneda; que por no hallar otro medio, fue forzado meterla a peso; y no se acabó de esentar este daño, cuando empezó a bullir la tierra de ladrones y plagiarios, de suerte que no se podía andar; ni en lugares grandes ni ciudades estaban seguros los hombres ricos. Pero reparado este daño con los grandes castigos que se han hecho, y conservado con el celo y cuidado de los príncipes que después con tanta prudencia la han gobernado, con todo eso han salido, en tiempo que se pensaba gozar más quietud, tanta abundancia de strijas, lamias o brujas, que no ha dado poco cuidado. Porque como el delito que se les cargaba era de que talaban los campos y mieses con piedra que hacían caer y niebla que se comía los frutos, y otros muchos males, infanticidios y muerte de ganados, todos se han mostrado instancias contra ellas por el daño universal que padecían; de manera que no hay villa ni lugar que no haya hecho diligencia en investigar si las había en su término; y para ello tenían sus síndicos y gastaban largo de la misma Universidad, y ansí hay pocas de ellas que no haya hecho proceso por medio de su Bayle. Y como el diablo es astuto y cauteloso, y su intento no sea más de illaquear almas para que hagan cosas mal hechas, ha tenido en esto buena ocasión, que con el celo de justicia han hecho grandes injusticias y agravios, porque se han condenado una inmensidad a muerte y han padecido, según se presume, sin culpa» [42].

42 Ms. 2440, fol. 151, de la B. N. de Madrid.

Sigue ponderando el mal y sugiriendo remedios a base de que la Inquisición tomase a su cargo los procesos.

Por la misma época, un funcionario del Santo Oficio, el Licenciado Martín de la Guerra Paniagua, confirmaba estos procedimientos en la comunicación siguiente, que copiamos del mismo códice al folio 212:

«Muy poderoso Señor: En este Principado de Cataluña, de dos o tres años a esta parte, han ahorcado los jueces seglares más de trescientas personas por brujas, y hoy tienen presas a muchas por el mismo delito, haciéndoles sus procesos; y aunque de ellos resulta el delito y crimen de la herejía y apostasía, no los remiten a este Santo Oficio, sino prosiguen, fulminan y sentencian a muerte, y motivan las sentencias, como es costumbre de esta tierra, con el mismo delito que a este Santo Oficio pertenece. Hay de esto mucho escándalo y murmuración».

LABORIOSIDAD CATALANA

Al hablar de la Cataluña retrospectiva, asalta la curiosidad de saber de cuándo data la fama de trabajadores de que gozan los catalanes. Tenemos que confesar que no es muy antigua esa fama. A últimos del siglo XVI no se menciona otra industria en Barcelona que la del vidrio, «rival de Venecia», según los poetas castellanos. Sin embargo, el boceto del carácter barcelonés que traza Pedro de Medina acentúa los rasgos de laboriosidad en el estudio y de afición al comercio.

He aquí su texto:

«Es pueblo de gente muy principal y muy rica. Tiene muchos templos y monasterios; muchos caballeros y gente principal y muy noble. La ciudad (Barcelona) tiene y sustenta una muy honrada Universidad, con muchos letrados y abundancia de estudiantes de muy buenos ingenios, y muchas cátedras en que se leen muy doctamente las lenguas, artes, matemáticas, teología y las demás ciencias.

... La gente es entre sí misma muy despegada; pero muy afable con los forasteros y extranjeros. Hay en esta ciudad mu-

chos tratos y extraño número de mercaderes con todo género de mercadurías, muy gruesas haciendas y correspondencias a diversas partes de la cristiandad» [43].

Al mediar el siglo XVII, hay un testimonio nada recusable, pues es del catalanísimo Corbera, que acusa a los catalanes de flojos y descuidados, bien que acude a explicar estas malas cualidades por motivos extrínsecos y ocasionales.

Dice así:

«Los franceses que viven entre ellos (los catalanes), gente servil, de condición baja y soez, que idolatra en el interés y que por él se aventura a cualquier trabajo y ejercicio, por vil y abatido que sea, entran de Gascuña y de otras regiones de Francia que confinan con Cataluña, y luego procuran servir y acomodarse, que en esto ponen toda su felicidad; éstos tratan la agricultura, labran los campos, guardan los ganados, benefician las haciendas y se emplean en todo lo que imaginan les ha de ser de algún provecho. Con esto, los naturales se vuelven remisos y negligentes, descuidados y perezosos; huelgan más de lo que fuera razón; descuídanse de sus casas, ocúpanse en varios entretenimientos, frecuentan las plazas, ejercitan las armas y, en vez del trabajo a que les había de inclinar su naturaleza, se aplican a otras cosas más generosas y menos serviles» [44].

Ya a mediados del siglo XVIII campea en todo su esplendor el concepto de trabajadores que hoy nimba el nombre de catalán. Puede ser que existan otros testimonios anteriores a este de 1747. Por lo pronto, damos lo que tenemos.

Helo aquí:

«Como los catalanes son los pueblos más trabajadores de toda España, no hay que maravillarse de que la ciudad de Barcelona sea muy rica, pues el puerto acarrea grandes ventajas a su comercio. Trabájanse en ella hermosas cosas de vidrio y acero, especialmente cuchillos, navajas de hacer la barba, tijeras, fábrica de cobertores y otras inventivas de varias telas

---

43 Pedro de Medina, *Grandezas de España*. Alcalá, 1595, parte II, capítulo 172, pág. 326.

44 Corbera, *Cataluña ilustrada*, I, 7, pág. 31.

y curiosidades; en una palabra, se halla en Barcelona todo cuanto puede desearse para hacer recomendable a una ciudad» [45].

Un resumen de cuanto llevamos dicho, fiel expresión del pensamiento español acerca de Cataluña, lo encontramos en el citado Esteban de Corbera, cuyas palabras pondrán punto a este estudio:

«De los catalanes confiesan todas las naciones que los tratan que son hombres prudentes y cautelosos, sagaces y atentados, temerarios y ejecutivos; que no perdonan sus ofensas; que se inclinan fácilmente a la venganza; mal avenidos entre sí, amorosos y benignos con los extranjeros, parcos y remirados en sus gastos, liberales en ocasiones de honra, estimadores de sus leyes, celosísimos de la observancia de sus privilegios, como ganados con sangre; firmes y constantes en la amistad que profesan, enemigos de novedades, fidelísimos a su Príncipe, píos y religiosos, próvidos de sus tratos, cuidadosos de la limpieza de su sangre, ásperos y contenciosos, envidiosos y atrevidos, feroces y sanguinarios, y otras calidades que se dejan, pues bastan éstas para la breve noticia que se pretende de su inclinación y naturaleza» [46].

En consecuencia, el juicio es bastante favorable, aunque no podía faltar la posición radicalmente anticatalana, que, precisamente por lo extremosa, no puede considerarse representativa de la ideología común. Corre a cargo de Francisco de Figueroa en la ya citada epístola en tercetos, escrita durante su asistencia a las Cortes Generales celebradas en Monzón en 1585 [47].

---

[45] Estrada, *Población general de España*. Madrid, 1747, tomo III, página 125.

[46] Esteban de Corbera, *Cataluña ilustrada*, I, 7, pág. 34.

[47] Vd. R. Menéndez Pidal, Opus cit., *Bol. R. Ac.*, II, 1915, págs. 459-460.

Capítulo XII

LOS VALENCIANOS

Mal concepto tenían de los valencianos los escritores españoles del siglo XVII. La causa estriba en la celebridad que durante la anterior centuria se granjeó la ciudad del Turia de emporio de placeres sensuales y pecaminosa molicie.

«A principios del siglo XVI —dice Menéndez y Pelayo—, Valencia estaba considerada como la ciudad de la galantería, la metrópoli del placer» [1].

Los hechos que aduce allí el ilustre historiador de la literatura en apoyo de esa afirmación perduraban aún en el siglo XVII. Pedro Hurtado sigue citando en la *Comedia Doleria* los «guantes de Valencia» [2]; Calderón hace constar que en Valencia se bailaba mucho más que en Madrid; que por ser noticia muy significativa, creemos que conviene conocerla. Dice una doncella a su hermano:

Como en la Corte, señor,
Se usan tan poco las danzas,
No aprendí esa habilidad;
Y hallándome desairada
En Valencia, donde están
Tan en uso que no hay dama

1 Vd. *Orígenes de la novela*, III. N. B. A. E., XIV, pág. CLXXIII, con gran número de textos y referencias.

2 *Opus cit.*, I. N. B. A. E., XIV, pág. 331-*b*.

Que no luzca en sus primores;
Pues cuando juntas se hallan
Todos sus divertimientos
Son saragüetes, que llaman,
Sin los públicos saraos
En que suele caerse en falta
De grave o de descortés,
Mayormente si la saca
Persona de autoridad [3].

La fama de estos saraos llegó hasta finales del siglo, pues Francisco Santos habla como de cosa conocidísima de los saraos valencianos o catalanes [4].

El historiador Sandoval daba por descontado que Valencia era tierra de placeres por antonomasia:

«El común se dió a las armas y a los caballeros deleites, que el reino (Valencia) es ocasionado para ellos» [5].

Y más contundente respecto de la corrupción valenciana es Alonso Cano y Urreta, al tratar del origen de las bubas:

«Unos dicen que empezó este mal en Valencia, *patria bien a propósito;* otros que en Francia...» [6].

De aquí, pues, que los valencianos fueran tenidos por gente de poco valer, inhábiles para las empresas de empeño. El Maestro Pedro de Medina, que empleó las tintas más lisonjeras en pintárnoslos, no omite, sin embargo, esta falta capital de su carácter. Leamos sus palabras:

«Son los valencianos largos, liberales, dadivosos, alegres, vivos, ingeniosos, muy amigos de letras y sciencias y de cosas de artificio, ingenio y curiosidad. Hay muchos hombres en Valencia eminentísimos en letras. Son amigos de regalos y buen tratamiento, placeres y fiestas. Son muy afables, amigables y de buenas entrañas. Alégranse mucho de ser liberales y de hacer

---

[3] Calderón, *El maestro de danzar*, II. Rivad., IX, pág. 87-*a*.
[4] *Los gigantones*, ed. de 1666, pág. 206.
[5] Fr. Prudencio de Sandoval, *Historia del Emperador Carlos V*, pág. 130.
[6] A. Cano y Urreta, *Días de jardín*. Madrid, 1619, pág. 249.

bien. Son muy piadosos, buenos cristianos y muy dados al culto divino y cosas de religión» [7].

El italiano Juan Botero se fija principalmente en esa condición, que el de Medina envuelve en elogios y ponderaciones de otras prendas morales, y nos declara la baja estima que los demás españoles hacían de los valencianos:

«Sus vecinos son poco estimados de los demás pueblos; porque estando tan entrañados y envueltos en deleites y regalos, de que está muy abundante la ciudad y su comarca, valen poco para las armas; y así, los demás españoles, por verlos tan delicados y regalones, los suelen motejar de mañetes» [8].

No podía *El Búho Gallego* dejar de echar en cara a los valencianos esta acusación de la maledicencia vulgar, y así, les llamó «aves regaloncitas, de ramo en ramo y de flor en flor, que no son para frío ni para calor; sólo campean y cantan a las mañanitas y tardes del verano, y eso no fuera de las delicias de las huertas y jardines, de que hay abundancia en su patria» [9].

Gracián dice que el *Acertador* conocía «de un poca cosa, valenciano» [10].

Y en otro lugar da Gracián a entender que son poco fieles en guardar secreto y largos en porfiar, si es que interpretamos rectamente este pasaje, en que va describiendo ciertas cosas:

«—Aquí hoy no se fía —decía otro— ni aun del mayor amigo, porque mañana será enemigo.

—Ni se porfía —decía otro.

Y aquí entraban poquísimos valencianos, como ni en las del secreto» [11].

Recordemos además que Gracián ha contrapuesto, en un pasaje antes citado, la gravedad aragonesa, simbolizada en la edad madura, a la ligereza valenciana, simbolizada en la juventud. Y todavía encontramos otro pasaje en *El Criticón*, donde,

---

7 Pedro de Medina, *Opus cit.*, pág. 291-*a*.

8 J. Botero, *Descripción de todas las provincias...*, pág. 15.

9 *El Búho Gallego*, ed. cit., pág. 255.

10 *El criticón*, III, 3. Renac., II, pág. 154.

11 *El criticón*, I, 13. Renac., I, pág. 189.

sin ambages ni rodeos, se califica a los valencianos de volubles y tornadizos:

«Agradábala mucho la alegre, florida y noble Valencia, llena de todo lo que no es sustancia; pero temióse que con la misma facilidad con que la recibirían hoy la echarían mañana» [12].

A esta volubilidad del carácter valenciano se refiere el vicecanciller de Aragón, don Cristóbal Crespi de Valdaura:

«He oído alabar los naturales de Valencia de ordinario, pero vituperar también su facilidad e inconstancia. Vicio es éste que te prevengo mucho a huirle y apartarle. En los amigos, en los camaradas, en las acciones, procura con veras no ser variable; que como es tacha de que está indicada nuestra nación, es menester mayor cuidado en ella. Para esto quiero también que olvides tu patria y no te acuerdes de Valencia» [13].

El lenguaje valenciano lo reconoció Lope de Vega, cuando puso en boca de un mozo africano estas palabras:

Tomaré traje cristiano,
Mezclaréme entre otra gente;
Que sé razonablemente
El lenguaje valenciano [14].

Otro autor, el novelista Lugo y Dávila, en su *Teatro Popular de Novelas Morales*, nos hace saber que en la Universidad de Valencia se hablaba y se explicaba en lengua española.

Mas si en el templo de Minerva no sonaba el valenciano, Cervantes nos dice cuán bien sonaba en labios de las bellas valencianas:

«Les alabó —dice— la hermosura de las mujeres y su extremada limpieza y graciosa lengua, con quien sola la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable» [15].

---

[12] Gracián, *Criticón*, I, 10. Renac., I, pág. 130.

[13] Carta a su hermano D. Juan Crespi y Brizuela, de 12 de mayo de 1627. Rivad., LXII, pág. 64-*a*.

[14] Lope, *Grao de Valencia*, II. Ac. N. E., I, pág. 533-*a*.

[15] Cervantes, *Persiles*, III, 12. Madrid, 1917, fol. 164.

Y en otra obra, Cervantes le concede el mismo lauro de la dulzura a la par de la lengua portuguesa, que pasaba por ser la más dulce de todas:

Mostraréles las melosas
Valenciana y portuguesa [16].

En el citado texto de Cristóbal Crespi de Valdaura se hace referencia a la general alabanza de que son objeto los valencianos. Aparte de la exageración en que, como personalmente interesado, pudo incurrir, es indudable la existencia de una corriente favorable a los levantinos, unánimemente aceptada en lo que toca a determinadas cualidades. No pueden tomarse por testimonio de ello los escritores locales de clara intención panegírica, como es el caso de Escolano [17], pero representativos del criterio general son los elogios que a la ciudad mediterránea dedicaron Luján de Saavedra [18] y Lope de Vega [19] y las alabanzas tributadas a sus naturales por Castillo Solórzano:

«Valencia, ciudad insigne de las que tiene nuestra madre España, madre de nobilísimas familias, centro de claros ingenios y sagrario de cuerpos de gloriosos santos» [20].

Jerónimo de Alcalá:

«Noble en gente ilustre como famosa en religión cristiana, rica en insignes reliquias, adornada de maravillosas virtudes, fuerte en sus altos y levantados muros y mucho más en tantos y tan ilustres caballeros, celebrada por el mundo como maravillosa, no sólo madre de sus hijos, sino también acariciadora de extranjeros» [21].

---

16 Cervantes, *La Gran Sultana*, II. R. Acad., 1917, pág. 125-*b*.
17 Gaspar Escolano, *Historia de la insigne ciudad y reino de Valencia*. Valencia, 1610, I, págs. 861, 866, 1058, 1115-1121.
18 *Guzmán de Alfarache*, II, III, 8. Rivad., III, pág. 420.
19 *El rústico del cielo*, III. R. Acad., V, pág. 268-*b*.
20 *La Garduña de Sevilla*, II. Clás. Cast., XLII, págs. 96-97.
21 *Donado Hablador*, I, 7. Ricad., XVIII, pág. 523-*b*.

Y Diego Galán:

«Valencia, insigne población, madre de nobleza, centro de la santidad y patria de sutiles ingenios» [22].

La hermosura de las damas valencianas la reconoció Salas Barbadillo, además de su discreción.

Dice así:

«Valencia, madre de santos, ya mártires, ya confesores; madre de valentísimos capitanes, madre de varones insignes por la erudición y por el ingenio y porque las damas no acusen por descortés a mi pluma, también madre de singulares hermosuras, siempre honestas, siempre sabias, porque entre mujeres aquéllas solamente se pueden llamar sabias que son honestas» [23].

Hay además dos textos acerca de Valencia, uno de Alarcón y otro de Tirso, que se contradicen mutuamente. Afirma el dramático mercedario que los amantes valencianos no sufren ni toleran competencias de celos:

Yo, Lucrecia, soy de España,
Mi noble patria es Valencia,
Que, ni sufre competencia,
Ni perdona a quien la engaña [24].

Y, por el contrario, asegura Alarcón que en Valencia no se dan rivalidades celosas:

Al fin, ¿quiere voluntades
A la usanza de Valencia,
Que sufran la competencia
Sin celos ni enemistades? [25].

---

[22] *Cautiverio y trabajos de Diego Galán.* Bibliót. Esp., XXXVII, página 430.

[23] Salas Barbadillo, *El curioso y sabio Alejandro.* Rivad., XXXIII, página 12-*a*.

[24] Tirso, *La fingida Arcadia,* II. N. B. A. E., IV, pág. 444-*b*.

[25] Alarcón, *El examen de maridos,* I. Rivad., XX, pág. 471-*b*.

De esta cualidad del alma valenciana que nos da Alarcón no se enteraron los dramáticos y novelistas sus contemporáneos, que tantos argumentos de amor y celos fingieron precisamente en Valencia.

Capítulo XIII

LOS INDIANOS

La colonización de América, con el ir y venir de gentes de España, produjo un tipo especial en la Península, con su fisonomía moral propia, que dejó hondo rastro en la literatura del siglo XVII. Este tipo era el indiano. La nota culminante de su carácter era la miseria, la falta de liberalidad. Los textos de la época que nos hablan de este carácter podemos clasificarlos en dos partes: unos, que afirman o describen al indiano miserable, y otros, que nos dan la explicación de este modo de ser de los indianos. Empezaremos citando los primeros.

Gracián contó entre las increíbles rarezas ver «un indiano liberal» [1].

Igualmente claro lo dice Castillo Solórzano, refiriéndose a un tacaño:

«... tenía sus puntos de indiano en lo guardoso» [2].

Salas Barbadillo asegura que esto se entiende precisamente de los que de allá vuelven ricos:

«Conténtame su persona, que a cualquier cosa se humillará un hombre que de las Indias viene pobre, si aun los que vuel-

---

[1] Gracián, *Criticón*, II, 3. Renac., I, pág. 233.

[2] Castillo Solórzano, *La Garduña de Sevilla*, I. Clás. Cast., XLII, pág. 35.

ven ricos se valen de la mayor bajeza, como sea en defensa de su dinero» [3].

La riqueza del indiano era baldía e improductiva en sus manos, según Hurtado de Mendoza hace confesar a un personaje que alardea de espléndido:

No quiero de indiano el nombre
Que su riqueza mezquina
Es hacienda en la piscina,
Que le viene a faltar hombre [4].

Y el mismo autor, en otra obra, pone al indiano por prototipo de hombre miserable:

Y aunque sea un indiano en la miseria,
Le digo que es más pródigo que el Hijo [5].

Cuando Don García, el embustero de *La verdad sospechosa*, se finge indiano recién llegado a Madrid, al instante la dama, su pretendida, halla contradicción entre ser indiano y ser dadivoso, y el embustero acude a explicar la antinomia del siguiente modo:

DON GARCÍA. *Cuando del indiano suelo*
por mi dicha llegué aquí,
la primer cosa que vi
fué la gloria de ese cielo.
JACINTA. *¿Sois indiano?*
DON GARCÍA. *Y tales son*
mis riquezas, pues os vi,
que al minado Potosí
le quito la presunción.
TRISTÁN. *¡Indiano!*
JACINTA. *¿Y sois tan guardoso*
como la fama los hace?

---

3 Salas Barbadillo, *El sagaz Estacio*. Clás. Cast., LVII, pág. 97.
4 *Cada loco con su tema*, I. Rivad., XLV, pág. 457-*b*.
5 *El examinador Miser Palomo*. N. B. A. E., XVII, pág. 323-*a*.

DON GARCÍA. *Al que más avaro nace*
hace el amor dadivoso[6].

Quiñones de Benavente contrapone la magnanimidad española a la escasez de los que se enriquecían en las Indias. La frase es humorística, como suya:

Al ganarlo estudié en indio,
y al gastarlo en español[7].

La cortedad característica del indiano se manifestaba principalmente en recatar las cosas que de allá traían a España, encareciendo los muchos trabajos que costaba el granjearlo y traerlo. De estas cosas, la más típica era el chocolate, a lo cual se refieren los textos siguientes. Un criado fisgón se burla así de los encarecimientos de los indianos:

DON ALONSO. *Muchos trabajos se pasan*
para traer de allá un real.
CHINCHILLA. *Aquesas son pataratas*
de indianos peruleros,
porque allá el oro se halla
como tierra por los campos,
corriendo a arroyos la plata,
y del chocolate hay fuentes
que casi hirviendo le manan[8].

La *Floresta Española* de Francisco Asensio nos transmite a este propósito una bella anécdota:

«Acudía un Indiano sumamente miserable en casa de un amigo; y sacándole un día chocolate, dijo el Indiano: "Señor, yo no lo gasto." Y el amigo respondió: "V. lo tome, que ahora lo gasto yo, y no V."»[9].

---

[6] Alarcón, *Verdad sospechosa*, I. Rivad., XX, pág. 324-*a*.

[7] Quiñones de Benavente, *Entremés del talego*. N. B. A. E., XVIII, página 518-*a*.

[8] Don Juan de la Hoz y Mota, *El castigo de la miseria*, I. Rivad., XLIX, pág. 201-*a*.

[9] Biblióf. Madril., III, pág. 233.

Así se explica que Quiñones de Benavente eche a uno esta maldición:

> *Plegue a Dios que un indiano te maltrate*
> *Haciéndote beber el chocolate* [10].

Personificación de todos estos rasgos y caracteres es el protagonista del entremés de Villaviciosa, titulado *La casa de vecindad*, en el cual se traza la caricatura del indiano, calcando la figura del miserable que don Juan de la Hoz presentó en su comedia de *El castigo de la miseria* [11].

¿Qué explicación daban los escritores de aquel siglo a este hecho, que todos a una reconocen? Lope de Vega, que efectiva y realmente experimentó en su mal las liberalidades de un indiano, puso en labios de Gerarda este ensayo de explicación:

«GERARDA.—El cielo te dé la vida que tus liberales manos merecen. No sé qué se dicen de los indianos; o tú eres excepción de la generalidad con que se habla en ellos, o por algún miserable quedaron con mal nombre, como los calabreses nobles, porque se dice que aquella tierra fué la patria del hombre más infame» [12].

Castillo Solórzano da, a mi juicio, la explicación razonable de la psicología del enriquecido en las Indias, que no es otra que la de saber por experiencia propia lo que cuesta ganar el dinero. Dice así:

«Era hombre muy miserable, de la data de muchos que vinieron de Indias; pero éste no tenía la causa por qué serlo; porque las haciendas de los indianos, ganadas con trabajo, obligan a ser bien guardadas, y esto les hace ser miserables» [13].

Y más adelante:

«En cuanto a galas y joyas gastó liberalmente; con no lo ser, porque era la misma miseria; plaga que traen todos los que

---

10 Quiñones de Benavente, *Entremés de Don Gaiferos*. N. B. A. E., XVIII, pág. 611-*b*.

11 En *Rasgos del ocio*. Madrid, 1661, pág. 131.

12 Lope, *La Dorotea*, II. Ed. Renac., pág. 51.

13 C. Solórzano, *La niña de los embustes*. Madrid, 1906, pág. 135.

pasan de España a ganar hacienda a las Indias; que como allá les cuesta trabajo el adquirirla, así la guardan» [14].

Otro autor de diferente carácter, fray Benito de Peñalosa, coincide con el fecundo novelista en explicar la condición observada en los indianos. Dice así:

«Los indianos, cuando vuelven a España, por más riquezas que traigan, son tan atentados y parcos; temen no perderse otra vez en tal golfo y obligarse a muchos peligros y trabajos de tantos mares y tierras» [15].

Otra condición tenían los indianos, a más de guardosos. Según Lope de Vega, eran prudentes y dotados de ingenio. En un lugar de *La Dorotea*, dice esto:

«Siempre oí decir que los indianos hablan mucho, si bien todo es bueno, porque aquel clima produce raros y sutiles ingenios» [16].

Y más adelante, en la misma obra, repite la misma idea:

«GERARDA.—Pensé que sólo eras indiano en el dar, y también lo eres en el pedir.

LAUR.—¿Por qué piensas que los indianos son tan recatados?

GERARDA.—Por lo que les cuesta.

LAUR.—No, por cierto; sino porque son discretos» [17].

Vamos a cerrar este capítulo con el donoso arancel que Lope dictó para uso de los indianos, en el cual retrata su porte exterior y sus condiciones morales y sociales:

«Arancel con que ha de andar un caballero indiano en la corte:

Primeramente se acomodará en posada limpia, y tendrá cuidado de que nadie la sepa.

Dirá en todas las conversaciones que posa en casa de un amigo.

No convidará a nadie por ningún caso.

No tendrá coche, por no obligarse a prestarle.

---

14 C. Solórzano, *La niña de los embustes*. Madrid, 1906, pág. 238.
15 Peñalosa, *Cinco excelencias*, pág. 153.
16 Lope, *La Dorotea*, II. Renac., pág. 84.
17 Lope, *La Dorotea*, V. Renac., pág. 256.

Dará ración a sus criados.

Haráse pobre, contando siempre que se le hundió su plata en los galeones, o que le robaron los navíos de la reina de Inglaterra.

Su plato, una gallina para dos días; y su olla, en que haya para él y dos pajes.

No tenga ama; que acechan mucho y callan poco.

No haga estrecha amistad con señores, porque no le pidan prestado.

Con las damas sea liberal de palabras, sin ponerse a peligro de gastos impertinentes. No se enamore; que en la corte lo que se alcanza nunca fué de uno solo, y engáñase el que lo piensa.

En viendo que murmuran, diga que tiene que hacer, y váyase.

Su traje sea honesto y limpio, y procure hablar poco, aunque parezca imposible.

No se acueste sin haber dicho o hecho alguna lisonja donde pretende, que es la doctrina cortesana, ni se levante sin haber pensado cómo guardará lo que tiene.

De noche ha de salir los inviernos, por lo que es perjudicial a la cabeza el sereno de Madrid, con el aderezo de orejas que llaman bonete de Roma.

Y si quiere parecer señor, no pague lo que debiere, o por lo menos lo dilate tanto que se muera de pesadumbre el que lo pide» [18].

Terminemos este capítulo con un texto de fray Juan de Pineda, en el que se hacen ciertas reservas sobre la legitimidad de las riquezas ganadas en Indias:

«No metáis, por vuestra vida, dinero de Indias en mi casa, porque según oí muchas cosas a mi padre de los negocios de muchos indianos y según habemos visto venir muchos muy ricos y quitárselo después por ajeno, no me tendría segura en mi conciencia con tal hacienda» [19].

---

18 *La Dorotea*, II. Renac., págs. 74-75.

19 Pineda, *Agricultura cristiana*. Salamanca, 1589, II, pág. 137-*b*.

SEGUNDA PARTE

Capítulo XIV

LOS ITALIANOS

LOS ITALIANOS EN ESPAÑA

Con ningún pueblo extranjero estuvo más en relación la España del siglo XVII que con Italia. De aquí que nuestra literatura esté empapada de *italianismo*, y que los juicios sobre los italianos abunden sobremanera. Vamos a empezar viendo qué clase de italianos eran los que venían a España y sirvieron de punto de apoyo al juicio de los españoles.

En el siglo XVI anduvieron por nuestra Península dos cómicos de Italia, Trástulo y Ganasa, de los cuales quedan varias reminiscencias en la literatura del siglo siguiente. Casi todas estas noticias las ha reunido Cotarelo en un sustancioso artículo[1], por lo cual no insertaremos aquí sino algunos rasgos que se ocultaron a su diligente erudición.

Lope de Vega, que dedicó al artista italiano varios recuerdos, nos da señas de su voluminosidad corporal; pues, describiendo una mujer muy gruesa,

Érase de carne un monte,
Érase un tonel de Flandes,

---

[1] E. Cotarelo, «Noticias biográficas de Alberto Ganasa, cómico famoso del siglo XVI», *Rev. de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1908, XIX, pág. 42.

acaba su grotesca pintura diciendo:

Merecíla, y mereciera
De palos; vino a mi casa;
Acostéme con Ganasa,
Que menos delito fuera[2].

La impresión de este histrión famoso debió ser tan honda, que todavía Calderón citaba una frase suya, como cosa sabida del público:

Yo espero que presto vea
Ese cristal transparente.
... Y conociéndole el Rey,
Luego a sus brazos te entregue,
Y él, como dice Ganasa,
Te reciba alegremente[3]

Ya en el siglo XVII el tipo italiano más vulgar es el de volatinero o acróbata. A él se hacen frecuentes alusiones en las obras de teatro.

No creo que está en lo cierto González de Amezúa cuando dice que «los titereros eran los más españoles»[4].

Fuera del Maese Pedro de *Don Quijote*, todos los retablistas y tramoyistas que encontramos en la literatura son, o italianos expresamente, o extranjeros a secas; es decir, italianos o franceses.

Tan propio de italianos era el oficio de saltimbanqui, que en cierta *Loa* anónima vemos a un pícaro vagabundo contar sus andanzas y transformaciones, y, llegando a este paso, sale hablando italiano de este modo:

¿No fuí saltimbanqui
Entrando por Pontimolle?:
Sentite un poco de gracia,
Signori, quatro parole,

---

[2] Lope, *Los amantes sin amor*, III. Ac. N. E., pág. 169-*a*.
[3] Calderón, *Argenis y Poliarco*, III. Keil, I, pág. 401-*b*.
[4] *El coloquio de los perros*. Madrid, 1912, pág. 576.

Che li voglio far intendere
De le bellisime cose.
Yo sonno al comando vostro,
Baque, belle e gentil done[5].

El mismo nombre de *saltimbanqui,* que en nuestros autores se escribe de muy diferentes maneras, era italiano. Mateo Velázquez dice:

«Aquellos chocarreros, bufones o *salta-in-banqui,* como dice el italiano»[6].

Lope habla de otro del oficio y lo sitúa en Sicilia:

Aquesta es una receta
Que un saltambanco me dió
En Sicilia[7].

Textos de los más diversos autores confirman este punto de vista[8].

Quevedo enjuició la política italiana valiéndose de la figura del equilibrista o saltimbanqui, que era oficio muy propio de la tierra. De este modo el gran político casaba su pensamiento con el pensamiento del vulgo, que no veía en los italianos sino titiriteros. En estas palabras, Quevedo apunta la idea de la unidad italiana a base de la soberanía del Papado:

«La imperial Italia, a quien sólo quedó lo augusto del nombre, viendo gastada su *Monarquía* en pedazos; hallándose pobre y sumamente ligera, por haber dejado el peso de tantas provincias, dió en volatín, y, por falta de suelo, andaba en la maroma, con admiración de todo el mundo. Fijó los ejes de su cuerda en Roma y en Saboya. Eran auditorio y aplauso, España de un lado y Francia del otro. Estaban cuidadosos estos dos grandes

5 *Loa,* anónima. N. B. A. E., XVIII, pág. 398-*a.*

6 B. Mateo Velázquez, *El filósofo de aldea.* Madrid, 1906, pág. 232.

7 Lope, *El amante agradecido,* I. Ac. N. E., III, pág. 107-*b.*

8 Antonio de Solís, *Entremeses de «El Salta en Banco»,* cit. Cotarelo. *Bol. R. Acad.,* III, pág. 4; Rodrigo Serrano, Rivad., LXII, pág. 98-*b;* López de Úbeda, *La pícara Justina.* Rivad., XXXIII, pág. 67-*a.*

Reyes, aguardando hacia dónde se inclinaba en las mudanzas y vueltas que hacía, para, si por descuido cayese, recogerla cada uno. Italia, advertida de la prevención del auditorio, para tenerse firme y pasear segura tan estrecha senda, tomó por bastón la señoría de Venecia en los brazos, y, equilibrando sus movimientos, hacía saltos y vueltas maravillosas, unas veces fingiendo caer hacia España, otras hacia Francia; teniendo por entretenimiento la ansia con que una y otra extendían los brazos a recogerla, y siendo fiesta a todos la burla que, restituyéndose en su firmeza, les hacía. Pues estando entretenidos en esto, cógelos la *hora*, y el Rey de Francia, desconfiado en su arrebatiña, para que diese *zaparrazo* a su lado, empezó a falsear el asiento del eje de la maroma, que estaba afirmado en Saboya. El Monarca de España, que lo entendió, le añadía por puntales el Estado de Milán y el reino de Nápoles y a Sicilia. Italia, que andaba volando, echó de ver que el bastón de Venecia, que, trayéndole en las manos, la servía de equilibrio, por otra parte la tenía crucificada, le arrojó, y, asiéndose a la maroma con las manos, dijo:

—Basta de volatín, que mal podré volar si los que miran desean que caiga, y quien me bilanza y contrapesa, me crucifica.

Y con sospecha de los puntales de Saboya, se pasó a los de Roma, diciendo:

—Pues todos me quieren prender, *Iglesia me llamo*, donde, si cayere, habrá quien me absuelva» [9].

Por una anécdota recogida en el *Deleite de la discreción*, del Duque de Frías, vemos que los volatines duraron hasta fines del siglo, y que, además, no traían pocos humos:

«Agradó mucho a la majestad de Carlos Segundo un insigne volatín que vino de Italia a la Corte; y considerándose en la Real gracia, dió memorial, pretendiendo se le concediesen los fueros de hidalgo; sobre que dijo el Duque de Alba: "¡Osado atrevimiento! Si ese hombre solicitase la merced de hábito, o título, era regular; pero hidalguía, váyase noramala."» [10].

---

[9] *La hora de todos*. Clás. Cast., XXXIV, pág. 148.

[10] *Opus cit*. Biblióf. Madril., IV, pág. 218. Hay otras citas de saltim-

Que los autores de los *mundi novi* eran italianos, lo declara el nombre mismo del artefacto, y lo demás del texto que sigue:

Yo entré en Amiens disfrazado
Con todo este promontorio
Del Mondi Novi, que trajo
Un extranjero famoso,
Invención extraña, para
Sacar de la risa el oro.
Grité por aquellas calles
Soltando a mi voz el chorro:
«Quién chieri ver cosa estrañi,
Cosi lindi, el Mundi Novo:
Li sastri, li zapateri,
Trompetieri, y, sobre todo,
Li señor catalinaque.»
E hice tan grande alboroto,
Que más de seis mil muchachos
Me acompañaban el tono.
Entré en muchísimas casas,
Donde llamaron gustosos
A ver la novedad, cuyos
Embelecos a mi bolso
Iban atrayendo ochavos
Tropezando unos con otros [11].

Estos armatostes llegaban a veces a alcanzar una complicación extraordinaria. Así nos lo atestigua el siguiente *aviso* de Barrionuevo:

«En el *Hospital de los Italianos* ha hecho el *Bacho* toda la Pasión de Cristo Señor Nuestro, de tramoyas, que ha espantado la Corte. Jueves, al amanecer, hizo la Oración del Huerto, y luego el Prendimiento. A las siete, los azotes y el *Eccehomo*, a las nueve, el ponerle en la Cruz, y con él a los ladrones; a las

---

banquis en *Guzmán de Alfarache*. Rivad., pág. 382; en Simón Aguado, N. B. A. E., XVII, pág. 224, y en Francisco Santos, *La verdad en el potro*, edición 1686, pág. 146.

[11] Bances Candamo, *Por su Rey y por su dama*, III. Rivad., XLIX, página 382-*c*.

cuatro de la tarde, el quitarle de ella y el entierro, y mañana ha de hacer la Resurrección; y todo esto de personas de bulto, que ha espantado al mundo, particularmente el clavarle en la Cruz, y el subir por dos escaleras a desclavarle de ella, como si fueran verdaderamente hombres. Hoy se dice lo ve todo el Rey de rebozo. Halo hecho por su devoción, sin haber llevado interés ninguno, por ser el Hospital de su patria» [12].

Luis Vélez de Guevara habla también de un italiano que había traído un elefante para enseñarlo en la Puerta del Sol [13].

Otras veces, como he dicho, no consta que sean italianos los tales titiriteros; pero sí que eran extranjeros. Dice Barrionuevo, por ejemplo:

«A Málaga ha llegado un tramoyista extranjero que se bebe 300 tazas de agua y echa luego por la boca cuanto le piden: vino tinto, agua de olor, confites, ensalada. He visto más de 20 cartas desto, y que viene a Madrid, donde todo cabe. En viéndole, le he de pedir me dé unos doblones que he menester, que, aunque sean pasados por agua y de tramoya, me harán provecho, que aquí todo pasa» [14].

Y Cristóbal de Villalón parece estar hablando del retablo de Bacho, antes citado, cuando dice:

«¿Y qué cosa puede ser más subtil que un retablo que traían unos extranjeros el año pasado, en el cual, siendo todas las imágenes de madera, se representaban por artificio de un reloj maravillosamente, porque en una parte del retablo víamos representar el nacimiento de Cristo, en otra auctos de la Pasión, tan al natural, que parescía ver lo que pasó?» [15].

En la *Comedia Doleria*, de Pedro Hurtado, se nos da la nueva de que los italianos eran, además, vendedores ambulantes, que ejercían su oficio como los sacamuelas de hoy día. El texto en cuestión dice así:

---

[12] *Avisos*, de Barrionuevo, 15 abril 1656.

[13] *El Diablo Cojuelo*, III. Clás. Cast., XXXVIII, pág. 73.

[14] *Avisos*, de Barrionuevo, 19 junio 1655.

[15] *Ingeniosa comparación entre lo antiguo y lo presente*. Bibliót Esp., XXXIII, pág. 174.

«Su merced (fuera bueno) para montar en banco, como charlatán italiano, y vender pelotas de jabón y otras especies» [16].

Y la literatura, ¿ofrecía tipos de italianos que dieran pábulo a la fantasía popular para formarse juicio de ellos?

William S. Hendrix observa que, contra lo que se debería esperar, en el teatro del siglo XVI no aparecen sino cuatro italianos, y eso en las obras de Torres Naharro, que, como es sabido, escribía en Italia. Concluye el profesor americano haciendo notar que «Cotarelo y Mori does not include any italians in his summary» [17].

Sin embargo, el tipo de italiano existe en las piezas cortas del teatro del siglo XVII.

En el *Entremés de las Lenguas*, de Cáncer, impreso en la *Floresta de Entremeses*, sale un italiano, hablando un toscano entretejido de español:

> *Qui va a trobar dinero,*
> *Ante todo giorno ha de tagiar lo leto;*
> *Qui el poltrono may fache bon efeto.*
> *Chento por chento moderata gananchia* [18].

En el *Entremés del Gabacho*, de autor anónimo, leemos todo este pasaje:

> *(Sale un* ITALIANO *a lo figón, tapado con un manto.)*
>
> ITALIANO. Sea ben venuto su seoría;
> ¿volete cualque cosa de hostería,
> puesto que no me llamo tragachone,
> de piñata, vitela, macarrone?
> ¿Volete cualque musica cheleste
> arlequín, saltimbanqui?
> PULGÓN. *¿Qué hombre es éste?*
> *Señores, bazucado tengo el seso*
> ITALIANO. ¿Qué vole vu seoría adeso, adeso?

16 Pedro Hurtado, *Comedia Doleria*, III, 9. N. B. A. E., XIV, pág. 357-*b*.

17 *Opus cit.*, pág. 23.

18 Cáncer, *Entremés de las lenguas*: *Floresta de Entremeses*. Madrid, 1691, pág. 38.

Patron caro, ¿qué vole? Dica, dica.
El ajafar, ase ancora, que ancora
venerano tutili calieri,
depoy de haber balato la gallarda
altri bolte florete, capiole,
salti chicati multi sopte un pedi,
mutance in torni de diversi modi
que, pillando la dami, dando bolti,
sente rumore de la pianela
que potriano farlo molti chircole.

PULGÓN. *¿Hay taravilla igual? ¡Calla, demonio!*
¿No eres mujer ahora? ¿Qué es aquesto?

ITALIANO. Ay me, poltron, farfante, mollo paruto,
vallente homo, si reconozuto,
que por eso alle el mundo arrinconare,
no estaro piu. (*Vase.*)[19].

En el entremés de *Los niños de la Rollona*, de Simón Aguado, «salen un italiano y su criado», hablando de esta manera:

ITALIANO. *¡Hola, Pietro Macarrone!*
¿Non sapete que los siervos,
han de ser muy puntuales?

CRIADO. *Ya yo sacho tuto aquelo*
qui lo mio patrón manda.

ITALIANO. *¿Y cómo parlate aqueso?*
Dátimi li siñoría.

CRIADO. *¿Señoría?*

ITALIANO. *Yo pretendo*
que digáis a aquela dona
que como el ánima quiero,
que aquesta sera tendrá...

CRIADO. *Sí, señoría, yo intendo.*

ITALIANO. *Formache e brocubi y alores,*
chuchurríos de Palermo,
de Génova macarrone
e tuta folla.

CRIADO. *Yo intendo.*

[19] *Entremés del Gabacho*, anónimo. N. B. A. E., XVIII, pág. 186-*a*.

ITALIANO. *Dátimi li señoría*
tuti volta que parlemo,
que en Italia non se parla
de otra volta.
CRIADO. *Ya yo intendo.*
ITALIANO. *Dátimi li señoría.*
CRIADO. *Señoría y excelencio*
daré a mi caro patrone.
ITALIANO. *Cento dupias donar quiero*
por mi excelencia en Españo.
CRIADO. *¿E depois qué mañaremo?*

A tales pretensiones señoriales acota la Rollona diciendo:

Bravos charlatanes son
los italianos, y pienso
que, aunque sean saltimbancos,
luego se hacen caballeros [20].

En el Auto de *El Hijo Pródigo* sale el Juego, representado «en la figura de un zan italiano, con su vestido de angeo cubierto de remiendos de diversos colores», y hablando en italiano más que todas las otras lenguas de cuyo saber hace alarde [21].

A base, pues, de los italianos que frecuentaban la Península, y de los que el teatro fraguaba copiándolos de la realidad, y de los que vieron y trataron en su misma Italia los españoles que a bandadas iban a aquella tierra, se formó el concepto del carácter italiano, el cual podemos descomponer en las siguientes facetas:

a) Ingeniosidad.
b) Refinamiento.
c) Afeminamiento.
d) Volubilidad.
e) Codicia.

---

20 Vd. N. B. A. E., XVII, pág. 223-*b*.
21 Lope. R. Acad., II, pág. 60-*b*.

EL INGENIO ITALIANO

La impresión más general que los italianos producían en nosotros era la de ser gente maravillosamente dotada de ingenio. Vicente Espinel, que estuvo tres años en Lombardía, los llama «gente de tan gentil discurso» [22].

Lope de Vega, cuando traza la figura de Roldán por el procedimiento del mosaico, no olvida la preciada piedra del ingenio italiano:

Él era un hombre galán,
Fuerte, robusto y bizarro,
Con un español desgarro,
Con un francés ademán,
Con un ingenio italiano [23].

Guillén de Castro deja entender lo general y corriente de esta opinión en una escena que pasa así:

«—Di tu nombre.

—Es Catalina.

—¿De qué nación?

—Italiana.

—La patria ingenio promete» [24].

En cierta *Loa curiosa*, de autor anónimo, leemos esta frase: «Pedir silencio a quien tan bien lo sabe, será trabajo tan excusado como llevar... ingenios a Italia» [25].

Agustín de Rojas habla, en su explicación de los orígenes del teatro, de

Los sabios italianos [26].

Cristóbal de Villalón entreteje, en las alabanzas que prodiga a Italia, ésta:

---

[22] *Marcos de Obregón*, III. Prólogo. Clás. Cast., LI, pág. 138.

[23] Lope, *La mocedad de Roldán*, II. R. Acad., XIII, pág. 223-*a*.

[24] Guillén de Castro, *El renegado arrepentido*, I. Ocho comedias desconocidas. Leipzig, 1887, II, pág. 25.

[25] *Loa curiosa*. N. B. A. E., XVIII, pág. 416-*b*.

[26] Agustín de Rojas, *Viaje entretenido*. N. B. A. E., XXI, pág. 494-*b*.

Son gente de grande entendimiento [27].

Gracián, por último, encomia «la sagacidad italiana» [28].

Una curiosa manifestación de este ingenio, dice Zapata en su *Miscelánea*, es la siguiente:

«Hace uno la soberbia casa; luego, luego, con toda su soberbia, le llevan a enterrar de ella; y por eso los italianos, *que son grandes agoreros y de agudos y sotiles ingenios*, hacen la casa y dejan la portada, que es lo muy menos, por acabar» [29].

Tanto era el ingenio de los naturales de Italia, que, criticando Quevedo la frase vulgar «dar algo al diablo», dice:

«Dais al diablo un italiano, y no le toma el diablo; porque hay italiano que tomará al diablo; y advertid que las más veces dais al diablo lo que él ya se tiene» [30].

El ingenio de los italianos se manifestaba para los españoles, primera y principalmente, en las facultades literarias; en segundo lugar, en las disposiciones artísticas; en tercer lugar, en las condiciones políticas de gobierno. Ampliemos estos tres puntos.

Si fuera cosa de citar todos los juicios encomiásticos y todos los ditirambos que nuestros escritores del siglo XVII han tributado a los de Italia, sería interminable este capítulo. Será preferible recoger aquellas afirmaciones generales acerca de las letras italianas, en donde campea el culto que nuestros autores les rendían; después enhilaremos algunos juicios sobre determinados literatos de Italia, que nos prueben cuáles gozaron de mayor nombradía en nuestra patria.

Salas Barbadillo, adalid del grupo castellano de noveladores de liviandades al modo italiano, expresa su admiración de esta manera:

---

27 *Viaje de Turquía*, c. III. N. B. A. E., II, pág. 27-*a*.
28 *El criticón*, III, 7. Renac., II, pág. 235.
29 Zapata, *Miscelánea*. Mem. Hist. Esp., XI, pág. 302.
30 Quevedo, *El alguacil alguacilado*. Clás. Cast., XXXI, pág. 74.

«La doctísima Italia, tan docta, que en todo género de doctrina a ninguna parte del mundo reconoce por superior y muchas la reconocen a ella» [31].

Y más adelante, en la misma obra, dice:

«La bellísima Italia, siempre madre floreciente de ingenios peregrinos» [32].

Bermúdez de Pedraza la llama

Italia, señora de la pluma [33].

Calderón, en lo alto de su grandeza, se inclina todavía ante

Los celebrados ingenios de Italia [34].

Lope se resigna a conceder la palma de las letras a Italia, con tal que se reconozca a España la de las armas:

Cada cual debe seguir
Lo que más le ha de agradar:
Yo me aplico a pelear;
Aplicaos vos a escribir.
Escribid, y el premio os den,
Pues todos, Fabricio, en suma,
Dicen que a Italia la pluma
Y a España las armas.
—Bien [35].

Hay, sin embargo, una excepción, aunque aparente: la de Gracián. Digo aparente, porque, elogiando uno a uno a los escritores italianos, como después veremos, todavía se yergue contra la común alabanza del ingenio de Italia, al cual acusa de insustancial y vano. Leamos este interesante pasaje:

---

[31] Salas Barbadillo, *Coronas del Parnaso*. Madrid, 1635, pág. 167.

[32] Id. *ibíd.*, pág. 247. Vd. además *La ingeniosa Elena*. Bibl. Román., número 149, pág. 104.

[33] Bermúdez de Pedraza, *El secretario del Rey*. Granada, 1637, pág. 8.

[34] *De una causa, dos efectos*, II. Rivad., XIV, pág. 118-*b*.

[35] Lope, *El Gran Capitán*, I. Ac. N. E., II, pág. 226-*b*.

«¿Qué haces? Que se escandalizará el mundo, pues están hoy en tanta reputación las plumas italianas como las espadas españolas.

¡Eh!, dijo, que muchos de estos italianos, debajo de rumbosos títulos, no meten realidad ni substancia; los más pecan de flojos, no tienen pimienta en lo que escriben, ni han hecho otro muchos dellos que echar a perder buenos títulos, como el autor de la *Plaza universal.* Prometen mucho y dejan burlado al lector, y más si es español» [36].

Vamos a ver ahora concretadas y repartidas las alabanzas en nombres de celebrados ingenios. He aquí resumida, a grandes rasgos, la historia de la poesía italiana, saltando de cumbre en cumbre, por dos autores españoles, el uno erudito y el otro vulgar, ambos sumisos a una misma norma crítica. Dice Saavedra Fajardo:

«Cayó el Imperio Romano, y cayeron (como es ordinario) envueltas en sus ruinas las ciencias y artes, hasta que, dividida aquella grandeza y asentados los dominios de Italia en diferentes formas de gobierno, floreció la paz, y volvieron a brotar a su lado las ciencias. Petrarca fué el primero que en aquellas confusas tinieblas de la ignorancia sacó de su mismo ingenio, como de rico pedernal de fuego, centellas, con que dió luz a la poesía toscana. Su espíritu, su pureza, su erudición y gracia le igualó con los poetas antiguos más celebrados.

El Dante, queriendo mostrarse poeta, no fué científico, y, queriendo mostrarse científico, no fué poeta, porque se levanta sobre la inteligencia común sin alcanzar el fin de enseñar delectando, que es propio de la poesía, ni el de imitar, que es su forma.

Ludovico Ariosto, como de ingenio vario y fácil en la invención, rompió las religiosas leyes de lo épico en unidad de la fábula y en celebrar un héroe solo, y celebró a muchos en una ingeniosa y varia tela, pero con estambres poco pulidos y cultos.

---

36 Gracián, *Criticón,* III, 8. Renac., II, pág. 272.

Desta licencia usó el Marino en su *Adonis*, más atento a deleitar que a enseñar, cuya fertilidad y elegancia forman un hermoso jardín en varios cuadretes de flores.

Más religioso en los preceptos del arte se mostró Torcuato Tasso en un poema, *Ara de las musas*, a quien no se puede llegar sin mucho respeto y reverencia» [37].

Y dice el autor de cierta *Loa* anónima, inserta en el *Norte de la Poesía Española:*

Dejo de nombrar los otros
Y vengo a los italianos;
Que de todas las naciones
En mi ejército hay soldados.
Dante es el primero destos
Que ilustró el hablar toscano,
Al cual el Petrarca sigue,
Menos grave y más limado;
Y a cabo de algunos años
Que nadie se ha señalado,
Señalóse en una justa
El muy docto Policiano.
Después vino el Arïosto,
Que sobrepujó al Bojardo,
Sannazaro, Bembo, el Mucio,
Un padre y un hijo Tassos
Y otros que, por abreviar,
Agora en silencio paso [38].

Éstos eran los nombres consagrados por la fama y vulgarmente conocidos. De Boccaccio, tan familiar a los hombres de letras, creo que apenas sonó el nombre en el gran público. Cristóbal de Villalón alaba con entusiasmo

«... aquella elegante industria del novelar del iminente orador Juan Bocacio» [39].

---

[37] *La República Literaria.* Clás. Cast., XLVI, pág. 105.

[38] Vd. N. B. A. E., XVIII, pág. 444-*b*.

[39] Cristóbal de Villalón, *El escolástico*, cap. IV. Biblióf. Madril., V, página 31.

En cierta *Loa* anónima aparece citado con otro novelista de Ferrara:

Ya contando alguna hazaña
De César o de Alejandro,
Ya refiriendo novelas
Del Ferrarés o el Bocaccio [40].

También Tirso le nombró otra vez:

Las novelas de Bocaccio,
Maestrescuela de los vicios [41].

Vienen a continuación los nombres solamente familiares a los cultivadores de la literatura. Gracián nos introduce en una estancia de la mansión de Apolo, y nos habla así:

«Llegaron ya al genial albergue, entraron en un salón bien aliñado y capaz, teatro de Apolo, estancia de sus galantes Gracias y coro de sus elegantes Musas. Allí apreciaron mucho el ver y conocer los mayores ingenios de nuestros tiempos, hombres tan eminentes, que con cada uno se pudiera honrar un siglo y desvanecerse una nación. Ibaselos nombrando el cortesano y dándoselos a conocer.

Aquel que habla el francés en latín es el Barclayo, venturoso en aplausos, por no haber escrito en lengua vulgar.

Aquel otro de la bieninventada invectiva es el que supo más bien decir mal, el Bocalini. Conoced el Malvezi, filosofando en la historia, estadista de sí mismo. Aquel Tácito a las claras es Henrico Caterino. Mas aquel otro, que está embutiendo de borra, de memoriales, de cartas y de relaciones la tela de oro de su *Mercurio,* es el Siri. Vale a los alcances su antagonista el Virago, más flojo y más verídico. Ved el Góngora de Italia, como si él se fuese el Aquilino. Aquel elocuentísimo polianteísta es Agustín Mascardo. Y así otros singulares ingenios de valiente rumbo y mucho garbo.

---

40 *Loa contando un extraño suceso.* N. B. A. E., XVII, pág. 435-*a.*

41 Tirso, *Quien no cae, no se levanta,* I. N. B. A. E., IX, pág. 143-*a.*

Fueron ocupando sus puestos y llenándolos también, y, después de conciliada, no sólo la atención, pero la expectación, arengó el Marino, cumpliendo con el oficio de secretario, y dando principio con el más célebre de sus epigramas morales, que comienza:

Abre el hombre infeliz, luego que nace,
Antes que al sol, los ojos a la pena» [42].

No se contentó Gracián con alabar, sino que estableció una comparación entre los italianos y los españoles, aunque reduciendo el litigio al campo de la historia, y les dio notable ventaja a los extranjeros sobre sus compatriotas:

«Alargó la mano hacia otro estante y comenzó con harto desdén a arrojar libros. Leyó los títulos Critilo, y advirtió eran españoles, de que se maravilló no poco, y más cuando conoció eran historiadores, y sin poder contenerse le dijo:

—¿Por qué desprecias esos escritos, llenos de inmortales hazañas?

—Y aun ésa es la desdicha —le respondió—, que no corresponde lo que éstos escriben a lo que aquéllos obran. Asegúrote que no ha habido más hechos ni más heroicos que los que han obrado los españoles, pero ningunos más mal escritos por los mismos españoles. Las más de estas historias son como tocino gordo, que a dos bocados empalagan. No escriben con la profundidad y garbo político que los historiadores italianos: un Guiciardino, Bentivollo, Catarino de Avila, el Siri y el Virago en sus *Mercurios*, secuaces todos de Tácito. Creedme que no han tenido genio en la historia, así como ni los franceses en la poesía.

Con todo, de algunos reservaba algunas hojas; mas a otros todos enteros y aun sin desatarlos los tiraba de revés hacia la nada y decía:

—Nada valen, nada» [43].

De los nombres encomiados por Gracián, unos merecieron la gracia de Lope de Vega y otros la recriminación de injustos

[42] *El criticón*, III, 7. Renac., II, pág. 279.
[43] Gracián, *Criticón*, III, 8. Renac., II, pág. 272.

con España y envidiosos de nuestra gloria. De los primeros fue el poeta Marino, al que llamó, comparándolo con Rubens, «gran pintor de los oídos», y al que en otro lugar apellidó «el abundante, insigne, dulce, heroico, grave y amoroso caballero Juan Bautista Marino» [44].

Moreto cita al caballero Marino entre los famosos poetas que han sido ricos, desmintiendo la ruin fama de pobres que se da por aneja al cultivo de las Musas [45].

En cambio, al Boccalini, a quien Gracián cita nada menos que al lado de Virgilio [46], y al cual reconoce por una de sus fuentes en el prólogo de *El Criticón* [47], Lope profesó odio patriótico, que es una de las especies de odio más irreductible. En una *Epístola* escribe:

> *Señores españoles, ¿qué le hicistes*
> *Al Bocalino o boca del Infierno,*
> *Que con la espada y militar gobierno*
> *Tanta ocasión de murmurar le distes?* [48].

Y tratando en otra ocasión del Gran Capitán, vuelve Lope a mostrarse querelloso contra Trajano Boccalini, diciendo:

«Un escritor moderno, más envidioso que elocuente y docto, presumió que podía su poca autoridad, en un libro que escribió llamado *Ragallos del Parnaso*, escurecer el nombre que no le pudieron negar hasta las naciones bárbaras» [49].

Como los juicios de Lope hacían escuela al momento entre sus admiradores, vemos que también Salas Barbadillo negó su aplauso al autor veneciano:

«Después que Trajano Bocalini, curial del Parnaso en la corte de los venecianos, expuso al juicio del mundo las relaciones que de sus correspondientes tenía, hallando la mayor

44 Lope, *Marido más firme*. Dedicat. R. Acad., VI, pág. 175.
45 Moreto, *No puede ser*, I. Rivad., XXXIX, pág. 187-*c*.
46 *El criticón*, III, 7. Renac., II, pág. 249.
47 *Ibidem*. Renac., I, pág. 5.
48 Lope. Rivad., XXXVIII, pág. 391-*b*.
49 Lope, *El desdichado por la honra*. Rivad., XXXVIII, pág. 17-*b*.

parte de ellas tanta duda en el crédito de los sabios como admiración en la rudeza de los vulgares» [50].

Otro nombre entregó Lope también a la reprobación de sus lectores, fundado, como en el caso anterior, no en razones literarias, sino en su sentimiento nacional, herido por el italiano. No sé qué especies molestas a España son las que Lope rechaza en estos versos:

Pues en el siglo de esta edad segundo,
¿Quién no creerá que el Franchi Conestagio
Dijo verdad? Luego en verdad me fundo.
¡Oh, España, siempre a todos verdadera!
¡Oh, siempre a todos justa envidia, España!
Mas no es del Franchi la maldad primera [51].

Últimamente, en *La Dorotea*, rechaza Lope las injurias de Jovio, tachándole de escritor venal y alquilón:

«—Leed al Jovio.

—Leedle vos, que los españoles no le debemos nada, si no son deudas las injurias.

—Ese escribía por dineros, y los tomó del turco. En eso más parecía mujer ordinaria que cronista» [52].

Aún suenan en nuestra literatura vulgar otros nombres italianos, que podemos llamar de tercera fila, pero que por eso justamente sirven para probar hasta qué punto se imponía Italia en aquel siglo a las mentes españolas.

Diego de la Chica, poeta de los admitidos por Pedro Espinosa a sus *Flores de poetas ilustres*, citaba a Mariñano en una canción al dinero:

La que más se remontare,
Tú la trairás a la mano,
Cual dice el de Mariñano,
Con dinare e piu dinare [53].

---

[50] Salas Barbadillo, *El caballero puntual*, VI. Col. Escrit. Cast. Madrid, 1909, pág. 251.

[51] Lope, *La Circe*. Epist. a Tosantos. Rivad., XXXVIII, pág. 403-*a*.

[52] Lope, *La Dorotea*, IV. Renac., pág. 231.

[53] Rivad., XLII, pág. 8-*b*.

Tirso recuerda en una de sus comedias a los oradores sagrados siguientes: Rainazo, Marcos de Espoleto, el maestro Tolentino y Cursieto [54].

Es posible que el Aníbal Tolentino que cita con tanto elogio Vicente Espinel sea el mismo que Tirso llama «predicador divino» [55].

Castillo Solórzano rememora a otro novelista que no debía estar traducido al español:

«Tomé, como dije, un libro de novelas de un italiano llamado Francisco Sansovino, que escribe en su idioma» [56].

Lope, en fin, coloca entre los cortesanos de Apolo una larga lista de autores italianos:

Allí de Italia el Dante,
Bembo y Gaetano, insignes cardenales,
Y imprimiendo sus versos celestiales
De Juan Bautista Ciampoli en diamante
La Eternidad, ingenio florentino;
Acción humana para ser divino.
La Divina Marquesa de Pescara
Con Laura Terracina,
Y por mujer tan rara
Isabela Andreína,
El Petrarca, Ariosto y los dos Tassos,
Y el Marino siguiéndole los pasos.
Tansilio, Curcio, y con su Fido amante,
Feliz en sus pastores, el Guarini,
El Molza, el Dolce, el Pansa, el Bracolini,
El Alemani, el Anguilara, el Fiama,
El Petri, que merece eterna fama,
Cuya temprana muerte a llanto mueve,
Estillani, a quien tanto España debe,
Del orbe nuevo indiano
Describiendo la antártica conquista
Angelo Grillo, el docto Policiano [57].

54 *La elección por la virtud*, II. N. B. A. E., IV, pág. 355-*a*.
55 *Marcos de Obregón*, III, 3. Clás. Cast., LI, pág. 155.
56 Castillo Solórzano, *Las arpías de Madrid*. Madrid, 1907, pág. 151.
57 Lope, *Laurel de Apolo*. Silva IX. Rivad., XXXVIII, pág. 220-*a*.

Dejo dicho que los españoles admiraban las facultades artísticas de los italianos. En efecto, el Licenciado Mexía de la Cerda lo afirma como algo connatural de aquella región, según se desprende del contexto de estos versos:

Frisona ha de ser francés;
El buen lebrel, irlandés:
El artífice, italiano;
El buen león, africano,
Y el caballo, cordobés [58].

Gracián, cuyo intelectualismo exclusivista no daba beligerancia al sentimiento artístico, llama a los italianos *invencioneros*. Describiendo una casa de locos, pone juntos en una jaula:

«... los españoles, por maliciosos; los italianos, por invencioneros; los alemanes, por furiosos; los franceses, por cien cosas, y los polacos, a la otra banda» [59].

Y el acertador de nacionalidades, de un invencionero dijo: «Éste, sin más ver, es italiano» [60].

Dejando aparte las citas elogiosas que en nuestros autores se hallan de Miguel Angel y de Ticiano [61], haremos notar que en el siglo XVII los artistas que más admiraban los españoles eran los ingenieros escenógrafos de la Corte de Felipe III y Felipe IV.

Lope llama a Cosme Loti:

«Nuevo Hierón Alejandrino, y no menos admirable en sus máquinas semoventes que aquel insigne griego, o el alemán famoso, que hizo el águila que acompañó por el aire la corona da frente de Carlos V» [62].

Y por los *Avisos* de Barrionuevo sabemos el auge de que disfrutaron en el palacio del Buen Retiro los continuadores de Loti:

---

[58] *Doña Inés de Castro*, II. Rivad., XLIII, pág. 398-*a*. Vd. Luis Alfonso de Carvallo, *Cisne de Apolo*. Medina del Campo, 1602, pág. 166.

[59] Gracián, *Criticón*, II, 13. Renac., II, pág. 93.

[60] Id. *ibid.*, III, 3. Renac., II, pág. 154.

[61] Vd. Sánchez Cantón, *Fuentes literarias para la Historia del Arte Español*. Madrid, 1923-1941, y mi estudio *Contribución de la literatura a la Historia del Arte*. Madrid, 1943.

[62] Lope, *Selva sin amor*. Dedicat. R. Acad., V, pág. 753.

«Para la venida de esta Reina de Suecia, que se dice será esta primavera, se deja la (comedia) que se dice es asombro, y que se invita a Italia por otros tramoyistas, fuera del *Bacho*, que es el que ha hecho éstas» [63].

Pero más todavía que los excelsos maestros de la pintura italiana, y más que sus escenógrafos, hubo en la España de entonces un hombre que simbolizaba la ingeniosidad y el talento ingenieril. El genio de la mecánica fue para los españoles aquel Juanelo Turriano, natural de Cremona, que llegó en España a ser un personaje de refrán.

Juanelo construyó varias máquinas, que fueron el pasmo de sus contemporáneos y de muchas generaciones posteriores. Dícese que la calle de Toledo, llamada del «Hombre de Palo», trae su nombre de cierta figura mecánica fabricada por Juanelo, el cual le daba cuerda y la hacía andar desde su casa al palacio arzobispal, donde tomaba la ración de pan y carne que el arzobispo daba al prodigioso ingeniero, hacía varias reverencias y volvía andando a casa de su autor [64].

Otra de sus portentosas construcciones fue el artificio para subir el agua del Tajo al alcázar de Carlos V. Sobre este célebre artefacto han escrito modernamente los señores Magán y Escosura con conocimientos de ingeniería que nosotros no poseemos [65].

También se le atribuía a este ingeniero italiano la agudeza de poner un huevo de pie, que actualmente atribuimos a Colón. El siglo XVII decía «el huevo de Juanelo», como hoy decimos «el huevo de Colón».

La proverbialidad de este personaje, símbolo de la agudeza italiana, la estudió Montoto, basándola en textos elocuentes de Agustín de Rojas, en *El viaje entretenido* [66]; de Quevedo, en su

---

[63] *Avisos*, de Barrionuevo, 4 marzo 1656.

[64] Amador de los Ríos, *Toledo pintoresca*, 1848.

[65] Vd. N. Magán, «Juanelo Turriano y el famoso artificio de Toledo», en el *Semanario pintoresco español*, 1839, págs. 229 y 238. Luis de la Escosura, *El artificio de Juanelo*. Madrid, 1888. Publicación de la Real Academia de Ciencias.

[66] Vd. N. B. A. E., XXI, pág. 540-*a*.

Itinerario de Madrid a Torre Abad [67]; de Antonio Enríquez, en la *Vida de Don Gregorio Guadaña* [68]; de Moreto, en *El lindo Don Diego* y en *No puede ser...* [69], y de Calderón, en *La dama duende* [70].

Todavía podemos, por nuestra parte, sumar nuevos textos a los aportados por el señor Montoto, que vienen a confirmar la extensa nombradía de Juanelo.

Argensola nombra los arcaduces de su celebrado artificio [71]; Matos Fragoso llama *cazos*, como Quevedo, a los tales cangilones [72]; Cubillo de Aragón critica la complicación de las ligas que los galanes de la época usaban, comparándolas con el artificio de Juanelo [73]; Góngora cita hasta cuatro veces en sus versos a Juanelo y su artificio [74]; Gracián, en *El Criticón*, le menciona tres veces, y sus palabras son tan encomiásticas, que merecen oírse:

«¿Qué edificio tan raro es aquel, que desde el Tajo sube escalando su alcázar, encaramando cristales?

Ese es el tan celebrado artificio de Juanelo, una de las maravillas modernas.

No sé yo por qué, replicó Andrenio, si, al uso de las cosas muy artificiosas, tuvo más de gusto que de provecho.

No discurría así, dijo Argos, cuando lo vio el eminente discreto cardenal Tribulcio, pues dijo que no había habido en el mundo artificio de más utilidad» [75].

Diremos, para poner fin a este punto de la proverbialidad del ingenioso italiano, que en Madrid se llamó de Juanelo la

---

67 Vd. Montoto, *Personas, personajes*, etc., II, pág. 51.

68 Vd. Rivad., XIX, pág. 258-*a*.

69 *El lindo Don Diego*, II. Rivad., XXXIX, pág. 357-*a*, y *No puede ser...*, II. Rivad., XXXIX, pág. 199-*a*.

70 *Opus cit.*, act. II. Keil, I, pág. 197-*a*.

71 Vd. Rivad., XLII, pág. 268-*a*.

72 *El yerro del entendido*, II. Rivad., XLVII, pág. 269-*c*.

73 *El señor de noches buenas*, II. Rivad., XLVII, pág. 153-*b*.

74 Góngora, I, págs. 153, 394, 415 y 424.

75 Gracián, *Criticón*, II, 2. Renac., I, pág. 221.

calle en que tuvo su casa [76], sobre la cual queda todavía en el *British Museum* algún documento curioso [77].

La tercera manifestación del ingenio italiano eran sus dotes de gobierno. Gracián asegura una vez y otra que, de todas las naciones de Europa, los de Italia sobresalen en la política:

«Allá, cuando se repartieron los bienes, a los españoles les cupo la honra; a los franceses, el provecho; a los ingleses, el gusto, y a los italianos, el mando» [78].

Después de afirmar esto, presenta la metáfora del testamento del Valor, donde volvemos a leer ampliado el concepto anterior:

«Estando ya sin virtud el Valor, sin fuerzas, sin vigor, sin brío y a punto de expirar, dícese que acudieron allá todas las naciones, instándole hiciese testamento en su favor y les dejase sus bienes.

"No tengo otros que a mí mismo —les respondió—. Lo que yo os podré dejar será este mi lastimoso cadáver, este esqueleto de lo que fui. Id llegando, que yo os lo iré repartiendo."

Fueron los primeros los italianos, porque llegaron primero y pidieron la testa.

"Yo os la mando —dijo—. Seréis gente de gobierno, mandaréis el mundo a entrambas manos."» [79].

Este concepto de Gracián lo sintetizaba el pensamiento vulgar en un nombre: Maquiavelo.

No es éste el lugar para estudiar la reacción antimaquiavélica que se produjo en la España del siglo XVII [80], pero creo apropiado recoger las muestras que en la literatura dejó el estado del espíritu popular sobre esta materia. De «monstruo» lo tildaban algunos escritores [81], y, en general, decir Maquiavelo es decir político de manejos tortuosos.

76 Vd. Mesonero Romanos, *El antiguo Madrid*, pág. 185.

77 Vd. Catálogo de Mss. de Gayangos, III, pág. 165, núm. 168.

78 Gracián, *Criticón*, II, 3. Renac., I, pág. 236.

79 *Criticón*, II, 8. Renac., II, pág. 16.

80 Respecto de la literatura política de la época, Vd. mi estudio preliminar a Fr. Juan de Salazar, *Política española*, ya citada, pág. XI-XIX.

81 Alonso Cano y Urreta, *Dias de jardín*. Madrid, 1619, págs. 99-103, 177. Vd. Cabrera, *Sermones*. N. B. A. E., III, pág. 177-*a*.

Cubillo de Aragón nos da una prueba de este sentido de la palabra, cuando dice:

Es en quien ama
Tan estadista el temor,
Tan Maquiavelo el recelo,
Tan sin razón la razón [82].

Y Pérez de Montalbán encarece las dotes de gobierno de un Príncipe, diciéndole:

¿Esto encubierto tenías?
Vive Dios, que fué una bestia
El Maquiavelo contigo,
Justo Lisipo una dueña,
Casiodoro hace vainicas,
Y el Lucardino muñecas;
El gobernador cristiano
Eres, y en tu competencia,
Son coplas del perro de Alba
Los comentarios de César [83].

Hay que reconocer que Gracián no asentía a la opinión vulgar en esto, ni en nada. Y pues nos ha dicho su pensamiento sobre las dotes políticas de los italianos, y Maquiavelo era en esta época el símbolo de esta idea, Gracián se cree obligado a hablar como jesuita, como había hablado en el siglo XVI el Padre Rivadeneira y hablaba en el XVII Saavedra Fajardo, declarando

«... cuán impío y feroz es el intento de Macavelo» [84].

La originalidad de Gracián consiste en la imagen o en la metáfora que da vida a la idea. Maquiavelo, nos le representa *El Criticón* como un charlatán de encrucijada, que hace juegos de mano ante un corro de ignorantes:

«¿Quién piensas tú que es este valiente embustero?

---

[82] Cubillo de Aragón, *Invisible príncipe del baúl*, I. Rivad., XLVII, página 182-*b*.

[83] *Como padre y como Rey*, II. Rivad., XLV, pág. 539-*b*.

[84] Saavedra Fajardo, *Empresas*, XLIII. Rivad., XXV, pág. 108-*a*.

Éste es un falso político, llamado el Maquiavelo, que quiere dar a beber sus falsos aforismos a los ignorantes. ¿No ves cómo ellos se los tragan, pareciéndoles muy plausibles y verdaderos? Y bien examinados, no son otro que una confitada inmundicia de vicios y de pecados. Razones, no de estado, sino de establo. Parece que tiene candidez en sus labios, pureza en su lengua y arroja fuego infernal, que abrasa las costumbres y quema las repúblicas. Aquellas que parecen cintas de seda son las políticas leyes con que ata las manos a la virtud y las suelta al vicio. Éste es el papel del libro que publica y el que masca: todo falsedad y apariencia, con que tiene embelesados a tantos y tontos. Créeme que aquí todo es engaño; mejor sería desenredarnos presto de él»[85].

Últimamente, un juicio completo de la cultura italiana, de su política, de sus relaciones exteriores y de cuanto de Italia se podía juzgar, nos le dio Gracián en estas páginas que transcribimos:

«¿Qué os ha parecido de la culta Italia?

Vos lo habéis dicho en esa palabra: culta, que es lo mismo que aliñada, cortesana, política y discreta, la perfecta de todas maneras. Porque es de notar que España se está hoy del mismo modo que Dios la crió, sin haberla mejorado en cosa sus moradores, fuera de lo poco que labraron en ella los romanos. Los montes se están hoy tan soberbios y zahareños como al principio; los ríos innavegables, corriendo por el mismo camino que les abrió la naturaleza; las campañas se están páramos, sin haber sacado para su riego las acequias; las tierras, incultas; de suerte que no ha obrado nada la industria. Al contrario, la Italia está tan otra y tan mejorada, que no la conocerían sus primeros pobladores, que viniesen. Porque los montes están allanados, convertidos en jardines; los ríos navegables, los lagos son viveres de peces, los mares poblados de famosas ciudades, coronados de muelles y de puertos; las ciudades todas por un parejo, hermoseadas de vistosos edificios, templos, palacios y castillos; sus plazas adornadas de brolladores y fuentes; las campañas

85 Gracián, *Criticón*, I, 7. Renac., I, pág. 93.

son elisios, llenas de jardines; de suerte que hay más que ver y que gozar en sola una ciudad de Italia que en toda una provincia de las otras. Ella es la política madre de las buenas artes, que todas están en su mayor punto y estimación: la política, la poesía, la historia, la filosofía, la retórica, la erudición, la elocuencia, la música, la pintura, la arquitectura, la escultura. Y en cada una destas artes se hallan prodigiosos hombres. Por esto, sin duda, dijeron que, cuando las diosas se repartieron las provincias del mundo, Juno escogió la España, Belona la Francia, Proserpina a Inglaterra, Ceres a Sicilia, Venus a Chipre y Minerva a Italia. Allí florecen las buenas letras, ayudadas de la más suave, copiosa y elocuente lengua. Que aun por eso en aquella plausible comedia, que se representó en Roma, de la caída de nuestros primeros padres, se introducían donosamente los personajes, hablando el padre eterno en alemán, Adán en italiano: *Lo mio signore;* Eva en francés: *ui, Monsiur,* y el diablo en español, echando votos y retos. Exceden los italianos a los españoles en los accidentes y a los franceses en la sustancia. Ni son tan viles como éstos ni tan altivos como aquéllos. Igualan a los españoles en ingenio y sobrepujan a los franceses en juicio, haciendo un gran medio entre estas dos naciones. Pero si en manos de los italianos hubieran dado las Indias, ¡cómo que las hubieran logrado! Está Italia en medio de las provincias de la Europa, coronada de todas como reina, y trátase como tal. Porque Génova la sirve de tesorera, Sicilia de despensera, la Lombardía de copera, Nápoles de maestresala, Florencia de camarera, el Lacio de mayordomo, Venecia de aya, Módena, Mantua, Luca y Parma, de meninas, y Roma de dueña.

—Sola una cosa la hallo yo mala —dijo Andrenio.

—¿Sola una? —replicó el cortesano—. ¿Y cuál es?

Reparaba en decirla y quisiera que él la adivinara. Con esta atención le iba deteniendo y el otro instando.

—¿Sería acaso el ser tan viciosa, porque eso le viene de ser tan deliciosa?

—No es eso.

—¿Aquello de oler aún a gentil, hasta en los nombres de Cipiones y Pompeyos, Césares y Alejandros, Julios y Lucrecias, y en la vana estimación de las antiguas estatuas que parecen idolatrar en ellas, el ser tan supersticiosos y agoreros, porque todo eso les viene de gentil herencia?

—Ni eso.

—¿Pues qué? ¿El estar tan dividida y como hecha jigote en poder de tantos señores y señorcitos, saliéndole estéril toda su política y sirviéndola de nada toda su razón de estado?

—Tampoco es eso.

—¡Válgate Dios! ¿Pues qué será? ¿Es, por ventura, aquello de ser campo abierto a las naciones extranjeras, palenque de españoles y franceses?

—Eh, que no es eso.

—¿Si sería el ser maestra de invenciones y quimeras, porque eso pasó de la Grecia al Lacio juntamente con el imperio?

—Ni eso ni estotro.

—¿Pues qué puede ser? Que ya me doy por vencido.

—¿Qué? El haber tantos italianos. Que si eso no tuviera, hubiera sido sin oposición el mejor país del mundo. Y vese claro, pues Roma, con el concurso de las naciones, se viene a templar mucho. Por eso dicen que Roma no es Italia, ni España, ni Francia; sino un agregado de todas. Gran ciudad para vivir, aunque no para morir. Dicen que está llena de santos muertos y de demonios vivos. Paradero de peregrinos y de todas las cosas raras, centro de maravillas, milagros y prodigios. De suerte que más se vive en ella en un día que en otras ciudades en un año, porque se goza de todo lo mejor.

—Un secreto ha días deseo saber de la Italia —dijo Critilo.

—¿Qué cosa? —le preguntó el cortesano.

—Yo te lo diré. ¿Cuál sea la causa que, siendo los franceses tan fatales para ella, los que la inquietan, la azotan, la pisan, la saquean, cada año la revuelven y son su total ruina, y, al contrario, siendo los españoles los que la enriquecen, la honran, la mantienen en paz y quietud, los que la estiman; siendo Atlantes de la Iglesia católica romana, con todo eso se pierden por

los franceses, se les va el corazón tras ellos, los alaban sus escritores, los celebran sus poetas con declarada pasión y a los españoles los aborrecen, los execran y siempre están diciendo mal de ellos?

—¡Oh —dijo el cortesano—, has tocado un gran punto! No sé cómo te lo dé a entender. ¿No has visto muchas veces aborrecer una mujer el fiel consorte, que la honra y que la estima, que la sustenta, la viste y la engalana, y perderse por un rufián, que la da de bofetadas cada día y la acocea, la azota y la roba, la desnuda y la maltrata?

—Sí.

—Pues aplica tú la semejanza» [86].

REFINAMIENTO ITALIANO

Para los españoles del siglo XVII, Italia se representaba, en primer lugar, como sede de la opulencia y la finura de espíritu. Villalón afirma que en ella «es la policía del hablar» [87].

Moreto se refiere a sus conocidas grandezas [88]. Para Tirso, aparece como

madre del trato cortés,
y que liciones ha dado
a mil bárbaras naciones
que su Imperio han adquirido,
y en más estima han tenido
que sus ricas posesiones
la urbanidad y crianza
que de su trato sacaron
y a sus patrias trasladaron
con que el ser de hombres se alcanza [89].

---

[86] Gracián, *Criticón*, III, 9. Renac., II, págs. 288-290.

[87] *Viaje de Turquía*. N. B. A. E., II, pág. 85-*b*.

[88] *Los engaños de un engaño*, I. Rivad., XXXIX, pág. 527-*c*.

[89] Tirso, *Caballero de Gracia*, I. N. B. A. E., IX, pág. 363-*a*. Vd. *Quien da luego da dos veces*, I. N. B. A. E., IX, pág. 543-*a*.

Gracián afirma:

«... la famosa Italia, la más célebre provincia de la Europa» [90].

EL AFEMINAMIENTO ITALIANO

Mas «piojos cría el cabello más dorado», tenemos que decir con el poeta, al pasar de la condición anterior a la que sigue. Los italianos tenían buena fama entre los españoles de no muy morales en las manifestaciones de su sexualidad.

Tratando la materia de modo bastante técnico, dice F. López de Villalobos:

«De los aluminados: Los aluminados padescen dolencia de ser putos, y es muy absurda y muy ciega, y de ésta en Italia dicen que hay pestilencia; y en nuestras partidas, si no hay resistencia, en algunos buenos y honrados se pega» [91].

Quevedo no era hombre para dejarse en el tintero cosa tan fea —él, que se regodeaba en lo feo—, y así dijo:

«Los que estando en el mismo juego, habiendo descubierto el contrario flux primera o cincuenta, fueren con mucho cuidado a mirar la carta que les venía, y haciendo primera o otra cosa de buen juego lo publicaren y fueren mirando, los declaramos por necios de cosa juzgada y por sospechosos en el pecado nefando, pues las traseras no valen sino en Italia» [92].

Castillo Solórzano alude a lo mismo veladamente en este pasaje, que pertenece a la sátira de un *petimetre*, o un lindo, como decían entonces:

COMISARIO. *Mozo estáis, pues en vos cana no asoma,*
y ha mucho que pasó lo de Sodoma.
¿Enrizáis el cabello?

---

90 Gracián, *Criticón*, III, 3. Renac., II, pág. 156.

91 *Algunas obras de F. López de Villalobos*. Bibliót. Esp., XXIV, página 400, *Sumario de la Medicina*. Vd. D. Duque de Estrada. *Comentarios*. Mem. Hist. Esp., XII, págs. 197 y 201.

92 Quevedo, *Premáticas y aranceles*. Clás. Cast., LVI, pág. 42. Vd. *Cancionero*, de Horozco. Bibliót. And., pág. 91.

LINDO. *Y con algalia.*
COMISARIO. *Este huevo ha pasado por Italia* [93].

De otro amigo de galas y cosméticos dijo Espinel:

Todo el negocio va por lo de Italia.
¡Volved, oh juventud bárbara y ciega,
a aquel antiguo ser de la Vandalia! [94].

Pérez de Montalbán pone en boca del criado de un caballero romano esta exclamación de extrañeza:

Yo digo
Que no entenderá a mi amo
La madre que le ha parido.
¡Un hombre que es italiano,
De mujeres tan amigo! [95].

Alarcón, tan discreto y pedagógico, pone este diálogo entre un criado y un ventero:

CHINCÓN. *¿No me entiendes,*
Venterico de mis ojos,
Que te hablo en italiano?
VENTERO. *Pues hágase a zaga un poco,*
Que requebrarme y hablarme
Italiano es peligroso [96].

En España, en el siglo XVII, se aplicaba la pena de hoguera a los delincuentes contra la naturaleza. Los *Avisos* de Barrionuevo nos demuestran que la pena no se quedaba en el papel. Esto explica el siguiente pasaje de Monroy y Silva:

---

[93] Castillo Solórzano, *El comisario de figuras.* N. B. A. E., XVII, página 310-*a*.

[94] «Sátira contra las damas de Sevilla». *Rev. Arch., Bibl. y Mus.*, 1904.

[95] Pérez de Montalbán, *Privilegio de las mujeres*, II. Rivad., XIV, página 406-*a*. Vd. A. Pantaleón de Ribera, *Obras*, ed. Balbín Lucas. Madrid, 1944, II, pág. 23.

[96] Alarcón, *Tejedor de Segovia*, segunda parte, III. Rivad., XX, página 408-*a*.

SOLDADO. *A balazos le haré huir.*
LOBÓN. *Será el matarme así en vano,*
Porque yo soy italiano
Y quemado he de morir [97].

En *El Diablo Cojuelo* vemos que Don Cleofás y su infernal camarada dieron tal empujón a un italiano, que fue a caer «en una necesaria de Ciudad Real..., porque muriese hacia donde pecan» [98].

El entremesista Lanini aludió también a esta fama vulgar cuando puso estas palabras entre un italiano y un disciplinante:

ITALIANO. *En Italia no azotamo*
En la antífona.
COSME. Es que pagan
por donde pecan [99].

Pero nadie tan desgarrado como Góngora en declarar lo indeclarable. Entre sus versos impresos en la edición de Nueva York se leen éstos «a una dama cortesana, que parece había guarnecido su falda con martas»:

Delanteras forraste con cuidado
De la húmida siempre delantera
Que lluvias españolas han mojado;
Aunque la Italia siente en gran manera
Que la trasera no hayas aforrado
Habiéndolas ganado la trasera [100].

Y pues una composición tal corre impresa en una edición tan respetable, creo poder decir que en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional hay unas décimas, atribuidas a Góngora (núm. 4.044), «a una dama suya que se iba a Roma»,

---

97 *La batalla de Pavía*, I. Rivad., XLIX, pág. 79-*b*.
98 *Opus cit.*, V, Clás. Cast., XXXVIII, pág. 128.
99 *Entremés de la Tataratera*, en *Migajas del ingenio*. Ed. Cotarelo. Madrid, 1908, pág. 147.
100 Góngora, *Obras*, III, pág. 17.

que son la acusación más brutal que en este asunto se lanzó contra los italianos.

Un hecho gracioso cuenta Barrionuevo, que demuestra el ambiente popular que tal acusación había ganado entre el vulgo [101].

«Soltaron a Agustín de la Paz, el mercader que azotaron por puto, para que fuese a cumplir el destierro. Faltábanle algunas cosas que acomodar, tocantes a la hacienda. Recogióse, en el ínterin que las ajustaba, en casa del embajador de Venecia, que le recibió con gusto.

Salió la mañana de San Juan el embajador a ver el festejo del Prado en su coche, y apenas le vieron las mujeres que había en él, que no eran pocas, cuando le comenzaron a gritar diciendo: "Bellaco, bellaco, que destierras putas y persigues mujeres, y recoges putos y los agasajas."»

VOLUBILIDAD

En diversos textos citados a través de este capítulo pueden observarse frecuentes alusiones a la volubilidad italiana, especialmente en política, característica que, según se verá más adelante, era la base de la vida internacional veneciana. La literatura no pudo quedar indiferente ante aspecto tan importante del carácter italiano. Así, Castillejo, al asignar a cada nación una cualidad, dice:

Italia, pueblo inconstante [102].

LA CODICIA ITALIANA

Estando Marcos de Obregón preso en Génova, se acordó de que estaba en Italia y de que «esta nación es codiciosa sobremanera» [103].

---

101 *Avisos*, de Barrionuevo, 5 julio 1656.
102 *Obras*. Clás. Cast., XCI, pág. 103.
103 Clás. Cast., LI, pág. 143.

De su codicia se valió para engañar al carcelero, haciéndole creer en los disparates de la alquimia y evadirse de la prisión.

El canónigo Tárrega contrapone la ceremoniosidad española a la codicia de los italianos:

> JULIO. *¡Oh cerimonia española!*
> DON JUAN. *Mas ¡oh codicia italiana!* [104].

La atribución de este vicio a toda la nación italiana no es muy general en nuestros autores; pero es en grado superlativo achacado a los genoveses, una de las gentes de Italia más conocidas y padecidas en España. Oigamos a Mateo Alemán:

«Aunque dicen que en materia de crueldad Italia lleva la gala, y en ella más los de la comarca de Génova, no creo que va en la tierra, sino en la necesidad y codicia» [105].

Esto nos introduce en el capítulo especial de los genoveses.

De muy antiguo data en España la fama de banqueros de los genoveses. El Cartujano menciona en el siglo XV la LONJA DE LOS GINOVESES, de Sevilla,[106].

Y aunque en el teatro del siglo XVI no aparece el genovés entre los tipos de comicidad estudiados por Hendrix, que el tipo estaba formado nos lo demuestra un pasaje del lírico sevillano Gutierre de Cetina, erróneamente interpretado por A. G. Amezúa, aplicándolo a los bretones o ingleses [107].

> *Andan, señor, aquí los extranjeros*
> *Hechos de nuestra sangre sanguijuelas,*
> *Mudando en* CAMBIO *el nombre de logreros* [108].

E igualmente este otro pasaje de Cristóbal de Castillejo:

> *Es forzado que le muerda*
> *La conciencia al ginovés,*

---

104 *La duquesa constante*, I. Rivad., XLIII, pág. 82-*b*.

105 Alemán, *Guzmán de Alfarache*, I, III, 5. Renac., I, pág. 297.

106 Vd. N. B. A. E., XIX, 311-*b*. Vd. como dato local, Pedro de Herrera, *Descripción de la capilla del Sagrario*. Madrid, 1617, pág. 63.

107 *Coloquio de los perros*, edición cit., pág. 521.

108 Gutierre de Cetina, *Obras*. Sevilla, 1895, II, pág. 130.

Si pecó;
Porque vos no dudéis, no,
Y sabed, de cierta ciencia,
Que nadie se enriqueció
Mucho con buena conciencia [109].

Durante todo el siglo XVII se afinza y triunfa en la literatura el concepto del genovés avaro, con sus puntas y collares de estafador y crapuloso. Desdoblando el concepto, podemos distinguir las siguientes facetas:

a) El genovés usurero.
b) El genovés declarado en quiebra.
c) El genovés mujeriego.

Antes de ver a los genoveses en España, trataremos de investigar qué noticias circularon por España acerca de Génova, como matriz donde se troquelaban los roedores de la hacienda española.

Cristóbal de Villalón dio noticias de Génova, en su *Viaje de Turquía*, bastante personales y bien tomadas [110].

«Es una gentil çibdad, y muy rica; las calles tiene angostas, pero no creo que hay en Italia çibdad que tenga a una mano tantas y tan buenas casa; la ribera de Génova es la mejor que nadie ha visto en parte alguna, porque aunque es toda riscos y montañas y no da pan ni vino, cosa de jardines en las vivas peñas hay muchos, que traen naranjas y toda fruta en cantidad, y hay tantas casas soberbias, que los ginoveses llaman *vilas*, que toda la ribera paresçe una çibdad.

JUAN.—¿Qué, tan grande es?

PEDRO.—Desde Sahona a la Espeçia, que serán veinte leguas.

JUAN.—¿Y todo eso está lleno de casas?

PEDRO.—Y qué tales, que la más ruin es mejor que las muy buenas de España.

---

109 Cristóbal de Castillejo, *Obras morales*. Rivad., XXXII, pág. 225-*a*.
110 *Opus cit.*, col. VII, N. B. A. E., II, pág. 103-*b*. Vd. *Relaciones*, de Pedro de Gante. Bibliót. Esp., XI, pág. 60.

MATA.—¿Por qué lo hacen eso?

PEDRO.—No tienen en qué gastar los dineros, y a porfía les dio esta fantasía de edificar y hacer aquellas *vilas*, donde se ir a holgar. Hacen esta cuenta: Fulano gastó en su casa cincuenta mil ducados, pues yo he de gastar sesenta mil. El otro dice: pues vos sesenta, ¡voto a tal!, yo setenta, y el otro: yo ochenta, y ansí hay deste precio casas muy muchas sin cuento.

MATA.—¿Y en el campo?

PEDRO.—... Y aun cuatro y seis leguas de la çibdad.

MATA.—Gran soberbia es ésa; nunca se deben de pensar morir.

PEDRO.—Tierra es bien sana, y adonde hay más viejos que en cuantas çibdades he visto. Las damas genovesas son muchas y hermosas: tienen grandísima cuenta con sus cabellos; más que en todo Italia no dejará ninguna semana del mundo, prinçipalmente el sábado, de lavarse y poner los cabellos al rayo del sol, aunque sea verano, por la vida. Yo les dije hartas veçes que si ansí cumplían los mandamientos como aquello, que bienaventurados eran. No gastan en tocados nada, porque todas hacen plato de los cabellos; quién los lleva de una manera, quién de otra; menos gastan en vestir, porque ninguna puede traer ropa de seda, con haber allí más seda que en toda Italia; ni anillos, ni arracada, ni otra cosa.

JUAN.—Pues ¿qué se visten?

PEDRO.—Muchas maneras de chamelotes y de diversos colores, y otras telillas, y muy buen paño finísimo y bien guarnecido, aunque tampoco pueden echar toda la guarnición que quieren.

MATA.—¿Traen por allá chapines?

PEDRO.—Ni mantos, si no es en Siçilia.

JUAN.—¿Con qué van a la iglesia?

PEDRO.—En cuerpo, y darán por llevar aquel día una clavellina, jazmín o rosa, si es por este tiempo, uno y dos ducados.

JUAN.—Y las viudas, ¿qué traen?

PEDRO.—Ni más ni menos andan que las otras en cabello, salvo que una redecica muy rala, que las otras traen de oro, ellas negras.

JUAN.—Deshonestidad paresçe esa.

PEDRO.—Todo es usarse; también andan con vestidos negros, que no traen color.

MATA.—¿Y qué traen calçado?

PEDRO.—Las piernas no las cubren las ropas más que hasta las espinillas, y las calças traen de aguja, más estiradas que los hombres, y unas chinelicas.

JUAN.—Mejor hábito es ese que el de acá.

PEDRO.—También quiero que sepáis que las mujeres de acá, naturalmente son más chicas de cuerpo que las de por allá. Vanse todos los domingos y fiestas a una ribera de un río, que se llama Bisaño, y allí danzan todo el día con cuantos quieren.

JUAN.—Y los hombres, ¿son buena gente?

PEDRO.—De todo hay; no son muy largos en el gastar.

MATA.—Algo os han hecho, que no paresçe que estáis muy bien con ellos.

PEDRO.—Yo os diré: en el cautiverio estaba uno, que era principal, y porque le enviaban a trabajar con los otros encomendóseme, y a pesar de todos los guardianes, le hice que no trabajase más de un año, fingiendo que era quebrado, y para cumplir con ellos mandaba a un barbero que cada día le pusiese en la bolsa una clara de huevo, y al tiempo que se hizo la almoneda de los esclavos de mi amo, yo fuí parte para que le diesen por doscientos ducados, que no pensó salir por mil y quinientos. Después un día le topé en su tierra y casa, hombre de cuenta en la ciudad, y llevóme a un bodegón y convidóme allí, y nunca más me dio nada ni fue para preguntarme si había menester algo.

MATA.—Eso hiciéralo él de miedo que le dijerais de sí; mas con todo fué gran crueldad.»

Estos cabellos rubios de las genovesas pasaron intactos a una novela de Cervantes, el cual, sin duda, habla también de *visu* por boca del *Licenciado Vidriera:*

«Admiráronle también al buen Tomás los rubios cabellos de las ginovesas y la gentileza y gallarda disposición de los hombres, la admirable belleza de la ciudad, que en aquellas

peñas parece que tiene las casas engastadas como diamantes en oro» [111].

Génova gozó, en efecto, fama de bella ciudad entre los españoles. Lope condensaba las noticias que llevamos apuntadas en estos cuatro versos:

Génova la bella, digo,
A quien el mar los pies besa,
Viendo que otro mundo cifra
Tan poca parte de tierra [112].

Y Tirso, voz gemela de la musa de Lope:

... Y embarcados en Marsella
Hasta Génova la bella,
Advertimos lo que puede
La industria sabia que excede
La naturaleza en ella [113].

Otro viajero, aportador de impresiones directas, fue Suárez de Figueroa, de cuyas páginas entresaco las especias que mejor pudieron contribuir a formar la imagen de Génova en la conciencia española:

«Los días —dice— que esperando embarcación me detuve en ella, juzgué grandemente acertada la política de sus ciudadanos. Noté, en particular, carecía de tres cosas, molestísimas en otras partes: gozques, cocheros y mendigos.

Tienen los genoveses sutiles ingenios, ánimos altivos, cuerpos de buena disposición y no mala presencia. Fabrican generosamente. Es moderado el plato de su casa; el de fuera, de ostentación. Los tiempos limitaron sus demasías, y deshicieron la pompa de criados, caballos y banquetes; puesto que profesa ya el de mayores negocios ser en recolección y parsimonia un anacoreta.

---

111 *Opus cit.*, Clás. Cast., XXXVI, pág. 25.
112 Lope, *Diálogo militar*. Rivad., XXXVIII, pág. 265-*b*.
113 *Quien da luego, da dos veces*, I. N. B. A. E., IX, pág. 545-*a*.

... Allí todos andan desarmados, todos acuden a sus cambios, a sus intereses, para cuyas inteligencias y debates son superfluas cualesquier armas. El verdadero estoque es un ciento por ciento, con que penetran las almas, desmenuzan las haciendas y consumen las vidas»[114].

En un manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid existe una graciosa noticia de Génova, del año 1591, que conviene con las otras informaciones que vamos recogiendo. Dice así:

«*Relación del estado de la República de Génova.*

Son gente, naturalmente, de pronto ingenio, no sólo en la guerra, pero en el modo común de vivir; son muy traficantes y prácticos en las cosas de mercancía.

Alábanse los genoveses de dos cosas: la primera, que tienen un banco, llamado *San Jorge*, en el cual hay grandísima suma de dinero y es de gran crédito y confianza.

La segunda, que tienen el plato en el cual comió Nuestro Señor la noche de Pascua, el cual es de esmeralda finísima, y, a la verdad, no tan solamente es cosa rara, pero única. Muéstranlo con grandes ceremonias, y jamás lo sacaron fuera, sino por grande ocasión. Dicen que si se hubiera de pagar lo que vale, sería muchísimo, aunque no saben determinar cuánto.

Su mayor habilidad es la mercancía, navegar, y las artes mecánicas, y sólo con esto se mantiene el país»[115].

De todas estas especies vinieron a formarse entre los españoles dos ideas sobre Génova: allí se daban en sumo grado *las riquezas y el engaño*, y de entrambas cosas los genoveses eran los prototipos. De las riquezas de Génova ya decía Calderón, encareciendo el precio de unas telas:

---

114 Suárez de Figueroa, *El pasajero*, I. Renac., págs. 6 y 7.

115 Ms. 11169, fol. 80. B. N. Madrid. Vd. sobre este último punto idéntico juicio en *Cautiverio y trabajos de Diego Galán*. Bibliof. Esp., XXXVII, página 284.

No hay en Génova tesoro,
Con ser la suma del oro
Del mundo, para pagarlas [116].

Y Castillo Solórzano declara la causa de esas riquezas: «Génova, nobilísima república en nuestra Europa, a quien patrocina el poderoso y católico rey de las Españas, opulenta de riquezas por los gruesos tratos de sus caudalosos hijos; madre de ilustres y nobles caballeros, cuyos honrosos apellidos (en particular los de señaladas familias) son estimados en España, Francia, Italia y los más reinos del orbe» [117].

De la poca escrupulosidad genovesa aseguró Gracián lo que sigue:

«En toda aquella provincia está muy valida, con toda su parentela, la mentira, el embuste y el enredo, las invenciones, trazas, tramoyas: y todo ello dicen es política y tener brava testa» [118].

Y Mateo Alemán contó la fábula siguiente para denotar su falta de conciencia:

«Cuando los genoveses ponen sus hijos a la escuela, llevan consigo las conciencias, juegan con ellas, hacen travesuras; unos las olvidan; otros, perdidas, allí se las dejan. Cuando barren la escuela y las hallan, danlas al maestro, el cual, con mucho cuidado, las guarda en un arca, porque otra vez no se les pierda. Quien después la ha menester, si se acuerda dónde la puso, acude a buscarla. Como el maestro guardó tantas y las puso juntas, no sabe cuál es de cada uno. Dale la primera que halla y vase con ella, creyendo llevar la suya, y lleva la del amigo, la del conocido y deudo. De ello resulta que, no trayendo ninguno la propia, miran y guardan las ajenas» [119].

A través de estos conceptos, que los genoveses que venían a España se encargaban de hacer buenos, hubo otras visiones de

---

116 Calderón, *Amigo, amante y leal*, I. Rivad., IX, pág. 556-*a*.

117 Castillo Solórzano, *Noches de placer*, III. Madrid, 1906, pág. 110. Vd. Sandoval, *Historia del Emperador Carlos V*, II, pág. 13.

118 *El criticón*, I, 13. Renac., I, pág. 178.

119 Alemán, *Guzmán*, I, III, 5. Renac., I, pág. 297.

Génova, por ejemplo, *los montes sin leña*, de que habla Espinel [120], y las ideas que pone Quevedo en boca de un repúblico genovés, en la *Hora de todos*, o de la verdad:

«Génova tiene tantas repúblicas como nobles y tantos miserables esclavos como plebeyos. Y todas estas repúblicas personales se juntan en un palacio a sólo contar nuestro caudal y mercancías, para roérnosle o bajando o subiendo la moneda, y como malsines de nuestro caudal, atienden siempre a reducir a pobreza nuestra inteligencia. Usan de nosotros como de esponjas, enviándonos por el mundo a que, empapándonos en la negociación, chupemos hacienda, y, en viéndonos abultados de caudal, nos exprimen para sí» [121].

Esta imagen del genovés avaro y engañoso llegó incluso a borrar la realidad del físico agraciado, que Suárez de Figueroa esbozó en su semblanza de Génova, [122] y los españoles se fingieron unos genoveses disformes y feos. Francisco Asensio nos transmitió esta anécdota:

«Preguntóle un genovés a un español qué le parecía de los genoveses. Y respondió: "Asegúroos que, fuera de los bueyes, no he visto personaq ue tenga cara de hombre de bien"» [123].

Y don Antonio de Zamora encuentra parecido entre algunos genoveses y el diablo, tal como se solía pintar en el siglo XVII, con cuernos y rabo:

Lindo retablo
El de esta figura es.
Yo conozco a un ginovés
Que se parece a este diablo [124].

Vengamos ya a ver el juicio que los españoles tuvieron de la gestión financiera de los genoveses. Para que los severos car-

120 *Marcos de Obregón*, II, 14. Clás. Cast., LI, pág. 128.

121 Quevedo, *La hora de todos*. Clás. Cast., XXXIV, pág. 254.

122 No dejó de tener esta idea cierta extensión. Lope cita el brío y la belleza corporal de los genoveses, *El blasón de los Chaves de Villalba*, I. R. Acad., XI, pág. 428-*a*.

123 F. Asensio, *Floresta Española*. Biblióf. Madril., IV, pág. 96.

124 *El hechizado por fuerza*, II. Rivad., XLIX, pág. 447-*a*.

gos que nuestros principales escritores hacen de esta gestión aparezcan basados sólidamente, voy a presentar antes la opinión de un respetable escritor político, que en 1625 decía así al Rey:

«Convendría que con particular atención se procurara excluirlos (a los extranjeros) de la contratación y de los asientos; porque aunque son muy católicos, muy religiosos, muy devotos y muy caritativos, tiene su comercio daños conocidos y experimentados por nuestros pecados. Y no es el menor el haberlos admitido a los íntimos secretos de la Hacienda, y junto con eso, a los de la Monarquía» [125].

Ahora veamos en un cronista de la época ciertos hechos, que declaran por sí solos cuán hondo era el mal señalado por F. Navarrete. Dice así Pellicer:

«Murió Carlos Strata, poderosísimo genovés, Comendador de las casas de Toledo en la Orden de Santiago. Dicen tenía dos millones. Deja setenta y cinco mil misas; un hijo sucesor en la Encomienda de que tenía futura (llámase Don Josef Strata y Spinola y queda en la pretensión de título); tres hijas, una casada con el señor Conde de la Fuente, dos doncellas, con tres mil ducados de renta cada una. Sin embargo, el Rey ha secuestrado la hacienda hasta que los herederos den cuentas, por haber tenido muchos asientos con Su Majestad el difunto» [126].

La poca limpieza de las finanzas genovesas en España era de todos conocida. Así, cuando en 1619 se supo en España que los venecianos, entonces enemigos, habían obtenido de aquella República un empréstito, para amedrentar a los de Génova se ordenó hacer una investigación de los banqueros que habían acudido al empréstito y de las rentas que los mismos tenían en España y demás países de la corona. El Duque de Osuna, Virrey de Nápoles, se adelantó a embargar unos 900.000 ducados que en aquel reino tenían los mismos prestamistas; pero el Consejo de Estado mandó deshacer el embargo y no dejó pasar las cosas adelante en esta ocasión [127].

[125] Fernández Navarrete, *Conservación de Monarquías*. Madrid, 1625, discurso XVII. Vd. Ms. 6916, B. N. de Madrid, fol. 96.

[126] *Avisos*, de Pellicer, 31 mayo 1639.

[127] Vd. Codoin, XLVII, págs. 101 y 108.

Hechos particulares de esta clase, que sería fácil amontonar, justifican el concepto del genovés contratista y ladrón que la literatura teatral y novelesca sostuvo como un tópico inalterable. Quevedo y Tirso van de adalides en esta partida antigenovesa. Examinemos los textos del primero.

En la *Visita de los chistes,* sale Pero Grullo metido a profeta en estos términos:

Volaráse con las plumas,
Andaráse con los pies,
Serán seis dos veces tres.

«*Volaráse con las plumas.* Pensáis que lo digo por los pájaros, y os engañáis; que eso fuera necedad; dígolo por los escribanos y ginoveses, que éstos nos vuelan con las plumas el dinero de delante» [128].

Y luego amplía el concepto diciendo:

«Los extranjeros han echado unas sanguijuelas desde España al cerro del Potosí, con que se van restañando las venas, y a chupones se empezaron a secar las minas. "¿Ginoveses andan a la zacapela con el dinero? (dijo él). Vuélvome jigote, hijo mío; los ginoveses son lamparones del dinero, enfermedades que proceden de tratar con gatos. Y vese que son lamparones, porque sólo el dinero que va a Francia no admite ginoveses en su comercio. ¿Salir tenía yo andando esos usagres de bolsas por las calles? No digo yo hecho jigote en redoma, sino hecho polvos en salvadera quiero estar antes que verlos hechos dueños de todo." "Señor nigromántico —repliqué yo—, aunque esto es así, han dado en adolecer de caballeros en teniendo caudal, úntanse de señores, y enferman de príncipes; y con esto y los gastos y empréstitos se apolilla la mercancía y se viene todo a repartir en deudas y locuras; y ordena el demonio que las putas vendan las rentas reales de ellos, porque los engañan, los enferman, los enamoran, los roban, y después lo hereda el Consejo de Hacienda. La verdad adelgaza y no quiebra: en esto se cono-

128 Clás. Cast., XXXI, pág. 257.

ce que los ginoveses no son verdad, porque adelgazan y quiebran." "Animádome has, dijo, con eso"» [129].

En *El alguacil alguacilado* repite la pesada burla contra los comerciantes y banqueros de Génova:

«Los malos reyes se van al infierno por el camino real, y los mercaderes, por el de la plata». «¿Quién te mete ahora con los mercaderes?», dijo Calabrés. «Manjar es que nos tiene ya empalagados a los diablos y ahitos, y aun los vomitamos: vienen allá a millares condenándose en castellano y en guarismo; y habéis de saber que en España los misterios de las cuentas de los extranjeros son dolorosos para los millones que vienen de las Indias, y que los cañones de sus plumas son de batería contra las bolsas; y no hay renta que si la cogen en medio el Tajo de sus plumas y el Jarama de su tinta no la ahoguen. Y en fin, han hecho entre nosotros sospechosos este nombre de asientos, que como significan otra cosa que me corro de nombrarla, no sabemos cuándo hablan a lo negociante o cuándo a lo deshonesto. Hombre de esto ha ido al infierno, que viendo la leña y fuego que se gasta ha querido hacer estanco de la lumbre, y otro quiso arrendar los tormentos» [130].

En la *Vida del Buscón* repite el tema, que se conoce debía tener muy clavado en el alma:

«Topamos con un genovés —digo de estos antecristos de las monedas de España— que subía el puerto, con un paje detrás, y él con su guardasol, muy a lo dineroso. Trabamos conversación con él, y todo lo llevaba a materia de maravedís, que es gente que naturalmente nació para bolsas. Comenzó a nombrar a Visanzón, y si era bien dar dineros o no a Visanzón; tanto, que el soldado y yo le preguntamos que quién era aquel caballero; a lo cual respondió, riéndose: "Es un pueblo de Italia donde se juntan los hombres de negocios, que acá llamamos fulleros de pluma, a poner los precios por donde se gobierna la moneda". De lo cual sacamos que en Visanzón se llevaba el compás a los músicos de uña. Entretúvonos el camino contando

129 Quevedo, *Visita de los chistes*. Clás. Cast., XXXI, pág. 236.
130 Quevedo, *El alguacil alguacilado*. Clás. Cast., XXXI, pág. 76-78.

que estaba perdido porque había quebrado un cambio que le tenía más de sesenta mil escudos; y todo lo juraba por su conciencia, aunque yo pienso que conciencia en mercaderes es como virgo en cotorrera, que se vende sin haberse. Nadie casi tiene conciencia de todos los de este trato, porque como oyen decir que muerde por muy poco, han dado en dejarla con el ombligo en naciendo» [131].

En la *Premáticas y Aranceles* vuelve a la carga, contando al genovés entre los instrumentos del robo:

«Mandamos que puedan cualesquier de nuestras justicias prender a cualesquier personas que toparen de noche con garabato, escala, ganzúa o ginovés, por ser armas contra las haciendas guardadas» [132].

Por último, hablando del dinero, le señala este itinerario:

Nace en las Indias honrado
Donde el mundo le acompaña;
Viene a morir en España
Y es en Génova enterrado [133].

Tirso de Molina demuestra la misma xenofobia en varias de sus obras. Describiendo una borrasca en el mar y la necesidad de arrojar del navío los fardos de valiosas mercancías, hace esta increpación al mar:

Harta tu sed ahora,
Con un millón que tu profundo adora;
Sórbelo, mar traviesa,
Que en esto eres de casta ginovesa [134].

En otra ocasión habla del dinero perseguido por los genoveses en esta forma:

Ya puede ser que no quieran
como los demás salir

131 Quevedo, *Buscón*. Clás. Cast., V, pág. 128.
132 Quevedo, *Premáticas y aranceles*. Clás. Cast., LVI, pág. 46.
133 Quevedo, *Poderoso caballero*.
134 Tirso, *Escarmientos para el cuerdo*, III. N. B. A. E., IX, pág. 75-*a*.

De Castilla estos doblones,
Y desmintiendo buscones
Que los dan en perseguir,
Por ver que adelante pasa
La usura de su interés
Huyan de algún ginovés
Y se nos entren en casa [135].

A los genoveses culpa en otra comedia de la falta de dinero que padecía Castilla, por haberse recogido todo allá en Génova:

Cas. 5.º *Allá voy; y a fe que llevo*
una novedad extraña.
Por. 1.º *¿Extraña? ¿Qué puede ser?*
Cas. 7.º *Lo que apetece más ver*
y menos espera España.
Por. 1.º *¿Es alguna abada?*
Cas. 7.º *Más.*
Por. 1.º *¿Es ballena, es cocodrilo?*
Cas. 6.º *Esos en el mar o el Nilo*
se queden, que aquí hallarás
mujer que llorando mata.
Cas. 7.º *¿No será más de admirar,*
para Castilla enseñar
un real de a ocho y en plata?
Cas. 5.º *¿En plata? ¡Cuerpo de Cristo!*
Daránte cuanto les pidas.
Cas. 7.º *¿Sabéis vos lo que es?*
Cas. 5.º *De oídas,*
que yo en mi vida le he visto.
Por. 1.º *A enriquecer has venido.*
Cas. 5.º *¿Real de a ocho, es animal?*
Cas. 6.º *¿Dónde hallaste joya tal?*
Cas. 7.º *De Génova le he traído.*
Cas. 6.º *Solía decir mi agüelo,*
aunque agora os maravilla,
que tuvo tantos Castilla
que rodaban por el suelo [136].

135 Tirso, *En Madrid y en una casa*, I. Rivad., V, pág. 343-*a*.
136 Tirso, *Antona García*, III. N. B. A. E., IV, pág. 634-*a*.

Con razón, pues, aseguró que los de Génova no estaban en carrera de salvación, que era mucho decir, para un fraile, en época en que los píos y religiosísimos genoveses fundaban y dotaban obras católicas, como las del Caballero de Gracia. Dice así Tirso en el precioso cuento de *Los tres maridos burlados:*

«—Acabad ahora de ensartar chanzas —replicó ella—, que os llama vuestro ginovés.

—¿Luego también los hay acá? —preguntó él—. No debo yo estar en carrera de salvación, pues puedo ir donde habitan cambios y se hospedan trampistas» [137].

Salas Barbadillo llama al dinero:

«Ungüento segoviano y ginovés, porque apenas se labra en Segovia, cuando se traslada a Génova» [138].

Cervantes pone en boca del «Licenciado Vidriera» la misma especie satírica:

«En la acera de San Francisco estaba un corro de ginoveses, y, pasando por allí, uno de ellos le llamó, diciendo:

—Lléguese acá el señor Vidriera y cuéntenos un cuento.

El respondió:

—No quiero, porque no me lo paséis a Génova» [139].

Y como siempre Cervantes sabe dar originalidad a los tópicos, también se la dio a éste, anotando un rasgo ridículo de la avaricia genovesa.

Dice así un paje que sale en *La Gitanilla:*

«No soy rico ni pobre; y sin sentirlo ni descontarlo, como hacen los ginoveses sus convites, bien puedo dar un escudo y dos a quien yo quisiere» [140].

Góngora llega a estampar el nombre de un banquero famoso de Génova, camarada de los Fúcares en la gobernación de nuestra hacienda:

Un Fúcar alemán eres,
Un ginovés Lomelín;

---

137 Rivad., XVIII, pág. 481.

138 Salas Barbadillo, *Coronas del Parnaso.* Madrid, 1635, fol. 110.

139 Cervantes, *Licenciado Vidriera.* Clás. Cast., XXXVI, pág. 62.

140 Cervantes, *La Gitanilla.* Clás. Cast., XXVII, pág. 51.

Para igualar tu humildad,
No tengo un maravedí [141].

Lope de Vega menciona también los asientos de los genoveses en su comedia de *Juan de Dios y Antón Martín* [142], y coloca la *industria genovesa* [143] entre las cualidades que caracterizan a los pueblos de Europa.

Suárez de Figueroa viene a llamarlos *purgantes y sanguijuelas* por estas palabras:

«Estos *rabárbaros*, que en las enfermedades del cuerpo de la república, en los accidentes de interés, hacen tan crecida evacuación, y no de humores corrompidos; estas sutiles sanguijuelas de ricos reinos, que con tanta suavidad chupan su mejor sangre» [144].

Saavedra Fajardo se queja de la participación dañosa que tenían en la economía española:

«Entregamos a genoveses la plata y el oro con que negocien, y pagamos cambios y recambios de sus negociaciones» [145].

En fin, Gracián, en su descripción de la *Armería del Valor*. En el reparto que el Valor hizo a las naciones del mundo, los genoveses heredaron las uñas, con las cuales «a los españoles les han dado tan valientes pellizcos en su plata, que no hiciera más una bruja chupándoles la sangre, cuando más dormidos» [146].

Después de haber visto una opinión tan vigorosamente expresada sobre las artes financieras de Génova, causa risa y asombro la siguiente noticia que da Barrionuevo, ya por la ingenuidad de los genoveses como por las despachaderas del pueblo en fingir respuestas teológicas de acuerdo con sus pequeños intereses:

«Consultaron los ginoveses con religiosos y hombres buenos, santos y prudentes, cuál era la causa por que Dios los castigaba

141 Góngora, I, pág. 430.
142 Lope, *Opus cit.*, III. R. Acad., V, pág. 185-*a*.
143 Lope, *La mocedad de Roldán*, II. R. Acad., XIII, pág. 223-*a*.
144 Suárez de Figueroa, *El pasajero*, I. Renac., pág. 10.
145 Saavedra Fajardo, *Empresas*, LXVIII. Rivad., XXV, pág. 187-*b*.
146 Gracián, *Criticón*, II, 8. Renac., II, pág. 16.

tan rígidamente con una peste tan cruel, que se dice morían entonces 150 y 200 personas al día; y que les respondieron ser por los muchos intereses y logros que llevaban en sus tratos, saraos y festines grandes y banquetes que hacían, y por andar las mujeres descubiertos los pechos, provocando a los hombres a pecar» [147].

EL GENOVÉS, EN QUIEBRA

A la fama de usureros y nada escrupulosos en sus tratos se añadía la de estafadores, por la frecuencia con que hacían bancarrota y trasponían con la hacienda ajena.

Suárez de Figueroa afirma el hecho como ordinario, y le da por explicación el carácter que hemos establecido como tercero de los genoveses:

«Si son cambios, quiebran; si administran, los alcanzan; y casi en todo proceden como perdidos. Esto, si se mira bien, se ajusta con su inclinación, sujeta a impaciencia, a juego, a sensualidad, a crápula y a lo demás de que se forma cualquier desvanecimiento» [148].

Doña María de Zayas pone en uno de sus personajes el miedo de las quiebras genovesas:

«Temía mucho las retiradas de los genoveses; pues cuando más descuidado ven a un hombre, le dan manotada como zorro» [149].

Solamente siendo muy conocida y divulgada la fama de la quiebra entre los genoveses se comprenden varios pasajes de Rojas Zorrilla, que suponen un público perfectamente enterado.

Léanse los tres textos que siguen:

REY. *¿Cómo la espada sacó*
Quebrada?
COSCORRÓN. *¿Qué duda es ésa?*
Era espada ginovesa,

147 *Avisos*, de Barrionuevo, 10 enero 1657. Vd. 19 agosto 1654.
148 Suárez de Figueroa, *El pasajero*, I. Renac., pág. 9.
149 Doña María de Zayas, *Novelas Ejemplares*. Ed. París, 1847, pág. 51.

Y de un alcance quebró [150].

CAIMÁN. *Ya te acuerdas que contigo*
Vine a Egipto, y ya te acuerdas
Que me quedé en la batalla
Como espada ginovesa [151].

SANCHO. *Dejadme enderezar aquesta espada.*
DON LOPE. *Que suspendáis vuestro valor me pesa.*
SANCHO. *Tuércese fácilmente: es genovesa* [152].

Mas lo mismo que pasa en la tragedia, pasaba en la literatura española: la ley de la expiación la sintieron también nuestros novelistas. Espinel y Castillo Solórzano hacen a los genoveses víctimas de su pasión por el dinero. *Marcos de Obregón*, en Génova; *La Garduña de Sevilla*, en Córdoba, engañaron a sendos genoveses con el que podemos llamar *timo de la alquimia*, ambos fiados, como Espinel dice, en que «esta nación es codiciosa sobremanera» [153].

También Guzmán de Alfarache, cuyo padre, genovés, fue *infamado de logrero* [154], jugó una mala partida a sus parientes de Génova estafándolos en sus alhajas.

Tal es la ley de la expiación que la literatura hizo pagar a la historia.

EL GENOVÉS, MUJERIEGO

La fama de mujeriegos que al calor de su dinero supieron crearse los genoveses la testifica Tirso elocuentemente:

¡Victoria, ciego interés!
Sujeta a tus pies está
La honra. Mas ¿qué no hará
En la corte un ginovés? [155].

150 *No hay ser padre siendo rey*, III. Rivad., LIV, pág. 401-*c*.
151 *Los áspides de Cleopatra*, II. Rivad., LIV, pág. 429-*b*.
152 *Donde hay agravios no hay celos*, III. Rivad., LIV, pág. 166-*b*.
153 Clás. Cast., LI, pág. 143.
154 Rivad., III, pág. 189-*a*.
155 Tirso, *Caballero de Gracia*, II. N. B. A. E., IX, pág. 373-*b*.

Y en otra comedia añade el detalle de ser los genoveses *barbirrubios*, cosa que conviene con el color del pelo de sus mujeres, que antes hemos visto:

Aunque vengan del Perú
Virginales intereses,
Hallarlos es maravilla;
Pues después que hay en Castilla
Barbirrubios ginoveses,
Dicen que es cosa tan rara,
Que no se ha de hallar en ella
Un doblón ni una doncella
Por un ojo de la cara [156].

Lope de Vega, que anduvo respetuoso con los genoveses, Dios sabe por qué, apoya esta idea de su éxito con las damas:

—Don Fabio, ¿si es ginovés?
—No; que, a serlo, es cosa clara
Que mi amor no agradeciera
Doña Inés.
—Pues ¿por qué causa?
—En entrando a competir
Por dama, aunque más honrada,
Ginovés, músico o cresta,
Ya entiendes, volver la espalda [157].

Y en otra comedia insinúa de este modo el rumbo de los galanteadores genoveses en prometer joyas y galas:

¿No es la misma a quien un día,
Hecho un ginovés de amor,
Toda la calle Mayor
De un golpe la prometía? [158].

---

156 Tirso, *En Madrid y en una casa*, I. Rivad., V, pág. 538-*a*, *b*.
157 Lope, *El desconfiado*, III. Ac. N. E., IV, pág. 500-*a*.
158 Lope, *De cosario a cosario*, II. Ac. N. E., XI, pág. 647-*a*.

Calderón, de ordinario muy limpio en alusiones escabrosas, no deja de atestiguar que los genoveses sembraban en tierra ajena muchas veces:

No seré yo el primer hombre
Que haya los frutos cogido
De lo que otro siembra; llano
Ejemplo algún cambio es
Concebido en ginovés,
Y parido en castellano [159].

También en esto hubo su *expiación,* como en la tragedia griega. En primer lugar, los genoveses tenían fama de pagar primicias contrahechas, como la de aquella virgen que cuenta Salas Barbadillo, que fue vendida por tal tres veces: «La tercera a un ginovés, que pagó mejor y comió peor» [160].

En segundo lugar, pagaban con creces sus regodeos, como el mismo Salas Barbadillo lo hace ver en este pasaje:

«Los hombres de negocios de Génova que residen en la Corte de España acusaron a cierto género de naturales de ella porque habían introducido hacer mercaduría sus propias mujeres y contratar con ellas, llevando a más de ciento por uno, y pidieron que con brevedad se pusiesen las manos en el remedio. Pedro de Liñán lo contradijo, dando razones fundamentales, y de ellas se sacó el alma de este decreto: Que la república española conservase estos maridos de la casta como potros de Córdoba, porque las mujeres de los tales restituyen a la patria algo de lo mucho que llevan de ella estos sutiles extranjeros, y a ellos se les puso perpetuo silencio y se les condenó en las costas del proceso y del camino» [161].

En tercer lugar, la opinión de mujeriegos no logró hacer olvidar la otra opinión de que en general gozaban los italianos.

Góngora, maligno y punzante, no olvida que Génova está en Italia, y escribe algo que ya hemos dejado en claro:

---

159 Calderón, *Gran Cenobia,* I. Keil, I, pág. 79-*b.*

160 *La hija de Celestina.* Bibl. Román., núm. 149, pág. 43.

161 Salas Barbadillo, *El caballero puntual,* VIII. Col. Escrit. Cast. Madrid, 1909, pág. 303.

Que ginoveses y el Tajo
Por cualquier ojo entran bien [162].

LOS VENECIANOS

La condición sobresaliente del carácter veneciano creyeron nuestros escritores que era la prudencia; una prudencia tal vez rayana en falsía, en doblez, y de objetivos muy positivistas.

Cervantes mostró su admiración por Venecia cuando, comparándola con Méjico, describe su posición marítima, todo desde un punto de vista estético. Mas he aquí cómo Gracián, espíritu simbolista en el mayor grado, ve en esa posición la doblez del carácter veneciano. Dice así:

«Aquel murciélago de ciudades, anfibia corte, que ni bien está en el mar ni bien en tierra, y siempre a dos vertientes.

¡Oh, qué política!, exclamó Argos, que tan de sus principios le viene, tan fundamentalmente comienza. Y de este su raro modo de estar celebraba el bravo Duque de Osuna la razón de su estado. Aquélla es la nombrada canal, con que aun el mismo mar saben traer acanalado a su conveniencia» [163].

Y en otro lugar insiste Gracián en la misma propiedad de hacer a dos manos de esta gente, diciendo:

«Muy atentos los venecianos, pidieron los carrillos. Riéronse los demás; pero el Valor:

—No lo entendéis —les dijo—: dejad, que ellos comerán con ambos y con todos» [164].

Vélez de Guevara saca también conclusiones de la posición anfibia de Venecia para caracterizar la moral de su política:

«Fui a Venecia, por ver una población tan prodigiosa, que está fundada en el mar, y de su natural condición tan bajel de argamasa y sillería, que, como la tiene en peso el piélago Mediterráneo, se vuelve a cualquier viento que le sopla» [165].

---

[162] Góngora, I, pág. 276.

[163] Gracián, *Criticón*, II, 2. Renac., I, pág. 221.

[164] Gracián, *Criticón*, II, 8. Renac., II, pág. 16. Trata del testamento del Valor.

[165] *El Diablo Cojuelo*. Vd. Clás. Cast., XXXVIII, pág. 115.

Saavedra Fajardo, al fijar la calidad de las armas en que cada nación se afirma, dice:

«Las de Inglaterra, en el mar; las de Polonia, en la caballería; las de Venecia, en la prudencia» [166].

Lope de Vega enumera entre las prendas de carácter propias de cada nación «la prudencia veneciana» [167].

Salas Barbadillo busca una palabra castellana muy significativa para expresar la cualidad en que sobresalen los venecianos. Dice así:

«Los naturales de Venecia son gente de más mañas que manos; tan sutiles y transparentes de ingenio como el vidrio» [168].

Aplicada al campo internacional, esta prudencia veneciana dio lugar a una política, cuya naturaleza zorril satirizó Salas Barbadillo [169].

Venecia es, generalmente, pacífica. Al menos así aparecía a la opinión española de la época, lo que se achacaba esencialmente a cobardía, como es el caso del autor de la *Relación de la Serenísima República de Venecia y de sus Estados.*

«Tienen —dice— los señores venecianos al presente paz con todos los príncipes, y por ser ellos de naturaleza tímidos, desean la quietud y aborrecen la guerra» [170].

Una política de este género obligaba necesariamente a la neutralidad, que llega a ser proverbial. Así dice Antonio de Solís:

Soy entre todos aquestos
Príncipes devotos; Clara
Me llaman, y lo parezco,
Porque al modo de Venecia
Mi neutralidad conservo [171].

---

166 Saavedra Fajardo, *Empresas,* LXXXI. Rivad., XXV, pág. 219-*b*.

167 *La mocedad de Roldán,* II. R. Acad., XIII, pág. 223-*a*.

168 Salas Barbadillo, *Curioso y sabio Alejandro.* Rivad., XXXIII, página 18-*a*.

169 *La peregrinación sabia.* Clás. Cast., LVII, pág. 9.

170 Ms. 11085, pág. 85. B. N. de Madrid.

171 Antonio de Solís, *El amor al uso,* I. Rivad., XLVII, pág. 5-*b*.

Y A. Pantaleón de Ribera, tomando aquella República como paradigma de esta cualidad, compara:

Más neutral que un veneciano [172].

La fórmula de la neutralidad veneciana, verdadera balanza de poder, la da Zapata en su *Miscelánea:*

«... son siempre contra el mayor poder, y acostándose con el suyo como añadidura, a otra parte hacen estar en filo la balanza» [173].

Ésta es también una forma de prudencia que no desdice de su carácter.

En cuanto a la xenofobia y el antiespañolismo, parece ser, a más de un lugar común en nuestra literatura, una realidad [174].

Nadie los conoció en el siglo XVII como Quevedo, ni nadie se empeñó tanto en cortar las alas del *murciélago anfibio.* La historia de la célebre conjuración para quemar el arsenal de Venecia es bien conocida. Todo lo que penetró y supo Quevedo de aquel pueblo falaz y positivista lo condensó encarnándole en la persona de aquel juez cobarde, diplomático, amigo simultáneamente del acusador y del reo. Oigamos a Quevedo:

«Venecia es el mismo Pilatos. Pruébolo. Condenó al Justo y lavó sus manos: *ergo.* Pilatos soltó a Barrabás, que era la sedición, y aprisionó a la paz, que era Jesús: *igitur.* Pilatos, constante, digo pertinaz, dijo: "Lo que escribí, escribí": *tenet consequentia.* Pilatos entregó la salud y la paz del mundo a los alborotadores para que la crucificasen: *non potest negari.*

Alborotóse todo el consistorio en voces. El Dux, con acuerdo de muchos y de los semblantes de todos, mandó poner en prisiones al republicón y que se averiguase bien su genealogía, que, sin duda, por alguna parte descendía de alguno que descen-

---

172 *Obras.* Edición Balbín Lucas. Madrid, 1944, I, pág. 115.

173 L. Zapata, *Miscelánea.* Mem. Hist. Esp., XI, pág. 189.

174 Vd. como detalles curiosos y significativos Ms. 10906, fol. 114, B. N. de Madrid, y *Avisos,* de Barrionuevo, 19 octubre 1655.

día de otro, que tenía amistad con alguno que era conocido de alguno, que procedía de quien tuviese algo de español» [175].

La famosa conjuración llenó a España de la falsía de los venecianos. Los conceptos que da a la publicidad Quevedo eran los mismos que corrían en los documentos de la Cancillería real. Oigamos lo que el marqués de Bedmar escribía a Felipe III:

«Es tal ya la mala opinión de aquella república en materia de religión y costumbres, que todos los verdaderos católicos y buenos cristianos tienen por falso lo que dicen de la conjuración, y les parece que fuera justo que hubiera sido cierta y la ejecución de ella» [176].

Y tres meses después de la anterior, insiste en las mismas ideas, con motivo de las fiestas religiosas celebradas en Venecia en acción de gracias por el fracaso de la conjuración:

«Habiendo parecido muy mal que se hayan valido de ceremonias eclesiásticas para engaños, y el hacer dar gracias a Dios de beneficios no recibidos; en que, como en otras muchas cosas, se conoce quién sea aquella gente, y que se sirven de la religión para entretener al pueblo y otros fines puramente temporales» [177].

Idéntica opinión le transmitía al marqués de Villafranca, en carta fechada dos años antes que las dirigidas al Rey:

«Aunque venecianos, con sus mentiras y artificios ordinarios, diesen algún color a su causa» [178].

El de Villafranca no tardó en convencerse de *esas* mentiras y artificios ordinarios de los venecianos, pues también él escribía aquel mismo año al de Bedmar:

«Si V. S. me pregunta en qué opinión tengo al Residente dicho (de Venecia), certifico a V. S. que en mala opinión le

175 Quevedo, *La hora de todos*. Clás. Cast., XXXIV, pág. 186.

176 Carta del Marqués de Bedmar a S. M., a 28 de agosto de 1618. Codoin, XLVII, pág. 8.

177 Carta del Marqués de Bedmar a S. M., a 2 de noviembre de 1618. Codoin, XLVII, pág. 42.

178 Carta del Marqués de Bedmar al de Villafranca, año 1616. Codoin, XCVI, pág. 60.

tengo, de poco liso y poco verdadero; quizás los más de esta nación son de esta manera» [179].

Y al año siguiente, el de 1617, informaba así al Rey sobre los venecianos:

«En sus cosas hay siempre las ambiguas palabras e interpretaciones que ha enseñado continuamente la experiencia» [180].

Espinel, candorosamente, sin intención política, cuenta algunas observaciones de venecianos, que vienen a confirmar la doblez de su carácter. Hasta en su modo de vestir halla Espinel que marcan una contradicción con su modo de ser. Las palabras de Espinel adquieren toda su significación, iluminadas por los textos precedentes:

«Miré con grande admiración la grandeza de aquella república, que siendo tan rica y de tanta estimación, que se persuaden a que tienen más razón de desvanecerse que todas las naciones del mundo, no lo parecen en el trato de sus personas, porque andan tan desautorizados que quien no los conociere no los estimará en lo que son» [181].

Luego explica cómo el veneciano no sabe reparar en humillación ni bajezas con tal que conduzcan al logro de su conveniencia, y pone de relieve su versatilidad tan pronto como ve cerrado el camino que para tal conveniencia creyó bueno. Oigamos esta anécdota:

«Le preguntó al pescadero, sin conocerlo, cómo estaba su mujer e hijos, y a él le dijo que era muy hombre de bien; pero en no queriendo darle el pescado al precio que él quería, le dijo que era un cornudo, y su mujer una putana, y sus hijos unos bardajes» [182].

Esta pintura conviene exactamente con los puntos que del carácter veneciano trazó Cristóbal de Villalón:

---

179 Carta del Marqués de Villafranca al de Bedmar, año 1616. Codoin, XCVI, página 90.

180 Carta del Marqués de Villafranca al Rey, año 1617. Codoin, XCVI, página 253.

181 *Marcos de Obregón*, III, 8. Clás. Cast., LI, pág. 200.

182 *Marcos de Obregón*, III, 8. Clás. Cast., LI, pág. 203.

«Diremos de ella (Venecia) que es la más rica de Italia y la mayor y de mejores casas, y muchas damas; aunque la gente es algo apretada, en el gastar y comer son muy delicados; todo es cenar ellos y los florentinos ensaladitas de flores y todas yerbecitas, y si se halla barata una perdiz, la comen, o gallina; de otra manera, no» [183].

Otro viajero de aquel tiempo viene a confirmarnos este carácter de vividores que manifestaban los venecianos. Oigamos esta relación:

«Llegamos a aquella famosa ciudad, tal que acertó el que dijo: "Venecia, quien no te ve no te precia", porque es casi inimaginable su grandeza, hermosura y riqueza. En llegando, nos dieron libertad; vimos todo lo que hay que ver en ella: sus muchas reliquias y cuerpo del glorioso Evangelista San Marcos; una de las mayores grandezas que tiene y que en el mundo hay es el tesoro de San Marcos, que decían valía entonces más de treinta millones.

Aunque es cosa menuda, referiré lo que allí vi, porque puede servirse de ejemplo para muchos que lo poco no estiman y así no vienen a tener mucho. Fué el caso que estando en una tienda de un veneciano, mercader riquísimo, pues tenía ochenta mil ducados de hacienda y no menos que ochenta años también de edad, el cual estaba sentado a la mesa en una sala trastienda con su mujer y tres hijas, llegó un muchacho con una moneda por especias, que su valor era menos que una blanca, y se levantó y la dio, de que todos aquellos caballeros se admiraron; y preguntándole cómo siendo hombre tan rico y poderoso se levantaba de la mesa por interés de cosa tan pequeña, respondió él estas palabras: "¡Ah, españoles, que despreciáis lo poco y así no sabéis guardar ni tener! De esta manera he ganado yo lo que tengo y lo he dado a otros tres hijos que he puesto en estado. De esta suerte se adquiere que, gastar y no guardar, no procurar adquirir y adquirido no conservarlo, esto empobrece a los hombres, y en particular a vosotros, los españoles,

183 Cristóbal de Villalón, *Viaje de Turquía*, coloq. VII. N. B. A. E., II. página 95-*b*.

que todo se os va en juegos y devaneos." Esto nos dijo el veneciano, donde nos hizo caer en la cuenta que quien guarda halla, que quien tiene retiene y quien hace caso de muchos pocos viene a tener después lo que ha menester» [184].

Para acabar de formarnos idea de hasta qué punto llegaba en España el concepto de la falsía veneciana, basta leer el siguiente infundio recogido en los *Avisos* de Pellicer, uno de los analistas más graves del siglo XVII:

«Sábese también que los venecianos, habiendo comprado la paz con él a dinero, ordenaron a su Maestre de Secca (que es como su Tesorero y Acuñador mayor) labrase la moneda falsa en que habían de contribuirle la suma del concierto; la cual le enviaban ya en sus galeras: pero que, temerosa la República de que se conociese el engaño y burla tan pesada, y de caer por ella en la indignación de aquel bárbaro Sultán, enviaron en su alcance otras con buena moneda y de ley: y que entonces les cogió la nueva de su muerte, con que han sobreseído en la paga; esperando que los hijos pequeños que deja y sus Visires y Bajaes causen alguna turbación en su Imperio» [185].

MILANESES Y FLORENTINOS

Estas dos ciudades-estados tuvieron su retrato moral en la conciencia española. Aunque los textos no son muy abundantes, todavía podemos reconstruir los rasgos principales de ese retrato.

Empecemos por Milán, cuyas manufacturas de sedas, rajas, tapices y pasamanerías ataviaban en el siglo XVII personas y moradas españolas.

Fernández Navarrete expresó este juicio acerca de los de Lombardía:

«Es gente muy cándida, de buenas costumbres y grandes trabajadores» [186].

---

184 Ordóñez de Ceballos, *Viaje del Mundo*, III. N. B. A. E., II, pág. 279-*b*.

185 *Avisos*, de Pellicer, 17 abril 1640.

186 Fernández Navarrete, *Conservación de Monarquías*. Madrid, 1625, discurso XVII.

De los habitantes de la capital del Milanesado emitió esta opinión Suárez de Figueroa:

«Los milaneses, menos interesables y astutos que otros, ponen su felicidad en banquetes, festines, máscaras y en gozarse con semejantes deleites. Por esta razón, en saliendo de sus casas, sufren menos y sienten más que otras naciones las incomodidades, particularmente de la guerra. Es gente más tratable que la de Génova, de más blandura, de más sinceridad, causa de ser más segura su prática» [187].

También Cervantes, haciendo el elogio de Milán, alaba «la agudeza del ingenio de sus moradores», y cita como en comprobación:

«La Academia de los Entronados, que estaba adornada de eminentísimos académicos, cuyos sutiles entendimientos daban que hacer a la fama a todas horas y por todas las partes del mundo» [188].

De sus mujeres no tenemos noticias muy satisfactorias:

«Las damas de Milán —dice Cristóbal de Villalón— son feas como la noche» [189].

En cambio, la ciudad y el conjunto de sus habitantes arrancó a la musa de Tirso estos ditirambos:

Vimos al mundo en Milán
abreviado, su riqueza,
las armas que se la dan,
su apacible fortaleza,
tanto español capitán,
tanto príncipe de fama,
tanto caballero y dama,
tanto mercader copioso,
tanto edificio suntuoso,
que, no obstante que se llama
Milán, por ser de la tierra
el epílogo, me fundo

187 Suárez de Figueroa, *El pasajero*, I. Renac., pág. 11.
188 Cervantes, *Persiles*, III, 19.
189 *Viaje de Turquía*, coloquio VII. N. B. A. E., II, pág. 104-*a*.

en decir que en paz y en guerra
es escritorio del mundo
donde sus joyas encierra [190].

También Florencia gozó de la admiración de nuestros clásicos. Elogios encendidos le dedican el autor de *Estebanillo González* [191], Mateo Alemán [192], Lope de Vega [193], Cervantes [194], etcétera. Expresando todos lo que Montalbán concreta en estos versos:

LUCINDO. *Bella ciudad es Florencia.*
MARQUÉS. *No la tiene el mundo igual;*
Pero vame en ella mal.
LUCINDO. *¡Qué edificios! ¡Qué opulencia!* [195].

Los caracteres de los florentinos los describió Mateo Alemán en el siguiente párrafo:

«Con justísima razón se llamó Florencia, como flor de las flores y flor de toda Italia, y donde florecen más tantas cosas en junto y cada una en singular: las artes liberales, la caballería, las letras, la milicia, la verdad, el buen proceder, la crianza, la llaneza, y, sobre todo, la caridad y amor para con forasteros. Ella, como madre verdadera, los admite, agrega, regala y favorece más que a sus propios hijos, a quien a su respeto podrán llamar madrastra. El tiempo que allí residí, vine a inferir por los efectos las causas, conociendo cuáles eran los habitadores, por la política con que son gobernados, y en la observancia que a sus leyes tienen, y en cuán inviolablemente son guardadas. Allí verdaderamente se saben conocer y estimar los méritos de cada uno, premiándolos con justas y debidas honras, para que se animen todos a la virtud, y no estimen los prínci-

190 *Quien da luego, da dos veces*, I. N. B. A. E., IX, pág. 543-*a*.
191 *Estebanillo González*, XI. Rivad., XXXIII, pág. 350-*b*.
192 Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, II, II, 1. Rivad., III, páginas 288, 289-*a*.
193 Lope, *La devoción del rosario*, I. R. Acad., II, pág. 93.
194 *El Licenciado Vidriera*. Clás. Cast., XXXVI, pág. 26.
195 J. Pérez de Montalbán, *Cumplir con su afición*, II. Rivad., XCV, página 557.

pes a pequeña gloria que deben conocerla por la mayor que se les puede dar, cuando se dice de ellos que con sus famosas obras compiten las de sus vasallos. Conocí juntamente ser verdad lo que me había referido Sayavedra, cerca de los ánimos encontrados: allí vi algo de lo mucho que sobra en otras partes, invidia y adulación, que todo lo andan, y siempre residen donde hay deseos de privanzas, y por acrecentarlas, en grave daño de todos, unos y otros. Finos contadores de lo ajeno, lindos geómetras para delinear lo que cada uno puede y lo que no puede. Quédese aquí esto, que pues con tanta perfección se ha pintado una ciudad tan ilustre y generosa, no ha sido buena consideración haberla tiznado con un borrón tan feo» [196].

Lo de ser *finos contadores de lo ajeno*, etc., parece que viene a comprobarlo una anécdota de la *Floresta* de Francisco Asensio, que dice así:

«Nicolás Strozzi, mercader romano, y muy rico, hallándose un año en Florencia en el tiempo de melones, cuando los demás ciudadanos compraban uno por la mañana, él tomaba ocho o diez; de que admirados los florentinos, un amigo suyo, no pudiendo contenerse de llamarlo una mañana, y reprehenderle la mucha costa, respondió: "Esto que yo hago me da muchísima ganancia; porque comiéndome los buenos, doy el resto a muchísimos galápagos que tengo en el huerto." "¿Y qué sacáis de eso", replicó el amigo. "Mucho —respondió Nicolás—; porque esta ciudad de Florencia engendra gran número de tísicos, que no procede de otra cosa que de los cuidados agenos, y los galápagos son buenos para semejante mal; y todos aquellos que desean el alivio, caen en mis manos, y se los vendo por lo que quiero; y tengo esperanza no pasará mucho tiempo, que aun vos caigáis en mis manos» [197].

Cristóbal de Villalón los califica de laboriosos y demasiado económicos:

«Veréis una cosa —dice— que os espantará, y es que si no es el día de fiesta, ninguna casa de principal ni rico veréis abier-

---

196 Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, II, II, 1. Rivad., III, pág. 289-*b*.
197 F. Asensio, *Floresta Española*. Biblióf. Madril., III, pág. 250.

ta, sino todas cerradas, con ventanas y todo, que os parecerá ser inhabitada.

JUAN.—¿Pues dónde están?, ¿qué hacen?

PEDRO.—Todos metidos en casa, ganando lo que aquel día han de comer, aunque sean hombres de cuatrocientos mil ducados, que hay muchos de ellos; quién escarmenando lana con las manos, quién seda; quién hace esto de sus manos, quién aquello, de modo que gane lo que aquel día ha de comer; que tampoco es menester mucho, porque todo es ensaladillas, como dije de los venecianos» [198].

LOS NAPOLITANOS

Nápoles, en el siglo XVII, estaba tan cerca de España, en concepto de todo el mundo, que para muchísima gente era tanto o más conocido que otras capitales de la misma península. Salas Barbadillo excitaba el apetito de verla con este reclamo:

«Entre tantas insignes, tiene (Italia) una ciudad bellísima: su nombre, Nápoles, y sus maravillas y grandezas innumerables, espaciosa en el sitio, fuerte y noble por los edificios; el mar la defiende y sirve, trayéndole por sus corrientes los tesoros y regalos que engendra el demás resto del mundo; el cielo la socorre y apadrina, y la tierra la trata con respeto y reverencia» [199].

Don Fernando de Zárate la ponderaba con no menores encomios:

Veréis esta gran ciudad,
A quien los antiguos dieron
Nombre de Augusta, pues es
La dama del universo.
Siempre fué Nápoles reina
De las ciudades, pues vemos

---

198 Cristóbal de Villalón, *Viaje de Turquía*, coloquio VII. N. B. A. E. II, pág. 97-*b*.

199 Salas Barbadillo, *La ingeniosa Elena*. Bibl. Román., núm. 149, página 104.

Que no hay en toda Europa
Sitio más hermoso y bello [200].

Tirso la hizo teatro de sus dos obras maestras: *El condenado* y *El burlador*, anverso y reverso de un mismo tema. Cristóbal de Villalón juntó curiosas noticias y alabanzas de Nápoles en su *Viaje de Turquía*, de donde tomamos este rasgo característico:

«Los napolitanos son de la más pulida y diestra gente a caballo que hay entre todas las naciones; y crían los mejores caballos; que lo de menos que les enseñan es hacer la reverencia y bailar» [201].

En fecto, los caballos napolitanos sonaron bastante en nuestra literatura, y Quevedo simbolizó en el caballo de Nápoles todos los vaivenes y vicisitudes de la política napolitana [202].

Digamos, por último, que hasta los refranes consagraron la belleza y la grandiosidad de esta antigua sede de los Virreyes españoles. Ordóñez de Ceballos nos lo revela cuando dice:

«Partimos a nuestras galeras, y en ellas a Nápoles, que es una grandísima y bella ciudad, y de tantos príncipes y titulados, que entonces entendí el dicho de la vieja que decía al Emperador: "Plega a Dios, hijo, que yo te vea Virrey de Nápoles." » [203].

Los napolitanos fueron calificados por Suárez de Figueroa de la siguiente manera:

«Los napolitanos, en general, no son aplicados a trabajo. Resisten y sufren poco. Son inclinados a ocio y vicio, a pasa-

200 *La presumida y la hermosa*, I. Rivad., XLVII, pág. 515-*b*. Entre otros muchos elogios, Vd. Luján de Saavedra, *Guzmán*, segunda parte. Rivad., III, pág. 373-*b*. Salas Barbadillo, *Loa*. N. B. A. E., XVIII, página 301-*b*. *Estebanillo González*, XIII. Rivad., XXXIII, págs. 366-*b* y 367-*a*. Moreto, *Los engaños de un engaño*, I. Rivad., XXXIX, pág. 527-*c*. A. de Rojas, *Viaje entretenido*, I. N. B. A. E., XXI, pág. 486-*b*, etc.

201 Cristóbal de Villalón, *Viaje de Turquía*, coloq. VII. N. B. A. E., II, página 91-*b*.

202 Vd. *La hora de todos*. Clás. Cast., XXXIV, pág. 151.

203 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del Mundo*. N. B. A. E., II, página 277-*a*.

tiempos y deleites. Conténtanse con poco, y los que no tienen para mantenerse, dan en ladrones; así, hay muchos, y no poco sutiles. Delicados en el sustento, apetecen más yerbecillas que cosas de dura digestión. Son litigiosos; y los plebeyos, más prontos de lengua que de mano. Con todo, de las naciones es la que con más conformidad y amor milita entre españoles» [204].

Gracián pone en el carácter napolitano una nota de insinceridad en sus palabras, análoga a la que se pone en el carácter de los del sur de España:

«El engaño trascendió toda la Italia, echando hondas raíces en los italianos pechos: en Nápoles hablando y en Génova tratando» [205].

No sé si tiene alguna relación con esta cualidad la creencia vulgar de que Judas era calabrés. Esta superstición aparece en obras de Lope, Tirso, Quevedo, Moreto, Góngora, La Chica y *Estebanillo González*, y tengo para mí que la falsía de Judas era en el siglo XVII un símbolo del carácter calabrés.

Los de Sicilia están moralmente retratados por Suárez de Figueroa en el pasaje siguiente:

«Los sicilianos son de ingenio agudo: certifícalo Arquímedes; elocuentes: muéstralo Gorgias Leontino; graciosos: por eso juzgados inventores de la comedia. Son deseosísimos de honra, y así, mártires de celos; dados al ocio y a placeres, porfiados, importunos, discordes. Dejan los tráfagos y ganancias a los forasteros, y si bien residen en medio del mar, valen poco universalmente en cosas marítimas» [206].

---

[204] Suárez de Figueroa, *El pasajero*, I. Renac., I, pág. 20.
[205] *El criticón*, I, 13. Renac., I, pág. 178.
[206] Suárez de Figueroa, *El pasajero*, I. Renac., pág. 23.

Capítulo XV

LOS FRANCESES

LOS FRANCESES EN ESPAÑA

Empecemos viendo qué clase de franceses eran los que de ordinario se ofrecían a la observación de los españoles, como objeto de juicio. Para esto, vamos a hacer desfilar los diversos tipos de franceses que andan por nuestra literatura dramática y novelesca, ejerciendo oficios mecánicos y despreciables, y a continuación vamos a procurar sorprender la opinión que los españoles se formaron de estos tipos.

Los oficios que los franceses venían a ejercer en España por esta época eran, principalmente, los que siguen:

a) Afiladores y cerrajeros.
b) Aguadores.
c) Castradores.
d) Titiriteros.
e) Buhoneros.
f) Pordioseros.

De toda esta fauna está poblada la literatura española del siglo XVII, y los textos que siguen darán una idea de cada una de sus clases.

a) Lope de Vega, encareciendo la epidemia de poetas que padecía su siglo, dice:

Que hay de ellos más en Castilla
Que cerrajeros gabachos [1].

En el entremés *Las Lenguas*, de Cáncer, sale a escena un amolador francés, «con su carretón», gritando en castellano incorrecto: «Amolar tijeros e cuchillos» [2].

Moreto saca igualmente a escena, entre el acompañamiento de la boda de un francés, uno de sus compatriotas, «con carretón de amolar tijeras y cuchillos» [3].

b) El tipo del francés aguador lo caricaturizó Moreto en el entremés que acabo de citar, que se titula así: *Del aguador*, cuyo retrato es el siguiente:

Yo tengo
Un francés lacayo en casa,
Que era aguador, y vivía
De echar dos cántaros de agua,
Y es tan discreto bellaco,
Que por su agudeza rara
Le di librea y me sirve [4].

En la comedia de Monroy y Silva *Las mocedades del Duque de Osuna*, pone el poeta en una cárcel de París a varios españoles. Entre ellos, un personaje histórico, *Afanador de Utrera* [5], el cual tiene con un preso el siguiente coloquio:

AFANADOR. *Seores franceses,*
den principio a lo propuesto.
Diga el hermano vejete.
VEJETE. *Yo, señores, me crié*
en España.
CARRILLO. *Tenga, espere.*

---

1 Lope, *La inocente sangre*, II. R. Acad., IX, pág. 180-*a*.
2 *Floresta de Entremeses*. Madrid, 1691, pág. 44.
3 Vd. *Rasgos del ocio*. Madrid, 1661, pág. 11.
4 Moreto, *Entremés del aguador. Rasgos del ocio*. Madrid, 1661, pág. 3.
5 Vd. sobre este curioso tipo el artículo de F. Rodríguez Marín, «Ensaladilla», en *Menudencias de varia, leve y entretenida erudición*. Madrid, 1923.

¿Fué amolador o aguador?
¿Vendió navajas, o peines?
PRESO 1.º *Señores, yo fuí en Sevilla,*
en casa del Asistente,
aguador de carretón,
pienso que catorce meses.
CARRILLO. *¡Que éstos se vayan a España,*
donde sin vergüenza venden
el agua que no nos llevan!
Cuando los viles franceses
llevaran agua de Francia,
vaya con Dios; mas ¡que intenten
que el agua que allá tenemos
nuestro dinero nos cueste!
PRESO 1.º *Soy asombro de París.*
CARRILLO. *¿Tan mala figura tienes?*
AFANADOR. *Don Miguel, ¿qué decís de esto?*
DON MIGUEL. *¿Que está diciendo no advierte*
que es su arrogancia enfadosa?
¿Cómo puede ser valiente
un hombre que fué aguador,
cargado ordinariamente
del carretón, como el otro
de la piscina? No piense
que está entre bobos [6].

c) El oficio de castrador lo ejercían los gascones, y ya tocaban el pito característico con que hoy se anuncian los del mismo gremio. Consta en este texto de Polo de Medina:

¿Qué más quiero yo que andarme
Muy a lo gascón mi capa,
Tocando de caponar,
Que a todos tiemblan las barbas? [7].

Moreto pone también entre la comparsa de franceses de todos oficios que sale en la boda del aguador unos «gabachos de

[6] Autor y obra citada, act. III. Rivad., XLIX, pág. 122-*b*.
[7] Polo de Medina, *Composiciones varias*. Rivad., XLIII, pág. 212-*b*.

los que tocan rabel por la calle»; los cuales son, indudablemente, los del oficio de castrar [8].

Cuando aquellas malas mujeres de la Segunda Parte del *Lazarillo* dan su merecido al hipócrita ermitaño, «la más vivaracha y desahogada dijo a las demás: "No sería malo llamar a Pierres el capador, para que lo hiciese músico"» [9].

d) Es de presumir, por el siguiente pasaje de Francisco Santos, que algunos franceses usurparon a los italianos la ocupación característica suya de titiriteros, pues disputando un español y un francés, se tercian estas razones:

«FRANCÉS.—Os parece a cualquier español que es poco un rey para vuestro porquerizo.

ESPAÑOL.—Así es. ¿Qué querríais, que nuestro real ánimo se abatiera a inventar un enjambre de títeres, y metidos en una caja, andar enseñando a muchachos, dando muchas voces, que vengan a ver el *mundi novo?* [10].

e) La granjería principal de los franceses en España era el comercio de mercería, ejercido, sobre todo, al por menor, y en cajas y puestos ambulantes. Eran, por antonomasia, *los buhoneros.* Se prevalían para ello de un defecto muy español: el de estimar las cosas extranjeras sobre las propias. Francisco Santos se queja de lo que ya en su tiempo él observaba.

Dice que el ingenio anda tan poco estimado «como las mercaderías de Castilla, que las chucherías francesas las han arrinconado» [11].

Sobre los buhoneros vamos a enhilar unos cuantos lugares de nuestros autores que nos revelan toda la variedad de sus mercancías.

Lope, en *El abanillo,* Jornada II, presenta a «Fabio, disfrazado de francés, con cajón de buhonería». Su principal mercancía son abanicos [12].

---

8 Vd. *Rasgos del ocio.* Madrid, 1661, pág. 11.

9 *Opus cit.,* cap. XVI. Rivad., III, pág. 128-*b.*

10 Francisco Santos, *La verdad en el potro.* Madrid, 1686, pág. 35.

11 Francisco Santos, *Los gigantones.* Madrid, 1666, pág. 124.

12 Ac. N. E., III, pág. 15-*b.*

En *La viuda valenciana,* Jornada I, salen varios gabachos vendiendo libros, estampas y pastillas de olor [13].

Moreto introduce otro criado tercerón, «disfrazado de buhonero gabacho, con una caja», que expone así sus artículos de venta:

Juan Fransué, siñora, soy.
¿Quién compra puntas, encojos,
Hilo de Flandros, culor,
Alfilerres, arracados,
Cintillus di risplandor?
Hilo, alfilerris, rosarius,
Peinis de corno, jibón
Estoraco, menjoin,
Puntas de Flandros, olor [14].

Tirso nos revela hasta dónde se extendía este pequeño comercio francés y cuál es el origen de esa gran industria científica de la odontología moderna. Asistamos a la siguiente escena:

ALBERTO. *¿Quién llamaba aquí al francés?*
LEONELA. *Aquí, nadie.*
ALBERTO. *¿Es menester*
poner postizo algún diente?
Haréle naturalmente,
sin que al dormir o al comer
sea menester quitalle
ni haya quien la falta vea
por más curioso que sea,
aunque se llegue a miralle.
MARGAR. *Gracias a Dios y al cuidado*
buana dentadura tengo.
ALBERTO. (A Leonela.) *Señora hermosa, no vengo*
en balde. ¿Cómo ha dejado
criar ahí tanta toba?
¡Jesús, qué perdida está

13 R. Acad., XV, pág. 503.
14 *Travesuras de Pantoja,* II. Rivad., XXXIX, pág. 397-*b*.

la dentadura.
LEONELA. *Será*
porque soy tan grande boba
que nunca cuido de mí.
ALBERTO. *Mas ¿por qué come a menudo*
confitura del desnudo?
LEONELA. *Si es del amor, así, así.*
ALBERTO. *Pues verá en distancia poca*
cuál la dejo; asiéntese,
la toba la quitaré.
LEONELA. *¡Ay, Jesús! ¿Hierro en mi boca?*
Váyase con Dios, hermano.
Quítese allá.
ALBERTO. *Pues ¿rehusa*
lo que la importa, y no excusa,
el remedio de mi mano?
Si quiere no desdentarse,
que la toba limpia y come
los dientes, ha de estregarse
al levantarse muy bien,
enjugándose con vino
y con un paño de lino
hasta que enjutos estén;
que, como tenga cuidado,
brevemente encarnarán
y de marfil quedarán.
LEONELA. *¿Cuánto vale?*
ALBERTO. *Un ducado;*
pero sírvase con ellos,
no riñamos por el precio.
LEONELA. *No es el mercero necio.*
ALBERTO. *Para enrubiar los cabellos*
tengo una raíz famosa.
MARGAR. *Fueme el cielo tan propicio,*
que sin buscar artificio
los tengo cual veis.
ALBERTO. *Hermosa*
sois, señora, por el cabo [15].

[15] Tirso, *Quien no cae no se levanta*, I. N. B. A. E., IX, pág. 145-*a*.

Tirso aprovecha en otra comedia el recurso del tercerón disfrazado de Juan Francés, revelándonos hasta la región de donde solían proceder:

Vino en mercero gascón,
Con una caja a la espalda,
Imitando oficio y voz [16].

Don Jerónimo de Cáncer saca a escena un francés «con caja y vara» (de medir), pregonando estos artículos: «Hilo de Flandes, ruan, holanda» [17].

Según el texto antes citado de Monroy y Silva, y un pregón de buhoneros, que leemos en la colección de entremeses titulada *Rasgos del ocio*, vendían también peines y navajas.

Otro extremo de estos gabachos trashumantes era comprar o trocar por sus mercancías los galones viejos de oro y plata, que tan pródigamente adornaban los vestidos de la época. Dice a este propósito Francisco Santos:

«Ya sólo priva la ambición y robo, y por guarnición de la más vil fregona el franjón de oro y plata, que a medio rozar va a parar en las manos del francés que vende por las calles hilo de Flandes» [18].

Aunque han pasado los Reyes,
A dar aguinaldo salen
A todas las damas, dos
Monsiures Hilos de Flandes.
Muy cargados de bon vin
Más que de puntas y encajes;
Con los tragos que han bebido
Pasos de garganta hacen [19].

16 Tirso, *Por el sótano y el torno*, II. Rivad., V, pág. 237-*b*.

17 Vd. *Floresta de Entremeses*. Madrid, 1691, pág. 44. El mismo tipo francés en *Entremés famoso de la sacadora. Ociosidad entretenida*. Madrid, 1668, págs. 34 y 46.

18 Francisco Santos, *Los gigantones*. Madrid, 1666, pág. 149.

19 Lanini, *Baile de los hilos de Flandes. Migajas del ingenio*. Zaragoza, s. a., pág. 28.

Por todo lo dicho podríamos creer que no existían en España más que comerciantes franceses en pequeño. Pero Castillo Solórzano nos deja ver que estos buhoneros se surtían de otros comercios más fuertes de franceses establecidos en la corte. Éste es el pasaje revelador:

«Éste era natural de Gascuña, en Francia, a quien en nuestra España llamamos "gabachos". Había sido ocupado en el oficio de buhonero, trayendo caja y vendiendo por la corte; proveíale su casa un francés rico, que tenía tienda de por junto, con el cual había ganado tanto crédito que le fió más de lo que fuera bien» [20].

Por una noticia de los *Avisos* de Barrionuevo venimos en conocimiento del grado a que llegaba el acaparamiento del comercio francés en la corte de España. Dice así:

«Vaya una cosa ridícula. Mire Vm. cómo está el mundo, que hay en Madrid un francés, ya naturalizado por acá, que ha estancado las escobas para que nadie sino él las pueda vender, y da por esto al Rey cada año una suma muy grande. No me espanto, que hay mucho que limpiar si se barriera de veras» [21].

La legislación contemporánea presenta huellas del paso de estos mercaderes por España, y aparte del pésimo concepto que de ellos nos revelan, y que después veremos, nos enteran de la diversidad de artículos de quincalla que traían. Dice así una ley de Felipe II, dada en 1593:

«Prohibimos y mandamos que no se puedan meter en estos reinos de fuera de ellos, vidrios y muñecas y cuchillos ni otras bujerías semejantes, ni cosas de alquimia y oro bajo de Francia, brincos, engaces, filigranas, rosarios, piedras falsas y vidrios teñidos, cadenas, cuentas y sartas de todo esto y de pastas falsas, ni leonadas ni azules que llaman de agua marina. Y asimismo mandamos que no haya buhoneros franceses y extranjeros que las vendan en tiendas de asiento, ni por las calles, ni

20 Castillo Solórzano, *La niña de los embustes*. Madrid 1906, pág. 26.
21 *Avisos*, de Barrionuevo, 27 septiembre 1656.

anden en estos reinos con estos achaques vendiendo alfileres, peines ni rosarios»[22].

f) Todavía andaba por España otra clase de franceses que acababa de colmar la medida en punto al desprecio y bajo concepto que de ellos tuvieron los españoles. Eran los mendigos que, peregrinando o bribando, ofrecían un miserable espécimen de la nación vecina. No eran los franceses los únicos de este género; pero, sin duda, eran los más numerosos y llamativos. Ya Fernández Navarrete exponía al Rey, en 1625, que había venido a España «toda la inmundicia de Europa, sin que haya quedado en Francia, Alemania, Italia y Flandes, y aun en las islas rebeldes, cojo, manco, tullido ni ciego que no se haya venido a Castilla»[23].

En efecto, *Estebanillo González* presenta a un francés en compañía de un genovés, haciendo la vida que este pasaje deja entrever:

«Juntéme en ella con dos devotos peregrinos, que hacían el propio viaje, y eran, cuando no de mi cantidad, por lo menos de mi calidad y costumbres. Era el uno francés, y el otro genovés, y yo gallego romano; y todos tan diestros en la vida poltrona, que podíamos dar papilla al más entendido gitano; y en efecto trinca, que se escaparon muy pocos de nuestras garatusas. A las primeras vistas nos conocimos los humores, como si nos hubiéramos criado juntos; y al fin, por conformidad de estrellas o concordancia de inclinaciones, hicimos liga y monipodio de ir a pérdida y ganancia en todos lances que nos podían suceder en esta jornada, guardando las leyes de buena compañía; y para que mejor las observásemos, el genovés, como hombre más experimentado, con tono fraternal nos informó en las ceremonias y puntos de la vida tunante»[24].

A los pocos pasos encontramos en la misma novela otro «mozuelo, de nación francés, que andaba bribando por todo

---

22 *Nueva Recop.* Libr. VI, tít. XVIII, ley 59 (1593).

23 Fernández Navarrete, *Conservación de Monarquías.* Madrid, 1625, discurso IX.

24 *Estebanillo González.* Rivad., XXXIII, pág. 303-*b.*

el reino y era uno de los más taimados y diestros en aquel oficio».

«Juntéme en esta villa con un mozuelo, de nación francés, que andaba bribando por todo el reino, y era uno de los más taimados y diestros en aquel oficio; que aunque es tan humilde y tan desdichados los que lo usan, tiene más malicias y hay en él más astucias, ardides y engaños que un preñado paladino. Descubrióme, por habérsele ido un alatés suyo, el modo de su gandaya, el provecho que sacaba de ella y de la suerte que disponía su enredo; pidióme que le ayudase. Prometióme el tercio de lo que adquiriera, después de pagados los gastos; y al fin me redujo a su gusto. Llegamos cerca de Évora, ciudad, en tiempo que hacía muy grandes fríos, y antes de entrar en ella se desnudó mi Juan Francés un razonable vestido que llevaba, y, quedándose en carnes, abrió una talega de motilón mercenario, sacó de ella una camisa hecha pedazos, la cual se puso, y un joboncillo blanco con dos mil aberturas y banderolas, y un calzón blanco con ventanaje de alcázar, con variedad de remiendos y diferencias de colores, y entalegando sus despojos, quedó como Juan Paulin en la playa, entrándose de aquella suerte en la ciudad, y habiéndome dejado antes la cumplida talega, y advirtiéndome que entrase por otra puerta y le esperase en el hospital. Obedecíle, y hice lo que me mandaba, reconociendo superioridad, por ser el autor de aquella máquina picaril. Iba por las calles mi moderno camarada haciendo lamentaciones que enternecían a las piedras, dando sombreradas a los paseantes, haciendo reverencias a las puertas y cortesías a las ventanas, y dando más dentelladas que perro con pulgas. Descubría los brazos, echaba al aire las pechugas y mostraba los desnudos pies. Unas veces lloraba, suspiraba, y jamás cesaba de referir su miseria y desnudez»[25].

Gente de esta calaña debieron dar nombre a la sopa que se repartía de limosna en los conventos, pues Lope emplea esta frase:

---

[25] *Estebanillo González.* Rivad., XXXIII, pág. 305-*a*.

Andar a la sopa francesa [26].

Estos peregrinos se caracterizaban, entre otras cosas, por llevar los niños metidos en las alforjas [27].

Conocemos además el modo de pedir de estos franceses. Mateo Alemán nos ha dicho ya, en un lugar antes copiado, que «los franceses piden rezando». A lo cual añade Francisco Santos que los ha visto «llorar cuando piden» [28].

Igualmente da idea de la forma de mendigar de estos pordioseros el siguiente texto:

«Entró en la tienda haciendo grandes zalameas y humillaciones que parecía francés pobre que pedía limosna en tierras extrañas» [29].

En esto, los franceses propiamente dichos se distinguían de los naturales de una región, hoy francesa, pero apartada entonces por vicisitudes históricas de la corona de Francia. Nos referimos a la Borgoña, de la cual tenemos este pasaje, que dice, hablando de una comparsa estudiantil:

«Antes que hiciesen sus paradas, cantaban a bulto, como borgoñeses pordioseros» [30].

CONCEPTO DE LOS FRANCESES

Veamos ahora la opinión que los españoles se formaron de los hijos de Francia. Este capítulo tendrá dos partes. En primer lugar, examinaremos varios juicios de estos oficios y negocios explotados por los franceses que acabamos de des-

---

26 Lope, *Juan de Dios y Antón Martín*, II. R. Acad., V, pág. 167-*a*.

27 Tirso, *Antona García*, III. N. B. A. E., IV, pág. 640-*b*.

28 *Periquillo el de las gallineras*. Valencia, 1704, pág. 249.

29 *Cautiverio y trabajos de Diego Galán*. Biblióf. Esp., XXXVII, pág. 31.

30 *La pícara Justina*, I, II, 1. Rivad., XXXIII, pág. 87-*a*. Cervantes también menciona peregrinos que piden limosna cantando de esta forma, pero sin indicar la nacionalidad. Vd. *Quijote*, II, 54.

cribir, y luego, a continuación, analizaremos un juicio más general y elevado sobre el carácter psicológico de Francia.

Nunca tuvieron los españoles buena idea de estos extranjeros, y sobre los amoladores, especialmente, tenían bastantes reservas. Mira de Amescua puso en escena uno de ellos con esta confesión:

Yo anduve con una muela,
Cantarillo y carretón.
«Amolar cuchí», decía,
Y con esto eché sin cuenta
A perder cuanta herramienta
En la pobre España había[31].

Y Rojas Zorrilla remachaba el mismo concepto en estos versos:

Porque vió, cuando llegaba,
dos gabachos que allí había,
que uno cuchillos vendía
y el otro los amolaba,
dijo: «¡Que ninguno entienda
treta tan fácil de ver!»
Este los echa a perder
para que el otro los venda;
pero una sentencia pía
dió al amolador primero.
CONDE. *¿Qué es?*
CARDONA. *Que amuele al compañero*
los cuchillos que vendía[32].

Y D. Alvaro Cubillo de Aragón:

Para hacer daños,
Amolador he sido muchos años.
Y volví a Francia llenos los bolsillos,
De vender fuelles y amolar cuchillos[33].

---

31 *Galán, valiente y discreto.* Rivad., XLV, pág. 46-*b*.
32 *Caín de Cataluña,* I. Rivad., LIV, pág. 272-*a*.
33 *Hechos de Bernardo del Carpio,* I. Rivad., XLVII, pág. 100-*c*.

De la buhonería francesa expresó este juicio Saavedra Fajardo:

«Francia no tiene minas de plata ni oro, y con el trato y pueriles invenciones de hierro, plomo y estaño hace preciosa su industria y se enriquece» [34].

Quevedo escribió una de sus páginas más agresivas a propósito de estos franceses, destacando, como todos sus contemporáneos, el aspecto económico del problema:

«XXXI. Venían tres franceses por las montañas de Vizcaya a España: el uno con un carretoncillo de amolar tijeras y cuchillos por babador; el otro, con dos corcovas de fuelles y ratoneras, y el tercero, con un cajón de peines y alfileres. Topólos en lo más agrio de una cuesta descansando un español que pasaba a Francia a pie, con su capa al hombro. Sentáronse a descansar a la sombra de unos árboles. Trabaron conversación. Oíanse tejidos el *hui, monsiur* con el *pesia tal* y el *par ma foi* con el *voto a Cristo*. Preguntado por ellos el español dónde iba, respondió que a Francia, huyendo, por no dar en manos de la justicia, que le perseguía por algunas travesuras; que de allí pasaría a Flandes a desenojar los jueces y desquitar su opinión, sirviendo a su Rey; porque *los españoles no sabían servir* a otra persona en saliendo de su tierra. Preguntado cómo no llevaba oficio ni ejercicio para sustentarse en camino tan largo, dijo que *el oficio de los españoles era la guerra*, y que los hombres de bien, pobres, pedían prestado o limosna para caminar, y los ruines lo hurtaban, como los que lo son en todas las naciones, y añadió que se admiraba del trabajo con que ellos caminaban desde Francia por tierras extrañas y partes tan ásperas y montuosas, con mercancía, a riesgo de dar en manos de salteadores. Pidióles refiriesen qué ocasión los echaba de su tierra y qué ganancia se podían prometer de aquellos trastos con que venían brumados, espantando con la visión mulas y rocines y dando qué pensar a los caminantes desde lejos. El amolador, que hablaba el castellano menos zabucado de gabacho, dijo:

[34] Saavedra Fajardo, *Empresas*, XLVIII. Rivad., XXV, pág. 187-*a*.

—Nosotros somos gentilhombres malcontentos del Rey de Francia; hémonos perdido en los rumores, y yo he perdido más por haber hecho tres viajes a España, donde, con este carretoncillo y esta muela sola he mascado a Castilla mucho y grande número de *pistolas*, que vosotros llamáis doblones.

Acedósele al español todo el gesto, y dijo:

—Arrebócese su sanar de lamparones el Rey de Francia si sufre por malcontentos *merca fuelles y peines y alfileres y amoladores.*

Replicó el del carretón:

—Vosotros debéis mirar a los amoladores de tijeras como a flota terrestre, con que vamos amolando y aguzando más vuestras barras de oro que vuestros cuchillos. Mirad bien a la cara a ese cantarillo quebrado, que se orina con estangurria, que él nos ahorra, para traer la plata, de la tabaola del Océano y de los peligros de una borrasca, y con una rueda, de velas y pilotos. Y con este edificio de cuatro trancas y esta piedra de amolar, y con los peines y alfileres derramados por todos los reinos, aguzamos, peinamos y sangramos poco a poco las venas de las Indias. Y habéis de persuadiros que no es el menor miembro del tesoro de Francia el que cazan las ratoneras y el que soplan los fuelles.

—Voto a Dios —dijo el español— que, sin saber yo eso, echaba de ver que con los fuelles nos llevábades el dinero en el aire, y que las ratoneras, antes llenaban vuestros gatos que disminuían nuestros ratones. Y he advertido que, después que vosotros vendéis fuelles, se gasta más carbón y se cuecen menos las ollas, y que después que vendéis ratoneras, nos comemos de ratoneras y de ratones, y que después que amoláis cuchillos, se nos toman y se nos gastan, y se nos mellan y se nos embotan las herramientas, y que, amolando cuchillos, los gastáis y echáis a perder, para que siempre tengamos necesidad de compraros los que vendéis. Y ahora veo que los franceses sois los piojos que comen a España por todas partes, y que venís a ella en figura de bocas abiertas, con dientes de peines y muelas de aguzar, y creo que su comezón no se remedia con rascarse, sino que antes crece, haciéndose pedazos con

sus propios dedos. Yo espero en Dios he de volver presto y he de advertir que no tiene otro remedio su comezón sino espulgarse de vosotros y condenaros a muerte de uñas. Pues, ¿qué diré de los peines, pues con ellos nos habéis introducido las calvas, porque tuviésemos algo de Calvino sobre nuestras cabezas? Yo haré que España sepa estimar sus ratones y su caspa y su moho, para que vais a los infiernos a gastar fuelles y ratoneras.

En esto los cogió la *hora*, y desatinándole la cólera, dijo:

—Los demonios me están retentando de mataros a puñaladas y abernardarme y hacer Roncesvalles estos montes.

Los bugres, viéndole demudado y colérico, se levantaron con un zurrido *monsiur*, hablando galalones, pronunciando el *mondiu* en tropa y la palabra *coquin*. En mal punto la dijeron, que el español, arrancando la daga y arremetiendo al amolador, le obligó a soltar el carretoncillo, el cual, con el golpe, empezó a rodar por aquellas peñas abajo, haciéndose andrajos. En tanto, por un lado el de las ratoneras le tiró un fuelle; mas, embistiendo con él a puñaladas, se los hizo flautas y astillas las ratoneras. El de los peines y alfileres, dejando el cajón en el suelo, tomó pedrisco. Empezaron todos tres contra el pobre español y él contra todos tres a descortezarse a pedradas: munición que a todos sobra en aquel sitio, aun para tropezar. De miedo de la daga, tiraban los gabachos desde lejos. El español, que se reparaba con la capa, dió un puntapié al cajón de alfileres, el cual, a tres calabazadas que rodando se dió en unas peñas, empezó a sembrar peines y alfileres, y viéndole disparar púas de azófar, hecho erizo de madera, dijo:

—Ya empiezo a servir a mi Rey.

Y viendo llegar pasajeros de a mula que los despartieron, les pidió le diesen fe de aquella victoria que a fuer de espulgo había tenido contra las comezones de España. Riéronse los caminantes sabida la causa, y, llevándose al español a las ancas de una mula, dejaron a los franceses ocupados en dar tapabocas a los fuelles, y bizmar las ratoneras, y remendar el carretón, y buscar los alfileres, que se habían sembrado por aque-

llos cerros. El español, desde lejos, yendo caminando, les dijo a gritos:

—Gabachos, si son malcontentos en su tierra, agradézcanme el no dejar de ser quien son en la mía».

Gracián también se hace eco de la opinión corriente sobre estos roedores de la hacienda española en el siguiente pasaje:

«¡Oh madrastra nuestra, y madre de los españoles! ¡Cómo te sangras en salud! ¿Es posible que, siendo la Francia la flor de los reinos, por haber florecido siempre en todo lo bueno, desde el primer siglo hasta hoy, coronada de reyes santos, sabios y valerosos, silla un tiempo de los romanos pontífices, trono de la tetrarquía, teatro de las verdaderas hazañas, escuela de la sabiduría, engaste de la nobleza y centro de toda virtud, méritos todos dignos de los primeros favores y de inmortales premios; es posible que, dejándonos a nosotros con las flores, les des a los españoles los frutos? ¿Qué mucho hagamos extremos de sentimiento contigo, si tú con ellos haces excesos de favor?

Dísteles las unas y las otras Indias, cuando a nosotros una Florida en el nombre, que en la realidad es muy seca. Y como, cuando tú comienzas a perseguir a unos y favorescer a otros, no paras hasta que apuras, has llegado a verificar con ellos los que antes se tenían por entes de quimera, haciendo prácticos los mismos imposibles, como son ríos de plata, montes de oro, golfos de perlas, bosques de aromas, islas de ámbares. Y, sobre todo, los has hecho señores de aquella verdadera cucaña, donde los ríos son de miel, los peñascos de azúcar, los terrones de bizcocho. Y con tantos y tan sabrosos dulces dicen que es el Brasil un paraíso confitado. Todo para ellos y nada para nosotros. ¿Cómo se puede tolerar?

¿No digo yo, exclamó la Fortuna, que vosotros sois unos ingratos sobre necios? ¿Cómo que no os he dado las Indias? ¿Eso podéis negar con verdad? Indias os he dado y bien baratas y aun de mogollón, como dicen, pues sin costaros nada.

Y si no, decidme: ¿Qué Indias para Francia, como la misma España? Venid acá: lo que los españoles ejecutan con los indios, ¿no lo desquitáis vosotros con los españoles? Si ellos

los engañan con espejillos, cascabeles y alfileres, sacándoles con cuentas los tesoros sin cuento, vosotros con lo mismo, con peines, con estuchitos y con trompas de París, ¿no les volvéis a chupar a los españoles toda la plata y todo el oro, y esto sin gastos de flotas, sin disparar una bala, sin derramar una gota de sangre, sin labrar minas, sin penetrar abismos, sin despoblar vuestros reinos, sin atravesar mares?

Andá y acabá de conocer esta certísima verdad y estimadme este favor. Creedme que los españoles son vuestros indios y tan desinteresados, que con sus flotas os traen a vuestras casas la plata ya acendrada y ya acuñada, quedándose ellos con el vellón y bien trasquilados» [35].

Francisco Santos resume la parte descriptiva del comercio francés y la parte crítica que hemos visto en Quevedo y en Gracián. La cita es algo larga, pero sumamente interesante para nuestro objeto:

«Plantando una tienda el francés, sin más abrigo que arrimada a un árbol, empezó a colgar trastos, a la música de su cansado silbo; eran las mercaderías trompas de París: alfileres, peines, cintillas para pelendengues, flautas y silbatos; y apenas abrió su feria, cuando rodearon la tienda infinitas personas, y a breve rato le cambiaron sus inútiles y viles trastos a reales de a ocho, y el poco vellón que había cogido lo trocó a plata, diciendo: "Tomad, cuitados españoles, ese vellón, que bien trasquilados quedáis a nuestras manos; mañana veréis lo que halláis de todo cuanto habéis comprado con la plata que tanto os cuesta; que fuera del gasto de flotas, balazos, sangre, labrar minas, penetrar abismos, atravesar mares..., fuera de todo esto, despobláis vuestras casas y patrias, los más valientes españoles que vió el mundo, pues este viaje no es para gallinas; de todo esto nos excusamos los franceses, pues sin gastar un real en galas o sustento, venimos a vuestra España, o a nuestras Indias, donde hallamos la plata acendrada y acu-

---

35 Quevedo, *La hora de todos.* Clás. Cast., XXXIV, pág. 175. Gracián, *Criticón,* II, 3. Renac., I, pág. 234.

ñada, que se viene a los ojos, y con inútiles trastos os engañamos como a indios.

—Monsiur, verdad has dicho; pero también confesarás la vil esclavitud que tenéis entre nosotros... Busca españoles en Francia que se apliquen a tahoneros, a amoladores, roperos de viejo o engañadores del mundo y encubridores de cosas; folleros y silleros de palma y criado de mesoneros; que los muy estirados cargáis con la tienda a cuestas. Y no quiero deciros cosas más graves» [36].

Mas *a grandes cautelas, cautelas mayores,* decía el ladino marqués de Belmonte. Cuéntase por Tirso de Molina que este buen marqués acogía en su castillo, puesto en el camino de Francia, a todos los franceses que, después de haber trabajado varios años por España, volvían a su tierra, y les ofrecía cordial hospitalidad. Cuando los tenía instalados, mandaba despojarlos de sus vestidos y zapatos recosidos y remendados y darles otros nuevos por agasajo. De este modo, el marqués se quedaba con todas las ganancias de los gabachos, que, convertidas en oro, iban entre los forros de la ropa y entre las suelas de los zapatones para poder sacarlo de España. A esto, que debía ser conseja bastante conocida, aludió Cervantes en *La Gitanilla.*

Los *Avisos* de Barrionuevo nos informan de otro modo de sacar el oro de entre las garras, valga el eufemismo, de los franceses:

«Han cogido dos carretoncillos de oro de 100 doblones que llevaban dos franceses por calas en las puertas falsas en Irún, a la entrada de Francia. Soy testigo de haberlos visto traer al Consejo, que, aunque sacados del muladar, en efecto, es oro. Acusólos otro compañero porque riñeron. Apretáronles las cinturas, y con esto y el peso, los soltaron y dejaron caer» [37].

Aparte de la opinión expresada en las obras literarias, las leyes y el Gobierno de Madrid, con sus disposiciones diversas

---

[36] Francisco Santos, *La verdad en el potro.* Madrid, 1686, pág. 6.
[37] *Avisos,* de Barrionuevo, 25 octubre 1656.

y repetidas contra el comercio francés, nos ayudan a reconstruir el sentir general de la época.

Una pragmática de 1657 renovó las antiguas prescripciones sobre buhoneros, y el cronista Barrionuevo nos da noticia del rumoreo popular al tiempo que la pragmática se discutía en el Consejo. En 1655 predecía la tormenta que se fraguaba contra los franceses:

«Desde el lunes está todo el Consejo pleno cerrado, y dada orden a los Relatores que no vengan esta semana. Dícese es por diversas cosas, y entre ellas, para echar de España todos los franceses solteros que desustancian a España, y se dice haber más de 20.000 de ellos, que no hay año que no se lleven a 1.000 reales de a ocho uno con otro a Francia, que es una gran suma. Aunque el inconveniente de hacerse soldados y dar más gente al enemigo, no sé si lo miran bien. Fuera de que los más son tan ladinos, que pasan como españoles o como loreneses, esguízaros y otras naciones de que se sirve el Rey. De los casados acá con españolas no se habla, que antes son necesarios para la multiplicación de España, de que hay grande falta. Los que de allá han venido con toda su familia, se cree los han de mandar salir como a los solteros»[38].

Y añadía un año después:

«Dícese quieren echar de España a todos los franceses que no están casados»[39].

La pragmática salió al cabo, del tenor siguiente:

«Manda el Rey Nuestro Señor que, por cuanto por diferentes leyes del Reino está dispuesto que no puedan andar por las calles buhoneros franceses ni extranjeros, ni entrar en las casas a vender mercaderías de buhonería, sobre cuya razón están impuestas diversas penas, y por omisión de las justicias no tienen el cumplimiento debido, y de su inobservancia resultan algunos inconvenientes, y el mayor es andar en esta Corte muchos franceses y con pretexto de este ejercicio y de vender cosas lícitas, expenden las que no lo son y otras de otros rei-

38 *Avisos*, de Barrionuevo, 11 septiembre 1655.
39 *Avisos*, de Barrionuevo, 14 noviembre 1657.

nos con quien está prohibido el comercio, y permutan cosas de plata y oro para volverlo a revender y poder sacarlo en reales de a ocho y doblones fuera de estos reinos; para obviar estos daños se guarden y observen las dichas leyes, y de aquí adelante en esta villa, ni en las demás ciudades, villas y lugares de estos dichos reinos no puedan andar ni anden buhoneros franceses ni extranjeros por las calles a vender en arquillas, cajas, ni en otra forma cosa alguna de buhonería» [40].

Para la segunda parte de este capítulo contamos, afortunadamente, con el curioso libro del pseudo Doctor Carlos García, escrito en París, pero en español, muy a los principios del siglo XVII. El título oficial del libro es *La oposición y conjunción de los dos grandes luminares de la tierra.* Pero vulgarmente es conocido con el nombre de *La antipatía de españoles y franceses.* Los asertos de este precioso libro los haré seguir de los de otros escritores españoles que comprueban el mismo modo de pensar, en lo cual, de camino, pondremos de manifiesto una de las fuentes de Gracián. Comencemos por la aptitud francesa para los oficios mecánicos. Dice así el autor de *La antipatía:*

«El entendimiento francés es del todo práctico, porque no se contenta ni satisface con saber las cosas, sino las estudia para empleallas donde pueda sacar algún fruto y provecho; y así no ama la ociosidad de ningún modo; antes bien, por evitarla, se emplea en toda suerte de obra: de donde nace el haber tanta variedad de oficios en esta nación» [41].

Veamos ahora cómo esta misma idea, al caer en el ánimo de Gracián, se aceda y avinagra, hasta producir el juicio siguiente:

«La codicia, que la venía a los alcances, hallando desocupada la Francia, se apoderó de toda ella, desde la Gascuña hasta la Picardía. Distribuyó su humilde familia por todas partes: la miseria, el abatimiento de ánimo, la poquedad, el ser esclavos de todas las demás naciones, aplicándose a los más viles

[40] *Autos acordados,* lib. VII, tít. XX, aut. únic. (1657).
[41] *Antipatía,* Libros de Antaño, VII, pág. 259.

oficios; el alquilarse por un vil interés, la mercancía laboriosa, el andar desnudos y descalzos con los zapatos bajo el brazo, el ir todo barato con tanta multitud; finalmente, el cometer cualquier bajeza por el dinero. Si bien dicen que la Fortuna, compadecida, para realzar tanta vileza, introdujo su nobleza; pero tan bizarra, que hacen dos extremos sin medio» [42].

Este pasaje pasó casi sin alteración a una obra de Francisco Santos, y sirve a maravilla para apreciar la dependencia de un autor del otro y seguir la marcha de una idea a través de la literatura:

«Pero la nación francesa, ¡oh codicia del mundo!, sin hablar mi lengua, desde la Picardía hasta la Gascuña, miserables sobre todos los nacidos, el ánimo abatido; las manos cruzadas a la gabacha, notable poquedad; ser esclavos, por el mísero sustento, de cuantas naciones hay en el mundo; siempre aplicados a viles ejercicios, alquilarse por vil interés, andar desnudos y los zapatos debajo del brazo, llorar cuando piden, poca palabra; notable principio de poca fe» [43].

Sigue el juicio de los españoles sobre el modo de comer de los franceses:

«Atribuyen los españoles la liberalidad, banquetes y comidas espléndidas de los franceses a glotonería y desmesurada gula» [44].

Y Gracián los trata de grandes bebedores, hasta el punto de que no saben lo que dicen. En lo cual alude también a su mala fe:

«Desde aquí aseguran que a los franceses, que bebieron más que todos y les brindaron los italianos, les quedó el no hablar como escriben, ni el obrar lo que dicen: de modo que es menester atenderles mucho a lo que pronuncian y escriben, entendiéndolo todo al ravés» [45].

---

[42] Gracián, *Criticón*, I, 13. Renac., I, pág. 178.

[43] Francisco Santos, *Periquillo el de las gallineras*. Valencia, 1704, página 249.

[44] *Antipatía*, Libros de Antaño, VII, pág. 239.

[45] Gracián, *Criticón*, I, 7. Renac., I, pág. 87.

La propensión de los franceses a la embriaguez era tan conocida en España, que llegaron a ser sinónimos *borrachos y Pierres*. Así lo indica Salas Barbadillo, que, presentando un hipócrita vicioso, dice:

«Entre otros renombres que le achacaron, el que más le dolió fué *Pierres*» [46].

También el modo de vestir los franceses era duramente juzgado por locura en España.

Dice *La Antipatía*:

«Si preguntamos a un español qué le parece de los trajes y bizarría francesa, no solamente le parecerá mal, pero casi se escandalizará de una cosa que causa alegría y aficiona los ánimos; pues ver un tropel de franceses un día de gala y fiesta, vestidos con tanta variedad de colores..., suspende los ánimos y enamora la mesma alma; y con todo eso, dirá que es la mayor locura del mundo» [47].

En efecto, Gracián describe una casa de locos, y coloca en una jaula a «los franceses, por cien cosas» [48].

Cualidad francesa reconocida por los españoles es la galantería:

«Los franceses son muy galantes para con las damas, aunque no tan generosos como los españoles» [49].

Y, en general, todo tipo de cortesía:

Y con muchas reverencias,
mucho sombrero hasta el suelo
y francesas cortesías,
se fué muy grave y sereno [50].

---

46 Salas Barbadillo, *La hija de Celestina*. Bibl. Román., núm. 149, página 41.

47 Doctor Carlos García, Libros de Antaño, VII, pág. 240.

48 *Criticón*, II, 13. Renac., II, pág. 93.

49 *Discursos de la viuda de veinticuatro maridos*, I. Rivad., XXXVI, página 518-*b*. Vd. Lope, *El blasón de los Chaves de Villalba*, I. R. Acad. XI, página 426-*a*, respecto del «francés generoso».

50 Agustín de Rojas, *Viaje entretenido*. N. B. A. E., XXI, pág. 600-*a*. Vd. en el mismo sentido Sala, *Guerras de Cataluña*. Barcelona, 1641, III.

Otro de los caracteres que más llamaba la atención de nuestros antepasados era la ligereza francesa, opuesta diametralmente a la gravedad española. Oigamos al autor de *La Antipatía*:

«No hay español a quien la llaneza, alegría, afabilidad y buen humor de los franceses no parezca bajeza, menosprecio, deshonra, poca autoridad y casi locura.

Y el francés hace el mismo juicio del español, atribuyendo su gravedad, continencia y aplauso a soberbia o necedad» [51].

Siguen varios pasajes de Gracián, que reproducen el mismo juicio:

a) «¿Quién vió jamás contento a un sabio, cuando fué siempre la melancolía manjar de discretos? Y así veréis que los españoles, que están en opinión de los más detenidos y cuerdos, son llamados de las otras naciones los tétricos y graves, como al contrario los franceses son alegres y que van siempre brincándose y bailando» [52].

b) «¡Hay tal transformación!

¿No veis aquél, que entraba saltando y bailando a la francesa, cómo sale muy tétrico y muy grave a la española?» [53].

c) «En medio de esta suspensión y silencio se le oyó silbar a uno, cosa que escandalizó mucho a todos los circunstantes, y más a los españoles. Y averiguada la desatención, hallaron había sido un francés, y le condenaron a nunca estar entre personas» [54].

Esta ligereza en la forma exterior de comportarse tiene prolongaciones de mayor profundidad. De una parte, la inquietud de carácter, cuyas consecuencias son la inconstancia y osadía proverbiales de los franceses, de las cuales trataré más adelante; de otra, la de la superficialidad. Respecto de la primera, dice Gracián, relatando el testamento del Valor:

---

51 Doctor Carlos García, *Oposición*, IX. Libros de Antaño, VII, página 239.

52 Gracián, *Criticón*, III, 9. Renac., II, pág. 286.

53 Gracián, *Criticón*, II, 1. Renac., I, pág. 207.

54 Gracián, *Criticón*, II, 1. Renac., I, pág. 211. Vd. también pág. 233.

«Inquietos los franceses, fuéronse entremetiendo y, deseosos de tener mano en todo, pidieron los brazos.

Temo, dijo, que, si os los doy, habéis de inquietar todo el mundo. Seréis activos, gente de brazo. No pararéis un punto. Malos sois para vecinos» [55].

En cuanto a la superficialidad, es sumamente significativo el siguiente pasaje del doctor Carlos García:

«El entendimiento de los franceses tiene la aprehensión muy viva y con grandísima facilidad penetra la dificultad que se le propone; pero no pasa de allí ni entra en otros discursos más profundos, los cuales se siguen de la dicha dificultad... El entendimiento de los españoles, al contrario, es tardo en aprehender la dificultad; pero una vez entendida, la tiene tenazmente y della saca cien mil consecuencias, desentrañándola de todo punto» [56].

Se caracterizaban también los franceses por su inconstancia, lo cual anota el autor de *La Antipatía* refiriéndose a cosas de amor. Después de dejar asentado la firmeza en amar de los españoles, dice así:

«Cosa que jamás sucede a los franceses, por tener la voluntad y propósito tan mudable y de tantos cambiantes y tornasoles, que habiendo dado su afición a una persona, la prometerán a cien mil, si tantas se les proponen» [57].

La misma inconstancia que en materia de amor atribuye el autor de *La Antipatía* a esta nación en todas las cosas. Dice que Dios «puso en (la nación) francesa el sumo del esfuerzo, valor y gentileza; pero acompañado con el remiso de la variabilidad e inconstancia» [58].

Y acota esta opinión Lope en los siguientes versos:

Conozco su condición;
Toda mujer que profesa

---

55 Gracián, *Criticón*, II, 8. Renac., II, pág. 16.
56 Doctor Carlos García, *Oposición*... Libros de Antaño, VII, pág. 259.
57 *Opus cit.* Libros de Antaño, VII, pág. 264.
58 *Opus cit.*, pág. 231.

Esta cólera francesa,
No es firme de corazón[59].

Y Tirso, en estos otros:

Tienen ímpetus franceses:
Rigurosos al principio,
Después ni activos ni fuertes[60].

Y Gracián tiene por loco al que confía en franceses:

«Muy confiado uno llegó a entretenerse y ver las gabias; más al punto agarraron de él para revestirle la librea. Defendíase, preguntando que por qué. Pues él ni era músico, ni enamorado, ni desvanecido, ni salía fianza por el mismo Creso, ni había confiado en hombres, ni fiado de mujeres, mucho menos de franceses»[61].

Pellicer, en sus *Avisos*, extiende esta versatilidad a la política:

«Máxima antigua de franceses: hacer paces cuando les está bien, y romperlas del modo mismo»[62].

Y en otra ocasión se lamenta y recrimina «la inconstancia y variedad francesa en el cumplimiento de lo que capitulan»[63].

En este punto, nada tan significativo como las palabras que el marqués de Villafranca escribía desde Milán a Felipe III, en 1618:

«Supuesto esto, y que las fuerzas de las palabras en la fe del Rey de Francia no desarman al Duque de Saboya, ni franceses reparan en eso, ni en la legalidad y puntualidad, *yo procuraré haber esta fe, para que en el archivo de Simancas, por*

---

59 Lope, *Anzuelo de Fenisa*, II. R. Acad., XIV, pág. 505-*a*.

60 Tirso, *Lagos de San Vicente*, III. N. B. A. E., IX, pág. 54-*a*. Vd. el mismo Tirso, *La firmeza en la hermosura*, III. N. B. A. E., IX, pág. 355-*b*; Lope, *El Rey por trueque*, I, Ac. N. E., II, pág. 531; Guillén de Castro, *Nacimiento de Montesinos*, I, R. Acad., I, pág. 417-*b*.

61 Gracián, *Criticón*, II, 13. Renac., II, pág. 97.

62 *Avisos*, de Pellicer, 20 marzo 1640.

63 *Avisos, de Pellicer*, 27 marzo 1640.

todo buen respeto, haya tres fes del rey de Francia, todas diferentes sobre una misma cosa y ninguna de ellas verdadera» [64].

Ello explica que Castillejo, en su crítica universal de las naciones, dijera:

Y pasemos a Francia,
donde veremos
la mentira triunfante [65].

Ésta era la opinión de Baltasar:

«Francia hasta ahora poco ha era enemigo público; y aunque a su Príncipe hayamos de llamar amigo por la paz nuevamente capitulada, entre esta corona y aquélla, con general contento de ambas, todavía no me parece amistad segura, y a aquel Príncipe y a sus pueblos tengo por enemigos secretos de esta Monarquía y no más amigos que antes, salvo en el nombre» [66].

Según hemos visto, la volubilidad del carácter francés se hace patente en su variar a modo de péndulo entre los más extremosos estados de ánimo, siendo en ocasiones impetuosos y arrebatados, pero también propensos al cansancio y al hastío. Viejo es el dicho, según el cual «los franceses, al primer ímpetu, son más que hombres y después menos que mujeres» [67], apreciación que formaba parte del ideario español sobre los franceses. Dice Gracián Alderete:

«Bien dijo César en sus *Comentarios* que el francés es arrojado y soberbio en la prosperidad como flojo y abyecto en la desgracia» [68].

Y el autor de *Francesillo de Zúñiga* expone el mismo criterio:

---

[64] *Carta del Marqués de Villafranca al Rey*, 11 de marzo de 1618. Codoin, XCVI, pág. 308.

[65] Cristóbal de Castillejo, *Obras*. Clás. Cast., XCI, pág. 103.

[66] Ms. 10856 de la B. N. de Madrid.

[67] M. de Santa Cruz, *Floresta Española*. Biblióf. Madril., III, pág. 37. La sentencia, muy repetida igualmente fuera de España, la recoge Maquiavelo en los *Ritratti delle cose della Francia y della natura de' Francesi*, poniéndola bajo la autoridad de César.

[68] Carta de Gracián Alderete. Repite el mismo concepto en otra epístola. Vd. *Bol. R. Acad.*, XI, pág. 58.

«Los franceses... como sean bravos en tiempo de prosperidad y mentirosos en tiempo de necesidad...» [69].

Calderón apunta una propiedad de carácter francés que no encuentro en otros autores; tal es la afición a viajar. Así, pone estas palabras en boca de un fingido francés:

Mi camino
Es dar una vuelta a Italia,
Con el inquieto capricho
Que los franceses tenemos
(Así nombre y patria finjo)
De ver ajenas ciudades,
Parques, templos y edificios [70].

Por último, el carácter primordial, la nota más saliente con que un francés se presentaba en la mente de un español era la de enemistad, contrariedad y absoluta indiferencia entre ambas naciones. Donosamente expresa este concepto (que es el que explana en todo su libro) este seudo doctor Carlos García:

«Mil veces —dice— he tenido tentación de pedir a las parteras de cuál suerte salen del vientre de su madre los franceses. Porque según la contrariedad que veo entre ellos y los españoles, tengo por imposible que nazcan todos de una mesma manera... Esta contrariedad es tanta y tan del todo extremada, que para definir un francés no hay remedio más propio y cabal que decir que es un español al revés; pues allí acaba el español, donde el francés comienza [71].

Y Gracián se apodera de esta idea y resume así el contenido del curioso libro que extractamos:

«Había chimeneas de todos modos: unas a la francesa, muy disimuladas y angostas; otras, a la española, muy campanudas y huecas, para que aun en esto se muestre la natural antipa-

---

69 *Crónica de Don Francesillo de Zúñiga.* Rivad., XXXVI, pág. 25-*b*.
70 Calderón, *El ocaso y el error*, I. Rivad., IX, pág. 3-*c*.
71 *Opus cit.*, pág. 257.

tía de estas dos naciones, opuestas en todo: en el vestir, en el comer, en el andar y hablar, en los genios e ingenios» [72].

La explicación de esta antipatía es asaz curiosa, pues el doctor Carlos García la atribuye con toda seriedad al demonio; pero don Cristóbal de Monroy conoció causas de orden histórico, aunque algo antiguas, que expone así:

No es nuevo el odio que España
Nos tiene, pues si discurro,
Nacieron sus competencias
De los fundadores suyos.
Franco, hijo mayor de Héctor,
De Marte heroico trasunto,
Fue su fundador. De Franco
Se llamó Francia, y no dudo
Que habiendo los españoles
Que en el cerco Aquiles tuvo
Peleado con los troyanos,
En quien nuestro origen fundo,
Naturalizado el odio
Viva desde aquellos lustros [73].

Más realista que esta pintoresca explicación es la que nos da Lope:

DUQUE. *Nunca faltan ocasiones*
Sobre algunos intereses
A españoles y franceses,
Dos belicosas naciones;
Que aunque la sangre real
Los junte por casamientos,
Siempre están como elementos
En contienda natural.
LEONOR. *¿De qué nace?*
DUQUE. *De querer*
El imperio del valor,

---

72 Gracián, *Criticón,* III, 7. Renac., II, pág. 239. Vd. I, pág. 240, en que se insiste sobre la misma idea.

73 *La batalla de Pavía,* I. Rivad., XLIX, pág. 78-*a.*

Alta presunción de honor,
Imposible de vencer,
Porque el cielo no se parte,
Ni puede haber más de un sol[74].

Los hechos históricos a que dicha rivalidad dio lugar son sobradamente conocidos, y de ellos no vamos a tratar aquí. Es interesante, sin embargo, para la finalidad del presente estudio, ver cómo interpretaron estos acontecimientos los cronistas de la época. La interpretación es idéntica a la tesis que hemos encontrado en los textos literarios. Sirvan de ejemplo los siguientes pasajes:

«Están presos dos Franceses que fueron hallados con dos hachones pegando fuego a los tablados de la Plaza de Madrid, con ánimo de arderla toda»[75].

«... para esta campaña hemos de tener nosotros de naciones 18.000 hombres, aunque los saquemos del infierno, para pelear con el francés, porque parezca cosa nueva el pelear demonios contra demonios»[76].

«Demonios son, cierto, estos hombres, no sosegando un punto, procurando siempre nuestro mal y daño»[77].

«Una cosa singular se dijo el martes, y es que en San Sebastián han preso y huido algunos mercaderes franceses por tratos con el Duque de Guisa de entregarle aquella plaza. Demonios son estos hombres. No dejan cosa de intentar para inquietarnos»[78].

---

74 Lope, *Más pueden celos que amor*, I. Ac. N. E., XII, pág. 557-*b*. Sobre esta aspiración francesa a la hegemonía a costa de España, Vd. Cartujano, *Los doce triunfos de los doce apóstoles*, V, 5. N. B. A. E., XIX, página 356-*a*, como testimonio literario bastante antiguo. De parte francesa es interesante, por ej., *Quatre excellents discours sur l'état présent de la France*, s. l., 1593. Vd. el cuarto discurso de Antoine Arnauld (?). En el período 1603-1605 y más tarde, hacia 1614, abundan en Francia los panfletos de este tipo.

75 *Avisos*, de Pellicer, 2 agosto 1639.

76 *Avisos*, de Barrionuevo, 19 diciembre 1654.

77 *Avisos*, de Barrionuevo, 1 mayo 1655.

78 *Avisos*, de Barrionuevo, 15 mayo 1655.

«Ellos son diablos. ¡Mucho, Dios, es menester para resistir tantas fuerzas y enemigos tan obstinados y perjudiciales!» [79].

«Si Dios no obra un milagro, se desvanecen totalmente las paces con Francia, cuya soberbia indómita no quiere allegarse a la razón ni venir en lo justo» [80].

Gracián resumió el juicio español sobre Francia en esta interesante página:

«No lo dijo a los sordos. Hanse dado tan buena maña, que apenas hay nación en el mundo que no la hayan dado su pellizco, y a pocos repelones se hubieran alzado con todo el Valor de pies a cabeza.

Esto les iba exagerando a Critilo y Andrenio a la salida de Francia por la Picardía un hombre, que lo era y mucho. Pues, así como tienen unos cien ojos para ver y otros cien manos para obrar, éste tenía cien corazones para sufrir y todo él era corazón.

¿Saldréis, decía, con cariño de la Francia?

No, por cierto, le respondieron, cuando sus mismos naturales la dejan y los extranjeros no la buscan.

¡Gran provincia!, dijo el de los cien corazones.

Sí, respondió Critilo, si se contentase con sí misma.

¡Qué poblada de gentes!

Pero no de hombres.

¡Qué fértil!

Mas no de cosas sustanciales.

¡Qué llana y qué agradable!

Pero combatida de los vientos, de donde se les origina a sus naturales la ligereza.

¡Qué industriosa!

Pero mecánica.

¡Qué laboriosa!

Pero vulgar.

La provincia más popular que se conoce. ¡Qué belicosos y gallardos sus naturales!

---

79 *Avisos*, de Barrionuevo, 15 mayo 1655.

80 *Avisos*, de Barrionuevo, 25 diciembre 1655.

Pero inquietos: los duendes de la Europa en mar y tierra. Son un rayo en los primeros acomentimientos y un desmayo en los segundos.

Son dóciles.

Sí; pero fáciles.

Oficiosos.

Pero despreciables y esclavos de las otras naciones. Emprenden mucho y ejecutan poco y conservan nada. Todo lo emprenden y todo lo pierden.

¡Qué ingeniosos! ¡Qué vivos! ¡Y qué prontos!

Pero sin fondo.

No se conocen tontos entre ellos.

Ni doctos, que nunca pasan de una medianía.

Es gente de gran cortesía.

Mas de poca fe, que hasta sus mismos Enricos no viven exentos de sus alevosos cuchillos.

Son laboriosos.

Así es, al paso que codiciosos.

No me podéis negar que han tenido grandes reyes.

Pero los más de poquísimo provecho.

Tienen bizarras entradas para hacerse señores del mundo.

¡Pero qué desairadas salidas! Que, si entran a laudes, salen a vísperas.

Acuden con sus armas a amparar cuantos se socorren de ellas.

Es que son los rufianes de las provincias adúlteras.

¿Son aprovechados?

Sí, y tanto, que estiman más una onza de plata que un quintal de honra. El primer día son esclavos, pero el segundo amos, el tercero tiranos insufribles. Pasan de extremo a extremo sin medio: de humanos a insolentísimos. Tienen grandes virtudes y tan grandes vicios, que no se puede fácilmente averiguar cuál sea el rey, y, al fin, ellos son antípodas de los españoles» [81].

Con todo lo dicho, Lope no erraba, sino que estaba en lo firme al afirmar que en el fondo del alma española había un

---

81 Gracián, *Criticón*, II, 8. Renac., II, pág. 16.

lugar reservado para Francia, y una alta estima de su valor, de su eficacia y de su espíritu. Lope, el más orgulloso de los españoles, dice:

Español huelgo de ser;
De no lo ser, francés fuera;
De no ser francés, no hay ser
Adonde mi ser cupiera [82].

Y la razón la da en otra obra:

Porque nunca España cesa
De amar la nación francesa [83].

[82] *Carlos V en Francia*, I. R. Acad., XII, pág. 126-*b*.
[83] *La Francesilla*, III, Ac. N. E., V, pág. 688-*b*.

Capítulo XVI

LOS FLAMENCOS

Para llegar a hacernos cargo de la idea que había vulgarmente en España de los naturales de Flandes, debemos hacer revivir varias imágenes e ideales parciales, que en la mente de la época bullían como facetas del concepto general que buscamos. Estos aspectos parciales son los siguientes:

a) Idea del país flamenco.
b) Fisonomía de los naturales.
c) Los flamencos vistos en España.
d) Los flamencos vistos en Flandes.

Cada uno de estos cuatro capítulos constituirá un lado del pensamiento español del siglo XVII acerca de unas gentes con quien la historia nos puso en estrecho contacto por espacio de dos siglos.

IDEA DE FLANDES

Antes de la venida de los Austrias al trono de España, ya nuestros tratos comerciales con los flamencos eran muy frecuentes y de bastante volumen. El Cartujano, en el siglo XV, menciona los *Bancos de Flandes*, en el sentido llano de casas de Banca o de cambio, famosos en esta época por su riqueza y solidez. De estos días data una idea que luego perduró durante todo el siglo XVII. Flandes se ofrecía a los ojos de los espa-

ñoles como un país emporio de riqueza, lugar de lujos y placeres, en duro contraste con la sobriedad castellana. De entonces provino la frase con honores de refrán: *No hay más Flandes*, que se decía para encarecer una cosa de sumo deleite [1].

La frase tenía empleo todavía en la segunda mitad del siglo XVII, pues la vemos en una comedia de don Juan Bautista Diamante:

Locuras hace por ti,
Como te digo, tan grandes,
Que es cierto que no hay más Flandes
Para él que su frenesí [2].

Y no era sólo el refrán, de cuya naturaleza es sobrevivir a las circunstancias reales que ocasionaron su formación, sino otras frases de sentido análogo, las que en el siglo XVII atestiguaban que en la mente de los españoles perduraba la idea del Flandes-Jauja. Dice don Antonio Hurtado de Mendoza:

Si te canso, harás que vuelva,
Y que al instante me vaya,
No a los deleites del Haya,
Sino al rigor de la Elba [3].

Y Bances Candamo habla en parecidos términos:

Por las provincias de Holanda
El Brabante atravesé.
Como hizo el mar dilatado
Mi viaje, deseoso
De ver país tan hermoso,
De toda Europa envidiado [4].

---

[1] Vd. Cejador, *La verdadera poesía castellana.* Madrid, 1923, IV, página 278.

[2] *El valor no tiene edad,* III. Rivad., XLIX, pág. 36-*a.* Vd. Rivad., XLII, página 58, y Miguel de Barrios, *El coro de las musas.* Bruselas, 1672, página 337.

[3] *Los empeños del mentir,* II. Rivad., XLV, pág. 444-*c.*

[4] *El duelo contra su dama,* III. Rivad., XLIX, pág. 345-*a.*

A la época de las relaciones comerciales hispano-flamencas sucedió el estruendo bélico, que arrastró a millares de españoles a ir a ver por sus propios ojos los deleites del Haya y el país envidiado de todo el mundo. Entonces cambió la decoración en la mente de España, y apareció Flandes como región típica de hielos, nieves y frío. A esta segunda fase de la idea que estudiamos pertenecen los textos siguientes.

En una comedia de Lope dialogan dos individuos de esta manera:

AMO. *Y desde allí miraré*
si pasaré a Italia o Flandes.
CRIADO. *¿A Flandes? No me lo mandes;*
que de frío me helaré[5].

Y Tirso nos ofrece este otro pasaje:

¿Piensas tú que Flandes es
Madrid o Sevilla? Di.
En mayo estamos, y nieva
Como por la Candelaria[6].

Y Andrés de Claramonte habla así de los flamencos rebeldes al dominio español:

Los rebeldes son hijos de la nieve,
Y están de puesto y sitio mejorados;
No les ofende el agua, aunque más llueve,
Ni el hielo, entre quien viven conservados[7].

Testigos de lo vulgar que se hizo en España el mal clima de la región flamenca fueron los *sabañones*, que eran tenidos por fruta típica y natural de aquellos países. El poeta jocoso Polo de Medina increpa a la ridícula enfermedad, diciéndoles:

---

5 Lope, *Mártires de Madrid*, I. R. Acad., V, pág. 116-*b*.
6 Tirso, *El castigo del Penseque*, II. Rivad., V, pág. 79-*b*.
7 *El valiente negro en Flandes*, II. Rivad., XLIII, pág. 500-*b*.

Sabañones, que epicuros
Fuisteis en manos flamencas [8].

Y Quiñones de Benavente se pregunta y se responde en esta forma:

¿Qué hay en Flandes? — Sabañones [9].

Quevedo, que acometió la crítica de la fraseología castellana, cuya semántica no estaba muy clara, condenó, en nombre de esta segunda idea de Flandes que acabamos de exponer y de las consecuencias prácticas de la guerra, la frase proverbial que respondía a la primitiva idea española de aquellas provincias:

«Los que estando en alguna conversación de regocijo, dicen: *No hay más Flandes*, por encarecimiento de gusto, les condenamos a que sean desdichos en presencia del hermano mayor y hermandad, pues hasta ahora no hemos visto de aquellos estados cosa de entretenimiento, sino ojos sacados, tuertos, o brazos quebrados y piernas» [10].

FISONOMÍA DEL FLAMENCO

El aspecto fisonómico de los naturales de Flandes fue tan unilateralmente apreciado por los españoles, que poco podemos decir en este capítulo, que no sea mera repetición de la misma idea. Nos ceñiremos a los testimonios más importantes.

En primer lugar, el flamenco era de color blanco. Cervantes, en *La ilustre fregona*, dice de un pícaro que se detuvo quince días «para reformar la color del rostro, sacándola de mulata a flamenca» [11].

---

[8] Polo de Medina, *Poesías*. Rivad., XLII, pág. 176-*b*.

[9] Este pasaje se halla en el *Entremés cantado de «El soldado»*, y en *El baile del mundo*. El señor Cotarelo ha reimpreso ambas piezas, sin advertir que son idénticas, es decir, una pieza con doble título y escasas variantes, en la N. B. A. E., vol. XVIII, págs. 585 y 831.

[10] Quevedo, *Premáticas y Aranceles*. Clás. Cast., LVI, pág. 40.

[11] Vd. Clás. Cast., XXVII, pág. 241.

Igualmente lo afirma Gracián en el capítulo X de la tercera parte de *El criticón.*

En segundo lugar, eran rubios. Dice Polo de Medina:

Vime ayer como un flamenco
Brillando rubio esplendor [12].

Y Salas Barbadillo, en *La peregrinación sabia,* habla de «la flamenca aurora» [13], modo de decir muy emparentado con el del *rubicundo Apolo,* de Cervantes.

Esto de ser blanco o moreno tenía en la mentalidad de las gentes del siglo XVII más trascendencia que tiene hoy [14]. El color y los rasgos fisonómicos eran índice de caracteres morales y condiciones psicológicas; de modo que los flamencos debían ser tenidos en España por fríos y flemáticos, y, en efecto, no falta un texto que nos lo acredite. Francisco Asensio dice así:

«Estaba por extremo enamorado un gentilhombre de una mujer de color de membrillo cocido; y no obstante que por regla general se tiene que las de este color tienen brío y donaire natural, ésta era más fría que la más blanca flamenca» [15].

Calvete de Estrella señala otra característica:

«Por la mayor parte son todos ellos colorados y encendidos de rostro como flama, tanto que de éstos dicen algunos que se llaman flamencos» [16].

Y Villalobos afirma:

«Son los hombres corpulentos, las mujeres grandes, blancas y rubias» [17].

Por este camino llegó a formarse un complejo psicológico en la conciencia popular, en el que la idea de flamenco evocaba la de albura, hasta el punto de suscitar la protesta de Que-

12 Polo de Medina, *Poesías.* Rivad., XLII, pág. 178-*b.*

13 Vd. Clás. Cast., LVII, pág. 10.

14 Vd. mi trabajo en *R. F. E.,* XII, 1925, pág. 157.

15 F. Asensio, *Floresta Española.* Biblióf. Madril., III, pág. 299.

16 *Felicísimo viaje del muy alto y muy poderoso Príncipe Don Felipe.* Biblióf. Esp., t. I, pág. 268.

17 *Comentarios a las cosas sucedidas en los Países Bajos de Flandes desde el año 1594 hasta el 1598.* Libros de Antaño, IV, pág. 9.

vedo, que llegó a recomendar a los españoles «gente prieta, escarmentados de blanquecinos y cenicientos, pues el ampo de los flamencos y alemanes tienen revuelto y perdido el mundo, coloradas con sangre las campañas y hirviendo en traiciones y herejía tantas naciones» [18].

Otro rasgo podemos añadir a la fisonomía flamenca.

Luis Vélez de Guevara, describiendo el rostro del infortunado Rey Don Sebastián de Portugal, nos da estos rasgos de la fisonomía flamenca:

Verdes los ojos y grandes,
La nariz de fuerte y sabio,
Belfo y partido el un labio
Por lo que tiene de Flandes [19].

Tenemos que hacer constar que la trasposición de la voz «flamenco» a la gente agitanada y baja de Andalucía no se halla en ningún texto del siglo XVII, ni la registra ningún diccionario de la misma época. Aun en el *Diccionario de Autoridades* no entró todavía la acepción de flamenco a que nos referimos, que debe ser, por tanto, de época posterior.

LOS FLAMENCOS EN ESPAÑA

El comercio era la principal ocupación de los flamencos en España. Sobre todo, traían artículos de mercería, de los cuales estaba inundada nuestra patria, según menudean los testimonios de la literatura. «Lienzo de Flandes», dice Villalón [20]; «puntas de Flandes», dicen Tirso [21] y Calderón [22]; «estopilla de Cambray», se lee en el *Baile del ay, ay, ay,* de autor anónimo [23];

---

18 *La hora de todos.* Clás. Cast., XXXIV, pág. 219.

19 Luis Vélez de Guevara, *Rey Don Sebastián,* I. Ocho comedias desconocidas. Leipzig, 1887, II, pág. 166.

20 Vd. N. B. A. E., II, pág. 27-*a.*

21 *La villana de Vallecas,* II. Rivad., V, pág. 56-*a.*

22 *El astrólogo fingido,* I. Rivad., VII, pág. 573-*a.*

23 Vd. N. B. A. E., XVIII, pág. 477-*b.*

«martas flamencas»[24], y «calzón flandesco», dice Lope[25]; «medias de Amberes», menciona cierta *Loa* anónima[26].

Con estos artículos de comercio aparecían tan de ordinario los naturales de Flandes en oficio de buhoneros a los ojos de los españoles, que casi llegaron a identificar la buhonería y la nacionalidad flamenca.

En el *Entremés de la hija del doctor*, de don Luis de Figueroa, salen dos españoles disfrazados de buhoneros, y dicen las damas que los conocen:

¡Qué bien que finge don Roque!
¡Qué aflamencado es don Lucas![27].

Los tales buhoneros llegaron a tener su apelativo vulgar, análogo a los mercaderes portugueses. Se les llamaba «hilos de Flandes», como lo demuestra este pasaje de Moreto:

Es tal su pasión infiel,
Que si se ofrece que mandes
Llamar a un Hilo de Flandes,
Ha de tener celos de él[28].

Creo que esta denominación popular les provino de las primeras palabras con que ordinariamente iniciaban su pregón, pues un lacayo de don Juan de la Hoz y Mota dice así:

¡Aprisa! ¡Qué linda sorna!
Que parezco hilo de Flandes,
O compran lienzo de Aroca[29].

Dos pasiones afligían a los flamencos negociantes en España: el vino y las mujeres. De lo primero hallamos rastro en una piececilla teatral de Lanini, titulada precisamente *Baile*

---

24 *La desdichada Estefanía*, II. R. Acad., VIII, pág. 347-*a*.
25 *El caballero de Illescas*, I. Ac. N. E., IV, pág. 111-*a*.
26 Vd. N. B. A. E., XVIII, pág. 410-*a*.
27 *Floresta de entremeses*. Madrid, 1691, pág. 145.
28 Moreto, *Yo por vos y vos por otro*, II. Rivad., XXXIX, pág. 382-*b*.
29 *El castigo de la miseria*, I. Rivad., XLIX, pág. 195-*b*.

de los hilos de Flandes, donde vemos salir «dos monsiures, hilos de Flandes», que no pueden con el vino que llevan en el cuerpo; estado no muy extraño, dadas las leyes de la verosimilitud realista de nuestro teatro [30].

Además del vino, las mujeres españolas sacaban de sus casillas a los extranjeros de Flandes, y su dadivosidad competía con la de los genoveses en las conquistas femeninas. Los hermanos Figueroa y Córdoba dicen así en una de sus comedias:

Porque las señoras damas
Que se usan en estos tiempos
Sólo son tratables con
Ginoveses o flamencos [31].

Pudiera parecer, por lo que llevamos dicho, algo inverosímil que unos tristes buhoneros pudieran competir con los acaudalados genoveses en el aprecio de las damas; pero es porque no hemos dicho todo lo que los flamencos traían a vender a España. La mercería era, sin duda, su trato más característico; pero en este ramo, en el que ya hemos mencionado objetos tan costosos como las *martas*, debemos incluir la tapicería, que en el siglo XVII gozó de una boga extraordinaria, para cubrir por el invierno los muros de las habitaciones. Ninguna casa de persona medio acaballerada podía prescindir de esta decoración, que hoy es privativa de las opulentas mansiones. De aquí las gruesas ganancias de los importadores flamencos y las frecuentes citas que los escritores hacen de esta manufactura. Lope habla de «tapicerías de Flandes» [32] y de «pintados lienzos de Flandes» [33].

Cervantes comparó las traducciones de autores clásicos con tapices flamencos mirados del revés, expresión de conocido abolengo en la literatura contemporánea [34].

---

30 Vd. *Migajas del ingenio*. Madrid, 1908.
31 *Pobreza, amor y fortuna*, I. Rivad., XLVII, pág. 244-*c*.
32 *Belardo el furioso*, II. R. Acad., V, pág. 682-*a*.
33 *El galán de la Membrilla*, I. R. Acad., IX, pág. 90-*b*.
34 Vd. *Quijote*, II, 62.

También Cervantes habla en *La Gitanilla* de «cuadros y países de Flandes», que tanto puede referirse a pinturas como a tapices [35].

Góngora cita en sus poesías, ya los «paños flamencos», ya los «tapices flamencos» [36].

Castillo Solórzano y doña María de Zayas mencionan los «costosos paños flamencos» [37].

La legislación de la época favorecía la entrada de estas lujosas manufacturas en España, pues por una pragmática de Felipe IV, dada en 1623, se disponía lo siguiente:

«Ordenamos y mandamos que desde el día de la promulgación de esta Pragmática en adelante, no se pueda meter de fuera del Reino ninguna cosa hecha de lana, o seda, o de entrambas cosas, como no sean tapicerías de Flandes, etc.» [38].

Tampoco era grano de anís el comercio de las llamadas *puntas de Flandes*. Alcocer, economista antes citado, tantea la elevada cifra que este artículo producía, en estas palabras:

«De Flandes (vienen) holandas y otros géneros de lienzos, tapicerías, teclillas listadas, bombasíes, picotes y otras muchas mercaderías de diferentes géneros, como son puntas, cosa tan perniciosa como la experiencia muestra».

Luego insiste en el despilfarro de las puntas, diciendo:

«Pues si vamos a otro daño tan grande como ha sido el de las puntas de Flandes, hallaremos dos cosas: que con sólo ellas sacan más de millón y medio de España cada año, pues hay puntas de a treinta reales y de a cuarenta la vara; de forma que suelen costar las puntas de un manto dos veces más que él, y una valona más que solían costar diez» [39].

También traficaban los de Flandes en cosas del ramo de comestibles, pues Quiñones de Benavente nombra dos veces

---

35 Vd. Clás. Cast. XXVII, pág. 72.

36 Góngora, I, págs. 28 y 139.

37 C. Solórzano, *Noches de placer*. Ed. Madrid, 1906, pág. 10. D. M. de Zayas, *Novelas Ejemplares*. Introducción. París, 1847, pág. 2.

38 *Nueva Recop.* Lib. VI, tít. XVIII, ley 62 (1623).

39 Ms. 11031, pág. 210, B. N. de Madrid.

el *salchichón flamenco* [40], y Alfonso Velázquez de Velasco, en *La Lena*, escribe esta frase:

«¿Pues cómo es posible que no se te acuerde del hijo del confitero flamenco, como entras en la especiería, a mano izquierda?» [41].

Había, por último, en España variados productos de la industria flamenca, que nos atestiguan el grueso tráfico de aquellos mercaderes. En *La pícara Justina* se nos describe un magnífico artefacto, muy semejante al valioso candelabro, llamado *tenebrario*, que hoy posee la catedral de Sevilla.

Dice así:

«Le mostraron un candelero de Flandes, el cual, sobre una piramidal de bronce torneado, funda un vistoso artificio, y de este tronco de bronce salen cuarenta y cinco hermosos candeleros de tres órdenes, a quince por banda, con gran proporción, y de trecho en trecho, entre candelero y candelero, sembradas bolas de bronce y salvajes de preciosa labor, y en el último remate un salvaje bravato, con unas armas asidas de la una mano y en otra un ñudoso bastón» [42].

Lope menciona los *cuchillos de Malinas* [43], y *unas cajitas* con *unos bolitos flamencos* [44], que debían servir de juguete, a nuestro parecer, y unas culebras fingidas [45].

Tirso menciona un *reloj de Flandes* [46].

En cierto *Entremés anónimo y sin título*, salen a relucir los *fuelles de Flandes* [47]; en otra *Loa curiosa*, de autor anónimo, aparecen las *muñecas de Flandes* [48], nuevo artículo del ramo de juguetería, y hasta tenemos noticia de algún *perro flamen-*

40 En el *Entremés de la Puente Segoviana* y en el *Entremés de los órganos*. N. B. A. E., XVIII, págs. 536 y 651.

41 Alfonso Velázquez de Velasco, *La Lena*. N. B. A. E., XIV, pág. 409-*a*.

42 *La pícara Justina*. Rivad., XXXIII, pág. 128-*b*.

43 *El testimonio vengado*, II. R. Acad., VII, pág. 613-*a*.

44 *La niña de plata*, I. R. Acad., IX, pág. 324-*b*.

45 *El enemigo engañado*, II. Ac. N. E., V, pág. 132-*a*.

46 *La celosa de sí misma*, II. Rivad., V, pág. 138-*c*. Vd. mi estudio *El reloj en la vida española*. Madrid, 1955, pág. 32 y sigs.

47 Vd. N. B. A. E., XVIII, págs. 57-*b* y 58-*a*.

48 Vd. N. B. A. E., XVIII, pág. 416-*a*.

co, que Cervantes y Lope mencionan [49], señal de que los traían aquellos mercaderes para competir con los lebreles irlandeses, que eran los de mayor boga en toda España.

No es menester aguzar mucho el discurso, en vista de tantos testimonios, para deducir el crecido número que en España debía existir de comerciantes flamencos de todas clases, y lo a mano que todos los españoles tenían elementos de juicio para formarse concepto de los de esta nación. Tal concepto no debía ser otro que el ordinario y común que suele formarse de los comerciantes, o, mejor dicho, que solía formarse en el siglo XVII, época muy influida aún de espíritu caballeresco, y despreciativa del trabajo servil de Mercurio. No desconocemos que ya comenzaba a levantársele el entredicho de épocas anteriores; pero los mismos testimonios que reconocen este fenómeno social expresan la queja, o, por lo menos, la extrañeza con que el fenómeno era observado. Tirso dice que «el mercader está en vísperas de hidalgo» [50], no sin cierto dejo de crítica; pero ese dejo se trueca en sabor declarado en este otro lugar, donde dice, a vista de un peso y de una vara de medir:

Mas si te lleva a otra parte
Tu pacífica costumbre,
Y conoces inclinarte,
Conforme tu mansedumbre,
Más a Mercurio que a Marte,
En este plato repara,
Simón, que es ciencia más clara
Y su ganancia en exceso.
No es de justicia este peso,
No de justicia esta vara;
Pero es de mayor codicia
Esta con que medir ves
Sus medras a la avaricia,
Que la vara de interés
Tuerce la de la justicia.

---

49 Lope, *El cuerdo loco*, III. Ac. N. E., IV, pág. 400-*b*. Cervantes, *Comedias*. Ed. facsímil. Madrid, 1917, fol. 206-*a*.

50 *Santo y sastre*, I. N. B. A. E., IX, pág. 2-*a*.

Por solo este plato precia
Sus dueños Italia y Grecia,
Y por ella valen tanto,
Que al mundo han causado espanto
Las dos, Génova y Venecia.
Si este estado seguir quieres,
Los príncipes de más nombre
Harán cuanto les pidieres;
Que ya el más presumido hombre
Adula a los mercaderes [51].

LOS FLAMENCOS VISTOS EN FLANDES

Sabido es que las vicisitudes históricas volcaron durante dos siglos en los Países Bajos la flor de la población masculina de España. El ilustre Morel-Fatio, iniciador en varios puntos de los estudios que desarrollamos en este libro, trazó un pintoresco cuadro de *los españoles en Flandes*, poniendo a contribución varias piezas dramáticas y novelescas. Nuestro asunto es el reverso del suyo. Buscamos la imagen que en la conciencia española grabó la comunicación y el contacto con los flamencos en su misma tierra.

Dos derroteros conducían a Flandes desde España: el comercio y la guerra. De los españoles en Flandes como traficantes escribió una extensa nota Bonilla San Martín, con noticias pertenecientes, en general, al siglo XVI [52].

El otro derrotero, el de la guerra, fue la vía general durante el siglo XVII para la comunicación de españoles y flamencos. Tantos eran los españoles que iban allá, que pudo muy bien doña María de Zayas llamar a Flandes «refugio de delincuentes y seguro de desdichados» [53].

Los innumerables delincuentes y desdichados que allá iban a pelear por el Rey de España se identificaban con las costum-

[51] *La Peña de Francia*, I. N. B. A. E., IV, pág. 646-*b*.
[52] Vd. *Luis Vives*. Madrid, 1903, pág. 598.
[53] Zayas Sotomayor, *Novelas Ejemplares*. París, 1847, pág. 16.

bres del país, aprendían su lengua y vivían la vida flamenca por espacio de largos años. Baste recordar las andanzas de Estebanillo González de cuartel en palacio y de taberna en bodegón, para cerciorarnos de lo muy tomada que tenían la tierra los españoles. Un soldado de allí venido resumía en estos términos la vida de los españoles en Flandes:

No hubo más lugar en Flandes
Que en aprender el lenguaje
Del país, y el que la guerra
En sus términos encierra;
Llamando al hurtar pillaje,
A la presa, contradique;
A la manteca, butiro;
A la almena, casamero;
A los lugares, Mastrique,
Bulburque, Brujas, Dunquerque,
Lovaina, Ostende, Malinas;
A las montañas, colinas;
A las tapias, hornabeque.
Y, en fin, para con destreza
Beber cerveza sin daños,
Que son menester diez años
Para entrar en la cerveza,
Nos ofuscamos de modo,
Que en aquesto consumimos
El tiempo que allí estuvimos,
Y aun no lo aprendimos todo [54].

Entre las dotes naturales de la gente de Flandes contaban nuestros antepasados el talento y el valor. Así lo testimonia Calderón en estos versos:

Era de nación flamenco,
Escuela donde el valor
Pelea con el ingenio [55].

---

54 Figueroa y Córdoba, *Mentir y mudarse a un tiempo*, I. Rivad., XLVII, página 304-*c*.

55 Calderón, *Galán fantasma*, I. Keil, I, pág. 310-*b*.

Y en otra comedia dice de Flandes:

Que es de la milicia escuela[56].

Tirso reconoce la supremacía del talento flamenco sobre su reconocido valor:

Por eso es tan estimada
La soldadesca de Flandes;
Porque en su región helada
Consigue victorias grandes
El ingenio, y no la espada.
Allí sus gentes inquietas
Con ardides cada vez
Ganan victorias discretas,
Y, como en el ajedrez,
Se suelen vencer a tretas[57].

El historiador Escolano, al encarecer el valor y aficiones bélicas de los valencianos[58], afirma que «más parece la ciudad una de las de *Flandes donde hierve la guerra y se crían los atrevidos soldados* que no ciudad de la pacífica España»[59].

Y, en fin, Pellicer, refiriéndose a los belgas, afirma:

«Son los moradores de esta parte de Francia, belicosísimos y poderosos..., magnánimos, terror a los enemigos, amparo a los confederados y amigos fieles en los pactos y conciertas»[60].

Bances Candamo atribuye en parte esta cualidad bélica de las gentes de Flandes a la estimación que las damas hacían de las prendas militares, cosa, a juicio del dramaturgo citado, característica de esta nación.

Dice así:

En Flandes,
Son árbitros las madamas
Del honor de los soldados,

---

[56] *Mañana será otro día*, I. Rivad., I, pág. 521-*a*.
[57] Tirso, *Ventura te dé Dios, hijo*, II. N. B. A. E., IV, pág. 390-*b*.
[58] Vd. supra capítulo XII.
[59] *Opus cit.*, pág. 864.
[60] Pellicer de Salas, *Argenis continuada*. Madrid, 1626, pág. 134.

Siendo en iguales balanzas
Bien visto en las asambleas
El que lo fué en las campañas.
Que si en todas las naciones
Las mujeres estimaran,
Como aquí, sólo al soldado,
Solamente profesara
La nobleza la milicia
Por la ambición de agradarlas [61].

El testimonio de Saavedra Fajardo cerrará este capítulo. El gran estadista reconoce que Flandes es escuela de guerra; pero no sólo para los españoles, sino para todas las gentes de Europa, muchas de las cuales han empleado las lecciones tomadas en pelear contra España.

«Con las guerras de los Países Bajos —dice— se olvidaron en España las civiles. Mucho ha importado a su monarquía aquella palestra o escuela marcial donde se han aprendido y ejercitado todas las artes militares; si bien ha sido común la enseñanza en los émulos y enemigos suyos, habiendo todos los príncipes de Europa tomado allí lección de la espada» [62].

En el buen concepto que los españoles tuvieron de los flamencos se incluían otras muchas notas apreciables. Calvete de Estrella, en su relación del viaje que Felipe II, entonces aún príncipe, hizo a los Países Bajos, en 1548, recoge una serie de apreciaciones favorables a aquellas gentes:

«Los flamencos son robustos de cuerpo, comúnmente de buena estatura; generalmente, son todos humanos, liberales, religiosos, caritativos, dados a las letras, y hay muchos y muy doctos en ellas» [63].

Refiriéndose a los naturales de Sila, dice:

«Es la gente de aquella villa graciosa y la más regocijada de toda Flandes; su lengua es medio francesa y flamenca» [64].

---

61 *Por su Rey y por su dama*, I. Rivad., XLIX, pág. 372-*b*.
62 Saavedra Fajardo, *Empresas*, LXXXIII. Rivad., XXV, pág. 224-*b*.
63 Calvete de Estrella, *Opus cit.*, t. I, pág. 269.
64 *Opus cit.*, t. I, pág. 371.

Respecto de los de Brujas:

«Son los de Brujas, entre los flamencos, muy cortesanos, liberales, afables, pulidos en sus trajes y vestidos, y muy ricos, y las mujeres generalmente hermosísimas» [65].

De los belgas del Brabante:

«Son de tan delicado trato y conversación, que es maravilla ver cuán mudados son agora, en nuestros tiempos, de lo que los belgas antiguos solían ser en todo género de trato y costumbres; tanto que agora son muy alabados en toda pulicia de repúblicas y costumbres, en leyes, letras, y buenos trajes y atavíos. Son humanos y conversables, devotos, católicos y religiosos, y dados al culto divino de la Santa Madre Iglesia, como se muestra bien en su devota frecuentación en las iglesias, en especial en los días de fiestas y en los ricos ornamentos de sus templos. Son muy continuos a los sermones y oficios divinos, obedientísimos a sus príncipes, inclinados a adquirir y acrecentar las haciendas con industrias y honestos trabajos. Viene a su trato y comunicación de muchas partes y provincias grandes mercaderes, como generalmente lo son ellos, y tratan muchas y grandes mercaderías» [66].

Y con relación a Malinas:

«Son los de Malinas humanos, benignos y de gran pulicia y muy cortesanos» [67].

La cualidad de la cortesía en que tanto insiste Calvete, pasa a la literatura como característica del flamenco [68]. Y para terminar, Lope, al señalar las notas distintivas de las naciones, se refiere al «flamenco industrioso» [69], coincidiendo en ello con la opinión años antes expresada por Enciso y Villalobos [70].

Lastimosamente, estas bellas prendas del carácter flamenco estaban deslucidas por su desmedida afición al vino. Salas

65 *Opus cit.*, t. I, pág. 342.

66 *Opus cit.*, t. I, pág. 218.

67 *Opus cit.*, t. II, pág. 92.

68 Vd. Lope, *La mocedad de Roldán*, II. R. Acad., XIII, pág. 223-*a*; *Cautiverio y trabajos de Diego Galán*. Bibliót. Esp., XXXVII, pág. 284.

69 Lope, *El Rey por trueque*, I. Ac. N. E., II, pág. 531-*b*.

70 Villalobos, *Opus cit.*, pág. 9, y Fernández de Enciso, *Opus. cit.*, página 75.

Barbadillo alude a este vicio, que se les achacaba en España, diciendo:

«Cenóse regalado y abundante, y danzaron los brindis tan aprisa alrededor de la tabla, que si todos los comensales no tuvieran más del color moreno que del blanco y rubio, hubieran pasado por flamencos» [71].

Y el mismo autor, en otra de sus obras:

«Había regado primero el gaznate, según costumbre flamenca» [72].

Ya hemos visto antes mencionada la cerveza como bebida típica de aquella tierra. En *Estebanillo González* hallamos abundantes pasajes en que la cerveza juega un lucido papel, y Matos Fragoso nos suministra otro testimonio sobre el característico caldo que hacía perder la cabeza a los naturales de Flandes:

Una cuba de cerveza,
Digo, un flamenco atambor [73].

Hasta podemos saber cuál era su modo de brindar al tiempo de beber. En la estrafalaria obra de Pedro Hurtado leemos estas palabras:

¿A quién tengo de beber si es al uso de Flandes?
A quien te quiere más [74].

En general, flamenco llegó a ser sinónimo de buen catador, pues Quevedo, cuando describe el artificio de Juanelo, da a este célebre ingeniero el calificativo de flamenco, sabiendo muy bien que se trata de un lombardo:

Vi el artificio espetera,
Pues con tantos casos pudo
Mover el agua Juanelo
Como si fueran columpios.

71 Salas Barbadillo, *La ingeniosa Elena*. B. Románica, 149-150, pág. 125.
72 Salas Barbadillo, *Coronas del Parnaso*. Madrid, 1635, fol. 103.
73 Matos Fragoso, *Lorenzo me llamo*, III. Rivad., XLVII, pág. 235-*a*.
74 Pedro Hurtado, *Comedia Doleria*, III, 5. N. B. A. E., XIV, pág. 349-*b*.

Flamenco dicen que fué
Y sabedor de lo puro;
Muy mal con el agua estaba,
Que en tal trabajo la puso.

La fama de bebedores que los flamencos gozaban en España dio pie a la formación de consejas populares como la siguiente, que leemos en la *Floresta* de Santa Cruz:

«Estando la corte del Emperador Carlos V en Toledo, un flamenco entró una tarde en una taberna, y bebió cinco azumbres de vino, y quedóse dormido. Y despertando otro día de mañana, pidióle la tabernera que le pagase seis azumbres de vino que le había dado. El porfiaba que no eran más de cinco, diciendo: "Mi tripa no hace más que cinco azumbres". Dijo la tabernera: "Verdad decís; mas este vino, como es bueno, subióse una azumbre a la cabeza, y cinco del vientre, son seis". El flamenco respondió: "Tú has dicho la razón"» [75].

El beber estaba a tenor del comer, de modo que entre los españoles eran célebres las comilonas flamencas, empezando por notar el orden de servir los manjares, siguiendo por la duración de las comidas y acabando por la abundancia de brindis con que terminaban. Respecto a lo primero, decía Villalón lo siguiente:

«Comen a la flamenca, en dejar primero poner toda la comida en la mesa, que ellos se sienten» [76].

Cuanto a lo segundo, podemos citar algunas noticias de Barrionuevo, que en el modo de darlas muestra la estupefacción que tales prodigalidades causaban en España.

Cuenta la llegada de Don Juan de Austria (el hijo de Felipe IV) a Lovaina, «donde le convidó a cenar el Príncipe de Condé a un regio convite que duró cerca del día siguiente, y fueron 30 los cocineros, y más de 300 personas las que participaron de él, saliendo no pocos hechos unas equis, dando tras-

---

[75] *Floresta Española.* Biblióf. Madril., III, pág. 115.
[76] Villalón, *Viaje de Turquía.* N. B. A. E., II, pág. 138-*b*.

piés a los brindis del Rey nuestro Señor. Todo esto es como aquí refiero la verdad» [77].

En noticias de dos años después trae la siguiente:

«Hicieron en Flandes al Príncipe de Condé prioste de la Cofradía de San Antón, célebre en aquellos países, habiéndolo sido ya el señor Don Juan de Austria el año pasado, y dió un banquete regio y franco que duró tres días de borrachera» [78].

También en la Corte de España se dio algún festín por el estilo, que los cronistas cuidaron de calificarlo de cosa flamenca. Dice así Pellicer:

«El señor Conde-Duque, deseoso de festejar al Maestre de Campo el Barón de Molinghen... y a Mos de Santoné, su huésped, les dio un banquete en el Buen Retiro, la semana pasada, a la flamenca, en que casi todos los convidados quedaron borrachos, porque las tazas en que se brindó eran muy capaces».

---

77 *Avisos*, de Barrionuevo, 14 junio 1656.

78 *Avisos*, de Barrionuevo, 20 febrero 1658.

Capítulo XVII

LOS HOLANDESES

Con anterioridad a la rebelión nacionalista y religiosa, la opinión que de los holandeses se tuvo en España no era, en ningún modo, mala. En 1519, el siempre optimista bachiller Fernández de Enciso podía escribir:

«La gente (de Holanda) es muy devota y valiente y de buena conversación, y quieta y pacífica entre sí» [1].

Y Calvete de Estrella, en 1552, les reconocía virtudes semejantes a las de los tan alabados flamencos:

«Es la gente de Holanda humana, benigna de ingenios y condición simple y llana y sin doblez alguna, apartada de graves vicios si no es aquel de que ellos se precian comúnmente, que es hacer banquetes y ser dados a ellos» [2].

Haciendo constar la riqueza del país y opulencia de sus habitantes:

«Hacen ventaja a cuantas naciones hay en la hermosura, abundancia, limpieza de las casas y alhajas de ellas y gran riqueza, sotileza y primor en el trato de la lencería, que por ser tal toma el lienzo nombre de la misma isla de Holanda y se provee de ella la Europa y todo el mundo» [3].

---

[1] *Opus cit.*, pág. 76.

[2] Calvete de Estrella, *Felicísimo viaje del muy alto y poderoso Príncipe Don Felipe*. Biblióf. Esp., t. II, pág. 259.

[3] *Opus cit.*, pág. 258.

Por el contrario, el siglo XVII español respira odio contra los holandeses. Sucesos históricos muy próximos todavía no podían evitar que al sonar la palabra holandés flotasen en la imaginación de los españoles ciertas especies, como centellas de un rescoldo de inextinguidas hogueras. Lope de Vega, conciso esta vez, concretó el pensamiento español acerca de Holanda en estos términos:

> *El holandés pirata,*
> *Tan rebelado a Dios como a su dueño*[4].

Analizando esta frase, sacamos en claro las tres notas fundamentales que integraban el carácter holandés en concepto de los españoles; a saber:

a) La rebelión contra España.
b) La piratería.
c) La herejía.

Vamos a desarrollar por su orden estas tres notas:

CONCEPTO DE LA NACIONALIDAD HOLANDESA

Pocos españoles supieron en este siglo elevarse sobre la visión estrecha del patriotismo obcecado en mantener derechos dinásticos contrarios a la voluntad de los pueblos. Quevedo, que tan largo veía en otras materias, fue en la cuestión holandesa el portavoz de la pasión recalcitrante y no conformista, a pesar de los años y de las circunstancias. La opinión de Quevedo debía ser compartida por muchos españoles, y, sin duda, por todos los de cultura inferior a la del gran político. Oigamos cómo describe la formación de la nacionalidad de Holanda:

«Los holandeses, que, por merced del mar, pisan la tierra en unos andrajos de suelo que la hurtan por detrás de unos montones de arena que llaman diques, rebeldes a Dios en la fe y a su Rey en el vasallaje, amasando su discordia en un co-

[4] Lope, *El tirano castigado*. R. Acad., II.

mercio político, después de haberse con el robo constituido en libertad y soberanía delincuente, y crecido en territorio por la traición bien armada y atenta, y adquirido con prósperos sucesos opinión belicosa y caudal opulento, presumiendo de hijos primogénitos del Océano, y persuadidos a que el mar, que les dió la tierra que cubría para habitación, no les negaría la que le rodeaba, se determinaron, escondiéndole en naves y poblándole de corsarios, a pellizcar y roer por diferentes partes el occidente y el oriente. Van por oro y plata a nuestras flotas, como nuestras flotas van por él a las Indias. Tienen por ahorro y atajo tomarlo de quien lo trae y no sacarlo de quien lo cría. Dales más barato los millones el descuido de un general o el descamino de una borrasca que las minas. Para esto los ha sido aplauso, confederación y socorro la envidia que todos los reyes de Europa tienen a la suprema grandeza de la Monarquía de España. Animados, pues, con tan numerosa asistencia, han establecido tráfago en la India de Portugal, introduciendo en el Japón su comercio, y, cayendo y levantando con porfía providente, se han apoderado de la mejor parte del Brasil, donde no sólo tienen *el mando y el palo*, como dicen, sino el tabaco y el azúcar, cuyos ingenios, si no los hacen doctos, los hacen ricos, dejándonos sin ellos rudos y amargos. En este paraje, que es garganta de las dos Indias, asisten tarascas con hambre peligrosa de flotas y naves, dando qué pensar a Lima y Potosí (por afirmar la geografía), que pueden, paso entre paso, sin mojarse los pies, ir a rondar aquellos cerros, cuando, enfadados de navegar, no quieran resbalarse por el Río de la Plata o irse, en forma de cáncer, mordiendo la costa por Buenos Aires, y fortificarse trampantojos del pasaje. Estábase muy despacio aquel senado de hambrones del mundo sobre un globo terrestre y una carta de marear, con un compás, brincando climas y puertos y escogiendo provincias ajenas, y el *Príncipe de Orange*, con unas tijeras en la mano, para encaminar el corte en el mapa por el rumbo que determinase su albedrío. En esta acción los cogió la *hora*, y tomándole un viejo, ya quebrantado de sus años, las tijeras, dijo:

—Los glotones de provincias siempre han muerto de ahíto: no hay peor repleción que la de dominios. Los romanos, desde el pequeño círculo de un surco, que no cabía medio celemín de siembra, se engulleron todas sus vecindades, y, derramando su codicia, pusieron a todo el mundo debajo del yugo de su primer arado. Y como sea cierto que quien se vierte se desperdicia tanto como se extiende, luego que tuvieron mucho que perder, empezaron a perder mucho; porque la ambición llega para adquirir más allá de donde alcanza la fuerza para conservar. En tanto que fueron pobres, conquistaron a los ricos; los cuales, haciéndolos ricos y quedando pobres con las mismas costumbres de la pobreza, pegándoles las del oro y las de los deleites, los destruyeron, y con las riquezas que les dieron tomaron de ellos venganza. Calaveras son que nos amonestan los asirios, los griegos y los romanos; más nos convienen los cadáveres de sus monarquías por escarmiento que por imitación. Cuanto más quisiéremos encaramar nuestro poco peso, y llegarle en la romana del poder a la gran carga que se quiere contrastar, tanto menos valor tendremos, y cuanto más le retiráremos en ella, nuestra pequeña porción sola contrastará los inmensos quintales que equilibra, y si a nuestra última línea los retiráremos, uno nuestro valdrá mil. Trajano Bocalino apuntó este secreto en el peso de su *Piedra del parangón,* verificándose en la Monarquía de España, de quien pretendemos quitar peso, que, juntándole al nuestro, nos le desminuía con el aumento. Hacernos libres de sujetos fué prodigio; conservar este prodigio es ocupación para que nos habemos menester todos. Francia y Inglaterra, que nos han ayudado a limar a España de su señorío la parte con que las era formidable vecino, por la propia razón no consentirán que nos aumentemos en señorío que puedan temer. La segur que se añade con todo lo que corta del árbol, nadie la tendrá por instrumento, sino por estorbo. Consentirnos han en tanto que tuviéremos necesidad de ellos, y, en presumiendo de que ellos la tienen de nosotros, atenderán a nuestra mortificación y ruina. El que al pobre que dió limosna le ve rico, o cobra de él o le

pide. Nada adquirimos de nuevo que no quieran para sí los príncipes que nos lo ven adquirir, y por vecino, al paso que desprecian al que pierde, temen al que gana, y nosotros, desparramándonos, somos estratagema del Rey de España contra nosotros, pues cuando él, por dividirnos y enflaquecernos, dejara perder adrede las tierras que le tomamos, era treta y no pérdida, y nunca más fácilmente podrá quitarnos lo que tenemos que cuando más nos hubiere dejado tomar de lo que tiene tan lejos de sí como de nosotros. Con el Brasil, antes se desangra y despuebla Holanda que se crece. Ladrones somos: basta no restituir lo hurtado sin hurtar siempre, ejercicio con que antes se llega a la horca que al trono.

El Príncipe de Orange, enfadado, y cobrando las tijeras, dijo:

—Si Roma se perdió, Venecia se conserva, y fué cicatera de lugares al principio, como nosotros. La horca que dices, más se usa en los desdichados que en los ladrones, y en el mundo, el ladrón grande condena al chico. Quien corta bolsas, siempre es ladrón; quien hurta provincias y reinos, siempre fué rey. El derecho de los monarcas se abrevia en *viva quien vence.* Engendrarse los unos de la corrupción de los otros es natural, y no violento: causa es quien se corrompe de quien se engendra. El cadáver no se queja de los gusanos que le comen, porque él los cría; cada uno mire que no se corrompa, porque será padre de sus gusanos. Todo se acaba, y más presto lo poco que lo mucho. Cuando nos tenga miedo quien nos tuvo lástima, tendremos lástima a quien nos tuvo miedo, que es buen trueque. Seamos, si podemos, lo que son los que fueron lo que somos. Todo lo que has apuntado es bueno no lo sepan el Rey de Inglaterra y Francia, y acuérdalo adelante, que al empezar es estorbo lo que en el mayor aumento es consejo.

Y diciendo y haciendo, echó la tijera a diestro y a siniestro, trasquilando costas y golfos, y de las cercenaduras del mundo se fabricó una corona y se erigió en Majestad de cartón» [5].

[5] Quevedo, *La hora de todos.* Clás. Cast., XXXIV, pág. 163.

Como queda bien claramente expresado, los principios de la nacionalidad holandesa no son para Quevedo otros que el robo a la soberanía de España y las maquinaciones de Francia y de Inglaterra. En otro capítulo de *La hora de todos*, insiste Quevedo en achacar a Inglaterra la causa de la rebelión holandesa contra España, y, como hemos ya dicho, la opinión de Quevedo tenía muchos prosélitos. He aquí lo que dice Pellicer en uno de sus *Avisos*, con la naturalidad del que habla de cosas que todo el mundo sabe:

«Las cosas de Inglaterra, cada día hay nuevas que van empeorando; que aquel Rey está apretadísimo y que los holandeses asisten con toda eficacia a los rebeldes de Escocia. Castigo del cielo, de haber el inglés favorecido su rebelión contra España» [6].

Hay, en cambio, un texto de un ilustrado estadista, Saavedra Fajardo, que, sin tocar la cuestión directamente, viene a reconocer que el trabajo del pueblo holandés era la base de su independencia y de su prosperidad.

Dice así:

«Entre breves términos de arena, inculta al azadón y al arado, sustenta Holanda poderosos ejércitos con la abundancia y riquezas del mar, y mantiene populosas ciudades tan vecinas unas a otras, que no las pudieran sustentar los campos más fértiles de la tierra» [7].

LA PIRATERÍA

Tirso compara a las mujeres del arroyo con los piratas del mar que producía la pequeña Holanda:

Y por la calle Mayor,
Donde son sus mercaderes
Escollo de toda bolsa,
Sus coches nuestros bajeles

---

6 *Avisos*, de Pellicer, 6 noviembre 1640.
7 Saavedra Fajardo, *Empresas*, LXVIII. Rivad., XXV, pág. 187-*a*

Que en cualquiera tienda encallan,
Y sus ninfas holandeses [8].

Debió ser obsesionador en el siglo XVII el peligro holandés. La felicidad de muchas familias dependía del arribo de la flota de América, y ese arribo se veía frecuentemente impedido por los bajeles de Holanda. Librarse de sus embestidas era un triunfo en aquellos días, y así, en general, en las relaciones de navegantes, contar con el factor holandés para el buen o mal éxito de la expedición. Castillo Solórzano servirá de ejemplo:

Y en el Betis, claro río,
Surgió con toda la flota
Libre de susto y peligro,
Sin que el holandés pirata
Pudiese darle pellizco [9].

Y Lope de Vega se refiere a lo mismo diciendo:

La máquina eminente
Cuyas velas trujeron desvelada
Tanta envidia holandesa [10].

Los choques de los holandeses con los españoles en las costas de América dieron margen a Quevedo para escribir este otro capítulo, expresión del odio que aquellos navegantes conjuraron contra sí en el ánimo español:

«Dio una tormenta en un puerto de Chile con un navío de holandeses, que, por su sedición y robos, son propiamente dádiva de las borrascas y de los furores del viento. Los indios de Chile que asistían a la guarda de aquel puerto, como gente que en todo aquel mundo vencido guarda belicosamente su libertad para condenación en su idolatría, embistieron con armas a la gente de la nave, entendiendo eran españoles, cuyo imperio les es sitio y a cuyo dominio perseveran excepción. El capitán

[8] Tirso, *Amazonas en las Indias*, III. N. B. A. E., IV, pág. 573-*b*.
[9] *El mayorazgo figura*, II. Rivad., XLV, pág. 297-*a*.
[10] Lope, *Laurel de Apolo*, I. Rivad., XXXVIII, pág. 188-*b*.

del bajel los sosegó, diciendo eran holandeses, y que venían de parte de aquella República con embajada importante a sus caciques y principales, y acompañando estas razones con vino generoso, adobado con las estaciones del norte, y ablandándolos con butiro y otros regalos, fueron admitidos y agasajados. El indio que gobernaba a los demás fué a dar cuenta a los magistrados de la nueva gente y de su pretensión. Juntáronse todos los más principales y mucho pueblo, bien en orden, con las armas en las manos. Es nación tan atenta a lo posible y tan sospechosa de lo aparente, que reciben las embajadas con el propio aparato que a los ejércitos. Entró en la presencia de todos el capitán del navío, acompañado de otros cuatro soldados, y por un esclavo intérprete le preguntaron quién era, de dónde venía y a qué y en nombre de quién. Respondió, no sin recelo de la audiencia belicosa:

—Soy capitán holandés, vengo de Holanda, república en el último occidente, a ofreceros amistad y comercio. Nosotros vivimos en una tierra que la miran seca con indignación debajo de sus olas los golfos; fuimos, pocos años ha, vasallos y patrimonio del grande Monarca de las Españas y Nuevo Mundo, donde sola vuestra valentía se ve fuera del cerco de su corona, que compite por todas partes con el que da el sol a la tierra. Pusímonos en libertad con grandes trabajos, porque el ánimo severo de Felipe II quiso más un castigo sangriento de dos señores que tantas provincias y señorío. Armónos de valor la venganza de esta venganza, y con guerras de sesenta años y más, continuas, hemos sacrificado a estas dos vidas más de dos millones de hombres, siendo sepulcro universal de Europa las campañas y sitio de Flandes. Con las victorias nos hemos hecho soberanos señores de la mitad de sus Estados, y, no contentos con esto, le hemos ganado en su país muchas plazas fuertes y muchas tierras, y en el oriente hemos adquirido grande señorío y ganádole en el Brasil a Pernambuco, la Parayba, y hecho nuestro el tesoro del palo, tabaco y azúcar, y en todas partes, de vasallos suyos, nos hemos vuelto su inquietud y sus competidores. Hemos consi-

derado que, no sólo han ganado estas infinitas provincias los españoles, sino que, en tan pocos años, las han vaciado de tan innumerables poblaciones y pobládolas de gente forastera, sin que de los naturales guarden aun los sepulcros memoria, y que sus grandes emperadores y reyes, caciques y señores, fueron desaparecidos y borrados en tan alto olvido, que casi los esconde con los que nunca fueron. Vemos que vosotros solos, o sea bien advertidos o mejor escarmentados, os mantenéis en libertad hereditaria, y que en vuestro coraje se defiende a la esclavitud la generación americana. Y como es natural amar cada uno a su semejante, y vosotros y mi república sois tan parecidos en los sucesos, determinó enviarme por tan temerosos golfos y tan peligrosas distancias a representaros su afecto, buena amistad y segura correspondencia, ofreciéndoos, como por mí os ofrece, para vuestra defensa o pretensiones, navíos y artillería, capitanes y soldados, a quienes alaba y admira la parte del mundo que no los teme, y para la mercancía, comercio en sus tierras y estados, con hermandad y alianza perpetua, pidiendo escala franca en vuestro dominio y correspondencia igual en capitulaciones generales, con cláusula de amigos de amigos y enemigos de enemigos, y, por más demostración, en su poder grande os aseguran muchas repúblicas, reyes y príncipes confederados.

Los de Chile respondieron con agradecimiento, diciendo que para oír bastaba la atención; mas para responder, aguardaban las prevenciones del Consejo; que a otro día se les respondería a aquella hora.

Hízose así, y el holandés, conociendo la naturaleza de los indios, inclinada a juguetes y curiosidades, por engañarles la voluntad, les presentó barriles de butiro, quesos y frasqueras de vino, espadas, y sombreros, y espejos, y, últimamente, un tubo óptico, que llaman anteojo de larga vista. Encarecióles su uso, y con razón, diciendo que con él verían las naves que viniesen a diez y doce leguas de distancia y conocerían por los trajes y banderas si eran de paz o de guerra, y lo propio en la tierra, añadiendo que con él verían en el cielo estrellas que jamás se han visto, y que sin él no podrían verse; que advertirían dis-

tintas y claras las manchas que en la cara de la luna se mienten ojos y boca, y en el cerco del sol una mancha negra, y que obraba estas maravillas porque con aquellos dos vidrios traía al ojo las cosas que estaban lejos y apartadas en infinita distancia. Pidiósele el indio que entre todos tenía mejor lugar. Alargósele el holandés en sus puntos, dotrinóle la vista para el uso y diósele. El indio le aplicó al ojo derecho, y, asestándole a unas montañas, dió un grande grito, que testificó su admiración a los otros, diciendo había visto a distancia de cuatro leguas ganados, aves y hombres, y las peñas y matas tan distintamente y tan cerca, que aparecían en el vidrio postrero incomparablemente crecidas. Estando en esto, los cogió la *hora*, y zurriándose en su lenguaje, al parecer razonamientos coléricos, el que tomó el anteojo, con él en la mano izquierda, habló al holandés estas palabras:

—Instrumento que halla mancha en el sol y averigua mentiras en la luna y descubre lo que el cielo esconde es instrumento revoltoso, es chisme de vidrio, y no puede ser bienquisto del Cielo. Traer a sí lo que está lejos es sospechoso para los que estamos lejos; con él debistes de vernos en esta grande distancia, y con él hemos visto nosotros la intención que vosotro retiráis tanto de vuestros ofrecimientos. Con este artificio espulgáis los elementos y os metéis de mogollón a reinar: vosotros vivís enjutos debajo del agua y sois tramposos del mar. No será nuestra tierra tan boba que quiera por amigos los que son malos para vasallos, ni que fíe su habitación de quien usurpó la suya a los peces. Fuistes sujetos al Rey de España, y, levantándoos con su patrimonio, os preciáis de rebeldes, y queréis que nosotros, con necia confianza, seamos alimento a vuestra traición. Ni es verdad que nosotros seamos vuestra semejanza, porque, conservándonos en la Patria que nos dió la naturaleza, defendemos lo que es nuestro, conservamos la libertad, no la robamos. Ofrecéisnos socorro contra el Rey de España, cuando confesáis le habéis quitado el Brasil, que era suyo. Si a quien nos quitó las Indias se las quitáis, ¿cuánta mayor razón será guardarnos de vosotros que de él? Pues advertid que América es una ramera rica y hermosa y

que, pues fué adúltera a sus esposos, no será leal a sus rufianes. Los cristianos dicen que el Cielo castigó a las Indias porque adoraban a los ídolos, y los indios decimos que el Cielo ha de castigar a los cristianos porque adoran a las Indias. Pensáis que lleváis oro y plata, y lleváis envidia de buen color y miseria preciosa. Quitáisnos para tener que os quiten: por lo que sois nuestros enemigos, sois enemigos unos de otros. Salid con término de dos horas de este puerto, y si habéis menester algo, decidlo, y si nos queréis granjear, pues sois invencioneros, inventad instrumento que nos aparte muy lejos lo que tenemos cerca y delante de los ojos, que os damos palabra que con éste, que trae a los ojos lo que está lejos, no miraremos jamás a vuestra tierra ni a España. Y llevaos esta espía de vidrio, soplón del firmamento, que, pues con los ojos en vosotros vemos más de lo que quisiéramos, no le habemos menester. Y agradézcale el sol que con él le hallastes la mancha negra, que si no, por el color intentáredes acuñarle y de planeta hacerle doblón» [11].

Estos piratas fueron conocidos en España con un nombre particular, que ha dado mucho que pensar a los maestros de la erudición, sin que hasta ahora estén las cosas en claro.

Hartzenbusch observó la palabra *pechelingue* dos veces en Tirso, y, haciéndola derivar de *speech english*, la interpretó en esta forma:

«*Pechelingue* parece que significa *pirata;* otras veces quizá equivale a *hereje*, y siempre es voz despreciativa, aplicable sólo a extranjeros» [12].

Después, el señor Pérez González, en su comentario a *El Diablo Cojuelo*, citó unos documentos del siglo XVI, en que *pechilingua* significaba ciertas monedas de vellón.

Bonilla y San Martín, en un artículo especial dedicado a la etimología y significación de *pechilingue*, citó un vocabulario mejicano en que *pechilinga* significa «pequeña», y un libro de geografía americana donde se nombra el puerto de los Pechilingues.

[11] *La hora de todos*. Clás. Cast., XXXIV, pág. 209.
[12] Hartzenbusch. Rivad., V, pág. 128-*b*.

Fundado en estos hallazgos, Bonilla derivó de la voz mejicana todos los pechilingues que salen acá y allá en la literatura, y acudió a retorcimientos casi absurdos para encajar su sentido en el de «pequeño».

No estamos de acuerdo con la opinión de Bonilla. Para nosotros, *pechilingue*, en los textos españoles del siglo XVII, significa holandés. Lo prueban los textos que vamos a citar, desconocidos por cuantos hasta ahora han terciado en el asunto. Dice don Jerónimo de Barrionuevo:

«Entró en Cádiz un navío inglés con banderas holandesas, diciendo ser de pichilingues. Fue apresado de tres galeras nuestras y cogidas las cartas de Inglaterra y 175 fardos de mercadurías y otras cosas de valor de 100.000 ducados» [13].

De este texto se deduce que pechilingues no eran los ingleses, sino los holandeses. Un mes después vuelve el mismo autor a confirmar la primera parte de nuestra deducción:

«Entró en Cádiz a los 15 del pasado un navío inglés con banderas pichilingues. Fué reconocido y apresado. Dícese importa la presa 500.000 ducados» [14].

Otros dos pasajes de Barrionuevo vienen en apoyo de nuestra interpretación. Dice en los *Avisos* de 6 de mayo de 1656:

«A los 3 de marzo se quedaban poniendo en orden 60 fragatas en cuatro puertos de Flandes, y entre ellos *Pichilinges* a devoción del Rey, con banderas y patentes para piratear» [15].

Ahora bien: ¿serían ingleses estos piratas? En los *Avisos* del mes siguiente, Barrionuevo establece claramente el antagonismo entre nuestras naves y las del inglés, y la situación amistosa de España con los holandeses:

«Dícese haber propuesto los holandeses a S. M. que ellos traerán la plata de Indias, y la asegurarán del inglés, pagándoselo; pero ¿quién se ha de fiar de ellos?» [16].

---

13 *Avisos*, de Barrionuevo, 21 junio 1656.
14 *Avisos*, de Barrionuevo, 12 julio 1656.
15 *Avisos*, de Barrionuevo, 6 mayo 1656.
16 *Avisos*, de Barrionuevo, 1 noviembre 1654.

No hay duda que estos holandeses eran los «pechilingues a devoción del Rey», que se aprestaban en cuatro puertos de Flandes.

Item más: en los *Avisos* de 5 de julio de 1656, refiere Barrionuevo diversos choques de los ingleses con nuestras naves y nuestros puertos, y al mismo tiempo da esta noticia de pacífico comercio de pechilingues en el puerto de Nápoles:

«En Nápoles ha dado peste. Dícese haber procedido de unos navíos de pichilingues que llegaron allí cargados de bacalao, que vendieron a precio moderado, por estar infecto de la mucha navegación que había tenido» [17].

Por último, en junio de 1655, estando la flota española en peligro de ser apresada por los navíos ingleses, aparecen otras naves aliadas de España, que no pueden ser de otra parte que de Holanda, de las cuales Barrionuevo habla así:

«Han llegado cuatro o cinco navíos de pichilingues, que dicen no haber encontrado nuestros bajeles» [18].

A la luz de estos textos debemos interpretar los versos de Tirso de Molina mejor que lo hiciera el señor Bonilla. Cuando dice en *Marta la piadosa*:

Y labrando en la Mamora
Un fuerte casi invencible,
Cortar esperanza y paso
A moros y pichilingues [19].

Debemos entender a turcos y a holandeses dos clases de piratas, que en tiempos de Tirso interrumpían nuestra navegación. Y en otro texto de *La celosa de sí misma* distingue a los pechilingues de los ingleses y los identifica con los holandeses:

Cada tienda es la Bermuda;
Cada mercader inglés,

---

17 *Avisos*, de Barrionuevo, 5 julio 1656.

18 *Avisos*, de Barrionuevo, 19 junio 1655.

19 Tirso, *Marta la Piadosa*, II. Rivad., V, pág. 449-*b*. Vd. Lope, *La villana de Getafe*, III. Ac. N. E., X, pág. 400, y Ms. 17683 B. N. de Madrid, folio 155.

Pechelingue u holandés,
Que a todo bajel desnuda[20].

Más fuera de discusión está todavía el siguiente texto de Tirso, que ningún crítico ha citado en la contienda. Es una alusión a las dueñas que vestían unas blancas tocas de hilo de Holanda:

Gruñan cien varas de toca
Holandesa o pechilinga
Por cuya blanca gatera
Se asoma una cara mica[21].

Además, Lope, que tampoco ha sido citado en la cuestión, tiene otro pasaje que alude claramente a la fama de los navíos holandeses para las correrías en corso a que se dedicaban. La frase es ésta:

La puse más embreada
Que navío Pechelingue[22].

Y para terminar, otro texto no menos claro que desconocido. Es una sátira contra el Conde-Duque, que se halla en el manuscrito 10.936, folio 215, de la Biblioteca Nacional de Madrid, en donde se leen estos versos:

Flandes se quiere ajustar
Con el holandés vecino;
El indiano peregrino
Sin flota podrá pasar,
Puesto que habrá de comprar
Del pichilingue pirata,
Si no mejor, más barata
Cualquiera mercadería,
Sin temor de la avería
Ni que tome el Rey la plata.

20 Tirso, *La celosa de sí misma*, I. Rivad., V, pág. 128-*b*.

21 *Amar por arte mayor*, II. Rivad., V, pág. 429-*c*. Muy semejante Góngora, *Las firmezas de Isabela*, I, pág. 363. Vd. Calderón, *Céfalo y Pocris*, I, Rivad., XII, pág. 493-*b*.

22 Lope, *El tirano castigado*. R. Acad., II, pág. 481-*b*.

LOS HOLANDESES, HEREJES

Los epítetos de herejes y luteranos aplicados a los de Holanda menudean en los monumentos literarios de esta época, y en los textos que llevamos transcritos no han faltado ocasiones de comprobarlo. Queremos, no obstante, señalar algún carácter especial que en el protestantismo holandés apreciaban los españoles de entonces. Holanda se aparecía ante la mirada española como un lugar de refugio de los judíos y judaizantes que huían de España. Sólo ateniéndonos a los *Avisos* de Barrionuevo tenemos materiales bastantes para cerciorarnos de este matiz particular. La noticia siguiente acaba con un comentario que parece un reproche contra la Inquisición:

«A la madre de los Cortizos la han dado por libre en la Inquisición de Cuenca. Han ido sus hijos por ella con grande ostentación, y se tiene por cierto que, en estando en Madrid algunos días, darán con ella en Amsterdam, en Holanda, donde no se escrupulea tanto como por acá» [23].

Nos extraña que, habiendo tantos críticos e historiadores que se esfuerzan y trabajan por adivinar y sorprender gestos antiinquisitoriales en este o aquel ingenio del siglo que estudiamos, no hayan caído en la cuenta de la peregrina actitud de este canónigo o eclesiástico, que dirigía sus cartas a otros dignatarios de la catedral de Zaragoza. No hay duda que muchas de sus noticias encierran una intención crítica, que a veces parece un lamento por la pérdida que representaba para España el ahuyentamiento de las fuerzas económicas. El siguiente párrafo que transcribimos es tal vez de lo más fuerte que se escribió en aquellos días acerca del Santo Tribunal:

«Los hermanos Cardosos, que tenían las salinas de Atienza, Espartinas, el servicio ordinario y montazgo y otras rentas, de la noche a la mañana se han pasado a Francia, temerosos de la Inquisición. Dejaron ajustadas sus cuentas y una carta al Consejo de Hacienda diciéndole la ocasión de su ida, y que no de-

[23] *Avisos*, de Barrionuevo, 29 abril 1656.

bían nada, como constaba de sus libros, suplicándole tomase a sus hijos y mujeres debajo de su protección, enterados de ser verdad de lo que le suplicaban. Dícese que, enemigos envidiosos de sus aumentos, les escribieron depositasen en tal parte tantos 1.000 ducados, y que si no lo hacían, les delatarían de judíos, y que se fueron con éste y otros asuntos al Inquisidor general, de que no hizo caso, con lo cual les pareció mejor dar salto de mata que estar en un calabozo hasta que se averiguase la verdad. Lo cierto es que si lo es lo que se dice que se estila en aquel Santo Tribunal de no castigar testigos falsos, porque nadie delataría si se hiciese, es terrible y aun inhumana cosa dejar al arbitrio de los enemigos mal intencionados la vida, honra y hacienda del que puede estar inocente, como se ve cada día salir muchos libres de estos trabajos después de haber padecido tantas incomodidades y años de cárcel. Téngannos Dios de su mano»[24].

Aunque el texto anterior habla de huirse a Francia, y existen otros del mismo autor que ponen el refugio en Amberes, lo más común es citar a Amsterdam como lugar preferido para vivir seguro de la Inquisición. Sirva de última prueba de esto la siguiente noticia:

«Montesinos, un portugués muy rico, que salió en Cuenca con sambenito y habiendo jurado *de vehementi* y 8.000 ducados de pena, se ha ido a Amsterdam a vivir a sus anchuras, temeroso no le quemen si le vuelven a prender. Dejó a sus hijos mancipados, habiéndoles dado en vida toda su hacienda. Créese la irán pasando allá poco a poco, y que otro día harán lo mesmo que él»[25].

Después de la paz de 1656 entre España y Holanda, vinieron a España y a la Corte bastantes holandeses, que suministraban a los españoles algunos curiosos elementos de juicio para confirmarse en su opinión acerca de la heterodoxia de esta gente. Gracioso caso el que Barrionuevo nos cuenta en estas palabras:

---

24 *Avisos*, de Barrionuevo, 29 mayo 1655.

25 *Avisos*, de Barrionuevo, 22 noviembre 1656.

«Fué a Toledo un sobrino del embajador de Holanda a ver aquella ciudad. Llegó muy acalorado; pidió en llegando media azumbre de vinagre; echóle otra de agua y bebióselo; comió luego diversidad de cosas que llevaba fiambres. Diole el mal de la muerte. Díjole el médico dispusiese sus cosas, porque se moría. Dijo que quería hacer testamento. Vino el escribano. Trajo hecha la cabeza de él, como se acostumbra: «En el nombre de Dios Padre y de todos sus santos, etc. Díjole el enfermo que él no decía nada de aquello; que lo borrase, porque él era luterano, y que no creía en la intercesión de los Santos ni Madre de Dios; que tenía pasaporte del Rey para vivir en su ley; que en ella había de morir. Fué el escribano a dar cuenta a la Inquisición, que envió luego al más moderno a que procurase si podía reducirle. Cansóse en vano. Ordenó al escribano volviese a hacer el testamento como el enfermo quisiese. Hízolo así: mandó se repartiesen 6.000 ducados entre pobres que no fuesen católicos, clérigos, frailes ni monjas. Murió. El alma se la llevó el diablo, y con el cuerpo dieron sus criados en la huerta de los Carmelitas descalzos. Es cierto como lo cuento» [26].

Con razón, pues, no las tenía todas consigo el bueno de Barrionuevo cuando vio adornar con cuadros de santos la Embajada holandesa para hospedar a los nuevos diplomáticos. La noticia revela el estado de suspicacia en que vivían los españoles respecto de los hombres del Norte. Dice así:

«El viernes, víspera de San Juan, entraron en Madrid los Embajadores de Holanda. Son dos: uno que se ha de quedar aquí, y otro extraordinario. Son hombres de porte. Tienen la casa en la calle de la Ballesta, aderezada a lo católico, con cuadros de santos. Si los echaron a rodar en viéndolos, hasta ahora no se ha dicho» [27].

La conciencia española que hemos tratado de reconstruir queda perfectamente expresada por L. Copiana:

---

[26] *Avisos*, de Barrionuevo, 6 septiembre 1656.
[27] *Avisos*, de Barrionuevo, 28 junio 1656.

«¡Oh Holanda, Holanda! ¡Oh inventivo de crueldad sacrílega! ¡Oh tizón que abrasa tiránicamente la Iglesia! ¿Qué católicos oídos y ojos leyendo estas maldades oirán vuestro nombre sin mil execraciones?»[28].

[28] L. Copiana, *Atroces hechos de impíos tiranos por intervención de franceses*. Valencia, 1635, pág. 28.

Capítulo XVIII

INGLESES E IRLANDESES

El siglo XVI legó una herencia de odio y prejuicios antibritánicos a las generaciones del XVII. El teatro anterior a Lope de Vega no conoció entre sus tipos de comicidad el del inglés; pero la poesía lírica, la historia, las relaciones y epístolas habían moldeado en la conciencia de los españoles el carácter de los hijos de Albión. Se los concebía como mercaderes, como piratas del mar, como herejes. Detallemos cada una de estas tres cualidades.

LOS INGLESES, COMERCIANTES

La aparición en las ciudades marítimas de España de mercaderes procedentes de Bretaña data de muy atrás. Algunos eruditos han enturbiado este punto, que exige, por lo tanto, breve discusión. Rodríguez Marín dice que «*bretón*, como vocablo de germanía, significa *extranjero*, y no precisamente *natural de Bretaña*» [1].

Y González de Amezúa, por su parte, añade:

«A estos tales merchantes marítimos, no españoles, llamaban genéricamente *bretones*, sin que fuesen precisamente originarios de Bretaña. Y es voz, para mi humilde sentir, no germa-

[1] Edición de *Rinconete y Cortadillo*. Madrid, 1920.

nesca, aunque plumas de mucho peso opinen lo contrario, sino corriente y llana, pues ni la encuentro en los vocabularios jergales, y, en cambio, prosistas muy graves y sesudos autorizan con ella formalmente composiciones y capítulos de todo punto ajenos a la vida de bribia.

Bretón, en su acepción de *extranjero*, falta en la última edición del Diccionario»[2].

Ahora bien: los dos textos que este diligente escritor trae para rebatir la calificación de germanesca dada por Rodríguez Marín a la palabra *bretón* hablan de bretones de Inglaterra; un texto del padre Mercado, que G. de Amezúa reconoce que se refiere a *los auténticos bretones*, y otro que, sin que él lo diga, vemos que se refiere al príncipe de Gales, Carlos Stuard. Y Rodríguez Marín, ¿qué prueba aduce de que *bretón* signifique no *inglés* precisamente, sino *extranjero* en general? Comentando *El Diablo Cojuelo*, afírmalo sin prueba ninguna[3], y comentando el *Rinconete y Cortadillo*, dice esto por toda prueba:

«En el *Coloquio de los perros* se habla más largamente que aquí de otro bretón a quien pescó la Colindres, y éste debía de ser italiano, pues reclamaba sus cincuenta *escuti d'oro in oro*»[4].

Pero el señor Rodríguez Marín sabe de más que en nuestros escritores del siglo XVII era comunísimo poner palabras italianas en boca de cualquier extranjero que tenía que hablar como tal, fuera de donde fuese.

En los capítulos anteriores ha quedado fuera de duda que los mercaderes flamencos eran conocidos por los españoles con el nombre popular de *hilo de Flandes;* los mercaderes portugueses, con el apodo análogo de *hilo portugués;* los de Génova y Milán, con el sencillo título de genoveses y milaneses; los de Francia, gascones sobre todo, con el nombre de *Juan Francés* o gabachos. Ni un solo texto hemos hallado que autorice a creer que *bretón* significa extranjero; antes sí varios explícitos donde significa naturales de Bretaña, y por estos lugares hay

2 Edición del *Coloquio de los perros*. Madrid, 1912, pág. 521.
3 *Opus cit.* Clás. Cast., XXXVIII, pág. 206, nota 6.
4 *Opus cit.* Madrid, 1920.

que entender, en buena crítica, los otros pasajes donde *bretón* aparece, siempre que del contexto no se deduzca otra cosa distinta.

Respecto a la identificación de estos naturales de Bretaña con los ingleses, además de los textos antes citados al referirme a la interpretación de Amezúa, hay otras pruebas que avalan mi tesis. En primer lugar, la indudable equivalencia geográfica que en nuestra literatura clásica tuvieron los vocablos de Bretaña y Gran Bretaña o, más propiamente, Inglaterra [5]. En segundo término, los innumerables pasajes referentes claramente a los ingleses bajo el nombre de bretones [6].

La actividad de estos mercaderes es grande. Una pragmática prohibitiva de cierto tipo de importaciones contiene amplia relación de los objetos habituales de su comercio. Dice así:

«Mercaderías que vienen de Inglaterra o de otras provincias sujetas a aquel Rey, que son las siguientes: Bayetas de cien hilos, ochenta, sesenta y ocho, sesenta y cincuenta y cuatro, y éstas se conocen por los plomos y sellos que traen en la cola. Otras bayetas del Gallo que le traen pintado. *Iten* otras medias bayetas de colores más angostas. Perpetuanes blancos y negros, o imperialetes. Carifeas de todos colores de toda cuenta; de vara y tercia de ancho. Carifeas más angostas que llaman cuartes. Carifeas del norte, género conocido. Parangones de cordoncillo de todos colores. Paños de ciudad, o Londres, que llaman paños contrahechos o veinticuatrenos de colores. Paños de belartes finos y del curchirillos. Becerros de Irlanda y de toda la Provincia. Vacas curtidas de diferentes suertes. Becerros gamuzados. Lienzos de Escocia, que su fábrica es conocida en el curar, bruñido y cal. Guingaos bastos, piezas de cuarenta y treinta y nueve varas que parecen presillas bru-

[5] Vd. *Revue Hispanique*, XXXV, pág. 427, y XL, pág. 74; Fernández de Enciso, *Suma de Geografía*. Col. Joyas Bibliográficas, I. Madrid, 1948 (reproduciendo la ed. de 1519), pág. 85.

[6] Vd. Gómara, *Historia General de las Indias*. Calpe, I, pág. 84; A. de Herrera, *Historia de lo sucedido en Escocia e Inglaterra*... Madrid, 1589, páginas 7, 7ª y 43; *Obras sueltas*, de Lupercio y Bartolomé de Argensola. Colección Escrit. Cast., LXXV, pág. 12.

ñidas; y destos vienen bastos y delgados que son lienzos de Silesia, los curan allí, y se conoce su cararie y fábrica, aneage y suerte, y lienzos como guingaos. Bombasíes dobles de colores finos. Otros medios paños que llaman cuartillas. Villajes que tienen catorce y quince varas. Anascotes contrahechos. Anascotes de Señoría. Mantecas de Inglaterra. Cera. Sebo de Inglaterra, que se lleva allí de Holanda y otras partes. Cecina en barriles, que es de Irlanda. Barriles de Salmón. Medias de dos y tres hilos, de colores y negras, de mujeres, niños y muchachos. Vienen por Inglaterra enrollados finos de diez varas que ahora llaman bretañuelas. Vienen asimismo manguetas de Holanda. Otro género de telillas. Estopillas anchas y angostas. Medias de carifea adocenadas. Medias de gamuza. Estaño en barriles pequeños. Platos de estaño que llaman peltre. Plomo de Bristol. Otro plomo en barras grandes. Guirones. Medias de estameña»[7].

De todos ellos, el artículo que más suena en el siglo XVII es el *paño de Londres*. Este paño se usaba para sayas, según se ve en la *Tragedia Policiana*, y para trajes de cazador, según reza este lugar de Lope:

¿Has visto ciertos monteros
Con capotes de dos faldas
De verde paño de Londres?[8].

Este paño era estimado de superior calidad; tan antigua es la nombradía de las telas inglesas. En una *Loa* anónima que aparece impresa en 1607, se dicen estas palabras:

Y siendo pobre mi paño
Del de los frailes menores,
Con el enojo le vuelva
En paño hereje de Londres[9].

---

7 A. H. N., *Libros de alcaldes*. Libro 1473, fol. 61, núm. 4.
8 Lope, *Vaquero de Morafia*, III. R. Acad., VII, pág. 588-*a*.
9 Vd. N. B. A. E., XVIII, pág. 397-*b*.

También *La pícara Justina* pone por extremos de comparación el sayal burdo de un lado y el paño de Londres de otro [10].

Hasta podemos deducir de un texto de Agustín de Rojas que este paño entraba fraudulentamente en Castilla, es decir, sin pagar las aduanas, pues dice así:

> *No envidia los brocados de los reyes,*
> *Ni el paño del traidor inglés bastardo*
> *Viste, por contrabando, con recelo* [11].

Cualquiera podría pensar que la nombradía de los tejidos ingleses data entre los españoles desde esta época, y que a esto se debería la introducción del paño londinense en la península, y, sin embargo, no es así. Un embajador del Rey Católico en Londres escribía en 1613 esta noticia, que hoy no acertamos a comprender:

«Aun aquí, en Inglaterra, donde hay tanta abundancia de paño, es mucho más estimado el de España, porque es mejor fabricado y de más dura y mejor lana» [12].

El mismo autorizado escritor nos da la explicación de que, siendo esto así, el paño inglés abundaba tanto en España. Todo era debido a la mala organización aduanera. Dice así:

«Una carga de sardina que parte de Galicia a Valladolid, topa en medio de la tierra siete u ocho aduanas, que la embarazan y detienen, haciéndola pagar diferentes tributos, y en las demás mercadurías pasa otro tanto; y de Lisboa a Madrid, y de Valencia a Zaragoza, es lo mismo de ida y vuelta. Y todas estas vejaciones hechas a los vasallos de su Majestad son en beneficio de Inglaterra, porque les es más cómodo a todos los de Galicia, Asturias, Vizcaya, Navarra, Aragón, Valencia, Cataluña, Andalucía y Portugal traer el paño de Londres que de Segovia» [13].

---

[10] *Opus cit.* Rivad., XXXIII, pág. 75-*b*.

[11] *El viaje entretenido*, IV. N. B. A. E., XXI, pág. 575-*a*.

[12] *Cinco cartas político-literarias*, de D. Diego Sarmiento de Acuña. 1613-22. Biblióf. Español., IV, pág. 68.

[13] *Cinco cartas...*, de D. Diego Sarmiento de Acuña. Biblióf. Español., IV, pág. 61.

Otros objetos de importación inglesa nos dan patentes pruebas de la acción de sus comerciantes. Lope habla de *ricas tapicerías* de Londres [14], de los *perniles de Escocia* [15] y del *rubio de Bretaña* [16].

Don Jerónimo de Barrionuevo celebra las *medias de Inglaterra* [17], y menciona además «una empanada inglesa, pan de azúcar y nevada la cubierta» [18].

Por este expresivo texto sabemos de qué se trata cuando leemos *empanadas inglesas* en otros autores, como Mateo Alemán y Estebanillo González [19].

El poeta Polo de Medina las llama *tortas inglesas* [20], y, por lo visto, era golosina muy vulgar en España.

Francisco Santos notifica que los vendedores de guantes eran franceses e ingleses [21].

Sabemos también que se llamaba *cajas de Inglaterra*, indicando su procedencia, a cierto juguete consistente en una serie de cajitas de menor a mayor, que se encerraban unas en otras, hasta formar una sola pieza [22], y Castillejo menciona unas *cuentas de Inglaterra* guarnecidas [23].

Además de tantos indicios del comercio entre Inglaterra y España, tenemos constantes noticias durante todo el siglo XVII de los mercaderes ingleses. En 1645, el presidente del Consejo advertía al Rey:

---

14 *La Dorotea*, I. Renac., pág. 8.

15 *Argel fingido*, III. Ac. N. E., III, pág. 501-*a*.

16 *El Rey por trueque*, II. Ac. N. E., II, pág. 536-*a*.

17 *Poesías*, de Barrionuevo. Ed. de Paz y Meliá, en Col. Escrit. Cast., I, página LVIII.

18 *Avisos*, 30 agosto 1656.

19 *Guzmán de Alfarache*, I, II, 5. Rivad., III, pág. 226-*b*. *Estebanillo González*, VII. Rivad., XXXIII, pág. 321-*a*.

20 Rivad., XLII, pág. 179-*b*.

21 *Periquillo el de las gallineras*. Ed. 1704, pág. 75.

22 Vd. *Estebanillo González*, VI. Rivad., XXXIII, pág. 318-*b*.

23 Vd. Rivad., XXXII, pág. 120-*a*.

«Hay en su puerto (de Tetuán) número de bajeles ingleses, que han llevado y cargan de mercaderías, con que es fuerza vengan a la vendeja de Málaga» [24].

Y poco después, cuando nuestras desavenencias con Cromwell, recogía Barrionuevo estas especies que corrían por Madrid:

«Avisan de Alicante y de Vizcaya y de casi todos nuestros puertos que los ingleses mercantes que vivían en ellos contratando, se han ido; no se sabe si temerosos de que no les quiten sus haciendas acá, por haber ido su armada a las Indias, o con ocasión de las alteraciones y motivos de guerra que hay en su tierra» [25].

«En Cádiz, Sevilla y otras partes los mercantes ingleses dan sus mercadurías a 25 y 30 por 100 menos, por despacharlas y huir de las represalias que temen» [26].

«Claman los ingleses por las paces en toda Ingalaterra, y en los puertos los que llegan, que no son pocos, piden el comercio, diciendo a voces que ellos no tienen la culpa, sino sólo Cromwell» [27].

Por último, Pedro Hurtado de Alcocer enumera los productos de importación inglesa en esta forma:

«De Inglaterra vienen paños de todas suertes, veinticuatrenos, veintidosenos y veintenos, villares, cuartillas, ruanes de sello, perpetuanes, cariseas, bayetas de todas suertes, medias de lana y de carisea, picotes de todas suertes, liencerías y otras muchas suertes de mercadería» [28].

El tipo de los tales *bretones* era desastrado y sucio, a juzgar por la fama que les dan los escritores contemporáneos. Lope describió a San Juan Bautista:

---

[24] *Consulta del Presidente del Consejo al Rey*, 1645. Codoin, XCV, página 210.

[25] *Avisos*, de Barrionuevo, 17 abril 1655.

[26] *Avisos*, de Barrionuevo, 19 junio 1655.

[27] *Avisos*, de Barrionuevo, 1 enero 1656.

[28] Ms. 11031, pág. 210.

Con más pieles y cabellos
Que un bretón viene a Sanlúcar [29].

Y Cervantes presenta un bretón, mercader, que había venido a la feria o vendeja de Cádiz, y lo describe *unto y bisunto*, tan bisunto, que en los bolsillos de los anchos calzones llevaba «un pedazo de jamón famoso».

Esta suciedad no les estorbaba ser enamoradizos y gastadores con las mujeres públicas; ésta era otra nota de su carácter, en sentir de los españoles. Además de los pasajes citados de Cervantes y de Vélez de Guevara, tenemos otro de una *Loa* anónima, en la que el poeta se queja del atractivo que en las mujeres ejercían las dádivas de los mercaderes de Inglaterra:

Está un triste enamorado
Cuitado del que lo es,
Tan galán como Narciso,
Y más que galán, cortés,
Hecho un trasgo de sí mesmo
Desde las nueve a las tres
Por una dama o fregona;
En fin, por una mujer.
Y una tarde, con mil cartas,
Le dice un desdén:
"Señor, vuesa merced mude
Ese intento o parecer,
Que yo soy mujer honrada,
Más que Lucrecia lo fué".
Y luego vino un gabacho
De Ingalaterra o Calés,
Sin narices en la cara,
Más feo que Lucifer;
Porque le dió unos sartales
Y unas medias de Ambers,
Que todo vale diez cuartos,
Y un poco lienzo francés,
Éste es el galán polido,

29 Lope, Sancha, XXI, pág. 172.

El fuerte, el bravo, el cortés:
Que todo lo facilita
La fuerza del interés [30].

LOS INGLESES, PIRATAS

La piratería era otro de los aspectos bajo los que se presentaba al inglés al pensamiento español. Las acometidas de los barcos britanos a las colonias españolas, desde 1558 a 1603, proyectaban su horrible fantasma en toda la literatura del siglo XVII. El libro de J. A. Ray, *Drake dans la poésie espagnole* (París, 1906), presenta reunidas varias pruebas de valor sobre el sentimiento de odio que el nombre de este pirata inspiraba en España.

Los textos recogidos por Ray son susceptibles de bastante aumento. Góngora lo saca a relucir dos veces en distintas poesías [31], tres veces aparece en *La pícara Justina* [32], Lope, a más de dedicarle *La Dragontea*, lo nombra en varias de sus piezas [33]; Castillo Solórzano, en una de sus novelas [34]; el canónigo Tárrega, en *El Prado de Valencia*, [35]; A. Enríquez Gómez, en *La torre de Babilonia* [36]; el Príncipe de Esquilache [37], etc.

En todos estos pasajes apuntados, Drake aparece como tahur, pirata, azote de navegantes; mas también hubo quien le reconoció eminentes dotes de caballerosidad y de valor. Curiosa prueba de la riqueza e independencia de los españoles en

---

30 *Loa*, anónima. N. B. A. E., XVIII, pág. 410-*a*.

31 Góngora, *Obras poéticas*, I, pág. 159; III, pág. 23.

32 *Opus cit.* Rivad., XXXIII, págs. 87, 129, 155.

33 Lope, *Los amantes sin amor*, III. Ac. N. E., III, pág. 168; *Viaje del alma*. R. Acad., II, pág. 8; *El rústico del cielo*, I. R. Acad., V, pág. 246; *El ausente en el lugar*, I. Ac. N. E., XI, pág. 410-*a*; *¿De cuándo acá nos vino?*, II. Ac. N. E., XI, pág. 687-*a*.

34 Vd. *Tiempo de regocijo*. Madrid, 1627, pág. 164.

35 *Opus cit.*, II. Rivad., XLIII, pág. 45-*b*.

36 *Opus cit.* Ruan, 1649, pág. 58.

37 *Obras en verso*, del Príncipe de Esquilache. Amberes, 1654, pág. 40.

su modo de enjuiciar los hechos y las personas. Véase lo que en su famosa *Miscelánea* escribió Zapata:

«Invención de agora fué los barcos de fuego, que echó contra nosotros en el canal de Inglaterra el excelente hombre de mar, el inglés Drake» [38].

A la opinión de Zapata se arrima Ordóñez de Ceballos en el siguiente juicio:

«Víase en este general Francisco Drake un valor admirable y una crianza tan de pecho noble y honrado, que siempre que oía nombrar o nombraba él al Rey Don Felipe II de España, se levantaba y hacía su reverencia y sumisión, y decía que en el mundo no había habido, ni aunque entrase el gran Alejandro Magno, Julio César ni los nueve de la fama, que mereciesen tanto como el Rey Don Felipe» [39].

Y Cubero Sebastián le cita como gran navegante:

«Aunque otros han dado la vuelta al mundo, ha sido por mar, como se cuenta de Sebastián Cano y de Francisco Drake» [40].

Mas la piratería inglesa no quedaba agotada en la figura simbólica de Drake.

Rotas nuestras relaciones con Cromwell a mediados del siglo XVII, volvieron a reproducirse las depredaciones del tiempo de Drake. Barrionuevo comunica en sus *Avisos* las ideas que corrían en la corte a este propósito:

«Desde aquí adelante las Indias volaron, que ni las hemos de poder mantener, ni defendernos en nuestro rincón: y se dice intentaron hacer en Puertovelo y Puerto Rico lo mismo, y no lo consiguieron. Éste es el estado miserable en que nos hallamos, que a ser ésta gente católica, no fuera tanta lástima el perder las haciendas, como se salvaran las almas» [41].

Por estos días se compusieron también estos pedestres versos, que nos dejan entrever el pesimismo que invadía la política española:

---

38 Vd. *Memorial Histórico Español*, XI, pág. 355.

39 Ordóñez de Ceballos, *Viaje del Mundo*, cap. XVIII. N. B. A. E., II, página 304-*b*.

40 Cubero Sebastián, *Peregrinación del mundo*. Nápoles, 1682, pág. 311.

41 *Avisos*, de Barrionuevo, 4 octubre 1656.

Por las Indias de Castilla
No daré una blanca ya,
Que el inglés acá ni allá
No deja pasar barquilla.
De la plata es la polilla,
De España la confusión,
Borrón de la religión,
Asombro del que navega,
Gallo que turba y que ciega
Hoy solamente al león[42].

Otros *Avisos* de Barrionuevo nos descubren más aún la impresión de aplanamiento y desmoralización que los marinos británicos llegaron a producir en el ánimo de los españoles. ¡Qué lamento tan desesperado el que se escapa al cronista en estas líneas!:

«Dícese habían ido a Civita Vieja 63 navíos del inglés, y que la batían y querían tomar aquel puerto. Válgate el diablo por tanto navío inglés y demonio como nos persigue por todas partes»[43].

¡Qué angustia nos revelan estas otras palabras!:

«Tienen para todo, como el Cancerbero del Infierno, que, cortada una cabeza, le salían siete por la que le faltaba»[44].

Otras veces el cronista se refugia en un providencialismo aliado de los intereses materiales de España, último reducto del odio a los ingleses:

«Aquí —dice— entraba muy a propósito una peste, si Dios fuera servido, como la de Nápoles, para que los herejes le conocieran en el infierno y nos dejaran a nosotros vivir en el mundo»[45].

Y recogiendo ciertos rumores de desavenencias entre holandeses e ingleses, exclama:

---

[42] *Avisos*, de Barrionuevo, 8 noviembre 1656.
[43] *Avisos*, de Barrionuevo, 9 agosto 1656.
[44] *Avisos*, de Barrionuevo, 30 agosto 1656.
[45] *Avisos*, de Barrionuevo, 11 octubre 1656.

«Lo que yo tengo por cierto es que Dios ha de permitir entre ellos guerras civiles, para echar del mundo gentes tan atroz y bárbara, pagando sus pecados acá y allá» [46].

Y contando que unas naves inglesas han embarrancado, se desahoga en estas consoladoras hipótesis:

«Abarrancar es dar entre escollos y bajíos, abrirse y hacerse pedazos con una tormenta espantosa, donde se puede presumir, si es así, iba la ira de Dios a tomar venganza de tantas maldades como en esta vida han cometido» [47].

La piratería inglesa llegó a ser un pensamiento, casi podríamos decir obsesivo, en la mente de todos. Entre otros muchos autores, Cabrera lo recoge en sus piezas oratorias:

«Mezquina de ti, que has de pagar en la persona y en el honor lo que no puedes en bienes, como los que caen en manos de ingleses, que si no llevan que los pillen, les dan de palos» [48].

Lope alude al mismo tópico en *El peregrino:*

Perseguida estaba España
De Francia y de Ingalaterra,
Que le robaba en sus Indias
Las minas de su riqueza [49].

Y Don Fernando de Zárate dice antonomásticamente:

El pirata cruel de Inglaterra [50].

Y para terminar, valgan estos magníficos y expresivos versos de Bartolomé L. de Argensola, en los cuales, junto a la piratería, se hace alusión al carácter herético de los ingleses, que estudiaremos a continuación:

Aunque en tus naves, oh Bretaña ingrata,
por el mar de Filipo armada vueles

46 *Avisos*, de Barrionuevo, 24 octubre 1654.
47 *Avisos*, de Barrionuevo, 1 abril 1656.
48 Cabrera, *Sermones*. N. B. A. E., III, pág. 68.
49 Lope, *El peregrino en su patria*, lib. V. Rivad., XXXVIII. pág. 246-*a*.
50 Zárate, *La palabra vengada*, II, parte cuarenta y cuatro de comedias. Madrid, 1678, pág. 259-*a*.

para robar católicos bageles
que le conducen tributaria plata.
Por más que el bronce pérfido combata
o amenace con máquinas crueles,
en Gades surgirán las popas fieles
a vista de tu herético pirata [51].

LOS INGLESES, HEREJES

El protestantismo era una de las notas básicas del tipo inglés para los españoles del siglo XVII. Este protestantismo se figuraba en la conciencia española, no en su aspecto doctrinal y teológico, sino en son de batalla, con visos y señales de cruenta persecución. Pedro de Rivadeneira, con su libro acerca del *Cisma de Inglaterra*, y José Cresuelo, con su *Vida y martirio que padeció en Inglaterra, el año 1595, el P. Enrique Valpolo* [52], ayudarían a divulgar esta idea. Y no fueron únicamente jesuitas, como los dos citados, los que laboraron en esta empresa. Nuevamente en este siglo se reimprimió la *Vida y muerte de Tomás Moro*, escrita por Hernando de Herrera, y la comedia de Calderón, sobre el mismo asunto que el libro de Rivadeneyra, cuidaba de mantener vivo en las mentes españolas el recuerdo de la génesis y desarrollo del protestantismo inglés. En los *Avisos* de Barrionuevo también se contienen diversas noticias sobre martirios de católicos y maldades heréticas [53].

A juzgar por un pasaje de Quiñones de Benavente, podemos suponer que eran populares las estampas de mártires católicos de la Gran Bretaña, pues en el *Entremés de la hechicera* dice: «Parece retratico de mártir de Inglaterra» [54].

---

[51] *Rimas* de Lupercio y del doctor Bartolomé Leonardo de Argensola. Zaragoza, 1634, pág. 486.

[52] Impreso en Madrid, 1556, y en Zaragoza, el mismo año.

[53] Vd. *Avisos*, de Barrionuevo, 19 julio 1656, 21 febrero, 21 noviembre y 17 diciembre 1657.

[54] Vd. N. B. A. E., XVIII, pág. 682-*b*.

Lope de Vega, entre los tipos odiosos que podían impunemente ahorcarse, incluía a los herejes ingleses:

Suspéndanse mil Mahomas
En las encinas de Argel,
Y del peñol de una entena
Todo luterano inglés [55].

Y Góngora insiste en el aspecto religioso:

A las armas, mozalvitos,
Que un navío Felipote
Os espera en El Ferrol.
¡Plega a Dios que se derrote!
Haced en Ingalaterra
Nobilísimo cerote,
Reduciendo al Calvinista,
Saqueando al Hugonote [56].

Mas debemos hacer constar una observación a que dan lugar tanto Cervantes como Quevedo. El protestantismo no era general en Inglaterra. Antes quedaban muchísimos y buenos católicos que ocultamente permanecían adictos a la Iglesia de Roma.

Cervantes basa en una de estas familias católicas su novela de *La española inglesa*, y Quevedo pone estas palabras en boca del Serenísimo Rey de Inglaterra, Carlos I:

«Yo me hallo Rey de unos Estados que abraza sonoro el mar, que aprisionan y fortifican las borrascas; señor de unos reinos, públicamente, de la religión reformada; secretamente, católicos. Ingerí en rey lo sumo pontífice; soy corona, bonete y dos cabezas: seglar y eclesiástica. Sospecho, aunque no la veo, la división espiritual de mis vasallos; temo que gastan mucha Roma sus corazones, y que, aquella ciudad, con las llaves de San Pedro, se pasea por los retiramientos de Londres. Esto, para mí, es tanto más peligroso cuanto más oculto.»

---

55 Lope, *Caballero del Sacramento*, II. R. Acad., VIII, pág. 465-*a*.
56 Góngora, *Obras*, I, pág. 188.

Y las sospechas del Rey son certeras en el discurso que, a renglón seguido, pronuncia un viejo senador:

«Sus reinos están minados de católicos encubiertos, cuyo número es grande, a lo que se sabe; infinito, a lo que se sospecha, y verdaderamente formidable por el desprecio en que tienen la vida y el precio que se aseguran en la muerte. Los tormentos se han cansado en sus cuerpos, no sus cuerpos en los tormentos; entre ellos, por su religión, los despedazados persuaden, no escarmientan. Esto saben las horcas, los cuchillos y las llamas, que buscaron ansiosos y padecieron constantes» [57].

También Barrionuevo, en sus *Avisos*, refiriéndose a tiempos posteriores a los que aluden Cervantes y Quevedo, afirma la misma idea sobre la situación interior de Inglaterra:

«Dicen los ingleses públicamente que, habiéndose declarado infinitos católicos en Inglaterra, según el permiso y libertad de conciencia, impensadamente salió un decreto y ley de Cromwell que, pena de la vida, ninguno parase más en Inglaterra sino conformándose con la Iglesia anglicana. Mire VM. qué traza de poder esperar de ellos cosa buena, ni quién se fiará desde aquí adelante de su palabra» [58].

Esto no empeció que los españoles generalizaran la nota de herejía tanto, que llegó a ser casi sinónima de inglés. Sin embargo, la nota fue concretándose sucesivamente en varios personajes históricos y en diversos acontecimientos, que como espoletas producían en la conciencia española explosiones de enemistad. Vamos a ver sumariamente la expresión de este sentimiento español, al hilo de los sucesos que lo avivaron.

La primera figura que en el siglo XVII simbolizaba el protestantismo inglés era la Reina Isabel. La odiosidad que su nombre inspiraba al pueblo español databa de los días de Felipe II. El año 1588 se perdía en las costas inglesas aquella armada que se nombró *Invencible*. Este hecho hizo sonar en el terreno literario las primeras voces estridentes respecto de Isabel de Inglaterra. Cervantes, que aún tenía de oro las barbas que ha-

[57] Clás. Cast., XXXIV, págs. 219 y 226.

[58] *Avisos*, de Barrionuevo, 30 junio 1655.

bían de ser de plata, ante la conmoción profunda del país, que nos atestigua Pedro de Rivadeneira en su *Tratado de la Tribulación*, canta dolido:

El cielo, que consiente
Que se alce un poco la enemiga frente,
Odiosa al cielo, al suelo detestable [59].

En este punto Cervantes se hacía eco de toda la opinión de su pueblo. Cabalmente, el poeta más exquisito y apartado del *profanum vulgus*, Góngora, se cebaba en la Reina Isabel, dirigiendo su magnífica voz a Inglaterra:

Ahora condenada a infamia eterna
Por la que te gobierna
Con la mano ocupada
Del huso en vez de sceptro y de la espada;
Mujer de muchos, y de muchos nuera.
Oh Reina torpe, Reina no, mas loba.
Libidinosa y fiera
Fiamma dal ciel su le tue trezze piova [60].

En efecto, la soberana británica personifica ante la conciencia española la política herética de su reino. Un poeta de la época, incluido en las *Flores* de Pedro Espinosa, nos da la pulsación de este sentir popular en los siguientes versos:

¿Por qué sujetas tu feroz braveza
A mujeril vileza,
Y tu gran valentía
A cabeza de seso tan vacía?
Pues la regia corona y la diadema
Por verse puesta en frente tal, blasfema,
Por ser más digna tan lasciva frente
Que el rizo de oro encrespe el fuego ardiente [61].

---

59 *Obras* de Cervantes. Ed. R. Acad. Madrid, 1917, VII, pág. 242.
60 «De la Armada que fué a Inglaterra», 1588, *Obras*, I, pág. 108.
61 Doctor Agustín de Tejada. Rivad., XLII, pág. 5-*a*.

Y sin salir de la misma antología de Espinosa, representativa en sumo grado de la poesía de los últimos años del XVII, volvemos a leer algo parecido en una canción hecha con motivo del saco de Cádiz por los ingleses:

Menos muy pocas de doscientas velas,
Sagrada mar de España,
Cortan el nácar que en tu espuma hielas,
De la Anglia hereje de encendida saña,
En cuyo regimiento
Una caña preside, un fácil viento;
Que la mujer es viento, es fácil caña [62].

En cuanto subió al trono Felipe III, don Baltasar de Álamos y Barrientos le advertía y prevenía lo siguiente:

«Con Inglaterra, que es el tercero enemigo, no es honesto, ni necesario, ni provechoso hacer paz, ni segura la que se hiciere, porque esta Corona está ofendidísima de aquella mujer cismática y contraria de todo punto a nuestra religión» [63].

Aun después de la paz de 1604 entre España e Inglaterra, siguió este sentimiento teniendo erupciones violentas. Un historiador tan sesudo como González Dávila, que comenzó su *Historia de Felipe III* el mismo día del *Corpus* de 1623, cuando un Príncipe de Gales era objeto en Madrid de todos los homenajes oficiales de la Corte real, a pesar de todo, dice así:

«El mayor (suceso) y muy esperado de toda la cristiandad fué la muerte de Isabela, Reina de Inglaterra, herética calvinista, que hizo su nombre famoso con la infamia de su vida y perseguir a la Iglesia, derramando la sangre de los santos..., dejando registradas sus maldades en las historias públicas del mundo, pasando su alma a coger el desdichado fruto de su obstinada soberbia en las penas del Infierno, donde conoce con castigo perpetuo el engaño de su vida. ... No se casó, viviendo

---

[62] Doctor Mescue. Rivad., XLII, pág. 19-*b*.
[63] Ms. 10856 de la B. N. de Madrid.

con la licencia que concede la herejía a los que siguen las tinieblas de sus errores» [64].

No sé si pertenece a este período de paz con Inglaterra (1604-1624) el epitafio de la Reina que escribió Lope de Vega. Puede que sí, dada la insignificancia de la composición y ciertas concesiones que se hacen a Isabel, en medio del ataque:

Aquí yace Jezabel,
Aquí la nueva Atalía,
Del oro antártico arpía,
Del mar incendio cruel;
Aquí el ingenio más dino
De loor que ha tenido el suelo,
Si para llegar al cielo
No hubiera errado el camino [65].

Pero Lope, antes de este período, en *La Corona trágica*, y después de este período, en *La Dragontea*, llamó a Isabel «sangrienta Jezabel», «incestuoso parto de la arpía», «lamia cruel», «fruto adúltero, nacida para vestirse la corona ajena», «cruel Medea», etc. [66].

No es mejor la opinión de Tirso:

Guarde Dios a Isabela,
Sol que dió España a Flandes; que ya vuela
Su católica fama,
Y a triunfos nuevos su piedad la llama.
Afírmase por cierto
Que intenta en la isla hereje tomar puerto
Con cinco mil infantes,
Que si españoles son, serán bastantes
Para que pise Roma
La apóstata cerviz que España doma.
DON DIEGO. *Dicen que se levantan*
Los católicos della, a quien no espantan
Heréticos engaños,

64 *Monarquías de España.* Ibarra, 1771, t. III, pág. 83.
65 Lope. Rivad., XXXVIII, pág. 235-*b*.
66 Lope, canto I y IV, Sancha III, págs. 5 y 20.

Que desde Enrico Octavo en tantos años,
De mártires divinos
Alcázares poblaron cristalinos.

DON JUAN. *Una Isabel bastarda*
Emponzoñó su patria; en otra aguarda,
Legítima española,
Restaurarse la fe, que ya enarbola
Estandartes sagrados;
Porque de una Isabela desterrados,
Por otra restituidos,
Vuelvan los sacramentos perseguidos;
Y remedie, pues vela,
Daños de una Isabel otra Isabela[67].

Y años después de muerta la Reina sigue nombrándosela como «fautora de herejías y enemiga número uno de España»[68].

Una excepción debemos notar en este coro de maldicientes. Cervantes, que en su juventud ya vimos cómo se expresaba, en su novela titulada *La española inglesa* cambia de tono y se opone al común sentir de la nación. La reina Isabel se presenta en esta obra amable, transigente, digna de estimación[69], por las virtudes de que Cervantes la adorna. Cervantes, en esta ocasión, como en la anterior, vibraba como cuerda templada al unísono con el alma de su pueblo. Probablemente, el gran novelista se hallaba en Valladolid aquel domingo por la tarde del 21 de noviembre de 1604, cuando al son de trompetas y atabales se pregonaba el bando de las paces con Inglaterra y restauración del comercio con los ingleses[70]. Sin duda vio aquella fastuosa comitiva con que había entrado en Valladolid el embajador británico, entre la animación y fiestas de la Corte. Todos aquellos actos debieron impresionar su espíritu de artista,

---

[67] Tirso, *No hay peor sordo*, III. Rivad., V, pág. 281-*b*.

[68] Vd. Fructuoso Bisbe y Vidal, *Tratado de las comedias*. Barcelona, 1613, pág. 51; Conde de Gondomar, *Cartas*. Bibliót. Esp., IV, págs. 61-62.

[69] Vd. Castro, *El pensamiento de Cervantes*. Madrid, 1925.

[70] Vd. *Autos Acordados*, lib. VIII, tít. IX, aut. 2.

y a esta impresión se debe el colorido indulgente con que trazó la figura de la antes maltratada Isabel [71].

No fue Cervantes sólo el que cedió a las circunstancias y dulcificó su actitud frente a la Reina de Inglaterra. Después de él escribió una comedia don Antonio Coello, *El conde de Sex*, donde, en general, la figura de la Reina sale bastante bien librada, y hasta llegado el caso de tratar de la muerte de María Stuard, el poeta sugiere la benévola especie de achacar a los validos la culpabilidad del hecho, descargando a Isabel de tal motivo de odiosidad. La observación es tan significativa del cambio de ideas de la época, que merece consignemos el pasaje:

La Reina de Ingalaterra,
Isabela, que ha tenido
Siempre suspensa la Europa
Con fuerza o con artificio,
Prendió a María Estuarda,
Reina de Escocia y archivo
De virtudes y bellezas,
Por unos falsos indicios.
Creyó Isabela, o creyeron
De Isabela los validos,
Que María fomentaba
En secreto los desinios
De rebeldes conjurados.
(¡Qué engaño para creído!)
Llamó Isabel a la Reina
A su corte, y ella vino
Bien como al traidor reclamo
Suele incauto pajarillo
Venir improvisamente,
Festejando su peligro,
A ser despojo sangriento
Del cazador enemigo [72].

71 La interpretación que da a este hecho literario A. Castro, en *El pensamiento de Cervantes*, no la creemos aceptable.

72 Don Antonio Coello, *Conde de Sex*, I. Rivad., XLV, pág. 406. Dentro de esta tendencia se encuentran testimonios de admiración solapada hacia el talento político de la Reina. Vd. Ms. 2396 B. N. de Madrid.

El segundo suceso que agitó en la conciencia española la nota de herejía infligida al carácter del inglés, fue la celebración del tratado de paz entre Jacobo I y la Corona de España, en 1604. Mientras Valladolid ardía en fiestas oficiales de paz, un hombre de los más representativos de aquel siglo, el arzobispo de Valencia, hoy San Juan de Ribera, dirigía al Rey una larga epístola *sobre los males de tratar con herejes*. Los argumentos escriturísticos, patrísticos y teológicos que el patriarca aduce para apartar a Felipe III de la paz con Inglaterra podemos darlos por sabidos; pero hay en el alegato algunos detalles de gran curiosidad histórica sobre el comportamiento de los ingleses, que en virtud de la paz comenzaban a entrar en España, y sobre la impresión que esto causaba en el ánimo de los españoles. Esto sí que merece los honores de la cita:

«Cuando los ingleses tuvieron licencia de entrar en Sevilla y residir en ella, osaban hablar en defender su secta y vituperar nuestra Santa Religión, sobre lo cual se trababan pendencias entre los nuestros y ellos y se venía a las manos. Esto dicen que duró algún tiempo y que después se remedió; pero que lo que ha quedado es vivir ellos con publicidad en su secta, no haciendo caso de la cruz, ni de las imágenes, ni del Santísimo Sacramento cuando pasa por las calles; antes lo miran con semblante desdeñado, como quien lo tiene por mentira y engaño; comen carne los días prohibidos; entierran los muertos públicamente a su rito, acompañándoles con hachas, sin cruz ni sacerdotes; nunca entran en las iglesias, ni asisten a ceremonia alguna instituida por la Iglesia. Esto mismo pasa en Alicante y en Denia» [73].

No era sólo el patriarca Juan de Ribera, cuyo ánimo timorato en demasía pudiera hacer sospechar que no es módulo exacto del sentir general de los demás españoles, el que se fijaba en el protestantismo inglés.

Tenemos el dictamen de Antonio Pérez, que desde su destierro dirige al joven Monarca su *Arte de gobernar*, en el que apura las razones contrarias a la paz con Inglaterra, y tene-

[73] Gil González Dávila, *Historia de Felipe III*. Madrid, 1771, pág. 98.

mos un soneto compuesto en la misma corte vallisoletana, atribuido infundadamente a Góngora[74], y que de catorce versos gasta cuatro en echar en cara a los ingleses la nota de herejes:

Parió la Reina; el Luterano vino
Con seiscientos herejes y herejías;
Gastamos un millón en quince días
En darles joyas, hospedaje y vino.
Hicimos un alarde o desatino
Y unas fiestas que fueron tropelías
Al ánglico Legado y sus espías
Des que juró la paz sobre Calvino.
Bautizamos al niño Dominico
Que nació para serlo en las Españas;
Hicimos un sarao de encantamiento;
Quedamos pobres, fué Lutero rico.
Mandáronse escribir estas hazañas
A Don Quijote, a Sancho y su jumento[75].

La tercera ocasión de escándalo la dio el príncipe Carlos Stuard, plantándose en Madrid, el 7 de marzo de 1623, resuelto a obtener la mano de la infanta María, hermana de Felipe IV. La política y la hospitalidad españolas se dieron la mano para hacer amable la estancia del príncipe en Madrid; pero cuando la junta de teólogos y de hombres de Estado consultaban el caso, la nota de herejía caía como un *dirimendum* absoluto entre el futuro rey de Inglaterra y la infanta de España.

Para formarnos idea del escándalo que en la conciencia española produjo el anuncio de la llegada del príncipe y de la posibilidad de sus pretensiones, transcribimos la pintura que León Pinelo hace del espectáculo que en aquellos días ofreció la corte de España:

«Como la venida del Príncipe fué a negocio tan grave, se dió principio a encomendarle a Dios, por cartas que el gobernador del Arzobispado escribió a todas las religiones, y particularmente a los descalzos y recoletos, para que saliesen en procesión el

[74] Vd. Artigas, *Don Luis de Góngora*. Madrid, 1925, pág. 87.
[75] Góngora, *Obras*, III, pág. 29.

Viernes Santo, con algunas mortificaciones extraordinarias o exteriores decentes. Los carmelitas descalzos se excusaron, por estarles prohibido por Constitución. Salieron los descalzos de San Gil y de San Bernardino juntos, de la Orden de San Francisco; luego, los mercedarios descalzos, de Santa Bárbara; los agustinos recoletos, los capuchinos y los trinitarios descalzos; unos, con calaveras y cruces en las manos; otros, con sacos, cilicios, sin capillas, cubiertas las cabezas de ceniza, con coronas de abrojos, vertiendo sangre; otros, con sogas y cadenas al cuello y por los cuerpos, cruces a cuestas, grillos en los pies, hiriéndose los pechos con piedras, con mordazas y huesos de muertos en las bocas, y todos rezando salmos. Así pasaron por la calle Mayor a Palacio, y volvieron a sus conventos, con viaje de más de tres horas; que admiró la corte y la dejó llena de espanto, ternura, lágrimas y devoción» [76].

En esta ocasión volvieron a sonar las célebres palabras de Carlos V a Felipe II, las cuales pone don Mateo de Lisón en boca del conde de Olivares, dirigidas a Felipe IV:

«Sea lo primero, Católico Señor, las palabras que el señor Emperador Carlos V dijo a la Majestad de su hijo el señor Rey Don Felipe II, descubridoras de aquel tan santo y católico pecho, que tan bien conoció el mundo y menospreció el imperio y eligió el camino verdadero..., y las palabras dicen así: Principalmente, y ante todas cosas, os advierto, encargo, ruego y mando, con la instancia que puedo y con la jurisdicción de padre que tengo y Dios me dió sobre vos, que en lo que tratáredes con los ingleses y con su Rey y ministros no hagáis ni consintáis hacer, directa ni indirectamente por ningún modo que sea ni pueda perturbar en algún tiempo nuestra santa fe, ni contra la autoridad de la silla apostólica, por ningún caso de oferta, interés, utilidad ni aumento de los Reinos, ni de otra ninguna suerte...» [77].

---

[76] León Pinelo, *Anales de Madrid*, año 1623.

[77] Ms. 10861 de la B. N. de Madrid.

La oposición de la consabida Junta al solicitado matrimonio trascendió a la literatura semipopular. Don Gabriel del Corral, por ejemplo, dice en una epístola:

¿Qué diré de la burda poesía
Del endiablado acróstico Faría,
Del autor de las Nenias *infernales,*
Más hereje que el Príncipe de Gales? [78].

Y como el teatro de entonces es la prensa donde se reflejan los sucesos de cada día, Quevedo escribió su comedia *Cómo ha de ser el Privado,* donde la pretensión del de Gales se debate en la escena de la siguiente manera:

Señor,
Pues que libertad me has dado,
Mi sentimiento diré
Con respeto de vasallo,
Con atención de ministro,
Y con valor de cristiano:
Bien, que es muy en su principio,
Señor, aqueste tratado,
Y que podrá dar de sí
Lo que bastase a honestallo.
Por si acaso no lo diere
Entra en él, Señor, pensando
Que la Religión te mira
Como a el que es solo su amparo.
Considera que no siendo
Católico Carlos, ¿cuándo
Habrá paz en esta unión,
Habrá unión en este lazo?
Una hace el matrimonio
Dos almas, si el soberano
Sacramento se recibe
Con la fe que profesamos.
Si ésta, en una de las partes

[78] Don Gabriel del Corral, *Epístola a Don Luis de Ulloa.* Rivad., XLII, página 533-*a.*

Faltase, Señor, es claro
Que han de tener aversión
Almas de pechos contrarios
En la Religión; advierte
¿Qué hermosura tiene un árbol
Que consta de dos especies?
Admiración dan sus ramos,
Pareciendo monstruosos;
Y, en efecto, en breves años
Aquella vistosa unión
Niega el fruto sazonado
Y yace la planta seca.
Mira, que tu padre, santo
Rey, y tu abuelo el Prudente
Con odio mortal miraron
Los no católicos, que
El Pontífice Romano
Niegan; ¿pues han de mirar
Nietos suyos, declarados
Enemigos de la Iglesia?
Allá en el Imperio Sacro
Clamarán a Dios; advierte,
Señor, que de estos contratos
Todo el útil ha de ser
Ganar el alma de Carlos.
Aquí la unión de los mares
Consiste, aquí tus contrarios
Hallan su mayor peligro,
Y tu mayor gloria hallo,
Señor, sin este seguro
No hay razón de que expongamos
A Su Alteza a los combates
Del Aquilón y del Austro,
Vientos contrarios, que es fuerza
Que pretendan, aunque en vano,
Pervertir la fortaleza.
Yo confieso que obligado
Tiene a Vuestra Majestad
La novedad deste caso,
Que para huésped es mucho

Príncipe tan soberano;
En festejarle se cumpla
La obligación en que estamos:
En tu Corte le recibe
Debajo de un mesmo palio,
Y digno aposento suyo
Le dé albergue en tu Palacio.
No haya en tu reino festín,
Cañas, toros, ni saraos,
Que no goce, y cada día
Con presentes y regalos
Del hospedaje se agrade.
Pero hacelle tu cuñado,
Sin ser hijo de la Iglesia,
Ni lo apruebo, ni lo alabo[79].

Existe otra obra literaria de marcado sabor político, que se titula: *Decisión de Apolo a la Propuesta de varios Embajadores sobre el casamiento del Príncipe de Gales con la Infanta de España. Traducido del idioma délfico en español, por el Cardenal Peteri, dirigido al Emmo. Cardenal Pinatelo.*

Esta obra está inédita y se contiene en el manuscrito 11002, folio 71, de la Biblioteca Nacional de Madrid. Allí leemos contra el proyectado enlace las murmuraciones que las naciones extranjeras habían de hacer de España en caso de consumarse el casamiento.

«España —dice un supuesto embajador ante Apolo—, Señor, que siempre toma por capa de sus acciones el pretexto de la Religión, y acusa con tanta puntualidad cualquier defecto en los otros, ¿cómo halla lícito casar su Infanta con un hereje, que la ha de llevar a su reino, a su palacio y a su lecho?»[80].

Este aspecto de la herejía de los ingleses tenía continuamente alarmado al pueblo español: vigilaba los menores gestos, sorprendía las acciones más insignificantes, o, si se quiere, más significativas. Así, tenemos aquella Representación del

---

[79] *Opus cit.*, act. I, R. Acad. Ed. de Artigas, pág. 29.
[80] Ms. citado, fol. 95.

Consejo al Rey Felipe IV, sobre haber estado el Embajador inglés con la gorra puesta, asomado a una ventana, mientras pasaba la procesión del Corpus, el año 1622 [81].

La cuarta ocasión que los ingleses dieron a España para que reverdecieran los antiguos odios, y con ellos el recuerdo de su herejía, fue el ataque de la escuadra inglesa a Cádiz, en 1625. Tirso, que escribía por aquellos días su comedia *No hay peor sordo...*, alude a dicho episodio, sin olvidarse de llamar *blasfemo* al enemigo:

DON DIEGO. *¡Gracias a Dios, que ha dado*
tan buen suceso a España! Derrotado
dese modo el blasfemo,
y Cádiz defendida, ya no temo
desdichas desta guerra.
DON JUAN. *No volverá la armada a Ingalaterra,*
según los temporales,
con cincuenta navíos.
DON DIEGO. *Otros males*
la amenazan mayores.
Asome el mayo matizando flores,
y pásese el invierno;
veréis que nuestro Rey, en años tierno,
triunfando de Bretaña,
nuevas coronas acumula a España [82].

Salas Barbadillo alude a «los ladrones del mar», epíteto que no merecían los ingleses desde los días de Drake:

«Aquella ciudad de Cádiz, digo, compañera de la princesa del mundo, Roma, y madre de sus mejores Césares, y que hoy, con reciente victoria, triunfa de los ladrones del mar, volviendo a pagar vergonzosamente en sangre a sus aguas el flete de haberlos traído a sus riberas» [83].

---

[81] B. N. de Madrid, Catal. Ms. de Osuna, fol. 54. Vd. Ms. 10857 B. N. de Madrid, fol. 90 bis.

[82] Tirso, *No hay peor sordo...*, III. Rivad., V, pág. 281-*b*.

[83] Salas Barbadillo, *Coronas del Parnaso*. Madrid, 1635, fol. 11.

La última vez que en este siglo alarmó el pueblo inglés al catolicismo español fue cuando llegó Cromwell al Poder con el título de Protector. Los *Avisos* de Barrionuevo son una excelente guía para conocer las impresiones que día tras día experimentaba la opinión pública de España por efecto de las noticias que venían de Inglaterra. La siguiente *Gaceta,* que debió correr por Madrid, es el mejor índice de la imagen de Cromwell, tal como se la figuraban las mentes españolas:

«*Gaceta de un bando que Cromwell echó, promulgado en 2 de mayo de 1965. (Traducido del inglés al español.)*

En 2 de mayo de 1655, el Señor Protector mandó publicar una proclamación y prematica para que, en efecto, se pongan en ejecución las leyes, estatutos y ordenaciones hechas en este reino de Inglaterra, Escocia e Irlanda, contra jesuitas y otros clérigos, para que con toda aceleración los conciertos de papistas sean castigados con las penas que dichos estatutos tienen.

Primeramente se manda se haga diligente inquisición en todas partes, y sean buscados por todos los oficiales y ministros de la Corona todos los jesuitas, clérigos papistas y otros cualesquier que hubieren recibido órdenes por la autoridad de la Sede Apostólica de Roma; y en cualquiera parte que se hallen, sean presos y puestos en la cárcel común del mismo Condado en que se hallen, y que en dicha cárcel los tengan a buen recado, sin que por fiadores o por otra persona alguna que en rehenes quiera quedarse por ellos, los dejen salir de dichas cárceles, hasta que, hecho examen, y sustanciado el proceso contra ellos, según pareciere su culpa, sean castigados como lo mandan las leyes; y asimismo se proceda contra todas las personas que a los tales papistas, clérigos o jesuitas los hubieren recibido, reciben o sustentan en sus casas, y sean castigados los tales según el tenor de los puntos y estatutos que dispone la ley de estos reinos. Y que todos los jueces de la paz y demás oficiales y ministros, cualesquier que sean, hayan de poner en efecto y ejecución todas las leyes y estatutos que están hechos en estos reinos y promulgados, los cuales nuevamente los revalidamos contra todas y singulares personas susodichas, clérigos y papistas.

Y porque en los tiempos pasados hubo muy grande negligencia en llevar a ejecución las leyes dichas para extinguir y castigar a los papistas, y por razón de eso no se puede pedir cuenta ni razón de las penas puestas a las tales personas, por haberse hecho con ficción, y de aquí tomádose mucha licencia vulgarmente y ocasionándose a que muchos queden engañados y reducidos a abrazar y mantener la peligrosa, supersticiosa e idólatra doctrina de los papistas, S. A. el Señor Protector, de consentimiento del Consejo y Parlamento, tomando a su consideración el remedio de los grandes daños que se han seguido de dicha omisión, decretó y mandó que en adelante a cualquiera de los vasallos de estos reinos que hubiere entrado y cumplido veintiún años de edad, se les haga hacer y tome juramento a cualquier persona de cualquier condición que sea; y si no lo quieren hacer, pierdan luego las dos tercias partes de sus bienes; para lo cual damos nuestra autoridad a los gobernadores y ministros de las villas y lugares; y porque nadie ignore la forma del juramento, es de la manera siguiente:

Yo N. abjuro y reniego de la superioridad del Papa sobre la Iglesia católica en general, y sobre mí en particular; y creo que no hay *transsubstanciación* en el *Sacramento* de la *Cena* del *Señor*, o en los elementos del pan y vino, después de la consagración de ellos por persona ninguna, ordenado o graduado, de cualquiera calidad que sea. También creo que no hay purgatorio alguno; asimismo creo que a la hostia e imágenes de Cristo y sus santos no se les debe veneración alguna o al culto religioso; y finalmente, creo que la salvación no se alcanza por obras, sino meramente por los merecimientos de Cristo, aplicados por Dios en su eterna predestinación a quien quiso y como quiso; y en estas doctrinas me ratifico y afirmo, y reniego de todas contrarias, sin equivocación alguna mental, restricción o secreta evasión, sino quiero y tomo dichas palabras por mí pronunciadas sean tomadas en su común significación y sentido usual que ellas hacen. Así, Dios me ayude.

Mandó el Señor Protector que todas las personas que hicieran este juramento tímidamente y como rehusando, sean tenidas por sospechosas, y como tales se haga lista de sus personas

y bienes, y se dé cuenta a la Corte de ejecución, para que se acuerde lo que con tales personas se ha de hacer. Asimismo se tome memoria de todos los que hubieren jurado bien y cumplidamente y se lleven a dicha Corte sus listas» [84].

A partir de esta fecha menudean en estos utilísimos *Avisos* los rasgos del carácter de Cromwell. En los del 3 de noviembre de 1655 se le reconocen dotes de político maquiavelista:

«El hombre es estadista grande, y no acaba de llevárselo el diablo, con que el mundo quedaría en paz. No debe de convenir, pues no se hace».

En los de 29 de mayo del año siguiente se le imagina sacrílego y ensoberbecido en actitud diametralmente antipapista:

«Trae el general Blac, en la popa de la *Capitana*, dentro de ella, pintado en un lienzo, a Cromwell, sentado en una silla regia; a sus pies, hincado de rodillas y puestas las manos, al Sumo Pontífice, Vicario de Cristo, con la tiara en el suelo, sobre que tiene puesto el pie derecho. Esto es cosa cierta de diversos prisioneros que lo han afirmado así».

Un año después, en 2 de junio de 1657, se llega a creer que Cromwell tenía pacto con los mismos diablos:

«Dícese dilata mucho Cromwell su coronación de Emperador del mar y la de su hijo por Rey de Escocia, por haberle dicho unos familiares que tiene que no se contenta con uno, que son muchos los demonios que consulta, que le han de matar el día que lo hiciere».

Estos hechos principales que hemos citado ponían ciertamente en vibración la cuerda del sentimiento antibritánico; mas la cuerda estaba siempre tendida al viento y bordoneaba de continuo en las orejas del pueblo español. Así, vemos que Pellicer da entrada en sus *Avisos* a consejas como ésta:

«Dícese que en una ciudad de España, sin saberse cuál es fijamente (unos cuentan que en Sevilla, otros que en Valladolid), tenía concertado verse un galán de voz con cierta religiosa que festejaba, abuso mal permitido en estos Reinos: entró de noche, y al llegar a la celda el hombre, oyó grandes alaridos y gritos de

[84] *Avisos*, de Barrionuevo, 2 de mayo 1655.

un niño; el horror del pecado que iba a cometer lo hizo volver atrás y salióse. Quejóse a la mañana la monja del desprecio; él dió por disculpa lo que había oído en la celda vecina a la suya; dió cuenta a la superiora; y entrando la noche siguiente en aquella celda hallaron que otras monjas inglesas tenían en la cama un niño Jesús, azotado y corriendo sangre. Prodigio tantas veces repetido con esta pérfida Nación y tantas olvidado. Así corre esta voz, no sé qué fundamento tenga» [85].

Citaremos, por último, un pasaje de *Estebanillo González*, que si no es histórico, reproduce lo que a los ojos españoles era verosímil, dada la *pravedad herética* del pueblo inglés:

«Estando ya desahuciado de todo remedio, dando bordos, llegamos una tarde a dar fondo en Valmur, uno de los mejores puertos de Inglaterra. Saltamos en tierra, y nos entramos en una taberna, y como si fuera noche de Carnestolendas o se casara alguno de nosotros, toda la noche, o la mayor parte de ella, se nos fue en satisfacer las muchas que había pasado malas, sin haber a las últimas rociadas ninguno que se acordase de las tormentas ni de las calamidades pasadas. Venida la mañana, desembarcamos todos los limones y los llevamos a vender a una villa que está a una legua de este puerto, y en una de las más ricas posadas tomamos un aposento, y llevando con nosotros una gran partida de ellos, dejamos los demás encerrados. Fuímonos a la plaza, adonde pasamos plaza de marchantes de agrio, y a medio día nos regalábamos como mercadantes de dulce. Despachamos aquel día todos los que sacamos al mercado, y volviendo a la noche a nuestro aposento, hallé que me habían hurtado más de la mitad de los que había dejado; y como si estuviera en tierra del rey de España y tuviese a mi lado al duque de Amalfi, mi amo, que me defendiese, empecé a hundir la posada a voces y a llamar perros, ladrones, luteranos, al huésped y a sus criados, a lo cual ninguno me respondía, por no entenderme. Llegó el sargento a mí, y viéndome tan colérico y desbaratado, pues braveaba en tierra ajena y con nación contraria a nuestra fe, me dijo que callase, porque había muchos en aquel reino que

[85] *Avisos*, de Pellicer, 1 noviembre 1639.

sabían hablar español, y que si alguno llegase a entender lo que les decía, que me matarían a palos; pero apenas fué dicho, cuando fué hecho, porque habiéndome oído un inglés españolado todos los nombres de las fiestas que les había dicho, dió cuenta a cuantos estaban en la posada, y tomando cada uno el palo que halló más a mano, me dieron más leñazos que limones me habían hurtado. Y no contentos de haberme medido de arriba abajo infinidad de veces y de no dejarme hueso que me quisiese bien, nos llevaron a todos tres a una jaula de hierro que estaba en mitad de la plaza, y encerrándonos en ella como a papagayos, nos dejaron a oscuras y al resistero del viento. Allí purgamos los buenos pastos que nos habíamos dado, y allí temimos, siendo en tierra, más que todos los peligros que habíamos pasado en la mar. Estuvimos toda la noche haciendo consultas, y a la mañana amanecimos arrecidos, por ser cerca de Navidad, y transidos de sed y hambre. Llegábamos a ver cuántos pasaban por cerca de la jaula, y en lugar de preguntarnos: ¿Cómo estás, loro? Nos decían: Infames papistas y espiones y otros favores a este tenor. Acertó a pasar un caballero de aquella villa, que su persona daba muestras de serlo, el cual nos saludó en latín, y yo, tomando la taba y soltando la taravilla, sin darle lugar a que nos hiciese ninguna pregunta, le estuve latinizando más de media hora, contándole nuestro viaje y causa de la pendencia, mollizna de palos y encerramiento de jaula; y humillándome ante él, le mostré todos mis papeles, y le supliqué que tuviese compasión de nosotros. El cual, enternecido de ver con la poca razón que nos tenían de aquella suerte, fue y habló a la justicia, y volviendo con un ministro de ella, nos hizo abrir la puerta, y sin decirnos os, nos salimos de la jaula y nos pusimos en la calle los tres pajarotes.

Agradecimos al caballero la merced que nos había hecho, y vendiendo los limones que nos habían quedado en junto, salimos de la villa más recios que jarras» [86].

Todo esto hacía asentar a Alamos y Barrientos este principio:

---

[86] *Estebanillo González*, XIII. Rivad., XXXIII, pág. 365-*a*.

«Inglaterra es enemigo público nuestro por la religión, fortísima causa de enemistad, y a juicio de los prudentes, la más poderosa de cuantas hay en las naciones y que más duras y perpetuas guerras causa; que lo que más de ella y las cabezas todas de su gobierno no reconocen la Silla Apostólica».

CUALIDADES MORALES INGLESAS

Muy antiguo ha sido en España conceptuar mal a los naturales de Albión. Bastante tiempo antes de nuestras rencillas políticas, escribía un estudiante del siglo XIV en un cartapacio de apuntes estos versos:

Anglicus angelus est
Cui nunquam crédere fas est [87].

Las cuatro cartas del siglo XVI, que Gayangos publicó de un caballero de la comitiva que acompañó a Felipe II a Inglaterra, las dejo por su animosidad declarada contra los ingleses, y aun contra las inglesas. Además, al haber permanecido inéditas, debieron influir escasamente en la opinión de sus contemporáneos [88].

El siglo XVII encontró un firme soporte de esta desconfianza del inglés; tal fue el hecho de la muerte del rey Carlos I. Reiteradamente apoya Barrionuevo en este suceso el escaso crédito que los traidores a su rey merecían.

Refiriendo una entrevista entre un emisario inglés y el Rey de Portugal, cuenta que el inglés le propuso que pues ayudaba al francés con sumas tan grandes contra Castilla, hiciese lo mismo con ellos, que le ofrecían de hacernos por su parte guerra cruel. Respondióle que él no se fiaba de quien tan alevosamente había muerto a su Rey [89].

Y a propósito de otro asunto, vuelve Barrionuevo a confirmar su opinión:

---

87 Vd. *R. F. E.*, 1924.

88 Vd. Bibliót. Español., XV.

89 *Avisos*, de Barrionuevo, 15 septiembre 1655.

«Dicen han detenido al Embajador nuestro en Londres, no dejándole que se venga, que no las debe de tener todas consigo; que de traidores que cortaron la cabeza a su Rey hay poco que fiar» [90].

Gracián afirma del carácter inglés algo bastante relacionado con lo anterior. En el reparto de vicios que hace entre los pueblos de Europa, dice que «la inconstancia aportó a Inglaterra» [91].

Y más adelante endurece aún el concepto o su expresión en esta forma:

«Conviene prevenirnos de cautela, así como hacen los atentos en las entradas de las provincias donde llegan, en España contra las malicias, en Francia contra las vilezas, *en Inglaterra las perfidias*, en Alemania las groserías y en Italia los embustes» [92].

Otra causa de desconfianza en el pueblo inglés la suministraba a los españoles la reforma protestante, por la cual se habían aquéllos separado de Roma. También Barrionuevo echa mano de este argumento para deducir la poca fe de los ingleses. Solamente en el mes de junio de 1655 aduce tres veces la apostasía inglesa como prueba de su falsía en las relaciones internacionales:

«Escriben los mercaderes ingleses de Londres a sus corresponsales de España que las lanas que tienen compradas para ellos se deshagan de ellas, porque la rota con España y ajustamiento con Francia es cosa cierta. Mire Vm. cómo estaremos por acá, no obstante los regalos y caricias que en Italia y España hemos hecho a sus escuadras, pues sólo el duque de Medinaceli, pidiéndole por su dinero víveres y algunas botas de vino, les envió 100 pipas, presentadas de regalo; pero quien no teme a Dios no hace caso de los hombres de fe ni de palabra» [93].

Y hablando de las escuadras inglesas, añade:

---

90 *Avisos*, de Barrionuevo, 15 septiembre 1655.
91 *El criticón*, I, 13. Renac., I, pág. 179.
92 Gracián, *Criticón*, III, 6. Renac., II, pág. 211.
93 *Avisos*, de Barrionuevo, 30 junio 1655.

«La de por acá está en Cádiz despalmando, y aun con esto no nos aseguramos; que quien falta a la fe de Dios, faltará a la de los hombres» [94].

Iguales recelos que pone en los pechos españoles, pone Barrionuevo a los portugueses. Las relaciones de Inglaterra y Portugal las califica de este modo:

«Dice el refrán que *putas y rufianes, aunque riñan, presto se vuelven a concertar.* Lo mismo han hecho ingleses y portugueses» [95].

Y luego se refiere a la desconfianza con que Portugal miraba a sus amigos:

«Se dice que como Portugal los tiene a la vista, también pasa sus recelos, estando todos los puertos y costas con grandes prevenciones; que de esta gente nadie se fía, y tienen razón» [96].

Se les creía además vanos y engreídos. Melchor de Santa Cruz nos conservó el juicio de un diplomático romano, que dice así:

«Cuando el cardenal Salvati vino a España por legado, hallándose en las bodas del Emperador Carlos V en Sevilla, estando en buena conversación, dijo que Francia olía a soberbia, y España a malicia, y Italia a sabios, y Inglaterra a vanos» [97].

Gracián no olvidó tampoco esta cualidad. Su acertador reconocía de un *desvanecido,* que era *inglés* [98]. Y en otro lugar reitera su juicio:

«Inglaterra... es el extremo del desvanecimiento, y aun de toda monstruosidad, compitiendo la belleza de sus cuerpos con la fealdad de sus almas» [99].

Esta idea de la contraposición entre el alma y el cuerpo de los ingleses no está dicha al acaso en *El criticón.* Aparece en otro lugar, como cosa muy asentada en el ánimo del escritor:

---

94 *Avisos,* de Barrionuevo, 16 junio 1655.
95 *Avisos,* de Barrionuevo, 22 septiembre 1655.
96 *Avisos,* de Barrionuevo, 31 julio 1655.
97 M. de Santa Cruz, *Floresta Española.* Bibliót. Madril., III, pág. 162.
98 *El criticón,* III, 3. Renac., II, pág. 154.
99 Gracián, *Criticón,* III, 7. Renac., II, pág. 252.

«¿Quién podrá recabar —dice— que los franceses no sean tiranos, los ingleses tan feos en el alma cuanto hermosos en el cuerpo...?» [100].

En general, varios autores más concuerdan con Gracián en reconocerles tal hermosura de cuerpo [101]. Pedro Espinosa nos dice que se les creía rubios:

Rompa yelos del mar el anglio rubio [102].

Villegas alude a

La blancura que el inglés gozara [103].

Y Jerónimo de Barrionuevo parece tenerlos por tipos muy delgados.

Hablando de la armada inglesa, dice:

«Que si daba en manos de caribes, de que está llena toda aquella tierra, se los irían comiendo, por ser muy amigos de carne humana. Mal desayuno tendrán con ellos si no los echan a engordar, que van muy flacos» [104].

Otra de las condiciones nada laudables de los ingleses era la afición desmedida al vino.

Dice acerca de este punto Gracián:

«Aunque en España nunca llegó la borrachera a ser merced, en Francia, sí a ser señoría; en Flandes, excelencia; en Alemania, serenísima; en Suecia, alteza; pero en Inglaterra, majestad» [105].

Y Barrionuevo divulgaba hechos cuya explicación convenía con la opinión que se tenía de ellos:

---

100 Gracián, *Criticón*, I, 6. Renac., I, pág. 79.

101 Vd. P. Cubero Sebastián, *Peregrinación del mundo*. Nápoles, 1682, página 283; Mira de Amescua, cit. por F. Sanz: «El Dr. A. Mira de Amescua. Nuevos datos para su biografía». *Bol. R. Acad.*, I, pág. 561; Andrés Muñoz, *Viaje de Felipe II a Inglaterra*. Bibliót. Esp., XV, pág. 80; Lope, *Mirad a quién alabáis*, III. Ac. N. E., XIII, pág. 50-*b*.

102 *Obras*, de Pedro Espinosa. R. Acad. Madrid, 1909, pág. 73.

103 Villegas, *Eróticas*, I, Oda XXXIV. Clás. Cast., XXI, pág. 105.

104 *Avisos*, de Barrionuevo, 15 septiembre 1655.

105 Gracián, *Criticón*, III, 2. Renac., II, pág. 141.

«De comer los ingleses chocolate y beber tanto vino y aguardiente, se dice les ha dado muchas enfermedades a manera de peste»[106].

Calderón, por último, confirmaba esta idea de la incontinencia británica:

Sin duda se levantaron
Estos señores ingleses
Esta mañana borrachos;
Que yo presumo que es gala
En este país[107].

Respecto de sus cualidades para las guerras, emite Barrionuevo un juicio sumamente curioso. Dice así:

«Avísase de Cádiz, estar aquella plaza con grandes prevenciones, víveres, municiones y vituallas, y que hay dentro 8.000 hombres de guerra que esperan al enemigo con mucho gusto, deseosos tome tierra, que me parece lo excusará, porque si no es en la mar, no vale esta gente un cuarto[108].

No menos perspicaz es esta otra observación de Barrionuevo sobre el modo de actuar los ingleses en los pueblos extraños. Nuestro cronista columbró todo el secreto del arte colonizador de Inglaterra:

«La armada del inglés que está por acá llegó a Túnez y pidió sus esclavos. No se los dieron, y quemó todos los vasos que halló en sus puertos, haciendo una grande riza en todo cuanto topaba. Fué a Argel y se los dieron al punto, sin reservar hombre, 500 vacas, muchas vituallas, pólvora y balas por su dinero. ¡Por Dios, que se hacen temer estos hombres!»[109].

Para terminar, el mismo autor guarda en sus *Avisos* una fea acusación contra la moralidad inglesa, bien entendido que en este caso no tiene los caracteres de tópico literario que reviste cuando se trata de los italianos.

Éstas son sus palabras:

---

106 *Avisos*, de Barrionuevo, 23 enero 1657.

107 Calderón, *El mejor amigo, el muerto*, II. Rivad., XIV, pág. 480-*c*.

108 *Avisos*, de Barrionuevo, 6 mayo 1656.

109 *Avisos*, de Barrionuevo, 12 junio 1655.

«Dícese haber caído en Inglaterra gran cantidad de rayos sobre seis ciudades grandes, y haberlas abrasado. No me maravillaré si fuere así, que en aquellas islas hay muchas peores que Sodoma y Gomorra» [110].

Añádese a todas estas malas cualidades, reales o supuestas, una gran dosis del providencialismo pueril, del que ya hemos tratado [111], y el resultado será la opinión pésima sobre los británicos, que Castillejo sintetizó en estos versos:

A Inglaterra y su malicia
Tras esto visitaremos
De pasada [112].

Contra todos estos juicios milita el de Ordóñez de Ceballos, menos apegado al tópico vulgar, más influido de la observación directa y personal. Dice así:

«Tomé puerto en Adover, en Inglaterra, y de allí fuimos seis compañeros a Londres, y me holgué mucho de ver aquella ciudad, y es lástima que *gente tan buena en lo moral* esté errada. Yo tengo para mí, según vide sus tratos, buenas palabras y mejores obras, que es de las mejores naciones del mundo, y puede competir con franceses, italianos y otras muchas; y *ellos se tienen, después de los españoles, por los mejores.* Y poco valiera el pensarlo si no lo mostraran, como en efecto lo demuestran, en las obras. Y así, cuando vi su trato, proceder y personas, se me acordó del dicho de San Gregorio Magno, donde los llama ángeles en la tierra» [113].

Otro escritor que también los vio y trató cuando el viaje y casamiento de Felipe II, los presenta con simpatía y reconoce en ellos el espíritu de progreso que ya apuntaba por estas fechas. Dice así el cronista Andrés Muñoz:

---

110 *Avisos*, de Barrionuevo, 7 marzo 1657.

111 Vd. datos significativos en *Avisos*, de Barrionuevo, 7 julio y 7 agosto 1655 y 27 noviembre 1657.

112 Cristóbal de Castillejo, *Obras*. Clás. Cast., XCI, pág. 103.

113 Ordóñez de Ceballos, *Viaje del Mundo*, cap. XIII. N. B. A. E., II, página 293-*b*.

«La gente es bien dispuesta. Son blancos, colorados, belicosos, aunque inclinados a discusiones crueles; pero ya no es como solía, por haber conocido lo malo que dello se sigue» [114].

LOS IRLANDESES

Los españoles del siglo XVII sabían diferenciar con mayor netitud que los de hoy entre ingleses e irlandeses. La personalidad de Irlanda estaba fuertemente delineada en esta época, y nuestras empresas políticas y militares nos hicieron entrar en relaciones muy directas con los irlandeses. Bajo el aspecto político, el irlandés representaba para los españoles la antítesis del inglés, y oponía la nota de catolicismo a la nota de herejía que hemos visto en los ingleses. Desde el reinado de Felipe II databan en España los seminarios para la formación del clero católico de las Islas Británicas en Valladolid, Salamanca, Sevilla y Lisboa, amén de los socorros pecuniarios que el Rey destinaba a otros seminarios análogos establecidos en Francia y en Flandes. A más de los estudiantes británicos que venían a España para hacerse clérigos, venían otros a estudiar en Salamanca, de los cuales ha reunido abundantes casos el señor Huarte, benemérito investigador de los archivos de dicha Universidad. El cariz que estos últimos estudiantes descubrían a los ojos de los españoles podemos apreciarlo por esta petición que cierto estudiante irlandés dirigía a la Universidad:

«Muy Ilustre Señor: Daniel Hiffermans, estudiante de la diócesis de Tumia, en el reino de Irlanda, parezco ante Vuestra Señoría y digo: que por la persecución de los herejes y luteranos, me fué forzado dejar mi patria y mis parientes, amigos, bienes y hacienda por causa de la religión cristiana, y venir como vengo huyendo destituido de todo favor humano, fiado en la clemencia divina y en la misericordia, valor y humanidad de V. S., acogiéndome al amparo de esta muy insigne

[114] Andrés Muñoz, *Viaje de Felipe II a Inglaterra.* Bibliót. Esp., XV, página 80.

Universidad, donde florece cristiandad, virtud, letras y nobleza, conociendo la piedad con que V. S. se sirva de apiadarse y tener misericordia de mí y de mi mendiguez, persecución y opresión, defendiendo a quien ha padecido tanta miseria por la fe y religión de Cristo, de quien espero, en su infinita bondad remunerará la caridad que confío usará V. S. con este su siervo» [115].

El espíritu del siglo XVII no alteró en esto la tradición del siglo anterior. Conservamos de Felipe III dos cartas al Conde de Añover sobre la protección del clero y estudiantes irlandeses. La primera, fechada en Madrid, 5 de noviembre de 1609, ordenando continúen recibiendo la limosna de 1.000 ducados que perciben anualmente los frailes irlandeses de la Orden de San Francisco, como asimismo la que disfrutan los estudiantes irlandeses de la Universidad de Douai.

Y la segunda, firmada en la Ventosilla, 19 de junio de 1610, ordenando informe memorial del Padre José Cresuelo sobre la protección de los seminarios ingleses en los estados de Flandes.

En el reinado siguiente de Felipe IV, la herencia de la protección al clero británico seguía inalterable, pues Barrionuevo dice que Cromwell, entre los cargos de su manifiesto que nos hace, el mayor dice que es sustentar en España tantos seminarios de papistas que van luego a su tierra a diseminar nuestros errores. En viniendo a mis manos, lo remitiré a Vm.» [116].

Por toda esta época del gobierno de Cromwell se renovaron en España los tiempos heroicos del catolicismo perseguido en Inglaterra, y las noticias se sucedían alarmantes y conmovedoras. En 1654 divulgaba Barrionuevo esta noticia:

«Se dice ha hecho Cromwell en Irlanda un edicto cruel contra los católicos, que traigan una señal amarilla en los vestidos,

---

115 Para otros casos semejantes, Vd. A. Huarte Echenique, «Petitions of the irish students in the University of Salamanca», *Archivum Hibernicum*, IV, 1915, págs. 96-130. Sobre la cuestión, Vd. también D. I. O'Doherty, «Students of the irish College of Salamanca», *Ibid.*, II, 1913, páginas 1-36; III, 1914, págs. 87-112; IV, 1915, págs. 16-21.

116 *Avisos*, de Barrionuevo, 1 enero 1656.

como los judíos en Roma, y que desde doce años en adelante, en llegando a esta edad, sirvan de esclavos a los ingleses, y otras muchas cosas más a este tono» [117].

Y en 1658 confirmaba con datos simpáticos para los irlandeses la anterior especie:

«En Inglaterra, en la provincia de Conacia, 8.000 irlandeses desterrados en ella por católicos se han resistido al mandado de Cromwell de faltar a la fe, y se dice están prestos de morir por la Iglesia» [118].

La verdad sea dicha, no faltaban hechos fehacientes a los españoles para quitarse la nota de crédulos o apasionados en el debate anglo-irlandés. He aquí lo que cuenta Barrionuevo:

«El Comisario irlandés, fraile franciscano, está aquí. Trae un freno que los ponen a los católicos en aquellas islas. Hele visto. Es una argolla de hierro para el cuello, con otra que depende de ella, y sobre la cabeza le viene a bajar a la cara, ancha de dos dedos, con una abertura que le da lugar a la nariz, y bajando a la boca, se le mete en ella un pestillo con una rodaja de puntas como espuela, y dando lugar luego a la barba, remata en un candado que se le ase a la garganta para que ni hable ni coma, si no es por la mano de la justicia. Tormento espantoso y cruel, que afirma que a cien hombres puede un muchacho guardar y llevar como jumentos a la fuente. Parece que de justicia debe Dios darles el cielo a estos mártires. Y dicen los tienen así por si desdicen de la fe, y que muchos, a cada paso en este tormento, acaban la vida, comenzando en el cielo a vivir con Dios eternamente, gozando los bienes que granjearon acá padeciendo en su nombre» [119].

Las relaciones militares fueron frecuentes y especialmente íntimas y amistosas. Dice Villalobos:

«Tienen los soldados irlandeses por merced particular de mucho tiempo que sus soldados son admitidos en las compañías de los españoles, y en los puestos y ocasiones se mezclan

---

117 *Avisos*, de Barrionuevo, 1 diciembre 1654.
118 *Avisos*, de Barrionuevo, 8 mayo 1658.
119 *Avisos*, de Barrionuevo, 20 diciembre 1656.

con ellos, como si todos fuesen una nación, y merécenlo, porque son muy gallardos soldados» [120].

No paró en esto nuestro comercio espiritual y altruista con los irlandeses, a causa de su catolicidad, sino que una nube de menesterosos y vagabundos de Irlanda cayó sobre nuestra patria, de lo cual es testigo la literatura, que en este caso sirve a maravilla para conocer el alcance de otros textos que vamos a citar.

Fernández Navarrete, entre los remedios que proponía para sanear a Castilla, repara en la cantidad de irlandeses que aquí vivían, y dice:

«Aunque los irlandeses es gente muy católica y de no dañadas costumbres, son muchos los que han venido a España, sin que en tanto número se halle uno que se haya aplicado a las artes o al trabajo de la labranza, ni a otra alguna ocupación más que a mendigar, siendo gravamen y carga de la república. Justísimo es amparar a los que por causa de la Fe han dejado su patria; pero también lo es que ellos se apliquen a ejercer en España las mismas artes y oficios que tenían en su tierra; siendo imposible que en tanto número de gente fuesen todos nobles y holgazanes como lo quieren ser acá» [121].

No siempre los irlandeses procedían de la persecución protestante de Inglaterra. También los había procedentes de cuerpos de ejército que, a sueldo del Rey de España, venían a pelear a los dominios de la corona. A esta grey pertenece la siguiente noticia:

«Los 1.000 y 500 irlandeses que trujo D. Francisco de la Hoz se han deshecho todos y desparramado en Castilla. En Madrid están los más, que pasan su vida recogiendo, y ellos y pidiendo limosna, y en Segovia no lo pasan mal con la carda» [122].

En la misma fuente de noticias de Barrionuevo leemos otra interesante y graciosa sobre las relaciones económico-militares del Estado español con los irlandeses. Dice así:

120 Villalobos, *Comentarios...*, Libros de Antaño, VI, pág. 185.

121 Fernández Navarrete, *Conservación de Monarquías*. Madrid, 1625. Discurso VII.

122 *Avisos*, de Barrionuevo, 26 enero 1656.

«Antes que se fuese el Rey al Escorial, le habló un Maese de Campo irlandés en audiencia pública graciosísimamente, por haber conducido este hombre muchos de su nación, y le dijo: "Vosté me debe mucho, y no me ha dado nada. Vosté quiere gente y no da dinero. Vosté no la tendrá y lo perderá todo porque no paga".

Y no pudiendo el Rey contener la risa, el irlandés se fué, diciéndole: "Pues quede vosté con Dios, que no le pienso hablar más, que veo que a todo se hace sordo"» [123].

La literatura se apoderó de este elemento popular y casi elevó a la categoría de tópico la idea del irlandés mendigo y dotado de una asombrosa fecundidad familiar. Don Francisco de Rojas saca a escena al mayordomo de la Reina de Portugal, con este mensaje:

Señora, ya están aquí
Los cincuenta escudos; pienso
Que aguardan en la antesala
Dos mil pobres; y si cuento
Irlandesas y chiquillos,
No hay número para ellos;
Que éstas son tan pedidoras,
Que cuando no hallan dineros,
Piden que de caridad
Les hagan un niño de estos [124].

En una cárcel de Londres presenta Calderón, atados, dos individuos: el uno gallego y el otro irlandés. Ambos se motejan así:

TIBALDO. *¡Yo con un bufón! Reniego*
de quien tan infeliz es.
BONETE. *¡Yo al olor de un irlandés!*
TIBALDO. *¡Y yo al olor de un gallego!*
BONETE. *Gallego; mas no me pesa.*
TIBALDO. *Irlandés; yo lo pregono.*

[123] *Avisos*, de Barrionuevo, 1 noviembre 1654.
[124] Rojas Zorrilla, *Santa Isabel, Reina de Portugal*, II. Rivad., LIV, página 263-*b*.

BONETE. *¿Pues cómo me habla con tono,*
hijo de aquella irlandesa,
la que no se daba manos
a parir niños asaz,
la que en seis partos no más
te dió treinta y seis hermanos? [125].

Nuestros dramaturgos se esforzaron por imitar el lenguaje chapurrado de los irlandeses, que era nota característica de los tales a los ojos del vulgo, con quien se confundían. En el *Entremés de las lenguas*, de Cáncer, sale un irlandés con un niño de la mano, diciendo:

IRLANDÉS. *¿A Irlanda? ¡Holgar de saberlo*
ser Irlanda! Sa morir marito,
querer dar vuelta al patrio;
no hallar compañía; si vos
ir, en vos sirviendo
voy por mis siete fillolos,
no sentir faltar dinero;
si pedir por el camino
queréis aprender, diciendo:
(Canta.)
Si yo me voy a Irlanda
en compañía de tú,
nos donará su gracia
la sopa de Chesú [126].

En otra comedia hallamos este pasaje:

LEGO. *¿Quién me metió a limosnero,*
Para perder la paciencia
Tratando con un valiente,
Un gorrón y una irlandesa?
(Sale la Irlandesa.)

125 Calderón, *El mejor amigo, el muerto*, II. Rivad., XIV, pág. 475-c.
126 Cáncer, *Entremés de las lenguas*, *Floresta de Entremeses*. Madrid, 1691, pág. 43.

IRLAND. *Hoy, hermani, más que ayer*
Dibir linarmi la horteira;
Qui tinir muchis chiquillis.
LEGO. *Buscar sus* madres *pudieran* [127]
Que serán más.
(Se interpone un soldado, y dice la Irlandesa):
IRLAND. *Reniegui del patarati*
Del soldat, echarmi a priesa
Mucho caldo, muchi carni,
Muchi pan, y mucha berza [128].

Además de prolíficas, las irlandesas tenían reputación de porfiadas en su modo de pordiosear, según se infiere de este texto:

«MONTANCHES.—Aguarde, cásese con una irlandesa.

BILCHES.—¿Qué? Délas a los diablos, que no las puedo ver, porque son rezongonas, y piden cochiflonorrias, y nadie está bien con ellas, por ser impertinentes y prolijas, y no las dan limosna» [129].

Ellos y ellas tenían reputación de grandes amigos de Baco. Ya a principios del siglo XVI, Fernández de Enciso afirmaba:

«Son grandes comedores de carne y grandes bebedores de vino cuando lo hallan» [130].

Y más de cien años después, Francisco Santos mantiene el mismo criterio. En una novela presenta un matrimonio, marido y mujer borrachos, y dice:

«Hablóla (él) en medio tudesco; ella respondió irlandés» [131].

---

127 La palabra «madres», que hemos subrayado, está así en el libro; pero creemos debe decir «padres».

128 Don Felipe Sicardo, *El Apóstol de Salamanca*, II. Parte Quarenta y Cuatro de Comedias. Madrid, 1678, pág. 53-*a*-*b*.

129 Barrionuevo, *Entremés del triunfo de los coches*. N. B. A. E., XVII, página 209-*b*.

130 Fernández de Enciso, *Suma de Geografía*. Col. Joyas Bibliográficas, I. Madrid, 1948, pág. 86.

131 *El vivo y el difunto*, Esp. IV. Pamplona, 1692, pág. 57.

Hay un dato que nos revela el agasajo que el pueblo español hacía a los mendigos de Irlanda, pues habiendo en la corte innumerables pobres de toda Europa, los irlandeses eran preferidos para recibir la merced que las reales personas acostumbraban a hacer en días solemnes, como el Jueves Santo. Dice lo siguiente Barrionuevo:

«El día de la Encarnación dio la Reina de comer a nueve mujeres *irlandesas* y a un niño, que por lo blanco y rubio, era un ángel; y el Rey, el Jueves, dió también a *doce irlandeses* un espléndido banquete» [132].

A título de curiosidad, queremos advertir que, así como el comercio inglés dejó honda huella en la literatura del siglo XVII, según vimos por la cantidad de artículos que hemos citado, de Irlanda no encontramos otro artículo de importación a España que sus famosos perros. Lope cita una vez el *lebrel de Bretaña* [133], y otra vez el *perro de Escocia* [134]; pero contra estos dos lugares existen muchos otros que hablan de los lebreles de Irlanda. El mismo Lope los cita en tres comedias y en algunas de sus poesías sueltas [135], y el maestro Valdivielso, en su auto sacramental *La serrana de Plasencia* [136]; D. Antonio Hurtado de Mendoza, en *El marido hace mujer* [137]; Zapata, en su curiosa *Miscelánea* [138]; Cervantes, en *Persiles y Segismunda* [139]; el doctor Jerónimo de Alcalá, en *El donado hablador* [140]; Mira de Amescua, en alguna de sus poesías [141], y ciertas *Loas* anóni-

---

132 *Avisos*, de Barrionuevo, 15 abril 1656.

133 *El Rey por trueque*, II. Ac. N. E., II, pág. 536-*a*.

134 *Amistad y obligación*, III. Ac. N. E., III, pág. 344-*b*.

135 *Si no vieran las mujeres...*, I. R. Acad., XV, pág. 165-*b*; *La inocente sangre*, II. R. Acad., IX, pág. 190-*b*, y *La juventud de San Isidro*, I. Real Academia, IV, pág. 536-*a*. Vd., además, Rivad., XXXVIII, pág. 389-*b*.

136 Vd. Rivad., LVIII, pág. 256-*a*.

137 Act. II. Rivad., XLV, pág. 431-*a*.

138 Memorial Hist. Español, XI, pág. 110.

139 *Opus cit.*, libr. II, cap. X.

140 Vd. Rivad., XVIII, pág. 547.

141 Vd. Rivad., XLII, pág. 426-*a*.

mas [142], los mencionan entre las cosas típicas que caracterizan a los diversos países.

Un viajero de aquel tiempo nos confirma esta importación canina de Irlanda a España, y, al mismo tiempo, emite su juicio sobre el carácter de los irlandeses:

«De allí fuimos a Irlanda, y en Selvopa compramos gran cantidad de perros y falcones. Es esta tierra muy fría y mísera, y pienso que la gente es la más blanca del mundo, no roja como la de Inglaterra, sino blanquisca. Es gente dócil, amiga de servir y dar contento» [143].

---

142 Vd. N. B. A. E., XVIII, págs. 416-*b* y 441-*b*.

143 Ordóñez de Ceballos, *Viaje del Mundo*, cap. XIII. N. B. A. E., II, página 293-*b*.

Capítulo XIX

LOS ALEMANES

Un esbozo de este capítulo fue ya trazado por el docto hispanista Morel-Fatio[1]. Su trabajo persigue el concepto español de los alemanes desde el siglo XV hasta los mismos días de la Gran Guerra. Nuestro trabajo da mucho más cuerpo a las líneas trazadas por el ilustre profesor francés, rectifica algunos de sus rasgos y añade otros que faltan en su estudio. Pero nos circunscribimos al siglo XVII, razón por la cual el estudio de Morel-Fatio siempre quedará intacto en su mayor parte. Los puntos sobre que versará este capítulo serán los siguientes:

a) Los alemanes en España.
b) Los alemanes luteranos.
c) Los alemanes bebedores.
d) Los alemanes belicosos.

LOS ALEMANES EN ESPAÑA

¿Qué clase de alemanes veían de ordinario los españoles del siglo XVII? Bien podemos afirmar que los alemanes que venían a España eran generalmente soldados. En menor número recorrían también la Península peregrinos y pordioseros. A

[1] Vd. *Revista de Filología Española*, IX, 1922, pág. 277, y X, 1923, página 63.

veces, algún que otro ingeniero o invencionero. Comerciantes, muy pocos, o confundidos con los mercaderes flamencos. Esto es lo que se desprende de los textos que siguen.

De la profesión militar había constantemente en la corte de España un retén de alemanes, que formaban la guardia tudesca introducida por Carlos V. Esta guardia dejó rastro en nuestra literatura, siempre ostentando los atributos de soldados y de alemanes. Calderón, por ejemplo, pinta algunos de ellos armados de tizona y colada, con evidente juego de palabras, por su afición al vino:

Agora sale un flinflón
O tudesco de la guarda,
Hablando mucho y aprisa
Y sin pronunciar palabra,
Con su tizona en la cinta
Y en el jarro la colada[2].

Como estos guardias de las personas reales eran los que iban abriendo paso a la regia comitiva, muchas veces a fuerza de mandobles, era famosa su cólera y mal talante entre el vulgo, hasta el punto de que Moreto pudiera emplear una frase como ésta:

Vive Dios,
Que estoy brotando tudescos
En día de procesión[3].

Pero además de esta popular guarnición de alemanes, continuamente entraban a miles soldados de otros cuerpos, y, sobre todo, vinieron en abundancia cuando la triste guerra de Cataluña. Por los simples *Avisos* de Barrionuevo conocemos las siguientes remesas:

«Lunes vino correo de San Sebastián, de donde avisan habían llegado allí 800 alemanes; y luego, el miércoles, partió de aquí un caballero para convoyarlos a Cataluña, y se esperan hasta 4.000 de ellos, que se están levantando, y 2.000 valones»[4].

[2] Calderón *E. de las Carnestolendas. Rasgos del ocio.* Madrid, 1661, página 104.

[3] Moreto, *Industrias contra finezas*, III. Rivad., XXXIX, pág. 287-*a*.

[4] *Avisos*, de Barrionuevo, 19 diciembre 1654.

«Dos mil alemanes que han llegado a San Sebastián están ya en Ágreda, caminando muy aprisa para Cataluña» [5].

«Han llegado a San Sebastián 900 valones y 300 alemanes para Cataluña» [6].

Basta ahora a nuestro intento presentar a los alemanes como materia de observación para los españoles; después veremos el concepto que éstos formaron de tales milicias.

Tras los militares nos invadían los peregrinos. Las leyes protegían estas incursiones pseudo-religiosas con pequeñas cortapisas [7], y la pluma de Cervantes nos describió la realidad que aquella benévola legislación protegía:

«Juntéme con estos peregrinos, que tienen por costumbre venir a España muchos dellos, cada año, a visitar los santuarios della, que los tienen por sus Indias, y por certísima granjería y conocida ganancia. Ándanla casi toda, y no hay pueblo ninguno de donde no salgan comidos y bebidos, como suele decirse, y con un real por lo menos, en dineros, y al cabo de su viaje salen con más de cien escudos de sobra, que trocados en oro, o ya en el hueco de los bordones, o entre los remiendos de las esclavinas, o con la industria que ellos pueden, los sacan del reino y los pasan a sus tierras, a pesar de las guardas de los puestos y puertos donde se registran» [8].

El modo de pedir limosna de los alemanes, análogo al de los borgoñones, era, como ya oímos a Mateo Alemán, «cantando en tropa», y Quevedo recogió también la misma observación, cuando dijo:

«Ya piden cantando las niñas, como alemanes» [9].

Cervantes introdujo en el *Quijote* «seis peregrinos con sus bordones, de estos extranjeros que piden la limosna cantando», y que eran alemanes [10].

---

5 *Avisos*, de Barrionuevo, 29 marzo 1655.
6 *Avisos*, de Barrionuevo, 24 abril 1655.
7 Vd. la *Nueva Recopilación*, lib. I, tít. XII, leyes 1, 2, 3, 4 y 12.
8 *Quijote*, II, 54.
9 Quevedo. Rivad., LXIX, núm. 311.
10 *Quijote*, II, 54.

Y Cristóbal Pérez de Herrera había dicho lo mismo en sus *Discursos:*

«Excusarse han los franceses y alemanes que pasan por estos reinos cantando en cuadrillas, sacándonos el dinero..., viniendo a España con *invenciones*».

Estas *invenciones* indican otra de las categorías de alemanes que visitaban a España. Desde los días de Carlos V, se hablaba en España con asombro de aquel portentoso ingeniero alemán que había construido un águila artificial (una especie de avión), que voló sobre la imperial comitiva el día de la coronación del César, desde la catedral al palacio. Ingenieros de menos inventiva, pero, al fin y al cabo, compatriotas de aquel *alemán famoso*, debían venir a España, pues en la literatura hallamos algunos rastros que, dadas las leyes de la verosimilitud, responderían a hechos reales. Dice, por ejemplo, don Gonzalo de Céspedes y Meneses:

«Estaba, pues, este maravilloso y secreto artificio dispuesto con ingenio tan raro, con tanta sutileza, que ninguno sin particular inteligencia de él alcanzara su modo; fué traza de un ingeniero alemán» [11].

Y Tirso, igualmente se acoge al prestigio de la ingeniería alemana para hacer creíble el raro caso de que habla:

Ha venido de Alemania
un maestro que tiñe ojos,
como otros, cabello y barbas [12].

De mercaderes alemanes es más raro encontrar huellas en los monumentos literarios de aquella época; pero no es del todo imposible encontrarlas. Lope, por ejemplo, describiendo el puerto de Sevilla, dice:

El alemán
trae lienzo, fustán, llantés [13].

---

[11] Céspedes y Meneses, *Historias peregrinas.* Madrid, 1906, pág. 259.

[12] Tirso, *La celosa de sí misma,* III. Rivad., pág. 144-*b*. Sobre el prestigio de la técnica alemana, Vd. mi trabajo *El reloj en la vida española.* Madrid, 1955, pág. 30.

[13] *El Arenal de Sevilla,* I. Ac. N. E., XI, pág. 365.

Menos raro es tropezar con objetos de importación tudesca, que debían ser traídos por los flamencos: Vemos, en primer lugar, artículos de lencería. Cervantes menciona las «toallas alemanas»[14]; Agustín de Rojas, los «manteles blanquísimos de Alemania»[15], y lo mismo cierta *Loa* anónima de la misma época[16].

Otro capítulo del comercio alemán era el de armas. Lope habla de «pistolas tudescas»[17]; *Estebanillo González* cita un «estoque de Solingues»[18], y la anónima *Loa* citada poco ha menciona los «cuchillos de Velduque»[19].

También debían venir los que entonces llamaban *escritorios*, hoy bargueños, pues Castillo Solórzano menciona uno alemán[20]. Por último, no faltaba en España el conocimiento de los generosos mostos alemanes. Lope alaba:

De Elba el precioso vino[21].

Y Andrés de Claramonte y Cubillo de Aragón enumeran entre los más conocidos el vino del Rin[22].

Bastantes cosas más debían venir, pues Pedro Hurtado de Alcocer, en su citada obra, llega a decir, en son de queja:

«Alemania y otros países son tantas las diferencias de mercadurías que traen, y muchas de ellas tan ridículas, que parece vienen a tratar con indios»[23].

De la vista y del trato con toda esta clase de gente se formó entre los españoles una fisionomía característica del tipo alemán, cuyos rasgos prominentes eran: el color blanco y colo-

14 *Quijote*, II, 32.
15 Vd. *Viaje entretenido*. N. B. A. E., XXI, pág. 526-*a*.
16 Vd. N. B. A. E., XVIII, pág. 416-*a*.
17 *El mármol de Felisardo*, III. R. Acad., XIV, pág. 261-*a*.
18 *Opus cit.*, cap. VI. Rivad., XXXIII, pág. 320.
19 Vd. N. B. A. E., XVIII, pág. 416-*a*.
20 Vd. *La niña de los embustes*. Madrid, 1906, pág. 101.
21 Lope, *El Rey por trueque*, II. Ac. N. E., II, pág. 536-*a*.
22 *El valiente negro en Flandes*, II. Rivad., XLIII, pág. 501-*a*. *Hechos de Bernardo del Carpio*, II. Rivad., XLVII, pág. 104-*a*.
23 Ms. 11031, pág. 210. B. N. de Madrid.

rado, el cabello rubio y largo, y la corpulencia. Lope da estas señas de los alemanes:

Conócese el alemán
En lo rojo y corpulento[24].

Y Cervantes dice en el *Viaje del Parnaso:*

Cara de tudesco roja[25].

Mas comúnmente nuestros autores aprecian lo blanco sobre lo rojo. El *Quijote* de Avellaneda dice:

El blanco alemán[26].

Y *Estebanillo González* añade:

Lo volví de blanco alemán en tostado africano[27].

Lope junta en otro lugar el color del rostro y del cabello, como señales de la gente norteña:

«Dos mancebos..., cuyos blancos rostros, rubios y largos cabellos, mostraban ser flamencos o alemanes»[28].

E insiste en ello diciendo:

Enfrente está una doncella
Rubia como un alemán,
Que no hay oro de Milán
Que se compare con ella[29].

También Bances Candamo:

Pues a ti, a tu abuelo y padre
Os llamaron Barbarroja,
Por el dorado color
Del rubio pelo alemán[30].

---

[24] Lope, *Mirad a quién alabáis*, III. Ac. N. E., XIII, pág. 50-*b*.
[25] *Opus cit.*, VI, ed. R. Acad., 1917, pág. 51.
[26] Vd. Rivad., XVIII, pág. 24-*a*.
[27] *Estebanillo González*. Rivad., XXXIII, pág. 298-*a*.
[28] Lope, *El peregrino*, lib. II, Sancha, V, pág. 88.
[29] Lope, *El ausente en el lugar*, I. Ac. N. E., XI, pág. 403-*a*.
[30] Bances Cándamo, *El Austria en Jerusalén*, II; *Poesías cómicas*. Madrid, 1722, pág. 129. Vd. Bartolomé L. de Argensola, *Rimas*, Zaragoza, 1634, página 232.

Y Quevedo confirma la observación del color del pelo:

Los alemanes, rubios como espigas [31].

Estas señales fisonómicas estaban además de acuerdo con la idea que en España había de que Alemania era un país de nieve y de hielos, donde el sol ejercía poca influencia. Es bastante común leer en los autores de esta época «la blanca Alemania» [32], o «la nieve del alemán» [33], o «la Alemania helada» [34], o «el helado alemán» [35]. De esta correspondencia natural entre el medio y el hombre deducían los españoles malas consecuencias de índole moral para aquellos sujetos que mostraban en sus facciones una anomalía o rebelión contra las leyes naturales. Por eso dice un contemporáneo:

«¿No oíste decir guarda de español rojo y de alemán moreno? Sábete que señala naturaleza lo de dentro en lo de fuera muchas veces» [36].

LUTERANISMO ALEMÁN

Poco trabajo hemos de gastar en dejar probado este carácter político-religioso que los españoles apreciaban en los alemanes. Quevedo lleva en esto la voz del común sentir y habla por todos con la autoridad de quien sabe concretar la animadversión difusa en el ambiente de su época:

«Los alemanes, herejes y protestantes, en quienes son tantas las herejías como los hombres, que se gastan en alimentar la tiranía de los suecos, las traiciones del duque de Sajonia, marqués de Brandenburg y Landtgrave de Hessen; hallándose *corrompidos de mal francés*, trataron de curarse de una vez,

31 Quevedo, *Poema heroico de las necedades y locuras de Orlando enamorado*. Rivad., LXIX, pág. 288-*b*.

32 Mira de Amescua, *La rueda de la fortuna*, I. Rivad., XLVII, pág. 3-*a*.

33 Tirso, *Doña Beatriz de Silva*, I. N. B. A. E., IV, pág. 491-*a*.

34 Rodrigo de Herrera, *Del Cielo viene el buen Rey*, III. Rivad., XLV, página 249-*a*.

35 Lope, *El Rey por trueque*, I. Ac. N. E., II, pág. 531.

36 Pedro Hurtado, *Comedia Doleria*, II. N. B. A. E., XIV, pág. 337-*b*.

viendo que los sudores de tantos trabajos no habían aprovechado, ni las unciones que con ungüento de azogue los dieron en la estufa de Nortlingen, ni las copiosas sangrías, *usque ad animi deliquium*, de tantas rotas. Juntaron todos los mejores médicos racionales y *espagíricos* que hallaron, y, haciéndoles relación de sus achaques, les pidieron remedio eficaz. Algunos fueron de parecer que la medicina era purgarlos de todos los humores franceses que tenían en los huesos. Otros, afirmando que el mal estaba en las cabezas, ordenaron evacuaciones, descargándolas de opiniones crasas con el tetrágono de Hipócrates, tan celebrado de Galeno, a que corresponde el tabaco en humo en la forma. Otros, supersticiosos y dados a las artes secretas, afirmaron que lo que padecían no eran enfermedades naturales, sino demonios que los agitaban, y que, como endemoniados, necesitaban de exorcismos y conjuros. En esta discordia estudiosa estaban cuando los cogió la *hora*, y, alzando la voz, un médico de Praga dijo:

—Los alemanes no tienen en su enfermedad remedio, porque sus dolencias y achaques solamente se curan con la *dieta*, y en tanto que estuvieren abiertas las tabernas de Lutero y Calvino, y ellos tuvieren gaznates de sed y no se abstuvieren de los bodegones y burdeles de Francia, no tendrán la *dieta* de que necesitan» [37].

Quevedo habla con un lujo de metáforas que hoy no son tan transparentes como en su época. Por el mal francés entiende las concomitancias alemanas con la política antiespañola del Rey de Francia; por las tabernas de Lutero alude a la fama de bebedores que tenían los alemanes; por la *dieta* significa las asambleas imperiales. Los lectores de su tiempo le entendían perfectamente, pues la opinión vulgar era que en Alemania se daban tan de suyo los herejes luteranos como en Tetuán las monas. Oigamos si no el siguiente discreteo de una comedia valenciana:

FELICIA. *Vos, ¿qué traéis, angelico,*
de aquella tierra tan buena?

37 *La hora de todos.* Clás. Cast., XXXIV, pág. 192.

BEATRIZ. *Atado en una cadena*
os traigo un luteranico [38].

Cervantes se hace también eco de la opinión corriente acerca de la libertad de conciencia con que se vivía en Alemania. Cervantes, que los únicos seres que odió y maltrató fueron los moriscos, puso en boca de un morisco la alabanza de esta modalidad de la vida alemana, en lo cual se mostró tan comprensivo del punto de vista de aquella gentuza, como correspondía a un artista de su penetración psicológica y de su compenetración con el medio social de su época. Los españoles, que ya hemos de ver cómo pensaban respecto de los desgraciados proscritos por Felipe III, hallarían indudablemente que un morisco debía expresarse como se expresa el que dice estas palabras:

«Llegué a Alemania, y allí me pareció que se podía vivir con más libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas: cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia» [39].

LOS ALEMANES, BEBEDORES

La afición al vino de los alemanes era la nota más vulgar que los distinguía en concepto del siglo XVII. Empezaremos viendo en Gracián los grados de alcoholismo que presentaban las gentes principales de Europa. Recuérdese lo que el mismo Gracián nos deja dicho en el capítulo de los ingleses:

«Reparó Critilo en que asistían pocos españoles al cortejo de la dionisia reina, habiendo, sin duda, para cada uno cien franceses y cuatrocientos tudescos.

—¡Oh —dijo el hablador—, no sabes tú lo que pasó en los principios *desta bella invenchione del vino!*

—¿Y qué fué?

38 Tárrega, *El Prado de Valencia*, I. Rivad., XLIII, pág. 37-*a*.

39 *Quijote*, II, 54.

—Que un recuero, atento a su ganancia, cargó de la nueva mercadería y dio con ella en Alemania. Y como fuese el precioso licor en toda su generosidad, gustaron mucho dél los tudescos. Hízoles valiente impresión, rindiéndolos de todo punto. Pasó adelante a la Francia; mas, porque no fuesen comenzados los cueros, acabólos de llenar en la Esquelda, con que no iba ya el vino tan fuerte, y así no hizo más que alegrar los franceses, haciéndoles bailar, silbar y dar algunas cabriolas y rascarse atrás en un corrillo de mesurados españoles, como se vió ya en Barcelona. Quedábale ya muy poco, cuando pasó a España, y llenóle de agua de tal suerte que no era ya vino, sino enjuagaduras de bota. Con esto no les hizo efecto a los españoles; antes los dejó muy en sí y tan graves como siempre, con que ellos a todos los demás llaman borrachos. Deste modo han proseguido todas estas naciones en beberle: los tudescos, puro, imitándoles los suecos y los ingleses; los franceses ya enjuagan la taza; mas los españoles, aguachirle»[40].

No fue ésta la única vez que en la literatura salieron del brazo franceses y alemanes enlazados por una misma afición. En Francisco Santos los vemos otra vez respondiendo al pensamiento nada raro de que en el beber no disentían ambas naciones:

«Oyóse una gran algazara por el campo, siendo la causa una tropa de tudescos y franceses. ... Es gente que han llegado sedientos a una taberna de lo bueno, y se echará cada uno su media, como cualquiera pierna»[41].

También hay que advertir, como dejamos dicho en el capítulo de la sobriedad española, que sonaban de vez en cuando voces acusando a Italia y a España del vicio de la embriaguez casi tanto como a los alemanes. Ya era antigua la denuncia del traductor de Dioscórides, que decía:

«Y lo peor de todo que esta furia infernal (digo la embriaguez), la cual, en los tiempos pasados, ocupaba solamente las

---

[40] Gracián, *Criticón*, III, 2. Renac., II, pág. 144.

[41] Francisco Santos, *La verdad en el potro*. Madrid, 1686, pág. 264.

Alemanias y las regiones septentrionales, ya se extiende por toda Italia y España, exercitando su bestial tiranía» [42].

Y ya en pleno siglo XVII, Quevedo rimaba el mismo concepto, diciendo:

Fuera alemán o tudesco,
Mas ¿de qué puedo servir?
Que ya los brindis del Tajo
No le deben nada al Rhin [43].

Pero, la verdad sea dicha, los alemanes se llevaron en esto la palma; su beber fue uno de los tópicos más corrientes en la literatura de entonces; no hubo autor que se excusase de emplear este lugar común; en una palabra: tudesco y borracho fueron sinónimos. A la lengua alemana se atribuye la palabra *brindis*, cuya evolución semántica hallamos explicada en un curioso manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid, que se encabeza así:

«Origen de los brindis de varias bebidas que se usan en el mundo y de otras materias que se componen, para alegrar los espíritus y reconciliar el sueño.

La palabra *brindis* es verdaderamente tudesca; pero transplantada, se dice en todas las lenguas de Europa, y con ella se solía formar un término, no de convite vicioso de bebedores, pero de piedad y de religión, que después se ha corrompido con el mal uso; pero, en efecto, es argumento de la antigua devoción de los Tudescos, que todavía reluce aun dentro de la mezcla de la herejía, puesto que católicos y herejes acostumbran, siempre que toman algo de comida o de vino, bendecirlo primero; pero cuando tienen el vaso en la mano, suelen ofrecerlo a un amigo, diciendo: *Te? Vellam pringen;* que significa: *Te lo presento*, o *Te lo quiero presentar*. Y él respondía: *Gott zenges, Dios lo bendiga*, de donde se conoce claramente que esto no era otra cosa que pedir la bendición, que entre los hombres piadosos de aquella nación aún se usa en la misma

42 Andrés de Laguna, *Dioscórides*. Ed. de Salamanca, 1563, pág. 504.
43 Quevedo. Rivad., LXIX, pág. 523.

forma. Si bien otros la han convertido en provocación y disolución, porque no responden *Gott zenges*, sino *Gas laus*, que quiere decir *todo fuera*, y se interpreta por una obligación de corresponder bebiendo la misma cantidad, y después se introduce la porfía de vencer el uno al otro, bebiendo como en duelo de honra, y se sigue la embriaguez enorme, en la cual se pierde gran parte de aquella gente y degenera del antiguo valor, aunque, a la verdad, puede ser que su fin fuese el de excitarle y avizorarle, no de destruirle, introduciendo el uso de beber mucho; porque siendo la nación de su naturaleza floja y perezosa, se dispusiese con el vino a mayor valor militar» [44].

Sin meternos en filologías, la palabra *brindis* fue tenida por santo y seña para acreditarse de alemán.

Quevedo decía, humorísticamente:

«Alemán y flamenco es lengua breve, pues se aprende en un *brindis, gotis, guen,* etc.» [45].

Y Lope introduce esta escena en *El Caballero del Sacramento:*

(Salen Don Luis y Crispín en hábito de tudescos.)

LUIS. *No seremos conocidos;*
que el hábito que he tomado
mucho nos ha disfrazado.
CRISPÍN. *Mucho encubren los vestidos;*
mas si nos llegan a hablar,
¡pardiez, que yo quedo fresco!
Que sólo sé de tudesco
esto que llaman brindar [46].

Vélez de Guevara tampoco olvida la palabreja para caracterizar el modo de beber de los alemanes:

---

44 Ms. 11169, fol. 34.

45 Quevedo, *Libro de todas las cosas.* Clás. Cast., LVI, pág. 143.

46 *Obra citada,* II. R. Acad., VIII, pág. 467-*b*. Además, en el auto de *La privanza del hombre,* dice la Lisonja: «Bebo y brindo a lo tudesco». R. Acad., II, pág. 598-*a*.

«El otro tudesco —dice—, que había ya pespuntado la comida más apriesa, a brindis de vino blanco y clarete y tenía a orza la testa» [47].

Otra palabra, además de brindis, introdujo en el español la característica afición a Baco de los germanos; pero no hizo fortuna, fuera de muy contados autores; la palabra «velicómen», que, según ha probado el maestro de la filología española, Menéndez Pidal, es castellanización del alemán *Wilkommenbecher*. Solamente Quevedo y Vélez de Guevara, en textos sabiamente discutidos por el gran filólogo citado, usaron este término en la acepción de copa o vaso.

No se achacaba solamente a los alemanes su demasiado beber, sino también su gula o apetito desordenado de comer. Varios escritores se extienden a esta doble afirmación, que debía responder a una idea general de la época.

Gracián dice a este propósito:

«La Gula, con su hermana la Embriaguez, asegura la preciosa Margarita de Valois, se sorbió toda la Alemania alta y baja, gustando y gastando en banquetes los días y las noches, las haciendas y las conciencias. Aunque algunos no se han emborrachado sino una sola vez; pero les ha durado toda la vida... Y aun por eso formaba el Emperador Carlos V de los alemanes el vientre de su ejército» [48].

También el autor de la *Tragedia Policiana* encarece un buen hartazgo, diciendo:

El papo hecho, como a mesa de alemanes [49].

Otras varias frases se pueden apuntar en que el comer y el beber andan asociados, aunque sólo se atribuye a los alemanes, como genuino de ellos, lo segundo. Por ejemplo, el autor de la continuación de *El Lazarillo* dice así:

---

47 Vélez de Guevara, *El Diablo Cojuelo*, V. Clás. Cast., XXXVIII, página 121.

48 Gracián, *Criticón*, I, 13. Renac., I, pág. 178.

49 *Tragedia Policiana*. N. B. A. E., XIV, pág. 18-*b*.

Comimos como reyes y bebimos como tudescos [50].

Y Rojas Zorrilla:

Come como un estudiante
Y bebe como un tudesco [51].

Y don Francisco de Leiva:

Él come famosamente
y bebe como un tudesco [52].

Sabemos además, por un curioso pasaje de Cristóbal de Villalón, la manera de beber que era propia de los alemanes, y en qué se diferenciaba de otra gente europea bastante devota de Baco.

He aquí el texto:

«MATA.—¿Tan gente bebedora es la griega?

PEDRO.—Como los alemanes y más. Salvo que en esto difieren: que los alemanes beberán pocas veces y un cangilón cada vez; mas los griegos, aunque beben mucho, comen muy poco y beben tras cada bocado con pequeñita taza» [53].

Otro extremo sacamos en claro de los textos de algunos autores de esta época. No sólo se creía que los alemanes se embriagaban, sino que en Alemania era gala y honra embriagarse. El pseudo Luján de Saavedra lo testimonia con estas palabras:

«La borrachera no la tenía por afrenta, a fuer de su nación (tudesca)» [54].

Y aún más claro y más autorizado, por tratarse de una noticia histórica, hallamos en los *Avisos* de Barrionuevo la comprobación de esta idea acerca de Alemania. Leamos:

---

50 *Opus cit.*, cap. XIV. Rivad., III, págs. 91-*a* y 125-*b*.
51 *Entre bobos anda el juego*, I. Rivad., LIV, pág. 18-*c*.
52 *Cuando no se aguarda*, I. Rivad., XLVII, pág. 340-*c*.
53 Villalón, *Viaje de Turquía*, V. N. B. A. E., II, pág. 80-*b*.
54 Luján de Saavedra, *Guzmán*, I, II, capt. I. Rivad., III, pág. 382-*b*.

«A instancia nuestra ha llegado el duque de Sajonia a Francfort, y se muestra muy fino con la Casa de Austria, y los embajadores franceses se andan de convite en convite, hechos unas zorras alegres, cogiéndolas de buen tamaño a cada paso, riéndose de la mesura del conde de Peñaranda, diciéndole *medio camonos (sic)* cuando le encuentran; que lo que en España es afrenta, lo tienen allá por honra» [55].

Este testimonio, por su naturaleza, nos sugiere la idea de preguntarnos si en realidad había hechos que prestaran soporte adecuado al sostenimiento de un concepto tan vulgarizado en España. A esta cuestión responde el mismo Barrionuevo contando formalmente algunos hechos que no dejan lugar a duda de que algo había muy real y efectivo, que hacía verosímil a los españoles su opinión. Veamos cómo relataba Barrionuevo la muerte de cierto príncipe alemán:

«Murió el duque de Saxonia, de noventa y cinco años, siendo el mayor bebedor que jamás se ha visto en Alemania, no siendo harto de dos o tres pellejos de vino todos los días, con tal propiedad, que el beberlo y orinarlo era todo uno, pareciendo su cuerpo más embudo que otra cosa» [56].

Y veamos con qué aplomo y convicción cuenta este suceso de la Casa Real de Felipe IV:

«Dos días ha que hurtaron dentro de Palacio, de la cerería de la Reina, un blandón de plata, y se llevaron una carga de *vino de Lucena* que tenía de regalo, que es alemana y le hace mal el agua» [57].

Análoga es esta otra anécdota de una emperatriz alemana, en cuyos labios se pone la opinión de que tratamos, como la cosa más natural del mundo, sin que ello implique desdoro ni menoscabo para los de su nación:

«Había algunos años que la Emperatriz Doña Leonor, hija del Rey Don Duarte de Portugal, estaba casada con el Emperador Federico III, sin tener hijos; y aconsejándola los médi-

55 *Avisos*, de Barrionuevo, 29 mayo 1658.
56 *Avisos*, de Barrionuevo, diciembre 1656.
57 *Avisos*, de Barrionuevo, 30 enero 1655.

cos que usase del vino para lograr la deseada fecundidad, respondió con graciosa modestia: "Oh! Qué mal parecerá beber em sendo mulher, e Portugueza; naon bebendo o Emperador sendo homen e Alemaon"» [58].

Idéntico sentido tiene el siguiente pasaje del historiador Sandoval:

«Los alemanes no sufrían el calor ni la falta de vino, ni los españoles la del agua» [59].

Afición que redunda en el desprestigio de Alemania, según relata el mismo autor:

«Dijo el Turco que no había temido a los borrachos alemanes, sino a la ventura del Emperador» [60].

No nos resta más que comprobar el área extensísima que este concepto de los alemanes alcanzó en la literatura del siglo XVII, leal reflejo de la conciencia general. Como si todo lo que llevamos espigado fuera poco, vamos a oir todavía otros tantos testimonios más en apoyo de la fama que gozaban los alemanes. Empecemos por Cervantes. El Príncipe de los Ingenios españoles describe la suculenta comida de unos peregrinos alemanes, tan bien rociada de seis botas de vino, y añade:

«Hasta el buen Ricote, que se había transformado de morisco en alemán o en tudesco, sacó la suya» [61].

De Lope se pueden citar varios lugares. Sirvan de muestra los siguientes:

Primero:

Remojéme los bigotes,
Como si fuera un tudesco [62].

---

58 *Floresta Española*, de F. Asensio. Bibliót. Madril., IV, pág. 33.

59 Sandoval, *Historia del Emperador Carlos V*, II, pág. 198. Vd. un dato histórico del mismo significado en *Relaciones*, de Pedro de Gante. Bibliót. Esp., XI, pág. 202.

60 Sandoval, *Opus cit.*, pág. 135.

61 Cervantes, *Quijote*, II, 54.

62 Lope, *Burgalesa de Lerma*, III. Ac. N. E., IV, pág. 73-*a*.

Segundo:

Bebamos en competencia
De tudescos y alemanes [63].

Y tercero:

En no dándole refresco
Perece vuesa mercé.
—Los vítores dan gran sed,
Que fue invención de un tudesco.
Que como comienza en vi
El tor *en* no *transformó* [64].

Calderón no empleó el tópico tan frecuentemente; pero tampoco lo olvidó por completo. Contiene por lo menos un pasaje bastante a nuestro propósito.

Durante el sitio de Breda, los flamencos intentaron con un dique echar la corriente de un río por el campo español. Entre los diversos arbitrios sugeridos por los soldados para conjurar el peligro, un capitán da el suyo, a saber:

Pusiera allí a los tudescos
Y dijérales: el dique
Que veis, se derribe luego,
O moriremos ahogados;
Que yo aseguro que ellos
Por no beber agua vayan
A derribarlo al momento [65].

Espinel, estando enfermo en Salamanca, cuenta que fue visitado por el médico del Estudio, y dice:

«Me dio un remedio tudesco, es decir, no beber agua» [66].

Moreto nos suministra dos pasajes muy humorísticos:

---

63 Lope, *El ganso de oro*, III. Ac. N. E., I, pág. 173-*a*.
64 Lope, *Del mal, lo menos*, III. Ac. N. E., IV, pág. 473-*a*.
65 Calderón, *Sitio de Breda*, II. Keil, I, pág. 244-*a*.
66 Espinel, *Obregón*, I, 4. Clás. Cast., XLIII, pág. 94.

Primero:

¡San puro Arquitriclino,
Norte tudesco, tutelar del vino! [67].

Segundo:

Hablo la lengua tudesca
Tan bien como un tabernero [68].

No se refiere Moreto al idioma alemán, sino a la ininteligible jerigonza de los borrachos. Esto queda claro en este otro lugar de Gracián:

«Salióle al encuentro otro, que parecía hablar entre boca de noche, y todos creyeron era tudesco» [69].

Igualmente ingenioso es el siguiente pasaje de *Estebanillo González:*

«Como el marqués tenía criados de todas las naciones, conducidos de Flandes y de Alemania, y de su natural no son ranas, sino mosquitos» [70].

Don Rodrigo de Herrera, aludiendo también a la corpulencia de los alemanes y a sus bigotes característicos, dice así:

BATO. *Un soldado*
tudesco, como un gigante,
está esa puerta guardando,
que es un frasco con bigotes
y con guarda-infante un jarro.
REY. *A una legión de demonios*
no temo, ¿y quieres, villano,
que tema sólo a un tudesco
que es fuerza que esté borracho? [71].

---

67 Moreto, *Cómo se vengan los nobles,* II. Rivad., XXXIX, pág. 452-*c.*

68 Moreto, *Milagrosa elección de San Pío V,* II. Rivad., XXXIX, página 552-*c.*

69 Gracián, *Criticón,* I, 7. Renac., I, pág. 86.

70 *Opus cit.,* XI. Rivad., XXXIII, pág. 352-*a.*

71 Rodrigo de Herrera, *Del cielo viene el buen Rey,* III. Rivad., XLV, página 247-I.

Un sainetista y poeta humorístico, a quien sus contemporáneos llamaban el Maestro León, empieza así una de sus composiciones:

A un tudesco, humana cuba,
Quiere mi musa pintar [72].

Y, describiendo a Madrid, don Fernando de Zárate dice por encarecimiento:

Son de azúcar sus galanes,
son de vino sus tudescos [73].

Francisco Asensio recogió en su *Floresta* la siguiente facecia, que no sería la única que correría entre la gente popular:

«Teniendo un caballero que pasar por Alemania, buscaba un criado que llevar, que le sirviese de secretario; y como un amigo le ofreciese uno, alabándole en grande extremo para la profesión, lo recibió sin otro algún informe; y tenía la falta de embriagarse muy de continuo. Efectuando, pues, el viaje, acaeció que se murió el criado en Augusta; y volviendo a la Corte, como el amigo le preguntase por él, respondió: "Como olía a vino, bebiéronsele los tudescos"» [74].

La segunda parte del *Lazarillo* presenta en Toledo unos alemanes a quienes el pícaro sigue su bien conocido humor, sirviéndoles de adiestrador y guía para visitar las ermitas de Baco:

«Yo nunca los dejaba boquisecos, queriéndolos llevar conmigo a lo mejor que yo había echado (pregonado) en la ciudad, a do hacíamos la buena y espléndida vida y jira; allí nos acontecía muchas veces entrar en nuestros pies y salir en ajenos» [75].

Y damos fin a este capítulo con una coplilla conceptista del *Baile del cazador:*

---

72 Manuel de León Marchante, *Obras poéticas.*

73 Fernando de Zárate, *Mudarse por mejorarse,* II. Rivad., XLVII, página 543-*c.*

74 F. Asensio, *Floresta Española.* Biblióf. Madril., III, pág. 223.

75 *Lazarillo,* segunda parte, cap. I. Rivad., III, pág. 91-*a.*

Los gorriones parecen
A los tudescos,
Pues su afecto no sale
Del bebedero[76].

CONDICIONES BÉLICAS DE LOS ALEMANES

Tenían los alemanes, en concepto de esta época, cualidades especiales en la guerra. De estas cualidades, unas son raramente reconocidas, pero otras tuvieron casi la misma divulgación que la cualidad anterior.

Empezando por las primeras, notaremos que Lope les atribuye una costumbre característica de su disciplina militar, que no hemos hallado en ningún otro autor.

Dice así:

Se mesaban las barbas a porfía,
Como tudescos, muerto el que los guía[77].

En Calderón leemos otra atribución a su modo de hacer la guerra, y ya esta cualidad no se encuentra tan solitaria como la pasada. Habla un criado a vista de una casa arrasada, y dice:

¡Por Dios, que a mi parecer
alemanes han entrado
en esta casa!
AMO. *¿Por qué*
lo dices?
CRIADO. *Porque ha quedado*
desvalijada[78].

Barrionuevo confirmaba con sus noticias este juicio acerca del soldado alemán:

---

[76] En *Migajas del ingenio*. Madrid, 1908, pág. 185.
[77] Lope, *La Gatomaquia*. Silva VII. Rivad., XXXVIII, pág. 452-*a*.
[78] Calderón, *Escondido y la tapada*, I. Rivad., VII, pág. 465-*a*.

«Dícese que los alemanes que vinieron al Estado de Milán se han deshecho, y al volverse a sus casas han robado todo el Estado de Milán» [79].

El concepto que al mismo cronista le merecían estas tropas lo expresa al dar cuenta de otros destacamentos de alemanes que teníamos en Milán, y es claro que este juicio es extensivo al comportamiento general de esta gente de guerra.

Dice así:

«Dícese comenzaban los alemanes a tumultuarse por las pagas, haciendo de las suyas, y colgando las bolsas en las picas entre muchos insultos y robos, que esta gente no tiene ley sino con su dinero, y en faltándoles, no conocen Rey ni Roque» [80].

Mas no era ni su disciplina ni su vandalismo lo que más los fisonomizaba en el siglo XVII, sino su firmeza en mantener las posiciones una vez tomadas. Morel-Fatio no ha entendido bien esta cualidad alemana, cuando dice:

«Comme les Aragonais (testarudos), ils sont obstinés» [81].

No; los textos que él conoció, más los que añadimos nosotros, no dan de sí esa interpretación. No es dureza de juicio, sino firmeza en la vida de campaña, para no retroceder en las posiciones conquistadas. Lope es el que más veces acudió a este tópico de la opinión acerca de los alemanes para expresar comparativamente firmezas y resoluciones inquebrantables en materia de amor. Ya le oímos decir, refiriéndose a los hombres:

«Los amantes finos son como tudescos, que de donde ponen el pie nadie los quita» [82].

Ya usa el mismo recurso, refiriéndose a las mujeres:

Cuando ellos, como veletas,
A cualquier gusto se van,
Nosotras, como tudescos,
No hemos de dar paso atrás [83].

79 *Avisos*, de Barrionuevo, 17 enero 1657.
80 *Avisos*, de Barrionuevo, 8 noviembre 1656.
81 Morel-Fatio, *Revista de Filología Española*, IX, 1922, pág. 284.
82 Lope, *La Dorotea*, IV. Renac., pág. 202.
83 Lope, *La Carbonera*, II. Ac. N. E., X, pág. 717.

Idénticos son estos otros lugares del mismo Lope:

a) *Mira que es tema tudesca*
Morir sin mover los pies.
No puedo volver atrás [84].
b) *Resolución de mujer,*
Tudesco sin paso atrás [85].

Y, restando fuerza a la generalización, dice, hablando en otro lugar de las mujeres:

Unas mudables por andar más frescas,
Y otras firmes de amor como tudescas [86].

Como se ve claro, nunca alude Lope a la terquedad de los alemanes en el discutir y en juzgar, que es lo que constituye propiamente la testarudez. Habla sólo y exclusivamente de mover pie atrás, física y corporalmente entendido, y de morir sin cejar en el avance, condiciones bélicas sin género de duda. Otros textos confirman nuestra interpretación. Calderón introduce un criado, que, armado de un mosquete, hace guardia en una calle para impedir el paso, y dice:

Y puesto de esta manera,
A lo tudesco plantado,
Daré a todas partes vuelta [87].

Y más claro aún, en otro lugar de la misma obra:

De aquí no me he de quitar;
Como tudesco he de estar
Resistiendo hielo y fuego [88].

---

[84] Lope, *Amar, servir y esperar*, III. Ac. N. E., III, pág. 237-*b*.
[85] Lope, *El amigo hasta la muerte*, I. Ac. N. E., XI, pág. 322-*b*.
[86] Lope, *Las bizarrías de Belisa*, I. Ac. N. E., XI, pág. 443-*b*.
[87] Calderón, *Bien vengas, mal*, III. Rivad., XIV, pág. 324-*c*.
[88] Calderón, *Bien vengas, mal*, I. Rivad., XIV, pág. 314-*c*.

Lo mismo se entiende de este pasaje de Monroy y Silva:

SOLDADO. *Retírese.*
LOBÓN. *No podré*
que soy tudesco [89].

Y el mismo Lope insiste:

Id con Dios, que en este puesto
sufriré como español
y estaré como tudesco [90].

Moreto alude también a la firmeza del avance alemán, pero indicando tal vez que esta cualidad estaba en razón inversa de la que dejamos establecida antes. Veamos el texto:

Con ocho panes y medio
Y nueve azumbres de vino
Y once piernas de carnero,
Diez varas de longaniza,
Reñiré como un tudesco [91].

Citaremos, por último, unas palabras de Tirso que dan a entender cierta osadía y acometividad fuera de razón en los alemanes, por la cual emprendían cosas temerarias y difíciles. El que habla es un conde flamenco:

Yo fui necio
En pretender conquistaros
Por armas: con adoraros
Por sol de divino precio,
Con veros no más, Diana,
Pudiera alegre vivir;

---

89 *La batalla de Pavía*, I. Rivad., XLIX, pág. 79-*b*.

90 Lope, *El Marqués de las Navas*, II. R. Acad., XIII, pág. 22-*a*; lo mismo en *La mocedad de Roldán*, II. R. Acad., XII, pág. 223-*a*; *El blasón de los Chaves de Villalba*, I. R. Acad., XI, pág. 426-*a*. Vd. también *Cautiverio y trabajos*, de Diego Galán. Bibliót. Esp., XXXVII, pág. 284.

91 Moreto, *El Licenciado Vidriera*, I. Rivad., XXXIX, pág. 254-*b*.

Sólo por mí sé decir
Que fue cólera alemana[92].

CONCLUSIÓN

De propósito hemos reservado para cerrar todo este capítulo de los alemanes una enjundiosa página de Gracián, que nos ofrece un juicio de conjunto de Alemania y de sus habitantes. Dice así:

«Estraño dejo ha sido el de Alemania, decía Andrenio.

Y Critilo:

Sí, cual yo me lo imaginaba.

¿Qué os ha parecido de aquella tan estendida provincia, la mayor sin duda de Europa? Decidlo en puridad.

A mí, respondió Andrenio, la que más me ha contentado hasta hoy.

Y Critilo:

A mí, la que menos.

Por eso no se vive en el mundo con un solo voto.

¿Qué te ha agradado a ti más en ella?

Toda, de alto a bajo.

Querrás decir Alta y Baja.

Eso mismo.

Sin duda que su nombre fue su definición, llamándose Germania, *a germinando*, la que todo lo produce y engendra, siendo fecunda madre de vivientes y de víveres y de todo cuanto se puede imaginar para la vida humana.

Sí, replicó Critilo, mucho de extensión y nada de intención, mucha cantidad y poca calidad.

Eh, que no es una provincia sola, proseguía Andrenio, sino muchas, que hacen una. Porque, si bien se nota, cada potentado es casi un rey y cada ciudad una corte, cada casa un palacio, cada castillo una ciudadela y todo ella un compuesto de

---

[92] Tirso, *Castigo del penseque...*, II. Rivad., V, pág. 81-*a*.

populosas ciudades, ilustres cortes, suntuosos templos, hermosos edificios y inexpugnables fortalezas.

Eso mismo hallo yo, dijo Critilo, que la ocasiona su mayor ruina y su total perdición. Porque cuantos más potentados, más cabezas; cuantas más cabezas, más caprichos, y cuantos más caprichos, más disensiones. Y, como dijo Horacio, lo que los príncipes deliran, los vasallos lo suspiran.

No me puedes negar, dijo Andrenio, su abundancia y su opulencia. Mira qué abastecida de todo, que si dicen España la rica, Italia la noble, también Alemania la harta. ¡Qué abundante de granos, de ganados, pescas, cazas, frutos y frutas! ¡Qué rica de minerales! ¡Qué vestida de arboledas! ¡Qué adornada de bosques, hermoseada de prados! ¡Qué surcada de caudalosos ríos, y todos navegables! De tal suerte, que tiene más ríos Alemania que las otras provincias arroyos, más lagos que las otras fuentes, más palacios que las otras casas y más cortes que las otras ciudades.

Así es, dijo Critilo, yo lo confieso; mas en eso mismo hallo yo su destrucción y que su misma abundancia la arruina, pues no hace otro que ministrar leña al fuego de sus continuas guerras, en que se abrasa, sustentando contra sí muchos y numerosos ejércitos, lo que no pueden otras provincias, especialmente España, que no sufre ancas.

Pero viniendo ya a sus bellos habitadores, dijo el Acertador, ¿cómo quedáis con los alemanes?

Yo muy bien, dijo Andrenio. Hanme parecido muy lindamente, son de mi genio, engáñanse las demás naciones en llamar a los alemanes los animales, y me atrevo a decir que son los más grandes hombres de la Europa.

Sí, dijo Critilo; pero no los mayores.

Tiene dos cuerpos de un español cada alemán.

Sí; pero no medio corazón.

¡Qué corpulentos!

Pero sin alma.

¡Qué frescos!

Y aun fríos.

¡Qué bravos!

Y aun feroces.
¡Qué hermosos!
Nada bizarros.
¡Qué altos!
Nada altivos.
¡Qué rubios!
Hasta en la boca.
¡Qué fuerzas las suyas!

Mas sin bríos. Son de cuerpos gigantes y de almas enanas; son moderados en el vestir, no así en el comer; son parcos en el regalo de sus camas y menaje de sus casas; pero destemplados en el beber.

Eh, que ese en ellos no es vicio, sino necesidad. ¿Qué había de hacer un corpacho de un alemán sin vino? Fuera un cuerpo sin alma: él les da alma y vida. Hablan la lengua más antigua de todas.

Y la más bárbara también.
Son curiosos de ver mundo.
Y si no, no serían dél.
Hay grandes artífices.
Pero no grandes doctos.
Hasta en los dedos tienen la sutileza.
Más valiera en el cerebro.
No pueden pasar sin ellos los ejércitos.
Así como ni el cuerpo sin el vientre.
Resplandece su nobleza.

Ojalá su piedad. Pero su infelicidad es que, así como otras provincias de Europa han sido ilustres madres de insignes patriarcas, de fundadores de las Sagradas Ordenes, ésta, al contrario, de, etc.» [93].

[93] *El criticón*, III, 3. Renac., II, pág. 156.

Capítulo XX

LOS TURCOS

FUENTES DE INFORMACIÓN RESPECTO A TURQUÍA

Cuatro fuentes de información tenían los españoles del siglo XVII para conocer al pueblo musulmán regido por el *Gran Señor* o Sultán de Constantinopla: los libros sobre Turquía, las relaciones impresas que vendían los ciegos, los informes de diplomáticos y espías y la observación directa de los moros o turcos que bullían en la corte.

En el primer grupo mencionaremos los dos manuscritos hoy existentes del *Viaje de Turquía*, de Cristóbal de Villalón. Hay indicios de que hubo otros manuscritos de la misma obra, hoy perdidos. Las interesantes y pintorescas descripciones de la vida en Constantinopla debieron ser conocidas por algunos doctos y divulgadas oralmente.

Manuscrito también, ya del siglo XVII, existe en la Biblioteca Nacional de Madrid una *Relación de las tierras y rentas, Estado y servicio del Gran Turco y de algunas condiciones de sus vasallos y propiedades de sus tierras.* Por un Caballero de Rodas a un amigo suyo [1].

Es una fuente interesante, por el estilo del libro de Villalón, y que merecía ser impresa como apéndice en la edición

[1] Ms. 11085, pág. 114.

crítica que aún espera el *Viaje de Turquía*. Algunos de sus datos utilizaremos después.

No faltaron en el siglo XVII libros impresos sobre el imperio turco. Antes los hubo de doble procedencia: de cristianos españoles que se documentaron durante algunos años de cautiverio, y de judíos, súbditos del Gran Turco, traducidos al español por algún otro judío españolado.

Las obras del primer grupo son innumerables. Sirvan de ejemplo el *Nuevo Tratado de Turquía, con una descripción del sitio y ciudad de Constantinopla, costumbres del Gran Turco, etcétera*, compuesto por don Octavio Sapiencia, dedicado a Felipe III [2]. Su autor, un clérigo siciliano muy españolizado, estuvo cautivo cinco años y siguió otros siete ya libre en Turquía, de modo que pudo advertir despacio lo que después escribió. El *Tratado de Constantinopla*, de Bernardo Italiano [3], fruto probablemente de un viaje; la obra de G. Gómez de Losada, *Escuelas de Trabajos en cuatro libros dividida* [4]; la de Miguel Fabro de Novi, *Govierno de los Turcos* [5], y tantas más que, como dice el citado Losada, tratar de ellas «fuera entrar en una gran provincia y embarazo», por lo mucho que hay escrito.

A la segunda clase corresponde el libro titulado *Extremos y Grandezas de Constantinopla. Compuesto por Rabi Moysen Almosnino (Hebreo). Traducido por Jacob Cansino, Vasallo de Su Majestad Católica. Dedicado al excelentísimo Sr. Conde de Olivares* [6].

Este libro, elegantemente impreso, como correspondía al Mecenas que figuraba en la dedicatoria, debió difundir mucho en aquel siglo la visión del imperio turco, tal como lo veía un judío.

La brillante historia del marqués de Aytona sobre la *Expedición de Catalanes y Aragoneses contra turcos y griegos*, con-

---

2 Madrid, 1622.
3 Nápoles, 1633.
4 Madrid, 1670.
5 Madrid, 1693.
6 Madrid, 1638.

tribuiría en parte a divulgar noticias del país que después fue ocupado por los turcos y de las costumbres bárbaras de éstos. Pero no hemos de olvidar que sus noticias caen bastante más allá de la toma de Constantinopla.

Al segundo grupo de informes pertenecen las relaciones o gacetas, anticipos de nuestra prensa moderna, que los ciegos vendían por las calles. En este grupo están las mayores fantasías y los más graciosos dislates que se pueden imaginar y que en aquellos días el vulgo aceptaba con febril curiosidad. En 28 de febrero de 1640 escribía Pellicer, que no era vulgo, pero sí curioso, estas palabras:

«Los ciegos venden esta patarata que remito sobre ciertos prodigios que se han visto en Constantinopla y sueños del turco; ya puede ser tenga alguna apariencia de verdad; si bien, como está tan lejos, no es fácil la averiguación» [7].

Por las relaciones que han salvado la distancia de los siglos y han llegado hasta nosotros, podemos darnos cuenta de la exactitud de Pellicer al calificar de patarata la relación de los sueños del turco. Entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid hay un impreso de esta clase, cuya portada copio, para muestra de lo que eran estas hojas informativas:

«Verdadera Relación en la cual se contienen los más notables y espantosos prodigios que hasta hoy se han visto, sucedidos en Turquía, y todos amenazan la pérdida y ruina de aquel Imperio; y en particular, un niño que nació en Ostrabiza, con tres cuernos, tres ojos, las orejas de jumento, la nariz de una ventana, y los pies y piernas retuertos al revés; sacada de una copia auténtica embiada a Roma y traducida en nuestra lengua» [8].

El tercer manantial de noticias musulmanas lo constituían los diplomáticos y sus agentes. Véase lo que el gran duque de Osuna escribía al Rey sobre la red de espías que tenía echada al imperio turco:

---

7 *Avisos*, de Pellicer, 28 febrero 1640.

8 En Madrid, por Alonso Paredes, año de 1647. Ms. 2378, folio 483.

«En Constantinopla y en otras partes de Levante tengo personas muy seguras e inteligentes que irán escribiendo con mucha puntualidad lo que hubiere...» [9].

Estos informes, como es natural, eran los que menos trascendían al público; pero esto no quiere decir que, cuando el asunto valía la pena, no se rezumase al exterior. Citemos, por ejemplo, este aviso de Pellicer, que comprueba nuestra hipótesis:

«Por vía de Venecia y del Señor Conde de la Roca, nuestro Embaxador en aquella República, se ha sabido cómo murió el gran Sultán de los Turcos, que es para la cristiandad la más feliz nueva que puede venirnos: por quanto haviendo hecho paz con el Persa, se temía que este año tenía hecha liga con el Francés; y había de pasar con poderosa armada al Mediterráneo, a infestar la Italia y costas de Malta, Sicilia, Cerdeña, Mallorca y Menorca: y que los Puertos de Tolón y de Marsella le habían de hacer espaldas las galeras y armadas Francesas» [10].

A esta sección pertenece una *Carta que escribió Don Sancho Martínez de Leiva a su Majestad, desde Constantinopla, a 9 de abril de 1561*, que se conserva en el manuscrito 11085, página 188, de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Aunque esta carta se dedica casi toda a tratar de las corruptelas y desórdenes del ejército español, también emite un juicio sobre los turcos, bien despectivo, por cierto.

Dice así:

«Aquellos que desechamos por ruines y bellacos y malos y que no caben entre nosotros, se vienen acá y tórnanse turcos y son los mejores de ellos... Los renegados son los que acá gobiernan y muestran y enderezan la guerra y la navegación» [11].

La cuarta fuente de información la ofrecían a los españoles de entonces los muchos moros y turcos que andaban por España, especialmente en la corte. Hoy cuesta trabajo creer que en una época de hostilidades tan rotas entre el catolicismo espa-

[9] Carta del Duque de Osuna a S. M., 5 enero 1619. Codoin, XLVII, página 97.

[10] *Avisos*, de Pellicer, 17 abril 1640.

[11] Ms. citado, pág. 194.

ñol y el mahometismo, anduvieran moros en Madrid, y, sin embargo, los documentos hablan de un modo que hay que rendirse a la evidencia. En 1619, tratando el Consejo Real de la confusión de la corte, exponía al Rey este motivo:

«A que no ayudan poco tantos turcos y moros, gente peligrosa y poco segura y que, naturalmente, nos ha de tener odio y aborrecimiento» [12].

Muchos de estos sujetos eran seguramente esclavos tomados a los piratas, ya en las refriegas del mar, ya en las incursiones que de continuo hacían por las costas levantinas. Buena prueba de ello lo da un auto acordado en 1621, que dice así:

«Por parte de mi Gobernador de la gente de guerra de la costa del reino de Granada se ha hecho relación de que a la dicha costa acuden de ordinario muchos esclavos, así de los moros como de los que se han vuelto cristianos, y se huyen y procuran pasar a Berbería; y que no sólo son de los lugares de la misma costa, pero de la tierra adentro de la provincia de Andalucía, Castilla la Vieja, Reino de Toledo, Extremadura y otras partes» [13].

En 1626, el Gobierno se decidió a limpiar a España de tales esclavos no convertidos al cristianismo, y dictó otro auto al tenor siguiente:

«Los esclavos, moros o turcos y de otra cualquiera nación, que no sean bautizados, dentro de quince días de la publicación, salgan de esta corte, so pena de perdidos, aplicados a la cámara de su Majestad» [14].

Los esclavos que después de esta disposición quedaron en España, no partían a África cuando se rescataban o alcanzaban de cualquier modo la libertad, sino que permanecían acá con el nombre de «cortados», y tan de poca utilidad eran a la república, que en 1712 vemos una ley severa de Felipe V, obligándoles a salir de España. Por los *Avisos* de Barrionuevo sabemos algunas andanzas de estos moros bautizados y libres.

Veamos algunas muestras:

12 Consulta del Consejo de Castilla a Felipe III, a 1 de febrero de 1619.
13 *Autos Acordados*, libr. VIII, tít. II, aut. 3.
14 *Autos Acordados*, libr. VIII, tít. II, aut. 4.

«Prendieron un moro del duque de Maqueda porque intentó de robar a la duquesa 10.000 doblones que tiene guardados para cuando se case su hijo, que ya se hace grande, y se dice lo quiere el Valido para yerno.

Era el moro ya cristiano, libre y casado, y vivía a Santa Bárbara. Al prenderle se resistió y tiró un arcabuzazo a los alguaciles, hiriendo a uno de ellos muy mal, y tomando una espada luego, hacía una riza entre todos como toro en la plaza» [15].

Por cierto que Barrionuevo nos da la noticia de alguna ruidosa conversión de estos moros, y de camino venimos a saber la forma de cabeza o de pelo que los tales usaban.

Dice así:

«El *Viernes Santo*, junto a la Encarnación, pasando la procesión y paso de la Huida de Egipto, ladeándose un poco, se llegó a él un moro a ayudar a que no se cayese; y echándole de allí, dijo que quería ser cristiano, y en señal de que lo era de corazón, se corto la *guedeja del pelo que traen en medio de la cabeza* y la echó a los pies de la Madre de Dios, y fue desde allí adelante ayudando a llevar el paso» [16].

Otras veces venían moros a tratar del rescate de los cautivos o del canje de los cautivos moros por cautivos cristianos. Barrionuevo consigna a veces noticias de esta clase:

«Aquí hay dos moros de Argel en el *Mesón de la Media Luna*, que vienen con salvoconducto de Orán, a tratar del rescate y trueque por otros esclavos, la gente que cogieron en la galera *Santa Agata*, al pasar el Sr. D. Juan a Flandes» [17].

A veces no se trataba de esclavos ni de libres, sino de moros que venían para figurar en algunos recreos de la corte. Recordemos los que fueron traídos para remar en la galera regia que se construyó en el estanque del Buen Retiro. Pues estos moros, cuando dejaban el remo, salían a hacer de las suyas, según nos entera Barrionuevo:

---

15 *Avisos*, de Barrionuevo, 28 agosto 1655.
16 *Avisos*, de Barrionuevo, 1 mayo 1658.
17 *Avisos*, de Barrionuevo, 8 noviembre 1656.

«Los moros del Retiro *capean* en el Prado todas las noches» [18].

No siempre eran moros de tan baja estofa los que se ofrecían a los ojos de los españoles. También venían de alto rango social y político. Barrionuevo habla de la «casa del *Príncipe de Marruecos*, que vive a San Andrés, y habrá ocho años que vino a bautizarse» [19].

Y habla además de embajadores que llegaban a la corte con misiones importantes que cumplir. Sirvan de muestra estas dos noticias que da sucesivamente. La primera es de octubre de 1656:

«En Alicante han desembarcado dos turcos, embajadores: han venido a Valencia. Créese ser el uno de Constantinopla y el otro de Argel. Han enviado a pedir licencia al Rey para venir a darle su embajada» [20].

Y un mes después confirma la anterior con esta otra:

«Ayer habló el Rey al Embajador del Turco. Yo le vi y hablé con él. Es un hombre muy ladino, que habla mejor español que yo, de hasta sesenta años, alto de cuerpo, cenceño. Díjome era hijo de un morisco y nacido en Badajoz, que de dos años, en la expulsión de todos, se fué con su padre a Argel» [21].

Probablemente venían a España entre tantos moros algunos mercaderes, provistos de salvoconductos de Orán, para vender los productos típicos de su país. Por lo menos hemos de admitir que, si ellos no venían, los españoles iban a comprárselos, pues en la literatura abundan las citas de armas, muebles y comestibles de oriundez arábiga. Hasta creemos que cierto pasaje de Moreto da pie para asegurar la existencia en Madrid de un comerciante de Mequinez [22]. Aparte de esto, las mercancías delatan el paso de los mercaderes. Lope menciona las

---

18 *Avisos*, de Barrionuevo, 18 julio 1657.
19 *Avisos*, de Barrionuevo, 11 octubre 1656.
20 *Avisos*, de Barrionuevo, 18 octubre 1656.
21 *Avisos*, de Barrionuevo, 15 noviembre 1656.
22 Moreto, *El parecido en la Corte*, III. Rivad., XXXIX, pág. 325-*a*.

alfombras mequinezas o mequesinas [23], los borceguíes de Melilla y de Tremecén, los jacos de Tánger y las dagas de Fez [24], los alfanjes de Jelves y los jaeces de Tafilete [25], y la tiritaña turquesa [26].

Mira de Amescua ya habla de *cadenas de Fez*, ya de *cadenas de labor africana* [27]; Tirso menciona el *jabón de Chipre* [28]; Calderón presenta un catre cubierto de cuero turco [29], y en cierta *Loa* de autor desconocido leemos *dátiles de Berbería, pasa de Meca* y *limas de Turquía* [30].

Además de todos estos objetos que aparecen esporádicamente, tenemos la frecuente aparición de las armas damasquinadas. Lope cita cuchillos damasquinos, cimitarras damasquinas y alfanjes damasquinos [31]. Espinel y Tirso tienen sendas menciones de cuchillos de Damasco [32].

Es probable también que las manufacturas de la India o del Oriente que se ven citadas por los dramáticos viniesen por el mismo conducto de los árabes. Lope menciona *colchas indianas* [33] y *cueras del ámbar adobado de la India* [34]. Pero cabe la posibilidad de que estos artículos, como los de China, que tam-

---

23 *Peribáñez y el Comendador de Ocaña*, I. R. Acad., X, pág. 119-*b*, y en *La divina vencedora*, I. Ac. N. E., V, pág. 629-*a*. Idem, *El Serafín humano*, I. R. Acad., IV, pág. 275.

24 *La campana de Aragón*, III. R. Acad., VIII, pág. 284-*b*.

25 *La divina vencedora*, I. Ac. N. E., pág. 629-*a*.

26 *La desdichada Estefanía*, II. R. Acad., VIII, pág. 347-*a*.

27 *No hay dicha ni desdicha hasta la muerte*, II y III. Rivad., XLV, página 48-*c*.

28 *La celosa de sí misma*, II. Rivad., V, pág. 139-*c*.

29 *El médico de su honra*, I. Keil, I, pág. 354-*a*.

30 Vd. N. B. A. E., XVIII, págs. 401-*a* y 416-*b*.

31 Lope, *La niña de plata*, II. R. Acad., IX, pág. 341-*a*. Idem en *El pleito por la honra*, II. R. Acad., VIII, pág. 386-*b*. Idem, en *La doncella Teodor*, II. R. Acad., XIV, pág. 158-*b*.

32 Espinel, *Marcos de Obregón*. Tirso, *La vida de Herodes*, I. N. B. A. E., IX, pág. 178-*b*.

33 *Los comendadores de Córdoba*, III. R. Acad., XI, pág. 295-*a*.

34 *El testimonio vengado*, I. R. Acad., VII, pág. 606-*a*.

bién nombra Lope [35], fueran dados a conocer en España por los portugueses y los indianos, turcos y moros.

De todas estas corrientes informativas se vino a formar en la mente de los españoles una idea o clasificación de la gente musulmana en dos familias: una de turcos y otra de moros La primera representaba la aristocracia respecto de la segunda. En este texto de D. Fernando de Zárate aparece claro lo que decimos:

Habla el Rey de Argel:

Soy caballero;
Soy turco y no soy moro [36].

Lope contrapone los dos tipos:

el turco pertinaz..., el moro grosero [37].

En el mismo sentido abunda el siguiente pasaje de Lope, aunque, al parecer, suena lo contrario:

Aunque ésta es mora, los moros
Son nobles, son bien nacidos;
Mayormente los de Argel,
Más sabios que los antiguos [38].

Lope usa la palabra *moro* genéricamente, y alude a los turcos conquistadores de Argel, prefiriéndolos a los antiguos poseedores de la ciudad, los propiamente moros.

La superioridad que los turcos tenían sobre los antiguos habitantes de Argel no fue óbice para que la opinión general de España dejase de conceptuar a la ciudad africana durísimamente. Don Gonzalo de Céspedes la llama «asilo y cueva de

---

35 *Servir a señor discreto*, II. R. Acad., XV, pág. 583-*a*.

36 Don Fernando de Zárate, *La palabra vengada*, II. Parte XLIV de Comedias. Madrid, 1678, pág. 269-*a*.

37 Lope, *El Rey por trueque*, I. Ac. N. E., II, pág. 531.

38 Lope, *Pobreza estimada*, II. R. Acad., XIV, pág. 291-*b*.

cosarios, de quien ha recibido la cristiandad tan graves y continuos daños» [39].

Cabrera de Córdoba acentúa el mismo concepto:

Argel, nido de ladrones, forajidos, facinerosos [40].

Lope execra amargamente:

La violencia
De aquesta fiera cueva de ladrones [41].

Espinel no se queda atrás, llamando a Argel «ladronera o cueva de ladrones» [42].

De las antiguas tribus morunas que habitaban el norte de Africa, ajenas aún a la civilización aportada por los turcos, debían correr por España cuentos y fantasías, según podemos apreciar por algunos rastros. Matos Fragoso, por ejemplo, refiere un mismo cuento dos veces, con notables variantes, que revelan un vago fondo de fluctuantes noticias. Dice así, en el acto II de *La dicha por el desprecio:*

Hay en los campos de Orán
Unos moros, Inés bella,
A quien llaman Benajares,
Que aquella noche primera
Que se casan, a la novia,
Ya que desnuda se acuesta,
En vez de dulces amores,
Azotan con unas riendas;
Y preguntando la causa
Un cautivo de mi tierra,
Le dijo un moro: "Cristiano,
Esto se hace por muestra
De valor y valentía;
Porque si con tal fiereza

39 *El español Gerardo.* Rivad., XVIII, pág. 230-*b*.
40 Cabrera, *Historia de Felipe II.* Madrid, 1876, vol. II, pág. 349.
41 Lope, *Cautivos de Argel,* III. Ac. N. E., IV, pág. 247-*b*.
42 *Marcos de Obregón,* II, 13. Clás. Cast., LI, pág. 116.

Tratan lo que más adoran,
Hieren lo que más desean,
¿Qué harán con sus enemigos
Cuando vayan a la guerra?" [43].

Y en el acto II de *Ver y creer*, cuenta el cuento de otro modo, como puede verse:

Hay en los campos de Tánger
unos moros, Beatriz bella,
que se llaman melioneses.
BEATRIZ. *Y dime, porque lo sepa,*
¿qué son moros melioneses?
TRISTÁN. *Los que los melones siembran;*
estos tales son tan raros
que aquella noche primera
que se casan, a las novias,
ya que desnudas se acuestan,
en vez de dulces amores,
azotan con unas riendas;
y preguntando la causa
un cautivo de mi tierra,
le dijo un moro: "Cristiano,
esto se hace para muestra
de amor y seguridad,
porque la mujer no tenga
celos jamás del marido.
Porque si con tal fiereza
tratan las que más adoran,
¿qué harán con las demás hembras?"
Con esto las aseguran
de toda vana sospecha,
rubricando a las espaldas
esta carta de creencia [44].

Aun cuando esta clasificación de turcos y moros existía, en atribuirles determinadas cualidades se los amalgamaba de or-

43 Rivad., XLVII, pág. 329-*c*.
44 Rivad., XLVII, pág. 293-*a*.

dinario, de modo que las cualidades que inmediatamente vamos a estudiar tanto corresponden a unos como a otros.

LA FALSÍA MUSULMANA

La cualidad más saliente que caracterizó al pueblo musulman en concepto de los españoles fue la falta de verdad en sus palabras y en su trato. De esta mala fama está llena la literatura del XVII. Un moro era, ante todo, un hombre mentiroso, «gente sin palabra ni ley» [45]. Los testimonios aquí eslabonados bastarán a dejar bien claro este concepto.

Cervantes, en la primera parte del *Quijote*, decía:

«Si a esta (historia) se le puede poner alguna objeción cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nación ser mentirosos» [46].

En estas palabras Cervantes no ponía de su cosecha sino el humorismo, pues ya Zapata había escrito en su *Miscelánea:*

«Tanto es de maravillar que un moro cumpla su palabra y diga verdad, como que un caballero cristiano la quebrante y falte» [47].

Y el debatido Cristóbal de Villalón había estampado su experiencia diciendo:

«Sabed que prometen mucho y no cumplen nada; decir os han: si me sanais yo te daré tanto y haré tal y tal; en sanando, no se acuerda de vos más que de la nieve que nunca vieron» [48].

Y en la declaración de Juan de Torres, redentor de cautivos, se confirma la misma opinión con estas palabras:

Los turcos no guardan fidelidad con nadie [49].

---

[45] *Cautiverio y trabajos*, de Diego Galán. Biblióf. Esp., XXXVII, página 83.

[46] Cervantes, *Quijote*, I, 9. El anotador inglés Bowle se detuvo ya a probar este mal concepto con textos de Espinel y Padre Mariana.

[47] Zapata, *Miscelánea*. Mem. Hist. Esp., XI, pág. 207.

[48] Villalón, *Viaje de Turquía*, II. N. B. A. E., II, pág. 20-*b*.

[49] Archivo Histórico Nacional. *Papeles de la Inquisición de Valencia*, I, 548, núm. 1.

Con estos antecedentes, se comprenden en todo su alcance los siguientes párrafos del mismo Cervantes, que envuelven la misma idea y que el público de su época entendía perfectamente.

En la Parte II del *Quijote*, dice:

«De los moros no se podía esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas» [50].

En *Los baños de Argel* hablan así una mora y un cristiano:

ZAH. *Ven acá, dime, cristiano,*
¿en tu tierra hay quien prometa
y no cumpla?
DON LOPE. *Algún villano.*
ZAH. *¿Aunque dé en parte secreta*
su fe, su palabra y mano?
DON LOPE. *Aunque sólo sean testigos*
los cielos, que son amigos
de descubrir la verdad.
ZAH. *¿Y guardan esa lealtad*
con los que son enemigos?
DON LOPE. *Con todos; que la promesa*
del hidalgo o caballero
es deuda líquida expresa,
y ser siempre verdadero
el bien nacido profesa [51].

La respuesta de Don Lope rima perfectamente con la que el Cautivo en el *Quijote* dio a Zoraida:

«Yo te lo prometo como buen cristiano, y sabe que los cristianos cumplen lo que prometen mejor que los moros» [52].

Lope de Vega absorbió del ambiente de su época la opinión que Cervantes pudo comprobar personalmente. En *La primera información* dice que guardar la palabra un africano era cosa casi imposible [53].

---

50 Cervantes, *Quijote*, II, 3.
51 Cervantes, *Baños de Argel*, II. R. Acad., V, fol. 58.
52 Cervantes, *Quijote*, I, 40.
53 *Opus cit.*, II. R. Acad., IX, pág. 613-*a*.

A este mismo tenor suenan los siguientes versos de otra comedia suya:

Aunque, cierto, entre cristianos
Mejor se guarda la fe,
Que entre alarbes africanos[54].

Y en *El esclavo de Venecia* pone en boca de Camila, recelosa de las promesas de su vencedor:

Mas fué palabra de moro
Que ninguna tiene firme[55].

En un plano más erudito las ideas son las mismas. Diego Suárez, autor de la *Historia del último Maestre de Montesa*, afirma:

«Nunca vinieron los moros a lo puesto ni cumplieron su palabra»[56].

Y repite:

«Moros, que nunca han mantenido palabra ni capítulos de paces en liga militar que hayan puesto»[57].

De la misma opinión es, respecto a los Turcos, el cronista de la Orden de San Juan, fray Agustín Funes[58].

Guillén de Castro introduce en escena un moro que reduce la falta de fe entre ellos solamente al caso dado de tratar con cristianos. Dice así:

A quien le faltan las manos
Valga industria y falsa fe;
Cuanto más que no hay por qué
Guardalla con los cristianos[59].

---

[54] Lope, *Ultimo godo*, II. R. Acad., VII, pág. 93-*b*.

[55] *Opos cit.*, I, Ac. N. E., V, pág. 327-*b*.

[56] *Opus cit.* Biblióf. Esp., XXVI, pág. 320.

[57] *Ibidem, loc. cit.*

[58] *Crónica de la ilustrísima milicia y sagrada religión de San Juan de Jerusalén.* Valencia, 1626, pág. 495.

[59] Guillén de Castro, *Cerco de Tremecén*, III. R. Acad., I, pág. 309-*b*.

A este sentido parece inclinarse el cautivo de la Goleta de Túnez, Pedro de Aguilar, cuando dice:

«Todo ello no aprovechó para que dejasen de usar su costumbre en no guardar su fe ni palabra que a cristianos habían dado» [60].

Pero el citado historiador de la Orden de Montesa es radical:

«Nunca han sabido mantener fe ni palabra puesta con su misma nación, cuanto más con cristianos, nombre tan aborrecido de los moros desde la antigüedad» [61].

Todavía Lope reaccionó contra el tópico vulgar, poniendo estas palabras en labios de un mahometano:

¡Oh, perro, traidor cristiano!
¿Esa fué nuestra amistad,
Mil veces jurada en vano?
¿Dirás tú que no hay verdad
En un alarbe africano?
Mientes, y tu falso celo
Muestra bien tu infame hazaña,
Que la verdad en el suelo
No es de africano en España,
Sino natural del cielo [62].

El caso imaginado por Lope es una excepción. Lo ordinario en sus contemporáneos es suponer que los mismos musulmanes confesaban de buen grado que ellos no guardaban su palabra. Una anécdota de la *Floresta* de Francisco Asensio da a entender que tal falta de fe era tenida por característica de raza entre los turcos:

---

60 Pedro de Aguilar, *Memorias del cautivo*. Bibliót. Esp., XIII, pág. 84.

61 Diego Suárez, *Historia del último Maestre de Montesa*. Bibliót. Esp., XXVI, pág. 342.

62 Lope, *Divina vencedora*, III. Ac. N. E., IV, pág. 644-*b*. Cuanto a los dos últimos versos, constan así en la edición citada. Creo que debe decir:

No es de África, no de España.

«Amurat Rais —dice— se había concertado con un cristiano prisionero de darle libertad por una mediana suma de dinero; pero retractándose después, porque supo que el cristiano era de mayor calidad de la que él había creído, lamentándose el cautivo con él, porque no le guardaba la palabra, respondió: "Si yo te cumpliese la palabra, sería más cristiano que turco"» [63].

Otros textos suponen que los moros menospreciaban la virtud de guardar la fe comprometida por su palabra, y que, a lo más, la estimaban por virtud de baja calidad. Oigamos a Espinel, o sea Marcos de Obregón, contando lo que cierto renegado español le dijo en Argel:

«Obregón, yo no puedo dejar de cumplir la palabra que te di, por haberlo tú merecido y por la obligación que tengo a ser español y por las reliquias que me quedaron del bautismo —y miró alrededor a ver si le escuchaba alguien—, que tan en las entrañas tengo; que ninguno de cuantos ves en todo Argel, de los moros hablo, te guardara fe ni palabra ni te agradeciera lo hecho. Y si el Rey de Argel me agradeció y cumplió la promesa que había hecho a quien descubriese el hurto, es porque fue hijo de padres cristianos, donde la verdad y la palabra inviolablemente se guardan. Y por acá, esta bárbara nación dice que el guardar la palabra es de mercaderes y no de caballeros» [64].

Algo de los turcos se debió pegar a ciertos cristianos, cuando Calderón pone esta coplilla en boca de uno de sus personajes:

De palabras no hagas
Aprecio, boba;
Porque es de mercaderes
Cumplir parola [65].

---

[63] F. Asensio, *Floresta Española.* Biblióf. Madril., IV, pág. 66.
[64] Espinel, *Marcos de Obregón,* II, 13. Clás. Cast., LI, pág. 113.
[65] Calderón, *El hijo del Sol Faetón,* III. Rivad., XIV, pág. 196-*a.*

LA LASCIVIA MUSULMANA

El segundo punto del carácter musulmán, que fue vulgarmente apreciado en España por esta época, fue la deshonestidad de los hombres. Cervantes dijo mucho en pocas palabras. Hablaba a un público muy penetrado de cierta opinión, para no necesitar más explicaciones. La fuerza y pleno sentido de la frase cervantina quedará de manifiesto en este capítulo Dice así:

«Los turcos, ladrones pacíficos y deshonestos públicos» [66].

Veamos ahora los textos de otros escritores, que dan cuenta de sus observaciones en países musulmanes. Cristóbal de Villalón, refiriendo los lances de su oficio de médico en Constantinopla, se expresa de este modo:

«Quísele decir que tomase una ayuda, y no se lo osaba el intérprete decir, porque lo tienen por medio pulla, y todos, aunque bujarrones, son muy enemigos de ellas» [67].

Y más adelante amplía las noticias en el diálogo que transcribimos:

«JUAN.—¿Cuántos serán aquellos eunucos principales que hay dentro del cerraje?

PEDRO.—Más de ciento, de los cuales hay diez que tienen cada de paga cuatro ducados, y otros tantos de a dos, y los demás a ducado, y vestidos de seda y brocado.

MATA.—¿Y esos pueden salir a pasear por la ciudad?

PEDRO.—Ninguno, ni de cuantos pajes he contado, que son más de doscientos, puede salir ni asomarse a ventana más que las mujeres; porque son celosos, y como creo que os dije otra vez ayer, desde el mayor al menor, cuantos turcos hay son bujarrones, y cuando yo estaba en la cámara de Cinan Baxa, los vía los muchachos entre sí que lo deprendían con tiempo, y los mayores festejaban a los menores.

---

66 *Persiles*, III, 11.

67 Villalón, *Viaje de Turquía*, IV. N. B. A. E., II, pág. 44-*a*.

JUAN.—Y cuando esos pajes son grandes, ¿qué les hacen? ¿Múdanlos?

PEDRO.—Luego los hazen espais, que son como gentiles hombres de caballo, y les dan medio escudo al día, y caballo y armas, y mándanles salir de cerraje, metiendo en su lugar otros tantos muchachos. Allí les van cada día los maestros a dar lición de leer y escribir y contar» [68].

Otro viajero español de esta época nos hace cambiar de medio, y de Constantinopla nos lleva a ver el norte de África, de cuyo reino de Argel escribe la siguiente relación:

«Lo que tengo que decir deste viaje es haber visto lo que hay que ver en aquel reino, y tanta diversidad de gentes: turcos, genízaros, moros, judíos, alárabes y renegados, que todos son tan diferentes como si lo fueran en leyes. Los turcos son valerosos celadores de su ley, pero de perversas costumbres, porque son soberbios, ambiciosos, jactanciosos, envidiosos, avarientos, comedores y, sobre todo, muy malos en el pecado nefando. Los genízaros tienen lo propio; sólo les falta el ser viciosos en este pecado. Digo esto en general, porque, en particular, algunos hay que son tales como sus compañeros. Los moros son más humildes, más enemigos de cristianos y en ninguna manera son manchados en el pecado contra naturaleza; no son muy celadores de su secta, y son menos valientes. Los alárabes, que allá les dicen árabes, tienen dos contrariedades grandísimas, porque tienen muchas buenas propiedades de apacibilidad, aunque tienen mucho malo en otras costumbres. Sólo en una cosa en particular se señalan, que es en aborrecer el vicio ya dicho, y así lo castigan con rigor y de ninguna manera celan su secta; son dadivosos, compasivos, por una parte, y por otra, son rigurosísimos, angostos de corazón y apretados; son amigos de cristianos, de donde se precian descender, porque dicen que los de Arabia Feliz, de donde ellos descienden, proceden de cristianos. Los renegados son gente por extremo mala, porque ni creen en Cristo ni en Mahoma; en lo público son moros y en lo secreto demonios; son blas-

[68] Villalón, *Viaje de Turquía*, VIII. N. B. A. E., II, pág. 117-*b*.

femos, jugadores, ladrones, inconstantes, amigos de mujeres, y fuera del pecado nefando, no hay vicio que no tengan, en fin, como gente traidora a su Dios. Los judíos son hipócritas, ceremonieros, cobardes, logreros y se precian de engañar, y certifico haberme dicho uno que estaba en Orán, y muy rico, y tenía un hijo cristiano y capitán de infantería española, que el día que no engañaba a alguno no comía con gusto»[69].

Datos confirmativos de esta mala fama de que gozaban los árabes se encuentran donde menos se puede pensar. Entre las obras místicas y ascéticas de San Alfonso Rodríguez, hermano coadjutor o lego de la Compañía de Jesús, en las notas al *Memorial de su vida*, leemos estas noticias, referentes a unos jesuitas que cayeron cautivos de los piratas argelinos:

«Como era mozo el hermano Jerónimo, bello y de linda disposición, fué acometido diversas veces de aquellos turcos y moros lascivos y bestiales; pero siempre resistió a sus asaltos con valor cristiano y religioso, aunque la fuerte constancia y resistencia que hacía por conservar su pureza le costó muchas bofetadas, puñadas y golpes».

Por ser la materia tan poco atractiva, nos dispensamos transcribir las luchas que en este mismo libro se cuentan de otros dos jóvenes jesuitas: Ramón Gual y Juan Alcover, con sus lascivos patronos «para defender su castidad»[70].

La mala opinión de los moros en este aspecto llegó al punto de que el conde de Lemus, o el autor de *El Búho Gallego*, comentando el refrán que dice «antes puto que gallego», se atreve a afirmar esto:

«Que los moros lo digan, no causa admiración, por ser entre ellos el tal vicio virtud»[71].

---

69 Ordóñez de Ceballos, *Viaje del Mundo*, VII. N. B. A. E., II, página 286-*b*. Vd. en el mismo sentido Fabro Novi, *Opus cit.*, pág. 41.

70 Vd. S. Alfonso Rodríguez, *Obras espirituales*. Barcelona, 1885, volumen I, págs. 727 a 734.

71 *El Búho Gallego*. Ed. cit., pág. 238. Vd. Francisco de Cáceres, *Diálogos satíricos*. Francaforte, 1616, pág. 283.

CARÁCTER DE LOS TURCOS

Aparte de estas dos cualidades sobresalientes de la fisonomía moral del musulmán, que dejamos reseñadas, anotaremos, para completar esta semblanza, el perfil que los autores que tuvieron ocasión de observarles directamente trazan de los turcos. Según G. Gómez Losada:

«La soberbia que tienen es con exceso y una arrogante presunción, especialmente con cristianos... Son muy avarientos y codiciosos, y por dinero cometerían cualquier vileza, y aquel es más amigo que les da más... El vicio que más predomina entre turcos es la lujuria, y no hay especie de pecado que no cometan, y desde que nacen se inclinan a ellos... En la gula son también extremosísimos; pero no con raros y exquisitos manjares... Todo es comer carnero cocido, muy mal aderezado, con alcuzcuz, arroz, mucha pasa e higos y almendra, de la que son muy devotos... Son gente ociosísima... Todo el día están sentados en las boticas, y allí se miente como gente ociosa» [72].

Fabro Novi insiste en su grosería, ineptitud y crueldad:

«Groseros en el modo de vivir, no se les da nada, como en Europa, de la delicadeza de las comidas... como tengan bastante para el sustento... Son tercos... Esto suple su inhabilidad y la poca aptitud que tienen para el manejo de las armas y otros ejercicios honestos... No observan ni palabra, ni fe, ni cosa alguna que prometan... El dinero puédese decir que es el principal móvil de todas sus acciones. Ellos son tan ambiciosos de la riqueza que por ella hacen cuanto quisiéredes. Creen fácilmente cualquier cosa... Son indeciblemente supersticiosos.

Se compadecen mucho de las bestias y no de las personas... No hacen nada sino por mero interés... De suerte que no conocen ni amigo ni pariente cuando se ofrece ganar dineros. Antes bien, por el mesmo interés venderían sus propios hermanos.

---

72 G. Gómez Losada, *Opus cit.*, págs. 224-227.

Ignorantes en grado sumo..., asquerosos y sucios fuera de modo...» [73].

Roca los tilda de groseros en la comida y en el vestir; de lujuriosos y dados a hechicerías [74].

Por último, el ya mencionado Rabí Moysen Almosnino dice así:

«Las condiciones de los hombres y sus costumbres, por la mayor parte, son siempre en uno de dos extremos; que los más de ellos son pródigos y otros escasos, aunque son pocos.

Hay algunos muy conversables en extremo, y otros que en ninguna manera se puede comunicar con ellos; unos muy ociosos y otros muy ocupados.

En las amistades y enemistades están siempre en extremo: unos son amigos íntimos y otros enemigos mortales, con odio cruel y grande aborrecimiento».

Y así, sucesiva y monotónamente, va Rabí Moysen apuntando extremosidades de los turcos en el comer y beber, en los recreos y pasatiempos, en la oración y en la limosna, en su modo de vivir y engendrar, etc. [75].

En la citada relación del *Caballero de Rodas* se dan algunos toques a la pintura del carácter moral de los turcos. He aquí los más interesantes:

«Son los turcos de su natural supersticiosos, que creen en milagros, y sueños, y profecías, y adivinaciones, de las cuales yo les he visto usar con cera derretida echada en el agua y habas señaladas; y tienen otras muchas maneras de supersticiones. Tienen por cosa cierta la predestinación y el hado, y que en su frente está escrita la hora de su muerte, de la cual es imposible evitarse, por lo cual ellos se meten como bestias en los peligros.

... Son caritativos y grandes fundadores de hospitales.

... Son ambiciosos sobre todas las otras naciones.

Se lavan después que han hecho sus necesidades de natu-

---

73 Fabro Novi, *Opus cit.*, págs. 35-41.

74 Vicente Roca, *Historia de los turcos*. Madrid, 1556, fols. 131 y sgts.

75 Vd. la obra citada, págs. 13 a 33.

raleza, en las cuales, así hombres como mujeres, guardan tanta castidad, que tienen gran vergüenza de haber sido vistos o hallados.

Son muy celosos, presuntuosos y muy vanagloriosos, y, en general, muy de altivos pensamientos; que les parece que no hay en todo el mundo tal nación como la suya ni que más valga, y piensan ser bastantes para comer y sojuzgar todos los otros hombres» [76].

[76] Ms. 11085, págs. 139 a 143. B. N., Madrid.

Capítulo XXI

LOS GINEBRINOS

Dentro de las ideas etnográficas que venimos estudiando, raramente se encontrará un concepto de mayor homogeneidad y más unánimemente aceptado que el que los españoles del siglo XVII se formaron de Ginebra y los ginebrinos. Debió su poco envidiable celebridad en España no a la poderosa banca y florecientes industrias que los emigrados hugonotes desenvolvieron, sino a su papel como Roma del calvinismo y foco de una intensa propaganda, parte en lengua castellana que de sus imprentas salía y entraba en España tanto por el mar como por la frontera de Cataluña. Las cualidades que en ella apreciaron nuestros autores clásicos como portavoces del medio social en que se desenvolvían no fueron precisamente muy halagüeñas. Ginebra se caracterizó por el libertinaje, la herejía, la anarquía y la confusión que en ella reinaba.

LIBERTAD

La nota fundamental en este concepto era la libertad. Libertad en su más peyorativo significado, sinónimo de libertinaje y corrupción intelectual, social, religiosa y civil. Las pruebas de nuestro aserto son abundantes.

Veamos, en primer lugar, los textos de Lope. En *La cortesía de España,* define aquella ciudad como lugar de libertad [1], en la acepción ya señalada de este término, resultado del imperio de lo subjetivo y la ausencia de toda norma moral. Así se hace patente en los dos pasajes siguientes:

1.º *Lo más del tiempo yo me he sustentado*
y eso no se celebra
que serlo pudo a modo de Ginebra
donde cada uno vive
dado a la ley que por mejor recibe [2].
2.º *Es como Ginebra el gusto:*
sin leyes quiere vivir [3].

Igualmente lo dice Armesto y Castro:

«Más libertades que si hubiera nacido dentro de Ginebra» [4].

La misma frase la recoge Jerónimo M. de Molina, refiriéndose a una mujer antojadiza y caprichosa [5].

Y el dudoso autor del *Hospital de los podridos* mantiene idéntico criterio:

Dejemos a cada uno
viva en la ley que gustare
aunque su vida juzguemos
a Ginebra semejante [6].

El libertinaje ginebrino destacaba principalmente en su aspecto religioso. Así, cuando Ordóñez de Ceballos se refiere a lo más típico y característico de la ciudad y sus habitantes, dice:

---

1 *La cortesía de España,* III. Ac. N. E., IV, pág. 367-*a.*

2 Lope, *La mayor dicha en el monte,* III. Ac. N. E., II, pág. 392.

3 Lope, *Pobreza no es vileza,* III. R. Acad., XII, pág. 512-*b.*

4 Armesto y Castro, «Entremés de la reliquia», en *Verdores del Parnaso.* Pamplona, 1697, pág. 149.

5 Jerónimo M. de Molina, «Entremés de la reliquia», *Floresta de entremeses.* Madrid, 1691, pág. 5.

6 N. B. A. E., t. XVII, pág. 98-*b.*

«Ginebra, que es una famosa ciudad de gente francesa que vive en libertad de conciencia. Hay de todas naciones y sectas, digo herejes, que, como no obedezcan al Pontífice, pueden vivir allí. Pedida licencia a la señoría y dicho que éramos católicos, se nos concedió por doce días, atento que el Marqués era tan gran príncipe y venía a ver su ciudad y gobierno y buenas leyes, como se dirá» [7].

Y fuera del campo literario se encuentran idénticos testimonios, prueba del sentir común. Sirva de ejemplo la declaración de uno de los deponentes en la causa de Antonio Pérez, en la que Ginebra aparece esencialmente como «un lugar en que se vive en libertad y hay herejes» [8].

HEREJÍA

A través de la libertad de conciencia llegamos a su natural secuela, la herejía. Ginebra es, ante la España del siglo XVII, el riñón del anticatolicismo. En el texto anteriormente citado de Ordóñez de Ceballos, el denominador común que se atribuye a los ginebrinos es la rebeldía frente a Roma, y por esta característica es frecuente definir a Ginebra «ciudad tan conocida por su herejía» [9], de la que es ciudadela y símbolo. A esta creencia responde el siguiente pasaje de Verdugo, referente a la calvinista y rebelde ciudad:

«Wesel, que es otra Ginebra en lo que toca a Cristiandad y desobediente a su señor» [10].

Y este otro de P. Cubero Sebastián, respecto de Lyon:

«Es verdad que en ella hay muchos herejes, aunque no sé que tengan templo público; juzgo provenir por la vecindad de Ginebra» [11].

---

7 Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*, cap. XI, N. B. A. E., II, página 291-*b*.

8 Codoin, XII, pág. 229.

9 Mem. Hist. Esp., XIII, pág. 35.

10 *Comentario del Coronel F. Verdugo de la Guerra de Frisia.* Colección L. R. y C., II, pág. 102.

11 P. Cubero Sebastián, *Peregrinación del mundo.* Nápoles, 1682, pág. 30.

En esta ciudad no concebían los españoles dirección moral ni doctrina de conciencia para vivir. Lo dice Lope:

No me pidáis atención
Que oírte, Clarinda mía,
En esta ocasión sería
Ir a Ginebra a sermón [12].

En ella se quebrantan exprofeso las leyes eclesiásticas. Lo escribe Alarcón:

Tal fiesta allí se celebra
Que allá cualquier convidado
Platos de carne y pescado
Como en viernes de Ginebra [13].

Por eso allí van derechos todos los que, extraña predestinación, tienen cara de herejes desde que nacieron. También lo dice Lope:

—¿Vino con vos aquel desvergonzado
de Guzmanillo?
—No, que fué a Ginebra.
—Y como se lo creo del Bellaco
cara de luterano tuvo siempre [14].

Y en Ginebra, Barrionuevo sitúa la sede de los conciliábulos heréticos de toda Europa:

«Los herejes, a imitación de los católicos, han hecho sus convocatorias, llamando a una Dieta general para conservación de su estado y religión, y para esto han señalado a Ginebra por lugar más seguro y conveniente» [15].

Este sentir general llegó a convertirse en tópico. Espinel, al tratar de herejes, los hace naturales de Ginebra [16], y Cervan-

---

12 Lope, *Los amantes sin amor*, II. Ac. N. E., III, pág. 155.
13 Alarcón, *Cueva de Salamanca*, II. Rivad., XX, pág. 89-*c*.
14 Lope, *El amante agradecido*, II. Ac. N. E., III, pág. 121.
15 *Avisos*, de Barrionuevo.
16 Espinel, *Marcos de Obregón*, III, 3. Clás. Cast., LI, pág. 158 y sigs.

tes pudo permitirse oponer en un juego de palabras destinado a la escena: «Sota-sacristán de Satanás» a «Caballo de Ginebra», refiriendo «Caballo» a «Sota» y «Ginebra» a «Satanás», por ser unánimemente considerada como emporio de herejías [17].

Las pruebas citadas creo son suficientemente abundantes para poder afirmar que en la ideología española de la época la nota esencial de los ginebrinos fue su anticatolicismo, su antiromanticismo y su radical heterodoxia. Más adelante trataré de las consecuencias que los españoles sacaron de ello.

ANARQUÍA

La tercera faceta a destacar en este punto de la ideología española es la anarquía atribuida a la famosa ciudad. Contemplada solamente a través del prisma religioso, Ginebra aparecía como reino del desorden y la ilegalidad también en el campo de las relaciones humanas. Para Góngora, en ella están abolidas las normas naturales más fundamentales:

Ginebra a Toledo llamo
Sin haber quien más le cuadre.
Do no hay hijo para padre
Ni criado para amo [18].

Según Calderón, no se encuentra allí seguridad para la propiedad ni buena fe en los contratos económicos. Un general promete un moro cautivo al criado de un caballero, y éste le contesta:

Si intentas
Que llegue al logro la paga
De contado el moro venga;
Que librármele en mi amo,

17 Cervantes, *Entremés de la Guarda Cuidadosa.* Clás. Cast., CXXV, página 90. Bonilla, al desconocer este aspecto de la ideología española de la época, disparata queriendo sustituir Ginebra por Gonela. Vd. ed. de Schevill y Bonilla, IV, pág. 206.

18 Góngora, *Obras.* New York, I, pág. 446.

Es lo mismo que en Ginebra,
Porque es el cuento de cuentos
La cuenta de nuestras cuentas [19].

En opinión de Lope, portavoz de la conciencia nacional, en Ginebra se olvida hoy lo que se trató ayer y no se puede contar mañana con lo que se pacte hoy.

Al disponerse a ir a la Corte, dice:

Allá pienso también, como piloto,
Echar la sonda en aquel mar de olvido,
Nueva Ginebra desde el Prado al Soto [20].

Y en ella sitúa un contemporáneo la comisión ordinaria y característica de las mayores atrocidades:

«Los excesos que cada día cometen en esta corte los criados de la princesa de Carignan son tan grandes que no pudieran ser mayores en Ginebra» [21].

CONFUSIÓN

Anarquía religiosa y civil, fruto de la más absoluta y desenfrenada libertad, eran, según hemos visto, las notas típicas de Ginebra. Ello dio lugar a que en la mentalidad española se identificara dicha ciudad con la bulla, el desorden y la confusión. Los testimonios literarios en este sentido son innumerables. Moreto pone en escena el siguiente diálogo:

MOTRIL. *Señor, yo me entré aquí dentro*
Porque iba...
DON IÑIGO. *¿Dónde?*

---

19 Calderón, *Gran Príncipe de Fez*, II. Rivad., II, pág. 338-*b*.

20 Lope, *La Filomena*. Rivad., XXXVIII, pág. 404-*b*.

21 Rodríguez Villa, *La Corte y la Monarquía de España en 1636 y 1637*, citado por Paz y Meliá en *Avisos de Barrionuevo*. Col. Escrit. Cast., I, página XIII.

MOTRIL. *A Ginebra,*
Y pensé que era esta casa,
como vi tal ruido en ella[22].

Calderón la cita como reino de irracionalidad y babélico ruido:

Anocheciendo en Ginebra,
Amanezco en la Tebaida.
¿Quién vió casa como ésta,
Anoche toda alborotos,
Muertos, heridos, pendencias,
Y hoy toda tranquilidades?[23].

Quevedo, para expresar el máximo de confusión y desordenada mezcolanza, en un libro lo califica:

«Hecho un Ginebra de moros, gentiles y cristianos»[24].

El autor de *La casa de amor* se refiere también a ella como lugar de revuelta continua:

Pues son celos y amores
Una Ginebra.
Es verdad que les toca,
Pues se parecen
En las confusiones
Y en los herejes[25].

Francisco Santos la hace paradigma de alboroto, diciendo:

«Admiróme lo que a la vista se fué ofreciendo, pues semejante bulla en las fiestas de Ginebra no se vía»[26].

---

22 Moreto, *Yo por vos y vos por otro*, II. Rivad., XXXIX, pág. 384-*b*.

23 Calderón, *Fuego de Dios en el querer bien*, II. Rivad., XII, página 315-*a*.

24 Quevedo, *Sueños*. Clás. Cast., XXXI, pág. 166. En el mismo sentido, Castillo Solórzano, *Tardes entretenidas*. Col. Selecta Ant. Nov. Esp., IX. Madrid, 1908, pág. 339.

25 N. B. A. E., XVIII, pág. 475-*b*. En el mismo sentido, Lope, *El galán escarmentado*, I. Ac. N. E., I, pág. 126-*b*.

26 Francisco Santos, *Los gigantones*. Madrid, 1666, pág. 42.

Y hasta tal punto se la tuvo por tal, que llegó a ser sinónimo de inarmonía y barullo. Entre otros muchos, claramente se ve en el siguiente pasaje de Don Diego Duque de Estrada:

«Aquí fué la fiesta, el vítor y el repetir la canción con tan desentonadas voces que más era Ginebra que música» [27].

Sentido metafórico que recoge el *Diccionario de Autoridades*.

Aunque menos frecuentes en la literatura de la época, son interesantes dos nuevas facetas del idearium español respecto de Ginebra. Para Quiñones de Benavente, de allí no salen sino ignorantes presuntuosos, que encubren su falta de ciencia con falsos títulos, como claramente aparece en el siguiente texto:

Ah, señores, el tiempo está borracho,
Si no lo han por enojo, soy Juan Cacho,
Que ya tanto el favor se disimula,
Que puede ser doctor cualquiera mula.
A este lugar insigne hoy he llegado,
Que por Ginebra he sido graduado [28].

Y tal vez por ello a Ginebra, patria de mentira, se echaban todas las causas desesperadas, todos los casos perdidos, según Castillo Solórzano. Elogiando un médico su mula, dice:

Sabe curar diestramente
Todo mal de lobanillos,
Por lo diestro con que muerde.

Y le replica otro:

A Ginebra con la cura
Y a Lucifer que la piense [29].

Aunque las ideas expresadas en ambos textos no están respaldadas, que yo sepa, por ningún autor más, el hecho de que

---

27 D. Duque de Estrada, *Comentarios*. Mem. Hist. Esp., XII, pág. 60. En el mismo sentido, R. Fernández de Ribera, *Mesón del mundo*. Madrid, 1632, pág. 94.

28 N. B. A. E., XVIII, pág. 708-*b*.

29 Castillo Solórzano, *Prueba de los doctores*. N. B. A. E., XVII, página 317-*a*.

uno y otro pasaje estén destinados a la escena supone que el sentido de las referencias hechas en ellos a Ginebra era de fácil captación por parte del público. Esto es, que respondía al estado de opinión generalmente profesado respecto de aquella ciudad y sus naturales.

A través de todo este libro se puede fácilmente apreciar que el concepto mantenido por los españoles respecto de las restantes naciones europeas no era en ningún caso nada bueno. Sin embargo, parece evidente que es con relación a Ginebra donde la oposición se agudiza, hasta llegar a extremos de verdadero odio. Creo que la contribución del factor religioso a este estado de espíritu no ofrece lugar a dudas. España, consciente de ser pueblo escogido por Dios como brazo armado de la fe, vio en la república calvinista los más encarnizados contrarios de la misma, y de este carácter determinante dedujo lo demás. La oposición religiosa llevó a considerar los ginebrinos enemigos políticos natos [30], y dado el conjunto de cualidades negativas que, según hemos visto, se les atribuían de forma indubitada, girando siempre en torno del aspecto religioso, no es de extrañar que Ginebra apareciera como algo satánico por antonomasia. En este sentido, ya he citado el significativo texto cervantino [31]. El mismo estado de espíritu refleja Guillén de Castro al decir:

> *Esta patena la pondrás al cuello*
> *Que tiene a la una parte un Agnus Dei*
> *Y a la otra un retrato de Ginebra;*
> *Y no te espantes; que es amor tan loco,*
> *Que junta con lo humano lo divino* [32].

Gracián afirma paladinamente que la política ginebrina es la del demonio:

---

30 Espinel, *Marcos de Obregón*, III, 3. Clás. Cast., LI, pág. 163.

31 Vd. nota 17.

32 Guillén de Castro, *Desengaño dichoso*, III. R. Acad., I, pág. 350-*a*.

«Pues yo lo he de buscar —dijo—, aunque sea en casa del diablo.

Fuese allá, que era una Génova, digo una Ginebra. Mas éste se enojó fieramente, y dando voces endiabladas, decía:

—¿Yo engaño? ¿Yo engaño? ¡Qué bueno es eso para mí! Antes yo hablo claro a todo el mundo. Yo no prometo cielos, sino infiernos acá, y allá fuegos, que no paraísos. Y con todo eso, los más me siguen y hacen mi voluntad» [33].

Y para servir de colofón al capítulo, valga el siguiente texto de Luis Copiana, en el cual, partiendo de su carácter herético, se pinta la ciudad con las más negras tintas:

«Ginebra, receptáculo de delincuentes, asilo de toda maldad, afrenta del cristianismo, oficina de todos los delitos, cátedra de pestilencia, academia de impiedad, defensorio de Calvino, fortaleza de herejía, abominado público de la ramera Babilonia, fatal origen de donde continuamente salen los incendiarios de los templos, los turbadores de las ciudades, los envenenadores de los reinos, los estímulos de discordias, los ministros del demonio, los inventores y maquinadores de nuevas blasfemias contra los santos, contra la soberana Virgen y contra el mismo Dios. Ginebra, digo, el Capitolio de los apóstatas, que, rompiendo con las obligaciones monásticas y con el respeto de Dios, se acogen a tener toda licencia de vida; Ginebra, primera y mayor inventora de toda rebelión, donde cada día se levantan gigantes en malicia a hacer guerra al mismo Dios; Ginebra, escuela militar de la herejía, en donde se dan continuos socorros a cuantos impugnan la católica iglesia; Ginebra, desdichado plantel de donde salen y se trasplantan para todas partes del orbe manzanos de discordia; Ginebra, abominable patria donde la calviniana Medea confecciona sus venenosos errores y pestíferos dogmas para esparcir por el Universo; Ginebra (para decirlo en una palabra, sin que católico alguno me contradiga), universidad de maldades; Ginebra, cuyo solo

---

[33] Gracián, *El criticón*, I, 11. Renac., I, pág. 147.

nombre es para todos los píos y católicos más horrible y asqueroso que la más hedionda sentina y aun que el infierno mismo» [34].

[34] Luis Copiana, *Atroces hechos de impíos tiranos por intervención de franceses*. Valencia, 1635, págs. 19-20.

TERCERA PARTE

Capítulo XXII

LOS MORISCOS

El 22 de septiembre de 1609 se publicaba en Valencia el edicto del Rey Felipe III, expulsando a los moriscos de España. Hasta esta fecha, los arbitristas, con sus memoriales y las mismas Cortes de Castilla aprobando muchos de ellos[1], habían ido formando un ambiente hostil a los moriscos. La literatura, sin embargo, de esta época se mantenía ajena al conflicto. El tipo del morisco no aparece en el teatro anterior a Lope de Rueda, ni el odio a los moriscos irrumpe en ninguna de las obras literarias de importancia durante el reinado de Felipe II. Pero se aproxima la fecha de la expulsión, y la tormenta comienza a desencadenarse. Se van, al fin, los moriscos, y parece que una pesada piedra ha dejado libre la boca de un volcán. Ya no es solamente la literatura seria, la historia y los ensayos económico-políticos, sino toda la literatura amena, y en todas sus formas, la que expresa animadversión y odio contra los moriscos: el drama, la novela y el poema, todo sirvió de válvula de escape a la pasión contenida durante tanto tiempo.

Un fenómeno literario peculiar de este siglo vino a influir poderosamente en la prolongación de este estado pasional a través de varias generaciones. Los grandes creadores del dra-

1 Vd. comentario al *Coloquio de los perros*, por A. G. de Amezúa. Madrid, 1912.

ma y de la novela españolas, Lope y Cervantes, forjaron sus obras en los momentos más álgidos de la oposición popular a los moriscos. Merced a la perduración de tales modelos literarios durante todo el siglo XVII, y al ritmo de repetición que tipos, asuntos, ideas e intereses marcaron hasta los días de Cañizares y Francisco Santos, el odio a los moriscos no se dio al olvido. Por haberse convertido en tópico literario, duró todo lo que duró aquella literatura. Fue necesario que el pseudoclasicismo francés condenase por bárbaros a los clásicos españoles para que los moriscos dejaran de ser llamados *mastines y perrigalgos*. En este caso, pues, la literatura es el mejor instrumento para conocer la mentalidad del pueblo; porque empieza impregnándose de las pasiones que conmovieron al pueblo en 1609, y luego ella es la que se encarga de seguir atizando la pasión, cuando ya eran muchos los españoles que no habían siquiera conocido a los moriscos.

Vamos a empezar estudiando las justificaciones de la expulsión, tanto en libros históricos de aquel magno suceso, como en las obras literarias que recogieron el ambiente popular de la época. En segundo lugar, trataremos de reconstruir el tipo del morisco según la mente vulgar de entonces.

JUSTIFICACIONES DE LA EXPULSIÓN

Vamos a tratar la escala de razones que en el ánimo de los españoles del siglo XVII se presentaban con valor de justificaciones de la trascendental medida tomada con los moriscos.

La primera y más poderosa razón que en las mentes vulgares garantizaba el acierto de los argumentos políticos fue la creencia de que el orden sobrenatural asentía mediante fenómenos extraordinarios y milagrosos a la expulsión de los moriscos. Esta creencia tuvo sus propagandistas entre el vulgo de la nación, que no debía ser escaso, y vamos a citar a Fray Marcos de Guadalajara, de la Orden del Carmen, que catalogó los prodigios con que el cielo se asoció y colaboró con los ministros del Rey en esta obra, desde sus comienzos hasta su fin.

Para abreviar la cita, descartaremos los razonamientos del buen fraile, descarnando los hechos que cuenta y dejando a la consideración del lector la impresión que tales hechos deberían producir en gentes de esta época. A los quince prodigios que cuenta, precede un sustancioso prólogo, que, en resumen, viene a decir lo siguiente:

«No era nuestra católica España tan poco conocida y estimada en el mundo, ni el caso presente de tan poco temor y cuidado, ni los moriscos proditores de tan desestimado valor, para que en los astros y criaturas terrenas no se imprimiesen las señales del presente daño y amenazada ruina; avisándonos Dios por ellas lo que amaba a sus católicos españoles y la voluntad que tenía de defender su pueblo y castigar la infidelidad destos bárbaros».

Siguen ahora los prodigios sobrenaturales:

«Primero. La primera voz prodigiosa con que el Altísimo previno a los españoles fué la sonora campana de Velilla, en Aragón (como largamente tengo escrito), a la cual mandó dar notables señales, en prueba de la maldad que se iba trazando contra ellos...

Segundo. Sucedió luego, al salir de su conjunción los astros, por el mes de octubre de 1603, en la villa de Grañón (nombre con que los moros festejan la Pascua del infame nacimiento de su falso profeta Mahoma), cerca de Santo Domingo de la Calzada, arrojaron las nubes, con un grande y repentino turbión, copia de sangre que tiñó la tierra, yerbas y piedras de toda su comarca y distrito; quedando así teñida por tanto espacio de tiempo, que causó admiración y espanto en los ánimos de los vecinos y habitadores de la tierra y de los forasteros que se hallaron presentes en ella.

Tercero. ... La lengua tercera fueron las aguas que contra el natural curso crecieron con tan grande abundancia, que pareció el universal diluvio, entrando en las ciudades, villas insignes y otros lugares de España, talando los campos, llevándose los ganados, casas y haciendas...

Cuarto. Esta verdad se manifestó y dió a entender más claramente, pues el verano de 1605, después de las dichas cre-

cientes turbias de los ríos, por extraordinaria causa no pensada ni jamás entendida, se secó el claro y caudaloso río de Carrión, que nace y tiene su natural corriente en las alturas de Castilla la Vieja. Este río se secó, y lo estuvo por espacio de seis horas, como lo afirman con auténticos testimonios los vecinos de la ciudad de Palencia; y que en los senos y charcos más hondos de su ribera cogieron a mano y pies enjutos mucha cantidad de pescado...

Quinto. Porque, vistos estos prodigios, pareció que desmayaba la gente cristiana, sin entender sus misterios, y se animaba más la morisma, interpretándolo todo en su favor y modo; con resplandor de luz extraordinaria y señal conocida, el año 1606, a media noche, por un día del mes de mayo, refieren muchos de los que lo vieron hallándose en el campo y en partes donde lo pudieron ver y apercibir, que se abrió el cielo y arrojó por los aires una espada de fuego resplandeciente de color de sangre, la cual, tendiendo la punta hacia la parte de África, estuvo así hasta el alba, que desapareció...

Sexto. Puso después Dios la sexta lengua muda en el aire, cuando a aquel letrado y buen cristiano de Ledesma, a su mujer, criados y convecinos, los manifestó en el aire, a 26 de septiembre de 1606, por figuras y extraordinarios cuerpos fantásticos, en tropas distintas y desiguales, como en otra parte tengo referido, lo que se esperaba y había de suceder...

Séptimo. La séptima lengua muda fue el cometa cenicienteo o plúmbeo, que apareció el año de 1607, que, aunque pequeño, dio tanto en que entender y decir en España a los astrólogos, después que se vio la nueva estrella, nunca vista en nuestro emisferio...

Octavo. La octava lengua muda fue del mismo aire alterado y embravecido de pasar por tal maldad..., aunándose en una gran multitud de tempestivos vientos, aunque contrarios en sus efectos, los cuales soplaron, rodeando y poniéndose por España con tan gran furor, que hicieron notables talas y daños en algunos reinos, derribando con furor algunos edificios, iglesias, cruces, humilladeros, y arrancando robustos y grandes árboles...

Noveno. La nona lengua muda fue el gran temblor que cuentan de la insigne iglesia del Apóstol Santiago..., y el gran ruido que afirman fidedignas personas que se oyó muchos días en la capilla donde está su santo sepulcro, de cajas de guerra y pífanos que tocaban con grande estrépito de armas, y una voz que se oía, cesando el ruido: *¡Arma, arma, España, España!*

Décimo. Para que más temiesen y temblasen los cristianos de las inadvertidas licencias que así se iban concediendo y dando a los dichos moriscos y ellos andaban trazando, permitió su Divina Majestad hubiese temblores en algunas partes de España, que es la divina lengua muda en las cosas insensibles...

Undécimo. Porque, sin embargo, de haber procedido tan grandes prodigios y monstruosas señales, de quien se podía tomar alguna luz desta predición, dormían los católicos españoles en tan profundo sueño, sin poderlos despertar ni mover, para destruir esta mala generación, ordenó Dios, que todo lo puede, que descomulgadas lenguas publicasen la maldad y justificasen la empresa comenzada de nuestro Católico Rey.

(Cuenta las delaciones que una hechicera morisca y un moro rico, ambos de Valencia, hicieron *motu proprio* de las conspiraciones que los moriscos tenían trazadas.)

Duodécimo. ... Por el mes de mayo, 1609, se vio un gran resplandor en el cielo, entre diez y once y media noche, que causó admiración en los que lo vieron, que no fueron pocos; y entre ellos hubo algunos curiosos que se pusieron a leer cartas de mano con tanta facilidad y distinción como día claro. Esta lengua muda publicaba el regocijo grande que el cielo recibía con la generosa y católica resolución de nuestro gran monarca...

Décimotercero. Pocos días después vieron los que andaban por los campos y otros que advirtieron en ello, un tan gran resplandor de fuego, salido de los Pirineos, que convirtió la noche casi en claro día por grande espacio, siendo luna nueva y no haber astro en el cielo que pudiera comunicar semejante claridad...

Décimocuarto. A más de esto, para que viesen los ministros reales un vivo retrato de la expulsión de los moriscos y la

facilidad con que se ejecutaría, permitió Dios que por el mes de junio, 1609, que se juntasen en uno cuantas grullas había en las montañas de los reinos de Aragón y Valencia y Principado de Cataluña, y aun, al parecer, cuantas había en el mundo, según el infinito número de ellas. Estas aves volaron en mitad del día, y a tiempo que comenzó a declinar, comenzaron ellas a dividirse en tropas por las márgenes y puertos del mar de Valencia y Cataluña, a así divididas en letras y cifras (como tienen de costumbre) salieron destos reynos a diversas partes del mundo...

Décimoquinto. La milagrosa señal que dio a entender que había cesado ya el peligro que amenazaba a nuestra querida patria, estando fuera de su compañía estos enemigos, fue cuando, después que salió de Aragón la última tropa de los moriscos, se extinguió o resolvió el misterioso sudor de la benditísima imagen de Nuestra Señora de Tobet, de la Comunidad de Calatayud, en el reyno de Aragón...»[2].

La literatura no se descuidó de explotar este motivo de justificación, y aquellos hechos históricos que alcanzaban en la conciencia de la época un grado extraordinario de importancia, la literatura tenía un medio de destacarlos, que consistía en ponerlos, a modo de profecía, en labios de un personaje, bien sobrenatural, bien sobrenaturalmente inspirado. El hecho se presentaba así revestido del prestigio divino a los ojos del público y justificado por la infalible providencia de Dios. Los escritores tenían buen cuidado de no acudir al recurso de la profecía sino después de consumado el hecho que se ha de profetizar. Cuando Cervantes escribía el *Coloquio de los perros*, puso sus ideas contra los moriscos en boca de Berganza. Pero después de ejecutada la expulsión, saca a escena un varón venerable, alumbrado de luz celestial, que cuenta de este modo una profecía hecha por un santón de su ley:

«¡Ay, dijo a esta sazón el Xadraque, si han de ver mis ojos antes que se cierren, libre esta tierra destas espinas y malezas

[2] Fr. Marcos de Guadalajara, *Expulsión de los moriscos*. Pamplona, 1613, caps. V y VI, pág. 16.

que la oprimen! ¡Ay, cuándo llegará el tiempo que tiene profetizado un abuelo mío famoso en el Astrología, donde se verá España de todas partes entera y maciza en la religión cristiana; que ella sola es el rincón del mundo donde está recogida y venerada la verdadera verdad de Cristo! Morisco soy, señores, y ojalá que negarlo pudiera; pero no por eso dejo de ser cristiano; que las divinas gracias las da Dios a quien él es servido, el cual tiene por costumbre, como vosotros mejor sabéis, de hacer salir su sol sobre los buenos y los malos y llover sobre los justos y los injustos. Digo, pues, que este mi abuelo dejó dicho que cerca de estos tiempos reinaría en España un Rey de la Casa de Austria, en cuyo ánimo cabría la dificultosa resolución de desterrar los moriscos de ella, bien así como el que arroja de su seno la serpiente que le está royendo las entrañas, o bien como quien aparta la neguilla del trigo, o escarda o arranca la mala yerba de los sembrados. Ven ya, oh venturoso mozo y Rey Prudente, y pon en ejecución el gallardo decreto de este destierro, sin que se te oponga el temor que ha de quedar esta tierra desierta y sin gente, y el de que no será bien la que en efecto está en ella bautizada; que aunque éstos sean temores de consideración, el efecto de tan grande obra los hará vanos, mostrando la experiencia dentro de poco tiempo que con los nuevos cristianos viejos que esta tierra se poblare se volverá a fertilizar y a poner en mucho mejor punto que agora tiene. Tendrán sus señores, si no tantos y tan humildes vasallos, serán los que tuvieren católicos, con cuyo amparo estos caminos seguros, y la paz podrá llevar en las manos las riquezas, sin que los salteadores se las lleven»[3].

Lope de Vega empleó este recurso más todavía. Ya en tiempos de San Isidro, deja oir una voz que anuncia el decreto de Felipe III, cuando aún Sevilla era presa de la morisma:

Oigo una voz que dice: «Vendrá un día
En que por otro mar salgan huyendo
Las reliquias de Muza a Berbería
Al Tercero Felipe obedeciendo.

3 Cervantes, *Persiles*. III, 11. Madrid, 1917, fol. 162.

Pacífica verá su monarquía
El Cuarto que tendrá su cetro, haciendo
Unión con Francia y las sagradas flores
Juntando a los castillos vencedores [4].

A Jaime el Conquistador le hace Lope oir el mismo vaticinio. España se le aparece en visión portentosa y le dice:

Ven conmigo, que te quiero
Mostrar un Rey en Castilla
Que ya en la fértil orilla
Del Betis armado espero;
Si bien hasta que un Tercero
Felipe reine, estaré
Sujeta al moro, y tendré
Reliquias de mi desdicha [5].

A Isabel la Católica, presentada en escena siendo aún moza y antes de subir al trono, le habla también España en estos términos:

Y quien librar
Puede mi cuello, tú eres,
Del moro y del fiero hebreo,
Que has de desterrar de España;
Que guarda el cielo esta hazaña
A tu valor y deseo;
Aunque siempre quedaré
Con temor del moro fiero,
Hasta que reine un Tercero,
Que mi libertad me dé [6].

La misma visión de España aparece en la comedia de *San Pedro Nolasco* con idéntica profecía:

Si bien hasta que un Tercero
Felipe reine, estaré

4 Lope, *Juventud de San Isidro*, I. R. Acad., IV, pág. 536-*a*.
5 Lope, *Vida de San Pedro Nolasco*, I. R. Acad., V, pág. 8-*a*.
6 Lope, *El mejor mozo de España*, I. R. Acad., X, pág. 331-*a*.

Sujeta al moro, y tendré
Reliquias de mi desdicha[7].

Otra forma de justificar y dar por buena la expulsión de los moriscos, consistió en la glorificación de Felipe III como autor y brazo de aquel hecho histórico. De seguro que ninguna otra ley atrajo mayor número de bendiciones sobre un rey como las que ganó a Felipe III su edicto de expulsión. La literatura agotó los recursos todos para asociar el nombre del Monarca a una disposición que venía a colmar los anhelos de todos los españoles.

Cervantes escoge el tono de arenga y anima al Rey a dar cima a la empresa; es el único texto en que se encarece el papel que tuvo en la expulsión el duque de Lerma, que dio para aquellos gastos el dinero que tenía reservado para su propio entierro[8]. Cervantes conocería este interés, y de ahí que le dirija la arenga lo mismo que al Rey. Oigamos a Cervantes:

«¡Ea, Mancebo generoso, ea, Rey invencible, atropella, rompe, desbarata todo género de inconvenientes, y déjanos a España tersa, limpia y desembarazada desta mi mala casta, que tanto la asombra y menoscaba! ¡Ea, Consejero tan prudente como ilustre, nuevo Atlante del peso desta monarquía, ayuda y facilita con tus consejos a esta necesaria transmigración! Llénense estos mares de tus galeras cargadas del inútil peso de la generación agarena. Vayan arrojadas a las contrarias riberas, las zarzas, las malezas y las otras yerbas que estorban el crecimiento de la fertilidad y abundancia cristiana; que si los pocos hebreos que pasaron a Egipto multiplicaron tanto que en su salida se contaron más de seiscientas mil familias, ¿qué se podrá temer de éstos, que son más y viven más holgadamente? No los esquilman las religiones, no los entresacan las Indias, no los quitan las guerras; todos se casan, todos, o los más, engendran; de lo que se sigue y se infiere que su multiplicación y aumento ha de ser innumerable. Ea, pues, vuelvo a decir, va-

7 Lope, *Vida de San Pedro Nolasco*, I. R. Acad., V, pág. 8-*a*.
8 Codoin, LXI, pág. 92.

yan, vayan, Señor, y deja la taza de tu Reino resplandeciente como el sol y hermosa como el cielo»[9].

Lope refresca una y otra vez la memoria del Monarca autor de la expulsión. Hablando al marqués de Santa Cruz, dice así:

Como Felipe Tercero
Tu gran valor conoció,
Al África desterró
De España al morisco fiero.
Con los que tuvo primero
Rendida a tus plantas viene;
Y ansí, ocuparla conviene
Con los que se van de aquí;
Que son pocos para ti
Todos los moros que tiene[10].

En otra obra pondera la acción de Felipe III como superior en beneficios para la patria a todas las acciones de los demás reyes. También aquí emplea Lope el recurso de la profecía. Dice un morisco:

ALÍ. *Merar*
que tenemos probecía
que ha de volver algún día
Espania a nuestro mandar.

Y le replica San Diego:

Antes ya podría ser
Que algún Rey tan santo fuese
Que desterrar os hiciese
Con absoluto poder;
Donde no hubiese jamás
Sangre que tanto nos daña;
Y si esto llegase, España
A este Rey debiera más
Que a todos los que ha tenido[11].

[9] Cervantes, *Persiles*, III, 11. El mismo juicio en *Quijote*, II, 54.
[10] Lope, *Servir a señor discreto*, I. R. Acad., XV, pág. 575-*b*.
[11] Lope, *San Diego de Alcalá*, I. R. Acad., V, pág. 41-*a*.

Céspedes y Meneses, contando alguna fechoría cometida por los moriscos, acaba con este elogio al providencial Monarca:

«Tampoco ellos han quedádose sin el merecido galardón, merced al cielo, y al benigno y santo Rey Felipe III, que acabó de arrancar de entre nosotros tan maldita y perniciosa semilla» [12].

El doctor Jerónimo de Alcalá cita cariñosamente el nombre del autor de tamaño beneficio:

«Hízonos Dios merced de que en este tiempo saliese la cédula real del católico Rey Don Felipe III, nuestro señor, en que mandaba desterrar los moriscos de España, arrancando de nuestra tierra tan perniciosa semilla» [13].

Un autorizado ministro de los dos reinados de Felipe III y Felipe IV, el doctor Gregorio López Madera, se asocia a este plebiscito en favor del Rey de la expulsión. Estas son sus palabras:

«Así mismo se colegirá la grandeza de la obra que emprendió el Rey Don Felipe III, nuestro señor, con expeler del todo de su reino las reliquias de los moros, enemigos comunes de nuestra sagrada religión; en la cual obra, por su mandado, me cupo tanta parte de peligro, cuidado y trabajo, y la mayor instancia y más próxima a que se consiguiese» [14].

Gracián, por último, rinde su homenaje al mismo Rey, poniéndolo en parangón con Fernando el Católico:

«Hacer bien más raro es en el mundo que hacer mal, más usado el matar que el dar vida; con todo, veneramos algunos de esos prodigios salutíferos, que con la eficacia de su buen celo han ahuyentado los pestilenciales venenos y purificado las aguas populosas.

Y si no, decidme: aquel nuestro inmortal héroe, el Rey católico Don Fernando, ¿no purificó a España de moros y de judíos, siendo hoy el reino más católico que reconoce la Igle-

12 Céspedes y Meneses, *Historias peregrinas*. Madrid, 1906, pág. 85.

13 Jerónimo de Alcalá, *El donado hablador*, I, 3. Rivad., XXXIII, página 509-*a*.

14 López Madera, *Opus cit.*, fol. 54.

sia? El Rey Don Felipe el Dichoso, por ser bueno, ¿no purgó otra vez a España del veneno de los moriscos en nuestros días?» [15].

La literatura de tipo popular tampoco dejó de celebrar la expulsión [16].

No puede darse justificación más plena de una medida política. Ni en los tiempos de las instituciones más democráticas habrá nunca un Rey firmado un decreto más en armonía y acuerdo con el pensar de su país.

Se nos podrá preguntar: Pero ¿no hubo voces discrepantes, votos en contra, opiniones disidentes? No, en cuanto atañe a la expulsión. Es decir, dado el estado a que habían llegado las cosas en este siglo, la expulsión se imponía a juicio de todos. Lo que no faltó fue quien opinara que las cosas no debieron llegar a tal estado, o sea que la política del siglo anterior fue culpable de haber hecho necesaria una amputación dolorosa de tantos miembros de la patria. Oigamos a Fernández Navarrete:

«La primera causa de la despoblación de España han sido las muchas y numerosas expulsiones de moros y judíos, enemigos de nuestra santa fe católica, habiendo sido de los primeros tres millones de personas y dos de los segundos.

... Me persuado a que si antes que éstos hubieran llegado a la desesperación que les puso en tan malos pensamientos, se hubiera buscado forma de admitirlos a alguna parte de honores, sin tenerlos en la nota y señal de infamia, fuera posible que por la puerta del honor hubieran entrado al templo de la virtud y al gremio y obediencia de la Iglesia Católica, sin que los incitara a ser malos el tenerlos en mala opinión... Y el doctor Mateo López Bravo [17], Alcalde de la Casa y Corte, lo dijo con su acostumbrada elegancia: *Tot hostes, quod exclusi.* Pido a todos los curiosos no pasen sin reparar mucho en estas pala-

[15] Gracián, *Criticón*, II, 2. Renac., I, pág. 227.

[16] Vd., p. ej., los «Nueve romances» sobre este tema publicados por S Alvarez Gamero, *Rev. Hispanique*, XXXV, 1915, II, págs. 420-438.

[17] *De Rege.* [Se trata de la obra *De Rege et regendi ratione Libri duo.* Madrid, 1616].

bras en que está encerrada una grande razón de Estado, experimentada en la infame conjuración de los moriscos, gente abatida y desechada que, por serlo, jamás tuvo amor a su Rey ni a su patria... Y así vuelvo a decir que tengo por cierto que si a los principios se hubiera tomado a algún modo de no tener señalados con nota de infamia a los moriscos, hubieran procurado todos reducirse a la religión católica; que si la tomaron odio y horror, fue por verse en ella abatidos y despreciados y sin esperanza de poder con el tiempo borrar la nota de su bajo nacimiento»[18].

Ésta es la misma opinión que insinúa Espinel en el *Marcos de Obregón*[19]: aquel morisco renegado que sale en la novela, protestando de los *Estatutos* de limpieza, que los excluía de todos los puestos honoríficos de la nación, representa indudablemente el pensamiento de muchos españoles. Espinel apenas refuta los argumentos que él mismo pone en boca del morisco; los deja en pie, dándolos por buenos.

Con no menos razón advertía fray Baltasar Pacheco de las dificultades que los cristianos viejos ponían a la asimilación religiosa de los nuevos convertidos:

«Adviertan éstos que hay particular peligro en llevar semejantes nombres u otros de afrenta a los recién convertidos a la Fe, porque es darles ocasión de que se arrepientan, viendo el infame término con que los tratan; por lo cual hay graves penas, aun en las leyes humanas, contra los que esto hacen. Pero quien no teme la ley divina, menos temerá la pragmática toledana que lo defiende»[20].

EL TIPO DEL MORISCO

Una vez lograda la expulsión, los españoles procuraron no arrepentirse, sino sugestionarse con razones o cosa parecida

18 Fernández Navarrete, *Conservación de Monarquías*. Madrid, 1625, discurso VII.

19 *Opus cit.*, II, 8. Clás. Cast., LI, pág. 63.

20 Fr. Baltasar Pacheco, *Catorce discursos sobre la Oración Sacrosanta del Pater Noster*. Salamanca, 1596, pág. 142. Otros datos semejantes,

que les mantuviese viva la ilusión de un bienestar y de un acierto indiscutibles. Para ello, la literatura tomó a su cargo perpetuar un tipo de morisco a su gusto y conveniencia. Este tipo se obtenía por la adición de las siguientes notas:

a) Ritualismos musulmanes.
b) Crímenes sociales y políticos.
c) Oficios serviles y despreciables.

RITUALISMOS MUSULMANES

El morisco se representaba en la imaginación de los españoles como un hombre que no comía carne de cerdo ni bebía vino. Hoy, el hecho de no beber vino puede ser simple indicio de no tolerarlo el estómago y hasta cierta señal de templanza; pero en el siglo XVII esa abstención se complicaba con el problema religioso y constituía una acusación, o, por lo menos, una grave sospecha de ritos mahometanos. Los textos que siguen van a decir el grado de importancia que esto tenía en la mentalidad de la época.

Alarcón nos facilita dos pasajes a este propósito. Un criado dice a su señor:

Estoy con vos en pecado,
Porque os he visto comer
Y ni vino os vi beber
Ni tocino habéis probado;
Y de hablar con vos me corro,
Que quien no come tocino
Ni vino bebe, es indino
De hablar ni escupir en corro[21].

El *porqué* de este menosprecio queda claro en el otro pasaje que citamos:

Vd. J. Oliver Asín, *Vida de Don Felipe de Africa, Príncipe de Fez y de Marruecos*. C. S. I. C. Madrid, 1955, págs. 196 y sigs.

[21] Alarcón, *Quien mal anda, mal acaba*, I. Rivad., XX, pág. 211-*b*.

ZAMUDIO. *¿Qué hubiera sido*
de nosotros, a no haber
tantos moros y judíos?
LUCÍA. *¿Por qué?*
ZAMUDIO. *Porque si en el mundo*
todos comieran tocino,
y bebieran vino todos,
¿quién alcanzara un pellizco?[22].

Leamos ahora los textos de Lope.

En la *Justa Poética* en honor de San Isidro, se expresa de este modo:

Y es tan aseado y limpio,
Que de una vez limpió a España;
Lo que desde el postrer Godo
Ningún rey pudo por armas;
Echó, finalmente, a cuantos
Por voto bebieron agua;
Que en vino, tocino y bulas
No gastaron una blanca[23].

Como en Madrid, por esta época, las posadas donde solían parar los arrieros del vino estaban en la Cava de San Francisco, Lope alude en la siguiente escena:

PINELO. *Vamos, buen Conde, a la Cava,*
que tengo un poco que hacer.
ESTACIO. *¿A la Cava? ¿Bebéis vino?*
PINELO. *He de comerme un tocino*
y un cuero me he de beber.
ESTACIO. *¿Cómo?*

---

22 Alarcón, *Cueva de Salamanca*, II. Rivad., XX, pág. 91-*c*.

23 Lope, *Justa Poética*. Rivad., XXXVIII, pág. 269-*a*. En numerosos pasajes de Lope se alude a este precepto religioso y típico ritualismo musulmán. Vd. *El esclavo de Venecia*, I, II y III. Ac. N. E., V, págs. 332-*b*, 341-*b*, 355-*b*. *Desdichada Estefanía*, I. R. Acad., VIII, pág. 340-*b*. Vd. en el mismo sentido Juan de Grajales, *El bastardo de Ceuta*, II. Rivad. XLIII, página 423-*c*.

PINELO. *Porque allá en mi tierra*
he pasado eterno ayuno.
ESTACIO. *¿No se bebe allá ninguno?*
PINELO. *Ni se coge, ni se encierra.*
En pasas nos lo dan todo[24].

Otra vez recomienda a los poetas que beban y coman para que les sople la musa, y a propósito encaja la condenación del rito musulmán:

Tome un poeta al aurora
Dos tragos sanmartiniegos,
Con dos bocados manchegos
Desto que Mahoma ignora
(Belcebú le lleve presto
A Argel o a Constantinopla)
Y podrá de copla en copla
Henchir de versos un cesto[25].

Tirso presenta en escena un cristiano cautivo, protestando de la abstinencia de los preciados manjares:

Mos vemos entre diabros
De mastines, con perdón;
Donde ninguno se ve
Que rezando a San Noé
Se encomienda a San Jamón[26].

Y un cristiano disfrazado de moro, que añora la falta de comida y bebida tan codiciada:

EGAS. *De moro te vestiré.*
BRITO. *Con tal que haya sopa en vino;*
porque sin él y tocino,
desde aquí desmoroné[27].

---

[24] Lope, *El favor agradecido*, III. Ac. N. E., V, pág. 502-*a*.
[25] Lope, *La buena guarda*, II. R. Acad., V, pág. 340-*b*.
[26] Tirso, *Lagos de San Vicente*, II. N. B. A. E., IX, pág. 45-*a*.
[27] Tirso, *Quinas de Portugal*, III. N. B. A. E., IX, pág. 579-*a*.

Salas Barbadillo juega del vocablo *perros* y de la abstención del vino en la siguiente seguidilla:

Si en Argel no le beben,
cristianos, ¿qué hacéis?,
rescatemos los vinos
cautivos de Argel.
Según esto yo infiero,
y es verdad clara,
que aun los moros mejores
son perros de agua[28].

De los numerosos cuentecillos que se forjaron en la época a propósito del rito observado por los moros y moriscos, citaremos para ejemplo dos únicamente: uno de la *Floresta* de Santa Cruz y otro de su continuador, Asensio. Dice así el recopilador toledano:

«Convidó un hidalgo a un cristiano nuevo, y pusieron a la mesa menudo de puerco bien guisado. Sospechando el convidado lo que podía ser, dijo: "Señor, suplico a V. merced me diga qué manjar es éste". Respondió: "Es una pajarilla de puerco". El cristiano nuevo, puesto las manos, dijo, mirando al cielo: "¡Oh, si pluguiese a Dios que volase!"» [29].

El cuento de Asensio dice así:

«Tuvo un tabernero una reyerta con un Regidor, de quien se decía era hijo de padres moriscos, y molestábale con instancia para que mudase su taberna a otro barrio; y respondióle el tabernero: "Por Dios, que así persigue V. mi taberna, como si en ella se vendiese el vino bautizado; pues por Dios, que en esa materia, que es tan honrado mi vino, como todo su linaje"» [30].

No solamente lo que no comían, sino hasta lo que comían los moriscos, era característico y casi ritual, en concepto de los españoles. Es decir, las comidas de los moriscos eran algo esen-

28 Salas Barbadillo, *El sagaz Estacio*. Clás. Cast., LVII, pág. 287.
29 *Opus cit.* Biblióf. Madril., III, pág. 125.
30 F. Asensio, *Floresta Española*. Biblióf. Madril., III, pág. 261.

cial a su tipo. Lope saca a un morisco cantando muy satisfecho de las provisiones de su despensa, en esta forma:

Rey Chico, grande enemigo,
Y Mahoma estar amigo,
Tener mucha pasa e higo
E mucha oveja salada [31].

Salas Barbadillo emplea la perífrasis siguiente para venir a decir morisco; tan consustanciales eran las comidas con el tipo que se quería designar:

Todos aquellos hidalgos
Que hacen mal rostro al testuz,
Y que comen pasa y higo
Con más gusto que alajú [32].

La literatura de tipo más popular también recoge el tópico y caracteriza a los moriscos como:

... hombres de pasas e hego,
pomon, cuzcuz, medra, nocce [33].

En otra obra de Lope vemos salir un cristiano examinando las alforjas de un moro:

Veré lo que trae aquí
En esta alforja el cuitado.
Con un saquillo he encontrado:
Higos son. ¿Higos a mí?
Me dan enfado, por Dios.
Y aquí para la memoria
Pasas. ¡Mala pepitoria!
¿Y qué habrá en estotro? Arroz.
Algún Lucifer lo abra.

---

31 Lope, *Cerco de Santa Fe*, II. R. Acad., XI, pág. 245-*b*. Vd. también *Bodas entre el alma y el Amor divino*. R. Acad., II, pág. 26-*b*; *El esclavo de Venecia*, III. Ac. N. E., V, pág. 356-*a*.

32 *La ingeniosa Elena*. Bibl. Román., núm. 149, pág. 130.

33 Vd. N. B. A. E., XVIII, pág. 461-*a*.

Otro envoltorio está acá.
Veamos lo que será:
¡Por Dios, que es carne de cabra!
¿Y asada está? Mal agüero.
¿Carne asada he de comer?
Pero ¿qué tengo de hacer,
Supuesto que no hay carnero? [34].

Comer cabra era cosa tan cuesta arriba para un cristiano, que ya lo podía hacer objeto de un voto o juramento. Por eso oímos en Lope frases como la siguiente:

Vive Dios que tengo hambre
Para comer una cabra [35].

Tirso cita el hecho de comer macho cabrío como algo trascendental en la vida de cierto rey moro:

Es gran perrazo.
Ni vino bebe, ni tocino come;
Y me juran que desde muy muchacho
Su ordinaria comida ha sido macho [36].

Pues por lo que a la bebida se refiere, con la cual sustituían el vino, Lope la cita con náuseas y maldiciones:

Una perruna aloja
Que el nombrarla me da mortal congoja [37].

A estas deleznables comidas atribuía Lope el medroso ánimo de los moros; medrosidad en que no creerían de seguro los españoles que habían luchado con ellos durante ocho siglos; pero estamos examinando ideas del XVII. Dice así Lope:

---

34 Lope, *La fianza satisfecha*, II. R. Acad., V, pág. 381-*b*.
35 Lope, *Mocedades de Bernardo del Carpio*, II. R. Acad., VII, página 244-*a*.
36 Tirso, *La Reina de los Reyes*, I. N. B. A. E., IV, pág. 153-*a*.
37 Lope, *Santa Casilda*, III. Ac. N. E., II, pág. 585-*a*.

Basta enseñarles la cruz,
Basta darles una voz;
Que es gente que come arroz,
Pasas, higos y alcuzcuz.
Si bebieran vino casto,
Si comieran buen tocino,
No me pusiera en camino;
Pues para pasas yo basto [38].

Además de las comidas, formaba parte de la concepción del morisco la creencia de que adoraban un zancarrón del profeta Mahoma. Lope presenta un muchacho dialogando con su padre, el cual le da por señas, para conocer a los moros, esta burda adoración:

PADRE. *¿Conoces los moros?*
MUCH. *Sí.*
PADRE. *¿Quién son?*
MUCH. *Unos hombres son*
azules y colorados,
que viven por despoblados
y adoran al zancarrón [39].

Pertenece también a la errada idea de los cristianos acerca del culto a Mahoma, una conseja que ha llegado a nuestros días y que ya aparece en Lope de Vega. Se creía que el cuerpo del Profeta estaba en el templo de la Meca, metido en una caja

---

[38] Lope, *Porceles de Murcia*, III. R. Acad., XI, pág. 578-*a*.

[39] *Los Porceles de Murcia*, III, R. Acad., XI, pág. 578-*a*. Lope alude frecuentemente al zancarrón de Mahoma: Vd. *Viuda, casada y doncella*, II, Ac. N. E., X, pág. 427; *Ya anda la de Mazagatos*, III, Ac. N. E., X, página 527; *La boba para los otros y discreta para sí*, III, Ac. N. E., XI, página 501-*b*; *El remedio en la desdicha*, I, R. Acad., XI, pág. 175-*a*; *La campana de Aragón*, II, R. Acad., VIII, pág. 265-*a*; *El Alcalde Mayor*, II, Ac. N. E., XI, pág. 230-*a*; *San Diego de Alcalá*, II, R. Acad., V, pág. 56-*b*, etcétera. Otros autores recogen igualmente la conseja: Vd. Vélez de Guevara, *Los hijos de la barbuda*, Rivad., XLV, pág. 135-*c*; Fernández de Ribera, *Mesón del mundo*, Madrid, 1632, pág. 89; Pineda, *Agricultura Cristiana*, Salamanca, 1589, II, pág. 215-*a*, etc.

de acero, la cual, colocada entre cuatro imanes de idéntica fuerza, se mantenía suspendida en el aire. Lope lo cuenta así:

En este tiempo, los moros
De Lérida, estos que cubren
Con el nombre de cristianos
Las africanas costumbres
Y la ley de aquel Profeta
Que en Meca engañar presume,
Entre imanes levantado,
Que es milagro y no virtudes
De las piedras, que al acero
De su caja al aire suben [40].

Y en *La pobreza estimada* dice:

Ansí tus helados huesos
Engastados de oro fino
Cuelguen de la imán preciosa
En el aire sostenidos [41].

Lope debía estar bastante enterado de la leyenda del zancarrón, pues en otro lugar añade que «en el templo de la Meca ardía constantemente una lámpara alimentada con ámbar» [42].

Igualmente, Góngora alude a la misma creencia:

Entre dos piedras imanes
Le suspenden sus afanes
Al zancarrón de Mahoma [43].

También el *Donado hablador*, del doctor Jerónimo de Alcalá, se hace eco de la fama vulgar de «la casa de Meca» [44].

Un manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid recoge humorísticamente la vulgar conseja en esta satírica copla:

---

40 *Los Vargas de Castilla*, II, R. Acad., X, pág. 303-*b*.
41 *La pobreza estimada*, II.
42 Vd. R. Acad., XIII, pág. 101-*a*.
43 Góngora, *Obras*, II, pág. 158.
44 Vd. la edición citada de Rivad., pág. 550.

Los cristianos y los moros
Iguales van al Infierno;
Los cristianos por la carne
Y los moros por el hueso [45].

No faltan, por último, alusiones al rito de la circuncisión, a la *retajadura*, que se decía entonces; estas alusiones pueden recaer igualmente sobre los sospechosos de judaísmo. Melchor de Santa Cruz recogió tres chistecillos a este propósito en la sección de *motejar de linaje*. Todos tres juegan del vocablo con la voz *capirote*, aludiendo a la circuncisión. El primero toma el capirote en el sentido de monterilla o gorro propio de los moriscos:

«Decía uno por una mujer que se había casado tres veces, que había gozado de *capa*, *capote* y *capirote*, porque el primero era hidalgo, y el segundo labrador, y el tercero cristiano nuevo» [46].

El segundo emplea la palabra capirote en la acepción de funda que se ponía en la cabeza al ave de cetrería para tenerle tapada la vista hasta el momento de la caza:

«Pidiendo uno a un escudero un capirote de luto prestado para un enterramiento, respondióle: "No habéis menester capirote, que vos sois gavilán"» [47].

El tercero es análogo al anterior:

«Siendo convidado un cantor tiple con barbas en casa de un canónigo de Toledo, envióle a decir este cantor a uno que no era pariente del Cid Ruy Díaz, con un paje, qué tanto volaría su halcón sin cascabeles. Respondió: "Decid a vuestro señor que más que el suyo sin capirote"» [48].

Creo que en los textos literarios de la época hay indicios bastantes para creer que los españoles involucraban el mahometismo con la brujería y que los moriscos eran mirados como sospechosos del culto diabólico y prácticas de magia. En los

[45] Ms. 17683, fol. 10.
[46] M. de Santa Cruz, *Floresta Española*. Biblióf. Madril., III, pág. 103.
[47] M. de Santa Cruz, *Floresta Española*. Biblióf. Madril., III, pág. 128.
[48] M. de Santa Cruz, *Floresta Española*. Biblióf. Madril., III, pág. 54.

papeles de la Inquisición de Valencia, hoy en el Archivo Histórico Nacional, es frecuente encontrar acusaciones de moriscos que llevaban nóminas y amuletos dotados de poder diabólico.

De los textos literarios, el más explícito es el de *La pícara Justina*, que describe una vieja morisca, «hechicera, experta, bisagüela de Celestina». La pintura reproduce la imagen que de estas pobres gentes se formó la sociedad española del XVII. Veámosla:

«Esta vieja, en cuya casa posaba, era advenediza, natural de Andújar. No dudo sino que me recibió de buena gana en su posada por parecerle que era yo algo a propósito para enseñarme el arte; ca es muy propio de herejes y de brujos desear herederos de su profesión. Son como los bubosos, que quieren beber por todos los vasos porque hereden todos sus bubas. Ella era morisca inconquistada; y aun tengo por cierto que sabía mejor el *Alcorán* que el Padre nuestro; y viéraselo un niño, no sólo en la lengua, pero en las obras, de las cuales diré algo, no para escandalizar al lector, sino para que fíe poco de viejas ruines, que parecen rezaderas y ejemplares, y no relucen sino al candil del diablo, y para que te guardes de las tales. Yo creo en Dios; pero que ella creía en Él, créalo otro. Cuando se persinaba no hacía cruces, sino tres mamonas en la cara, como quien espanta niños; y cuando llegaba al pecho hacía un garabato y dábase un golpecito con el dedo pulgar en el estómago: entiende por allá el *per signum*. Si la quería enmendar, respondía: "No querer max persino, que no ser santiguadera". Preguntábala si sabía el Ave María. Respondía: "Bien saber Almería e serra de Gata e todo". En las cuatro oraciones decía más herejías que palabras, que por no hacer agravio a tan santas oraciones no quiero conquistar la risa con trabucos de necedades y aun blasfemias. Preguntábala por qué no se había casado ni quería casar. Respondía: "No haber marido bueno si no ser morisco". No sé en qué lo podía fundar, sino en que temía casarse con quien la hiciese ser cristiana. No niego que pueda haber y haya muchos moriscos buenos cristianos; mas cosa notable es que los más no quieran casarse con cristianos vie-

jos. ¿Quién duda, sino que dan sospecha, de que quiero callar por no me acordar del cuento del que castigaron, y yo conocí que antes que bautizarse un hijo o él hiciese alguna aparencia de cristiano, decía: "Perdonar, Mahoma, que no poder mas, so pena de caraña?" En lo que toca a ir esta mujer a misa, era hablar de cosas excusadas. Una sola vez la vi ir a misa; y mientras estaban alzando, se echó de hinojos sobre la tierra, y todo el más resto de la misa estuvo tosiendo, con ser la mujer más enjuta y avellanada que en mi vida vi; y tanto, que jamás, sino entonces, la vi toser. Maldita sea persona que de cuantas veces Dios nos visita con sus bienes no va a visitar a Dios en su casa; pero si yo se lo decía, cumplía con trompóselas; veis aquí un clavo para la herradura. Y ahora me acuerdo que un día, tratando ella y yo de la obligación que todos teníamos a la Iglesia y a los señores curas, que son nuestros pastores: "Sí, hija, que el primer medio real que yo gano cada año lo guardo para el cura". Yo, que pensé que tenía devoción de dar aquel medio real al cura para aceite de la lámpara o para la fábrica de la iglesia o por otra cualque devoción; y no era, sino que ella pensaba que todo el toque de la confesión y de los misterios de la iglesia consistía en pagar el medio real, y que con eso se acaban cuentos; nunca vi tal vieja. De la gente en procesión se espantaba y huía; y cuando había truenos, se salía a la calle. Si pasaba el Sacramento, luego tenía en qué entender en algún retrete; y si había un ahorcado, se descervigaba por mirarle, y hasta perderle de vista le hacía ventana, que era pura para dama de ahorcados. El día que los había, era el día de sus placeres; y con ser coja, todos aquellos tres días siguientes no cojeaba, antes con gran prisa salía todas aquellas noches de casa; lo cierto era que no iba a rezar por ellos, sino que la primer noche traía los dientes que podía, la segunda de la soga y la tercera hacía conjuros al pie de la horca. ¡Qué demonio! Dábala osadía el diablo, que es el maeso de estas obras. Era cosa particular el agua que gastaba en lavatorios y cocimientos. Malditas sean las personas que tan sin gusto ni honra ni provecho se dejan engañar del diablo.

Siempre yo entendí de ella que era bruja, y no me engañaba, porque ella hacía unos ungüentos y unos ensalmos que no era posible ser otra cosa» [49].

Aun después que ya no había moriscas en España, si alguna venía, como esclava, de allende el Estrecho, seguía gozando fama de hechicera. He aquí el testimonio de Salas Barbadillo:

¡Oh! La Marina es princesa
De berberiscas esclavas;
Sólo con menear las habas
Hace jardín una artesa [50].

La agarena Floripes, princesa de África, atestigua la opinión vulgar de la España del siglo XVII:

Para curar sus heridas
Traigo mágicas unturas;
Ya sabéis cuánto las moras
Hechizos y encantos usan [51].

Después de lo dicho, es claro que nadie creía en la sinceridad de la fe de los nuevos cristianos. Terminemos señalando un pasaje de Jerónimo de Alcalá, en que cuenta lo siguiente:

«Acuérdome que siendo mozuelo, antes de que los moriscos saliesen de España, estando un día en un cigarral de Toledo, entreteniéndome con unos muchachos morisquillos, les pregunté: "¿Cómo os llamáis, para que de aquí en adelante no ignore vuestro nombre cuando os hubiere de nombrar?" El muchachó, con la simplicidad de criatura, me respondió: "¿Cuál nombre me pregunta, el de la calle o el de casa?" Yo, que oí semejantes razones, eché de ver que no era sin algún misterio en la respuesta, y le dije: "¿Pues cómo que dos nombres tienes? Por tu vida que me los digas entrambos". Y el niño, entonces, sin hacerse mucho de rogar, me dijo: "Mire, señor: en

49 *Opus cit.* Rivad., XXXIII, pág. 150-*b*.

50 Salas Barbadillo, *Galán, tramposo y pobre*, III. Rivad., XLV, página 285-*b*.

51 Calderón, *Puente de Mantible*, II. Keil, I, pág. 126-*b*.

casa me llamo Hamete y en la calle Juanillo". Pero que en éste publicase quién era él, lo mal que sus padres lo adoctrinaban, la mala secta en que vivían y la pertinacia de sus errores» [52].

El mejor comentario que puede hacerse a este significativo texto es transcribir algunas líneas de un baile en el que los músicos moriscos cantan:

No tener de crextano intento,
Ni paxarnos por pensamiento
Que haceldo por complimento
El Mahoma al pecho está.
... ...
Xe penxamox que el crextano
Que la ley xoya guardamo
Crextano novo llamano
Y aquexto xabelo Alá [53].

CRÍMENES DE LOS MORISCOS

Otra nota muy sustantiva del tipo del morisco fue la criminalidad vandálica y sanguinaria con que se lo representaban en la fantasía gentes que apenas los habían visto. Los hechos históricos de la anterior centuria fueron creciendo como bola de nieve al rodar por la trasmisión oral o literaria a través de todo el siglo XVII.

A la formación de esta idea-imagen del morisco criminal contribuyó no poco la *Historia del Rebelión y Castigo de los Moriscos del Reino de Granada*, de Luis del Mármol Carvajal, que apareció impresa el año de 1600.

Los sangrientos sucesos de la guerra de la Alpujarra venían, pues, treinta años después de pasados a presentarse bien escritos y circunstanciados a los ojos de los españoles, para

---

[52] Jerónimo de Alcalá, *El donado hablador*, II, 5. Rivad., XVIII, página 556-*a*. Insiste sobre el mismo problema en pág. 542.

[53] *Baile de los moriscos*. N. B. A. E., XVIII, pág. 483-*b*.

que no pudieran dejar de ver en los moriscos expatriados por toda la Península a los autores de aquellas maldades.

Fomentaron esta manera de concebir la representación del morisco casi todos los historiadores y tratadistas de la expulsión. Todos concretan los cargos a los primeros años del siglo XVII, es decir, a los años que inmediatamente precedieron a los edictos de Felipe III. Daremos sucinta idea de estas acusaciones.

Fray Marcos de Guadalajara les imputa principalmente los crímenes que siguen:

«Traición de 1601. Dieron aviso a los moros de Argel de la ida de la armada cristiana y celebraron el fracaso de ésta con fiestas y zambras. En 1602 dieron muerte junto a Xátiva a un correo de S. M., le robaron la correspondencia que llevaba para el Virrey de Valencia y la comunicaron a los de Berbería. En 1605 descúbrese intentos de sublevación en Valencia y en Aragón, tratos con el gran turco» [54].

La literatura, por su parte, coadyuva no menos a forjar el aspecto criminal del morisco. Lope, en un Auto Sacramental, los confunde con los salteadores de caminos:

¡Qué de cruces hay aquí!
Son de muertos peregrinos
A manos de salteadores,
Bandoleros y moriscos [55].

Espinel los amalgamaba con la gente peor de la Península, los gitanos:

«Se me representó luego las muertes que sucedían entonces por los caminos, hechas por gitanos y moriscos» [56].

Calderón recuerda sus salvajadas alpujarreñas:

A cuyo pie estamos, son
Las sierras de la Alpujarra,
Donde cada día los moros

54 *Opus cit.*, págs. 5 y 8, II.
55 Lope, *Venta de la Zarzuela.* R. Acad., III, pág. 54-*b*.
56 Espinel, *Obregón*, I, 20. Clás. Cast., XLIII, pág. 278.

Que desde su cumbre bajan
Hacen estragos y muertes [57].

Céspedes y Meneses los califica de secuestradores y homicidas secretos:

«Haciendo... jornada en un lugar pequeño de moriscos, hasta hoy no se ha sabido más de ella, ni su compañía; y así se cree que, por quitarla muchas y ricas joyas que llevaba, o por el odio que aquellos pérfidos tenían a nuestra religión, o por uno y por otro, hicieron de ella y de sus criados lo que de otros innumerables cristianos, que en tan vil hospedaje murieron a sus manos» [58].

Hasta después de idos de España encontró Lope medios de imputarles actos odiosos para la conciencia española.

Describiendo a Constantinopla, cuenta este hecho:

«Los templos famosos de cristianos, mayormente el de Nuestra Señora y el de San Nicolás, con otros muchos, han intentado quitar los moriscos de la expulsión de España. Y permitiendo el gran Visir que los derribasen y destruyesen por doce mil escudos que le daban» [59].

No podemos dejar de reconocer que una gente sobre la que los españoles pensaban como pensaban, debería estar muy bien echada de España, y lo más lejos posible. Sus crímenes, ya reales, ya supuestos, eran su pasaporte visado por la opinión pública. Por eso dijo D. Fernando de Zárate:

¡Cuántos moriscos de España
Tan justamente salieron,
Desterrados por traidores,
Fementidos y soberbios! [60].

---

57 Calderón, *Niña de Gómez Arias*, II. Rivad., XIV, pág. 31-*b*.
58 *Historias peregrinas*. Madrid, 1906, pág. 85.
59 Lope, *El desdichado por la honra*. Rivad., XXXVIII, pág. 19-*a*.
60 Fernando de Zárate, *La palabra vengada*, III, parte XLIV de «Comedias». Madrid, 1678, pág. 280-*b*.

LOS OFICIOS DE LOS MORISCOS

Al concepto de los moriscos iba unido el recuerdo de sus oficios serviles y despreciables. La literatura perpetuó este recuerdo entre las generaciones españolas posteriores a la expulsión. Vamos a reunir algunos textos sobre las principales profesiones atribuidas a los moriscos.

La más característica de todas era la de hacer buñuelos. Ya Mateo Alemán habla de *los moriscos buñoleros* de cierta ciudad del reino de Granada, dando a entender que eran los ordinarios postores de esa industria [61].

Lope saca también a plaza a un morisco empleado en esta faena:

Estaba este buñolero,
Perro morisco en calzones
Blancos, pensando traiciones [62].

Y hasta al mismo Mahoma lo pinta Lope atareado en freír masa en compañía de los suyos:

Llamaba el moro a Mahoma,
Pero no le daba oídos;
Que estaba haciendo buñuelos
Con tres o cuatro moriscos [63].

En algunos romances jocoso-satíricos leemos alusiones al oficio vulgar de la buñolería. La Colección de Durán nos suministra estos dos pasajes. Dice el uno:

¡Hace Muza sus buñuelos;
Dice el otro, aparta, aparta,
Que entra el valeroso Muza,
Cuadrillero de unas cañas!

61 *Guzmán de Alfarache*, I, I, 3. Rivad., III, pág. 197-*a*.
62 Lope, *El saber por no saber*, I. R. Acad., V, pág. 196-*b*.
63 Lope, *Con su pan se lo coma*, I. Ac. N. E., IV, pág. 306-*a*.

El otro pertenece a la donosa sátira del romance cantadísimo:

Mira, Tarfe, que te aviso
Que no pases por mi calle.

y dice así:

Y los propios buñoleros,
Aunque son de su linaje,
Entre el aceite le avisan
«Que no pase por su calle» [64].

En la comedia de *El valiente Campuzano*, el protagonista, así llamado, que es granadino, echa en cara a un caballero, cristiano nuevo, su baja ascendencia, y nos revela el bajo concepto en que era tenido el oficio de la buñolería. Le dice así, con sangrienta ironía:

Yo conocí a vuestro padre,
Que vivió pared en medio
De mi casa algunos días.
Fue conocido en el reino
Por hombre de buena masa,
Y fue la masa en el pueblo
Tan celebrada, que hoy día
Se acuerdan de los buñuelos
Que vendía en Vibarrambla.
Fué honradísimo, por cierto [65].

Otro oficio morisco que dejó huellas en la literatura fue el de tejer esteras y cestas de palma, industria propia de la región de Elche.

Uno de los romances antes citados dice a este propósito:

Estánse los Aliatares
Tejiendo seras de palma.

---

[64] Vd. Rivad., X, págs. 129-*b* y 136-*b*.

[65] Fernando de Zárate, *El valiente Campuzano*, I. Rivad., XLVII, página 573-*a*.

Y Tirso de Molina confirmó la noticia, diciendo:

Ya los moriscos se fueron,
Que por las calles vendieron,
Señor, esteras de palma [66].

Lucas Hidalgo añade un testimonio más a la prueba de esta ocupación de los moriscos, y, al mismo tiempo, una demostración del bajo concepto en que eran tenidos:

«Una moza de fregar, dadas las once de la noche, sacó el servicio de sus amos a la calle, y por quitarse de ruidos, vació le a la puerta de un vecino que hacía y vendía esteras de esparto y paja (oficio que comúnmente se halla entre discípulos del Alcorán), y como por el mal olor viniese a noticia del hombre el desacato de la moza, salió muy enojado, diciendo: "¡Oh bellaca fregona, nunca otro eches en tierra de cristianos!" Dijo la moza: "Por eso lo vacié ya a vuestra puerta"» [67].

Próximos ya los días de la expulsión, en 1608, dictó auto la Sala de Alcaldes de Casa y Corte para que no se molestase en Madrid a los moriscos que viniesen a vender esteras [68].

También eran los moriscos acarreadores de agua, oficio en que fueron sustituidos por franceses, gallegos y asturianos. Dice así el romance ya citado:

¡Y al Cegrí, que con dos asnos
De echar agua no se cansa,
El otro disciplinante
Píntale rompiendo lanzas!

Y Lope de Vega, en ocasión de buscar nombre de buen sonido a un caballero, dice:

FAB. *¿Será Mendoza?*
DIN. *Peor,*
que no hay morisco aguador
que no se enmendoce [69].

66 Tirso, *Villana de Vallecas*, III. Rivad., V, pág. 65-*c*.

67 *Opus cit*. Rivad., XXXVI, pág. 289-*b*.

68 Vd. Papeles del Consejo de Castilla, Sala de Alcaldes, en el Archivo Histórico Nacional. Catálogo de dicha sala, palabra *Moriscos*, pág. 491.

69 Lope, *Anzuelo de Fenisa*, I. R. Acad., XIV, pág. 491-*b*.

Un oficio muy propio de moriscos fué el de hortelano. Recordemos que Cervantes pintó uno de éstos en las proximidades de Granada, a quien sirvió algún tiempo el sesudo Berganza. Digamos que el romance consabido, que va enumerando las ocupaciones favoritas de los moriscos, presenta a «Almadán sembrando coles». Añadamos que Lope menciona las *lechugas moriscas* en una de sus comedias [70], y acabemos por citar un pasaje de cierto entremés anónimo, donde sale a escena un hortelano de éstos, con su habla característica:

MORO. *¿Qué querer bosancé? ¿De qué se admira?*
Hortelano estar, sonior,
desta horta e desta casa
y ser, aunque velde así,
Cencerraje de Granada.
¿Querer una ensaladiza?
Que me hacelda tan bezarra,
que a saber sonior Mahoma
comemos de bona gana,
echar perregil, mastorzo,
merdabona, merdolagas,
caporretas, caporrones,
zúcar, lechugas, borrachas.
PULGÓN. *¡Perro!, no quiero otra cosa*
sino que de aquí te vayas.
¡Válgate el diablo, hembra!
¿Aquesto los mantos tapan?
MORO. *Vos perro; y si me coger,*
hacerle andar por el barba;
caraquí, caracollá;
quedamos en noramala [71].

Ejercían además los moriscos otros oficios, de los cuales hace mención un texto interesante de Vélez de Guevara. El último verso de este pasaje expresa el concepto general en que tales trabajos eran tenidos:

---

[70] Lope, *San Diego de Alcalá*, I. R. Acad., V, pág. 41-*b*.
[71] *Entremés del Gabacho*, anónimo. N. B. A. E., XVII, pág. 185-*b*.

El perrito
Que agora del foso sale
Gateando, vive Dios,
Que le he conocido sastre
En Marruecos; aquel es
Buñolero, aquel peraile,
Boticario aquel que huye,
Que le han dado sus jarabes
Cámaras de miedo agora;
Aquel que lleva el alfanje
Desnudo, y va de su yegua,
Que se le va, en los alcances,
Si mal no me acuerdo, hacía
Junto al alcazaba zaques;
Aquel cojo borceguíes,
Y aquel jibado alpargates;
Aquel moro tuerto era
Maulero de capellares,
Cabra pesaba aquel zurdo,
Aquel calvo, por las calles
Higos y pasas vendía;
Todos son canalla infame [72].

Fácil será, por todo lo que llevamos dicho, deducir que para la España del siglo que estudiamos, los moriscos estaban en la ínfima categoría, y ni hubo virtud que les reconocieran ni vicio que no les achacaran. Todavía alguien se atrevió a salirse de los carriles del pensamiento vulgar, aunque no fuera más que accidentalmente. En un libro bastante raro leemos este alegato en favor de la unidad de raza entre los moriscos y los cristianos. Dice así:

«Cierto personaje, o de celoso, o de inexperto, baldonaba mucho el miedo de los unos, la confusión de los otros, la afrenta de todos, deshaciendo las fuerzas del enemigo. Replicó el otro: "¿A qué fin tanto ultraje? Tan españoles son los vencedores como los vencidos". Digo la pura verdad, que en ocho-

72 Luis Vélez de Guevara, *Más pesa el Rey que la sangre y blasón de los Guzmanes*, III. Rivad., XLV, pág. 106-*a*.

cientos años los nacidos y criados en Granada, en el ingenio, en el ardid, en las fuerzas y rigor no se podían reputar por Alarabes, sino por finísimos españoles, sólo diferentes en la religión» [73].

Y el benévolo y comprensivo Cervantes, que tan duramente trató a los moriscos, viene luego a reconocerlos merecedores, como los hidalgos toledanos, de recibir los dones que Dios reparte sin acepción de personas:

«Salió —dice— a servirlos una hija suya, vestida en traje morisco, y en él tan hermosa que las más gallardas cristianas tuvieran a ventura el parecerla; que en las gracias que naturaleza reparte, tan bien suele favorecer a las bárbaras de Citia, como a las ciudadanas de Toledo» [74].

---

[73] D. Martín de Vizcay, *Derecho de naturaleza que los naturales de la Merindad de San Juan del Pie del Puerto tienen en los Reinos de la Corona de Castilla.* Zaragoza, 1621.

[74] Cervantes, *Persiles*, III, 11.

Capítulo XXIII

LOS JUDÍOS

Un siglo después de la expulsión de los judíos de España por los Reyes Católicos, el problema hacía vibrar apasionadamente la conciencia española. La preocupación de tener o no tener sangre de judíos, la obsesión de sus crímenes y sacrilegios, la inquietud por sus temidas propagandas, hasta los prejuicios acerca de sus rasgos fisonómicos, eran en el siglo XVII cosas muy vivas aún en la conciencia de todo el mundo. Existía un miedo escrupuloso de que la expulsión no había sido completa, perfecta. Y existían además motivos para temer, puesto que los elementos judíos, que ocultamente perseveraban en la patria española, dejaban ver de vez en cuando que ni estaban compenetrados con ella ni habían perdido un ápice de aquel fanático apasionamiento que produjo siglos atrás salvajadas como la del santo niño de la Guardia. Los testimonios que siguen no permiten dudar que en el siglo XVII los judíos contribuían a atizar el odio que España les profesó y a mantener el concepto abominable que tuvo de ellos.

Pellicer nos da en sus *Avisos* esta noticia:

«Hoy se hace una muy solemne procesión, en que se da principio al convento que funda la Reina Nuestra Señora en la calle de las Infantas, en el propio sitio donde los judíos, los años pasados, azotaron y quemaron un Cristo, y la Inquisición tiene levantado un padrón, que dice el delito y el castigo»[1].

[1] *Avisos*, de Pellicer, 13 diciembre 1639.

Un año después recoge Pellicer la nueva de otro atentado cometido en Granada, del mismo género sacrílego que el anterior, que el docto analista condena con estas palabras:

«De verdad, una de las desdichas que se deben reparar con más atención y lástima es ver a España tan llena por todos lados de judíos, enemigos de nuestra Santa Fe Católica»[2].

Al año siguiente, otros hechos por el estilo, sucedidos en Madrid:

«El Jueves Santo, en la noche, un clérigo portugués cogió un niño de siete años, hijo de una lavandera, y, llevándolo detrás de los Pozos de la Nieve, le puso pies arriba y cabeza abajo y le dió inmensa cantidad de azotes. Conoce el Santo Oficio de esta causa y anda averiguando otros dos casos atrocísimos, sucedidos en el mismo día. Notóse que este día parecieron en las estaciones pocos portugueses de los asentistas»[3].

Del mismo corte es la siguiente noticia, correspondiente al año 1634:

«Hoy ha habido grandísima esterilidad de nuevas. Esta semana ha habido auto (aunque no general) de Inquisición en Valencia; no se sabe hasta otra estafeta lo particular de él; sólo escriben que habían de salir treinta penitenciados, y entre ellos dos monjas novicias, y que se hacía otra procesión en que el conde de Benavente llevaba a colocar otro Cristo azotado por unos judíos, no lejos de aquí. Avisaré lo que viniere de nuevo»[4].

Otro caso parecido proporciona la misma fuente:

«En Yepes han preso una familia de portugueses porque de noche se juntaban en una bodega a azotar un Cruzifijo. Tenían en casa un jornalero; entró éste a escusas a hurtar un poco de vino, y fue la suerte que era la hora en que ellos hacían esta maldad; violo y dio cuenta a la justicia seglar del caso. y dificultando de la verdad de él, se ofreció a meterlos dentro

---

[2] *Avisos*, de Pellicer, 24 abril 1640.

[3] *Avisos*, de Pellicer, 2 abril 1641.

[4] *Cartas de algunos PP. de la Compañía de Jesús*. Mem. Hist. Español, XIII, pág. 71.

de la cueva para que lo viesen, porque él tenía sospechas lo hacían a menudo. Salió un alcalde a comprobarlo con su persona, y el jornalero lo metió en la cueva la noche siguiente, y a la misma hora que la antecedente entraron los contenidos, y sacando el Cristo, después de haberle dicho grandes injurias, le azotaron y se tornaron a salir. El alcalde que lo vio y el jornalero salieron también admirados del suceso; dieron aviso a Toledo, que está cerca, y prendieron a todos sin que ninguno se escapase» [5].

También Quevedo parece que escribió un libro, hoy perdido, con motivo de esta provocación del mismo jaez, pues en la lista de sus obras tropezamos con este título:

«Tratado contra los judíos, cuando en esta corte pusieron las títulos que decían: "Viva la ley de Moisés y muera la de Cristo"» [6].

Además de estas esporádicas erupciones del reprimido espíritu judaico, que existía en una sociedad católica en el grado que vimos en el primer capítulo de este libro, la Inquisición suministraba constantemente pruebas de que no habían desaparecido ni los ritos ni las propagandas judaicas. Sólo en el reducido período de tiempo que abarcan los *Avisos* de Barrionuevo hallamos una serie de casos de judaizantes, que podemos suponer cómo pondrían el humor de los españoles de entonces. El judaísmo era para España una sierpe, de cuyos inacabables anillos no podía verse libre. Leamos, para formarnos idea, esta serie de noticias:

«En Cuenca ha habido un auto particular. Hubo ocho penitenciados, casi todos de por acá, residentes en Madrid, y un tal Soria, que había cuarenta años que judaizaba, y los demás a este tono, y una o dos hechiceras, personas muy ricas y hacendadas todas. Ténganos Dios de su mano, y nos libre de gente tan pertinaz. Amén» [7].

---

5 *Ibid.*, XVII, pág. 112.
6 Rivad., XXIII, pág. LXXXVI.
7 *Avisos*, de Barrionuevo, 27 enero 1655.

«A un alguacil de corte portugués se dice prendió anoche la Inquisición. A cada paso retornan aquí hebreos» [8].

«Hubo en Sevilla a los 15 de mayo auto de la fe. Fueron 42 portugueses los que salieron en él por judíos judaizantes castigados, y algunas mujeres por hechiceras entre ellos. Cosa de ver» [9].

«Ha preso la Inquisición un portugués rico y un alguacil de corte y dos oficiales de la cárcel de corte y otros tantos anteanoche, por la ley de Moisés» [10].

«En Sevilla prendieron cuatro mercaderes portugueses riquísimos, a primeros de abril, en una noche, por la Inquisición: no quieren acabar de escarmentar hasta que vienen a caer en la red» [11].

«Lunes 13 a media noche prendió la Inquisición 14 portugueses tratantes, hombres de negocios, en particular dos tabaquistas, uno de la Puerta del Sol y otro de Palacio. Esta gente retoña, como hongos» [12].

«Miércoles 14 de éste, a la una del día, prendió la Inquisición cuatro portugueses que tenían tiendas de tabaco en Santo Domingo, Red de San Luis, calle de Toledo y Plaza Mayor, portugueses todos y todos judíos» [13].

En la literatura, los judíos llegan a caracterizarse por sus prácticas sacrílegas. Valga por todos los textos de este género la composición de Lope de Vega titulada *Sentimientos a los agravios de Cristo Nuestro bien por la nación hebrea*, en la que leemos estrofas como ésta:

Dura nación que desterró Adriano
y que por nuestro mal viniendo a España
hoy tanto oprime y tanto daña
el Imperio Cristiano;

---

[8] *Avisos*, de Barrionuevo, 27 noviembre 1655.
[9] *Avisos*, de Pellicer, 21 junio 1656.
[10] *Avisos*, de Barrionuevo, 7 octubre 1654.
[11] *Avisos*, de Barrionuevo, 17 abril 1655.
[12] *Avisos*, de Barrionuevo, 15 septiembre 1655.
[13] *Avisos*, de Barrionuevo, 21 marzo 1657.

pues rebelde en su bárbara porfía
infama la Española Monarquía[14].

Las piezas cortas de carácter antisemita y preocupación especialmente religiosa son innumerables, y, lo que es más significativo, pertenecen a todo tipo de ambientes, desde las composiciones populares a las de gusto universitario[15].

Otros hechos de índole diversa, que tocaban muy a lo vivo a la conciencia española, se añadían a los anteriores, para agravar la opinión de los judíos. Nos referimos a conspiraciones antipatrióticas y a inteligencias secretas con los enemigos de España. El hecho que refiere Pellicer puede servir de muestra y hacernos creer que no serían poco frecuentes rumores con o sin fundamento de estas conspiraciones:

«Las Inquisiciones de Lima y Cartagena de las Indias han escrito a Su Majestad cómo en los autos que han celebrado han descubierto que muchos Portugueses Judaizantes, no sólo delinquían contra nuestra Santa Fe Católica, pero que tenían grandes correspondencias con las sinagogas de Holanda y de Levante, asistiéndoles contra España, y la Cristiandad con avisos y dineros. Que ya su Tribunal había castigado lo que le tocaba en lo católico: que Su Majestad cuidase de poner la enmienda para lo de adelante en lo político. De aquí resultó mandar que se les abriesen en un mismo día en España los pliegos a todos los portugueses que tenían correspondencia. Han hallado verificado no sólo lo de las Indias, pero descubierta cierta cifra con que se entienden con las sinagogas de Holanda; y en lo que hasta ahora se ha leído, está ajustado millón y medio de asistencia que les dan los de acá; y dice en particular una cláusula que es *para cumplir con sus obligaciones.* La averiguación de esto se ha cometido a los Inquisidores Adán de la Parra y Villoslada; y para el negocio común hay junta en casa del Inquisidor General»[16].

[14] Lope, *Vega del Parnaso*, part. II. Rivad., XXXVIII, pág. 361-*b*.

[15] Vd. R. Menéndez Pidal, «Cartapacios literarios salmantinos del siglo XVI». *Bol. R. Acad.*, I, págs. 162 y 311.

[16] *Avisos*, de Pellicer, 17 enero 1640.

En un libro novelesco de la época hallamos un episodio que da por cosa verosímil la comunicación de los judíos de acá con los expatriados de Francia, y la asistencia que estos últimos prestaban a los que iban de España. Es una página picaresca de la *Vida de Estebanillo González*, que tiene gran significación para nuestro propósito:

«Llegué a Ruan, cabeza de Normandía, a quien el caudaloso Sena, después de haber sido cinta de plata de la gran corte de París, es tahalí escarchado de esta rica y poderosa villa; y en una de sus primeras posadas me previne de una poca de ceniza, en achaque de ser para secar unas cartas, y metiéndola en un poco de papel y aposentándola en el lado del corazón, me fui a la bolsa, que es la parte del contratamiento y junta de todos los asentistas y hombres de negocios, y hallando un agregamiento de mercaderes portugueses, metiéndome en su corro y no a escupir en rueda, sino a hacerlos escupir en corrillo, les hablé con la cortesía y sumisión que suele tener el que ha menester a otro, y en su misma lengua, porque no excusasen la súplica, porque como mis padres se habían criado en la raya de Portugal, la sabían muy bien, y me la habían enseñado; y después de haberles dado a entender ser lusitano, les pedí que me amparasen, para ayuda de poder llegar a la ciudad de Viena, adonde iba en busca de unos deudos míos, y por venir pobre y derrotado, huyendo de familiares, a quien no bastaban conjuros ni compelimientos de redoma, y que por lo que sus mercedes sabían habían quemado a mi padre, cuyas cenizas traía puestas en el alma al lado del corazón. Ellos, con semblantes tristes, algunos con preñeces de ojos, que sin ser medos esperaban partos de agua, me llevaron a la casa del que me pareció más rico y respetado. Pidiéronme la ceniza, y habiéndola dado, sin ser primer día de Cuaresma, fue cada uno besando el papelón por antigüedad. Pidiéronme licencia para repartir entre ellos aquellas reliquias de mártir, y yo, mostrando un poco sentimiento, les di amplia comisión, como se reservasen algunas para mí, pues en virtud de unos polvos que había echado al mar, me había librado de una gran tormenta que había

corrido en el Estrecho de Gibraltar. Suspiraban todos por el trágico suceso que les había hecho creer, y decían con tiernas lágrimas: "El Dios de Israel te dé infinita gloria, pues mereciste corona de mártir". Repartieron las cenizas de la dicha posada o bodegón, y, mostrándome todo amor y benevolencia, me volvieron a la referida bolsa, y echando un guante en todos los de su nación, me juntaron veinte y cinco ducados, los cuales me dieron, y una carta de favor para un correspondiente suyo, mercadante en la corte de París, para que me socorriese para ayudar a proseguir mi viaje; y después de haberme encargado que procediese como quien era y que jamás pusiese en olvido la muerte de mi padre y mi felicidad en haber merecido ser su hijo, me despedí de ellos, alegre de haber salido tan bien de gente que siempre engañan y jamás se dejan engañar» [17].

Por último, y para acabar de ver que los judíos extrañados no habían desaparecido todavía de la memoria y de la vida de España, antes se pensaba en ellos, se contaba casi con ellos. Leemos en Pellicer esta noticia:

«He sabido por cosa cierta que se trata de restituir y traer los judíos que están en las sinagogas de Holanda y otras partes; para lo cual se han propuesto en un papel veinte y ocho medios. Opónese a ellos constantemente la Santa Inquisición» [18].

Todos estos hechos que acabamos de ver significan una batalla sorda y tenaz entre dos razas tan distantes en sentimientos y carácter como próximas por destinos históricos. De aquí que los españoles tuvieran su concepto particular de los judíos, como de una de las gentes que habitaban la Península, como si no se tratara de proscritos cien años hacía de España. Analizando el pensamiento del siglo XVII sobre los judíos, llegamos a descubrir en él los siguientes aspectos:

a) Justificación de la expulsión.
b) Acusación de deicidas.
c) Vana esperanza del Mesías.

---

17 *Estebanillo González.* Vd. Rivad., XXXIII, pág. 312-*b*.
18 *Avisos*, de Pellicer, 12 marzo 1641.

d) Ritualismos anticristianos.
e) Avaricia desordenada.
f) Fisonomía propia.
g) Odiosidad.

Cada uno de estos epígrafes es a continuación comprobado, según nuestro método, con testimonios de la época que estudiamos.

JUSTIFICACIONES DE LA EXPULSIÓN

Aunque el destierro de los judíos era ya en el siglo XVII un hecho pasado a la historia, todavía se creyeron algunos escritores en el caso de expresar su opinión favorable al decreto de los Reyes Católicos, tal vez acuciados por algún arbitrio presentado al Poder público en demanda de su retorno a la Península, de lo cual hemos visto alguna tentativa en el epígrafe precedente. En ese mismo lugar vimos que el obstáculo principal a dicho arbitrio era el Santo Oficio, lo que por sí solo nos da ya una grande y valiosa masa de opinión adicta al destierro de los judíos. Un severo magistrado político y a la vez con bastantes contactos con el mundo literario de sus días expresó un juicio que hemos de tener por muy extendido entre hombres de su clase. El doctor López Madera, en su citada obra, dice que los Reyes de España «echaron... a los (judíos) obstinados y pertinaces en su error... sin que tuviesen ojos nuestros reyes a los grandes provechos y intereses que de esta gente sacaban; ocasión para que otros Príncipes los sustenten en sus tierras o para que, habiéndolos expelido, los hayan vuelto a admitir, como hizo el Rey de Francia Filipo, llamado Augusto» [19].

Lope de Vega tuvo ocasión dos veces de aplaudir aquel extrañamiento, atribuyéndolo ambas veces a la figura simpática de Isabel I, y empleando el recurso de lo sobrenatural, al modo que hemos visto en el capítulo de los moriscos. Una vez es España la que habla en sueños a la Reina, y le dice:

[19] López Madera, *Opus cit.*, fol. 54.

Quien librar
Puede mi cuello tú eres
Del moro y del fiero hebreo,
Que han de desterrar de España;
Que guarda el cielo esta hazaña
A tu valor y deseo[20].

La segunda vez es Santo Domingo el que se aparece en visión, aconsejando el destierro en esta forma:

Pero mira, Isabel noble,
Que aunque el Santo Oficio haga
Lo que de su parte puede,
No juzga la Iglesia santa
De lo que ocultan los pechos;
Y será cosa acertada
Que destierres los judíos
Eternamente de España.
Haced un edicto luego
Que en breve término salgan,
Porque la limpieza quede
Libre de su ciega infamia[21].

El ya citado fray Benito de Peñalosa toma muy de propósito el trabajo de justificar la expulsión, enhilando todas las tentativas que diversos Reyes de Castilla hicieron para convertir a los judíos, y termina diciendo:

«Viéndose ya los Reyes Católicos, Don Fernando y Doña Isabel, señores de todas las Españas (fuera de Portugal y de Navarra), juzgaron por buena ocasión para limpiar sus reinos desta canalla. Y esta santa resolución tomaron en Granada a 30 de marzo de 1492»[22].

Inútil sería encontrar en el siglo XVII español un solo autor contrario al extrañamiento de los judíos. Los siguientes aspectos de la mentalidad española en esta cuestión son a la vez complemento de este punto, que damos por terminado.

20 Lope, *Mejor mozo de España*, I. R. Acad., X, pág. 331-*a*.
21 Lope, *Niño inocente de la Guardia*, I. R. Acad., V, pág. 75-*a*.
22 *Opus cit.*, pág. 35.

ACUSACIÓN DE DEICIDAS

El espíritu religioso de la época no podía perder de vista este aspecto del pueblo judío. Y si hemos de ser sinceros, no dejaremos de reconocer que los judíos mismos, con sus excesos y sacrilegios, se llamaban a la parte en el asunto y no procuraban descargarse del fardo del deicidio. El racionalismo y el positivismo no habían por estas fechas invadido a Israel. De aquí que tan pronto un español se echaba a la cara a un judío o pensaba en él, lo primero que veía era un descendiente de los que crucificaron a Cristo. Una serie de cuentecillos a este propósito leemos en las compilaciones de la época, de los cuales vamos a trasladar los más significativos.

Francisco Asensio, en su *Floresta,* trae el siguiente chiste:

«Queriendo un cristiano nuevo motejar a uno, que iba caballero en un rocín, muy al cabo, le dijo: "Compañero, ¿para qué subís tan a las ancas?" A que con agudeza respondió: "Por no matarle en la cruz, de lo que tú hicieras poco caso"» [23].

Y el duque de Frías, en su *Deleite de la discreción,* recogió este otro:

«Habiendo fabricado una casa ostentosa cierto hombre, a quien se tenía por de raza de judíos, y puesto en la portada una cruz de jaspe, le fijaron esta sátira:

Es propio de cazadores
después de la caza muerta,
poner la piel a la puerta» [24].

Otra anécdota allegó el mismo autor, tocante a la venta de Judas por treinta dineros, que fue casi un tópico para zaherir a los judíos, según la frecuencia con que hallamos cuentos y facecias semejantes. El duque de Frías refiere así la suya:

«Dijéronle al Rey Don Alonso de Aragón que cierto cristiano nuevo, cuyo origen era hebreo, pedía quinientos ducados

[23] F. Asensio, *Floresta Española.* Biblióf. Madril., IV, pág. 100.
[24] *Opus cit.* Biblióf. Madril., IV, pág. 280.

por una imagen de San Juan Evangelista que tenía en venta. Dijo: "Ese hombre es más avariento que sus antepasados, pues ellos apreciaron en sólo treinta monedas la persona del Hijo de Dios y quiere llevar tanta cantidad por sólo el retrato de un discípulo suyo"» [25].

En los *Diálogos de apacible entretenimiento*, de Lucas Hidalgo, hallamos otro cuento análogo al anterior:

«Un galán harto discreto, aunque dotado de cierta raza (que por la mayor parte hacen matrimonio los nietos de Jacob con la sutileza de ingenio), había puesto los ojos en cierta señora para su compañera conyugal; y como se determinase un día de manifestar su pensamiento, fuése a la señora, y díjola que se tendría por muy venturoso de que le quisiese por su marido. A lo cual, con grande entonación y cólera, respondió ella: "¡Jesús, Señor! ¿Eso me dice vuestra merced? Por el siglo de mi padre, que entiendo que si vuestra merced me cogiese en su jurisdicción, que un día me vendiese por treinta reales, por parecer a los suyos". Respondió el galán: "No haría, desvergonzada; que lo que yo había de vender por treinta primero lo venderéis vos por medio"» [26].

En la misma obra de Lucas Hidalgo hay otros cuentecillos que echan en cara a los judíos su participación en los diversos actos de la Pasión de Cristo. Son dos dialogantes quienes recitan estos cuentos que vamos a oir:

«Don Diego.—Bien me lo llamaste, tacaño; pero mejor se lo llamó Colmenares al dotor Gómez y su mujer, de quien se decía que tenían ciertas gotillas de sangre del patriarca Jacob. Éstos enviaron a la taberna de Colmenares por un poco de vino para una necesidad de estómago. Envióselo, y como no les contentase el vino, enviáronle a decir con un criado que mirase noramala qué vino enviaba allí para una necesidad. Respondió Colmenares: "Decid a vuestros amos que no es tan malo el

---

[25] Duque de Frías, *Deleite de la discreción*. Biblióf. Madril., IV, página 157.

[26] *Opus cit.* Rivad., XXXVI, pág. 314-*b*.

vino, que en otra mayor necesidad se lo dieron ellos peor a Jesucristo".

DOÑA PETRONILA.—Otro dijo en la misma materia Colmenares algo más bachiller que no ése. Llegóse Colmenares a comprar una ropilla en casa de un ropero que tenía la ejecutoria de su limpieza en iglesia; y estándola concertando, dijo: "Hagamos barato, señor, pues somos todos de un oficio". Preguntóle el ropero, diciendo: "Siendo vos tabernero y yo ropero, ¿cómo decías que somos de un oficio?" Respondió Colmenares: "Ambos vendemos ropa, sino que la vuestra abriga por fuera y la mía por de dentro". Dijo el ropero: "Ansí es, pero vos no podéis quitar la ropa que vendéis, si una vez se arropa el que la compra; mas yo bien puedo desnudar a quien la hubiera vestido". Añadió Colmenares: "Y aun jugarla a los dados porque no se divida"» [27].

Paralelo es el siguiente pasaje de Quiñones. Dice el cristiano nuevo:

MOJARRILLA. *Una hechura compré de un* Ecce-homo.
DOMINGO. *¿Cuánto disteis por ella?*
MOJARRILLA. *Doce reales.*
DOMINGO. *Esa es mohatra digna de una afrenta, comprar por doce lo que vale treinta* [28].

Una costumbre religioso-popular ayudaba a mantener esta manera de ver. Nos referimos a los *pasos* que salían en procesión por la Semana Santa, como salen hoy día, en los cuales figuran judíos sañudos y crueles, en actitudes de sayones, sicarios y verdugos, rodeando la imagen del Redentor. Estos judíos, a falta de los de carne y hueso, recordaban periódicamente al pueblo aquel sangriento drama de Jerusalén, en que ellos habían sido tan principales actores.

Los textos abundan sobremanera para probar la importancia de esta otra fuente de la formación del concepto acerca de

---

27 *Opus cit.* Rivad., XXXVI, pág. 289-*b*.

28 *Entremés de los dos Alcaldes encontrados.* N. B. A. E., XVIII, página 674-*a*.

los judíos. Lope, en un gracioso entremés, saca un alcalde necio dictando esta orden:

Luego mando
Que salgan del lugar los Fariseos
Que la noche sacáis del Jueves Santo [29].

Otro entremés de Simón Aguado introduce una negra, que en su media lengua alude a los mismos judíos:

«Si samo túnica de la Soledad, no samo a lo meno de lo judio que yeva lo paso» [30].

Quevedo recuerda el meneo que estas efigies llevaban en la procesión sobre las andas, circunstancia que puede actualmente comprobarse en los lugares donde salen estas procesiones. Habla Quevedo del Buscón, y lo pinta subido en un caballo y «dando vuelcos a un lado y otro, como fariseo en paso» [31].

Rojas Zorrilla alude a la vestimenta que tales judíos sacaban de pretendido estilo oriental:

OCTAVIO. *Pues va este lacayo preso,*
lo mejor es maniatarle.
NUÑO. *Paréceme que ya he visto*
a ustedes.
OCTAVIO. *¿Dónde, bergante?*
NUÑO. *En un paso de Pasión,*
con tocas y con alfanjes [32].

Moreto nos permite apreciar los gestos y visajes ridículos con que se representaba el semblante de las imágenes de judíos. Dice así:

Ya la guitarra está aquí.
—Lo mejor es que no templa
Ni hace gestos; que hay algunos

---

29 Lope, *Entremés del soldadillo.* R. Acad., II, pág. 173-*a.*

30 Simón Aguado, *Entremés de los negros.* N. B. A. E., XVII, página 230-*a.*

31 *Opus cit.*, cap. II. Clás. Cast., V, pág. 27.

32 *La más hidalga hermosura,* I. Rivad., LIV, pág. 512-*a.*

Que cuando cantan se quedan
Como judío de paso;
Y cuando a un pasaje llegan,
Le comienzan en la boca
Y le acaban en la oreja [33].

También parece, por un texto de D. Álvaro Cubillo de Aragón, que se acostumbraban poner estatuas de estas figuras de la Pasión en los monumentos del Jueves Santo, y que se las representaba vestidas ridículamente:

Pues el tal
Vestidillo es a lo nuevo;
Para vestir un Longinos
En un monumento, es bueno [34].

Otro de los pasos en que más aparecían los judíos en actitudes ridículas era el de la Resurrección de Cristo, ya fuera en pinturas, retablos o grupos escultóricos, que son los que propiamente forman los *pasos*. Aquí se les presentaba con armaduras antiguas, como lo declara este pasaje del falso Avellaneda:

«Díganos vuesa merced, señor armado, para dónde es su camino y cómo va por éste con ese sayo de hierro y adarga tan grande; que le juro en mi conciencia que ha años que no he visto a otro hombre con tal librea cual la que vuestra merced trae: sólo en el retablo del Rosario hay un tablón de la Resurrección, donde hay unos judiazos despavoridos, enjaezados al talle de vuesa merced; si bien no están pintados con esas ruedas de cuero que vuesa merced trae, ni con tan largas lanzas» [35].

Y el libro de *Estebanillo González* confirma lo corriente y vulgar de estas representaciones:

«Acudimos todos a ayudar a levantar a nuestro jefe, y demás de no poder conseguir nuestro deseo, nos quedamos de

[33] Moreto, *Lo que puede la aprensión*, II. Rivad., XXXIX, pág. 176-*a*.
[34] *El invisible príncipe del baúl*, II. Rivad., XLVII, pág. 190-*a*.
[35] *Quijote*, de Avellaneda, cap. XXIII. Rivad., XVIII, pág. 70-*b*.

paso de judíos de la Resurrección, sin poder ninguno levantarse del puesto» [36].

Y otro pasaje idéntico encontramos en una comedia de la poetisa doña Ana Caro:

Mas ¿qué es aquello? Mi amo
Parece que está en extásis,
O que a lo de resurrexit,
Judío asombrado yace [37].

En conclusión: tan conocidos eran los *pasos* en que figuraban judíos, que Moreto llegó a jugar del vocablo, suponiendo al público familiarizado con el doble sentido de la palabra:

¿Quién la mete con los pasos?
Que eso toca a los judíos [38].

Lo cual nos da la razón de suponer que estas costumbres religioso-populares influyeron mucho en la formación del concepto de los judíos, como perpetradores del tremendo crimen del deicidio.

Sirva de remate a la exposición de este aspecto de la ideología española sobre Israel los siguientes versos, hasta ahora creo que inéditos:

A UN JUDÍO

Por un papel te pedí
Cierto dinero emprestado;
Treinta me trujo el criado,
Notable número ha sido.
Dime, nuevo convertido,
Descendiente de Israel;
Mi mal escrito papel

36 *Estebanillo González*, VIII. Rivad., XXXIII, pág. 334-*a*.

37 *El Conde Partimplés*, I. Rivad., XLIX, pág. 128-*c*.

38 Moreto, *No puede ser...*, II. Rivad., XXXIX, pág. 202-*a*. Vd. también, Quiñones de Benavente, *Entremés de los dos Alcaldes encontrados*, N. B. A. E., XVIII, pág. 674-*b*.

¿Qué cara o fisonomía
De Jesucristo tenía,
Que treinta diste por él? [39].

LA ESPERANZA DEL MESÍAS

La literatura del siglo XVII formó un tópico burlesco de la esperanza mesiánica mantenida por los judíos. La venida del Mesías es para los cristianos una ilusión vana y quimérica, y los que sustentan esa esperanza pasan, por ello, a ser considerados como ilusos y de poco seso. Todos los textos que siguen expresan un juicio despreciativo respecto de tales *esperantes*, sin que les valga otra fama que recogió Lucas Hidalgo en el texto antes citado de que *los hijos de Jacob hacen de ordinario matrimonio con la sutileza de ingenio.* La esperanza de algo que llegaba tarde o nunca, la tienen los españoles por condición propia de judío. Dice Diego Galán:

«Estuve cosa de dos horas cansado de esperar, considerando cuán grande flema tienen los que esperan al Mesías, causa que bastará ella sola a no guardar la ley de Moisés» [40].

Y se encuentra repetidas veces en la obra dramática de Lope. Dice en una comedia:

FERNANDO. *Alguna vez, yo te fío.*
que algo te tengo de dar.
NUÑO. *Quien tanto puede esperar,*
mucho tiene de judío [41].

Y en otra de sus obras:

¿Esperanza puede haber
Que obligue a que esperes más?
¡Cuál eras para judío! [42].

---

[39] Ms. 17687, B. N. de Madrid, fol. 13.

[40] *Cautiverio y trabajos*, de Diego Galán. Biblióf. Esp., XXXVII, página 290.

[41] *El piadoso aragonés*, I. R. Acad., X, pág. 252-*b*.

[42] Lope, *Amar, servir y esperar*, III. Ac. N. E., III, pág. 237-*b*.

Tirso compara el Mesías de los judíos con una dama inasequible al amor de cierto galán:

Porque esperar a tu dama
Son esperanzas judías,
Y ella su tardón Mesías,
Pues no escucha a quien la llama [43].

Igualmente Quevedo, criticando a los galanes de monjas, echa mano de las esperanzas judías para calificar sus ilusorias pretensiones:

«Otrosí, contemplando en los galanes de ciertas señoras y atendiendo a que ellos y los judíos se parecen en el esperar sin fruto, los mandamos desterrar por vagabundos» [44].

Castillo Solórzano compara el amor inmutable de un enamorado a la esperanza de la religión mosaica:

Aquí me tiene Cupido,
A fuer de rito judaico,
Intruso en la expectación
Más fijo que lo está un mármol [45].

Y en otra obra compara la largura de la calle Mayor, de Madrid, a la tal esperanza:

Veréis una calle larga
Como dicha de judío,
De donde espera el demonio
Gran cosecha de precitos [46].

Salas Barbadillo se mofa del amor que dice *espera, espera,* sin dar de contado obras en vez de palabras:

Y así, yo tan sólo creo
En lo que miro presente;

---

43 Tirso, *Palabras y plumas,* II. Rivad., V, pág. 10-*c.*
44 Quevedo, *Premáticas y Aranceles.* Clás. Cast., LVI, pág. 64.
45 *El mayorazgo figura,* III. Rivad., XLV, pág. 302-*c.*
46 Castillo Solórzano, *Jornadas alegres,* I. Madrid, 1909, pág. 20.

Que el espera *es propiamente*
Dádiva para un hebreo [47].

Y en otra obra compone este jocoso epigrama a *Uno de la ley de Moisés*:

Cuéntanme, Samuel, que ayer
Estuviste a visitarme,
Y cansado de esperarme
Te fuiste al anochecer.
Mucho fué sin negociar
Irte y vencer tu deseo;
¿Quién creyera que un hebreo
Se cansara de esperar? [48].

Vélez de Guevara pone en boca de un cortesano impaciente este lenguaje, ante las promesas del Rey nunca cumplidas:

Para esperar, tengo poco
De judío, y pretensiones
Mesías son para otros [49].

De tal modo el verbo *esperar* se coloreó de este sentido hebraico, que apenas se podía pronunciar sin buscarle el chiste o asociarlo de alguna manera al recuerdo de los judíos. En una comedia de don Francisco de Leiva, leemos este diálogo:

SARGENTO. *Voto a Dios, si no mirara...*
MARTÍN. *Mire bien el so sargento.*
SARGENTO. *El que estamos esperando...*
MARTÍN. *Eso toca a los hebreos* [50].

---

47 *Galán, tramposo y pobre*, III. Rivad., XLV, pág. 282-*c*.

48 Salas Barbadillo, *El caballero puntual*, VIII. Col. Escrit. Cast. Madrid, 1909, pág. 120.

49 Vélez de Guevara, *Hércules de Ocaña*, III. «Ocho Comedias Desconocidas». Leipzig, 1887, II, pág. 292.

50 Don Francisco de Leiva, *La dama presidente*, II. Rivad., XLVII, página 368-*b*.

En otra de Moreto, llegamos a ver que decir a uno que *esperara* podía maliciarse que era llamarle judío:

¿Qué es espere? ¿Yo esperar?
Pues el Rey de mi venida,
¿No estaba ya prevenido?
Cuando que venga me avisa,
¿Con tal desprecio me trata
Cuando a la persona misma
Del conde de Trastamara,
Su hermano, es igual la mía
En el asiento y el trato?
¿Yo esperar?
PEREJIL. *Si bien lo miras,*
Todo es llamarte judío [51].

Moreto, en otra obra, contrapone la hidalguía, representada por el tocino, al «esperar», cualidad esencial del hebreo:

CRIADO 3.º *Y envía un jamón y este vino,*
que os acuerde al salir fuera
que os espera.
GERUNDIO. *Hombre que espera*
harto es que envíe tocino [52].

Para ver el área de este lugar común en la literatura, citaremos estos tres textos que siguen, comprobativos de que no hubo autor de cuenta que no lo empleara en sus obras. Dice Rojas Zorrilla:

D. R. *No os vais, hidalgo, esperad.*
P. *Yo esperaré más que esperan*
treinta judíos [53].

---

51 Moreto, *El valiente justiciero*, II. Rivad., XXXIX, pág. 339-*c*.
52 Moreto, *El Licenciado Vidriera*, III. Rivad., XXXIX, pág. 263-*c*.
53 Rojas Zorrilla, *Primero es la honra que el gusto*, I. Rivad., LIV, página 448-*a*.

Y Calderón, en un lugar idéntico al anterior:

A mí esperándome están.
Dame un broquel, y tú aquí
Me esperas.
—¿Yo esperar?
—Sí.
—Espere un judío de Orán[54].

Y Quiñones de Benavente:

—Aguarde, aguarde.
—¿Que aguarde? Aguardaré más que un judío.
Mantequilla me ha vuelto aquese brío[55].

Para cerrar este capítulo citaremos la crítica paradójica que hizo Quevedo de esta esperanza. Es un judío el que habla en un momento de sinceridad que le ha imbuido en el alma el propio Quevedo:

«Comúnmente nos tienen por los porfiados de la esperanza sin fin, siendo en la censura de la verdad la gente más desesperada de la vida. Nada aborrecemos y hemos aborrecido tanto los judíos como la esperanza. Nosotros somos el extremo de la incredulidad, y *esperanza* e *incredulidad* no son compatibles: ni esperamos ni hay que esperar de nosotros. Porque Moisén se detuvo un poco en el monte, no quisimos esperarle, y pedimos a Dios a Aarón. La razón que dan de que somos tercos en esperanza perdurable es que aguardamos tantos siglos ha al Mesías; empero nosotros ni le recibimos en Cristo ni le aguardamos en otro. El decir siempre que ha de venir no es porque le deseamos ni le creemos: es por disimular con estas largas que somos aquel ignorante que empieza el salmo 13, diciendo en su corazón: "No hay Dios". Lo mismo dice quien niega al que ya vino y aguarda al que no ha de venir. Este lenguaje gasta nuestro corazón, y, bien considerado, es el *Quare*,

---

[54] Calderón, *Casa con dos puertas*, III. Keil, I, pág. 45-*a*.
[55] *Entremés famoso del amor al uso*. N. B. A. E., XVIII, pág. 630-*a*.

del salmo 2, *fremuerunt gentes, et populi meditati sunt inania..., adversus Dominum, et adversus Christum ejus?* De manera que nosotros decimos que esperamos siempre por disimular que siempre desesperamos» [56].

RITUALISMOS JUDAICOS

Otra de las formas que la fantasía popular tenía de concebir un judío era la de los ritualismos mosaicos a que se los creía apegados. En una poesía de Jerónimo de Barrionuevo se plantean los dos aspectos fundamentales de estos ritos: la práctica de ceremonias judaicas y la abstinencia de la carne de cerdo. Dice así esa poesía:

¿Tengo alguna sinagoga
A donde a deshora voy?
¿O no se come en mi casa
El puerco de San Antón? [57].

A las prácticas sinagogales se refería el Licenciado Vidriera en este agudo dicho:

«Estando a la puerta de una iglesia, vio que entraba un labrador de los que siempre blasonan de cristianos viejos, y detrás dél venía uno que no estaba en tan buena opinión como el primero, y el Licenciado dio grandes voces al labrador, diciendo:

—Esperad, Domingo, a que pase el sábado» [58].

Tocan también a este punto las frecuentes acusaciones que se hacían a los conversos referentes a la poca antigüedad de su conversión.

En el fondo, lo que se les echaba en cara no era que se hubieran convertido hacía poco tiempo, sino que su conversión era pura fórmula exigida por las circunstancias políticas. Cal-

56 Quevedo, *La hora de todos.* Clás. Cast., XXXIV, pág. 237.

57 Vd. Poesías de Barrionuevo, en el tomo I de sus *Avisos.* Col. Escrit. Cast. Madrid, 1892, pág. LXXII.

58 Cervantes, *Opus cit.*, ed. N. A. Cortés, pág. 42.

derón nos ofrece un lugar típico de este género, que pone mengua en la sinceridad de la confesión de los judíos:

He de hacer
A este perro que confiese
La verdad; aunque no es mucho,
En verdad, que no supiese
Confesar este judío,
Porque ha poco que lo aprende [59].

Idéntico sentido tiene el texto de Quiñones:

MOJARRILLA. *Porque es Pascua del santo Nacimiento,*
que es mi fiesta.
DOMINGO. *Mentira manifiesta,*
Que la Circuncisión es vuestra fiesta.
No es ésta vuestra pascua, majadero.
MOJARRILLA. *¿No es mi pascua?, pues ¿cuál?*
DOMINGO. *La del cordero* [60].

Lo más general en los textos literarios es preciarse exageradamente de cristiano viejo, condenando indirectamente a los nuevos, sin que falten pasajes en que la tal cristiandad nueva aparezca directamente condenada. Citaremos, por ejemplo, el siguiente pasaje:

Murió el Alcalde, hidalgo, que vivía
A las espaldas de la casa mía.
—Y que era hidalgo yo lo fío.
—Harto es que lo alabéis, siendo judío.
—Tratadme bien, que so cristiano viejo.
—En la edad, puede ser, no en el pellejo [61].

Lo que verdaderamente constituyó en la literatura un tópico para caracterizar a los hebreos fue el otro rito de la absten-

[59] Calderón, *Luis Pérez el Gallego*, II. Rivad., II, pág. 454-*b*.

[60] Quiñones de Benavente, *Entremés de los dos Alcaldes encontrados*. N. B. A. E., XVIII, pág. 673-*a*.

[61] Avellaneda, *Entremés de los Rábanos. Floresta de Entremeses*. Madrid, 1691, pág. 118.

ción de carne de cerdo. Un donairoso escritor, Lucas Hidalgo, explicó el origen de esta abstención en el diálogo que vamos a copiar:

«DON DIEGO.—Como el vino y el tocino son tan correlativos y parientes, que no sabe andar el uno sin el otro; porque apenas pondréis un bocado de tocino en el paladar, cuando luego pregunta por el jarro y le da gritos, habéisme despertado con la memoria que acabáis de hacer del vino, un deseo de preguntar qué es la razón que los moros no comen tocino, ni tampoco los judíos.

CASTAÑEDA.—Eso yo os lo diré mejor que el Doctor y que cien doctores. Como Dios echase de ver que cuando levantaron por ídolo los judíos una ternera la habían reverenciado como si fuera su dios, sabía cuánto mejor era un torrezno que diez terneras, y que si les dejaba comer tocino, pensarían que no había otro dios en el mundo sino el tocino; y ansí, se lo quitó de las garras. Y si no satisface esto, lo más cierto debe ser que, en pago de la protervidad y rebeldía que aquella mala casta tuvo con su Dios, les quiso, entre otros castigos, privar del mejor bocado que tiene la naturaleza para plato de los hombres. Esto es lo que toca a los judíos» [62].

Lope de Vega caracteriza con esta condición a una judía, llamándola además *mala casta:*

CIRINO. *Puesta tengo el afición*
en una judía, y quisiera
que romana se volviera,
por decilla mi pasión.
Mas la sangre de Cirino
No es bien se mezcle con...
LACAYO. *Basta:*
con aquesta mala casta
que jamás come tocino [63].

---

62 Lucas Hidalgo, *Diálogos de apacible entretenimiento.* Rivadeneira, XXXVI, pág. 311-*b.*

63 Lope, *Auto de la Circuncisión.* R. Acad., II, pág. 511-*b.*

En otra obra parece que quiere sacar consecuencias de esta abstención, relativas, a las condiciones de simpatía de una dama:

LEVÍ. *Una dama que está aquí,*
que a aquesta huerta ha venido...
BELARDO. *¿Es una que no ha comido*
tocino en toda su vida?
LEVÍ. *Sí.*
BELARDO. *Pues ¿para qué la queréis?*
Que, al ser olla, era la cosa
Más mala y menos sabrosa
Que hallar ni comer podéis[64].

Espinel saca del hecho de la abstención la mala ascendencia de otra dama zaragozana. Habla de una «señora, tan buena de nacimiento, que habiéndole yo enviado dos perdices..., las echó en una necesaria porque venían lardeadas con tocino»[65].

Quiñones de Benavente, haciendo también distintivo de raza el comer o no comer puerco, pone este pregón en boca de un vendedor:

Chicharrones vendo, niñas,
Manjar de cristianos viejos;
Que sólo la gente limpia
Es la que come los puercos[66].

Igualmente el canónigo Tárrega en este lugar:

No te corras, judigüelo.
Aqueso no, juro a Dios;
Que tú eres mata-cochinos,
Pero quien los come yo[67].

Hasta una limosna de tocino dada con la mejor intención viene a sugerir la malévola interpretación del sospechoso rito:

---

64 Lope, *Las paces de los Reyes*, II. R. Acad., VIII, pág. 545-*b*.
65 Espinel, *Obregón*, I, 22. Clás. Cast., XLIII, pág. 307.
66 Quiñones de Benavente, *Baile del alfiler*, N. B. A. E., XVIII, pág. 648.
67 *Baile de Leganitos*. Rivad., XLIII, pág. 98-*b*.

Pues entiende que el mezquino
Me dio tan sólo un pastel,
Un pan y un jarro de vino,
Y unas lonjas de tocino,
Por no comérselas él[68].

Tirso inventa una donosa manera de averiguar quién es y quién no es judío en la población de Portugal, a donde en gran parte se acogieron los expatriados de la Corona de Castilla. Es donosa invención:

A la nariz les llegó
Un pedazo de jamón;
Y el que es cristiano echa el diente;
Y el que no, las tripas echa[69].

A Tirso no se le fue por alto que había judíos poco cumplidores de la ley de Moisés, y nos presenta en la figura del brutal rico avariento, Nineucio, el tipo del hebreo que aplica las leyes de la gramática a las del arte culinario:

TORBIS. *¿Por qué procura*
Nineucio, si de Israel
es natural, y el hebreo
no puede comer tocino,
criar lechones?
GULÍN. *El vino*
dispensa con él.
TORBIS. *Ya veo*
la amistad que han profesado
el dios vino y dios jamón;
mas como a vuestra nación
ese manjar se ha vedado
de que lo coma, recibo,
nuestro Nineucio, pesar.
GULÍN. *En lógica os he de dar*
la respuesta. Un relativo

68 Gaspar Aguilar, *El mercader amante*, I. Rivad., XLIII, pág. 128-*b*.
69 Tirso, *Mari-Hernández*, I. Rivad., V, pág. 112-*a*.

es imposible que esté
sin correlativo: el vino
es relación del tocino
desde el tiempo de Noé.
Nineucio, que a cangilones
bebe, le come en efeto,
porque estima el ser sujeto
de aquellas dos relaciones[70].

El reverso de la medalla era caracterizar al hidalgo limpio de raza y al cristiano viejo por su buen diente para el tocino. Lo cual viene a constituir una alusión directa al rito judaico, cada vez que sale el tocino en abono de la ascendencia de alguien. Citemos algunos ejemplos de esta clase.

De Lope:

MONFORT. *¿Cómo os llamáis, soldado?*
PIERRES. *En lo latino,*
Petrus, y más hidalgo que un tocino[71].

De Quevedo:

«Sólo añadió a la comida tocino en la olla, por no sé qué que le dijeron un día de hidalguía»[72].

De Matos Fragoso:

Y yo, Inés, a tu servicio,
Sancho de Oviedo, hijo-dalgo
Como un pernil de tocino[73].

De Moreto:

Sepa su merced que soy
Más hidalgo que un torrezno[74].

---

[70] Tirso, *Tanto es lo de más como lo de menos*, III. N. B. A. E., IV, página 139-*b*.
[71] Lope, *Vida de San Pedro Nolasco*, I. R. Acad., V, pág. 5-*b*.
[72] Quevedo, *El buscón*, cap. III. Clás. Cast., V, pág. 40.
[73] *La dicha por el desprecio*, III. Rivad., XLVII, pág. 335-*c*.
[74] Moreto, *De fuera vendrá*, II. Rivad., XXXIX, pág. 68-*c*.

Esta diferenciación racial, a base de leyes gastronómicas, dio margen en el teatro contemporáneo a cuentos y episodios burlescos de relativa extensión, que el público de entonces debía encontrar divertidos.

Lope introdujo esta escena en una comedia:

CORREGIDOR. *¿Qué ha habido?*
ALGUACIL. *Ejecutado el pregón*
del vecino que en León
no estuviese apercibido.
La ciudad miré, y hallé
todas las calles colgadas,
tan por extremo adornadas,
que muestran su amor y fe.
Pero éste, entre dos vecinos
de colgaduras galanas,
tiene a su puerta y ventanas
colgados cuatro tocinos.
Quíseselos descolgar,
él fué y en su casa entróse,
sacó espada y resistióse,
y aun me ha querido matar.
CORREGIDOR. *¿Es verdad esto?*
SOLDADO. *Así es.*
CORREGIDOR. *¿Qué razón daréis?*
SOLDADO. *Donosa:*
El que cuelga alguna cosa,
¿no es la de más interés?
Yo, en esta fiesta real
que hace León de mil modos,
¿no es para que cuelguen todos
lo que tiene cada cual?
Pues yo, cuanto he procurado
de mayor estimación,
aquellos tocinos son
que en la pared he colgado.
Pues de mí en tal interés,
sabrá el Rey, como confío,

no ser moro ni judío,
sino hidalgo montañés [75].

Al mismo tema hacen relación las jocosas palabras de un lacayo de Salas Barbadillo, muy cristiano viejo, a falta de otras virtudes:

Creed
Que en esto soy temerario;
Aunque yo más de ordinario
Me acuchillo con la sed.
Con dos hebras de tocino
La suelo resucitar
Para volverla a matar
Con el estoque del vino.
Nace con tocino, y deja
Su vida al vino; advertir
Quiere en nacer y en morir
Que es mi sed cristiana vieja [76].

Concluiremos transcribiendo los siguientes versos anónimos, que también pueden aplicarse a los mahometanos:

Y así puso por grande la desdicha
de aquella loca y bárbara canalla
enemiga del puerco y su salchicha.
¡Oh, ciega y torpe mísera gentalla!
¿En qué fundáis el pensamiento loco
y al santo cielo le movéis batalla?
Quando el temor de Dios fuese tan poco
por no perder bocado tan sabroso
deviades adorar al que yo invoco.
Y así, en la vida el cielo poderoso
haceros enemigos del tocino
da por pena y castigo riguroso
y al fin de aquese mísero camino

---

[75] Lope, *Primer Rey de Castilla*, III. R. Acad., VIII, pág. 57-*a*.

[76] Salas Barbadillo, *Galán, tramposo y pobre*, I. Rivad., XLV, página 273-*a*.

serán las llamas del eterno fuego
premio de vuestro loco desatino [77].

LA AVARICIA DE LOS JUDÍOS

Esta cualidad que hoy caracteriza al pueblo judío donde quiera que existe, era reconocida ya en España por esta época; pero no abundan sobre ella los textos, debido, sin duda, a la ausencia de judíos que desarrollaran sus negocios. Todavía existía algún que otro prestamista que no dejaba extinguirse la tradición de los hacendistas judíos en España. Los *Avisos* de Barrionuevo nos dan noticia de casos curiosos en el reinado de Felipe IV. Leamos esta noticia:

«Un judío de Orán, llamado Cansino, viene a Madrid en nombre de los demás, y se dice presta al Rey 800.000 ducados de plata con sus intereses, que es una grande ayuda de costa. Es muy aficionado a España y hombre poderosísimo de dinero» [78].

La literatura no faltó en este punto a su papel de transmitirnos el sentir del alma española respecto de esta cuestión. En dos pasajes de Alarcón hallamos claras manifestaciones de lo que se pensaba de la codicia judía. He aquí un diálogo entre un soldado español y un hebreo en tierras de Marruecos:

PIMIENTA. *Ya os perdono*
la vida; mas quedaréis
atado a este leño corvo
hasta que venga el Mesías
a libraros.
SALOMÓN. *Riguroso*
te muestras. ¿Quieres que sea
pasto aquí de hambrientos lobos?
PIMIENTA. *¡Ojalá lo fueran cuantos*

77 *Alabanzas del puerco*, ed. por C. Maury, «Cuatro poemas»..., *Revue Hispanique*, XXXV, 1915, II, pág. 254.

78 *Avisos*, de Barrionuevo, 29 abril 1656.

a tu ley viven devotos!
Hubiera menos logreros[79].

Y los mismos dialogantes vuelven a confirmar la opinión de logreros que acabamos de oir:

CRISTIANO. *Eres mi amigo y lo fío*
de ti todo.
HEBREO. *Adiós te queda.*
Ya os pescaré la moneda,
o no seré buen judío[80].

Tirso adjunta su testimonio envuelto en términos conceptistas. Los nombres propios *Dan* e *Isacar*, dos patriarcas de tribus israelitas, y *Quito*, capital del Ecuador, ofrecen su doble sentido relativo a la avaricia judía:

PRET. 6.º *Un amigo pierde el seso*
por casar con cierta dama,
que ella excusa, por la fama
que le han dado de confeso.
ROGERIO. *¿Gasta?*
PRET. 6.º *Hale dado en sacar*
el alma.
ROGERIO. *Pues bien se emplea*
que él del tribu de Dan *sea,*
cuando ella es del de Isacar.
PRET. 6.º *Hale quitado infinito,*
y déjale porque está
ya tan rica.
ROGERIO. *Sí estará,*
si es suyo el reino de Quito[81].

Por un texto de Luis Vélez de Guevara podemos rastrear que la opinión común tenía a los judíos por sujetos de suerte

---

[79] *La manganilla de Melilla*, II. Rivad., XX, pág. 313-*a*.
[80] Alarcón, *Manganilla de Melilla*, II. Rivad., XX, pág. 310-*a*.
[81] Tirso, *El melancólico*, III. N. B. A. E., IV, pág. 81-*a*.

en los tratos y negocios, o, lo que es lo mismo, no concebía un judío arruinado y venido a menos. Dice un personaje a tro:

Eres judío, y yo testigo dello.

Y contesta el aludido:

¿Tan dichoso me ves que puedo sello? [82].

Mas ¿qué negocio no tiene sus quiebras, aunque sea de judío? Hay un texto de Moreto muy interesante, que demuestra cómo ciertos familiares del Santo Oficio tomaban dinero a préstamo de los que no andaban muy libres de sospechas de judaizantes, y abusaban de su cargo, retardando cada día el pago de la deuda. Leamos:

LELIO. *Paciencia es mejor mostrar.*
MACARRÓN. *Téngala, si al fin se alegra,*
un yerno con una suegra,
que la pretende heredar.
Téngala un tonto muy rico,
por más que a pullas le abrasen,
pues para que no le pasen
trae pellejo de borrico.
Téngala un judío que fía
su dinero a un familiar
que no paga, y le va a dar
la disculpa cada día [83].

Además de esta rotura del saco de la codicia judía, la literatura inventó otros desquites, a tenor de la ley y expiatoria de la tragedia griega, que repetidas veces vemos cumplirse. En las *Tardes entretenidas*, de Castillo Solórzano, leemos un hurto gracioso que dos soldados, Domingo y Carranza, hicieron en Évora. La cita será larga, pero tan amena como significativa:

«Carranza tenía noticia que había un mercader riquísimo que trataba de por junto, y tenía gran correspondencia en la

82 Luis Vélez, «Entremés de Antonia y Perales», *Flor de entremeses*. Madrid, 1903, pág. 152.

83 Moreto, *El mejor amigo, el Rey*, II. Rivad., XXXIX, pág. 607-*a*.

India. Este era de linaje muy conocido, aunque no por nobleza.

Dio cuenta desto a Domingo, y díjole que por qué camino podrían hacer un buen hurto a este mercader. Domingo le pidió de término para pensarlo aquella noche, y habiendo forjado el modo, esotro día llegaron a Évora, y secretamente sacó Domingo de una tienda un vestido de clérigo de camino, compró unas escribanías de cinta para Carranza, y le dió la instrucción de lo que habían de hacer. Iba en su compañía un mancebo que se les había juntado en el camino, y fue fuerza darle cuenta del caso, por ser su ayuda importante para lo que inventaban. Hecho, pues, el vestido para Domingo, se le puso, haciendo a un barbero que le rapase la barba como sacerdote, y le abriese corona, y en este hábito se salieron de Évora ocho leguas a un lugar donde tomaron tres mulas, en que volvieron a la ciudad con la autoridad que requería el caso; pasaron en una posada que caía a las espaldas de las casas del mercader rico, cuyas ventanas estaban enfrente de las de la posada. Luego que llegaron a Évora, hubo algunos curiosos que quisieron saber quiénes eran los forasteros, y el mancebo que iba con ellos les dijo que un Comisario del Santo Oficio de la Inquisición de Lisboa, que venía a hacer allí ciertas informaciones, con que todos entendieron que serían para alguna Familiatura.

A cuatro días que era llegados, quiso informarse Domingo del huésped en primer lugar, y tomándole su dicho en forma de quién era el mercader, su descendencia, qué trato tenía, sus costumbres, los criados que le servían y otras muchas cosas más menudas, hasta saber los nombres de los criados, y después de sabido todo, le encargó, pena de excomunión, no dijese a nadie lo que se le había preguntado. El mercader contra quien se fulminaba el hurto era sumamente miserable y malquisto del pueblo; hasta sus mismos criados no le querían bien.

Otro día que se informó el fingido Comisario de su huésped, hizo al mancebo que les acompañaba, que hacía oficio de alguacil, aunque sin vara, que le llamase dos criados del mercader; vino brevemente con ellos a la posada, y de la misma manera que había hecho Domingo con su huésped, les tomó juramento

y hizo varias preguntas: si sabían que su amo guardaba ritos y ceremonias de otra ley, a que ninguno destos, ni otros que después juraron en la fingida información, dijo en contra del mercader, si bien el cauteloso Comisario les decía que era cosa muy averiguada y dicha por todos los criados que su amo judaizaba, y después de tomados los dichos, les ponía el gravamen de la excomunión, para que no declarasen a nadie lo que se les había preguntado; previniéndoles que si en algún tiempo fuere menester su ayuda y favor se la darían, con esto los dejaba temerosos, y ninguno osaba mover los labios para decir nada de lo que le habían preguntado, haciendo en esta información oficio de Notario Carranza, admirado sin saber en qué había de parar esta máquina.

Después de haber hecho esta diligencia con los criados del mercader, una noche, a cosa de las doce, fue a su casa acompañado de los dos amigos, y llamando a ella al tiempo que se querían acostar, dijo que era un Comisario del Santo Oficio; con que le abrieron luego, dudoso el mercader de lo que podía querer en su casa a tal hora. Entró adentro, y luego tomó al criado que le abrió (que era uno de los testigos examinados) las llaves de la puerta, que él le dió de buena gana por haberle prometido su ayuda y favor al tiempo que la tuviese necesidad. Subió Domingo donde estaba el mercader, y habiéndole saludado, le dijo que se diese a prisión para ser llevado a Lisboa. Alborotóse en extremo el portugués, ignorando la causa por qué le prendía, no sabiendo por dónde le venía aquella desdicha, y de pesadumbre que recibió no pudo replicarle palabra; pidióle tras esto Domingo las llaves de los cofres, porque quería hacer secreto de sus bienes, y aquí fue cuando perdió del todo la paciencia, resistiéndola y diciéndole que en sus cofres no había más que vestidos y algunas piezas de tela.

—Todo se ha de ver lo que es —dijo el Comisario—, para que se ponga por memoria, y no hay que replicarme a esto, que si me contradice haré que se descerrajen los cofres.

Tan perdido de miedo estaba el mercader, que no quiso contradecirle; antes luego le entregó las llaves de cofres y es-

critorios. Informóse de los criados nuestro Domingo, dónde estaba el dinero, y abriendo un escritorio fuerte de nogal, donde le habían revelado que estaba, halló en él cosa de mil escudos en oro, y haciendo escrutinio de los demás, no halló más moneda; porque la semana antes había empleado la que tenía en mercaderías para embarcar a la India. En los cofres halló algunas piezas de sedas y telas, que dejó en ellos, poniéndolas por memorias con los demás muebles que había en su casa, y haciendo al mercader que se entrase en un retrete el más escondido de ella, le mandó meter una cama en él y cerró por de fuera, diciendo que en amaneciendo le había de llevar a Lisboa; puso a los criados por sus guardas, encargándoles tuviesen cuidado de su amo, poniéndoles grandes penas si desistían de su custodia y guarda. Con esto se fué a su posada, y concertando con un mozo de mulas que le diesen tres para llegarse hasta la raya de Castilla a hacer cierta diligencia que le faltaba, se partió aquella noche con grande prisa, dejando al mercader encerrado todo esotro día sin comer, hasta que, fatigándole la hambre, fueron los criados a la posada a pedir al fingido Comisario que mandase abrir para darle de comer; y como no le hallasen en ella y supiesen que se había partido aquella noche a Castilla, dieron luego en que era ladrón, que con aquella traza no había querido más que coger la moneda, y así se lo dijeron a su amo, el cual lo dio todo por bien empleado, y más que fuera, a trueque de verse libre de la Inquisición; tanto era el miedo con que estaba» [84].

LA FISONOMÍA JUDÍA

La señal característica de los judíos eran las narices largas. Por otra parte, sabemos que, según los prejuicios de la época, las narices largas eran indicios de discreción e ingenio [85]. Tal

[84] Castillo Solórzano, *Tardes entretenidas*, III. Madrid, 1908, pág. 195.

[85] Vd. mi estudio «Los rasgos físicos y el carácter según los textos españoles del siglo XVII», *R. F. E.*, XII, 1925, pág. 173.

vez lo uno y lo otro estuviera antiguamente relacionado al achacárselo a los judíos y luego el odio de raza y religión separase ambas ideas. Lo cierto es que en el siglo XVII andan las dos cosas separadamente, y en los judíos se ponen con frecuencia narices y pocas veces ingenio.

Salas Barbadillo se acuerda de Ovidio Nasón a este propósito, y dice:

Refiere Ovidio esta historia,
Aquel narigudo ingenio,
Que siendo en sangre latino
Tuvo nariz en hebreo[86].

Quevedo, arrastrado de su enemiga con Góngora, le echó varias veces en cara aquel signo de mala ascendencia que Góngora en su cara tenía. El libro de Artigas sobre Góngora nos suministra estos tres textos de Quevedo:

Primero:

En lo sucio que has cantado
Y en lo largo de narices,
Demás de que tú lo dices,
Que no eres limpio has mostrado.

Segundo:

¿Por qué censuras tú la lengua griega,
Siendo sólo rabí de la judía,
Cosa que tu nariz aún no lo niega?

Tercero:

Tu nariz se ha juntado con el os
Y ya tu lengua pañizuelo es;
Sonaba a lira, suena a moco y tos.

En el *Buscón* afirma Quevedo que en Castilla abundaban mucho los de Israel, y usa de esta frase:

---

[86] Salas Barbadillo, *La Sabia Flora*. Col. Esc. Cast. Madrid, 1907, página 464.

«Hay muy grande cosecha de esta gente y de la que tiene sobradas narices y sólo les faltan para oler tocino» [87].

Tirso también recoge en varias ocasiones el tópico de las narices hebraicas como sinónimo de largas:

¿Sin haberla visto un ojo,
Sin saber si es vieja o niña.
Nari-judizante o chata,
Desdentada o boquichica?[88].

Y un autor de género tan distinto como López de Gómara, se expresa en términos parecidos:

«Son todos muy ajudiados en gesto y habla, ca tienen grandes narices y hablan de papo» [89].

Y Lope se huelga de que no exista medio de quitarse ese sambenito los que en la corte ocultaban su ascendencia:

B. *De una cosa*
solamente me contento:
que no hay en toda la corte
qué encubra cierto defecto.
J. *¿Cuál es?*
B. *Las narices grandes;*
¡vive Dios!, que no hay barbero,
boticario, cirujano,
que pueda hacer sean menos;
al que le crecen las barbas,
la navaja y rapaverunt;
pero al que llegó temprano,
Señor, no tiene remedio [90].

---

[87] Quevedo, *El buscón*, cap. V. Clás. Cast., V, pág. 50.

[88] Tirso, *La celosa de sí misma*, II. Rivad., V, pág. 136-*a*. Vd. también: *El árbol del mejor fruto*, III. N. B. A. E., IV, pág. 52-*a*, y *Quien calla otorga*, II. Rivad., V, pág. 102-*a*.

[89] López de Gómara, *Historia General de las Indias*, ed. Calpe, pág. 3.

[90] Lope, *Lealtad en el agravio*, I. R. Acad., VIII, pág. 495-*b*.

Naturalmente que no había compás para precisar cuáles narices pasaban la raya del cristianismo viejo al nuevo; y cada cual presumía de que las suyas eran unas narices de buena ley. Un cuentecillo de Santa Cruz hace al caso de la confusión que en estas apreciaciones reinaba entre los españoles:

«Uno que se preciaba de muy hidalgo sin serlo, llevaba un hijo suyo de la mano; y pasando por la puerta de un Christiano nuevo mostróselo, diciendo con voz baja: "Hijo, aqueste es Judío". Respondió el niño, mirándole a la cara: "Padre, parece a vos"» [91].

LA ODIOSIDAD DE LOS JUDÍOS

Cuanto llevamos dicho respira odio contra esta desventurada raza. Este capítulo es un corolario natural de los anteriores, y no necesita por sí mismo nuevas pruebas. Sin embargo, no estará de más poner por contera de todo lo anterior algunos testimonios del concepto odioso y aborrecible que los judíos engendraron en la mente de los españoles.

En general, se les atribuyen todos los vicios y defectos imaginables, encargándose de ello una literatura panfletaria al servicio del más exacerbado fanatismo religioso. Sirva de ejemplo Fray Francisco Torrejoncillos, para el cual los judíos son y siempre han sido presumidos, mentirosos, traidores, inquietos, vanagloriosos, sediciosos y desagradecidos, declarados enemigos mortales del cristianismo [92]. De igual contenido son las obras de Diego Gobián Vela, *Discurso contra los Judíos* (1631); J. A. de la Peña, *Exaltación de los Improperios... contra los judíos* (1631); Vicente de Costa Matos, *Breve discurso contra los judíos* (1631), etc. Es interesante que el primero de los autores citados insiste en un punto más tarde popularizado por la literatura antisemita: el sionismo [93].

---

91 M. de Santa Cruz, *Floresta Española*. Bibliót. Madril., III, pág. 182.

92 Fr. Francisco Torrejoncillos, *Centinela contra los judíos puesta en la torre de la Iglesia de Dios*. Madrid, 1634.

93 *Opus cit.*, cap. VIII, fols. 101 y sigs. La ociosidad y postración social de los israelitas aparece de origen exclusivamente religioso. Vd. co-

Pasemos a ver pruebas concretas del antisemitismo español. Lope de Vega, hablando del Alcázar de Toledo, da este juicio:

ATANAGILDO. *Este de labor mosaico*
es el alcázar nombrado.
BAMBA. *No es bueno, porque, aun pintado,*
aborrezco lo judaico [94].

Este aborrecimiento tenía su mayor manifestación social en la inhibición matrimonial en que ambas razas se mantenían mutuamente. Lope puso esta queja de una bella judía, cuyos amores con un rey cristiano son el escándalo de la historia de España:

RAQUEL. *Yo, Sibila, aunque no soy*
cristiana, soy española;
que basta esta gracia sola.
SIBILA. *En tu pensamiento estoy,*
aunque sé que no tenemos
las hebreas de nación
de briosas opinión.
RAQUEL. *Es porque no la queremos.*
Como vemos los cristianos
huir de la sangre nuestra,
¿de qué sirve darles muestra
del brío en lengua ni en manos? [95].

Luis Quiñones de Benavente tomó en sentido jocoso este hecho que acabamos de ver tratado patéticamente por Lope. El diálogo del insigne entremesista es entre un casamentero y una dama en estado de merecer:

C. *El otro es un mocito, cuyo abuelo*
dos hábitos tenía.
D. *¿Dos hábitos, hay tal?*

---

mo detalle curioso el largo y erudito (?) alegato de D. Pedro Sainz de Narrón, *Grandezas, valor y nobleza de España.* Ms. 3151 de la B. N. de Madrid, fols. 32 y sigs.

[94] Lope, *Comedia de Bamba*, I. R. Acad., VII, pág. 55-*b*.

[95] Lope, *Paces de los Reyes*, II. R. Acad., VIII, pág. 537-*b*.

C. *Pues no te espante,*
que el uno traía atrás y otro adelante.
D. *Muy devoto será el tal mancebito*
de San Andrés y el Padre San Benito.
¿Qué apellido?
C. *Abraham ha de llamarse.*
D. *Pues con Matusalén podrá casarse* [96].

Otra clase de comprobaciones de esta animosidad hostil contra los judíos las hallamos en las muestras de complacencia y hasta de regodeo con que los españoles hablan del fuego del Santo Oficio. Ni un aliento de compasión ni un rastro de misericordia para aquellos desgraciados que morían en el terrible suplicio. Trasladaremos una anécdota de Santa Cruz, que revela el estado de corazón que el pueblo tenía para con los judíos:

«Saltando unos muchachos por encima de una hoguera de paja, cuyos padres no eran hidalgos, dijo un escudero a otro: "Por cierto que habían de castigar a estos muchachos por las travesuras que hacen". Respondió: "Dejadlos que se perdigan, para cuando sean grandes"» [97].

Matos Fragoso trae una frase que hace al caso. Por tan bueno tiene quemar a los judíos, que hasta vender combustible para tal menester lo cree caso de honra. He aquí cómo describe la hidalguía de un carbonero de los montes de Toledo:

Su abolengo
Viene, si yo no me engaño,
De los montes de Toledo
Y del gran solar de Encina,
Y en cuanto a cristiano viejo,
Al Rey no le debe nada,
Porque es tratante de aquello
Con que queman los judíos [98].

---

[96] Benavente, «Entremés de los condes fingidos». *Flor de Entremeses.* Madrid, 1903, pág. 115. El *San Benito* y el aspa de San Andrés, que traían los penitenciados por la Inquisición.

[97] M. de Santa Cruz, *Floresta Española.* Biblióf. Madril., III, pág. 181.

[98] *Lorenzo me llamo,* I. Rivad., XLVII, pág. 222-*b.*

A esta dureza de sentimientos por parte de los cristianos oponían los judíos la dureza de su juicio, una protervia que los cristianos apenas podían explicarse. Las hogueras inquisitoriales podían muy bien apagarse con un poco de hipocresía o de acomodación. Así lo deja claramente entender este cuentecillo de Francisco Asensio:

«Sacaban a quemar a un judío; y viendo un caballero lo tenaz que estaba en sus errores, exclamó diciendo: "Cosa rara es que haya hombre que se deje quemar por no creer. Señor, añadid Artículos, como quitéis Mandamientos"» [99].

También Santa Cruz coleccionó en su *Floresta* otro cuentecillo que sostiene este punto de vista:

«Querían dos caballeros pasar un río, y no se atrevía ninguno, por no saber su hondura. Adelantóse un cristiano nuevo, que venía con ellos, y pasóle muy determinadamente. Diciéndole después algunos de la compañía, que se maravillaban mucho, que siendo quien era, *que naturalmente son medrosos*, atreverse a semejante caso. Respondió uno de aquellos caballeros: "Del fuego le libre Dios, que del agua, poco miedo le tiene"» [100].

Del mismo fanatismo antisemita, rayano en el salvajismo, es prueba el siguiente relato correspondiente al año 1634:

«Que como la sentencia de la Inquisición, en que manda quemar los libelos, salió tan de repente, y luego, aquel día de San Pedro, se ejecutó, e iban los papeles en un arca, todos pensaban que eran huesos de algún judío, y así todos por las calles decían: "¡Mueran los perros! ¡Al fuego los judíos! ¡Crujan los huesos de los pérfidos! ¡Viva la fe de Jesucristo!", y otros dichos semejantes» [101].

No son de omitir, para cerrar este capítulo, dos episodios novelescos de *Estebanillo González*, porque en ellos resalta la

---

[99] F. Asensio, *Floresta Española*. Bibliót. Madril., III, pág. 241.
[100] M. de Santa Cruz, *Floresta Española*. Bibliót. Madril., III, pág. 127.
[101] Mem. Hist. Esp., XIII, pág. 73.

crueldad y la falta de toda consideración humana con los judíos.

En el primero cuenta Estebanillo cómo servía él de despensero al jefe del ejército, Octavio Picolomini de Aragón, en una ciudad alemana. Dice así:

«Habíame dado por cuartel, para que me aprovechase de alguna cosa, la casa de un judío rabí, de nación italiano, el cual, por decir que era mi paisano y que me conoció a mí y a mi padre en la ciudad de Roma, alargaba la contribución, y me hacía esperar, sin ser de su ley; pero viendo que no me aprovechaba el llevarlo por bien ni por mal, me di por desentendido, y confirmando de nuevo la amistad de la conciencia antigua, lo traje una tarde a mi despensa a que merendase en ella; y habiendo puesto la mesa con variedad de regalos y escasez de tocino, hícele entrar en el pozo de la nieve, en achaque de sacar dos frascos que estaban puestos a enfriar, el uno de vino y otro de agua de limones; y al tiempo que lo vi en lo hondo, buscando la parte adonde estaban, tiré de la escalera, y la subí arriba, dejándolo empozado como a otro José, y volviéndome a asomar a la puerta del pozo, le dije: "Perro judío, primero te has de volver carámbano que salgas a ver la luz del cielo hasta que me pagues todo el tiempo de mi alojamiento conforme a los demás oficiales del ejército, y con el tresdoble a mí, por usar de presente tres oficios en servicio del general, y todos ellos de a dos bocas" Empezó a gritar y a llorarme pobrezas; y diciéndole que poco importaban sus voces, porque no podían ser oídas, le cerré la puerta y lo dejé empozado en parte donde no se abochornaría. Otro día, por ser forzoso el sacar nieve para el servicio de mi amo, volví a abrir, y lo hallé tiritando de frío y casi helado. Volvíle a protestar ser la culpa suya, desahuciándolo de la salida hasta que yo estuviese satisfecho. Redújose con esto a darme unas señas para que su mujer me diese todo aquello en que quedamos de concierto. En efecto, cobré mi boleta, y después saqué al pobre rabí tan hambriento y helado, que en más de cuatro horas que lo tuve al

rincón del fuego, dándole caldas y regalándolo, no le pude volver a su primer ser» [102].

El segundo episodio es aún más expresivo, pues compromete en el juego antihumano con los judíos al pueblo y a las más altas autoridades de la época. Episodios de esta naturaleza, aunque localizados en Alemania, se escribían para solaz de las gentes españolas, de acuerdo con su sensibilidad y su ideología.

Estebanillo ha organizado una mascarada, y lleva cuatro judíos italianos alquilados para que le ayuden en su divertida parodia de sacamuelas. Dejémosle la palabra:

«Vine a llegar cerca del palacio imperial, a tiempo que sus majestades cesáreas estaban a unas ventanas, juntamente con el príncipe Matías, hermano del gran duque de Toscana, viendo pasar mucha variedad de mascarados. Y por ver que ponían los ojos en los de mi cuadrilla, empecé a vocear y juntar un numeroso auditorio; y después de haber hecho mi papel, como en las demás partes, y hecho su parte los tres cansinos, llegó el doliente del mal de Santa Polonia, y haciendo muy al vivo su figura, abrió la puerta, que le sirvieron sus dientes de rastrillo para que no entrase el tocino, y sus labios de puente levadiza para impedir el paso al vino. Y como estaba asegurado de que jamás le hacía daño ninguno, echó al aire toda la herramienta de mascar; agarréle con el gatillo una muela, que me pareció la más abultada de todas las demás, y por hacer reir a sus majestades a costa de llanto ajeno, tiré con tanta fuerza que no sólo se la saqué, pero muy grande parte de la quijada con ella. Empezó el judío a dar voces, y sus camaradas a emperrarse contra mí, sus majestades a reírse y el pueblo a regocijarse. Mas por ver que había algunos en el corro que se amotinaban contra mí, enternecidos del arroyo de sangre que salía de la boca del desquijarado, dije en alta voz: "Adviertan vuestras mercedes que el doliente es judío y sus camaradas hebreos, y que he hecho aposta lo que se ha visto, y no por ignorar mi oficio". Con estas razones volvió a renovar el alegría

[102] *Opus cit.*, cap. VII. Rivad., XXXIII, pág. 328-*a*.

y a celebrar la acción y a darles tal falpa a los cuatro zabulones, que a no valerles los pies, llevaran más que curar, aunque pienso que no llevaron muy poco» [103].

Como recopilación de cuanto llevamos escrito, y como expresión del feroz e implacable antisemitismo que vamos describiendo, trasladamos parte de una epístola que Salas Barbadillo escribió a «Filene, sospechosa en la limpieza de su sangre, y que de mondonguera se pasó a ser comadre». Dice así:

«No sé cómo habiendo estado tan sepultados en tinieblas sus antecesores de V. M., tomó un oficio que todo su fin es sacar de las tinieblas a la luz. Creo que se alegra con este ejercicio por dos cosas. La una, porque lava sus manos en sangre cristiana. La otra, porque le parece que con sólo su contacto deja las criaturas comprendidas en el hebraísmo. Naturales son las lágrimas en todos los que nacen; mas las de los que nacen en sus manos, no sólo son naturales, sino justas y prudentes. ¿No les basta a las criaturas inocentes venir a un mundo tan miserable como éste, sino que el primer paso se haya de dar en tales manos, para que entren luego tropezando? Muchas podrán parir con facilidad en manos de V. M.; pero bien, ninguna. ¿No fuera mejor volverse a las morcillas? Mas, ¡ay!, que dicen algunos que les dejó no por vanidad, sino por excusarse de trabajar los sábados. Otros afirman que la enfadaba el puesto, por tener a su lado un bodegoncillo donde se freía siempre tocino, cuyos perfumes más la revuelven el estómago que se lo confortan. Finalmente, si a mí me dieran a escoger, siendo posible, o volver a nacer en tales manos, para vivir mucho tiempo, o morir en las de mi enemigo, antes elegiría la muerte que repetir el nacimiento; porque ésta fuera morir para nacer, y aquél, nacer para morir» [104].

Como síntesis del concepto que de los judíos tuvo la España del siglo XVII, creo pueden citarse dos frases en las que se contiene toda una idea tópica. Lope de Vega y Luis Alfonso de Car-

103 *Opus cit.*, cap. VII. Rivad., XXXIII, pág. 330-*b*
104 *Coronas del Parnaso.* Madrid, 1635, pág. 158.

vallo, tratando ambos de las características de los diferentes pueblos, expresan el mismo juicio, el primero dirá «el judío odioso» [105], el último, entre africanos, alemanes y cretenses, cita «los judíos de áspera condición» [106].

105 Lope, *El Rey por trueque*, I. Ac. N. E., II, pág. 531.

106 L. A. de Carvallo, *Cisne de Apolo*. Medina del Campo, 1602, pág. 166.

Capítulo XXIV

LOS GITANOS

Una raza parasitaria y españolada merece nuestra atención, entre las que habitaban la Península en el siglo XVII: los gitanos. Ellos preocuparon durante toda aquella centuria al Poder público y a la opinión común; ellos dieron lugar a repetidas disposiciones legales y a historias y cuentos más o menos ciertos; no podían, por tanto, faltar en la literatura de la época, forma de expresión de la ideología común. El tipo del gitano había hecho ya frecuentes apariciones en el teatro del período anterior al que aquí se estudia.

En la *Egloga interlocutoria,* de Diego de Ávila; en la *Farsa das ciganas,* de Gil Vicente; en la *Eufemia,* de Lope de Rueda; en la *Farsa llamada Ardamisa,* de Diego de Negueruela; en el *Aucto del finamiento de Jacob,* de autor desconocido; en la *Aurelia,* de Timoneda, etc., representan gitanos, caracterizados por el *ceceo,* por su natural gracia para decir la buenaventura, y algunas veces por su trajín en comprar y vender caballerías. Todos estos rasgos típicos pasaron a la literatura dramática y novelesca del siglo XVII, y muchos de los textos atañederos al asunto fueron recogidos y discretamente dispuestos por el señor M. Romera-Navarro en un artículo publicado en *La Lectura*[1].

[1] *La Lectura.* Vol. III, pág. 389.

Al tratar de reconstruir el concepto que de los gitanos se mantenía en la España del siglo XVII, trataremos sucesivamente el problema social que esta gente extraña representaba, sus características y, por último, la opinión que merecieron a sus contemporáneos españoles.

PROBLEMA SOCIAL

En primer lugar, los gitanos presentaban una cuestión racial. Su origen étnico era muy oscuro para el siglo XVII. Juan de Quiñones, autor de un *Discurso contra los gitanos*, dedicado al Rey, incluye una larga serie de opiniones eruditas sobre el problema [2]. Lope los llama comúnmente *egipcios*, y es ordinario leer en los textos de esa época la palabra gitano aplicada a los egipcios; pero, en realidad, no creían que procedieran de las márgenes del Nilo; o, por lo menos, tenían la evidencia de que la transmigración databa de muy atrás, y que en Castilla habían nacido los que en aquel entonces nomadeaban por España. Así lo dice Juan de Piña:

«Naciendo en Castilla, quieren ser de Egipto» [3].

Y otra evidencia tenían además: la de que entre los verdaderos gitanos había muchos castellanos finos, ya huidos de la justicia, ya desgarrados de sus familias, ya por mil circunstancias peculiares de la época. Cervantes fingió el caso de aquel Andrés enamorado de Preciosa, que *motu proprio* se hizo gitano; y el gran novelista sabía que su ficción no carecía de verosimilitud. El anticlerical autor de la segunda parte del *Lazarillo* dice a este propósito:

«Preguntéle en el camino si los que estaban allí eran gitanos nacidos en Egipto. Respondióme que maldito el que había en España, pues que todos eran clérigos, frailes, monjas o ladrones, que habían escapado de las cárceles o de sus conventos» [4].

De la misma opinión es Juan de Quiñones. Dice así:

---

[2] *Opus cit.* Madrid, 1631, págs. 2 y sigs.

[3] *Casos prodigiosos.* Madrid, 1907, pág. 22.

[4] H. Luna, *Opus cit.*, cap. XI. Rivad., III, pág. 121-*b*.

«Esta vil canalla no es otra cosa que hombres y mujeres huidos por delitos y deudas, gente amotinada y facinerosa, que, no pudiendo estar en los lugares que son conocidos, se retiran a los montes y lugares de poca vecindad y escondidos para ocultarse» [5].

Sea cual fuere su origen, los gitanos suponían un elemento extraño en la vida nacional, verdaderos inadaptados en su modo de ser, costumbres, religión, etc. El problema era tanto mayor cuanto al carácter apátrida unían su peligrosidad social como delincuentes natos.

Las Cortes de 1611 aprobaron un memorial, que nos revela toda la importancia de la gitanería española en esta época:

«SEÑOR: El reino dice que son grandes y lastimosas las quejas que cada día vienen a él de los daños, robos, hurtos y salteamientos que hacen los gitanos y gitanas que andan vagando por el mundo, y que, aunque hay puesto remedio por leyes y prematicas, no es bastante para sus castigos ni se ve que haya enmienda, porque este género de gente nunca anda en tierra ni en poblados grandes donde puedan ser castigados. No son cristianos, ni confiesan, ni comulgan, ni ayunan; comen carne en tiempos prohibidos; ni oyen misa; de manera que su vida es escandalosa, pues está cargada de ofensas a Dios; tienen perdida gran parte de la labranza y crianza de estos reinos, porque como sus hurtos son caballerías, y roban tantas, los miserables labradores, al primero que les hacen, quedan perdidos, sin sustancia ni hacienda para poder comprar otras, obligándolas a encerrar de noche y a no dejarlas en los pastos, y no tienen de qué sustentarlas en su casa, y así se les mueren de hambre.

Los ganaderos y pastores que van a herbajar a los extremos y suben las sierras, como es forzoso llevar sus pobres atillos en los pollinos, andan tras ellos como lobos, y se los hurtan y les obligan a ir cargados sin poder sufrirlo, a cuya causa

---

[5] *Opus cit.*, fol. 6.

mueren muchos y quedan sus ganados, solos, lejos de sus tierras, y se va consumiendo esta granjería que es tan grande. Ha venido la vida licenciosa de estas gentes a tanta rotura que andan compañías enteras de hombres y mujeres, todos con armas y escopetas, y llegan a los lugares y les dan lo que piden por excusar su violencia, y cuando se tiene noticia de ellos y se quiere hacer alguna prevención para castigarlos, son gente tan astuta y montaraz que jamás se puede dar con ellos, y cuando se da, se resisten, y han hecho muchas muertes, y luego dejan las mujeres, y ellos huyen porque son tan sueltos que no puede nadie seguirlos. En resolución, es tan mala gente que, sin comparación, exceden a los moriscos, porque en no ser cristianos les imitan y los robos les ganan. Hase tratado en el reino muchas veces de cuánta importancia será poner remedio en cosa que le pide tan grande, y así, se han dado memoriales a V. M., y visto que no se ha tomado resolución, ha parecido volver a suplicar a V. M. se sirva que por gobierno se trate luego negocio tan importante y se provea como este nombre y habla de gitanos se quite en estos reinos, mandando que dentro de breve tiempo salgan de ellos, y no cumpliendo el mando, tengan pena de muerte y se ejecute doquiera que sean hallados, y si algunos quedaren, estén de asiento en los pueblos donde se avecindaren y que no hablen ni traigan hábitos de gitanos, y que vivan de sus oficios o de labrar en los campos sin salir de donde una vez asentaren, so pena de muerte o que sean aplicados por esclavos de V. M., que por ninguna causa no puedan tratar, ni comprar, ni vender, ni caminar con cabalgaduras, ni tenerlas en su casa, y hallándoles con ellas, sean perdidas, aplicándolas a quien pareciere convenir, porque quitándoles esto no podrían hurtarlas, y que se revoquen las previsiones que están dadas a los gitanos para poder estar dos o tres en cada lugar, y se pregone por ley, porque aunque están revocadas, como no lo saben, en los lugares y partes donde andan, las justicias obedecen las que estas gentes traen; y en todo se haga lo que conviniere al servicio de Dios Nuestro Señor y de V. M. y bien de estos reinos.

Visto dicho memorial, se confirió cerca de lo en él contenido y se acordó y aprobó que por los comisarios de este negocio se dé a S. M.» [6].

Entre tanto que las Cortes discutían el asunto, las autoridades gubernativas de Madrid no se dormían, y dieron en 1609 un bando para procurar reprimir el nomadismo gitanesco y fijarlos en algún sitio donde vivieran como los demás ciudadanos:

«Los Alcaldes dicen que en esta Corte hay muchas casas de gitanos, de que resultan grandes daños; porque demás de ser todos ladrones, hombres y mujeres, hacen muchos embustes y hechizos, como agora se ha visto. Y como en esta Corte hay tanta gente, no se pueden averiguar los delitos que cometen; y estando en lugares más cortos, estarían más a la mira y andarían en todo con más recato; parece que sería conveniente mandarles salir de esta Corte y veinte leguas y que se avecinden en otros lugares, so las penas que les fueren puestas. V. M. lo mandará ver y proveer lo que más convenga. De la Sala y Agosto 12 de 1609» [7].

«En la Villa de Madrid, a trece días del mes de Agosto de mil seiscientos nueve años, los Señores del Consejo de S. M., habiendo entendido que en esta Corte y fuera de ella andan gran número de jitanos y de jitanas vagamundos, que no se ocupan en oficios, de que se siguen muy grandes daños e inconvenientes, dijeron que mandaban y mandaron que los dichos jitanos y jitanas se ocupen en oficios tocantes a la labranza y cultura de la tierra, y no puedan ser trajineros, ni hacer oficios de mercaderes ni de ningún género de mercancía, ni tengan tiendas de mercancías ni de otras cosas, sino que todos se ocupen en los dichos oficios de la labranza y la cultura de la tierra, so pena de seis años de servicio de galeras al remo y sin sueldo, y de perdimiento de la mitad de sus bienes, para la Cámara de S. M.; y que los dichos jitanos y jitanas salgan

6 *Cortes de Castilla*, 1607-1611, t. XXVI, pág. 163. En diversas ocasiones las Cortes abordaron la misma cuestión.

7 *Libros de Alcaldes*, año 1609, fol. 434.

de esta Corte y once leguas de ella, so las dichas penas, y se avecinden en otros lugares, y se ejecute en ellos las penas puestas por las leyes» [8].

J. de Quiñones, en su mencionada obra, se refiere varias veces a medidas gubernativas tendentes a la reducción de los gitanos. En 1633 anota León Pinelo:

«A nueve de Mayo, se publicó la Pragmática de ocho, para que los gitanos, *pues no lo son*, no vivan como tales» [9].

Pocos años después anotaba otro cronista de Madrid:

«Segunda orden y apretadísima ha salido para que a un mismo tiempo se prendan todos los gitanos de España. Lo que se pretende es que sirvan en las galeras donde hay gran falta de galeotes y remeros; y en todos los lugares hacen mucha sobra esta infame raza; pues sólo sirven de espías, ladrones y embusteros» [10].

Meses más tarde, en abril de 1640, se escribía:

«De aquí han salido algunos oidores para hacer prender a todos los gitanos de la tierra y que sirvan en galeras, y también para los que estén sentenciados a muerte se les conmute la pena en galeras perpetuas» [11].

Y así durante todo el siglo XVII. Todo fue inútil. Los gitanos están en España, pero no son de ningún municipio de España. Viven de España, pero no se sienten ligados a solar ninguno español. Son la antítesis de los hidalgos.

CARACTERÍSTICAS

Lope, indulgente como con todo el mundo, o quizá benévolamente sorprendido por lo pintoresco de estos nómadas, no ve en su extranjerismo más que su ceceo:

---

[8] *Libros de Alcaldes*, año 1609, fol. 425.

[9] León Pinelo, *Anales de Madrid*, año 1633.

[10] *Avisos*, de Pellicer, 31 mayo 1639.

[11] *Cartas de algunos PP. de la Compañía de Jesús sobre los sucesos de la Monarquía*. Mem. Hist. Esp., XV, pág. 443.

La lengua de las gitanas
Nunca la habrás menester,
Sino el modo de romper
Las dicciones castellanas
Que con eso y que zacees,
A quien no te vió jamás
Gitana parecerás [12].

Conforme a este canon, Espinel introduce un gitano ceceoso en la *Vida de Marcos de Obregón* [13], y Cervantes, a más de *La Gitanilla*, en la primera jornada de *Pedro de Urdemalas*, saca al conde de los gitanos, Maldonado, y a las gitanillas Inés y Belica, ceceando cuanto hablan; don Antonio de Solís adorna con este elemento típico a su *Gitanilla de Madrid* [14]; y en la colección de entremeses titulada *Flores del Parnaso*, encontramos varias veces gitanos que cecean [15]. Pero advierte Cervantes en su novela ejemplar que Preciosa, como gitana, hablaba ceceosa, «y esto es artificio en ella, que no naturaleza» [16].

La literatura del siglo XVII conoció ese don o habilidad que poseen las gitanas para decir la buenaventura, explotando, más que la credulidad, la vanidad de los incautos, como característica tan típica de las mismas que don Antonio de Solís no duda en poner en escena el siguiente diálogo:

—¿Sabes la buena ventura?
—¿Qué gitana la ignoró? [17].

Y Lope de Vega señala dicho arte como distintivo de todo gitano:

Tras esto, se hace gitano,
y que es astrólogo jura,

---

12 *El Arenal de Sevilla*, II. Ac. N. E., XI, págs. 377-378.
13 *Opus. cit.*, I, 16. Clás. Cast., XLIII, pág. 245.
14 Vd. Rivad., XLVII, pág. 64.
15 *Opus cit.* Zaragoza, 1708, págs. 15, 54, 188.
16 Cervantes, *La Gitanilla*. Rivad., I, pág. 102-*b*.
17 *La gitanilla de Madrid*, I. Rivad., XLVII, pág. 64-*a*.

diciéndoles la ventura
por las rayas de la mano [18].

No dudó Lope explotar él la parte de colorido popular que tiene la inocentona quiromancia de las gitanas, poniendo en escena a una de ellas que dice la buenaventura al Niño Jesús [19].

En otro lugar usó el mismo recurso de poner en la ceceosa lengua de una buenaventurera las predicciones de lo porvenir: En *El Primer Rey de Castilla.* Sacando partido especial del supersticioso prestigio que en gentes medievales debían tener las artes adivinatorias, aun las gitanescas [20].

La fe que los mismos gitanos tenían en esta forma de adivinar el porvenir nos la dice A. de Solís, por boca de Preciosa:

Maz dejemoz dizparatez,
que zolo el vulgo creyó
que le he de decir verdad.
Todaz eztaz rayaz zon
zeñalez de que la mano
muchaz vecez ze zerró [21].

Además de la buenaventura, arte que les valdría el título de hechiceras, las gitanas eran consumadas bailadoras, siendo abundantes los testimonios en este sentido.

Junto con estas características más o menos típicas y, en todo caso, inofensivas, a los gitanos se les atribuyó, sin duda con sobrados motivos para ello, una serie de cualidades de gran peligrosidad social. Quiñones los reputa ladrones, irreligiosos, antipatrióticos, por estar en perpetua connivencia con el turco; engañadores, hechiceros, corruptores y hasta antropófagos, advirtiendo que «no hacían más los caníbales de las Indias, que comían carne humana» [22]. Entre todos estos defec-

18 Lope, *El enemigo engañado,* II. Ac. N. E., V, pág. 132.

19 Vd. *La vuelta de Egipto.* R. Acad., II, pág. 371. Vd. la figura de la Buenaventura en *El tirano castigado.* R. Acad., II, pág. 473-*a.*

20 *El primer Rey de Castilla,* III. R. Acad., VIII, pág. 72.

21 *La gitanilla de Madrid,* I. Rivad., XLVII, pág. 64-*a.*

22 *Opus cit.,* fol. 11.

tos destacaba la fama de ladrones. Multitud de autores políticos y literarios que se ocupan de la materia, ven en el gitano, ante todo, un profesional del robo. Harto conocidos son los pasajes en este sentido de Pellicer, Acevedo, Lope, Solís, etcétera. Sirva de epítome de todas estas opiniones, expresión a su vez de la ideología comúnmente profesada sobre el problema, el pasaje con que Cervantes da comienzo a su novela de asunto gitanesco:

«Parece que los gitanos y gitanas sólo nacieron en este mundo para ser ladrones. Nacen de padres ladrones, críanse con ladrones, estudian para ladrones y, finalmente, salen con ser ladrones corrientes y molientes a todo ruedo; y las ganas de hurtar y el hurtar son en ellos como accidentes inseparables, que no se quitan sino con la muerte» [23].

A los gitanos se les atribuían toda clase de robos, pero especialmente el de caballerías, en cuyo trato ilegal eran duchos. Así es cómo únicamente los retrata Espinel [24], e igualmente Cervantes se refiere a la pericia con que desfiguraban las bestias robadas para facilitar su venta [25]. El trajín de los gitanos comprando, vendiendo y cambiando cabalgaduras, también dejó huella en el teatro de Lope:

Hoy echaron mis hermanos
A dos propuestos maridos
Azogue por los oídos,
Como a bestias de gitanos [26].

¡Cómo conocía Lope las estratagemas del chalaneo! Echar azogue en los oídos de las bestias para hacerlas accidentalmente ligeras y vivas, es un ardid que comprobó Cervantes dos veces:

«Dijo Sancho: A buena fe que andaba "Rocinante" como si fuera asno de gitano con azogue en los oídos.

---

23 *La Gitanilla.* Rivad., I, pág. 101.
24 *Marcos de Obregón,* I, 16. Clás. Cast., XLIII, pág. 244.
25 *La Gitanilla.* Rivad., I, pág. 108-*b*.
26 *La serrana de la Vera,* I. R. Acad., XII, pág. 4.

—Y ¡cómo si llevaba azogue! —dijo don Quijote—. Y aun una legión de demonios, que es gente que camina y hace caminar, sin cansarse, todo aquello que se les antoja» [27].

«Un gitano anduvo muy solícito por encajalle uno (asno), que más caminaba por el azogue que le había echado en los oídos que por ligereza suya» [28].

También alude al ingenioso engaño don Antonio Hurtado de Mendoza:

Él es novio de lanzada,
Cerviguillo corto y ancho.
¡Qué fiero y hosco es el hombre,
Derrengada vista y ceja,
Y sin amonio en la oreja,
No se puede oír su nombre!
¿Están con mucho alborozo
Las hembras? [29].

Era idea generalmente aceptada que los gitanos también practicaban el rapto de niños para luego criarlos y educarlos dentro de su tropa. Este delito, del que se quejan unánimemente los tratadistas del problema gitano desde un punto de vista político, encuentra su consagración literaria en multitud de piezas y relatos sobradamente conocidos.

Dedicados al robo y tráfico ilícito, la gitanería había de ser necesariamente emporio de embustes y mentiras. La Preciosa de Solís reconoce:

Que aunque los gitanos tengan
Opinión de mentirosos,
No hay gente más verdadera [30].

---

[27] *Quijote*, I, 31.

[28] Cervantes, *La ilustre fregona*. Col. Clás. Cast., XXVII, pág. 303.

[29] Don Antonio Hurtado de Mendoza, *El marido hace mujer*. Rivadeneira, XLV, pág. 424-*b*.

[30] *La gitanilla de Madrid*, I. Rivad., XLVII, pág. 67-*a*.

Demostrando a continuación lo acertado de dicha opinión. Prueba de lo extendida que estaba la creencia en la falsía gitana es, entre otros, el siguiente pasaje de Lope:

—Vivas más años, amén,
Que un cuervo; vivas más años
Que un gitano tiene engaños,
Y más que Matusalén[31].

Asimismo nos acredita el teatro de Lope otra manera de vivir, muy típica de los gitanos de entonces y de ahora, la de volteadores:

CONDE. *¿Quién eres tú?*
GITANO. *Soy gitano*
Que a jugar con la correa
Mi vida sustento y gano.
CONDE. *¿Y esotro?*
GITANO. *Este voltea*
Con esta espada en la mano.
Volteamos y danzamos
Y con esto entretenemos
A cuanta gente topamos
Y a ninguno mal hacemos
Y ansí la vida pasamos.

No se aquietó el conde con esta paradisíaca relación. Inmediatamente decreta que salgan fuera de sus estados. Es que Lope estaba oyendo el bando de los alcaldes de Casa y Corte, o la promulgación de la Pragmática:

CONDE. *Ahora bien, hola, alguacil,*
Toda esta canalla vil
Echadla de la ciudad.
ALGUACIL. *Ea, gente, caminad...*
CONDE. *Quiera ya el supremo cielo*
Que, viendo ya de esta gente
Limpio nuestro patrio suelo,

31 *El esclavo de Venecia*, III. Ac. N. E., V, pág. 354-*a*.

Vuelva piadoso y clemente
Los ojos a nuestro celo [32].

OPINIÓN SOBRE LOS GITANOS

El criterio que Lope atribuyó a este Conde Rodulfo es el general de la conciencia española. Raza diversa e inasimilable, cuerpo extraño e inadaptado en la vida nacional, cualidades que repugnaban al sentimiento religioso, moral y social del medio en que se desenvolvían, inutilidad y perjuicio para la comunidad que los soportaba y en la que eran verdaderos parásitos, no es de extrañar que los autores de los más diversos tipos recarguen las tintas negras al trazar los rasgos de esta pseudonación. Quiñones dirá:

«Esta gente es perniciosa, vaga, ociosa, mala, inútil y sin provecho para estos reinos y de mucho daño a los súbditos y vasallos» [33].

Años antes, Fray Gregorio de Alfaro expresaba la misma idea:

«Los gitanos, que son de la misma suerte, que son la pestilencia de la República, sin que se haya podido remediar, habiéndose remediado otras mayores y más dificultosas en ella» [34].

Idéntico es el criterio de Pedro de Villalobos [35], y del autor, fuera quien fuere, del raro opúsculo titulado *Discurso político de la expulsión de los vagabundos y remedio de los pobres* [36].

Y Fray Melchor de Huélamo les dedica este largo y sustancioso párrafo, lleno de brío, que he reservado para colofón:

---

[32] *El Ganso de Oro*, II. Ac. N. E., I, pág. 166.

[33] *Opus cit.*, fol. 1°.

[34] *Vida de D. Francisco de Reinoso.* Valladolid, 1617, pág. 149.

[35] *Discursos jurídicos, políticos, en razón de que a los Gitanos Vandoleros de estos tiempos, no les vale la Iglesia para inmunidad. Dase cuenta en ellos de la vida de esta gente y pondérase las razones más eficaces que hay para su castigo y exterminación de la República.* Salamanca, 1644.

[36] Zaragoza, 1666.

«Ciertamente, nuestros esclarecidos reyes y antepasados establecieron con santo celo leyes penales con que fuesen los tales castigados... Establecieron pena de azotes y destierro a los jitanos. Verdad es que azotes poco valen para quien tiene en la espalda callos hechos y en la vergüenza cuatro dedos de moho. Y el destierro mucho menos, porque de nada sirve el tal castigo al que no tiene casa ni hogar, heredad ni pueblo. Si alguna cosa aprovecha para ellos es el bendito remo y las santas galeras. Especialmente que los azotes que la sobre dicha ley manda dar son sesenta solamente, que son en su reputación sesenta guindas o confites. Verdad es que los señores jueces que ponen en práctica y ejecución dicha ley se los llegan a cien, y debe ser por la perfección del número cuadrado resultante y convergente de diez veces diez; pero con todo eso, es entre ellos castigo de conservación y entretenimiento, como fuera que azotes en la espalda del jitano es echar caperuzas en la boca de la tarasca. Cuanto a lo primero, diciendo lo que siento acerca de los jitanos, viven vida muy sospechosa, porque el que dijese no tener cura inmediato, herético es de la secta y heregía de los alumbrados. Ellos no tienen (comúnmente hablando) curas inmediatos, luego muy sospechosa vida viven... de la libertada vida de los sobredichos gitanos, sin tener cura inmediato o diocesano alguno, por estar hoy aquí mañana en Francia, se siguen mil inconvenientes, porque como no está a cargo de alguno el preguntar cómo viven, ni si han confesado, ni qué días han de guardar, ni cuáles sean de ayuno, viven como étnicos y publicanos. Síguese de aquí el no guardar los cánones pontificales ni las leyes imperiales. ¿Cuándo jamás se vido alguno de ellos pedir al Pontífice Romano dispensación para contraer matrimonio en grados prohibidos por derecho? ¿Cuándo se oyó en parroquia alguna publicación o amonestación para sus casamientos? Y si acaso alguna vez, por yerro de cuenta aconteciere, sería de ningún valor y efecto, porque los que han de informar son ellos mismos, y están en esto tan sin luz, como en todas las demás, ciegos. No hay entre ellos claridad ni distinción de linages, ni conocimiento de parentescos, ni abolorios por no tener consistencia de suelo

ni sitio, como sea verdad que aun en los que lo tienen suele haber ceguedad y engaño, y lo que ellos blasonan de Mallas y Maldonados es todo mentira. ¿Cuándo se vido alguno de ellos pedir habilitación para algún impedimento al débito matrimonial? Pues es cierto que no deben ser tan castos y continentes que no tengan alguna vez necesidad especialmente, que a lo que creo, aún los grados que por ley y derecho natural son prohibidos no tienen seguridad. Ni puede ser menos entre gentes que se aposentan en los establos, sino que se les ha de pegar alguna cosa de los brutos en cuyo domicilio habitan, siendo su Conde conde establo. ¿Cuándo se vido entre ellos tomar bulas? Que aun hasta en esto se quieren privar de los graciosos regalos de la Santa Sede Apostólica. Dejo aparte el no saber entre ellos oficio alguno ni tener rentas ni recurso a la agricultura, por lo cual necesariamente han de ser todos ladrones. Y si se inclinan a ejecutar algún oficuelo, es hacer varrenas, por ser especie de ganzúas y aun por disimular las muchas que entre las varrenas hacen. También se suelen ejercitar en el juego de la correglela, cosa importantísima para la conservación de la República. ¿Qué ceguedad llega a la nuestra España, pues no miramos por el remedio de un tan pernicioso daño? ¿Qué provecho tiene el mundo dellos? No son monacillos, sacristanes, clérigos ni religiosos. No son alcaldes, regidores, ni alguaciles. No son pregoneros ni guardas de los montes. Antes, cuando entran en los pueblos, tienen tanto que guardar los vecinos sus haciendas que aun no osan acudir a las del campo. No pagan tributo al Rey ni diezmos y primicias a la Iglesia. No dan ofrenda en vida ni añal en muerte. Pues en lo que toca a los sacramentos, Dios lo remedie. Miren en los libros y memoriales de las Iglesias en lo que toca al santo Bautismo, y verán lo que pasa. Dejo aparte el sacramento de la Confirmación y Santo Óleo, que jamás entró por sus puertas. Lo cual dan muy a entender con la debilitación y flaqueza de sus corruptísimas costumbres. De dos jitanos por cosa muy cierta oy decir una cosa que de ninguna bárbara nación se habrá oído, y es que trocaron las mujeres y que, por ser una de un poco mejor parecer que la otra, le había vuelto cierta

cantidad de moneda, y para hacer este trueque digo yo que tendrían algún buleto del Gran Turco o de su Gran Pontífice Caliphe de Baldaco, o del Sofi, en pago de algún baile que uviesen hecho o de algunas vueltas peligrosas en el aire. Y aún creo que usan del mesmo bulero y facultad para entre ellos poderse enterrar en el campo y en tierra virgen (como moros y africanos), comiendo carne en viernes sobre la sepultura del mal logrado (como me consta a mí habérsela visto comer en Cuaresma). Dios Nuestro Señor lo remedie y resucite celosos de la honra de Dios para que castiguen semejantes insolencias y repriman gente tan escandalosa y sin provecho. No valen para la guerra ni para paz, no son de provecho alguno y son de daño manifiesto, y con todo eso, con no trabajar ellos jamás, ni ellas hilar, ni hacer telas, andan mejor vestidos que los demás plebeyos, pues de ordinario traen las ropas guarnecidas que a la triste desposada robaron, trayendo de continuo lo que el dueño hizo para las Pascuas. Y, lo que no es poco de llorar, es que, como no tienen bienes que confiscar, quedan sus atrocísimos delitos sin castigo. Para ninguna cosa hallo yo a mi cuenta ser provechosos sino para las galeras, y ojalá aprovecharan allí todos» [37].

[37] Fr. Melchor de Huélamo, *Libro primero, de la vida y milagros del glorioso confesor Sant Ginés de la Xara. Y de algunas cosas notables que hay en el monasterio.* Murcia, 1607, fol. 14-7.

EPÍLOGO Y CONCLUSIONES

Vamos a resumir cuanto llevamos dicho y a consignar brevísimamente las conclusiones que, a nuestro juicio, se desprenden de los capítulos que anteceden.

La recapitulación es fácil, porque nos la da hecha un eminente autor del siglo que hemos estudiado, Saavedra Fajardo, el cual expresó la mentalidad general de su época sobre los caracteres psicológicos de todos los pueblos en estas páginas que transcribimos:

«Los españoles aman la religión y la justicia, son constantes en los trabajos, profundos en los consejos, y así, tardos en la ejecución. Tan altivos, que ni los desvanece la fortuna próspera ni los humilla la adversa.

Esto, que en ellos es nativa gloria y elación de ánimo, se atribuye a soberbia y desprecio de las demás naciones, siendo la que más bien se halla con todas y más las estima, y la que más obedece a la razón y depone con ella más fácilmente sus afectos o pasiones.

Los africanos son astutos, falaces, supersticiosos, bárbaros, que no observan alguna disciplina militar.

Los italianos son advertidos y prudentes. No hay especie o imagen de virtud que no representen en su trato y palabras para encaminar sus fines y conveniencias. Gloriosa nación, que antes, con el imperio temporal, y ahora con el espiritual, domina el mundo. No son de menor fortaleza para mandar que para saber obedecer. Los ánimos y los ingenios, grandes en las artes de la paz y de la guerra. El ser muy judiciosos los hace sospe-

chosos en su daño y en el de las demás naciones. Siempre recelosos de las mayores fuerzas y siempre estudiosos en librarlas. No se empuña espada o se arbola pica en las demás provincias que en la fragua de Italia no se haya forjado primero y dado filos a su acero y aguzado su hierro.

En Alemania, la variedad de religiones, las guerras civiles, las naciones que militan en ella han corrompido la candidez de sus ánimos y su ingenuidad antigua; y como las materias más delicadas, si se corrompen, quedan más dañadas, así, donde ha tocado la malicia extranjera ha dejado más sospechosos los ánimos y más pervertido el buen trato. Falta en algunos la fe pública; las injurias y los beneficios escriben en cera, y lo que se les promete, en bronce. El horror de tantos males ha encrudecido los ánimos, y ni aman ni se compadecen. No sin lágrimas se puede hacer paralelo entre lo que fue esta ilustre y heroica nación y lo que es, destruida no menos con los vicios que con las armas de las otras, si bien en muchos no ha podido más el ejemplo que la naturaleza y conservan la candidez y generoso trato de sus antepasados, cuyos estilos antiguos muestran en nuestro tiempo su bondad y nobleza. Pero aunque está así Alemania, no le podemos negar que, generalmente, son más poderosas en ella las buenas costumbres que en otras partes las buenas leyes. Todas las artes se ejercitan con gran primor. La nobleza se conserva con mucha atención, de que puede gloriarse entre todas las naciones. La obediencia en la guerra y la tolerancia es grande, y los corazones animosos y fuertes. Hase perdido el respeto al imperio, habiendo éste, pródigo de sí mismo, repartido su grandeza entre los príncipes y disimulado la usurpación de muchas provincias y la demasiada libertad de las ciudades libres, causa de sus mismas inquietudes, por la desunión de este cuerpo poderoso.

Los franceses son corteses, afables y belicosos. Con la misma celeridad que se encienden sus primeros ímpetus, se apagan. Ni saben contenerse en su país ni mantenerse en el ajeno, impacientes y ligeros. A los ojos son amables; al trato, insufribles, no pudiéndose conformar la viveza y libertad de sus accio-

nes con el sosiego de las demás naciones. Florecen entre ellos todas las ciencias y las artes.

Los ingleses son graves y severos; satisfechos de sí mismos, se arrojan gloriosamente a la muerte, aunque tal vez suele moverlos más un ímpetu feroz y resuelto que la elección. En la mar son valientes, y también en la tierra, cuando el largo uso los ha hecho a las armas.

Los hiberneses son sufridos en los trabajos; desprecian las artes, jactanciosos de su nobleza.

Los escoceses, constantes y fieles a sus reyes, habiendo hasta esta edad conservado por veinte siglos la corona en una familia. El tribunal de sus iras y venganzas es la espada.

Los flamencos, industriosos, de ánimos cándidos y sencillos, aptos para las artes de la paz y de la guerra, en las cuales da siempre grandes varones aquel país. Aman la religión y la libertad. No saben engañar ni sufren ser engañados. Sus naturales blandos son metales deshechos, que, helados, retienen siempre las impresiones de sus sospechas, y así, el ingenio y arte del Conde Mauricio los pudo inducir al odio contra los españoles y, con apariencias de libertad, los redujo a la opresión en que hoy viven las Provincias Unidas.

Las demás naciones septentrionales son fieras e indómitas. Saben vencer y conservar.

Los polacos son belicosos, pero más para conservar que para adquirir.

Los húngaros, altivos y conservadores de sus privilegios. Mantienen muchas costumbres de las naciones que han guerreado contra ellos o en su favor.

Los eslavones son feroces.

Los griegos, vanos, supersticiosos y de ninguna fe, olvidados de lo que antes fueron.

Los asiáticos, esclavos de quien los domina y de sus vicios y supersticiones. Más levantó y sustenta ahora aquel gran imperio nuestra ignavia que su valor; más nuestro castigo que sus méritos.

Los moscovitas y tártaros, nacidos para servir, acometen en la guerra con celeridad y huyen con confusión»[1].

¿Qué conclusiones se deducen de este trabajo? Dos principalmente: La primera, la parcelación espiritual de los españoles, es decir, la casi anulación de la idea de nacionalidad en la conciencia española. Sola y exclusivamente sienten los españoles en común la religión y el orgullo de sus empresas *ad extra*. En todo lo restante, no ven unas regiones de otras, sino sus mutuos defectos, sus caracteres de recíproca oposición. Tal y tan grande falta de cohesión nacional no era, por desgracia, nota específica de las clases incultas; en la Universidad, que bien podemos suponerlo el medio más ilustrado y más consciente de toda España, se daba la antítesis regionalista con la misma rudeza con que los del *pueblo del rebuzno* salían en campaña con los del pueblo vecino, al decir de Cervantes[2]. Recordemos los bandos ya citados de la Universidad salmantina, entre la Mancha y Castilla[3]; añadamos la contrariedad entre andaluces y castellanos en la Universidad de Alcalá, apuntada por Mateo Alemán[4], y concluyamos con la descripción de tipos estudiantiles de la misma Universidad complutense, tal como los veía un poeta anónimo, estudiante, sin duda:

Verás el portugués, sucio y seboso,
Querer tratar amores delicados;
El vizcaíno, necio y enfadoso;
Los extremeños, locos y entonados;
El hinchado andaluz y presuncioso;
Aquí verás gallegos apocados;
Matarte ha el fanfarrón del toledano,
Con el triste leonés y el asturiano[5].

Todo invita a creer que en el ambiente universitario la variedad española lucía sus discrepancias, como en el medio más

---

1 Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político-cristiano, Empresa LXXXI*. Rivad., XXV, pág. 217.

2 *Quijote*, II, 25.

3 Rojas Zorrilla, *Obligados y ofendidos*, I. Rivad., LIV, pág. 61 y sigs.

4 *Guzmán de Alfarache*, II, I, 3. Rivad., III, pág. 269 y sigs.

5 *Vida Pupilar*. Ms. del Centro de Estudios Históricos.

vulgar de la Península. Cánovas del Castillo, en sus *Estudios del reinado de Felipe IV*, prueba que el Conde-Duque de Olivares reconoció este mal y trató de remediarlo; pero también prueba que la mentalidad de aquel ministro fue peregrina excepción en su época.

La segunda conclusión es que los españoles del siglo XVII juzgaban el resto de Europa manifiestamente inferior a ellos en condiciones religiosas, morales, intelectuales y físicas. A excepción del ingenio italiano, ¿qué buena cualidad reconocen los españoles en ningún pueblo europeo? De tal modo de ver las cosas tenía que originarse el menosprecio de lo extranjero, el engreimiento de lo propio y, en definitiva, el aislamiento espiritual de España del resto del mundo. Los hechos vistos y padecidos *a posteriori* nos dispensan de insistir en este aspecto. El panorama, pues, del alma española, en la parte que comprende el presente estudio, podemos simplificarlo en esta conclusión:

Los españoles del siglo XVII, ni se entendían entre sí ni se entendían con los demás.

APÉNDICE

Creemos conveniente insertar una poesía inédita que se conserva entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional, de Madrid, y que, por su asunto, se acomoda exactamente a este lugar. Es obra del siglo XVIII; pero esto contribuye a hacernos ver la proyección de las ideas que hemos estudiado, fuera de su siglo, su perduración durante la centuria inmediata y hasta ciertas modificaciones que ya se iniciaban en la demarcación de algunas regiones, que después ha seguido acentuándose. Ignoramos el autor de este engendro satírico. Contra él salieron a protestar algunas regiones ofendidas, los asturianos sobre todo. Las réplicas no merecen ser publicadas; tal es su desmayado tono.

«Juicio Imparcial de la Nación en General y particular por provincias que la componen [1].

DÉCIMAS

ESPAÑA [2]

El Español es honrado,
Es esforzado y valiente,
Es moderado y prudente,
Buen marino y buen soldado,

1 Ms. 10912, fol. 159, y Ms. 10723, fol. 28. Reproduzco el primero. El segundo carece de la décima correspondiente a Portugal.

2 El Ms. dice *Castilla la Vieja* por evidente error.

Es obediente y callado,
Es generoso y sufrido,
Ingenioso y advertido;
Y con tal disposición,
Por falta de aplicación
Es un tesoro escondido.

CASTILLA LA NUEVA

Castilla la Nueva es
País sano y agradable;
La gente, bastante amable;
Mas afecta al interés;
Todos los campos que ves
Cultivados con ardid
Hacen mucho más que un Cid,
Sin catar jamás el pan,
Si un año con otro dan
Cebada para Madrid.

CASTILLA LA VIEJA

Es el castellano viejo
Hombre de buen corazón
Y de muy santa intención
Para dar un buen consejo.
No es hombre de gran despejo,
Es algo largo y mohíno
Y el fruto más peregrino
Que su sencillez encierra
Es sólo el que da la tierra:
El pan, pan, y el vino, vino.

ALCARRIA

El alcarreño, sencillo
En su modo de vivir,

No sabe jamás salir
De entre romero y tomillo.
En cualquiera lugarcillo
Se cría gente muy fiel;
Echan los pobres la hiel
Trabajando como brutos,
Y, al fin, sus colmados frutos
Es un poquito de miel.

MANCHA

El que llega a caminar
Por la Mancha, sin falencia
Le enseñan con gran frecuencia
La horca antes que el lugar.
No gustan de trabajar,
Es gente de poca espera,
Arman pronto una quimera,
Y nunca de hambre se mueren,
Pues son dueños cuando quieren
De lo que tiene cualquiera.

EXTREMADURA

Espíritu desunido
Anima a los extremeños;
Jamás entran en empeños
Ni quieren tomar partido;
Cada cual en sí metido
Y contento en su rincón,
Huye de toda instrucción,
Y aunque es grande su viveza,
Vienen a ser, por pereza,
Los indios de la nación.

ANDALUCÍA

Al andaluz retador
Y excesivo en ponderar,

No se le puede negar
Es gente de buen humor.
Jamás conservan rencor;
Galantean a sus madres,
Nunca viven sin comadres,
Y en sus desafíos todos
Se dicen dos mil apodos
Y luego quedan compadres.

ARAGÓN

El aragonés, callado,
Todas las cosas emprende
Con tesón, y las defiende
Con un espíritu osado;
Testarudo y porfiado,
A nadie cede su gloria;
Y para formarse historia,
Jamás perdona fatiga
Y aspira siempre a la intriga,
Al dominio y la memoria.

CATALUÑA

El catalán bullicioso,
Carruajero y navegante,
Mercader y fabricante,
Jamás vive con reposo.
En un país escabroso,
A costa de mil afanes,
Marca tierras, hace planes,
Y aunque sea en un establo,
Al fin, por arte del diablo,
Hace de las piedras panes.

VALENCIA

Valencia, fuera de chanza,
Que infunde a todos infiero

Un espíritu ligero
Muy dispuesto a la mudanza.
Llevan muy floja la panza;
Son de corazón muy frío;
Habitan siempre en un río,
Y, al fin, tienen de este modo
La substancia, para todo,
De gente de regadío.

MURCIA

El murciano, trabajando
Alegre en su barraquilla,
Al son de una guitarrilla
Pasa la vida cantando.
Él suele de cuando en cuando
Jugar una morisqueta;
Pero su intención es quieta,
Y cuidar sus naranjicos,
Criar cuatro gusanicos
Y guiar una carreta.

GALICIA

No se les puede negar
A los gallegos más legos
Que vale por mil gallegos
El que llega a despuntar.
No prueba su paladar
Más que coles y pan seco,
Y hasta el niño más enteco
Baja el verano a segar
Con gusto a todo lugar,
Menos al lugar de Meco.

MARAGATOS

Los maragatos bonazos
No son bestias por un tris;

Que cualquiera del país
Es un pobre calzonazos.
Vendiendo mil embarazos
Van y vienen muy aprisa
Con sus lienzos; y es la risa
Que así como me lo quiero,
Se llevan nuestro dinero,
Pero nos dan la camisa.

MONTAÑAS

Es del montañés la gloria
Guardar por antigua prenda
En una pequeña hacienda
Una gran ejecutoria.
Del noble país la historia
A todo alojero embebe;
Y creo que se le debe
Al montañés esta maña:
Que es la nobleza de España
Más cercana de la nieve.

ASTURIAS

El asturiano cerdoso,
Bajo, rechoncho y cuadrado,
Forcejudo y mal formado
Es un mixto de hombre y oso.
Su carácter es honroso,
Hombre de bien, mas sin maña;
Todo lo emprende con saña,
Y son, según les inclina
Su afecto a mozos de esquina,
Las acémilas de España.

VIZCAYA

El vizcaíno, muy severo,
Con dureza nunca oída,

Prefiere siempre a su vida
La defensa de su fuero.
Es amigo verdadero,
Es un mercader honrado,
Un marinero arrestado,
Y es capaz con entereza,
Sin cansarse la cabeza,
De escribir más que el Tostado.

NAVARRA

Navarra, en la realidad
Da de sí la gente honrada;
Y aunque es un poco pesada,
Guarda palabra y verdad.
En todo tiempo y edad
Son terribles comedores,
Igualmente bebedores;
Y todos son fabricantes,
Asentistas, comerciantes,
Indianos y capadores.

RIOJA

Es la gente riojana
Vividora en tal manera,
Que muy bien a otra cualquiera
Le puede cardar la lana.
Es fuerte, robusta y sana,
Y tiene todo su gozo,
Desde el más viejo al más mozo,
Vivir en campaña rasa
Y, abandonando su casa,
Pasan la vida en un chozo.

MALLORCA

Del mallorquín el tesoro
Es el aceite y el vino;

Aborrece al argelino
Y a toda casta de moro.
Ama la plata y el oro
Y guarda bien su peculio.
Todo el año es mes de julio,
Y con rara devoción
Da culto y veneración
A su Raimundo Lulio.

MADRID

Aun las personas más sanas,
Si son de Madrid nacidas,
Tienen que hacer sus comidas
De píldoras y tipsanas.
Diamantes como avellanas,
Estirado corbatín,
Ricas vueltas y espadín,
Suele hacer su adorno bello;
Mas siempre marcado el cuello
Con sellos de Antón Martín.

CANARIAS

El canario, siempre vago,
Buscando en el mar su vida,
Hace toda su comida
Con un plátano y un trago.
Trata al inglés con halago
Y le da el fruto que encierra
Su fértil y hermosa tierra,
Y así, viene a ser con maña
Vasallo del Rey de España
Y hermano del de Inglaterra.

AMÉRICA

El indiano con ardid
Vence mil riesgos y gana

Mucho dinero en la Habana
Para gastarlo en Madrid.
El vive en continuo ardid,
Y su paradero es,
Con todo el afán que ves,
Ser un pretendiente eterno
De un hábito, o de un gobierno,
O un título de marqués.

PORTUGAL

Cree el portugués finchado
Que es más que un rey de otra parte,
Que sujeta al mismo Marte
Y que el mundo ha dominado;
Que a todos la ley ha dado,
Que es más fuerte que Sansón,
Más sabio que Salomón,
Y, creyendo lo que ves,
Todo, todo, todo es
Un terrible mentirón.

ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

A un judío: 611.
Abril, P. Simón: 9.
Acevedo: 649.
Acuña, Hernando de: 17.
Achillini, C.: 335.
Agreda, Sor María de: *Cartas*, 24.
Aguado, Simón: *Entremés de los negros*, 609; *Niños de la Rollona, Los*, 328-329.
Aguilar, Gaspar: *Mercader amante, El*, 620-621.
Aguilar, Pedro de: *Memorias del cautivo*, 541.
Alabanzas del puerco: 624-625.
Alamos y Barrientos, Baltasar de: *Discurso político...*, 106, 410, 470, 485-486.
Alarcón, Juan Ruiz de: *Cueva de Salamanca, La*, 552, 576-577; *Los empeños de un engaño*, 228-229; *Entremés de la condesa*, 245; *El examen de maridos*, 181-182, 270, 310; *La industria y la suerte*, 125, 267; *La manganilla de Melilla*, 211, 625-626; *Mudarse por mejorarse*, 187-188; *No hay mal que por bien no venga*, 138; *Quien mal anda, mal acaba*, 275-276, 576; *Siempre ayuda la verdad*, 141-142; *El tejedor de Segovia*, 125, 350; *Todo es ventura*, 126, 262; *La verdad sospechosa*, 313-314.
Albornoz, Bartolomé de: *El arte de los contratos*, 99.
Alcalá, Jerónimo de: *El donado hablador*, 115, 172, 177, 233-234, 278, 290, 309, 499, 573, 583, 587-588.
Alcalá y Herrera, Alfonso de: *Varios efectos de amor*, 147.
Alcázar Arriaza, J. de: *Medios políticos para el remedio...*, 43, 49.
Alcocer: Vid. Hurtado de Alcocer.
Alcocer, Pedro de: *Historia... de Toledo*, 114.
Aldrete, Bernardo: *Origen... de la lengua castellana*, 291.
Alemán, Mateo: 53, 56, 88, 263, 503; *Guzmán de Alfarache*, 33, 59, 86, 90, 195, 196, 278, 280-281, 324-325, 353, 359, 369, 380-381, 459, 591, 659.
Alfaro, Fr. Gregorio de: *Vida de don Francisco de Reinoso*, 652.
Alfonso VI: 116.
Alfonso X: 79, 119.
Algaba, marqués de: 124.

Almosnino, M.: *Extremos y grandezas de Constantinopla*, 528, 547.
Alonso Cortés, N.: 214.
Alvarez Gamero, S.: 574.
Añover, conde de: 493.
Apráiz, J.: 112, 171, 199, 200, 217, 267.
Aretino, Pietro: 137, 232.
Argensola, Bartolomé L. de: 456, 465-466, 506.
Argensola, Lupercio L. de: 135, 342.
Ariosto, Ludovico: 333, 334, 339.
Aristóteles: 46.
Armesto y Castro: *Entremés de la reliquia*, 550.
Arnauld, Antoine: 413.
Arratia y Guevara, Luis de: 48.
Artigas, Miguel: 475, 479, 631.
Asensio, Francisco: *Floresta Española*, 157, 161, 169, 204, 219-220, 255, 261, 263, 272, 314, 360, 381, 421, 516, 519, 541-542, 579, 606, 636.
Aucto del finamiento de Jacob: 641.
Austria, Juan de: 434-435.
Autos acordados: 98-99, 254, 403-404, 472, 531.
Avellaneda, Alonso Fernández de: *Quijote*, 110, 129, 212, 230, 245, 506, 610; *Entremés de los rábanos*, 618.
Avellaneda, Francisco de: *Cuantas veo, tantas quiero*, 253.
Ávila, Diego de: *Égloga interlocutoria*, 641.
Ávila, Gaspar de: *El iris de las pendencias*, 231-232; *El valeroso español...*, 232, 258, 299-300.
Ayala, Juan de: *Cinco venganzas en una*, 266-267.

Baile del ay, ay, ay: 422.
Baile del cazador: 519.
Baile de los moriscos: 588.
Balbín Lucas, R. de: 350, 374.
Baltasar: Vid. Alamos.
Ballesteros, Fernando de: 169.
Bances Candamo, F. A. de: *El Austria en Jerusalén*, 506; *El duelo contra su dama*, 418; *Por su rey y por su dama*, 36, 41, 68, 69, 198, 325, 430-431.
Barclay, J.: 335.
Barrionuevo, Jerónimo de: *Avisos*, 25, 26, 27, 40, 50, 94-95, 136, 137, 152-153, 160-161, 167, 181, 184, 186, 224, 270-271, 272, 278, 288, 325-326, 340-341, 350, 352, 367-368, 374, 392, 402-403, 413, 414, 434-435, 447-448, 450-451, 452, 459-460, 463, 464, 465, 466, 468, 481-483, 486-487, 488, 489-491, 493, 494, 495, 496, 499, 502-503, 514-515, 520-521, 531-532, 533, 552, 554, 599, 600, 617, 625.
Barrios, Miguel de: *El coro de las musas*, 418.
Bedmar, marqués de: 375.
Bembo, Pietro: 334, 339.
Bentivoglio, G.: 336.
Bermúdez de Pedraza, F.: *El secretario del rey*, 54, 269-270, 332.
Bisbe y Vidal, F.: *Tratado de las comedias*, 472.
Boccaccio, G.: 334-335.
Boccalini, Trajano: 335, 337, 439.
Boiardo, M.: 334.
Bonilla San Martín, A.: 210, 237, 291, 428, 446-447, 448, 553.
Bopp, F.: 250.
Botero, Juan: *Descripción de todas las provincias*, 41, 65, 70, 83, 277, 285, 307. (Otros títulos de esta obra: *Relaciones generales..., Re-*

laciones toscanas..., Relaciones universales...)
Bowle: 538.
Brantôme, P. de: 31.
Bricianos, P.: 43.
Buchanan, M.: 237.
Búho Gallego, El: 34, 166, 181, 219, 220-221, 251, 281-282, 297, 307, 545.
Burriel, P. Andrés Marcos: 121.

«Caballero de Rodas»: *Relación de las tierras... del Gran Turco...*, 527-528, 547-548.
Cabrera, P. Alonso de: *Sermones*, 343, 465.
Cabrera de Córdoba, L.: *Historia de Felipe II*, 84, 184, 190, 226, 247, 536.
Cáceres, Francisco de: *Diálogos satíricos*, 545.
Calderón de la Barca, Pedro: 10, 139, 291; *A secreto agravio...*, 154, 160; *Agradecer y no amar*, 229; *Amigo, amante y leal*, 358-359; *Argenis y Poliarco*, 322; *El astrólogo fingido*, 205, 422; *La aurora en Copacabana*, 18-19; *La banda y la flor*, 170; *Basta callar*, 69; *Bien vengas, mal*, 522; *Cada uno para sí*, 119, 213; *Casa con dos puertas...*, 616; *Céfalo y Pocris*, 449; *La cisma de Ingalaterra*, 466; *Cuál es mayor perfección*, 173; *La dama duende*, 342; *De una causa, dos efectos*, 332; *El encanto sin encanto*, 92-93; *Entremés de las Carnestolendas*, 502; *El escondido y la tapada*, 520; *Fuego de Dios en el querer bien*, 213, 255; *El galán fantasma*, 429; *La gran Cenobia*, 371; *El gran príncipe de Fez*, 229, 553-554; *El gran Tetrarca*, 280; *Guárdate del agua mansa*, 234, 244; *El hijo del Sol Faetón*, 542; *Luis Pérez el Gallego*, 617-618; *El maestro de danzar*, 76-77, 305-306; *Mañana será otro día*, 430; *El médico de su honra*, 534; *El mejor amigo, el muerto*, 207, 490, 496-497; *La niña de Gómez Arias*, 589-590; *No hay cosa como callar*, 213; *El ocaso y el error*, 411; *El postrer duelo de España*, 66; *La puente de Mantible*, 587; *El sitio de Breda*, 70, 517; *La Virgen del Sagrario*, 113.
Calvete de Estrella, J. C.: *Viaje del príncipe don Felipe*, 271, 421, 431-432, 436.
Camoens, L. de: 148-149.
Camos, Fr. Marco Antonio de: *Microscomía*, 29, 271.
Cáncer, Jerónimo de: *Entremés de las lenguas*, 327, 386, 391, 497; *Obras varias*, 234; *El portugués*, 161-162.
Cano y Urreta, Alonso: *Días de jardín*, 271, 306, 343.
Cánovas del Castillo, A.: 660.
Cansino, Jacob: 528.
Cañizares, José de: 564; *El dómine Lucas*, 227.
Caramuel, P. Juan de: *Explicación mística...*, 22-23.
Cárcel de Sevilla, La: 207.
Carlos I (de Inglaterra): 467, 486-487.
Carlos II: 112.
Carlos V: 12, 15, 17, 23, 53-54, 61, 121, 476, 502, 504.

Caro, Ana: *El conde Partimplés*, 611.
Carrillo, Alonso: 194.
Cartas de algunos Padres..., 598, 646.
Cartujano: Vid. Padilla.
Carvallo, Luis Alfonso de: *Cisne de Apolo*, 340, 639-640.
Casa de amor, La: 555.
Cascales, Francisco: *Tablas poéticas*, 258, 299.
Castellanos y vascongados: 34, 220, 250, 251, 254, 255, 263, 268, 271, 272-273.
Castillejo, Cristóbal de: 81, 352, 353-354, 410, 459, 491; *Diálogo entre la Verdad y la Lisonja*, 80, 93; *Transfiguración de un vizcaíno...*, 272.
Castillo de Bobadilla, J.: *Política para corregidores*, 60, 64, 81-82.
Castillo Solórzano, Alonso de: *Las arpías de Madrid*, 339; *Aventuras del bachiller Trapaza*, 179; *El comisario de figuras*, 349-350; *La garduña de Sevilla*, 182, 309, 312, 369; *La inclinación española*, 62; *Jornadas alegres*, 243, 613; *El marqués del Cigarral*, 191, 268, 270; *El mayorazgo figura*, 442, 613; *La niña de los embustes...*, 75, 122, 131, 209, 211, 219, 315-316, 392, 505; *Noches de placer*, 290, 359, 425; *La prueba de los doctores*, 556; *Tardes entretenidas*, 177, 204, 218, 268-269, 555, 627-630; *Tiempo de regocijo*, 462.
Castro, Américo: 9, 87, 472-473.
Castro, Guillén de: *El cerco de Tremecén*, 32, 540; *El desengaño dichoso*, 557; *El nacimiento de Montesinos*, 409; *El renegado arrepentido*, 330.
Caterino Dávila, A.: 335, 336.
Cejador, Julio: 418.
Cervantes, Miguel de: 9, 63, 87, 186, 293, 372, 427, 461, 564; *Los baños de Argel*, 108, 539; *Canción a la Armada Invencible*, 468-469; *Canto de Calíope*, vid. *La Galatea; La casa de los celos*, 92; *El casamiento engañoso*, 210; *Coloquio de los perros*, 39, 42, 322, 353, 455, 563, 568, 594; *Las dos doncellas*, 289; *La guarda cuidadosa*, 134, 552-553; *La entretenida*, 203, 207; *La española inglesa*, 467, 472, 473; *La Galatea*, 52-53, 55, 291; *La gitanilla*, 366, 402, 425, 642, 647, 649; *La gran sultana*, 309; *La ilustre fregona*, 117-118, 192, 420, 650; *El licenciado Vidriera*, 132, 356-357, 366, 380, 617; *Pedro de Urdemalas*, 647; *Persiles y Sigismunda*, 34, 67, 72, 92, 147, 162, 171, 177-178, 296, 308, 379, 499, 543, 568-569, 571-572, 596; *Quijote*, 109, 123, 131, 192, 216, 224, 227, 228, 229, 230, 238, 245, 246, 273, 289, 297, 322, 395, 421, 424, 503, 505, 509, 516, 538, 539, 571-572, 649-650, 659; *El retablo de las maravillas*, 191; *Rinconete y Cortadillo*, 190, 192, 194, 224, 454-455; *La señora Cornelia*, 216-217, 257; *Viaje del Parnaso*, 55, 123, 506; *El vizcaíno fingido*, 261, 272.
Cervera de la Torre, A.: 20, 30.
César, Julio: 64.
Céspedes, P. Valentín de: 214.
Céspedes y Meneses, Gonzalo de:

147; *El español Gerardo*, 535-536; *Historia de Felipe IV*, 18, 24; *Historias peregrinas*, 47, 119, 125-126, 194, 214, 504, 573, 590.
Cetina, Gutierre de: 353.
Ciampoli, J. B.: 339.
Cisneros, cardenal: 24.
Claramonte, Andrés de: *De esta agua no beberé*, 174; *El valiente negro en Flandes*, 419, 505.
Clavería, Carlos: 231.
Clemencín, D.: 229.
Coello, Antonio: *El conde de Sex*, 473.
Colón, Cristóbal: 20.
Colonna, V.: 339.
Comendador Griego (Hernán Núñez): 132.
Consultas... varias: 460, 531.
Copiana, Luis: *Atroces hechos de impíos...*, 452-453, 558-559.
Corbera, Esteban: *Cataluña ilustrada*, 112-113, 297, 303, 304.
Corral, Gabriel del: *Epístola a don Luis de Ulloa*, 477.
Correas, Gonzalo: *Vocabulario de refranes*, 131, 132-133, 197, 201, 215, 247, 276, 284.
Cortes de Castilla, 645.
Cortés, Hernán: *Cartas*, 78-79.
Costa Matos, Vicente de: *Breve discurso contra los judíos*, 633.
Cotarelo, Emilio: 167, 321, 323, 327, 351, 420.
Covarrubias, Sebastián de: *Tesoro...*, 237.
Crespi, C. de: 308, 309.
Crespi, J. de: 308.
Cresuelo, P. José: 493; *Vida y martirio...*, 466.
Criales, Gaspar de: 43-44.
Crinito, Pedro: 81, 140.
Cromwell, O.: 481 sigs., 493-494.
Cruz, Fr. Alonso de la: *Discursos evangélicos*, 29, 79, 259.
Cubero Sebastián, P.: *Peregrinación del mundo*, 463, 489, 551.
Cubillo de Aragón, Alvaro: 187; *El conde de Saldaña*, 181; *Hechos de Bernardo del Carpio*, 396, 505; *El invisible príncipe del baúl*, 64, 218, 344, 610; *El señor de noches buenas*, 342.
Cuenta del montañés con el gallego, La: 207-209, 235.
Cursieto: 339.

Chica, Diego de la: 338, 384.
Chinchón, conde de: 84, 85.

Dante: 333, 339.
David: 19, 20, 21, 22.
Décimas inéditas: 661 sigs.
Decisión de Apolo...: 479.
Definiciones de la Orden de Calatrava: 20, 30, 105.
Descripción del reino de Galicia: 214.
Despertador...: 47.
Diamante, Juan Bautista: *El valor no tiene edad*, 418.
Diccionario de autoridades: 237, 422, 556.
Diodoro Sículo: 47.
Discurso político de la expulsión...: 652.
Dolce, L.: 339.
Drake, F.: 462-463, 480.
Duque de Estrada, Diego: *Comentarios*, 349, 556.
Durán, Agustín: 591.

Eclesiástico: 56, 57.
Eliano: 71.
Enrique IV de Francia: 26.
Enrique VIII de Inglaterra: 30.
Enríquez, Fr. Francisco: *Conservación de monarquías*, 22, 42, 45; *Oraciones panegíricas*, 30.
Enríquez Gómez, A.: *La torre de Babilonia*, 462; *Vida de don Gregorio Guadaña*, 216, 342.
Entremés de la sacadora: 391.
Entremés de las viudas: 263.
Entremés del gabacho: 327-328, 594.
Escalígero, J. C.: 82.
Escolano, Gaspar: *Historia de... Valencia*, 309, 430.
Escosura, Luis de la: *El artificio de Juanelo*, 341.
Espinel, Vicente: *La casa de la memoria*, 55; *Marcos de Obregón*, 31, 33, 51, 68, 75, 91, 135, 142, 150, 155-156, 164, 173-174, 186, 193, 216, 231, 232-233, 257, 277-278, 279, 291, 292, 330, 339, 352-353, 359-360, 369, 376, 517, 534, 536, 538, 542, 552, 557, 575, 589, 620, 647, 649; *Sátira contra las damas de Sevilla*, 350.
Espinosa, Pedro: 260, 338, 469, 470, 489.
Espoleto, Marcos de: 339.
Esquilache, príncipe de: 462.
Estebanillo González: 77, 116, 177, 197, 215, 219, 275, 380, 383, 384, 393-394, 429, 433, 459, 484-485, 505, 506, 518, 602-603, 610-611, 636-637, 638-639.
Estrabón: 46, 81, 82, 225.
Estrada: *Población general de España*, 304.
Ezequiel, 23.
Fabro de Novi, M.: *Govierno de los turcos*, 528, 545, 546-547.
Farinelli, A.: 65.
Farsa de los lenguajes: 249.
Felipe II: 12, 20, 30, 46, 61, 286, 468, 476, 491, 492.
Felipe III: 26, 27, 39, 47, 48, 53, 106, 375-376, 409, 470, 474, 493, 509, 563, 569 sigs.
Felipe IV: 24, 28, 54, 105, 107, 119, 279, 288-289, 480, 493, 496, 515.
Feliz Girón, J.: *Orígenes...*, 184.
Fernández, Sebastián: *Tragedia Policiana*, 457, 513.
Fernández de Avellaneda: Vid. Avellaneda.
Fernández de Enciso, Martín: *Suma de geografía*, 16, 432, 436, 456, 498.
Fernández de León, Melchor: *El sordo y el montañés*, 234-235.
Fernández de Oviedo, Gonzalo: *Quincuagenas...*, 120.
Fernández de Ribera, Rodrigo: *El mesón del mundo*, 124, 556, 582.
Fernández Navarrete, Pedro: *Conservación de monarquías*, 21, 40, 43, 46, 55-56, 84, 85-86, 97, 105-106, 140-141, 360-361, 378, 393, 495, 574-575.
Fernando, San: 120.
Ferreira, Jorge: *Comedia Eufrosina*, 146, 169, 264-265.
Figueroa, Francisco de: 282-284, 304.
Figueroa, Luis de: *Entremés de la hija del doctor*, 423.
Figueroa y Córdoba, Diego y José: *Mentir y mudarse a un tiempo*, 170, 429; *Pobreza, amor y fortuna*, 424.
Floresta Española: 114-115.

Fonseca, Cristóbal de: *Tratado del amor de Dios*, 136.
Frías, duque de: *Deleite de la discreción*, 157, 293, 324, 606-607.
Fuero Juzgo: 120-121.
Funes, Fr. Agustín: *Crónica de... San Juan de Jerusalén*, 540.

Galán, Diego: *Cautiverio...*, 122, 214-215, 296, 309-310, 358, 395, 432, 523, 538, 612.
Gallardo, B. J.: 220.
Ganasa, Alberto: 321.
Gándara, Fr. Felipe de la: *Armas y triunfos...*, 225.
Gante, Pedro de: *Relaciones*, 354.
García, Carlos: *Oposición y conjunción...*, 19, 49, 60, 68, 90-91, 97, 404-405, 406, 407, 408, 411-412. (Otro título de esta obra: *Antipatía...*)
García, Juan: 251.
García de Paredes, Diego: 64.
Garibay, Esteban de: 251, 273.
Gautier, T.: 66.
Gayangos, Pascual de: 96, 343.
Gil Polo, Gaspar: *Canto de Turia*, 55.
Gilabert, Francisco: *Discurso sobre Cataluña*, 297-299.
Gili Gaya, Samuel: 294.
Gobián Vela, Diego: *Discurso contra los judíos*, 633.
Godínez, Felipe: *Aun de noche alumbra el sol*, 239-240.
Gómez de Losada, G.: *Escuelas de trabajos...*, 528, 546.
Gonçalves Cerejeira: 154.
Gondomar, conde de: *Cartas*, 28, 74, 94, 95, 225, 472.
Góngora, Luis de: 109, 110, 139, 188, 213-214, 220, 335, 342, 351-352, 366-367, 371-372, 384, 425, 462, 467, 469, 475, 553, 583, 631; *Las firmezas de Isabela*, 449.
González Dávila, Gil: *Historia de Felipe III*, 42-43, 470-471, 474.
González de Amezúa, A.: 39, 42, 322, 353, 454-455, 456, 563.
González de la Calle, U.: 9.
Gracián, Baltasar: 55, 81; *El criticón*, 30-31, 32, 41, 79-80, 88, 95, 101, 103, 109, 111, 112, 116, 117, 126-127, 133, 146, 163-165, 171-172, 179, 186, 190, 192, 194, 199, 217, 221, 257, 258, 263, 268, 276-277, 279, 292, 296, 307-308, 312, 331, 332-333, 335-337, 340, 342-343, 344-349, 359, 367, 372, 384, 400-401, 404-405, 406, 407-408, 409, 411-412, 414-415, 421, 487, 488-489, 509-510, 513, 518, 524-526, 557-558, 573-574.
Gracián Alderete, Diego: 81, 410.
Grajales, Juan de: *El bastardo de Ceuta*, 141, 577.
Grillo, A.: 339.
Guadalajara, Fr. Marcos de: *Expulsión de los moriscos*, 564-568, 589.
Guarda del sargento, La: 150.
Guarini, G.: 339.
Guerra Paniagua, M. de: 302.
Güete, Jaime de: *Vidriana*, 249.
Guevara, Fr. Antonio de: *Epístolas familiares*, 228.
Guicciardini, F.: 336.
Guzmán, P. Pedro de: *Bienes del honesto trabajo*, 39.

Hartzenbusch, J. E.: 446.
Hendrix, W. S.: 165, 168, 249, 327, 353.

Herrera, A. de: *Historia de lo sucedido...*, 456.
Herrera, Hernando de: *A la victoria de Lepanto*, 18; *Vida... de Tomás Moro*, 466.
Herrera, Pedro de: *Descripción de la capilla...*, 353.
Herrera, Rodrigo de: *Del cielo viene el buen rey*, 507, 518.
Herrera Maldonado, F. de: *Elogio de España*, 55.
Hidalgo, Gaspar Lucas: *Diálogos de apacible entretenimiento*, 216, 593, 607-608, 612, 618-619.
Horozco, Sebastián de: *Cancionero*, 349.
Hospital de los podridos, El: 550.
Hoz y Mota, J. de la: *El castigo de la miseria*, 314, 315, 423; *El montañés Juan Pascual*, 174
Huarte Echenique, A.: 492, 493.
Huélamo, Fr. Melchor de: *Libro... de... Sant Ginés*, 652-655.
Huete, Jaime de: Vid. Güete.
Hurtado de Alcocer, Pedro: *Representación a Felipe III...*, 48, 425, 460, 505.
Hurtado de la Vera, Pedro: *Comedia Doleria*, 133, 305, 326-327, 433, 507.
Hurtado de Mendoza, A.: *Cada loco con su tema*, 37, 54-55, 175, 227, 233, 242, 313; *Los empeños del mentir*, 418; *Entremés de Miser Palomo*, 73-74, 313; *El marido hace mujer*, 499, 650.
Hurtado de Mendoza, Diego: 150; *Guerra de Granada*, 184, 189-190.
Isabel I de Inglaterra, 468 sigs.
Isaías: 20.
Italiano, Bernardo: *Tratado de Constantinopla*, 528.

Jacobo I: 474.
Jerónimo, San: 21.
Josefo: 47.
Jovio, Paulo: 250, 251, 338.
Juanelo: 341-342.
Juderías, J.: 9.
Junta de los doctores, La: 167.
Justino: 47.

Koutoubali, M.: 294.

Laguna, Andrés de: *Dioscórides*, 510-511.
Lambros, E. P.: 294.
Lanini: *Baile de los hilos de Flandes*, 391, 423-424; *Entremés de la Tataratera*, 351.
Lara, Manrique de: 286.
Ledesma, A. de: 220.
Leiva, Francisco de: *Cuando no se aguarda*, 514; *La dama presidente*, 614; *El socorro de los mantos*, 210.
Lemus, conde de: 34, 220, 222, 250, 252, 255, 545. Vid. también *Búho gallego, El*.
León, Fr. Luis de: *Traducción del «Cantar de los cantares»*, 265.
León Marchante, Manuel de: 238, 519; *Mojiganga de la manzana*, 212.
León Pinelo, Antonio de: *Anales de Madrid*, 475-476, 646.
Lerma, duque de: 571.

Libro de los Macabeos: 46.
Libros de alcaldes: 457, 645, 646.
Lisón y Viedma, Mateo de: *Desengaño del rey...*, 28, 476.
Livio, Tito: 46, 250.
Loas varias: 136, 157, 322-323, 330, 334, 335, 423, 426, 457, 461-462, 505, 534.
López Bravo, M.: *De rege et regendi...*, 574.
López de Gómara, Francisco: *Historia general de las Indias*, 71, 94, 456, 632.
López de Mendoza, Íñigo: 109, 172.
López de Úbeda, Francisco: *La pícara Justina*, 140, 171, 198, 236, 237, 238, 240-241, 247, 261, 323, 395, 426, 458, 462, 585-587.
López de Vega, Antonio: *Paradojas racionales*, 82-83.
López de Villalobos, F.: *Algunas obras...*, 121, 130, 349.
López Madera, Gregorio: *Excelencias de la monarquía...*, 19-20, 573, 604.
Loti, Cosme: 340.
Lugo y Dávila, F. de: *Teatro popular*, 72, 192, 308.
Luján de Saavedra, Mateo: *Guzmán de Alfarache*, 36, 53, 56-57, 60, 88, 97, 250, 260, 262, 263, 268, 270, 309, 383, 514.
Luna, H. de: *Lazarillo* (segunda parte), 89-90, 138, 139, 388, 513-514, 519, 642.

Macías: 172-173, 177.
Magán, N.: *Juanelo Turriano...*, 341.
Malvezzi, V.: 335.
Maquiavelo, N.: 343 sigs, 410.
Marcial: 46.
Marfil, M.: 9.
Mariana, P. Juan de: 9, 10, 538.
Marino, J. B.: 334, 336, 337, 339.
Mármol Carvajal, Luis del: *Historia del rebelión... de los moriscos*, 186-187, 588.
Martínez de Leiva, S.: *Carta*, 530-531.
Mascardo, A.: 335.
Matos Fragoso, Juan: *La dicha por el desprecio*, 536-537, 622; *Lorenzo me llamo*, 32, 65, 69, 114, 433, 635; *Ver y creer*, 536-537; *El yerro del entendido*, 212, 342.
Maura: 107.
Maury, C.: 625.
Medina, Pedro de: *Grandezas... de España*, 46, 51, 59, 93, 97, 107, 154, 165, 167-168, 180, 182, 184, 196, 199-200, 221, 248, 251-252, 257, 259, 263, 273, 302-303, 306-307.
Mejía, Pero: *Comunidades de Castilla*, 113.
Melo, F. M. de: *Guerra de Cataluña*, 286-287, 289, 294-296.
Mena, J. de: 172.
Menéndez Pelayo, M.: 15, 227, 305.
Menéndez Pidal, R.: 31, 282, 283, 284, 304, 513, 601.
Mesonero Romanos, R. de: 342-343.
Mexía, P.: Vid. Mejía.
Mexía de la Cerda: *Doña Inés de Castro*, 340.
Miguel Ángel, 340.
Mira de Amescua, A.: 489, 499; *La Fénix de Salamanca*, 136, 247; *Galán, valiente y discreto*, 36, 204, 396; *No hay dicha ni desdicha*

hasta la muerte, 242, 534; *La rueda de la fortuna*, 507.
Molina, J. M. de: *Entremés de la reliquia*, 550.
Moncada, Francisco de: *Expedición de catalanes...*, 293-294, 528-529.
Moncada, Sancho de: *Restauración política*, 33, 39, 44, 48, 74, 99-100.
Monroy y Silva, C.: *La batalla de Pavía*, 63, 217-218, 258-259, 350-351, 412, 523; *Las mocedades del duque de Osuna*, 91-92, 266, 386-387, 391.
Montoto, S.: 341-342.
Morel-Fatio, A.: 135, 237, 428, 501, 521.
Moreto, Agustín: 384; *El caballero*, 158; *Cómo se vengan los nobles*, 517-518; *De fuera vendrá...*, 622; *Los engaños de un engaño*, 348, 383; *Entremés del aguador*, 386, 387-388; *Industrias contra finezas*, 502; *El licenciado Vidriera*, 523, 615; *El lindo don Diego*, 342; *Lo que puede la aprensión*, 609-610; *El mejor amigo, el rey*, 239, 627; *La milagrosa elección de San Pío V*, 517-518; *No puede ser...*, 135, 337, 342, 611; *El parecido en la Corte*, 533; *San Franco de Sena*, 211, 215; *Todo es enredos, amor*, 128, 223; *Las travesuras de Pantoja*, 389; *El valiente justiciero*, 244-245, 615; *Yo por vos y vos por otro*, 423, 554-555.
Muñoz, Andrés: *Viaje de Felipe II a Inglaterra*, 183, 489, 491-492.

Navarrete y Ribera, F. de: *Los tres hermanos*, 124-125.
Negueruela, Diego de: *Farsa llamada Ardamisa*, 641.
Nueva Recopilación: 393, 425, 503.
Núñez Alba: *Diálogos*, 203-204.

O'Doherty, D. I.: 493.
Oliver Asín, J.: 576.
Ordóñez de Ceballos, P.: *Viaje del mundo*, 90, 377-378, 383, 463, 491, 500, 544-545, 550-551.
Origen de los brindis...: 511-512.
Ortega y Gasset, J.: 268.
Osuna, duque de: 361, 529-530.

Pacheco, Fr. Baltasar: *Catorce discursos...*, 575.
Padilla, Juan de: *Los doce triunfos...*, 179, 189, 353, 413, 417.
Palau, Bartolomé: *Farsa llamada Salmantina*, 249.
Paludan, H. A.: 31.
Papel que Antonio Pérez...: 106.
Papeles..., varios: 106, 539, 593.
Parecer que el Consejo...: 39.
Parra, Adán de la: 601.
Pastells: 149.
Paz y Meliá, A.: 150, 154, 459, 554.
Pellicer: *Avisos*, 26, 27, 138, 151-153, 158, 278, 287-288, 361, 378, 409, 413, 441, 483-484, 529-530, 597, 598, 600, 601, 603, 646, 649.
Peña, J. A. de la: *Exaltación de los improperios...*, 633.
Peñalosa, Fr. Benito de: *Libro de las cinco excelencias del español*, 21-22, 39, 44-45, 46, 56, 72, 86, 87-88, 90-91, 97, 256, 316, 605.
Pérez, Antonio: 106, 278, 551; *Arte de gobernar*, 474.
Pérez de Guzmán, F.: 263.

Pérez de Heredia, Fr. Miguel: *Sermones*, 29.
Pérez de Herrera, C.: *Discursos*, 504.
Pérez de Mesa, Diego: 46, 51; vid. Medina, Pedro de.
Pérez de Montalbán, Juan: *La doncella de labor*, 174; *Como padre y como rey*, 344; *Cumplir con su obligación*, 51-52, 92, 380; *No hay vida como la honra*, 170; *Privilegio de las mujeres*, 350.
Pérez González, F.: 446.
Peteri, cardenal: 479.
Petrarca, F.: 333, 334, 339.
Pinatelo, cardenal: 479.
Pineda, Fr. Juan de: *Agricultura cristiana*, 274, 317, 582; *Monarquia eclesiástica*, 299.
Pinedo, Luis: *Libro de chistes*, 111.
Piña, Juan de: *Casos prodigiosos*, 642.
Plinio: 46.
Polibio: 46.
Poliziano, A.: 334, 339.
Polo, Gaspar Gil: Vid. Gil Polo.
Polo de Medina, J.: 86, 175, 210, 258, 260, 387, 419-420, 421, 459.
Posidonio: 46.
Poyo, D. S. del: *Próspera fortuna...*, 152.
Prada, A. de: 225.
Puyol, J.: 237.

Quevedo, Francisco de: 9, 55, 59, 111, 228, 384, 433-434, 467, 468, 503, 513, 555, 599; *El alguacil alguacilado*, 331, 363; *El Buscón*, 236, 363-364, 609, 622, 631-632; *Cómo ha de ser el privado*, 477-479; *Entremés del caballero de la tenaza*, 212; *La hora de todos*, 235-236, 238, 323-324, 360, 374-375, 383, 397-401, 421-422, 437-446, 507-508, 616-617; *Itinerario...*, 341-342; *Libro de todas las cosas*, 512; *Poderoso caballero*, 364; *Poema heroico... de Orlando*, 507; *Premáticas y aranceles*, 265, 349, 364, 420, 613; *Visita de los chistes*, 60, 172-173, 177, 362-363.
Quiñones, J. de: *Discurso contra los gitanos*, 642-643, 646, 648, 652.
Quiñones de Benavente, Luis: 202-203, 556; *Baile del alfiler*, 620; *Baile del mundo* (= *Entremés cantado de "El soldado"*), 420; *Entremés de don Gaiferos*, 315; *E. de la hechicera*, 239, 466; *E. de la Puente Segoviana*, 242-243, 425-426; *E. de las nueces*, 150; *E. de los condes fingidos*, 634-635; *E. de los dos alcaldes*, 608, 611, 618; *E. de los órganos*, 425-426; *E. del amolador*, 244; *E. del talego*, 314; *E. famoso del amor al uso*, 616.

Rainazo: 339.
Ray, J. A.: 462.
Rebullosa, Fr. Jaime: 41.
Relación de... Génova: 358.
Relación de la batalla...: 24-25.
Relación de... Venecia: 373.
Relaciones...: Vid. Botero, Juan.
Reyes Católicos: 15, 573-574, 597, 604, sigs.
Riba, Carlos: 85, 286.
Ribera, A. P. de: 238, 350, 374.
Ribera, Juan de: 474.

Ribera, Suero de: 117.
Ríos, J. A. de los: 341.
Rivadeneira, P. Pedro de: 344; *Cisma de Inglaterra*, 466; *Tratado de la tribulación*, 469.
Roca, Vicente: *Historia de los turcos*, 547.
Rodríguez, Alfonso: *Memorial...*, 545.
Rodríguez de Villaviciosa, S.: Vid. Villaviciosa.
Rodríguez Florián, J.: *Comedia Florinea*, 135.
Rodríguez Marín, F.: 87, 190, 194, 224, 229, 386, 454, 455.
Rodríguez Villa, A.: 554.
Rojas, Agustín de: *Viaje entretenido*, 78, 117, 123, 130, 133, 330, 341, 383, 406, 458, 505.
Rojas, Fernando de: *La Celestina*, 168.
Rojas Zorrilla, F. de: *Los áspides de Cleopatra*, 368-369; *El Caín de Cataluña*, 38, 396; *El catalán Serralonga...*, 223, 291; *El desafío de Carlos V*, 217, 224; *Donde hay agravios no hay celos*, 133, 364, 368-369; *Entre bobos anda el juego*, 514; *Lo que son las mujeres*, 123; *La más hidalga hermosura*, 609; *No hay ser padre siendo rey*, 368-369; *Obligados y ofendidos*, 137, 198, 659; *Primero es la honra...*, 264, 615; *Santa Isabel*, 496; *También la afrenta es veneno*, 176-177.
Romera-Navarro, M.: 641.
Rubens, P. P.: 337.
Rubió y Lluch, A.: 294.
Rueda, Lope de: 563; *Eufemia*, 641; *Registro de representantes*, 193.
Rufo, Juan: *Apotegmas*, 124.
Ruiz de Alarcón, Juan: Vid. Alarcón.

Saavedra Fajardo, D. de: *Empresas*, 16, 98, 106, 344, 367, 373, 397, 431, 441, 656-659; *República literaria*, 149, 333-334.
Sainz de Narrón, P.: *Grandezas... de España*, 633-634.
Sala: *Guerras de Cataluña*, 406.
Salas Barbadillo, A. J. de: *El caballero puntual*, 110-111, 119, 137, 139, 163, 337-338, 371, 613-614; *Coronas del Parnaso*, 75, 149, 199, 271, 331-332, 366, 432-433, 480, 639; *Corrección de vicios*, 117, 133, 195, 253, 296; *El curioso y sabio Alejandro*, 75, 122, 196, 243, 259, 310, 373; *Galán, tramposo y pobre*, 129, 587, 613-614, 624; *La ingeniosa Elena, hija de Celestina*, 130, 136, 192, 207, 217, 231, 259, 331-332, 371, 382, 406, 432-433, 580; *Loa*, 383; *Los mirones de la corte*, 77; *El necio bien afortunado*, 276, 282; *La peregrinación sabia*, 195, 373, 421; *La sabia Flora*, 149, 166, 200, 631; *El sagaz Estacio*, 265-266, 312-313, 579.
Salazar, Ambrosio de: *Floresta*, 265.
Salazar, Eugenio de: *Cartas*, 77, 229, 238, 240, 246.
Salazar, Fr. Andrés: *Historia de San Gregorio*, 273-274.
Salazar, Fr. Juan de: *Política española*, 19, 343.
Salazar y Castro, L. de: *Discurso político*, 100-101, 173.

Salazar y Torres, A.: *Cýtara de Apolo*, 210; *Elegir al enemigo*, 175.
Salmerón, Fr. Marcos: *Recuerdos históricos*, 25.
Samatiades, E.: 294.
Sánchez Alonso, B.: 106, 152.
Sánchez Cantón, J.: 340.
Sandoval, Fr. Prudencio de: *Historia de Carlos V*, 17-18, 62-63, 306, 359, 516.
Sannazaro, J.: 334.
Santa Cruz, M. de: *Floresta Española*, 63-64, 116-117, 122, 156-157, 189, 194, 219-220, 272, 410, 434, 488, 579, 584, 635, 636.
Santillana, marqués de: Vid. López de Mendoza, Íñigo.
Santos, Francisco: 564; *Día y noche de Madrid*, 210; *Los gigantones*, 5, 86-87, 244, 306, 388, 391, 555; *Periquillo el de las gallineras*, 80-81, 127, 395, 405, 459; *La verdad en el potro*, 50, 76, 112, 221, 325, 388, 401-402, 510; *El vivo y el difunto*, 123, 498.
Sanz, F.: 489.
Sanz del Castillo, A.: *La mojiganga del gusto*, 77, 215.
Sapiencia, O.: *Nuevo tratado de Turquía*, 528.
Sarmiento de Acuña, D.: *Cinco cartas*, 458.
Sátira contra el Conde-Duque: 449.
Schevill, R.: 210, 291, 553.
Sebastián de Portugal: 142.
Séneca: 60.
Serrano, Rodrigo: 323.
Sicardo, F.: *El apóstol...*, 497-498.
Silio, Publio: 225.
Silio Itálico: 46.
Silvela, F.: 24.
Siri, V.: 335, 336.
Solino, Julio: 46.
Solís, Antonio de: 650; *El amor al uso*, 373; *Un bobo hace ciento*, 255, 259, 264, 267; *La gitanilla de Madrid*, 647, 648, 650; *El Salta en Banco*, 323.
Sosa, obispo de: 43.
Sota: *Crónica...*, 238.
Suárez, Diego: *Historia del último Maestre...*, 540, 541.
Suárez de Figueroa, C.: *El pasajero*, 33-34, 36-37, 40, 53-54, 74, 76, 79, 85, 96, 109-110, 167, 187, 192, 193, 194, 357-358, 360, 367-368, 379, 383-384.

Tácito: 335, 336.
Tamayo de Vargas, T.: *A los aficionados...*, 120.
Tansillo, L.: 339.
Tárrega, F.: *Baile de Leganitos*, 620; *La duquesa constante*, 353; *El Prado de Valencia*, 462, 509.
Tasso, B.: 334, 339.
Tasso, T.: 334, 339.
Tejada, Agustín de: 469.
Tercera parte de La Celestina (G. Gómez): 249.
Teresa de Jesús, Santa: *Libro de las fundaciones*, 191.
Terracina, L.: 339.
Tía fingida, La: 112, 171, 185, 194, 198, 200, 217, 263, 267.
Ticiano: 340.
Timoneda, J. de: *Aurelia*, 249, 641.
Tirso de Molina: 38, 221, 224, 362, 384, 402, 446; *Los amantes de Teruel*, 217; *Amar por arte mayor*,

449; *Amazonas en las Indias*, 441-442; *El amor médico*, 118; *Amor y celos*, 173; *Antona García*, 150, 176, 365, 395; *El árbol del mejor fruto*, 632; *Los balcones de Madrid*, 300; *El burlador de Sevilla*, 144-145, 191; *El caballero de Gracia*, 57, 76, 163, 348, 369; *El castigo del penseque*, 76, 419, 523-524; *Cautela contra cautela*, 176, 264; *La celosa de sí misma*, 176, 252, 253, 426, 448-449, 504, 534, 632; *El celoso prudente*, 66, 71, 282; *El cobarde más valiente*, 238, 254; *El colmenero divino*, 238; *Cómo han de ser los amigos*, 31, 278; *El condenado por desconfiado*, 35; *Don Gil de las calzas verdes*, 130, 238, 266; *Doña Beatriz de Silva*, 118, 139, 150, 507; *La elección por la virtud*, 339; *En Madrid y en una casa*, 365, 370; *Escarmientos para el cuerdo*, 143, 159-160, 205, 364; *La fingida Arcadia*, 35, 91, 127-128, 310; *La firmeza en la hermosura*, 409; *La gallega Mari-Hernández*, 147, 150, 176, 204, 210, 216, 219, 222, 621; *Habladme en entrando*, 230; *Los lagos de San Vicente*, 409, 578; *La lealtad contra la envidia*, 200; *Marta la piadosa*, 448; *El melancólico*, 626; *No hay peor sordo...*, 471-472, 480; *No le arriendo la ganancia*, 135; *Palabras y plumas*, 35, 238, 613; *La Peña de Francia*, 266, 427-428; *Por el sótano y el torno*, 132, 162, 391; *Próspera fortuna de don Álvaro...*, 181; *La prudencia en la mujer*, 253; *Quien calla otorga*, 632; *Quien da luego...*, 70, 115-116, 182-183, 348, 357, 379-380; *Quien no cae...*, 335, 389-390; *Las Quinas de Portugal*, 144, 166, 578; *La reina de los reyes*, 581; *La romera de Santiago*, 210-211; *Santo y sastre*, 427; *Siempre ayuda la verdad*, 142-143, 145-146, 161; *Tanto es lo de más...*, 621-622; *Los tres maridos burlados*, 366; *El vergonzoso en palacio*, 169; *La vida de Herodes*, 534; *La villana de la Sagra*, 206, 223; *La villana de Vallecas*, 76, 254, 422, 593.

Tolentino, A.: 339.

Tordo vizcaíno, El: 251, 265, 273.

Torre, Francisco de la: *La confesión con el demonio*, 297.

Torre Farfán, F. de la: *Templo panegírico*, 179.

Torrejoncillos, F.: *Centinela...*, 633.

Torres, J. de: 538-539.

Torres Naharro, B. de: 327; *Tinellaria*, 139, 249.

Trogo Pompeyo: 46, 225.

Turia, Ricardo de: *La burladora burlada*, 173, 296.

Uceda, duque de: 220.

Valdivielso, J. de: *La serrana de Plasencia*, 499.

Vega, Fr. Diego de la: *Paraíso de la gloria*, 30, 81.

Vega, Lope de: 7, 8, 10, 214, 216, 221, 224, 384, 460-461, 564; *El abanillo*, 49, 222, 290, 388; *El acero de Madrid*, 136; *El alcalde mayor* 582; *El amante agradecido*, 279, 323,

552; *Los amantes sin amor*, 321-322, 462, 552; *Amar, servir y esperar*, 22, 612; *Amar sin saber a quién*, 122, 237; *El amigo hasta la muerte*, 522; *Amistad y obligación*, 231, 499; *El anzuelo de Fenisa*, 408-409, 593; *La Arcadia*, 73; *El arenal de Sevilla*, 504, 646-647; *El Argel fingido*, 459; *El ausente en el lugar*, 462, 506; *Auto de la circuncisión*, 619; *Auto del nacimiento*, 173; *Los bandos de Sena*, 259; *El bastardo Mudarra*, 231; *Belardo el furioso*, 424; *La bella malmaridada*, 148; *Bernardo del Carpio*, 33, 219, 222; *Las bizarrías de Belisa*, 522; *El blasón de los Chaves...*, 108, 275, 299, 360, 406, 523; *La boba para los otros...*, 582; *El bobo del colegio*, 131; *Bodas entre el alma y el Amor*, 579-580; *El Brasil restituido*, 159; *La buena guarda*, 118, 190, 291, 578; *La burgalesa de Lerma*, 516; *El caballero de Illescas*, 41, 423; *El caballero del Sacramento*, 291, 467, 512; *La campana de Aragón*, 533-534, 582; *El capitán prodigioso*, 108; *La carbonera*, 521; *Carlos V en Francia*, 32, 415-416; *El castigo del discreto*, 252, 257; *El castigo sin venganza*, 261-262; *Los cautivos de Argel*, 536; *El cerco de Santa Fe*, 579-580; *Lo cierto por lo dudoso*, 140; *La Circe*, 338; *Coloquio entre un portugués...*, 253; *La comedia de Bamba*, 62, 634; *Los comendadores de Córdoba*, 131, 534; *Con su pan se lo coma*, 591; *La corona trágica*, 471; *La cortesía de España*, 67, 72-73, 291, 550; *El cuerdo loco*, 426-427; *De cosario a cosario*, 370; *¿De cuándo acá nos vino?*, 462; *Del mal lo menos*, 73, 517; *El desconfiado*, 370; *La desdichada Estefanía*, 423, 533-534, 577; *El desdichado por la honra*, 35, 66, 262, 337, 590; *La devoción del rosario*, 380; *Diálogo militar*, 357; *La divina vencedora*, 533-534, 541; *El divino africano*, 148; *La doncella Teodor*, 297, 534; *La Dorotea*, 148, 217, 227, 243-244, 287, 315, 316-317, 338, 459, 521; *La Dragontea*, 462, 471; *El duque de Viseo*, 142; *El enemigo engañado*, 108, 135, 293, 426, 647-648; *Entremés del soladillo*, 608-609; *El esclavo de Venecia*, 540, 577, 579-580, 651; *Los esclavos libres*, 92; *El favor agradecido*, 577-578; *La fianza satisfecha*, 580-581; *La Filomena*, 553-554; *La fortuna merecida*, 129; *La Francesilla*, 88, 416; *El galán de la Membrilla*, 424; *El galán escarmentado*, 555; *El ganso de oro*, 517, 651-652; *La Gatomaquia*, 520; *El Gran Capitán*, 332, 337; *El Grao de Valencia*, 308; *El hijo por engaño*, 108, 113, 116; *El hijo pródigo*, 148, 329; *La inocente sangre*, 385-386, 499; *Juan de Dios*, 367, 394-395; *Justa poética*, 203, 577; *La juventud de San Isidro*, 499, 569-570; *El laberinto de Creta*, 185; *El labrador venturoso*, 122; *El laurel de Apolo*, 55, 146, 222, 339, 442; *La lealtad en el agravio*, 632; *La limpieza no manchada*, 155,

253; *El loco por fuerza*, 118; *Los locos de Valencia*, 71, 134, 147; *El marido más firme*, 336-337; *El mármol de Felisardo*, 505; *El marqués de las Navas*, 523; *Los mártires de Madrid*, 419; *Más pueden celos que amor*, 412-413; *La mayor desgracia de Carlos V*, 278; *La mayor dicha en el monte*, 550; *El mejor mozo de España*, 570, 604-605; *El mesón de la corte*, 179; *El milagro por los celos*, 150; *Mirad a quién alabáis*, 489, 505-506; *El misacantano*, 114, 150, 155; *La mocedad de Roldán*, 174, 275, 330, 367, 373, 432, 523; *Las mocedades de Bernardo del Carpio*, 581; *La niña de plata*, 426, 534; *La niñez de San Isidro*, 110; *El niño inocente de la Guardia*, 604-605; *Las paces de los reyes*, 620, 634; *La paloma de Toledo*, 115, 205; *Un pastoral albergue*, 183; *Los peligros de la ausencia*, 119; *El peregrino...*, 253-254, 297, 465, 506; *Peribáñez*, 533-534; *El piadoso aragonés*, 612; *El pleito por la honra*, 534; *La pobreza estimada*, 535, 582-583; *Pobreza no es vileza*, 550; *Los Porceles de Murcia*, 581-582; *Porfiar hasta morir*, 173; *La portuguesa...*, 147; *El premio del bien hablar*, 226, 252; *El primer rey de Castilla*, 623-624, 648; *La primera información*, 539; *La privanza del hombre*, 512; *Los Ramírez de Arellano*, 236; *El remedio en la desdicha*, 582; *El rey don Pedro...*, 185; *El rey por trueque*, 83, 409, 432, 459, 499, 505, 507, 535, 639-640; *Roma abrasada*, 52; *El rústico del cielo*, 309, 462; *El saber por no saber*, 591; *San Diego de Alcalá*, 572, 552, 594; *Santa Casilda*, 206, 223, 581; *Santo Negro Rosambuco*, 177; *La selva sin amor*, 340; *El serafín humano*, 165-166, 533-534; *Servir a señor discreto*, 76, 534-535; *La serrana de la Vera*, 649; *Si no vieran las mujeres*, 499; *Los Tellos de Meneses*, 230; *El testimonio vengado*, 426, 534; *El tirano castigado*, 437, 449, 648; *La tragedia del rey don Sebastián*, 142; *La traición bien acertada*, 72; *El último godo*, 540; *Valeroso catalán*, 63, 300; *El valiente Juan de Heredia*, 51; *El vaquero de Morafia*, 129, 457; *Los Vargas de Castilla*, 582-583; *La varona castellana*, 108; *Vega del Parnaso*, 600-601; *La venganza venturosa*, 136, 137, 148, 183, 238; *Venta de la Zarzuela*, 589; *La ventura sin buscarla*, 239; *Viaje del alma*, 462; *Vida de San Pedro Nolasco*, 570-571, 622; *La villana de Getafe*, 448; *Viuda, casada y doncella*, 582; *La viuda valenciana*, 388-389; *La vuelta de Egipto*, 648; *Ya anda la de Mazagatos*, 582; *Los yerros por amor*, 182.

Velázquez, B. M.: *El filósofo de aldea*, 86, 292, 323.

Velázquez de Velasco, A.: *La Lena*, 261, 426.

Vélez de Guevara, L.: *Comedia del rey don Sebastián*, 144-145, 422; *El diablo cojuelo*, 86, 187, 227, 237, 243, 326, 351, 372, 446, 455, 512-513;

Entremés de Antonia y Perales, 626-627; *El Hércules de Ocaña*, 76, 614; *Los hijos de la barbuda*, 582; *Más pesa el rey...*, 594-595; *Reinar después de morir*, 169-170.
Venegas, A. de: *Agonía...*, 57, 140.
Verdadera relación...: 529.
Verdugo, F.: *Comentario...*, 551.
Vespasiano, 250.
Vicente, Gil: *Farsa das ciganas*, 641.
Vida pupilar: 659.
Villafranca, marqués de: 184, 375-376, 409-410.
Villaizán, J. de: *Aprender con las finezas*, 175.
Villalobos, Diego de: *Comentarios...*, 421, 432, 494-495.
Villalobos, Pedro de: *Discursos...*, 652.
Villalón, Cristóbal de: 422; *El escolástico*, 60-61, 334; *Ingeniosa comparación...*, 326; *Viaje de Turquía*, 32, 34-35, 49, 64, 88-89, 265, 330-331, 348, 354, 376-377, 379, 381-382, 383, 434, 514, 527-528, 538, 543-544.
Villaviciosa, José de: *La Mosquea*, 181.
Villaviciosa, S. Rodríguez de: *La casa de vecindad*, 315; *Cuantas veo...*, 253.
Villegas, E. M. de: *Eróticas*, 489.
Villena, marqués de: 96.
Virgilio, 21, 337.
Vitoria, F. de: *Relectio de Indiis*, 16.
Vizcay, M. de: *Derecho de naturaleza...*, 256, 595-596.

Xuárez, F.: *Coloquio de las damas*, 137, 232.

Zamora, A. de: *El hechizado por fuerza*, 198, 218, 360; *No hay plazo...*, 180.
Zapata, Luis: *Miscelánea*, 147, 331, 374, 463, 499, 538.
Zaragoza, J.: 250, 254.
Zárate, F. de: *Mudarse por mejorarse*, 519; *La palabra vengada*, 465, 535, 590; *La presumida...*, 382-383; *El valiente Campuzano*, 592.
Zayas, María de: *Novelas ejemplares*, 87, 96, 110, 129, 131, 132, 149, 170, 368, 425, 428; *Tarde llega el desengaño*, 116.
Zubiaurre, hermanos: 268.
Zúñiga, Francesillo de: *Crónica*, 410-411.
Zurriago, El: 111.

ÍNDICE GENERAL

Págs.

ADVERTENCIA PRELIMINAR A LA SEGUNDA EDICIÓN 7

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN 9

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I.—Autoconcepto de España 15

I. El destino, 15.—II. Encuesta retrospectiva, 17.—III. España frente a Europa, 29.—IV. El precio de nuestro destino: decadencia material, 38.—V. La contrapartida: florecimiento espiritual, 51.

CAPÍTULO II.—Los españoles 58

I. Los españoles al servicio de un destino, 58.—II. Instrumentos de dominación: cualidades de los españoles, 59.—La sobriedad, 59.—El valor, 61.—La veracidad española, 63.—La prestancia, 64.—La cortesía española, 66.—Enamoradizos, 70.—Gratitud, 71.—La hospitalidad española, 72.—Las fallas del carácter español, 78.—Coléricos, 94.—Mutua animadversión, 95.—La ociosidad española, 96.

CAPÍTULO III.—Los castellanos 104

Progenitura de Castilla, 104.—La veracidad castellana, 108.—La altivez castellana, 111.—La generosidad castellana, 112.—Ciudades y tipos característicos de Castilla, 113.

Págs.

CAPÍTULO IV.—Los portugueses 134

Unidad racial, 141.—Antagonismo político, 149.—La arrogancia, 154.—El valor, 159.—La cortesía portuguesa, 162.—La ingeniosidad portuguesa, 163.—La amorosidad portuguesa, 167. La expresión del amor portugués, 173.

CAPÍTULO V.—Los andaluces 179

Arrogancia andaluza, 180.—El ingenio andaluz, 184.—Locuacidad, 185.—Amorosidad andaluza, 187.—Los sevillanos, 188. Los cordobeses, 194.

CAPÍTULO VI.—Extremeños y manchegos 198

CAPÍTULO VII.—Los gallegos 202

Antigalleguismo, 202.—Los lacayos gallegos, 202.—Las mozas gallegas, 209.—Visión de Galicia, 213.—Concepto de los gallegos, 216.—Defensa de Galicia, 220.

CAPÍTULO VIII.—Montañeses y asturianos 226

Los montañeses, 226.—Los asturianos, 236.—Cualidades de los asturianos, 246.

CAPÍTULO IX.—Los vascongados 249

La nobleza de los vizcaínos, 249.—La sencillez vizcaína, 257. La cortedad de los vizcaínos, 258.—Aptitudes secretariales de los vizcaínos, 267.—Aptitudes para la marinería, 270.—Otros caracteres, 271.

CAPÍTULO X.—Los aragoneses 275

Testarudez, 275.—Cordura, 276.—Tachas del carácter aragonés, 279.

CAPÍTULO XI.—Los catalanes 285

Fuerismo catalán y comprensión de Castilla, 285.—La amistad catalana, 292.—La venganza catalana, 293.—Laboriosidad catalana, 302.

Págs.

Capítulo XII.—Los valencianos 305

Capítulo XIII.—Los indianos 312

Segunda Parte

Capítulo XIV.—Los italianos 321

Los italianos en España, 321.—El ingenio italiano, 330.—Refinamiento italiano, 348.—El afeminamiento italiano, 349.—Volubilidad, 352.—La codicia italiana, 352.—El genovés, en quiebra, 368.—El genovés, mujeriego, 369.—Los venecianos, 372.—Milaneses y florentinos, 378.—Los napolitanos, 382.

Capítulo XV.—Los franceses 385

Los franceses en España, 385. — Concepto de los franceses, 395.

Capítulo XVI.—Los flamencos 417

Idea de Flandes, 417.—Fisonomía del flamenco, 420.—Los flamencos en España, 422.—Los flamencos vistos en Flandes, 428.

Capítulo XVII.—Los holandeses 436

Concepto de la nacionalidad holandesa, 437.—La piratería, 441.—Los holandeses, herejes, 450.

Capítulo XVIII.—Ingleses e irlandeses 454

Los ingleses, comerciantes, 454.—Los ingleses, piratas, 462. Los ingleses, herejes, 466.—Cualidades morales inglesas, 486. Los irlandeses, 492.

Capítulo XIX.—Los alemanes 501

Los alemanes en España, 501.—Luteranismo alemán, 507.—Los alemanes, bebedores, 509.—Condiciones bélicas de los alemanes, 520.—Conclusión, 524.

Págs.

Capítulo XX.—Los turcos 527

Fuentes de información respecto a Turquía, 527.—La falsía musulmana, 538.—La lascivia musulmana, 543.—Carácter de los turcos, 546.

Capítulo XXI.—Los ginebrinos 549

Libertad, 549.—Herejía, 551.—Anarquía, 553.—Confusión, 554.

Tercera Parte

Capítulo XXII.—Los moriscos 563

Justificaciones de la expulsión, 564.—El tipo del morisco, 575.—Ritualismos musulmanes, 576.—Crímenes de los moriscos, 588.—Los oficios de los moriscos, 591.

Capítulo XXIII.—Los judíos 597

Justificaciones de la expulsión, 604.—Acusación de deicidas, 606.—La esperanza del Mesías, 612.—Ritualismos judaicos, 617.—La avaricia de los judíos, 625.—La fisonomía judía, 630. La odiosidad de los judíos, 633.

Capítulo XXIV.—Los gitanos 641

Problema social, 642.—Características, 646.—Opinión sobre los gitanos, 652.

Epílogo y conclusiones 656

Apéndice 661

Índice de nombres propios 673